

ISSN 0325-2221 (versión impresa)
ISSN 1852-1479 (versión online)



TOMO XXXVII (2)
julio-diciembre 2012
Buenos Aires

COMISIÓN DIRECTIVA
SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA 2012-2013

Presidenta: Verónica Isabel Williams

Secretaria: Sonia Lanzelotti

Tesorera: Cristina Bellelli

Primera vocal titular: Mónica Berón

Segunda vocal titular: Laura Miotti

Primera vocal suplente: Patricia Madrid

Segunda vocal suplente: Carolina Crespo

Revisoras de Cuentas: Valeria Bernal y Lorena Rodríguez

Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología está incluida en los siguientes índices, catálogos y repositorios

- Latindex Catálogo Folio 7380
- Dialnet CIRC: Clasificación Integrada de Revistas Científicas Grupo C
- Catálogo Red de Bibliotecas Universitarias (REBIUN)
- Handbook of Latin American Studies
- Naturalis, Facultad Ciencias Naturales y Museo (FCNyM), Universidad Nacional de La Plata
- SeDiCi, Universidad Nacional de La Plata
- Catálogo Biblioteca Universitaria CSIC 000784889

La revista *Relaciones* de la Sociedad Argentina de Antropología requiere a los autores que concedan la propiedad de sus derechos de autor para que sus artículos, notas y reseñas sean reproducidos, publicados, editados, comunicados y transmitidos públicamente en cualquier forma o medio así como su distribución en el número de ejemplares que se requieran y su comunicación pública en cada una de sus modalidades, incluida su puesta a disposición del público a través de medios electrónicos o de otra tecnología para fines exclusivamente científicos, culturales, de difusión y sin fines de lucro.

Los artículos, notas y reseñas que se propongan para su publicación en la Revista *Relaciones* de la Sociedad Argentina de Antropología deberán ser originales y no haber sido publicados previamente en ninguna de sus versiones y no estar simultáneamente propuestos para tal fin en otra revista.

Sociedad Argentina de Antropología

Moreno 350

Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Código Postal 1091

Teléfono: 54(11) 4331-7788

Correo electrónico: sociedadargentinaantropologia@yahoo.com

saantropologia@saantropologia.org.ar

Página web: <http://www.saantropologia.org.ar/relacionesonline.htm>

Correo electrónico de Relaciones: relaciones.saa@gmail.com

relaciones.saa@saantropologia.org.ar

Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología

Directora

Verónica Isabel Williams: Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Instituto de Arqueología, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, profesora Departamento de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Comité editorial revista *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* Tomo XXXVII (2012)

Analia Canale: miembro del Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires y docente del Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Valeria Cortegoso: investigadora del CONICET y docente de la Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.

Nora Viviana Franco: investigadora del CONICET, Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas (IMHICIHU); profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Paula N. González: Investigadora del CONICET, Instituto de Genética Veterinaria, Facultad de Ciencias Veterinarias, Universidad Nacional de La Plata (UNLP)-Centro Científico Tecnológico, La Plata, y docente de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

Cecilia Hidalgo: profesora de la Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Leandro Luna: investigador del CONICET, Museo Etnográfico “Juan Bautista Ambrosetti”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Florencia C. Tola: Investigadora del CONICET, docente de la Universidad de Buenos Aires, Argentina; investigadora asociada al *Centre Enseignement et Recherche en Ethnologie Amérindienne du Laboratoire d’Ethnologie et de Sociologie Comparative (Université Paris Ouest Nanterre La Défense et Centre National de la Recherche Scientifique)*, Francia.

Valeria Palamarczuk: investigadora del CONICET, Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, y docente de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Revisión de los abstracts: Kevin Lane, Institut für Prähistorische Archäologie, Freie Universität Berlin.

Corrección de estilo: María Milena Sesar.

Diagramación: Beatriz Bellelli.

Evaluadores Relaciones Tomo XXXVII (1 y 2)

Bárbara Balesta, Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina; *Marta Carolina Barboza*, Instituto de Investigaciones, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario; *Gustavo Barrientos*, Área Antropológica, Facultad Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata; *José Blanco*, Programa Capital Humano Avanzado, Becas Chile CONICYT, Chile; *Analia Canale*, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina; *Aylen Capparelli*, Departamento Científico Arqueología, Museo de La Plata, CONICET-Universidad Nacional de La Plata; *Natalia Carden*, CONICET- Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría, Argentina; *Gabriela Roxana Cattaneo*, Museo de Antropología, Facultad de Filosofía y Humanidades-UNC/IDACOR CONICET, Córdoba, Argentina; *Walter del Rio*, CONICET, Instituto de Investigaciones en Diversidad cultural y procesos de cambio IIDyPCA, Universidad Nacional Río Negro, Sede Andina, Bariloche; *Guillermo A. De La Fuente*, CONICET-Laboratorio de Petrografía y Conservación Cerámica, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca; *Mariana De Nigris*, CONICET- Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano y Universidad de Buenos Aires; *Victor Durán* CONICET-Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza; *Patricia Escola*, CONICET- Escuela de Arqueología,(Universidad Nacional de Catamarca; *Adolfo Gil*, CONICET-Museo de Historia Natural de San Rafael-IANIGLA y Universidad Nacional de Cuyo; *Alejandro García* CONICET-Universidad Nacional del San Juan, Universidad Nacional de Cuyo; *Solana García Guraieb*, CONICET-Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Secretaría de Cultura de la Nación, Argentina; *Gabriela Guraieb*, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano y Universidad de Buenos Aires, Argentina; *Alejandra Korstanje*; Instituto de Arqueología y Museo, Facultad Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo; Universidad Nacional de Tucumán, Instituto Superior de Estudios Sociales (CONICET)-Universidad Nacional de Tucumán; *Diana Lenton*, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina; *Juan Bautista Leoni*, Instituto de Arqueología, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina; *Marina Marchegiani*, Museo Etnográfico "Juan Bautista Ambrosetti", Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; *Jorge G. Martínez* Instituto Superior de Estudios Sociales-CONICET, Instituto de Arqueología y Museo-Universidad Nacional de Tucumán; *Adriana Mehl*, CONICET- Instituto de Ciencias de la Tierra y Ambientales de La Pampa (INCITAP) y Universidad de La Pampa; *Axel Emil Nielsen*, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Secretaría de Cultura de la Nación, Argentina; *Cristina Prieto Olavarría*, CONICET- Instituto de Arqueología y Etnología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Centro de Investigaciones Ruinas de San Francisco, Municipalidad de Mendoza; *María Lelia Pochettino*, CONICET - Laboratorio de Etnobotánica y Botánica Aplicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata; *Mercedes Podestá*, Instituto de Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Secretaría de Cultura de la Nación, Argentina; *Marcos Quesada*, CONICET- Escuela de Arqueología. Universidad de Catamarca; *Carlos A. Quintana*. Laboratorio de Arqueología, Universidad Nacional de Mar del Plata; *Anahí Rè*, CONICET- Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Secretaría de Cultura de la Nación, Argentina; *Clara Rivolta*, Directora Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina; *Marcela Sepúlveda*,; Académica de la Universidad de Tarapacá, Chile; *Ximena Senatore*, Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas - IMHICIHU – CONICET; *José María Vaquer*, CONICET- Instituto de Arqueología, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; *Alejandra V. Volpedo*, Instituto Universidad de Buenos Aires, Centro de Estudios Transdisciplinarios del Agua (CETA), CONICET-FVET-Universidad de Buenos Aires; *Federico Wynveldt*, Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina; *Hugo D. Yacobaccio*, CONICET- Instituto de Arqueología, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

RELACIONES ha sido calificada con el Nivel Superior de Excelencia por el CAICYT-CONICET. LATINDEX Registro N° 7380.

El presente tomo XXXVII (1 y 2) de RELACIONES ha sido realizado gracias a las contribuciones de los socios.

Relaciones es una publicación anual editada por la Sociedad Argentina de Antropología (SAA) para difundir la investigación en Ciencias Antropológicas de la República Argentina y el Cono Sur. Publica artículos originales de investigación básica y aplicada, notas, entrevistas, comentarios, reseñas y obituarios de autores argentinos y extranjeros sobre Arqueología, Antropología Social, Antropología Biológica, Etnografía y Etnohistoria. Los artículos son revisados por un Comité Editorial y evaluados por especialistas nacionales y/o extranjeros. Su objetivo es difundir a nivel académico amplio los resultados de investigaciones o sus distintos grados de avance, favorecer la discusión entre los autores y mantener actualizados a los miembros de la SAA en los temas de su incumbencia.

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Es propiedad de la Sociedad Argentina de Antropología

Registro DNDA 5096073

Comité Asesor Científico

Carlos A. Aschero

Investigador Superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Vicedirector del Instituto Superior de Estudios Sociales (ISES), CONICET; Profesor Titular Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán. Argentina.

Francisco Raúl Carnese

Profesor Consulto Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; Director Sección Antropología Biológica del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Isabelle Combès

Investigadora asociada con el Instituto Francés de Estudios Andinos (UMIFRE nº 17/CNRS-MAE)
Profesora del Programa de Post Grado en Historia de la Universidade Federal da Grande Dourados (Mato Grosso do Sul, Brasil)
Miembro del Taller de Estudios e Investigaciones Andino-Amazónicas (TEIAA) de la Universitat de Barcelona, España.

Jean-Pierre Chaumeil

Director de investigación en el CNRS y miembro del Centro EREA del Laboratoire d'Ethnologie et de Sociologie Comparative-LESC (UMR 7186: Université Paris Ouest Nanterre La Défense-CNRS)

Felipe Criado-Boado

Profesor de investigación del CSIC, Instituto de Ciencias del Patrimonio (Incipit), Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). España.

Tom D. Dillehay

Rebecca Webb Wilson University Distinguished Professor of Anthropology, Religion, and Culture and Professor of Anthropology and Latin American Studies, Department of Anthropology Vanderbilt University, Nashville, TN. Estados Unidos.

Ana María Lorandi

Investigadora Superior de Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Profesora Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Jefa Sección Etnohistoria, Instituto Ciencias Antropológicas, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Manuel Francisco Mena Larrain

Investigador residente, Coordinador Prehistoria y Antropología, Centro de Investigación en Ecosistemas de la Patagonia (CIEP), Coyhaique, Chile.

José Antonio Pérez Gollán

Director Museo Histórico Nacional, Secretaría de Cultura. Presidencia de la Nación, Argentina.

Adriana Piscitelli

Investigadora nivel A en el Núcleo de Estudios de Género PAGU de la Universidade Estadual de Campinas/Unicamp. Profesora del Departamento de Antropología y el Doctorado en Ciencias Sociales de la misma universidad. Investigadora nivel ID del CNPq (Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico, Brasil). Brasil.

Tristan Platt

Chair in Anthropology and History, Centre for Amerindian, Caribbean and Latin American Studies
Department of Social Anthropology, School of Philosophical, Anthropological and Film Studies
Faculty of Arts, University of St Andrews, St Andrews, Escocia, Reino Unido.

Sandra Alejandra Siffredi

Investigadora Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Profesora Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Alexandre Surrallés

Directeur de Recherche, Centre National de la Recherche Scientifique, Laboratoire d'anthropologie sociale, Collège de France. Paris, Francia.

ÍNDICE Tomo XXXVII (2)
TABLE OF CONTENTS

| | |
|--|---------|
| Al Doctor Alberto Rex González, por <i>Myriam Noemí Tarragó</i> | 227-230 |
| Alberto Rex González, por <i>Ana María Lorandi</i> | 231-233 |
| Alberto Rex González, antropólogo. Un investigador que nos ayudó a comprender y a explicar nuestra historia, por <i>Marta I. Baldini</i> | 235-238 |
| Dr. Alberto Rex González: un hombre, un sabio, un maestro, un amigo, por <i>Nicolás Pablo Tejada</i> | 239-241 |

ARTÍCULOS

| | |
|--|---------|
| Técnicas y decisiones sociales para el empleo de las rocas. Nuevos datos para La Guillerma 5 (área del río Salado región pampeana) <i>Social strategies and technics in the use of stones: new data from La Guillerma 5 (Salado River area, Pampean region)</i> <i>Celeste Weitzel y María Isabel González</i> | 243-264 |
| Prácticas de consumo del alcohol entre los grupos indígenas de la frontera del sur (S. XVIII-XIX) desde la arqueología histórica <i>A historical archaeology of alcohol consumption practices within southern frontier indigenous groups (18th-19th century)</i> <i>Virginia Pineau</i> | 265-297 |
| Ocupaciones humanas en la planicie árida noreste de Mendoza: estudios arqueológicos en el paleocauce central (PC 4). <i>Human settlement in the arid northeastern Mendoza plain: archaeological studies in the central paleochannel (PC4)</i> <i>Horacio Daniel Chiavazza</i> | 299-327 |
| Quebrada de la Cueva (Humahuaca, Jujuy): cronología, espacialidad y cerámica arqueológica <i>La Cueva Gorge (Humahuaca, Jujuy): chronology, space and archaeological pottery</i> <i>Paola Silvia Ramundo</i> | 329-354 |
| La tecnología lítica como fenómeno multidimensional. El caso de las sociedades preestatales y estatales del valle Calchaquí medio | |

| | |
|---|---------|
| <i>Lithic technology as a multidimensional phenomenon: the case study of the pre-state and state societies in the middle Calchaquí valley</i> <i>María Gabriela Chaparro</i> | 355-386 |
| <i>Manufacturas alfareras al sur de los valles Calchaquíes entre el siglo primero al quinto DC</i> <i>Ceramic production in the southern Calchaquí valleys during the first to fifth century AD</i> <i>Lucas Pereyra Domingorena</i> | 387-412 |
| <i>Imágenes, recursos visuales y soportes: un recorrido por las manifestaciones rupestres de la región de Fiambalá (Catamarca)</i> <i>Images, visual resources and supports: a journey through the rock art of the Fiambalá region (Catamarca)</i> <i>Mara Basile</i> | 413-434 |
| <i>Construcción de periferias y producción de lo local en las cumbres de El Alto-Ancasti.</i> <i>The construction of peripheries and the production of the local in the El Alto-Ancasti highlands</i> <i>Marcos N. Quesada, Marcos R. Gastaldi y M. Gabriela Granizo</i> | 435-456 |
| NOTAS | |
| <i>Movilización indígena en el noreste formoseño. Notas a propósito de un caso</i> <i>Indigenous mobilization in northeastern Formosa: notes on a case study</i> <i>Valeria Iñigo Carrera</i> | 457-462 |
| <i>Primeros resultados de las investigaciones en el sitio Laguna de los Pampas (partido de Lincoln, provincia de Buenos Aires)</i> <i>Preliminary results of studies at the Laguna de los Pampas site (Lincoln canton, Buenos Aires Province)</i> <i>Gustavo G. Politis, Pablo G. Messineo, Mariela E. González, María C. Álvarez y Cristian Favier Dubois</i> | 463-472 |
| <i>Opiniones, posiciones y experiencias de los miembros de la Sociedad Argentina de Antropología en torno al impacto de la megaminería sobre la sociedad y el patrimonio</i> <i>Opinions, positions and experiences of members of the Argentine Anthropology Society concerning the impact of mega-mining on society and heritage</i> <i>Comisión Directiva SAA 2012-2013</i> | 473-475 |
| MEMORIA ANUAL SOCIEDAD ARGENTINA ANTROPOLOGIA 2011-2012 | 477-484 |
| NORMAS EDITORIALES PARA LOS AUTORES | 485-494 |
| PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA | 495-497 |

AL DOCTOR ALBERTO REX GONZÁLEZ

*Myriam Noemí Tarragó**



No sin antes agradecer la invitación del Comité Editorial de la Sociedad Argentina de Antropología, me sumo al homenaje con el fin de comentar aspectos de la labor del doctor Alberto Rex González relacionados con su accionar en el interior del país y con el peso que tuvo en el desarrollo de las carreras de Antropología en la década de los cincuenta.

El Doctor, como acostumbrábamos llamarlo en la universidad, poseía cualidades intelectuales sobresalientes: un espíritu curioso interesado por todas las Ciencias del Hombre, como solía denominarlas en sus charlas; una gran capacidad de lectura y de trabajo, una actitud crítica en continuo movimiento reflexivo y, sobre todo, una profunda conciencia social que lo llevaba a preocuparse por los derechos humanos en el más amplio sentido.

Por todas estas cualidades, sus aportes son multifacéticos y abarcan un amplio rango de las ciencias sociales. Cualquier enumeración resulta incompleta, pero vale la pena mencionar

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Museo Etnográfico, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: tarragom@arnet.com.ar

algunos de sus temas. Señalar, por ejemplo, su genuino interés por los estudios etnográficos sobre pueblos originarios de diversas regiones del mundo: África, India, Japón, China, y de los pueblos autóctonos de Norte y Suramérica. Otro tema que lo fascinaba era el origen del hombre y la búsqueda de los mecanismos que motorizaron la evolución cultural en las sociedades primigenias. Dedicó largos años de las dos últimas décadas del siglo XX y los primeros años del siglo XXI a esta indagación. Siempre le preocupó reflexionar sobre actores y sucesos de la historia de las Ciencias Antropológicas en el contexto socio-histórico en que se gestaron las distintas épocas, así como mostró interés en considerar los aportes teóricos de las diversas corrientes (González 1985). A la vez, estuvo preocupado por la diversidad cultural, tanto americana como a escala mundial. Esa inquietud lo llevó a recorrer los más remotos centros patrimoniales, desde *Chou Koutien*, en China, los templos de *Kmer* en Camboya, la garganta de *Olduvay*, en África, *Palenque*, en Mesoamérica, hasta *Inkallacta*, y muchos otros sitios en los Andes. En íntima vinculación, manifestó una constante preocupación por la preservación del patrimonio arqueológico ante la rápida destrucción que estaban provocando las modernas obras productivas y viales. Muchas notas atestiguan esa constante lucha marcando la imperiosa necesidad de generar un cuerpo de leyes que tendiera a su salvaguarda. El arte precolombino como parte del arte universal fue otro de sus convocantes temas, sobre los que trabajó largo tiempo y que se volcaron en varias de sus más importantes obras, como *Arte precolombino en la Argentina* y *Las placas metálicas de los Andes del Sur*. A estos estudios contribuyó en forma significativa su esposa, Ana Montes, con su formación en artes plásticas, como autora de muchos de los diseños sobre el complejo estilístico de La Aguada.

Pero sobre todo, el Doctor fue un arqueólogo apasionado por la investigación científica, a la que dedicó largas horas de trabajo de campo y de laboratorio, porque para él, el *diálogo sustantivo entre teoría y práctica* se producía en esa intersección. Su formación en las más modernas metodologías que se estaban desarrollando en USA en la década de los cuarenta y cincuenta alimentó su accionar y lo llevó a incorporar en la Argentina técnicas como la datación por C^{14} , la palinología aplicada a la arqueología y la arqueobotánica, la teledetección de áreas arqueológicas, los análisis especializados de bienes metálicos y la aplicación de métodos computarizados para la comparación de grandes conjuntos de datos. Podemos afirmar, sin lugar a dudas, que fue un “antes y un después en la arqueología argentina”, una verdadera revolución que sólo tiempo después fue asimilada lentamente por la comunidad científica de la metrópoli porteña y de La Plata. En ambos lugares hubo serias resistencias a sus propuestas, mientras que en las universidades del interior del país fue recibido muy favorablemente y sus enseñanzas prendieron en la primera generación de antropólogos y arqueólogos (Bianciotti 2005).

Conocí al Dr. Alberto Rex González en el otoño de 1957, al comenzar el segundo año de la Carrera de Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, que pertenecía, en ese entonces, a la Universidad Nacional del Litoral. Dentro del plan existían dos materias que estaban a su cargo: una era Prehistoria y Arqueología Americana, y la otra, Antropología Cultural. Recuerdo todavía, como si fuera ayer, su primera clase en el saloncito del Instituto de Antropología. Desarrolló el tema introductorio con tal entusiasmo, claridad y erudición, que todos los alumnos quedamos maravillados. El descubrimiento y la debida valoración de las raíces americanas, a través de su discurso apasionado, fue para nosotros un verdadero despertar.

Su participación como profesor en la Facultad desde 1953 hasta 1957 fue crucial en la formación de la primera generación de antropólogos, entre los que me cuento y entre quienes se destacaban, además de tantos otros, dos compañeros que ya no están con nosotros, Víctor Núñez Regueiro y Edgardo Garbulsky. El Doctor no sólo fue nuestro profesor, sino que, en el lapso en que interactuamos con él, llevó adelante el proyecto de un plan de carrera de Antropología que se concretó en 1959 como una orientación dentro de Historia. Sus clases y su pasión por desentrañar la historia de los pueblos ancestrales de América fue el móvil que me llevó a inscribirme en la nueva orientación y empezar así un largo camino que todavía transito, en la investigación arqueológica.

Cuando el Dr. González regresó al país después de disfrutar de una Beca Guggenheim, no volvió a enseñar en Rosario sino que pasó a dirigir el Instituto de Arqueología de la Universidad de Córdoba, donde formó también una camada de jóvenes investigadores y de profesores universitarios, entre ellos, Osvaldo Heredia, José A. Pérez Gollán y Eduardo Berberían. Sin embargo, nuestro contacto se mantuvo. El curso de especialización sobre “Datación en Arqueología” que organizó en septiembre de 1961 motivó un viaje masivo de los estudiantes de Arqueología de Rosario a Córdoba, donde se produjo una fructífera interrelación entre los asistentes de distinta procedencia. Tampoco estuvo ajeno a la realización del Primer Congreso de Estudiantes de Arqueología, llevado a cabo en Rosario en 1962. Presentamos ponencias con una seriedad de profesionales y se estableció contacto entre muchos de los colegas que todavía hoy están enseñando en universidades del país o formando recursos humanos en otros países, como Eduardo Menéndez en México, José Najenson en Israel, Carlos Herrán y Hugo Ratier en Buenos Aires, entre muchos otros.

La década del sesenta, en mi opinión, se destaca en gran medida por el desenvolvimiento académico en las universidades del interior, donde los nuevos enfoques y las metodologías introducidas por el Dr. González, –tales como los métodos de prospección en área, de excavación estratigráfica y de pisos de ocupación– provocaron un verdadero salto en la ejecución de las investigaciones. Empieza la arqueología científica como tal, con énfasis en los trabajos de campo, más sistemáticos y de mayor cubrimiento. Si se revisan las entrevistas que efectuó en diversas oportunidades, es claro que el bagaje teórico-metodológico que trae y aplica en su enseñanza universitaria tuvo que ver con la formación que recibió en EEUU, donde conoció, obviamente, los trabajos de Boas, y donde tuvo como profesora a una destacada discípula, Ruth Benedict. Pero también en Columbia vivió la reacción y el cambio con la gestación de nuevas posturas, en particular la de Julian Steward, creador de la Ecología Cultural, y que fue tutor de su tesis de doctorado, a quien le reconoció una profunda influencia en su formación. Conoció e interactuó con los investigadores más sobresalientes de la época, como Gordon Willey, John Rowe, Betty Meggers, Clifford Evans, Eric Wolf, Leslie White, etc. Tres aspectos teóricos importantes en su pensamiento son el concepto de “evolución social”, la importancia de enfocar históricamente el desenvolvimiento de las sociedades preeuropeas (los pueblos sin historia), y el concepto de “contexto de asociación” en el estudio de la cultura material. A esto se suma la metodología de excavación que bebió durante tres meses en la Escuela de Campo de *Point of Pines*, en Arizona, y los revolucionarios métodos que estaban surgiendo después de la Segunda Guerra Mundial (Martínez Sarasola y Santillán Güemes 1982).

Esto es lo que recibimos los estudiantes de Rosario y Córdoba y lo que nos llevó a transitar un camino diferente, mucho más abierto a las nuevas posturas, como leer a V. Gordon Childe y los trabajos iniciales de L. Binford. La Escuela Histórico-Cultural era una más de las corrientes que se estudiaban en Teorías Antropológicas, pero no la dominante. La apertura a diversas corrientes y la reflexión crítica que nos transmitió tuvo que ver también con el hecho de que varios de nosotros nos interesásemos por los enfoques de la “Arqueología Social” a inicios de los setenta.

El papel fundamental jugado por el Dr. González en la formación de recursos humanos se puede apreciar en las numerosas ponencias presentadas por jóvenes investigadores al 37° Congreso Internacional de Americanistas de Mar del Plata, en 1966, hecho auspicioso y a la vez, profundamente trágico, pues ya se habían producido las renunciadas masivas en las universidades. Por otra parte, no es casual que sus discípulos hayan sido los iniciadores de proyectos regionales en distintos valles del Noroeste argentino cuyos aportes constituyen las bases cronológicas y espaciales indispensables para poder encarar nuevos tipos de investigaciones en la actualidad.

En síntesis, fue mi profesor y mi maestro en el sentido cabal del término, la consulta y la guía a través de las conversaciones mantenidas con él a lo largo del tiempo iluminaron el arduo camino de la investigación, pero sobre todo, me transmitió la pasión por la arqueología y el compromiso que debemos asumir como profesionales, mensajes que todavía guían mi andar. Un profundo agradecimiento y reconocimiento por lo mucho que he recibido de mi querido maestro.

BIBLIOGRAFÍA

Bianciotti, A.

2005. Alberto Rex González. La imagen y el espejo. *Arqueología Sudamericana* 1 (2): 155-184.

González, A. R.

1985. Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista. *American Antiquity* 50 (3): 505-517.

Martínez Sarasola, C. y R. Santillán Güemes

1982. Entrevista a Alberto Rex González. Teoría Antropológica: integración y colapso. *Cultura Casa del Hombre* II (3/4): 4-8.

ALBERTO REX GONZÁLEZ

Ana María Lorandi*



Jornadas de homenaje en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 1994. Foto gentileza del Proyecto *Archivo Digital Dr. Alberto Rex González* (Convenio CONICET- Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, FFyL, UBA - Familia González)”

Alberto Rex González falleció el 28 de marzo de 2012, a los 94 años. Pionero de la arqueología científica en el país, pudo trascender las barreras de la academia gracias al profundo sentido social e histórico que imprimió a sus investigaciones y a su militancia en defensa del patrimonio cultural de los pueblos originarios. Fue un hombre apasionadamente comprometido con su profesión hasta sus últimos días. Su obra es inmensa, pues abrió las puertas de las más variadas problemáticas y fue un activo formador de discípulos que hoy se esparcen por todos los rincones del país y del exterior.

No es tarea fácil escribir sobre un gran maestro con el que me unió una relación tan estrecha; por ello voy a hacer un ejercicio de memoria sobre aquellos años de la década del 1950, cuando formó su primer equipo de estudiantes arqueólogos. Sin duda, también resulta difícil poner distancia objetiva sobre una personalidad tan compleja como la de Alberto Rex González. Para sus alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario¹ fue una figura gigantesca que nos marcó profundamente por su docencia carismática. El profesor de Historia Carmelo Busaniche decía irónicamente que Rex González era “El doctor doctor”, o sea, el doctor por exce-

lencia, por nuestra actitud reverencial hacia él. Por cierto, González nos enseñó a hacer ciencia, nos permitió asomarnos al mundo fascinante de la Antropología revisando su pasado a través de

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Sección Etnohistoria, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
E-mail: anamariadorandi@gmail.com

la arqueología. A muchos de nosotros nos permitió conocer por primera vez a los campesinos del noroeste, incluso a los campesinos soldados provenientes del regimiento de Catamarca y que nos ayudaron en la primera excavación en El Alamito en el año 1957. Imposible pasar por todas esas experiencias sin conmoverse cuando uno tiene apenas veinte años.

Uno de los rasgos que más recuerdo de la docencia de Rex –todos los llamábamos así– fue su capacidad para organizar un equipo. Aprendimos a valorar el trabajo en equipo y, en la medida de lo posible, lo he reproducido en mi vida profesional. Además, participar –siendo tan jóvenes e inexpertos– en una campaña científica nos brindó la ilusión de que ya éramos verdaderos profesionales. Rex tuvo la virtud de hacernos sentir importantes. Cuando Víctor Núñez Regueiro organizó la *Primera Convención Nacional de Antropología* en el año 1964 en Córdoba, en la que participaron los arqueólogos más importantes de esa época, los rosarinos descubrimos con sorpresa que todos conocían nuestra existencia y admitieron que participáramos en el mismo nivel profesional. Con el tiempo comprendí que ese reconocimiento era obra de la prédica de Rex elogiando a sus alumnos rosarinos.

De todas maneras, nada se desenvuelve sin conflictos en nuestro medio académico. Algunos colegas aceptaron a regañadientes que una empresa de mi pueblo natal, La Helvética, de Cañada de Gómez, financiara las dos campañas del Instituto de Antropología de Rosario a El Alamito en 1957 y en 1958. Eran tiempos en que se discutía la participación de la Fundación Ford en los proyectos de investigación social en América Latina y, en particular, en la Argentina. Cuando Rex partió hacia los EEUU y lo reemplazó Eduardo Mario Cigliano, aquellos que se avergonzaban de haber aceptado financiación privada (aunque La Helvética jamás solicitó un reconocimiento explícito) mostraron su descontento y provocaron una primera fisura en el equipo. Estas disidencias quedaron al desnudo sin medir la diferencia entre una empresa de capital exclusivamente local y una multinacional que estaba en el origen de la Fundación Ford.

Y también quedaron al desnudo las diferencias entre uno y otro profesor. Habíamos considerado a Cigliano como un discípulo de Rex, ya que parecían tener una relación muy estrecha entre ellos. Cigliano, a su vez, creyó que dirigiría a gente de formación más amplia en la cual apoyarse; en consecuencia, ambos nos desilusionamos cuando descubrimos nuestras mutuas limitaciones. Como lo expresan Bonin y Serrano (2011: 52), en realidad Cigliano era discípulo de Márquez Miranda, a quien Rex González criticaba duramente por el enfoque metodológico utilizado y con quien mantenía una prolongada disputa.

Si analizamos desde el presente las tensiones del pequeño grupo rosarino de esa época, ellas encuadran muy bien en el tipo de conflictos que Rex tuvo que afrontar para imponer pautas científicas en la práctica arqueológica, tal como lo analizan Mirta Bonnin y Germán Soprano en su reciente artículo de *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVI* (2011). Los vínculos profesionales, políticos y personales estaban estrechamente entrelazados y cualquier análisis parcial es incompetente para dar cuenta de la forma en que transcurría la vida profesional en esa época (¿sólo en esa época?). Pero sin duda, a lo largo de los años y a medida que aumentaba el prestigio nacional e internacional de Rex González, se delimitaron más nítidamente también los perfiles profesionales y políticos del resto de los arqueólogos y antropólogos argentinos o que vivían en Argentina.

Entre 1954 y 1957, los rosarinos hicimos varios viajes a Buenos Aires y La Plata con el propósito de revisar colecciones –y/o de participar de algunas jornadas científicas–, y todavía en esa época compartíamos almuerzos o cenas con algunos de los antropólogos o arqueólogos que posteriormente se enfrentaron con Rex. Llegó un momento en que la convivencia se desmoronó entre los miembros de esa generación y “pertenecer” a uno u otro grupo identificaba el perfil profesional de sus respectivos discípulos. Incluso, algunos arqueólogos de una generación intermedia, como Pedro Krapovickas, debieron tomar a veces “incómodas” decisiones. Como lo dicen Bonnin y Soprano, los factores personales, profesionales y los políticos se cruzaron para delimitar la participación en uno u otro grupo, y cada uno debió tomar su propia decisión

al respecto. Se generó así un antagonismo –más fuerte entre antropólogos sociales que entre los arqueólogos– continuamente magnificado y teñido por la filiación política e ideológica². Hubo períodos en que se trazaron fronteras muy definidas pero, por cierto, en los últimos años, el prestigio científico de Rex fue adquiriendo una dimensión tan relevante que cualquier faccionalismo vinculado a esas viejas disputas (al menos entre arqueólogos) perdió significación (aunque tal vez surgieron nuevas líneas de identificación y conflicto).

La huella científica y humana que ha dejado Rex González será indeleble. Más allá de los resultados específicos de sus investigaciones, en sí mismos de gran significación, su aporte más importante fue considerar a la arqueología como una de las Ciencias del Hombre y demostrar el potencial del método científico para descubrir la esencia cultural de la humanidad a través de sus obras materiales. “Detrás de cada piedra hay un hombre”, nos decía en Rosario al principio de esta historia, al tiempo que nos convencía de que éramos brillantes aprendices de científicos.

NOTAS

- ¹ Ingresó como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Litoral en 1952 y en 1956 o 1957 concursó las cátedras de Arqueología y Prehistoria Americana y Antropología Cultural, siendo José Luis Romero uno de sus jurados.
- ² Fue un tema recurrente en los paneles organizados en 2009 para conmemorar los *50 años de la Carrera de Antropología* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

BIBLIOGRAFÍA

Bonnin, M. y G. Soprano

2011. Antropólogos y antropología en las universidades nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno al liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVI: 37-60.

ALBERTO REX GONZÁLEZ, ANTROPÓLOGO. UN INVESTIGADOR QUE NOS AYUDÓ A COMPRENDER Y A EXPLICAR NUESTRA HISTORIA

*Marta I. Baldini**



Durante su última campaña. La Rioja, 2006

En marzo despedimos a un científico que consagró su vida a reconstruir la historia de los pueblos de nuestro pasado precolombino en el marco de un tenaz compromiso con la defensa de los derechos de sus descendientes, consciente del potencial rol del científico en la sociedad.

Maestro en diversos campos de la antropología, Rex fue un arqueólogo cuya obra está íntimamente vinculada al desarrollo de la disciplina y de las instituciones en las que desplegó su actividad. En ellas impulsó proyectos de investigación, cambios en los programas de formación de arqueólogos y antropólogos, el desarrollo de políticas científicas. Incorporó nuevos marcos teóricos, rigurosos métodos y técnicas científicas y formó numerosos discípulos, consolidando un liderazgo y una proyección cuyo alcance trascendió nuestras fronteras.

Procedimientos hoy naturalizados en el quehacer arqueológico fueron introducidos por Rex: el enfoque diacrónico en la interpretación del desarrollo cultural, el empleo sistemático

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas-Museo Etnográfico, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina, y Facultad Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina. E-mail: mbaldini@retina.ar

de excavaciones estratigráficas, el uso de la fotografía aérea para el reconocimiento de sitios arqueológicos, la aplicación de técnicas de computación a la seriación de tumbas, los estudios de palinología, los estudios genético-serológicos en poblaciones prehistóricas.

En la época en que inició su práctica profesional la arqueología argentina estaba muy ligada al coleccionismo y a la valoración estética de las piezas, el énfasis recaía en la descripción minuciosa de especímenes y en la interpretación generalizada con base en crónicas indiscriminadas. Una realidad que se vio transformada a partir de su concepción de la arqueología como ciencia histórica cuyo objetivo es reconstruir, dentro de sus posibilidades, la historia las sociedades del pasado a través de los restos que nos dejaron.

Compartí con Rex etapas diferentes de su vida. La primera en el Museo de La Plata, donde lo conocí como alumna cuando ingresé a la carrera de Antropología; la época de su exilio académico, cuando fue dejado cesante de todos sus cargos y se le impidió el acceso al estudio de sus propios materiales y notas de excavación; y luego, con el advenimiento de la democracia, su actuación como Director Nacional de Antropología y del Museo Etnográfico. En sus últimos años de actividad, enfrentado al desafío que representa alcanzar una explicación teórica de los procesos de la evolución cultural y los mecanismos que la rigen.

Todas estas etapas estuvieron atravesadas por aspectos invariantes de su dimensión como hombre y como científico que nos dejan un mensaje, un aprendizaje y deben destacarse. Y nada mejor que remitirnos a sus propias palabras para señalarlos.

En un medio a veces poco solidario, siempre prevaleció la generosidad de Rex, su humildad en el trato con los otros, su disposición para igualarse con sus alumnos a pesar de la diferencia de conocimientos, su capacidad para compartirlos y recrearlos con colegas y discípulos. Esto se condice con su concepción de cuál debe ser la actitud del científico:

El quehacer de la ciencia debe hacerse con la búsqueda y la práctica constante de la humildad, puesto que el hombre de ciencia debe afrontar su tarea con una clara conciencia de que no es más que un minúsculo escalón en el infinito edificio que constituye la tarea del conocimiento. Como conclusión la búsqueda de la modestia y humildad de su quehacer deben estar permanentemente presentes en su pensamiento, y que a pesar de su aparente intrascendencia, su actividad es absolutamente imprescindible para que esto, que es el saber y el conocimiento, sólo puedan perdurar en el tiempo como obra acumulativa.

Este concepto del conocimiento científico como una tarea social, colectiva, histórica, que se proyectará después de nosotros, lo llevó a la práctica en sus últimos años mediante la firma de un convenio con el CONICET para digitalizar sus trabajos, sus notas, su colección de diapositivas, de manera que constituyan un fondo documental que quede a disposición de las nuevas generaciones.

Rex fue un investigador incansable. Siempre se destacó por su capacidad de trabajo, su pasión por la arqueología, que transmitió permanentemente en la gestión, en el laboratorio, en el campo, abriendo varios frentes, queriendo duplicar el tiempo. Refiriéndose a la época en que trabajaba en el Museo de La Plata, decía Rex:

Las paredes del viejo Museo fueron durante décadas las de mi segundo hogar. Por un largo lapso pernoctaba dos o tres veces a la semana, tratando de captar esta elusiva entidad casi indefinible que es el tiempo, buscando traducirlo en labor. Labor que no faltaba nunca, y que se renovaba permanentemente en el mismo quehacer según es notorio en cualquier labor científica, en que los nuevos interrogantes son el correlato de la respuesta a cualquier cuestionamiento. Son también el acicate que pone en movimiento una actividad que se rehace y crea a sí misma y que perdura mientras los hombres prosigan en la búsqueda de la verdad.

Su actividad científica se caracterizó siempre por el apoyo a los pueblos originarios, la defensa de la pluralidad étnica y la igualdad de todos los ciudadanos:

Bregamos durante toda nuestra vida –y este es quizá nuestro galardón– por un mejor conocimiento del pasado precolombino, tratamos de comprender los problemas de los hombres de aquel pasado, sus necesidades, sus logros y sus transformaciones en el transcurso de las centurias. Nunca pude evadirme del destino trágico de esos pueblos y culturas y sus descendientes en sus choques con las naciones que los conquistaron y desintegraron sus organizaciones y modos de vida.

Siempre tuvo presente “la imagen de tantos humildes paisanos de mi tierra, mis ocasionales colaboradores, con quienes compartía las largas horas de campamentos y de búsquedas arqueológicas, a quienes aprendí a amar y respetar en su cordialidad y abierta y sana sabiduría, en quienes vi muchas veces retratada la imagen del hombre autóctono de América”.

Coherente, acorde con esto, propició y sostuvo la devolución de los restos de Inakayal y estuvo presente en el acto de entrega de los restos del cacique Mariano Rosas, "Panguitruz Kner", compartiendo con sus descendientes un homenaje a Inakayal en el Museo de La Plata. En su discurso expresó su deseo de que el ejemplo de las restituciones “haga recapacitar a los científicos y a la sociedad argentina sobre la valoración de los derechos humanos de todos los pueblos para que nos podamos reconocer como una Nación con múltiples raíces”.

Rex apoyó la difusión masiva del etnocidio americano; recordemos su fuerte relación con Víctor Heredia a partir de su asesoramiento para el Taki-Ongoy y su respaldo frente a la crítica del recital por parte de algunos medios.

Con el grupo GUIAS (Grupo Universitario de Investigación en Antropología Social) de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata, que trabaja en la identificación y restitución de restos humanos de pueblos originarios, compartió ideas y estuvo en contacto permanente apoyando su labor.

Su compromiso con los derechos humanos también contribuyó al esclarecimiento del genocidio en Argentina: brindó su auspicio y respaldo al Equipo de Antropología Forense desde sus primeros trabajos para identificar los restos de desaparecidos por la última dictadura cívico-militar.

Algunas reflexiones sobre su vida, también en sus propias palabras, complementan su perfil.

Desarrollé mis actividades específicas cumpliendo con un imperativo vocacional que creo que nació conmigo, se hizo carne y me acompañó de por vida... creemos que personalmente, dentro de nuestras circunstancias, forjamos un camino. El quehacer arqueológico nos acompañó desde el comienzo de la adolescencia y estamos seguros que de volver a nacer emprenderíamos la misma ruta.

La arqueología me ha brindado la mayoría de mis momentos más felices... me hizo vivir en un mundo de esperanza y asombro, con el afán siempre renovado de la investigación, con el atractivo de sus incógnitas, nunca resueltas del todo, o resolviéndose mediante el planteo de nuevos problemas, en un sinfín interminable de fascinantes enigmas.

Estoy en paz y agradecido por lo que tuve y lo que pude hacer, lo que pude comprender y el insondable misterio nunca resuelto que rodea el existir, llego en paz y conforme a los límites de mi destino, compuesto, como en todos los humanos, de una dosis de azar en juego con la fuerza de la propia voluntad y el deseo de hacer lo que uno cree correcto y verdadero.

Un reciente homenaje de los alumnos de la Universidad de La Plata testimonia su vigencia entre las nuevas generaciones: “Como estudiantes, y a seis meses de su fallecimiento

to, creemos necesario mantener su memoria viva, habiendo sido su práctica profesional en vida un ejemplo a seguir para la construcción científica plural, crítica y comprometida”. Con la generosidad de siempre, Rex había dedicado largas horas a compartir con ellos lo específicamente arqueológico que inquietaba a cada uno, la historia de la disciplina, la discusión de nuevos marcos teóricos y metodológicos, sus reflexiones acerca de la restitución de los restos humanos guardados en los museos. Trascendiendo extrañamientos académicos su obra, su pensamiento, su mensaje, se renueva en ellos.

Celebremos la plenitud de su vida, la riqueza de su aporte y recordémoslo con alegría.

DR. ALBERTO REX GONZÁLEZ: UN HOMBRE, UN SABIO, UN MAESTRO, UN AMIGO

*Nicolás Pablo Tejada***



Junio de 1995 – El doctor Rex González y el maestro Nicolás Pablo Tejada con alumnos y profesores de la Escuela Secundaria de Icaño, Catamarca

Hombres como el doctor Alberto Rex González no mueren, sino que trascienden y perduran más allá del miedo humano a la muerte, y su impronta señera será guía para aquellos que acepten el desafío de ser originales en el pensamiento y la acción, viviendo con plenitud el derrotero elegido.

Alberto Rex González nació en Pergamino, provincia de Buenos Aires, un 16 de noviembre de 1918. Se graduó de médico en la Universidad Nacional de Córdoba y, fiel a sus principios, se trasladó a Estados Unidos para cursar el doctorado en Antropología de la Universidad de Columbia. Luego de obtenerlo, regresó a la Argentina y se dedicó a aplicar y desarrollar sus conocimientos mediante un plan de trabajo bien estructurado. En 1951 inició sus exploraciones en el Valle de Hualfín, en Catamarca. Excavó sitios, practicó estratigrafías en los asentamientos de los primitivos habitantes y recogió muestras de carbón que sometió a los análisis físicos-químicos para establecer la antigüedad de los restos materiales fabricados por aquellos y definir la secuencia cronológica de las distintas etapas culturales.

Los resultados de esas investigaciones le permitieron fijar las coordenadas temporales y espaciales de las culturas Condorhuasi, Ciénaga y La Aguada. El territorio catamarqueño fue el eje de sus investigaciones de campo y fue el más autorizado expositor de la cultura de La Aguada.

* Centro Cultural del Este Catamarqueño “Amalio Correa”, Icaño, provincia de Catamarca, Argentina.

Infatigable trabajador, dedicó su vida a recuperar la verdadera historia del hombre en estas tierras en pos de revalorizar el pasado precolombino y, como él nos enseñara: roca madre de la que nace nuestra identidad nacional y regional, ya que la cultura republicana no es comprensible sin su raíz colonial, ni ésta sin la precolombina.

Más allá del rigor científico propio de quienes desandan profesionalmente la antropología para definir acabadamente la senda transitada por el hombre a lo largo del tiempo y espacio, el arqueólogo va tejiendo una red social en la que desarrolla sus investigaciones y, en ese sentido, el doctor Rex González supo inspirar respeto, admiración y afecto de amigo.

Lo conocí un 14 de febrero de 1983 en la Escuela N° 287 del Alto de la Junta (Andalgalá, Catamarca), donde se iniciaba el curso de “Defensa del Patrimonio Arqueológico” promovido por el Consejo General de Educación de Catamarca, del que participaron 70 docentes de toda la provincia y entre cuyos objetivos estaba el de promover actitudes y conductas patrióticas en defensa de nuestro patrimonio arqueológico y conocer los fundamentos y fines de la arqueología, ubicándola en el conjunto de las ciencias del Hombre.

En esos diez días que duró el curso, tuve la oportunidad de conocer a un apasionado arqueólogo, a un gran maestro y a una excelente persona. Con él, se nos vislumbró otro mundo donde se nos “abrían los ojos” a cientos de años de negación y, en mi caso particular, “el indio melonado, salvaje, traicionero, bárbaro, etc.” que me enseñaron en la escuela pasó a ser un serio compromiso para revertir esta actitud peyorativa hacia todo lo que sea de los originarios.

En aquella oportunidad produjimos un documento denominado “Declaración de Aconquija”, entre cuyos enunciados expresábamos que “Queda explícito que no se trata de retomar una vieja polémica histórica de hispanismo versus indigenismo, sino de comprender la síntesis final que resultó del choque de dos culturas diferentes. De las cuales una fue injusta y permanentemente olvidada y que por lo tanto requiere el juicio equilibrado que la reivindique en toda su dimensión. Juzgamos que mientras no arraiguemos este sentido americanista, los argentinos no podremos lograr el sentimiento de autoconciencia indispensable para el desarrollo de una auténtica cultura nacional”.

Nunca olvidaré aquel día que nos hizo conocer el Pucará de Aconquija. Con qué orgullo nos enseñaba y explicaba, mientras quedábamos absortos ante semejante manifestación arquitectónica. En aquella oportunidad, me di cuenta de que estaba ante un educador nato. El doctor Rex tenía el don y la capacidad de enseñar con sencillez, con convicción y pasión.

Desde aquella fecha, muchos fueron los encuentros con el Maestro, y en cada uno de ellos nos dejaba con humildad su pensamiento, sus asombros, sus inquietudes y por sobre todo, su talento, su tenacidad por develar “los misterios escondidos” de la Cultura La Aguada, a la que dedicó muchos años de trabajo de investigación y que hoy podemos ver en su rica y extensa bibliografía.

En junio de 1995, mientras desarrollábamos el proyecto “Revalorización de las Culturas Precolombinas” con mi esposa Charito Polti y alumnos de la Escuela Secundaria de Icaño, tuvimos la sorpresa de su visita, acompañado de Inés Gordillo y Florencia Kusch. Fue una jornada memorable e inolvidable. Todos fuimos al sitio arqueológico de Río Chico y él, rodeado por los alumnos, se prodigaba con tanta alegría, con tanto entusiasmo, que en un raptó de emoción me dijo: “Tejada, ¡este es el camino!” y regresó a los jóvenes con renovada energía.

Como anécdota, en una de sus visitas a nuestro hogar de Icaño, junto a los arqueólogos José Togo y Marta Baldini, mientras analizaban algunas figurillas de nuestra colección arqueológica, nuestro hijo Pablo puso un video sobre la cueva de La Candelaria. De pronto, Rex, exaltado, pidió que se rebobinara la filmación, hasta que solicitó detener en una imagen de las pictografías y ofuscado expresaba: “¡Me equivoqué! ¡Me equivoqué!”, y en su libro *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*, hizo la corrección que correspondía. Debo destacar en ello un acto de humildad al reconocer su error...

Es justo y necesario, en esta ocasión, expresar mi profundo respeto y consideración a la mujer que acompañó a Rex a lo largo de su vida, la señora Ana Montes de González, Yi. Como nunca,

cabe mencionar esa frase: detrás de un gran hombre, hay una gran mujer. Maravillosa persona, que complementaba el trabajo que desarrollaba su esposo. Sencilla, amena, inteligente y, como él, una apasionada del arte precolombino. Mucho aprendimos de ella en el curso de arqueología del cual Rex era el profesor titular, secundado por el Néstor Kriscautzky y María Delia Arena.

Llevados por sus enseñanzas y consejos, a lo largo de todos estos años hicimos un importante rescate de piezas arqueológicas que enriquecerá el futuro museo de Icaño y que fueron registradas por la Dirección de Antropología de Catamarca; desarrollamos proyectos presentados institucionalmente en los establecimientos escolares con el objeto de revalorizar las culturas precolombinas; creamos el Centro Arqueológico, Histórico, Cultural del Este de Catamarqueño “Amalio Correa”; hicimos relevamientos de sitios arqueológicos en toda la zona; nos conectamos con arqueólogos de Catamarca con el fin de que realizaran investigaciones en asentamientos que consideramos muy importantes; acompañamos y guiamos a muchos profesionales a las distintas manifestaciones de pinturas rupestres diseminadas en la ladera oriental de las Sierras de Ancastí y sitios arqueológicos, entre ellos a sus colegas Ana María Llamazares, Carlos Martínez Sarasola, Inés Gordillo, Carlos Nazar, Giancarlo Puppo, Andrés Laguens, Marta Bonnin, etc.; recreamos en la comunidad el concepto de respeto y la valoración a este legado, al que debemos incorporar como nuestro patrimonio cultural; hicimos una valoración del paisaje y la consideración de dar a nuestro pueblo un destino turístico; pero por sobre todo, despertamos en nuestros jóvenes sentimientos de orgullo de nuestras raíces y la necesidad de recuperar, estudiar y conservar los testimonios del pasado autóctono en sus distintas manifestaciones arqueológicas, anhelando con profunda confianza que el respeto y admiración que hoy sentimos por nuestro patrimonio sea compartido por todos los pueblos con los que tenemos un pasado común.

Querido Rex, lo enunciado precedentemente es su obra, lo que usted con mucho amor nos enseñó y transmitió. Nosotros, de alguna manera, fuimos las manos ejecutoras de lo que usted, con su visión, estimaba que era correcto hacer. Y aún seguimos transitando ese camino...

Ha sido un honor compartir un tiempo de su vida.

**TÉCNICAS Y DECISIONES SOCIALES PARA EL EMPLEO DE LAS ROCAS.
NUEVOS DATOS PARA LA GUILLERMA 5 (ÁREA DEL RÍO SALADO,
REGIÓN PAMPEANA)**

*Celeste Weitzel** y *María Isabel González***

Fecha de recepción: 31 de octubre de 2011

Fecha de aceptación: 13 de agosto de 2012

RESUMEN

El área de la Depresión del Salado ha brindado, en la última década, diversos temas de interés arqueológico. Uno de estos se refiere a los modos y decisiones particulares en el manejo de los recursos líticos por parte de las sociedades cazadoras-recolectoras-pescadoras que se asentaron en un ambiente que carece completamente de rocas. En este trabajo presentamos nuevos datos como resultado del análisis de los instrumentos fracturados del sitio La Guillerma 5. El abordaje de las causas involucradas en la rotura de los instrumentos líticos es un tema nuevo en la arqueología argentina. En La Guillerma 5 pudieron identificarse distintas causas responsables de la fragmentación del conjunto, y es la rotura intencional –es decir, la decisión deliberada por parte de las personas de romper los instrumentos– la causa más frecuente. Esto nos llevó a proponer otras opciones que no reconocíamos hasta el momento, elegidas por las personas para aprovechar al máximo las rocas.

Palabras clave: fracturas – instrumentos líticos – rotura intencional – cazadores-recolectores-pescadores – Depresión del Salado.

**SOCIAL STRATEGIES AND LITHIC USE TECHNIQUES: NEW DATA FROM
LA GUILLERMA 5 (SALADO RIVER AREA, PAMPA REGION)**

ABSTRACT

During the last decade, research in the Salado area has provided several topics of archaeological interest. One of these deals with the particular choices made by the hunter-

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Área Arqueología y Antropología, Municipalidad de Necochea, Argentina. E-mail: celweitzel@gmail.com

** Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: igonzale@filo.uba.ar

gatherer-fisher societies who inhabited this almost absolute rock lacking environment, related to lithic raw material use. The possibility of recognizing the specific causes involved in tool breakage is a new growing field in Argentinean archaeology, to which this paper will contribute through the analysis of broken stone tools from La Guillerma 5 site. In the tool sample from this site, a variety of fracture causes were identified. Intentional breakage or the deliberate choice made by people of breaking their tools is the most frequent cause of fracture. This results allowed us to propose the use of a technique we have not recognized before, selected by people to use as much as possible from rocks, which are completely absent from their landscape.

Keywords: fractures – lithic tools – intentional breakage – hunter-gatherer-fishers – Río Salado Depression.

INTRODUCCIÓN

Las primeras ocupaciones en el área de la Depresión del río Salado, según la información arqueológica con que contamos hasta el momento, ocurrieron recién durante el Holoceno tardío (González 2005). En efecto, los restos materiales de las sociedades cazadoras-recolectoras-pescadoras que habitaron el área han ofrecido una gran variedad de evidencias sobre diversas tecnologías y prácticas sociales durante los últimos 2000 años. Uno de los temas de interés en el estudio de los grupos humanos que se asentaron en estos territorios es el traslado y aprovechamiento de los recursos líticos, ya que la roca está completamente ausente en este paisaje. Distintos aspectos relacionados con la organización de la tecnología de estas sociedades fueron estudiados por una de las autoras desde fines de la década de 1980 (González de Bonaveri *et al.* 1998; González de Bonaveri 2002; González 2005; González y Frère 2009; González *et al.* 2009). En esta oportunidad se presentan, a partir del análisis de las fracturas de los instrumentos del sitio La Guillerma 5, nuevos datos concernientes a las decisiones para el empleo de los recursos líticos.

El estudio de las fracturas de artefactos líticos formatizados fue iniciado con el fin de dar respuesta especialmente a un interrogante: ¿por qué están rotos los instrumentos que recuperamos fragmentados? Las ideas de base que impulsaron el abordaje de este estudio postulan que la información que brindan las fracturas de los instrumentos puede aportar datos complementarios al análisis de los modos de aprovechamiento de las materias primas, vinculándolos con las actividades y prácticas sociales en las que estuvieron involucrados los instrumentos de piedra y también con los procesos que pudieron actuar sobre ellos luego de su descarte (Weitzel 2009, 2010). Los resultados presentados en este trabajo son una síntesis de parte de la tesis doctoral de una de las autoras (Weitzel 2010) y constituyen un ejemplo de los aportes del estudio de las fracturas para conocer más detalladamente las distintas decisiones de las personas asociadas con el empleo de las rocas cuando éstas no están disponibles.

CASO DE ESTUDIO: LA GUILLERMA 5

El sitio 5 (LG5) de la localidad arqueológica La Guillerma se encuentra en el área de la Depresión del río Salado en el partido de Chascomús (provincia de Buenos Aires), a una distancia de aproximadamente 70 km hacia el sudeste de la ciudad homónima (57° 38' 50'' O y 35° 50' 10'' S) (Figura 1). El sector en el que se emplaza se caracteriza por la presencia de elevaciones topográficas longitudinales, de cumbres planas con alturas que alcanzan hasta 5 m por sobre la planicie de inundación del río Salado. Estas lomadas poseen condiciones ideales para las ocupaciones, al no tener riesgos de inundación y al ofrecer una excelente visibilidad del entorno (González de Bonaveri 1989, 1996, 2002). Las dataciones obtenidas ubican las ocupaciones de este sitio entre 1490 ± 90 años AP (Beta 49350) y 370 ± 40 años AP (BETA 13774). Los resultados obtenidos

por OSL dan como fechas para la alfarería 650 ± 190 A.D. (NLL 981802) y 1540 ± 80 A.D. (NLL 981801) (González 2005:tabla 5 y tabla 6).

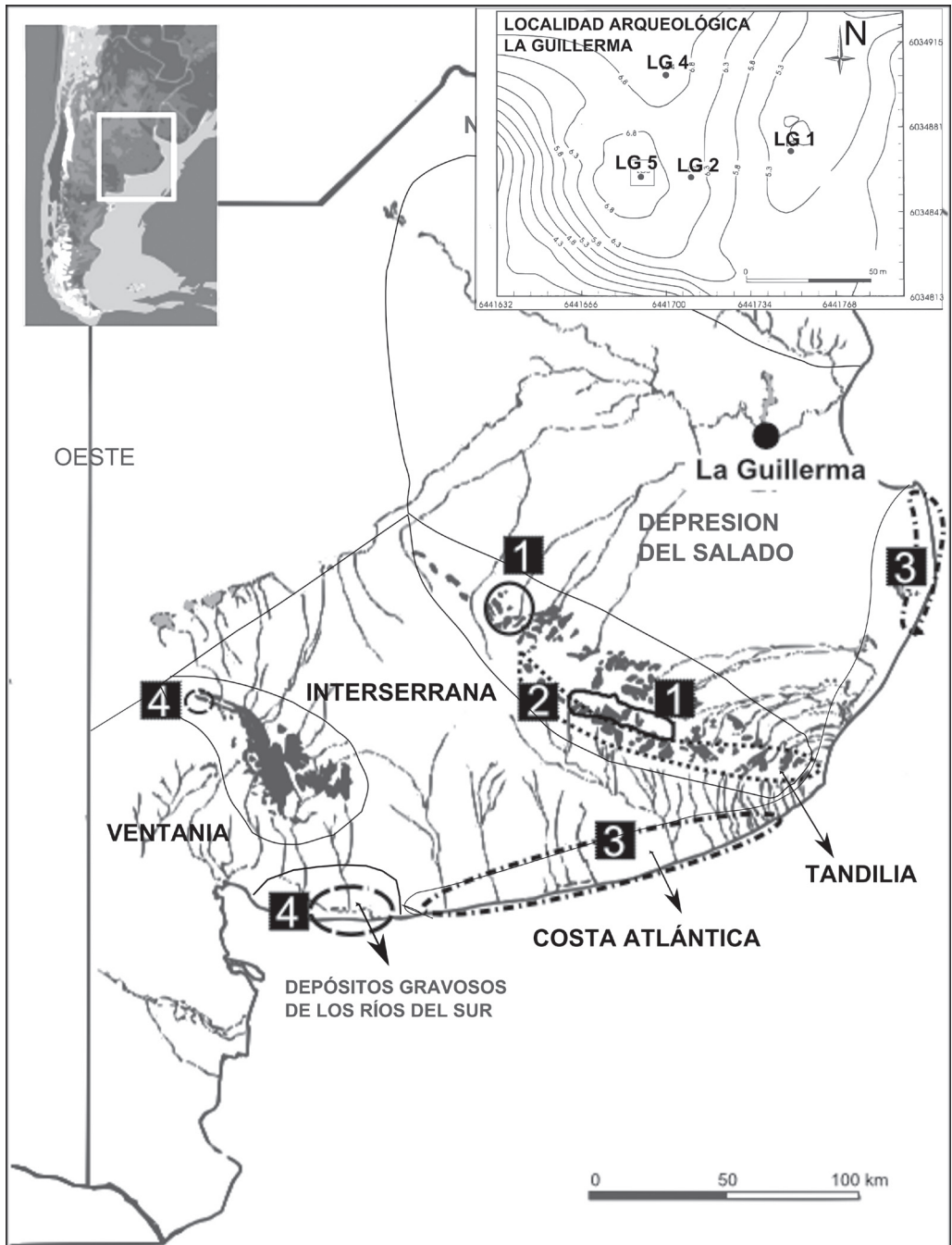


Figura 1. Ubicación de La Guillerma 5 y fuentes principales de rocas: en Tandilia (1) OGSB y ftanita y (2) ortocuarcita Formación Balcarce; en la Costa Atlántica (3) rodados costeros; en Ventania y los depósitos gravosos de los ríos del sur (4) rodados de metacuarcita

Todos los hallazgos arqueológicos del área de la Depresión del río Salado corresponden, hasta el momento, al Holoceno tardío (3000-500 años AP). Para este lapso se observa una variedad de cambios que dan cuenta del desarrollo de un proceso de intensificación y complejización en las sociedades pampeanas (ver Berón 1999, 2007; Politis y Madrid 2001; Martínez 1999, 2006; González de Bonaveri 2002; Mazzanti 2006). Se ocupan todas las áreas de la región y se propone un importante aumento poblacional, evidenciado por el incremento notable de la cantidad de sitios (Politis y Madrid 2001; Politis 2008). En este momento cristaliza en la Región Pampeana el proceso de diferenciación regional que había comenzado en el Holoceno medio, lo que da lugar a trayectorias históricas diferentes (Politis y Madrid 2001; Politis 2008). Se propone una disminución de la movilidad, aumento de la territorialidad y un proceso de intensificación de las relaciones sociales, con la ampliación de redes a escala regional y extrarregional (Barrientos 1997, 2001; Martínez 1999, 2002, 2006; Madrid y Barrientos 2000; Madrid *et al.* 2000; Politis y Madrid 2001; González de Bonaveri 2002; Mazzanti y Valverde 2003; Bonomo 2005; González 2005; Mazzanti 2006; Berón 2007; González *et al.* 2007; Messineo y Politis 2007; Politis 2008). La subsistencia se caracterizó por *economías areales de diversificación e intensificación de la dieta* que, además de los recursos explotados en el período anterior, incorpora animales pequeños como aves, roedores, peces y reptiles, y muestra un aumento en el consumo de vegetales (Martínez y Gutiérrez 2004). La tecnología, por su parte, evidenció un incremento en el uso de artefactos de molienda, la fabricación de una variedad mayor de instrumentos y la incorporación de innovaciones tecnológicas como la alfarería, el arco y flecha y las redes de pesca. Algunas de estas innovaciones reflejarían también una reorganización y complejización en las relaciones de producción, como sería el caso de la confección de instrumental especializado: núcleos preparados, puntas de proyectil y microrraspadores de producción estandarizada, así como de vasijas y figurinas de alfarería cuidadosamente realizadas (Martínez 1999, 2006; Politis y Madrid 2001; González de Bonaveri 2002; Bayón y Flegenheimer 2004; González 2005; Mazzanti 2006). Estos cambios también se evidencian en el empleo de una mayor variedad de materias primas líticas y en la diversidad en los modos en que éstas son utilizadas (Politis y Madrid 2001; Bayón *et al.* 2006). Las evidencias arqueológicas de LG5 forman parte de las tendencias generales observadas para los momentos tardíos de ocupación de la región. Este sitio, al igual que el resto de los estudiados hasta el momento en la Depresión del Salado, es un campamento de cazadores-recolectores-pescadores con baja movilidad, cuya ocupación fue prolongada y reiterada (González 2005). Las sociedades de cazadores-recolectores-pescadores que ocuparon esta microrregión eligieron para establecer sus bases residenciales estas lomadas donde se extendían bosques, principalmente de tala (*Celtis tala*), que ofrecen protección en verano y en invierno, frutos comestibles y madera, que fue utilizada como combustible y probablemente en la confección de distintos objetos (González de Bonaveri 2002; González y Frère 2009). Los hallazgos más abundantes en el sitio corresponden a fragmentos de alfarería. Al respecto, la ubicación del sitio está en relación con fuentes locales de aprovisionamiento de barros (arcillas) y de combustible (maderas). La presencia de una serie de masas –pellas– y rollos de arcilla indica las primeras etapas de fabricación de alfarería. La gran cantidad y buena calidad de los restos cerámicos en el sitio sustentan la manufactura local de la alfarería. Una serie de análisis de ácidos grasos realizados sobre los fragmentos arqueológicos permitieron corroborar el uso de distintos recipientes para cocinar y contener alimentos; es decir que toda la cadena de producción-uso-descarte está presente en el sitio (González de Bonaveri 1996, 2002; González 2005). También se hallaron artefactos de cerámica que habrían formado parte de la tecnología especializada de pesca: dos artefactos circulares con un agujero en la parte central, que serían pesas de red. Otro tipo de artefacto singular, que representa la elaboración de bienes no utilitarios destinados al intercambio, es un pie de una figurina cerámica. Finalmente, en el sitio hay evidencias de la presencia de aprendices, reconocida por las diferentes destrezas en la elaboración de los diseños geométricos de la alfarería (González de Bonaveri 2002; González 2005; González *et al.* 2007).

En las cercanías de los lugares de habitación se podían obtener también distintos recursos vegetales y animales (González 2005). Los restos óseos recuperados en LG5 muestran un énfasis en el aprovechamiento de fauna pequeña y mediana, incluyendo avifauna, todas estrechamente vinculadas a ambientes acuáticos continentales. Entre los mamíferos presentes en el sitio, el más representado es el coipo (*Myocastor Coypus*). También se recuperaron restos de otros roedores en menor cantidad y, en muy bajos porcentajes, venado de las pampas (*Ozotocerus bezoarticus*) y ciervo de los pantanos (*Blastocerus dichotomus*). Hay también numerosos huesos de cinco especies de peces, de los que se encuentran representadas todas las partes esqueléticas e incluso escamas, lo que evidencia que estos recursos ingresaron enteros y fueron procesados en el sitio. Este parece ser el caso también de las aves, cuyos restos evidencian la selección de aves acuáticas. Los huesos de todos estos animales fueron aprovechados en la confección de instrumentos óseos. En contraposición a esta gran disponibilidad de recursos diversos, las rocas y otros minerales están completamente ausentes en el paisaje y debieron ser obtenidos en lugares distantes (González de Bonaveri 1996, 2002; González 2005).

En el sitio también se recuperaron restos humanos muy fragmentarios. Se trata de un fragmento de mandíbula y dientes aislados, que pertenecen a dos individuos. Análisis de isótopos estables sobre estos individuos indicaron una dieta carnívora u omnívora, con un importante consumo de coipo (González de Bonaveri 2002; Scabuzzo y González 2007).

Los recursos líticos y la organización de la tecnología

Los recursos líticos en la subregión Pampa Húmeda tienen una distribución restringida y altamente localizada en el paisaje y, en general, se reconocen cuatro áreas de abastecimiento: los sistemas serranos de Tandilia, en el centro de la Provincia de Buenos Aires y de Ventania al sudoeste; la costa Atlántica al este y los depósitos gravosos de los grandes ríos del sur (Bayón *et al.* 2006) (Figura 1). Esto determinó una disponibilidad de rocas muy diferente para las distintas áreas, con una gran variabilidad en la calidad para la talla de las materias primas. Los afloramientos más importantes son los que se ubican en los sistemas serranos. En ambos, el tipo de roca más abundante es la cuarcítica, que es también la roca más representada en la mayoría de los sitios arqueológicos de la región. En las sierras de Tandilia afloran ortocuarcitas del Grupo Sierras Bayas (OGSB) de muy buena calidad para la talla –de las mejores de la región– y ortocuarcitas de la Formación Balcarce, de baja calidad; también afloran otras rocas empleadas para la talla, como ftanitas, cuarzos y dolomías silicificadas (Lozano 1991; Flegenheimer *et al.* 1996; Bayón *et al.* 1999; Barros y Messineo 2004; Barros 2009), todas a aproximadamente 200 km al suroeste del sitio. En el sistema serrano de Ventania, a unos 400 km, hay disponibilidad de metacuarcitas y riolitas (Oliva y Barrientos 1988; Oliva y Moirano 1997). La desembocadura del río Sauce Grande, en la costa suroeste, a más de 300 km, es otra fuente potencial de rodados de metacuarcita (Bayón y Zavala 1997; González 2005; Bayón *et al.* 2006). Las fuentes de rodados costeros más cercanas están a unos 150 km del sitio (González 2005), aunque su distribución a lo largo de la costa alcanza varios kilómetros más (Bonomo 2005).

En cuanto a los planes sociales de manejo de las rocas (Bayón *et al.* 2006), para el Holoceno tardío se observa una complejidad de estrategias de traslado, aprovisionamiento y aprovechamiento de las materias primas, en las que se identificaron algunas continuidades, así como discontinuidades e innovaciones con respecto a los períodos anteriores. En el tardío, la roca es manejada, simultáneamente, de maneras muy diferentes en las distintas áreas (ver González de Bonaveri *et al.* 1998; Martínez 1999, 2002; Barros y Messineo 2004, 2006; Bonomo 2005; González 2005; Bayón *et al.* 2006, para los distintos planes de manejo de rocas en las distintas áreas).

En el área de la Depresión del Salado se presenta una situación nueva y diferente a todas las registradas, tanto para momentos anteriores como para otras áreas de la región en el mismo período.

Aquí no hay disponibilidad de rocas en el paisaje en cientos de kilómetros y toda la materia prima tuvo que ser trasladada principalmente desde los sistemas serranos, a más de 200 km, y desde la costa Atlántica, a unos 150 km (González de Bonaveri *et al.* 1998; González 2005; González *et al.* 2007; González y Frère 2009). Los sitios de la localidad arqueológica La Guillerma evidencian que la roca más utilizada fue la OGSB, preferentemente para la confección de instrumentos. Esta materia prima habría sido trasladada principalmente en forma de núcleos trabajados, sin corteza y pequeños, y también como formas base e instrumentos (González de Bonaveri *et al.* 1998). En segundo lugar se usó la ftanita, que habría llegado principalmente en forma de artefactos formatizados, ya que la representación de núcleos y desechos de talla es baja (González de Bonaveri *et al.* 1998). Minoritariamente se aprovecharon dolomía silicificada, rodados costeros y caliza silicificada, esta última procedente de Uruguay-Entre Ríos, a una distancia de 200 km hacia el norte (González 2005; González *et al.* 2009). Finalmente, están presentes en otros sitios de la localidad artefactos *suntuarios* de materias primas de largas distancias (*ca.* 800 km), que habrían circulado como bienes de prestigio y que llegaron a los sitios como objetos terminados. Se trata de cuentas de collar, una de *Chrysocolla* (mineral de cobre) y dos fragmentos discoidales de piedras semipreciosas, uno de serpentina y otro de amazonita (González 2005; González *et al.* 2007).

El conjunto lítico de LG5 incluye desechos de talla, percutores, manos y molinos, una posible pesa de red realizada en una roca ígnea y artefactos formatizados por talla. Estos últimos son los que fueron considerados en el análisis de fracturas y se presentan con más detalle más adelante. En general, los instrumentos tallados muestran poca inversión de trabajo en la manufactura y poca estandarización. En los conjuntos líticos de la localidad La Guillerma, los ítems más estandarizados son las puntas de proyectil y las boleadoras, pero estos instrumentos no están presentes en LG5.










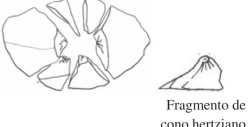
Entre las lascas, los núcleos y los instrumentos predominan los tamaños pequeños y muy pequeños (*sensu* Aschero 1975,1983). Los núcleos son en su mayoría bipolares, y esto está estrechamente vinculado con el aprovechamiento de las OGSB, mientras que entre los desechos de talla, la bipolaridad está representada en un 30% (González 2005). Es decir que esta técnica de reducción se encuentra ampliamente representada en el conjunto. Se sugiere que esto está íntimamente ligado a la escasez de materia prima y al aprovechamiento intensivo de las rocas (Andrefsky 1994; Curtoni 1996; Flegenheimer *et al.* 1995; González de Bonaveri 2002; González 2005; Odell 1996). Otros indicadores, como desechos de reactivación que evidencian mantenimiento y la alta frecuencia de filos complementarios, también señalan una estrategia de economía, uso intensivo o maximización en el aprovechamiento de la roca (Kuhn 1990; González de Bonaveri *et al.* 1998; González 2005; MacDonald 2008, entre otros). Además, en estos lugares, en marcado contraste con la situación en otras áreas de la región, es común que el volumen de roca recuperado sea muy bajo (González de Bonaveri 2002; González 2005; González *et al.* 2007). Las presiones que habrían jugado sobre estos grupos en la implementación de estas estrategias habrían sido el mayor sedentarismo y los costos de transporte de la roca (González de Bonaveri 1996, 2002; González de Bonaveri *et al.* 1998). También se ha propuesto que la diferencia en el modo de manejo de la roca en esta área podría estar relacionada con una distancia social en el acceso de las fuentes, con respecto a los grupos de las áreas serranas e interserrana (González 2005; Bayón *et al.* 2006).

METODOLOGÍA: TIPOS Y CAUSAS DE FRACTURAS

Para el análisis de fracturas se consideraron únicamente los artefactos formatizados por talla. No se analizaron los artefactos sin retoques, los artefactos con rastros complementarios ni aquellos confeccionados por picado, abrasión y pulido. Dado que varios instrumentos presentan más de un plano de fractura, se analizó cada una de las superficies de fractura y, cuando fue posible, se determinó si estos diferentes planos correspondían a un único evento de fractura o si respondían

a dos roturas ocurridas en distintos momentos. La caracterización y clasificación detallada de las fracturas utilizada en este análisis fue desarrollada en la tesis doctoral de una de las autoras y puede encontrarse en Weitzel (2010 y 2012). En la Tabla 1 se presenta una síntesis muy breve del tipo de fractura y las causas de su origen, resultado del análisis de varias series experimentales en fracturas de instrumentos líticos junto con el estudio de las descripciones brindadas por distintos investigadores (Weitzel 2010).

Tabla 1. Síntesis de los tipos de fracturas y sus causas

| Tipo de fractura | Esquema | Causa de origen | Referencias bibliográficas |
|---|---|--|---|
| Perversa (<i>perverse fracture</i>) Subtipos: -Perversa bifurcada (a) -Perversa periférica (b) -Perversa radial (c) |  | Error de talla | Crabtree (1972); Frison y Bradley (1980); Whittaker (1995); Miller (2006) |
| Lateral (<i>lateral fracture</i>) |  | Error de talla | Rondeau (1981) |
| Curvada (<i>bending fracture</i>) |  | Error de talla, pisoteo, uso, impacto. | Cotterell y Kamminga (1987); Frison y Bradley (1980); Sollberger (1986); Whittaker (1995) |
| Acanaladura de impacto (<i>impact fluting</i>) |  | Impacto | Odell y Cowan (1986); Whittaker (1995) |
| Burinación de impacto (<i>impact burin</i>) |  | Impacto | Odell (1981); Odell y Cowan (1986); Titmus y Woods (1986); Whittaker (1995) |
| Curvada con terminación quebrada (<i>step terminating bending fracture</i>) |  | Impacto | Sensu Fischer et al. (1984) |
| Derivada (<i>spin-off fracture</i>) |  | Impacto | Sensu Fischer et al. (1984) |
| Radial (<i>radial fracture</i>) |  | Intencional | Frison y Bradley (1980); Root et al. (1999); Deller y Ellis (2001) |
| Recta (<i>snap fracture</i>) |  | Intencional | Deller y Ellis (2001) |
| De cono completo (<i>complete cone fracture</i>) |  | Intencional | Deller y Ellis (2001) |

LOS INSTRUMENTOS FRACTURADOS DE LA GUILLERMA 5

El conjunto lítico de LG5 está compuesto por 529 artefactos. Entre estos se incluyen 17 núcleos, 464 desechos de talla, 9 artefactos modificados por uso, 10 artefactos formatizados por picado, abrasión y pulido y 29 artefactos formatizados por talla (González de Bonaveri 2002; González 2005).

El análisis presentado aquí fue realizado sobre los veintinueve artefactos formatizados por talla identificados en el sitio. En este conjunto predominan los fragmentos no diferenciados de artefactos formatizados (n= 10; 34,5%) y los artefactos de formatización sumaria (n= 8; 27,6%). Los cuchillos (n= 4; 13,8%) tienen también una representación importante en relación con el resto de los grupos, que incluyen: dos raederas (6,9%), un filo denticulado, un perforador, una punta destacada, un raspador y un RBO (artefacto mediano pequeño de sección asimétrica y bisel oblicuo).

La roca utilizada mayoritariamente en la confección de instrumentos fue la OGSB (n= 17) y, en segundo lugar, se utilizó la ftanita (n= 9). En menor medida se encuentran representadas la caliza silicificada (n= 2) y una roca indeterminada (n= 1).

De los veintinueve artefactos formatizados analizados, dieciocho se encuentran fragmentados. Esto representa un índice de fractura del 62%. Cerca de la mitad (55,5%) de los artefactos formatizados fracturados presentan más de una superficie de fractura, por lo cual el análisis fue realizado sobre un total de 31 superficies de fractura. En algunas piezas, las fracturas múltiples están determinadas por la producción de más de una fractura como resultado del mismo evento de fragmentación. En otros instrumentos, se debe a la presencia de roturas que ocurrieron en distintos momentos.

Tipos de fracturas

En los artefactos formatizados de LG5 pudieron identificarse una variedad de fracturas, tanto en relación con los tipos como con las causas responsables de su producción (Tabla 2), a pesar del tamaño reducido de la muestra recuperada. A continuación se detallan los tipos de fracturas registrados, a partir de lo cual se pueden llegar a conocer las causas que llevaron a la fragmentación de los instrumentos.

Tabla 2. Tipos de fracturas identificados en artefactos formatizados de La Guillerma 5

| Tipo de fractura | N | % |
|----------------------------------|-----------|-------------|
| Curvada | 13 | 41,9 |
| Perversa | 2 | 6,45 |
| Radial | 3 | 9,7 |
| Cono completo | 1 | 3,2 |
| Recta o <i>snap</i> | 1 | 3,2 |
| Intencional indeterminada | 2 | 6,45 |
| Indet. | 9 | 29 |
| Total | 31 | 100 |

Fractura curvada

Este tipo de fractura es el que se registró con mayor frecuencia en los artefactos formatizados de LG5. Sin embargo, esta alta representación se encuentra sesgada por la presencia de múltiples fracturas curvadas ($n= 7$) debidas a un mismo proceso en una misma pieza. Como se verá más adelante, a pesar de la dificultad para identificar las causas de origen de las fracturas curvadas, en ciertos casos fue posible proponer los procesos y actividades que las produjeron.

Fractura radial

Se encuentra presente en tres ítems (9,7%). Uno de ellos (Figura 2a) es un fragmento no diferenciado de artefacto formatizado con morfología triangular. En el vértice, sobre la cara dorsal, se observa el punto de impacto y, desde este punto hacia abajo, sobre una de las superficies de fractura se observa la propagación de la fractura en forma de estrías divergentes. Otro fragmento presenta una fractura en ángulo en cuyo vértice se observa el punto de impacto, sobre ambas caras del artefacto (Figura 2b). Esto evidenciaría el uso de un soporte duro (por ej., un yunque) para apoyar la pieza al momento de golpearla. Por último, esta fractura se registró en un fragmento que presenta una grieta radial en la que la fractura no terminó de completarse (Figura 2c).

Fractura de cono completo

Este tipo de fractura sólo se identificó en un raspador de fanita (Figura 2d). El filo se encuentra cortado en dos por la fractura, posiblemente debido a un error en la dirección del golpe. El tipo de rotura se reconoce porque presenta evidencias del punto de impacto sobre la cara dorsal y la fractura se presenta como un negativo cóncavo. Este artefacto presenta además otra fractura en el margen opuesto, que fue clasificada como indeterminada. Desde uno de los bordes de esta última superficie de fractura, se realizaron retoques marginales sobre la cara del instrumento.

Fractura recta o *snap*

Esta fractura está presente en un artefacto de OG5B que presenta filos agotados y bordes espesos y astillados. La fractura es de posición transversal y presenta evidencias del punto de impacto sobre la cara dorsal (Figura 3a). Sobre la superficie de fractura se observa una pequeña extracción, similar a una lasca adventicia.

Fracturas intencionales indeterminadas

Llamamos así a aquellas fracturas que presentan los rasgos diagnósticos de rotura deliberada, pero cuyos fragmentos no permiten identificar el tipo de fractura (Weitzel 2010). Un 6,45% de las fracturas caen dentro de esta clasificación. Se trata de dos fragmentos no diferenciados de artefactos formatizados. Uno de ellos (Figura 3b) presenta estrías que divergen desde un punto sobre una de las superficies de fractura. El otro fragmento presenta tres superficies de fractura, dos paralelas y una que las corta a ambas perpendicularmente, que delimitan un fragmento cuadrangular (Figura 3c). En una de las superficies de fractura se observan las estrías de percusión divergentes desde un punto y sobre otra se observa un negativo de concavidad pronunciada. La tercera fractura se encuentra retocada. En ambas piezas con roturas intencionales indeterminadas, las posibilidades son que los fragmentos correspondan a fracturas radiales o de cono completo.

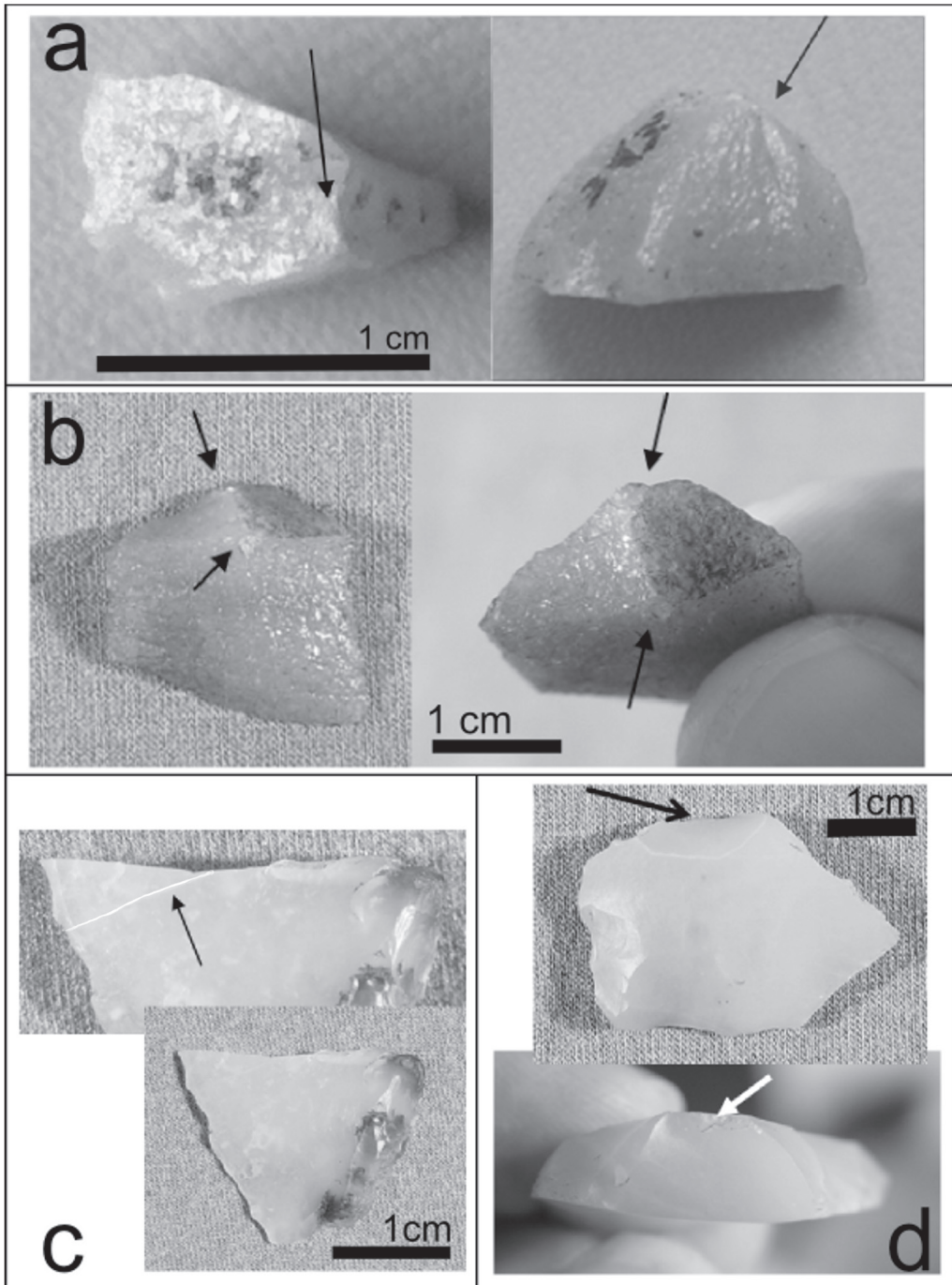


Figura 2. Fracturas intencionales: (a, b y c) fracturas radiales; (d) fractura de cono completo

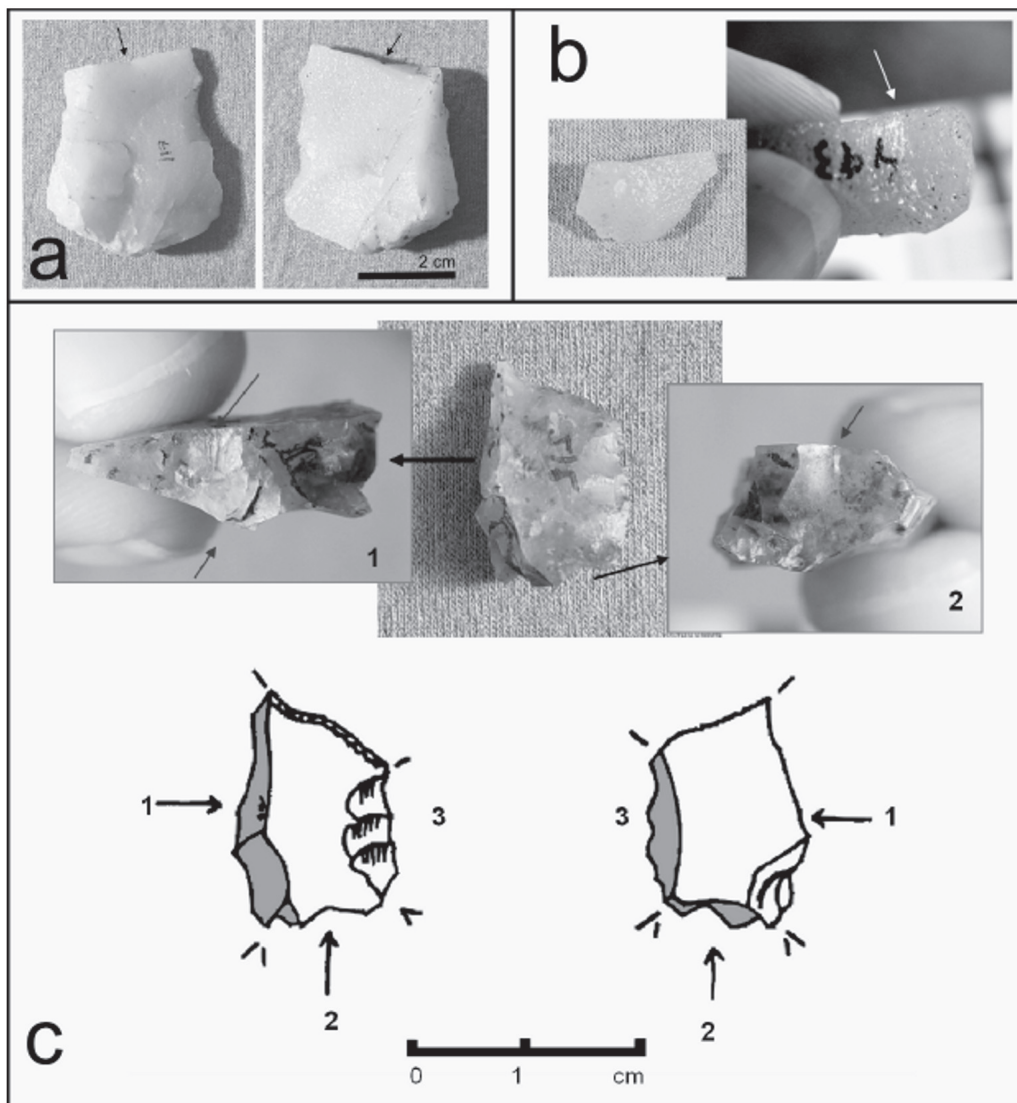


Figura 3. Fracturas intencionales: (a) fractura recta o *snap*; (b y c) fracturas intencionales indeterminadas

Fractura perversa

Este tipo de fractura se registró en dos ítems. No fue posible identificar el subtipo de fractura perversa en ninguna de las piezas, ya que el lugar de inicio se encuentra cortado por otra fractura en ambos instrumentos. Con estos dos casos tenemos la posibilidad de identificar fracturas en un mismo ejemplar, pero que ocurrieron en dos eventos diferentes. En una de las piezas (Figura 4a) la fractura perversa está cortada por una fractura curvada. En la otra, está seccionada por una fractura que fue clasificada como indeterminada (Figura 4b).

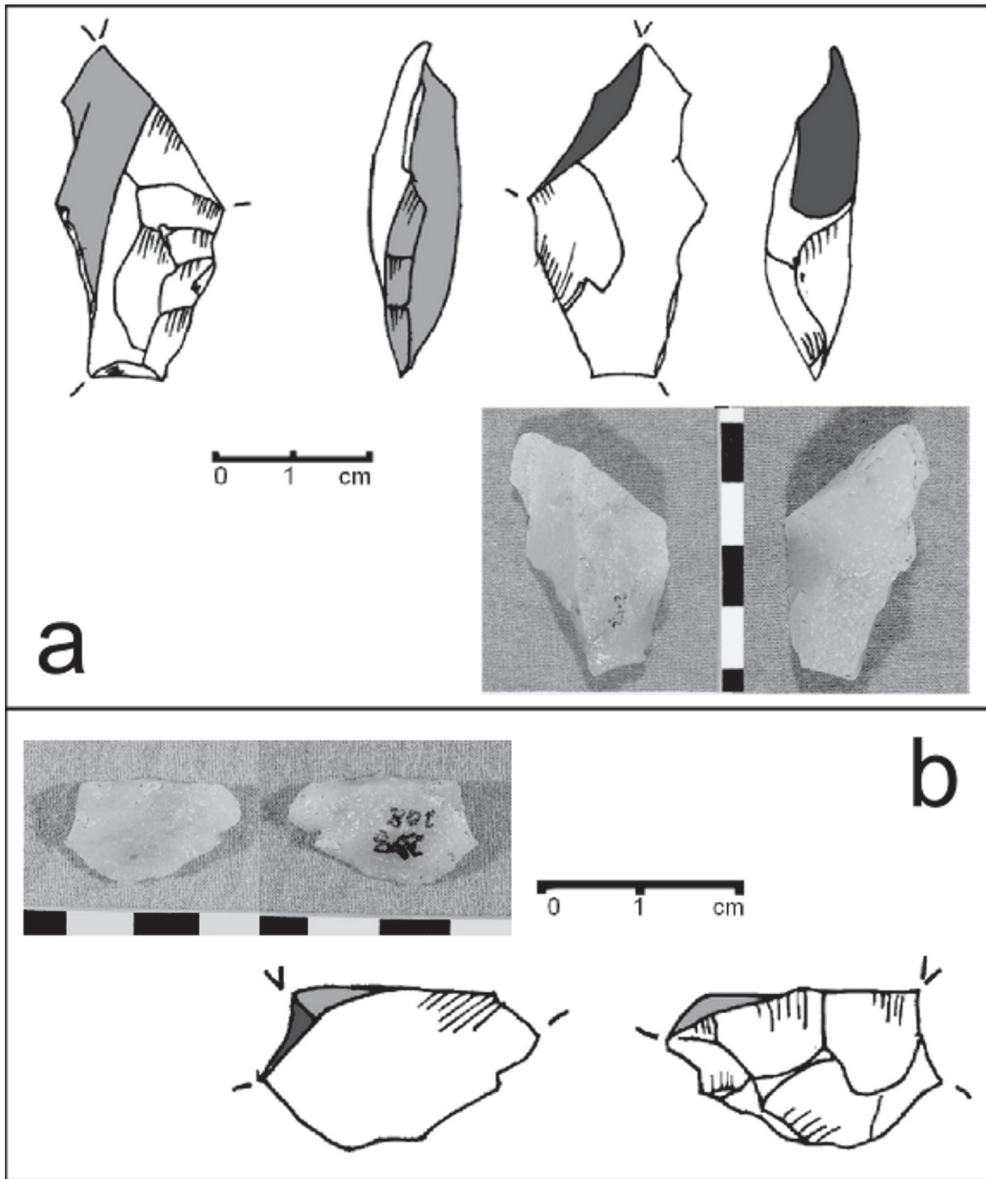


Figura 4. Fracturas por errores de talla: (a) Fractura perversa con retoques (gris claro) y fractura curvada por accidente de talla (gris oscuro); (b) Fractura perversa (gris claro) y fractura indeterminada (gris oscuro)

CAUSAS DE LAS FRACTURAS

La variedad de fracturas presentes en los materiales de LG5 presentadas en el apartado anterior responden a distintas causas. En términos generales, pueden separarse aquellas originadas accidentalmente de las fracturas producto de una decisión deliberada de las personas de romper los artefactos (intencionales). Se clasificaron como fracturas intencionales sólo aquellas que presentan los rasgos diagnósticos (Root *et al.* 1999; Deller y Ellis 2001; Weitzel 2010, 2012). Además, en el 28% de los casos no pudieron determinarse las causas de rotura.

Dentro de las fracturas accidentales de LG5 se encuentran aquellas que se reconocieron como producto de pisoteo y fracturas por errores de talla. Las roturas resultado de pisoteo son fracturas curvadas que, como se mencionó antes, tienen una alta representación, sesgada por la presencia de siete fracturas en una misma pieza, resultado del mismo proceso, y posiblemente sincrónicas. Las roturas interpretadas como resultado de pisoteo comprenden un 10% de la muestra instrumental ($n=3$). Se trata de fracturas múltiples, que en un caso se encuentran distribuidas de manera continua a lo largo de un borde. Presentan espesores de 2 mm ($n=8$), 3 mm ($n=2$) y 4 mm ($n=1$). Si se asume que la fragmentación de estas piezas ocurrió como resultado de procesos posteriores a su descarte –ya sea durante la misma ocupación en la que éste tuvo lugar o en momentos ulteriores– se podría reformular el índice de fractura considerando, por un lado, los instrumentos descartados cuando ya estaban rotos ($n=16$) y, por otro, aquellos que se estima que se rompieron luego del abandono ($n=3$). Esto se propone como una forma de conocer el índice “original” de fractura en el momento del abandono de los instrumentos líticos, que estaría más estrechamente ligado a los patrones y decisiones vinculadas al aprovechamiento y descarte de estos. A su vez, permite conocer la incidencia de al menos uno de los procesos posdepositacionales que intervienen en la estructuración de estos índices. Al extraer las piezas rotas por pisoteo ($n=3$), se reduce entonces a un 52% el porcentaje de fragmentación de las piezas al momento de su descarte o pérdida.

Dentro de este último porcentaje correspondiente a los dieciséis instrumentos restantes, el 25% corresponde a accidentes de talla y el 31% son indeterminadas. Las fracturas por errores de talla incluyen dos fracturas curvadas y dos perversas. El 44% restante está conformado por roturas intencionales, que son entonces las más frecuentes.

Entre las roturas intencionales, se reconocieron todos los tipos de fractura, que incluyen radiales, de cono completo y recta o *snap*, con una ligera predominancia del tipo radial (Tabla 2). Además, hay dos fracturas que pudieron reconocerse como intencionales por la presencia de rasgos diagnósticos, como el punto de impacto sobre la cara del instrumento y las ondas de percusión divergentes desde el punto sobre la superficie de fractura, pero en las que no se pudo identificar el tipo de fractura.

Los tipos de fracturas y sus causas fueron evaluados en función de otras variables del conjunto de instrumentos aplicando test estadísticos con el programa R (R Development Core Team 2011). De acuerdo con los resultados obtenidos con la Prueba exacta de Fisher, se destaca que no se encontró una relación estadísticamente significativa entre el porcentaje de fragmentación y el tipo de roca ($p=1$) (Tabla 3a), ni tampoco entre el tamaño de los fragmentos y el tipo de roca ($p=.61$) (Tabla 3b) o entre el tamaño de los fragmentos y el estado (entero o fragmentado) de los materiales ($p=.41$) (Tabla 3c). De la misma manera, tampoco se observaron relaciones significativas entre el tipo de instrumento y su estado ($p=.054$) (Tabla 4) ni entre tipos de instrumentos y causas de origen de la fractura ($p=.45$) (Tabla 5).

DISCUSIÓN

Con respecto a las causas de origen de las fracturas, entre aquellas que no pudieron ser identificadas pueden estar incluidas las distintas fracturas accidentales o fragmentos producto de fractura intencional. Entre las que sí pudieron determinarse se encuentran algunas producidas por errores de talla, mientras que la mayoría responden a la rotura intencional de los instrumentos.

La rotura deliberada de artefactos fue reconocida y explicada en función de situaciones muy diferentes. Por un lado, se contemplaron como evidencia de prácticas rituales u otras prácticas sociales con alto contenido simbólico (Grinsell 1961; Barley 1994; Chapman 2000, 2001; Deller y Ellis 2001). Por otro lado, también fue concebida como parte de distintas estrategias de aprovechamiento de las materias primas líticas (Wilmsen y Roberts 1978; Frison y Bradley 1980; Root *et al.* 1999).

Tabla 3. a) Estado de los instrumentos por materia prima; b) Tamaño de los instrumentos fracturados por materia prima; c) Tamaño de los instrumentos según el estado

| a* | Estado | Materia prima | | | N |
|----|--------------|---------------|----------|---------------------|-----------|
| | | OGSB | Ftanita | Caliza silicificada | |
| | Fracturado | 9 | 5 | 1 | 15 |
| | Entero | 5 | 4 | 1 | 10 |
| | Total | 14 | 9 | 2 | 25 |

| b | Tamaño | Materia prima | | | Total |
|---|-----------------|---------------|----------|---------------------|-----------|
| | | OGSB | Ftanita | Caliza silicificada | |
| | Pequeño | 9 | 2 | 1 | 12 |
| | Mediano pequeño | 3 | 2 | - | 5 |
| | Mediano grande | 1 | 1 | - | 2 |
| | Total | 13 | 5 | 1 | 19 |

| c** | Tamaño | Estado | | Total |
|-----|-----------------|-----------|-------------|-----------|
| | | Entero | Fragmentado | |
| | Pequeño | 5 | 10 | 15 |
| | Mediano pequeño | 5 | 3 | 8 |
| | Mediano grande | 1 | 2 | 3 |
| | Total | 11 | 16 | 26 |

* no se contó el instrumento entero de materia prima indet. (n= 1) y tampoco los tres instrumentos rotos por pisoteo únicamente.

** no se cuentan los instrumentos fragmentados sólo por pisoteo.

Tabla 4. Porcentaje de fractura por grupo tipológico

| Grupo tipológico | Estado | | N | % de fractura |
|------------------------------------|-----------|-------------|-----------|---------------|
| | Entero | Fragmentado | | |
| Artefacto de formatización sumaria | 6* | - | 6 | 0% |
| Denticulado | - | 1 | 1 | 50% |
| Cuchillo | 2 | 2 | 4 | 50% |
| RBO | - | 1 | 1 | 100% |
| Perforador | 1 | - | 1 | 0% |
| Punta destacada | 1 | - | 1 | 0% |
| Raederas | 1 | 1 | 2 | 50% |
| Raspador | - | 1 | 1 | 100% |
| Total | 11 | 6 | 17 | |

* No se consideran dos Afs rotos por pisoteo (n= 2) ni los FNd (n= 10)

Tabla 5. Causa de fractura por grupo tipológico

| Grupo tipológico | Causa de fractura | | | | | | Total |
|------------------|-------------------|-------------|-------------|-------------|----------|-------------|-----------|
| | Error de talla | % | Intencional | % | Indet. | % | |
| Cuchillo | - | - | 2 | 28,6 | - | - | 2 |
| Denticulado | - | - | - | - | 1 | 20 | 1 |
| Raspador | - | - | 1 | 14,3 | - | - | 1 |
| RBO | 1 | 25 | - | - | - | - | 1 |
| FNd | 3 | 75 | 3 | 42,8 | 4 | 80 | 10 |
| Raederas | - | - | 1 | 14,3 | - | - | 1 |
| N | 4 | 100% | 7 | 100% | 5 | 100% | 16 |

Algunos autores postulan una serie de condiciones para que la fractura intencional sea interpretada como parte de prácticas rituales o de producción de relaciones sociales: el hecho de contar con la totalidad de los fragmentos en un mismo depósito, considerado como una característica principal de la “muerte” ritual de los objetos; la depositación de los objetos en contextos funerarios y/o la asociación de la fractura intencional con objetos que tengan connotaciones simbólicas particulares y/o una alta inversión de trabajo en su confección (*i.e.*, puntas de proyectil, bolas de boleadora, vasijas, sellos o figurinas de cerámica) (Grinsell 1961; Barley 1994; Chapman 2000, 2001; Deller y Ellis 2001; Bonomo 2006).

Los artefactos tallados en el área del río Salado, en contraposición a los objetos mencionados arriba, se caracterizan por ser simples, con escasa inversión de trabajo en su diseño y confección, a excepción de las puntas de proyectil, que no se recuperaron en LG5. Las fracturas intencionales fueron realizadas en LG5 sobre ese conjunto de instrumentos formatizados por talla con una mínima inversión de trabajo. La rotura intencional no está asociada a tipos específicos de instrumentos y tampoco se encontraron fragmentos de instrumentos rotos deliberadamente que ensamblen. En cuanto al contexto de depositación, los fragmentos con estas roturas se encuentran dispersos en distintos sectores del sitio y ninguno se encuentra asociado a los restos humanos presentes en LG5. Aunque todas las prácticas están inmersas en significados simbólicos, la fractura intencional de los artefactos líticos de LG5 no parece responder principalmente a fines rituales o con una carga simbólica evidente.

En este paisaje carente de recursos líticos por cientos de kilómetros y en un contexto de uso intensivo de las rocas, creemos que la rotura intencional de los artefactos líticos formatizados pudo ser otra práctica incluida en la estrategia de aprovechamiento exhaustivo de la materia prima que se reconoce en el área de la Depresión del Salado (González 2005; Vigna 2007) y que habría sido empleada como una técnica más para obtener nuevos bordes y puntas filosas a partir de instrumentos pequeños y agotados y de fragmentos de artefactos. Es decir que esta práctica estaría en LG5 más en consonancia con un modo de empleo de las rocas, como las propuestas por Frison y Bradley (1980) o Wilmsen y Roberts (1978), siendo los artefactos agotados y rotos reciclados mediante su fractura intencional para obtener puntas y bordes filosos, como se mencionó arriba. Lamentablemente, el uso efectivo de las fracturas en LG5 no pudo ser evaluado debido a que los materiales seleccionados para el análisis funcional presentaban alteraciones posdepositacionales (abrasión y estrías) que impidieron la observación (Weitzel 2010).

Los fragmentos de artefactos que se rompieron accidentalmente también presentan evidencias de un aprovechamiento intenso de la materia prima lítica. Al menos dos de las piezas que se fragmentaron a causa de accidentes durante la talla tienen más de una fractura y, al menos en una de ellas, ambas fueron originadas por errores de talla: una es una fractura perversa y la otra

una fractura curvada. Es decir que una pieza que ya se había fragmentado y que tiene un tamaño relativamente reducido siguió siendo tallada. A su vez, esta misma pieza presenta el borde de una de las fracturas reactivado por retoque.

Como se mencionó antes y en concordancia con lo observado para los desechos y núcleos del sitio (González de Bonaveri 2002; González 2005), todos los artefactos formatizados (enteros y fragmentos) fueron descartados en rangos de tamaño reducido, independientemente del tipo de roca sobre el que fueron confeccionados. Asimismo, los índices de fragmentación de los instrumentos de diferentes materias primas son similares, y las distintas causas que originaron las fracturas no muestran una asociación diferencial con ningún tipo de roca en particular o con tipos de instrumentos específicos.

Si se retoma la idea de las fracturas intencionales como una práctica para utilizar al máximo un recurso escaso, las observaciones mencionadas estarían señalando que no hubo un aprovechamiento intensivo preferencial según las materias primas, sino que lo que se estaba cuidando era el recurso en general, un recurso que está completamente ausente en el paisaje de la depresión del río Salado.

PALABRAS FINALES

A raíz de este estudio observamos que en La Guillerma 5 se implementaron dos técnicas semejantes como parte de una estrategia de aprovechamiento intensivo de las rocas para utilizar al máximo piezas pequeñas: una es la talla bipolar y la otra, que pudimos reconocer aplicando el análisis de fracturas, es la rotura intencional de artefactos. La rotura intencional como técnica puede concebirse desde una perspectiva similar a la planteada para el uso de la talla bipolar por Flegenheimer y colaboradoras (1995) para la región pampeana, quienes la consideran como una forma de producir filos, ventajosa para reducir rocas de pequeño tamaño. En LG5, la talla bipolar es considerada una estrategia para la conservación de la materia prima más que como técnica expeditiva, ya que permite obtener lascas pequeñas que pueden usarse directamente o como parte de instrumentos compuestos (González de Bonaveri 1996, 2002; Escosteguy y Vigna 2010). Además, en el contexto del Salado, se estaría evidenciando una manera de reducir los costos de transporte, ya que permite el reciclaje y la obtención de filos a partir de formas base pequeñas (Flegenheimer *et al.* 1995; González de Bonaveri 1996).

La rotura intencional, desde el punto de vista técnico, funciona de manera similar a la talla bipolar, pero en vez de golpear los extremos o los bordes de una pieza, el golpe se da sobre una de las caras. Hay una diferencia también en los productos que se obtienen mediante cada técnica, aunque el gesto sea semejante: la fractura radial y la fractura tipo *snap* permiten obtener bordes abruptos y puntas filosas a partir de piezas pequeñas y/o delgadas; la talla bipolar también sirve para obtener filos, pero principalmente en forma de lascas y también formas base, por ejemplo, a partir de rodados.

Además de los tamaños pequeños de todos los restos líticos y el empleo de reducción bipolar, González (González de Bonaveri *et al.* 1998; González de Bonaveri 2002) encuentra como evidencia de economización de las rocas una alta frecuencia de filos complementarios y distintos indicadores de mantenimiento, reciclaje y reutilización. De esta manera, la identificación de altos porcentajes de fractura intencional se suma como línea de evidencia al resto de los indicadores del uso intensivo de las rocas presentes en el sitio. Proponemos que la rotura deliberada habría sido utilizada como una técnica sencilla y eficaz para la obtención de bordes filosos y puntas, que habría permitido además prolongar al máximo la utilidad de las rocas.

En el marco de las interpretaciones a nivel areal, nos proponemos evaluar en un futuro, mediante el análisis de las fracturas de artefactos tallados en otros sitios, que dentro de las estrategias de empleo intensivo de las rocas reconocidas en el área de la Depresión del Salado, la rotura

intencional de los instrumentos pudo ser una práctica extendida, habitual y compartida entre los grupos. Al respecto, en otros sitios del área con indicadores similares de explotación intensiva de las rocas también se reconocieron fracturas intencionales (Vigna 2007, 2009), aunque no tienen porcentajes tan altos como en LG5. Ante la ausencia de roca en este paisaje, proponemos diferentes técnicas de aprovechamiento exhaustivo o total de las materias primas hacia aquí trasladadas.

AGRADECIMIENTOS

Las autoras agradecen a Nora Flegenheimer, Patricia Escola y Antonio Ceraso. También a Gabriela Guráieb y un evaluador anónimo por enriquecer este trabajo que fue realizado en el marco de los proyectos UBACyT 2011- 2014 01/W134, PICT 2006 0717 y PICT 2010 1517 y gracias a becas doctorales otorgadas por la ANPCyT y el CONICET.

BIBLIOGRAFÍA

Andrefsky Jr., W.

1994. Raw material availability and the organization of technology. *American Antiquity* 59: 21-35.

Aschero, C.

1975. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos. Informe presentado al CONICET. Buenos Aires. Ms.

1983. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos. Apéndice A-C. Revisión. En archivo Cátedra de Ergología y Tecnología Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Ms.

Barley, N.

1994. *Smashing Pots. Feasts of Clay from Africa*. Londres, British Museum Press.

Barrientos, G.

1997. Nutrición y dieta de las poblaciones aborígenes prehispanicas del sudeste de la Región Pampeana. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

2001. Una aproximación bioarqueológica al estudio del poblamiento prehispanico tardío del Sudeste de la Región Pampeana. *Intersecciones en Antropología* 2: 3-18.

Barros, M. P.

2009. Analyses des strategies d'acquisition et de production lithique dans la Región Pampeana, Province de Buenos Aires, Argentine. Tesis Doctoral inédita, Université Paris Ouest Nanterre La Défense.

Barros, M. P. y P. Messineo

2004. Identificación y aprovisionamiento de ftanita o chert en la cuenca superior del Ao. Tapalqué (Olavarría, Pcia. de Bs. As., Argentina). *Estudios Atacameños* 28: 87-103.

2006. Abastecimiento y explotación de materias primas en el Arroyo Tapalqué (Buenos Aires, Argentina). *Habitus* 4 (2): 711-737.

Bayón C. y N. Flegenheimer

2004. Cambio de planes a través del tiempo para el traslado de roca en la pampa bonaerense. *Estudios Atacameños* 28: 59-70.

Bayón, C. y C. Zavala

1997. Coastal Sites in South Buenos Aires: A Review of "Piedras Quebradas". En J. Rabassa y M. Salemme (eds.), *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula* 10: 229-253. Rotterdam, A. A. Balkema.

Bayón, C., N. Flegenheimer y A. Pupio

2006. Planes sociales en el abastecimiento y traslado de roca en la Pampa bonaerense en el Holoceno temprano y tardío. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXI: 19-27.

Bayón, C., N. Flegenheimer, M. Valente y A. Pupio

1999. Dime cómo eres y te diré de dónde vienes: procedencia de rocas cuarcíticas en la Región Pampeana. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXIV: 187-235.

Berón, M.

1999. Contacto, intercambio, relaciones interétnicas e implicancias arqueológicas. *Soplando en el viento. Actas de las Terceras Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 287-302. Neuquén.

2007. Circulación de bienes como indicador de interacción entre las poblaciones de la Pampa occidental y sus vecinos. En C. Bayón, A. Pupio, M. I. González, N. Flegenheimer, M. M. Frère (eds.), *Arqueología en las pampas*, Tomo I: 345-364. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Bonomo, M.

2005. *Costeando las llanuras. Arqueología del litoral marítimo pampeano*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2006. Un acercamiento a la dimensión simbólica de la cultura material en la región pampeana. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXI: 89-115.

Chapman, J.

2000. *Fragmentation in Archaeology. People, Places and Broken Objects in the Prehistory of South Eastern Europe*. Londres, Routledge.

2001. Object Fragmentation in the Neolithic and Copper Age of Southeast Europe. En P. F. Biehl y F. Bertemes (eds.), *The Archaeology of Art and Religion*: 89-106. Budapest, Archaeolingua.

Cotterell, B. y J. Kamminga

1987. The Formation of Flakes. *American Antiquity* 52 (4): 675-708.

Crabtree, D. E.

1972. *An Introduction to Flintworking*. Occasional Papers n° 28. Pocatello, Idaho State University Museum.

Curtoni, R.

1996. Experimentando con bipolares: indicadores e implicancias arqueológicas, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXI: 187-214.

Deller, D. B. y C. J. Ellis

2001. Evidence for Late Paleoindian Ritual from the Caradoc Site (AfHj-104), Southwestern Ontario, Canada. *American Antiquity* 66 (2): 267-284.

Escosteguy, P. y M. Vigna

2010. Experimentación en el procesamiento de *Myocastor coypus*. En M. Berón, L. Luna, M. Bonomo, C. Montalvo, C. Aranda y M. Carrera Aizpitarte (eds.), *Mamul Mapu. Pasado y presente desde la arqueología pampeana*: 293-307. Buenos Aires, Del Espinillo.

Fischer, A., P. Vemming Hansen y P. Rasmussen

1984. Macro and Micro-Wear Traces on Lithic Projectile Points. Experimental Results and Prehistoric Examples. *Journal of Danish Archaeology* 3: 19-46.

Flegenheimer, N., C. Bayón y M. I. González de Bonaveri

1995. Técnica simple, comportamientos complejos: la talla bipolar en la arqueología bonaerense. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XX: 81-110.

- Flegenheimer, N., S. Kain, M. Zárate y A. Barna
1996. Aprovechamiento de cuarcitas en Tandilia, las canteras de Arroyo El Diamante. *Arqueología* 6:117-141.
- Frison, G. C. y B. K. Bradley
1980. *Folsom Tools and Technology at the Hanson Site, Wyoming*. Nuevo México, New Mexico Press, New Mexico University.
- González, M. I.
2005. *Arqueología de alfareros, cazadores y pescadores pampeanos*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- González, M. I. y M. M. Frère
2009. Talares y paisaje fluvial bonaerense: arqueología del río Salado. *Intersecciones en Antropología* 10: 249-265.
- González, M. I., M. M. Frère y D. Fiore
2007. Redes de interacción en el curso inferior y medio del Salado. En C. Bayón, A. Pupio, M. I. González, N. Flegenheimer, M. M. Frère (eds.), *Arqueología en las pampas*, Tomo I: 365-384. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- González, M. I., M. M. Frère y M. Vigna
2009. Distribución del material lítico en la cuenca del río Salado. En L. Beovide, C. Erchini y G. Figueiro (comps.), *La arqueología como profesión: los primeros 30 años. XI Congreso Nacional de Arqueología Uruguay*: 155-168. Montevideo, Asociación Uruguaya de Arqueología.
- González de Bonaveri, M. I.
1989. El uso de la imagen satelitaria como técnica de investigación arqueológica. Trabajo presentado en *Primeras Jornadas de Becarios UBA*. Buenos Aires, Argentina.
1996. Technology and mobility of Pampean Hunter-Fisher groups in Argentina. *Proceedings of the XIII Congress*: 379-387. Forlì, Italia.
2002. Los cazadores-recolectores-pescadores de la cuenca inferior del Río Salado (Región Pampeana). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- González de Bonaveri, M.I., M. M. Frère; C. Bayón y N. Flegenheimer
1998. La organización de la tecnología lítica en la cuenca del Salado. *Arqueología* 8: 57-76.
- Grinsell, L. V.
1961. The Breaking of Objects as a Funerary Rite. *Folklore* 72 (3): 475-491.
- Kuhn, S. L.
1990. A Geometric Index of Reduction for Unifacial Stone Tools. *Journal of Archaeological Science* 17: 583-593.
- Lozano, P.
1991. Cerro Aguirre: Un sitio de aprovisionamiento de materia prima lítica en la localidad de Sierras Bayas, provincia de Buenos Aires. *Shincal* 3: 145-149.
- MacDonald, D. H.
2008. The role of lithic raw material availability and quality in determining tool kit size, tool function and degree of retouch: A case study from Skink Rockshelter (46NI445), West Virginia. En W. Andrefsky Jr. (ed.), *Lithic Technology: Measures of Production, Use and Curation*: 216-232. Cambridge, Cambridge University Press.
- Madrid, P. y G. Barrientos
2000. La estructura del registro arqueológico del sitio Laguna Tres Reyes 1 (Provincia de Buenos

Aires). Nuevos datos para la interpretación del poblamiento humano del Sudeste de la Región Pampeana a inicios del Holoceno tardío. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXV: 179-206.

Madrid, P., G. Politis y D. Poiré

2000. Pinturas rupestres y estructuras de piedra en las Sierras de Curacó. *Intersecciones en Antropología* 1: 35-53.

Martínez, G.

1999. Tecnología, subsistencia y asentamiento en el curso medio del Río Quequén Grande: un enfoque arqueológico. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

2002. Organización y cambio en las estrategias tecnológicas. Un caso arqueológico e implicaciones conductuales para la evolución de las sociedades cazadoras-recolectoras pampeanas. En G. Martínez y J. L. Lanata (eds.), *Perspectivas integradoras entre arqueología y evolución. Teoría, métodos y casos de aplicación*: 121-156. Olavarría, Serie Teórica del INCUAPA, FACSO-UNCPBA.

2006. Arqueología del curso medio del río Quequén Grande: estado actual y aportes a la arqueología de la Región Pampeana. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXI: 249-275.

Martínez, G. y M. Gutiérrez

2004. Tendencias en la explotación humana de la fauna durante el Pleistoceno final-Holoceno en la Región Pampeana (Argentina). En G. L. Mengoni Goñalons (ed.), *Zooarchaeology of South America*: 81-98. Oxford, BAR International Series 1298.

Mazzanti, D. L.

2006. La constitución de territorios sociales durante el Holoceno tardío. El caso de las sierras de Tandilia, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXI: 277-300.

Mazzanti D. L. y F. Valverde

2003. Representaciones rupestres de cazadores-recolectores en las sierras de Tandil oriental: una aproximación a la arqueología del paisaje. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 311-316. Córdoba, Argentina.

Messineo, P. y G. Politis

2007. El sitio Calera. Un depósito ritual en las Sierras Bayas (sector noroccidental de Tandilia). En C. Bayón, A. Pupio, M. I. González, N. Flegenheimer y M. Frère (eds.), *Arqueología en las pampas*, Tomo II: 697-720. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Miller, M. J.

2006. An Experimental Study of Lithic Biface Manufacture: Toward Understanding the Perverse Fracture. Master of Arts dissertation, University of Exeter.

Odell, G. H.

1981. The Mechanics of Use-Breakage of Stone Tools: Some Testable Hypotheses. *Journal of Field Archaeology* 8: 197-209.

1996. Economizing Behavior and the Concept of "Curation". En G. H. Odell (ed.), *Stone Tools. Theoretical Insights into Human Prehistory*: 51-80. Nueva York, Plenum Press.

Odell, G. H. y F. Cowan

1986. Experiments with Spears and Arrows on Animal Targets. *Journal of Field Archaeology* 13: 195-212.

Oliva, F. y G. Barrientos

1988. Laguna de Puán: un potencial sitio de aprovisionamiento de materia prima lítica. *Resúmenes del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 47. Buenos Aires, Argentina.

- Oliva, F. y J. Moirano
1997. Primer informe sobre aprovisionamiento primario de riolita en Sierra de la Ventana (Pcia. de Buenos Aires, Argentina). En M. Berón y G. Politis (eds.), *Arqueología pampeana en la década de los '90*: 137-146. Olavarría, INCUAPA-UNICEN.
- Politis, G. G.
2008. The Pampas and Campos of South America. En H. Silverman y W. H. Isbell (eds.), *Handbook of South American Archaeology*: 235-260. Nueva York, Springer.
- Politis, G. G. y P. Madrid
2001. Arqueología pampeana: estado actual y perspectivas. En E. Berberían y A. Nielsen (eds.), *Historia Argentina prehispánica* T II: 737-813. Córdoba, Brujas.
- R Development Core Team
2011. R: A language and environment for statistical computing. Viena, Austria, R Foundation for Statistical Computing, <http://www.R-project.org>.
- Rondeau, M.
1981. An Additional Failure Type During Biface Manufacture. *Lithic Technology* 10: 10-II.
- Root, M. J., J. D. William, M. Kay y L. K. Shifrin
1999. Folsom Ultrathin Biface Radial Break Tools in the Knife River Flint Quarry Area. En D. Amick (ed.), *Folsom Lithic Technology*: 144-168. Ann Arbor, Michigan International Monographs in Prehistory, Archaeological Series 12.
- Scabuzzo, C. y M. I. González
2007. Un acercamiento a la dieta de las poblaciones prehispánicas de la depresión del Salado durante el Holoceno tardío. En C. Bayón, A. Pupio, M. I. González, N. Flegenheimer, M. M. Frère (eds.), *Arqueología en las pampas*, Tomo I: 59-74. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Sollberger, J. B.
1986. Lithic Fracture Analysis: A Better Way. *Lithic Technology* 15 (3): 101-105.
- Titmus, G. L. y J. C. Woods
1986. An Experimental Study of Projectile Point Fracture Patterns. *Journal of California and Great Basin Anthropology* 8 (1): 37-49.
- Vigna, M.
2007. Estudio de los materiales líticos provenientes de sitios del curso inferior y medio del río Salado, provincia de Buenos Aires, Región Pampeana, Argentina. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
2009. Cadenas operativas líticas en el sitio Laguna Las Flores Grande, Región Pampeana. En T. Bourlot, D. Bozzutto, C. Crespo, A. C. Hecht y N. Kuperszmit (eds.), *Entre pasados y presentes II. Estudios contemporáneos en Ciencias Antropológicas*: 65-79. Buenos Aires, Fundación de Historia Natural Félix de Azara.
- Weitzel, C.
2009. Artefactos líticos fracturados: una propuesta para su análisis e interpretación. En T. Bourlot, D. Bozzutto, C. Crespo, A. C. Hecht y N. Kuperszmit (eds.), *Entre pasados y presentes II. Estudios contemporáneos en Ciencias Antropológicas*: 185-195. Buenos Aires Fundación de Historia Natural Félix de Azara.
2010. El estudio de los artefactos formatizados fracturados. Contribución a la comprensión del registro arqueológico y las actividades humanas. Tesis Doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
2012. Cuentan los fragmentos. Clasificación y causas de fractura de artefactos formatizados por talla. *Intersecciones en Antropología* 13: 43-55.

Wilmsen, E. N. y F. H. H. Roberts, Jr.

1978. *Lindenmeier 1934-1974: Concluding Report on Investigations*. Washington DC, Smithsonian Contributions to Anthropology N° 24. Smithsonian Institution Press.

Whittaker, J. C.

1995. *Flintknapping. Making and Understanding Stone Tools*. Austin, University of Texas Press.

PRÁCTICAS DE CONSUMO DEL ALCOHOL ENTRE LOS GRUPOS INDÍGENAS DE LA FRONTERA DEL SUR (S. XVIII-XIX) DESDE LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA

Virginia Pineau*

Fecha de recepción: 11 de octubre de 2011

Fecha de aceptación: 20 de julio de 2012

RESUMEN

En este trabajo se analizarán, en primer lugar, las vías de obtención, las maneras de consumo y de descarte de las bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas que habitaron la Frontera del Sur entre 1776 y 1885. También se observarán, en un eje temporal, los tipos de bebidas alcohólicas introducidas en esta área de frontera, así como también los tipos de envases que las contenían. Con esta información se procurará determinar si estas variables pueden ser usadas como indicadores cronológicos relativos de los sitios arqueológicos del siglo XIX en la Frontera del Sur. Finalmente, se observarán y detallarán, cuando sea posible, las prácticas implicadas en cada una de ellas y sus posibles cambios a lo largo del período de estudio. Para dar cuenta de ello se integrará la información recuperada del registro arqueológico de sitios indígenas y los documentos escritos.

Palabras clave: *prácticas de consumo – Frontera del Sur – bebidas alcohólicas – grupos indígenas.*

A HISTORICAL ARCHAEOLOGY OF ALCOHOL CONSUMPTION PRACTICES WITHIN SOUTHERN FRONTIER INDIGENOUS GROUPS (18TH-19TH CENTURY)

ABSTRACT

In this work it will be analyzed, first, the routes of obtaining, the ways of consumption and discarded of the alcoholic drinks by indigenous communities that lived in Frontera del Sur (South Frontier, Pampa, Argentina) between 1776 and 1885. Also it will be observed in a temporary axis

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. E-Mail: virpineau@gmail.com

the types of alcoholic drinks got in this area as well as also the types of containers (bottles or barrels) that were containing them. With this information it will determine if these variables can be used as chronological relative indicators of archaeological sites of 19th century in Frontera del Sur. Finally, it will be observed the practices involved and its possible changes throughout the period of study. To realize all this it will work integrating the information recovered from archaeological record of indigenous sites and written documents.

Key words: *consumption practices – South Frontier – alcoholic drinks – indigenous communities.*

INTRODUCCIÓN

La denominada *Frontera del Sur* (Rocchietti 2007) es el área al sur de la línea imaginaria que unía las ciudades de Buenos Aires y Mendoza a través del sur de las provincias de Santa Fe, Córdoba y San Luis (Figura 1). Este espacio fronterizo fue una zona de interacción entre grupos diferentes económica, social, política y culturalmente en una situación de conquista y dominación violenta y/o sutil (Boccaro 2002).

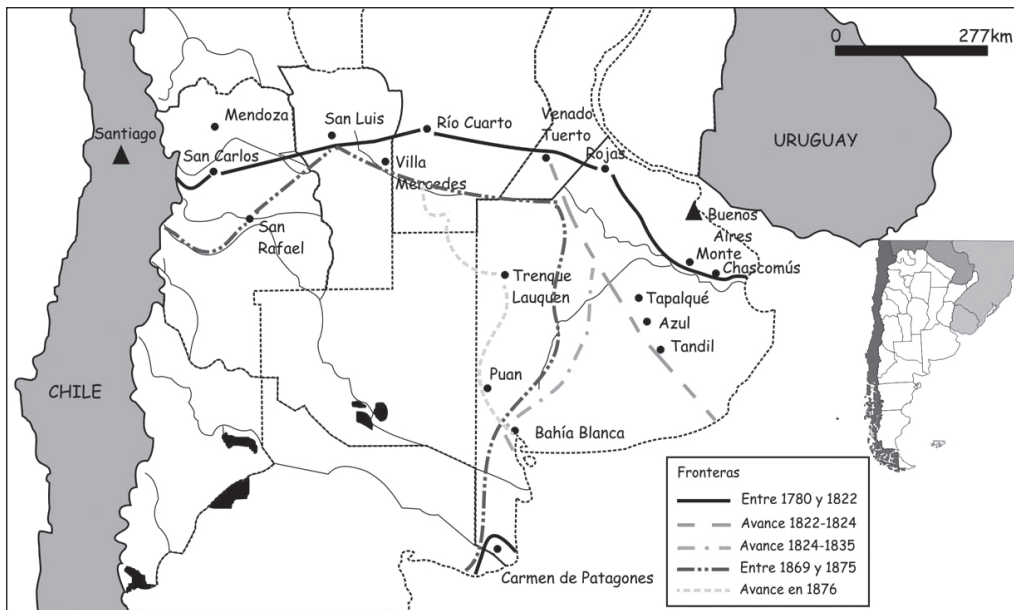


Figura 1. Mapa del área de Frontera del Sur con los diferentes avances de las líneas desde 1780 hasta 1876 (extraído de Mandrini 2006, con modificaciones)

En este trabajo analizaremos el período que comienza en 1776, con la creación del Virreinato del Río de la Plata y el establecimiento de Buenos Aires como puerto autorizado para comerciar con la metrópoli, y culmina con el retiro del ejército de la Frontera del Sur y el fin de las campañas de conquista en 1885. La apertura de Buenos Aires al comercio masificó el ingreso de mercancías y, por lo tanto, de bebidas alcohólicas, que habrían circulado por la Frontera (Mandrini y Ortelli 2006).

La amplitud temporal y espacial permitirá observar los cambios en las prácticas de consumo de las bebidas alcohólicas por parte de los grupos indígenas habitantes de la Frontera del Sur teniendo en cuenta el contexto social, histórico y político: la constitución y creación del Estado Nación

argentino durante el largo siglo XIX. El estudio de las prácticas de consumo de bebidas alcohólicas en la Frontera del Sur no ha sido realizado hasta el momento (Pineau 2011). El análisis del uso del alcohol en otras situaciones de conquista y/o colonización tiene antecedentes en México, Estados Unidos, Australia o algunos países africanos, pero en un contexto de colonización europea distinto del planteado en este trabajo. Además, todos estos estudios se enfocan en las bebidas alcohólicas como objetos desconocidos, utilizados para la colonización de las comunidades originarias de cada lugar (Corcuera de Mancera 1994; Pertulla 1994; Grange 1997, Head y Fullagar 1997; Willis 2002; Long 2003; Curto 2004; Curto y Lovejoy 2004, entre otros).

HERRAMIENTAS TEÓRICAS Y CONCEPTUALES

El área de estudio de la denominada Arqueología Histórica ha sido definida desde distintos aspectos tanto teóricos como metodológicos (Orser 1996, 2007). En este trabajo seguiremos la propuesta de M. Johnson (1996), quien la define como Arqueología del Capitalismo, como una diversidad de prácticas culturales que dejan rastros materiales como consecuencia de la expansión de este sistema económico. Los procesos particulares de Sudamérica están fuertemente relacionados con las diferentes fases de la expansión del Capitalismo y de un nuevo orden económico mundial. Es necesario analizar y explicar estos procesos desde su originalidad para observar la influencia que tuvieron en los procesos globales y que no sean subsumidos en una explicación unicausal.

En este sentido entonces, también proponemos un enfoque global en términos de Orser (2007). Esto es, ver las conexiones extra sitio que los habitantes de los sitios arqueológicos mantuvieron con el mundo exterior a partir del uso de múltiples escalas temporales y espaciales.

Las formas materiales tienen efectos en los sujetos, independientes de la agencia humana, es decir, poseen una agencia que causa estos efectos. Empero, si bien hay una intención humana objetivada en las cosas, ésta no es reconocida forzosamente como tal por los agentes. Lo importante no son las entidades en sí (humanas u otras), sino la red de agentes y las relaciones entre ellos. No es sólo que los objetos puedan ser agentes, es que las prácticas y sus relaciones crean la apariencia de ambos, sujetos y objetos, a través de la dialéctica de la cosificación (Latour 2008).

La idea de materialidad (la dimensión material de la práctica) realza el proceso por el cual los materiales y agentes humanos, objetos y sujetos son recíprocamente constituidos. Además, enfatiza las maneras en que los objetos se consustancian en las prácticas sociales. Es decir, es necesario explicar el proceso por el que objetos y actores se constituyen recíprocamente (Miller 2005).

La materialidad enfatiza el cambio de los objetos hacia la manera en que los objetos son activamente usados en las prácticas sociales. A diferencia de los estudios de cultura material, el concepto de materialidad expresa un supuesto primordial sobre la fisicalidad de la práctica y de las maneras en que los objetos y las personas interactúan (Meskell 2005; Mills y Walker 2008).

Los objetos y los sujetos son analizados en su dinámica. En este sentido, no sólo se estudiará la circulación, distribución y descarte de objetos, sino a los actores que los usaron, distribuyeron y descartaron, y las relaciones que se establecieron tanto entre objetos y actores como así también entre actores a través de los objetos (Appadurai 1991; Latour 2008; Mills y Walker 2008).

Por otra parte, para definir el consumo, De Certeau diferenció dos formas o maneras de la producción al afirmar que

A una producción racionalizada, tan expansionista como centralizada, ruidosa y espectacular, corresponde otra producción, calificada de 'consumo': ésta es astuta, se encuentra dispersa pero se insinúa en todas partes, silenciosa y casi invisible, pues no se señala con productos propios sino en las maneras de emplear los productos impuestos por el orden económico dominante (De Certeau 2000: XLIII).

En este sentido, De Certeau entiende al consumo como un acto de creación humana, una “manera de hacer” con los productos que se le imponen y no como una apropiación pasiva de ellos.

Siguiendo con esta idea del consumo como una práctica activa, García Canclini afirma que “El consumo no tiene por finalidad únicamente la posesión de un objeto o la satisfacción de una necesidad material, sino también definir y reconfirmar significados y valores comunes, crear y mantener una identidad colectiva [...]” (García Canclini 1997: 77).

Es en estos términos que en este trabajo se utilizará el concepto de prácticas de consumo como una acción activa, creativa, cargada de significados, que incluye tanto la obtención como el uso de objetos. Se distinguirán y describirán entonces las diferentes formas o maneras en que los actores estudiados obtenían y usaban las bebidas alcohólicas en forma activa, más allá de la situación de dominación en la que se encontraban inmersos.

PROCEDIMIENTOS METODOLÓGICOS

La información arqueológica proviene de materiales analizados por otros investigadores y de aquellos obtenidos a partir de trabajos propios. Se tuvieron en cuenta las menciones y/o los análisis morfológicos funcionales de materiales obtenidos en sitios ubicados en la Frontera del Sur, desde fines del siglo XVIII y el siglo XIX, de envases de bebidas alcohólicas en asentamientos indígenas. Entre las variables se encuentran: la ubicación del sitio, la cronología, el método que usaron los autores para asignarla y el detalle de los envases de bebidas recuperados.

Los sitios arqueológicos correspondientes a un asentamiento indígena para el período en estudio son dos: Don Isidoro 2 (La Pampa) y Arroyo Nieves 2 (Buenos Aires). El primero de ellos está formado por un fogón que fue utilizado también como lugar de descarte, ubicado cronológicamente hacia fines del siglo XIX. De él se recuperaron restos vítreos que se corresponden con botellas cuadradas de ginebra holandesa, botellas de vino y de bitter (Pineau 2010).

Arroyo Nieves 2 es un sitio arqueológico formado por el descarte de una ocupación de los indios denominados catrieleros. Afortunadamente, la descripción de los recipientes de bebidas alcohólicas es muy detallada, así como su procedencia. Se trata de botellas cilíndricas y cuadradas de diversos tipos de bebidas alcohólicas –vino, champagne, cerveza, bitter y ginebra– provenientes de diferentes países europeos –Francia, Inglaterra, Dinamarca, Alemania, Holanda y Bélgica– (Pedrotta y Bagaloni 2007).

En ambos sitios el material recuperado está constituido por recipientes de vidrio. Sin embargo, las bebidas alcohólicas también se envasaban en barriles de diversos tamaños, confeccionados todos con madera. Es interesante destacar que la visibilidad arqueológica de estos recipientes es escasa debido a la baja conservación de la madera en el registro arqueológico. No obstante, el análisis de este tipo de envases se profundizará al momento de integrar la información documental.

El registro documental analizado está formado por 35 diarios o relatos de viajeros, científicos, funcionarios y/o militares que atravesaron la zona central del país desde fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX¹. El período cronológico que abarcan estas citas es 1746-1880. La información proveniente de estas fuentes es muy rica en detalles y nos permite reconstruir, en parte, la cotidianeidad de la vida fronteriza. Sin embargo, es necesario hacer dos aclaraciones. En este trabajo sólo tendremos en cuenta las citas que hacen referencia a las bebidas alcohólicas, al tipo de bebida y los envases que las contenían, y a las prácticas en las que estaban involucradas. Por lo tanto, nuestro interés se centra en aspectos puntuales y específicos de la información contenida en los documentos. Por otra parte, los viajeros no registraban todo lo que veían, sino aquellos detalles que les resultaban importantes para el propósito de su viaje o aquellas acciones que llamaban su atención por ser extrañas o pintorescas.

También se analizaron los Tratados de Paz (celebrados entre 1782 y 1878) (Levaggi 2000) y el llamado Negocio Pacífico de Indios (puesto en práctica por Juan Manuel de Rosas durante

1829-1852) (Ratto 1994). El análisis de ambas fuentes documentales permitió observar el rol que desempeñaron las diferentes autoridades gubernamentales a lo largo del todo el período de estudio como agentes proveedores de bebidas alcohólicas a las comunidades indígenas.

Finalmente, se analizaron documentos históricos del Archivo General de la Nación (AGN), de los archivos históricos de las provincias de Córdoba, Mendoza y San Luis, del Archivo Histórico del Ejército (AHE) y del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC)².

El registro documental y la información arqueológica fueron integrados como datos, ya que ambos son considerados construcciones conceptuales (Gómez Romero y Pedrotta 1998). En este sentido, se analizaron y explicaron las complementaciones, las coincidencias y/o las contradicciones entre ambos tipos de registro (Gómez Romero 2007). Se trata de un enfoque pluridisciplinar que se apoya en el análisis de la información proveniente del registro arqueológico y documental.

DESARROLLO

Prácticas de consumo de las bebidas alcohólicas desde el registro arqueológico

Los estudios arqueológicos efectuados en sitios aborígenes en la Frontera del Sur para el período seleccionado son sólo dos. Uno de ellos, Arroyo Nieves 2 y el otro, Don Isidoro 2.

En el primer caso, Pedrotta y Bagaloni (2007) presentan los resultados del análisis del material vítreo recuperado en el sitio arqueológico Arroyo Nieves 2 (partido de Azul, provincia de Buenos Aires). Se propone observar los patrones de uso y descarte de los recipientes de vidrio de los denominados indios amigos para la segunda mitad del siglo XIX.

A partir de las fuentes documentales, el lugar de asentamiento, la composición del registro arqueológico y la cronología determinada desde los restos vítreos y cerámicos las autoras adjudican la formación del sitio al descarte cotidiano de residuos de un grupo indígena asentado en las cercanías del Arroyo Nieves para el tercer cuarto del siglo XIX.

El consumo de bebidas alcohólicas está representado por diversos tipos de recipientes de vidrio, éstos constituyen el 24,1% del total de materiales recuperados. Para el análisis se siguieron variables de índole técnica, morfológica y cualitativa. Mediante la información obtenida se caracterizó el total del conjunto vítreo y se determinó origen, función y cronología de algunos recipientes, mayormente de botellas. También se determinó que el registro arqueológico habría sufrido eventos de transporte fluvial y redepositado en masa.

Se determinó un número mínimo de veintitrés recipientes de vidrio, entre los que se incluyen botellas cilíndricas, cuadradas, frascos, un tarro y vasos. Entre las botellas hay un predominio (95,5%) de las que contuvieron alcohol. Por lo tanto, las autoras argumentan que el total del conjunto vítreo analizado refleja distintas prácticas domésticas y sociales: preparación de alimentos, consumo de bebidas, higiene y cuidado personal y, posiblemente, la cura de afecciones.

En este contexto, analizan el reuso de los recipientes de vidrio tomando en cuenta conceptos propuestos por Schiffer (1987). El reuso evita por un tiempo el descarte, es decir, el paso al contexto arqueológico. Siguiendo a Schiffer, las autoras describen tres alternativas posibles para el análisis del reuso de recipientes de vidrio: el ciclaje lateral, el uso secundario y el reciclaje.

El ciclaje lateral no implica un cambio ni en el uso ni en la forma del objeto. En tal sentido, dado que registraron la presencia de un mercado de ventas de botellas en las casas de comercio de la ciudad de Azul y en avisos comerciales de la época, consideran esperable una alta reutilización de las botellas como contenedores de bebidas diferentes a las originales. Esto traería como consecuencia la presencia en el registro arqueológico de envases descartados de bebidas que no necesariamente se consumieron en el lugar. El ciclaje lateral se vería reflejado en el registro arqueológico de Arroyo Nieves 2 debido al tamaño medio y pequeño de los fragmentos vítreos, la alta fragmentación de los materiales de vidrio en su conjunto y la presencia mayoritaria de

ejemplares fracturados entre las botellas. Estas tres características dan cuenta de que las botellas recién se descartaban cuando se fragmentaban.

El uso secundario plantea la utilización de objetos fracturados, pero no implica un cambio en su morfología. Con respecto al registro vítreo de Arroyo Nieves 2, observan una desproporción en la presencia de bases y picos. Las primeras están sobredimensionadas, y los últimos, poco representados. Esto podría ser el indicio de reuso de los picos en otros recipientes del tipo odres. La idea de uso secundario de los picos de vidrio se ve reforzada porque la mayoría de los picos recuperados en el sitio están fracturados.

Finalmente, el reciclaje implica el retorno de un artefacto luego de un período de uso al proceso de manufactura. Esto podría ocasionar la modificación parcial o total del objeto o de alguna de sus partes, para cambiar su función original. Para el material vítreo de Arroyo Nieves 2, fueron analizados fragmentos que presentaban lascado continuo, que sería de formatización intencional. Empero, las autoras concluyen que este tipo de reuso no está presente en el material analizado.

En el segundo caso, el sitio arqueológico Don Isidoro 2 (departamento de Loventué, provincia de La Pampa) de acuerdo con los análisis realizados de los materiales arqueológicos presentes, su emplazamiento en el caldenar pampeano y la dispersión vertical y horizontal de los restos arqueológicos, se puede señalar que existió un área de actividades domésticas que se correspondería con un asentamiento aborigen, formado hacia fines del siglo XIX.

A partir del análisis morfológico-funcional del material se determinó la presencia de una botella cuadrada de ginebra fragmentada de la marca holandesa *Jürgen Peters*, dos fragmentos de picos de botella de vino cuya procedencia no se pudo precisar, cuatro fragmentos de pared de botella cuadrada y un fragmento del sello de una botella de bitter francés marca *Secrestat*. El estudio morfológico-funcional del material vítreo fue publicado (Pineau 2010), por lo que se sintetizará la información para interpretarla según las prácticas de consumo observadas en Arroyo Nieves 2.

En la muestra no existen piezas enteras, por lo que se distinguieron dos tipos de fragmentos: determinables y no determinables. Entre los fragmentos recuperados de las cuadrículas I, II y VI se encontraron veinticinco determinables (10%).

El tamaño de los fragmentos fue diferenciado en pequeño (hasta 2 cm), mediano (entre 2 y 4 cm) y grande (más de 4 cm). El 78% del material es de tamaño pequeño, mientras que casi el 21% es de tamaño mediano. Por lo tanto, el material descartado es el que está fragmentado y no puede ya usarse como recipiente. Además, la botella de ginebra *Jürgen Peters* recuperada se encuentra fragmentada (Figura 2). Es posible que haya habido ciclaje lateral como una manera de reuso del material recuperado en Don Isidoro 2. Esto se observaría en el tamaño pequeño y mediano de los fragmentos vítreos recuperados en el sitio y en la alta fragmentación de la muestra vítrea en general.

El uso secundario –la utilización de objetos fracturados sin alterar su morfología– también es probable que haya estado presente en Don Isidoro 2. No obstante, los dos picos de vino recuperados no presentan evidencia de haber sido utilizados en odres de cuero u otro tipo de recipientes, dado que se encuentran fracturados, motivo por el cual pueden haber sido descartados (Figura 3).

El reciclaje implica la vuelta de un artefacto al proceso de manufactura. En el caso de los fragmentos vítreos, se podría observar la confección de herramientas en vidrio como es usual en otros sitios indígenas (Casamiquela 1978; Jackson Squella 1991a, 1991b, 1999; entre otros). Sin embargo, si bien algunos fragmentos recuperados en Don Isidoro 2 poseen lascados continuos en sus bordes, por el momento no se puede asegurar que estos hayan sido hechos intencionalmente. En este sentido, se ha realizado un fogón experimental para observar las alteraciones a las que pudieron estar sometidos los fragmentos vítreos de Don Isidoro 2. Entre otras cosas, se observó que los lascados continuos en los bordes de los fragmentos pueden producirse por el hecho de romper botellas contra una superficie dura (Pineau y Lois 2005).

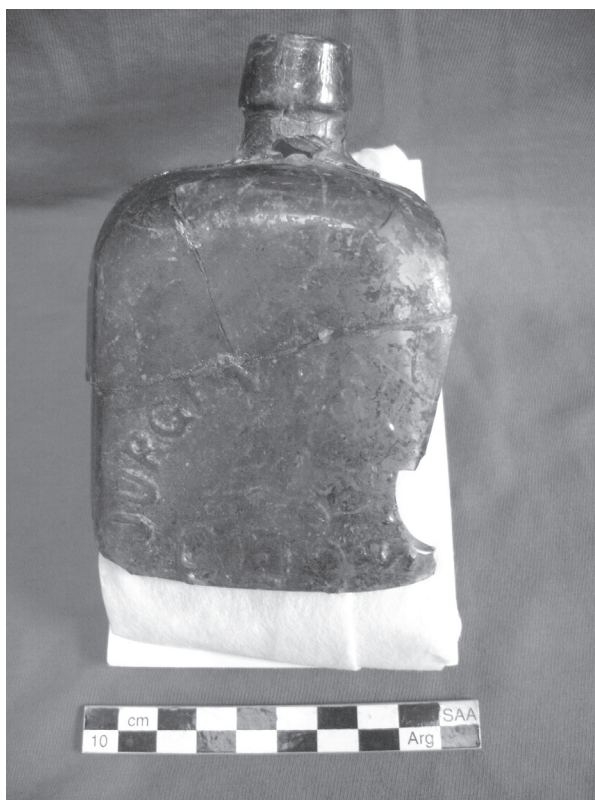


Figura 2. Botella de ginebra holandesa marca *Jürgen Peters* recuperada en Don Isidoro 2



Figura 3. Picos de vino fragmentados recuperados en el sitio Don Isidoro 2

Descarte de recipientes de bebidas alcohólicas en los sitios arqueológicos

El sitio Arroyo Nieves 2 es un sitio arqueológico en cuya formación intervino la dinámica fluvial. Sin embargo, el lugar de procedencia de los materiales arqueológicos recuperados habría estado localizado en las inmediaciones del lugar excavado (Pedrotta 2005: 278). Por lo tanto, debido a los procesos de desplazamiento y redepositación que sufrieron los materiales, no se pueden observar las prácticas llevadas a cabo en el descarte de las bebidas alcohólicas presentes en el sitio.

El sitio Don Isidoro 2 se compone de un fogón formado por dieciséis lentes superpuestas (lentes A a O, Figura 4) como consecuencia de siete episodios de encendido y apagado de dicho fogón (Tapia 2003). De las dieciséis lentes determinadas, once presentan material arqueológico y en cuatro de las lentes (lentes B, C, F e I) ha sido recuperado material de vidrio que se corresponde con tres episodios diferentes de encendido y apagado (episodios 7, 4 y 3). El fogón excavado y la presencia de restos materiales dentro de él permiten afirmar que fue usado como lugar de descarte del material vítreo.

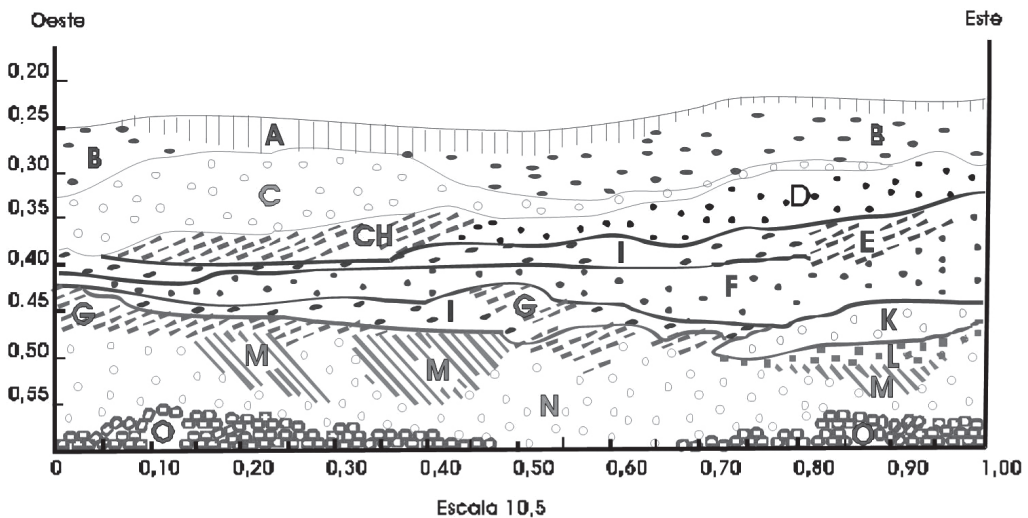


Figura 4. Estratigrafía del fogón excavado en Don Isidoro 2 (Tapia y Montanari 2010)

Formas de obtención de las bebidas alcohólicas y prácticas sociales desde las fuentes documentales

Durante los siglos XVIII y XIX, gran cantidad de viajeros, funcionarios, científicos y militares surcaron la Frontera del Sur con diferentes propósitos. Estos tenían tanto objetivos de defensa como comerciales y/o científicos. Sin embargo, a los efectos de este trabajo sólo se presentará y analizará la información resultante del relato de diecisiete viajeros, funcionarios y/o científicos. Esto se debe a que no todos los autores hacen particular referencia a las formas o maneras de obtener bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas. Además, incluso en algunos de los relatos que lo hacen no se detalla el tipo de bebida, el tipo de envase que la contenía, o ninguna de las dos cosas.

Las citas referentes a la obtención de bebidas alcohólicas por parte de grupos indígenas abarcan un rango cronológico entre 1783 y 1880, aunque no en forma continua (Tabla 1).

Tabla 1. Viajeros, científicos, funcionarios y/o militares que hacen referencia a la obtención de bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas habitantes de la Frontera del Sur

| Año | Viajero | Función | Ruta | Cita |
|-----------|--------------------------|------------------------|--|------------------------|
| 1783-1784 | Basilio Villarino | funcionario | Navegación del río Negro | Villarino (1969) |
| 1796 | Félix de Azara | funcionario | Provincia de Buenos Aires | De Azara (1969) |
| 1806 | Luis de la Cruz | funcionario | Concepción (Chile) a Melincué (Santa Fe) | De la Cruz (1969) |
| 1810 | Pedro Andrés García | funcionario | Buenos Aires - Salinas Grandes | García (1969) |
| 1818 | Emeric Essex Vidal | viajero artista inglés | Buenos Aires | Essex Vidal (1999) |
| 1823 | Martín Rodríguez | funcionario militar | | Rodríguez (1969) |
| 1828 | Narcise Parchappe | viajero-ingeniero | Buenos Aires-Cruz de Guerra | D'Orbigny (1999) |
| 1842-1849 | Santiago Avendaño | cautivo | | Avendaño (2004) |
| 1847 | William Mac Cann | viajero | Buenos Aires-Azul-Tapalqué | Mac Cann (2001) |
| 1856 | Francisco Solano Larguía | funcionario maestro | Buenos Aires-toldos de Calfucurá | Rojas Lagarde (2007) |
| 1856 | A. M. Guinnard | cautivo | | Guinnard (s/f) |
| 1863 | Guillermo Cox | viajero | Valdivia-Nahuel Huapi (vuelta) | Cox (2005) |
| 1869 | H. Armaignac | viajero médico | Buenos Aires - Azul | Armaignac (1974) |
| 1870 | Lucio V. Mansilla | funcionario | Río Cuarto-tolderías ranquelinas | Mansilla ([1870] 1948) |
| 1875 | Francisco Moreno | viajero naturalista | Fortín de Patagones-Chile | Moreno (2004) |
| 1875 | Alfred Ebelot | funcionario ingeniero | | Ébélot (2008) |
| 1880 | Estanislao Zeballos | viajero científico | Frontera Bonaerense | Zeballos (2002) |

En primer lugar, se analizará el tipo de bebida obtenida por las comunidades aborígenes como parte del contacto (Figura 5). Como se observa, en la mayoría de los casos (85% de las referencias) la bebida más representada fue el aguardiente. Existen dos excepciones. Por un lado, la cita del funcionario Félix de Azara (De Azara 1969), quien no transportó alcohol entre los víveres de la expedición, pero sí llevó como obsequio barriles de vino y aguardiente “para los infieles” en su viaje de reconocimiento por los fortines de la provincia de Buenos Aires en 1796. Por el otro lado, el médico francés H. Armaignac (Armaignac 1974), quien observó en 1869 a un grupo de mujeres indígenas en la ciudad de Azul comerciando ginebra y coñac por tejidos, plumas o cueros de animales. Aunque hay otras citas referidas al comercio en ciudades de la frontera como Patagones para 1823 (Rodríguez 1969) o incluso en Buenos Aires en 1818 (Essex Vidal 1999) en ambos casos lo que se obtenía era sólo aguardiente. Por lo tanto, el hecho de que la cita de Armaignac dé cuenta de un comercio en una ciudad, donde se esperaría mayor diversidad de bebidas, no explica la excepción.

Es destacable, entonces, que el aguardiente fuera prácticamente la única bebida que se entregaba o que fuera registrada por los viajeros en la Frontera del Sur. Una explicación posible de este hecho podría ser que no hubiera disponible otro tipo de bebidas. Sin embargo, al analizar los documentos históricos disponibles, observamos que esto no es así.

En los registros de Entrada de Aduana presentes en el AGN han sido relevadas las bebidas alcohólicas ingresadas por la Aduana de Buenos Aires tanto para el período Colonial³ (1776-1810) como para parte del período Independiente⁴ (1810-1853).

En el período Colonial existen registros de entradas de bebidas entre los años 1792 y 1808. En todos los casos, ingresa aguardiente por el Puerto de Buenos Aires. Sin embargo, para ese período se observaron, además, entradas de ron, caña, vino, cerveza y ginebra.

En el período Independiente, los asientos en el AGN de las entradas de bebidas alcohólicas se registran entre 1811-1831 y en 1852. Existen también ingresos de aguardiente para todo el rango cronológico. Empero, la cantidad de tipos de bebidas es aún mayor que para el período anterior. Se encuentran detalladas entradas de vino, champagne, anicete, licores, sidra, ginebra, ron, caña y cerveza. Este aumento en la variedad de tipos de bebidas puede deberse a la abolición del monopolio comercial con la Corona española vigente en el período Colonial.

Para el período Independiente cuyos registros se hallan en el INDEC⁵ se observan entradas de bebidas por la Aduana de Buenos Aires entre 1862 y 1885. Se registran entradas de aguardiente en todo el rango cronológico. En este período también se amplía la cantidad de tipos de bebidas alcohólicas ingresadas: vino, ginebra, licor, cerveza, caña, coñac y anís.

En el AGN se analizaron las solicitudes de guías para el transporte de mercadería⁶. Las únicas bebidas alcohólicas registradas son vino y aguardiente, procedentes de Mendoza y San Juan, para los años 1808 y 1809. Además, sabemos que en la actual provincia de Mendoza existían fábricas de vino y aguardiente desde al menos 1784 (Martínez Perea 1996: 142).

En el Archivo Histórico de Mendoza también fueron relevadas las solicitudes de guías⁷. Existen registros desde 1812 hasta 1879. El aguardiente, un producto mendocino, está presente en todo el período, así como el vino. También se encuentran registros de otro tipo de bebidas alcohólicas, como cerveza, caña, ginebra, licor, champagne y ron, aunque sólo a partir de 1844.

Mayo y colaboradores (1996) estudiaron 38 inventarios de pulperías ubicadas en la ciudad de Buenos Aires entre 1758 y 1824 a partir de la documentación existente en el Archivo General de la Nación-Sucesiones. Con la información obtenida confeccionaron un cuadro con todos los productos que se ofrecían al público en estos negocios. En el rubro bebidas alcohólicas también se observa una variabilidad importante: aguardiente, anís, anicete, caña, cerveza, ginebra, licor, ron y vino. De todos modos, es necesario aclarar que éstas no están presentes en todo el período analizado.

El Negocio Pacífico de Indios (NPI) fue una política implementada a lo largo del gobierno de Buenos Aires a cargo de J. M. de Rosas desde 1829 con algunos de los grupos indígenas asentados en la Frontera del Sur. Esta política consistía en la entrega de bienes de consumo de forma periódica –raciones– que luego se transformarían en dinero a cambio de la no invasión de las ciudades –malones– o del desplazamiento de los grupos indígenas a diversas zonas para custodiar la frontera.

Ratto (1994) propone tres etapas consecutivas para el NPI. La primera se extendió de 1829 a 1831. Se trata de un momento de fuertes luchas internas durante el cual el NPI no fue prioritario.

Las comunidades indígenas que formaban parte del NPI fueron divididas en dos grupos: los “indios aliados” y los “indios amigos”. Los primeros eran los que seguían viviendo en sus territorios originales y se acercaban a los fortines a vender mercaderías, pedir ayuda, hacer las veces de chasque o aportar información sobre del movimiento de otros grupos indígenas. Además, durante la permanencia en los fuertes o fortines, las comitivas indígenas también eran hospedadas y agasajadas.

Por el contrario, los “indios amigos” tenían sus asentamientos en el interior de la frontera, en su mayoría en establecimientos rurales, y recibían raciones periódicas. La contraprestación a la que estaban obligados no es clara. Podría tratarse tanto de servicio en la milicia como de trabajo rural.

La segunda etapa se desarrolló, siguiendo a Ratto (1994) entre 1832 y 1839, el período clásico del NPI. El grupo de “indios aliados” desaparece y todo se centra en los “indios amigos”. Estos últimos son ahora trasladados a la frontera, donde sirven como barrera de contención a los ataques de grupos hostiles a cambio de raciones.

La novedad de esta etapa es que se comienza con la práctica de alojar a grupos indígenas, fundamentalmente a los caciques y sus comitivas, en casas alquiladas o en sitios predeterminados de la ciudad de Buenos Aires: la Chacarita de los Colegiales, los hornos de la Catedral, los hornos de la Merced (en la parroquia de Balvanera) y la Casa de la Piedad.

Para el alojamiento de las comitivas indígenas en la ciudad de Buenos Aires, se analizaron 226 documentos presentes en el AGN⁸ que corresponden a la rendición de cuentas de la Chacarita (dos documentos de 1837), los hornos de la Catedral a cargo de Juan Montes (108 documentos entre 1837 y 1840), los hornos de la Merced a cargo de Alberto Peralta (78 documentos entre 1836 y 1841) y la casa de la Piedad a cargo de Ramón Cayuepán (71 documentos entre 1838 y 1840).

La Chacarita de los Colegiales fue un lugar de alojamiento de indios amigos incluso desde la etapa anterior. En el AGN sólo hemos observado dos documentos⁹ que dan cuenta de este alojamiento en los meses de mayo y junio y de noviembre y diciembre de 1837. En ambos casos, se trata de la rendición de gastos en la manutención de los indios de Caniullan y de Guaiquil. Las mercaderías entregadas a los indios allí alojados son carne, pan, velas y leña.

Los hornos de la Catedral eran hornos de ladrillos que funcionaron bajo las órdenes de Juan Montes. Sin embargo, se han analizado rendiciones de cuentas firmadas por esta misma persona, pero por el mantenimiento de indios amigos a su cargo en Flores.

Se han analizado 108 documentos fechados entre el 31 de enero de 1837 y el 16 de diciembre de 1839¹⁰ con referencia a la rendición de cuentas de indios a su cargo en Flores. Las mercaderías detalladas son: carne, pan, yerba, tabaco, papel, velas, sal y jabón. Es de destacar que en ningún caso se realizaron rendiciones por entrega de bebidas alcohólicas a los indios.

La Casa de la Piedad estaba encargada desde 1836 a Ramón Cayuepán, hijo del cacique Venancio. Se relevaron 71 documentos datados el 14 de diciembre de 1838 y entre el 1 de enero de 1839 y el 12 de agosto de 1840¹¹. En ningún caso se detalla la entrega de bebidas alcohólicas.

Los hornos de la Merced, en la parroquia de Balvanera, también eran hornos de ladrillos que habían pertenecido a la Iglesia de la Merced hasta 1822, en que pasaron a ser propiedad del Estado por la ley de reforma del clero (Ratto 1994: 39).

Estos hornos estaban a cargo de Alberto Peralta. Se han analizado 78 conjuntos de documentos¹² formados por múltiples recibos, cada uno de ellos correspondientes a la rendición de gastos por el alojamiento de grupos indígenas en estos hornos. El rango temporal abarcado por los documentos es desde el 24 de octubre de 1836 al 25 de febrero de 1839, desde el 25 de diciembre de 1839 al 19 de febrero de 1840 y desde el 30 de julio de 1840 al 18 de febrero de 1841. Las mercaderías detalladas incluyen yerba, azúcar, tabaco, leña, sal, velas, carne, maíz y papel. También hay rendición por entrega de alcohol (en mayor medida aguardiente, pero también vino) en diecisiete de los conjuntos de documentos analizados entre el 24 de octubre de 1836 y el 19 de abril de 1838. Esto también se observa en dieciséis conjuntos entre el 30 de julio de 1840 y el 18 de febrero de 1841. Empero, la cantidad de alcohol detallada no es importante. En ningún caso se trata de una botella de aguardiente o de vino por día. El total de alcohol detallado no significa el 10% de los días rendidos.

Existen otros momentos en los cuales hay rendiciones por gastos de alcohol. En primer lugar, en 1835, entre el 1° de mayo y el 15 de junio existen recibos de rendición de gastos por la manutención del cacique Catriel y su comitiva. Las mercaderías rendidas incluyen carne, pan,

yerba, tabaco, papel, velas, jabón, sal, azúcar y verduras. En este caso también se trata de pocas cantidades de vino. Aún más, en la rendición correspondiente a los días de junio, se aclara en los recibos que el vino se le da con el almuerzo¹³.

Un segundo ejemplo refiere también a una visita del cacique Catriel a Buenos Aires. También fue en 1835 entre el 12 de julio y el 9 de septiembre. Sólo hay rendición de vino en el período entre el 12 y el 24 de julio. Además se aclara que el vino es para consumo del cacique¹⁴.

El tercer ejemplo para el mismo año fue observado en la rendición de gastos para el período que va entre el 21 y el 29 de septiembre. Se detalla la rendición de cuentas en los gastos en la subsistencia de los indios amigos. Sólo en un caso se realiza la rendición de gastos de media cuarta de aguardiente, pero se aclara que se usa como remedio¹⁵.

La documentación muestra que las raciones a las tribus amigas incluían la entrega usual de alcohol como otras mercaderías desde 1826 (Levaggi 2000: 212-214). Por tanto, se advierte que se provee a las comunidades indígenas de bebidas alcohólicas regularmente, pero para ser consumidas fuera de las ciudades, es decir, en la zona de frontera. Las rendiciones de gastos que incluyen bebidas alcohólicas para este período no son significativas y, en general, se trata de hechos puntuales, como la visita de un cacique, por ejemplo. Más aún si las comparamos con la gran cantidad de bebidas alcohólicas y lo fluido de las entregas a los grupos indígenas como parte del NPI.

El tercer período se extiende entre 1840 y 1852. Sin embargo, existe documentación posterior a 1852 de acuerdo con la cual no sólo se continúa entregando mercaderías a los grupos indígenas, sino que a este hecho también se lo denomina “entrega a los indios amigos”. Sin embargo, en este período, la entrega regular y sistemática de mercaderías en la frontera se vio casi reemplazada por el pago de sueldos en dinero a cambio de prestaciones militares. Además, dejaron de funcionar los sitios de alojamiento para las partidas indígenas en las ciudades. Estos cambios podrían deberse a problemas de índole interna (conspiración de Maza, revolución de los Libres del Sur, bloqueo francés) que pusieron en peligro al régimen rosista. En este contexto, ya no era conveniente que grupos indígenas se asentaran en las ciudades y sí era necesario que sirvieran en el ejército.

El análisis de los documentos permite observar que para el año 1859 también hay rendición de gastos de alcohol, así como de alimentos y vestimentas. En este caso se trata de los gastos en el Albergó Italia¹⁶. Los documentos analizados están fechados entre el 26 de enero y el 1° de marzo. En todos estos casos se observa rendición de gastos de bebidas alcohólicas (vino, cerveza inglesa y ginebra). Sin embargo, también se encuentran detallados quiénes son los que los realizan. A partir del 8 de febrero, los gastos son realizados por el cacique Catriel y por sus guardias. Es destacable también que, para el período entre el 26 de enero y el 7 de febrero, figuran rendiciones de gastos que incluyen bebidas alcohólicas sin detallar quiénes son los que los hacen, junto con rendiciones de gastos por comida sin bebidas alcohólicas que fueron realizadas por soldados.

El análisis de los documentos del NPI que se corresponden con todo el período de su funcionamiento (Figura 6) nos permite observar la amplia variabilidad en los tipos de bebidas alcohólicas entregadas. Éstas se distribuyen casi de igual manera entre ginebra, vino y aguardiente, a diferencia de lo ocurrido con lo analizado para los datos proporcionados por los viajeros, científicos, funcionarios y militares que recorrieron la Frontera del Sur.

La firma de Tratados de Paz entre los diferentes poderes políticos con las poblaciones indígenas comenzó incluso antes de la creación del Virreinato del Río de la Plata, en 1776, y continuó hasta la llamada “Conquista al Desierto” del general Julio Argentino Roca, en 1879. Esta persistencia sobrevivió incluso, durante este lapso, a las diferentes acciones y políticas públicas llevadas a cabo con las comunidades aborígenes, tanto del tipo defensivas como ofensivas (Levaggi 2000).

Se analizarán los Tratados de Paz publicados por Levaggi (2000). Si bien se sabe que no siempre se entrega en tiempo y forma lo pautado en los Tratados de Paz, el análisis de estos documentos permite observar cómo el poder político oficializa y materializa la entrega de bebidas alcohólicas a las comunidades indígenas que habitaban la Frontera del Sur.

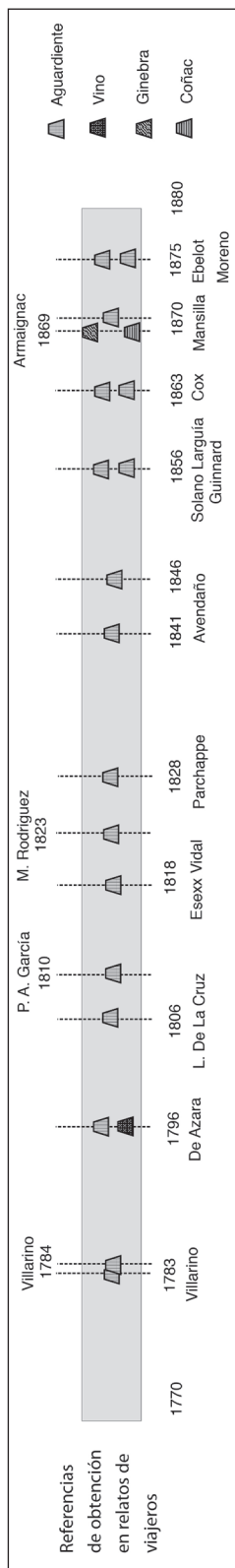


Figura 5. Cronología confeccionada a partir de los relatos de viajeros, científicos, militares y funcionarios que hacen referencia al tipo de bebida alcohólica obtenida por los grupos indígenas

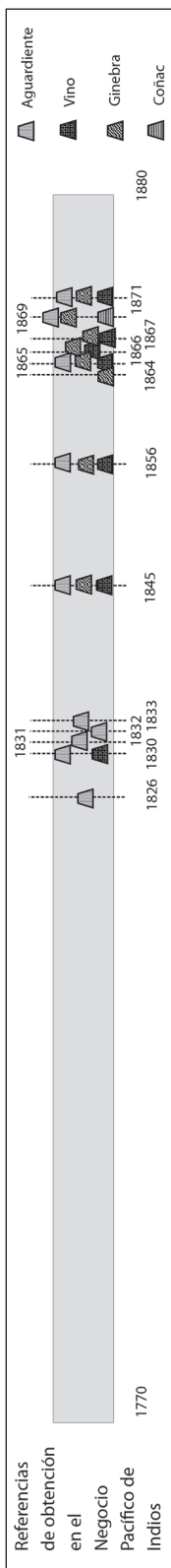


Figura 6. Cronología confeccionada a partir de los documentos referentes al Negocio Pacifico de Indios que hacen referencia al tipo de bebida alcohólica obtenida por parte de los grupos indígenas.

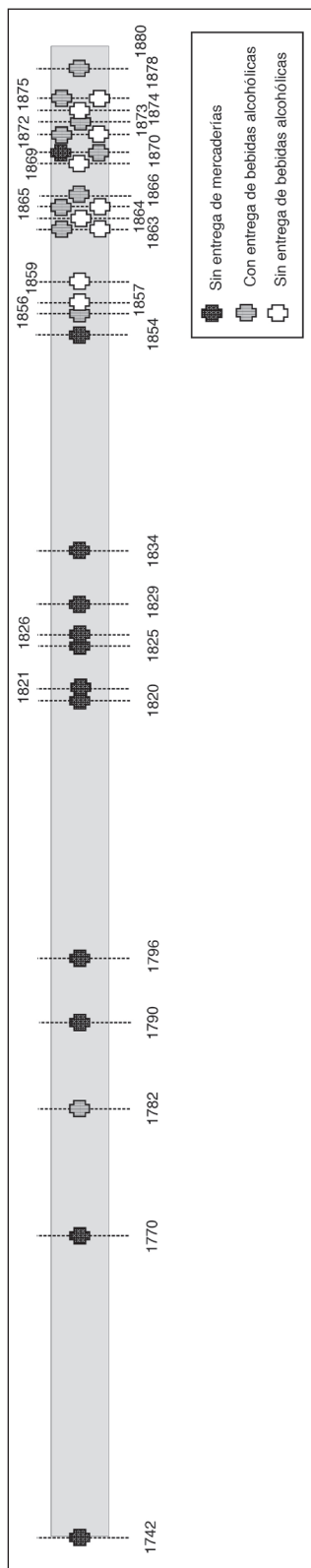


Figura 7. Cronología de los Tratados de Paz firmados con los grupos indígenas clasificados según lo entregado a cambio de la paz

Los Tratados de Paz analizados en este trabajo son 38. En doce de ellos no hay entrega de ningún tipo de mercaderías a cambio de la paz y la protección de la frontera. De los veintiséis Tratados en los que se enuncia la obtención de mercaderías (azúcar, yerba, tabaco, ganado, entre otras) por los grupos indígenas, en dieciséis de ellos, además, se entregan bebidas alcohólicas (Figura 7).

Los tratados se encuentran distribuidos cronológicamente entre 1742 y 1878. Sin embargo, esta distribución no es homogénea a lo largo de estos años. Hasta la década de 1820, el número de tratados es escaso, sólo se firmaron cinco en 120 años. Este hecho no es casual, ya que es a partir de esta década en que se produce un cambio importante en la política de frontera. Las elites porteñas se orientaron hacia la ganadería extensiva para la exportación. Esto significó la necesidad de nuevas tierras para la explotación ganadera. En consecuencia, comienzan las campañas militares para asegurar y consolidar el nuevo territorio (Mandrini 1997: 30-31).

El otro período en el que no se realizó ningún tipo de Tratados de Paz es entre 1834 y 1854. Esto se debe fundamentalmente a dos razones. La primera es que durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas (1832-1852) los Tratados de Paz se realizaban de forma oral. Esta falta de tratados además se ve reforzada debido a que Rosas, como gobernador de la provincia de Buenos Aires, consiguió que las provincias de Mendoza, Santa Fe y Córdoba delegaran en él las relaciones con los grupos indígenas (Levaggi 2000: 222-223). En segundo lugar, durante este período, la política pública llevada a cabo con respecto a la entrega de mercaderías a las comunidades indígenas fue el Negocio Pacífico de Indios analizado anteriormente.

En la Figura 7 también se observa que la mayor parte de los tratados se ubican luego de la derrota de Rosas en 1852. Esto no sólo se explica a partir de la vuelta a la celebración de tratados por escrito. Después de la Batalla de Caseros (1852) y la consecuente caída de Juan Manuel de Rosas, los malones se reanudaron en forma frecuente (Levaggi 2000).

A partir de 1856 se incluyen mercaderías a cambio de la paz y se comienza¹⁷ con la entrega frecuente y regular de bebidas alcohólicas como parte de los Tratados de Paz. En la Figura 8 se observa que la entrega de bebidas alcohólicas es muy importante en esta etapa. El 93% de los tratados otorgaban mercaderías a las comunidades indígenas. De estos, el 56% incluyó bebidas alcohólicas como parte de lo entregado.

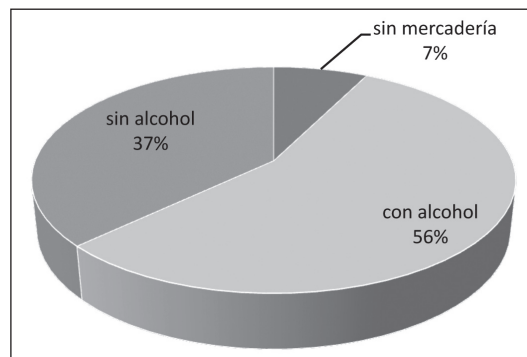


Figura 8. Porcentaje por tipo de entrega de mercaderías en los Tratados de Paz firmados entre el poder público y las comunidades indígenas de la Frontera Sur

La gran cantidad de bebidas alcohólicas recibidas mediante los Tratados de Paz aumenta si tenemos en cuenta la frecuencia de entrega de las bebidas a los grupos aborígenes. La Figura 9 muestra la frecuencia de entrega de bebidas alcohólicas propuesta. Es notable que, en el 66% de los casos, se proponga una frecuencia trimestral y que sólo en el 7% sea anual.

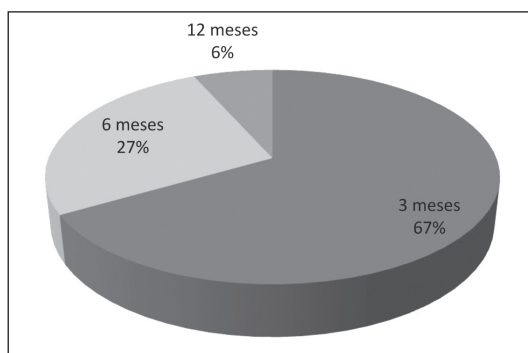


Figura 9. Porcentaje de frecuencia de entrega de bebidas alcohólicas en los Tratados de Paz firmados entre el poder público y las comunidades indígenas de la Frontera Sur

El tipo de bebidas alcohólicas entregadas en los Tratados de Paz es amplio (Figura 10). Se trata de vino, ginebra y aguardiente en proporciones similares.

Los Tratados de Paz y el NPI son, en sí mismos, ejemplos de prácticas asociadas a la obtención de bebidas alcohólicas. Del mismo modo, a partir de los relatos de los viajeros, científicos funcionarios y/o militares es posible observar o reconstruir las prácticas de la vida cotidiana involucradas en la obtención de bebidas (De Certeau 2000).

En la Figura 11 se distinguieron tres prácticas a partir de la lectura de los relatos de viajeros, científicos, funcionarios y/o militares: el comercio, los regalos y el intercambio de cautivos. La práctica del comercio, que cuando fue posible se llevó a cabo con pulperos (Mac Cann 2001; Zeballos 2002; Cox 2005), se desarrolló a lo largo de todo el período. Fue una práctica que estuvo presente incluso antes de la constitución del Virreinato del Río de la Plata en 1776, tal como lo relata Tomas Falkner (1969) en su descripción de la Patagonia hacia 1746:

Estas dos naciones [los picunches y los penguinches] fueron antiguamente más numerosas [...] pero están ahora muy disminuidas [...] lo que nace de las frecuentes guerras [...] igualmente que del aguardiente que compraban a los españoles, y su pulcú o chicha, que hacen en su país. Muchas veces empeñan hasta sus mujeres e hijos a los españoles, por aguardiente con que se embriagan y matan unos a otros [...] (Falkner 1969: 717).

Se trata tanto de ejemplos de comercio que ocurren durante el encuentro entre los viajeros y los grupos indígenas tierra adentro (García 1969; D'Orbigny 1999; Ébélot 2008), como en visitas a las ciudades de frontera, como Patagones (Rodríguez 1969) Azul (Armaignac 1974) o Mendoza (Miers 1968), e incluso a la ciudad de Buenos Aires (Miers 1968; Essex Vidal 1999).

El comercio se realizaba no sólo por bebidas alcohólicas sino también por yerba y tabaco. A cambio de ellos, los indígenas entregaban pieles, plumas, ponchos, sal y ganado, entre otros bienes.

La entrega de regalos también fue una práctica de obtención de bebidas alcohólicas y estuvo presente a lo largo de todo el período analizado. Se trataba de bebidas que eran llevadas por los viajeros (García 1969; Moreno 2004; Rojas Lagarde 2007) así como del relato de las observaciones del arribo de regalos a las tolderías (Guinnard s/f; Mansilla [1870] 1948; Avendaño 2004; Cox 2005).

Finalmente, el viajero Guillermo Cox (2005) relata que transportó bebidas alcohólicas para intercambiar por cautivos. Si bien se trata de un único relato, ésta fue una práctica frecuente. En tres de las cartas que escribieron algunos caciques ranqueles (editadas por M. Tamagnini 1995)

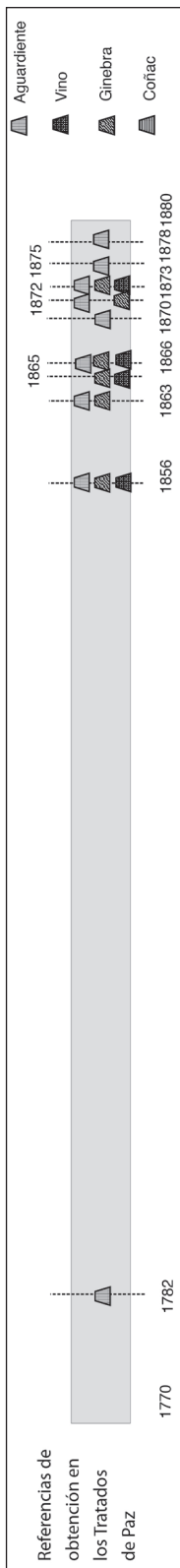


Figura 10. Cronología confeccionada a partir de los Tratados de Paz firmados entre los poderes políticos y los grupos indígenas habitantes que hacen referencia al tipo de bebida alcohólica obtenida

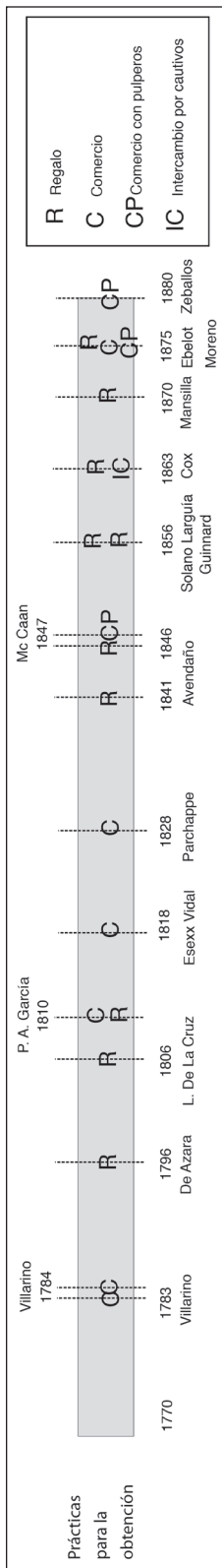


Figura 11. Cronología confeccionada a partir de los relatos de viajeros, científicos, funcionarios y/o militares teniendo en cuenta las prácticas de obtención de las bebidas alcohólicas por parte de los grupos indígenas

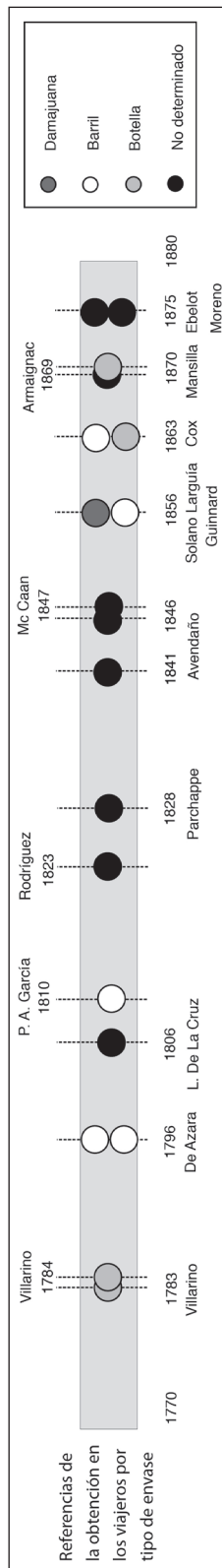


Figura 12. Cronología confeccionada a partir de los relatos de viajeros, científicos, militares y funcionarios que hacen referencia al tipo de envases que contenían las bebidas alcohólicas obtenidas por parte de los grupos indígenas

se hace referencia al pago con bebidas alcohólicas por la liberación de cautivos. Todas están enviadas a la ciudad de Río Cuarto para el padre franciscano Marcos Donati.

Para profundizar estas observaciones es necesario agregar la variable de tipo de envase (botellas o barriles) que contiene a las bebidas alcohólicas obtenidas por los grupos indígenas. La Figura 12 muestra los tipos de envases que contenían las bebidas alcohólicas que detallan los relatos de los viajeros, científicos, funcionarios y/o militares. Se han diferenciado los envases en dos tipos a partir de lo que se podría recuperar en el registro arqueológico: botellas (que remite a los envases hechos de vidrio, como botellas, frasqueras, garrafones y damajuanas) y barriles (que remite a los envases hechos de madera, como barriles, pipas, cuarterolas, bocois, barricas, entre otros).

Se puede observar que los dos tipos de envase, botellas y barriles, se distribuyen de forma homogénea a lo largo de todo el período (1783-1875). Esto significa que el transporte de las bebidas no sería una característica fundamental al momento de elegir el tipo de envase.

Otro factor a tener en cuenta es el tipo de bebidas transportadas. En los relatos de los viajeros, científicos funcionarios y/o militares, se señala que en la gran mayoría de los casos se trata de aguardiente. Analizaremos entonces qué sucede con este tipo de bebida en relación con los tipos de envases que las contienen a partir de los documentos históricos recopilados.

En primer lugar, las solicitudes de guías para el transporte de mercaderías del Archivo Histórico de Mendoza¹⁸ permiten observar que el aguardiente proveniente de esa provincia entre 1814 y 1847 era transportado en barriles de diferentes tamaños. Lo mismo sucedía con el aguardiente transportado desde la provincia de San Luis entre 1819 y 1853, tal como lo muestran las solicitudes de guías del Archivo Histórico de San Luis¹⁹. En el AGN se encuentran las solicitudes de guías de las bebidas alcohólicas transportadas hacia la ciudad de Buenos Aires para el período Colonial²⁰. En este caso, entre 1808 y 1809 también el aguardiente sólo se transporta en barriles.

En segundo lugar, los ingresos de aguardiente a la Aduana de Buenos Aires fueron analizados a partir de los registros provenientes del AGN²¹ y del INDEC²². En el primer caso, el aguardiente ingresa para el período 1803-1808 en barriles, con excepción del año 1804, en el que hay ingreso de garrafones. Para el período 1811-1852²³ también hay registros de aguardiente en barriles. Sin embargo, hay ingreso de aguardiente en botellas (1823, 1824 y 1830), en damajuanas (1814, 1819-1824 y 1830) y frasqueras (1823).

En el caso de los ingresos de la Aduana de Buenos Aires que se encuentran en el INDEC, para el período 1862-1885, el aguardiente se presenta en barriles, en botellas y en damajuanas.

Los tipos de bebidas obtenidas por las comunidades indígenas a partir del Negocio Pacífico de Indios o de la entrega de raciones son variados. Se trata de aguardiente (36%), pero también de ginebra (30%) y vino (26%) e incluso coñac en una oportunidad (Figura 13).

Al observar los tipos de envases que contenían las bebidas que eran entregadas, la variabilidad es casi nula (Figura 14). Sólo en dos de los documentos analizados, los contenedores son barriles. En el resto de ellos se trata siempre de botellas o, en menor medida, de damajuanas.

Anteriormente se analizaron los tipos de envases en los que estaba disponible el aguardiente. El proveniente de la producción interna²⁴ (de las provincias de Mendoza y San Juan) se transportaba solamente en barriles de diferentes tamaños. El aguardiente que entraba por la Aduana de Buenos Aires²⁵ ingresa en barriles, aunque hay algunas pocas excepciones dentro del rango cronológico del NPI, como botellas y damajuanas. Para el período 1862-1885²⁶, el aguardiente ingresa tanto en barriles como en botellas y damajuanas.

El vino que era producido y transportado hacia la ciudad de Buenos Aires para el período 1814-1847 desde Mendoza²⁷ y entre 1819-1853 desde San Luis²⁸ también sólo se presenta en barriles. Lo mismo sucede para los años 1808 y 1809²⁹.

La importación de vino que ingresa por la Aduana de Buenos Aires en el período 1811-1852³⁰ en su amplia mayoría (en 757 documentos de un total de 780) se realiza en barriles de diferentes tamaños (pipas, tercerolas, barricas, medias pipas, entre otras). Sin embargo, también hay registro de botellas (diecisiete documentos), damajuanas (cuatro documentos), garrafones

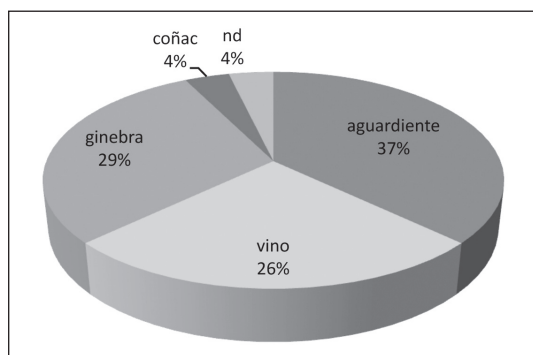


Figura 13. Porcentaje por tipo de bebida alcohólica obtenida por los grupos indígenas como parte del Negocio Pacífico de Indios

(un documento) y limetas (un documento), aunque esto no es revelador al tener en cuenta el total general. La importación de vino en el período 1862-1886³¹ se realiza en botellas y en barriles en igual proporción.

La ginebra era importada para el período 1811-1852³² tanto en barriles como en frascos. Sin embargo, es interesante destacar que, a diferencia del resto de las bebidas, el porcentaje de envases de vidrio alcanza el 27% (49 documentos de un total de 192). Esto también se ve reflejado en el NPI, dado que toda la ginebra entregada está envasada en botellas (Figura 15). A nivel general, este hecho podría estar aumentando la tendencia hacia la entrega de botellas en general.

Los tipos de bebidas que se entregaban en los Tratados de Paz también es variable (Figura 16), aunque el aguardiente conserva un lugar predominante (46%).

Los tipos de envases que contienen a las bebidas alcohólicas (Figura 17) parecen indicar una tendencia hacia el reemplazo de los envases de vidrio por los envases tipo barril. Sin embargo, cuando se relaciona el tipo de bebida con el tipo de envase que lo contiene (Figura 18), observamos que los barriles que aparecen hacia 1870 sólo contienen aguardiente. Por lo tanto, esta podría ser la causa de este supuesto reemplazo. El cambio en los tipos de envases también podría deberse a que los barriles en sus diferentes tamaños pueden contener mayor cantidad de bebida.

Al observar las importaciones de aguardiente en los registros del INDEC³³, a partir de 1870 comienza a aumentar la importación en barriles, que desciende luego hasta estabilizarse hacia 1881.

Prácticas de consumo y descarte de las bebidas alcohólicas desde el registro documental

Para De Certeau (2000), el consumo

tiene como características sus ardidés, su desmoronamiento al capricho de las ocasiones, sus cacerías furtivas, su clandestinidad, su murmullo incansable, en suma una especie de invisibilidad pues no se distingue casi nada por productos propios (¿dónde tendría su lugar?), sino por el arte de utilizar los que le son impuestos (De Certeau 2000: 37-38).

Para acercarse a estas prácticas cotidianas se han analizado los documentos históricos del Archivo de Mendoza y San Luis, el AGN y el AHE. Sin embargo, y debido a que se trata de cosas muy precisas y puntuales, no se ha encontrado ninguna referencia dentro de estos corpus documentales que dieran cuenta de prácticas cotidianas de consumo de bebidas alcohólicas. Por lo tanto, en este apartado sólo se analizará la información procedente de los relatos de viajeros,

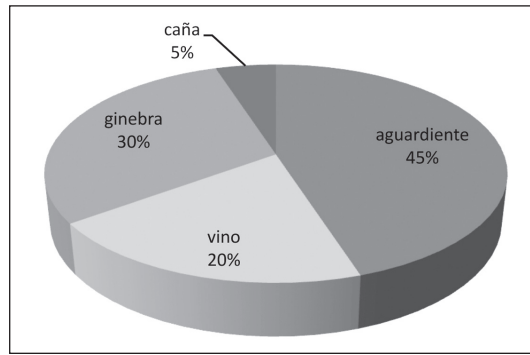


Figura 16. Porcentaje por tipo de bebida alcohólica obtenida por los grupos indígenas como parte de los Tratados de Paz

científicos, funcionarios y/o militares. Esto no significa que las prácticas de consumo que se analizan hayan sido las únicas llevadas a cabo por estos grupos. Por el contrario, las formas de obtención de bebidas registradas por los viajeros no son las únicas ni las más comunes. Al respecto, se encontraron diez citas que hacen referencia al consumo de bebidas alcohólicas y el rango temporal que abarcan es 1810-1870 (Tabla 2 y Figura 19).

Tabla 2. Viajeros, científicos, funcionarios y/o militares que hacen referencia al consumo de bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas

| Año | Viajero | Ruta | Cita |
|-----------|--------------------------|----------------------------------|------------------------|
| 1810 | Pedro Andrés García | Buenos Aires - Salinas Grandes | García (1969) |
| 1829 | Alcide d'Orbigny | Carmen de Patagones | D'Orbigny (1999) |
| 1842-1849 | Santiago Avendaño | | Avendaño (2000) |
| 1856 | Francisco Solano Larguía | Buenos Aires-toldos de Calfucurá | Rojas Lagarde (2007) |
| 1863 | Guillermo Cox | valdivia-Nahuel Huapi (vuelta) | Cox (2005) |
| 1869 | George Chaworth Musters | Punta Arenas-Carmen de Patagones | Musters [1871] (1964) |
| 1870 s/f | Lucio V. Mansilla | Río Cuarto-tolderías ranquelinas | Mansilla [1870] (1948) |

Al observar el tipo de bebidas al que se hace referencia (Figura 20), en todos los casos se trata de aguardiente, excepto en una –la única–, en la que no se hace mención a cuál es la bebida involucrada. Esto sigue la tendencia general que establecimos anteriormente en los relatos de viajeros con respecto a la obtención de bebidas alcohólicas por parte de los grupos indígenas.

Los tipos de envases están detallados en la mitad de las citas analizadas (Figura 21). Se trata siempre de barriles, con la única excepción del relato de Francisco Solano Larguía, que describe

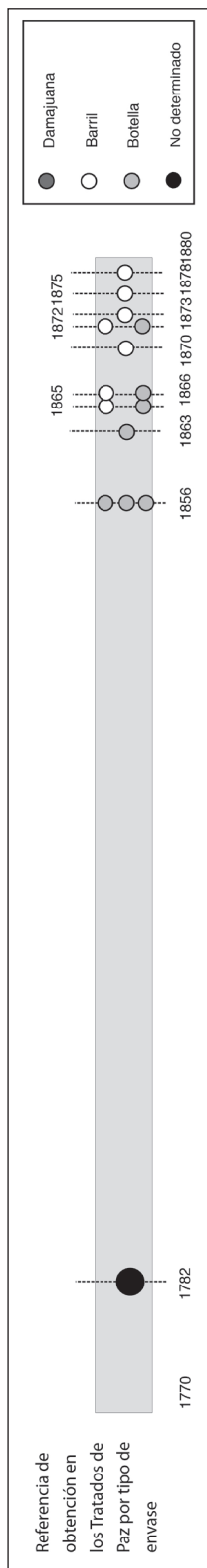


Figura 17. Cronología confeccionada a partir de los Tratados de Paz que hacen referencia al tipo de envase que contenía las bebidas alcohólicas obtenidas por parte de los grupos indígenas

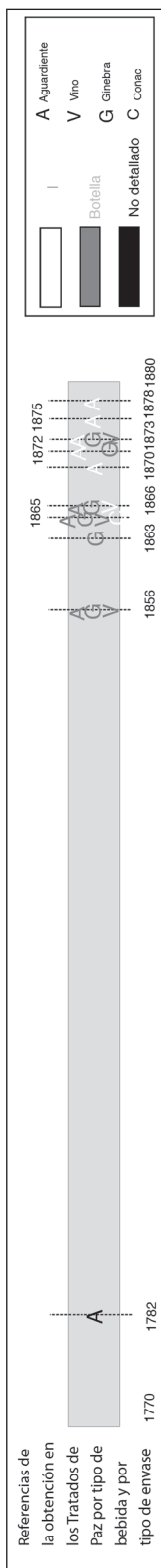


Figura 18. Cronología confeccionada a partir de los Tratados de Paz teniendo en cuenta el tipo de bebidas entregadas y el tipo de envase que contenía las bebidas alcohólicas obtenidas por parte de los grupos indígenas

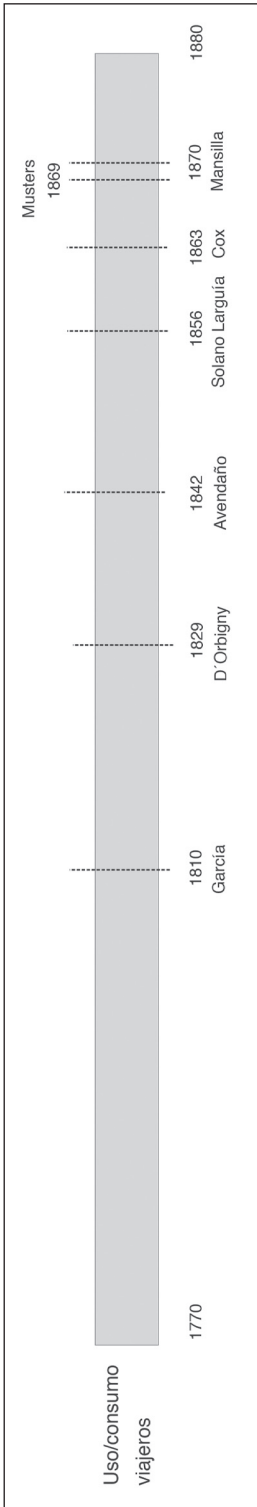


Figura 19. Cronología confeccionada a partir de los relatos de viajeros, científicos, funcionarios y/o militares

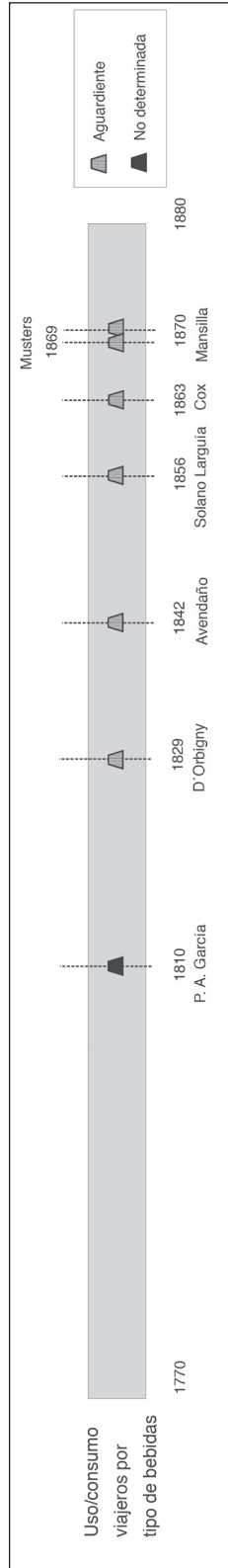


Figura 20. Cronología por tipo de bebida confeccionada a partir de los relatos de viajeros, científicos, funcionarios y/o militares

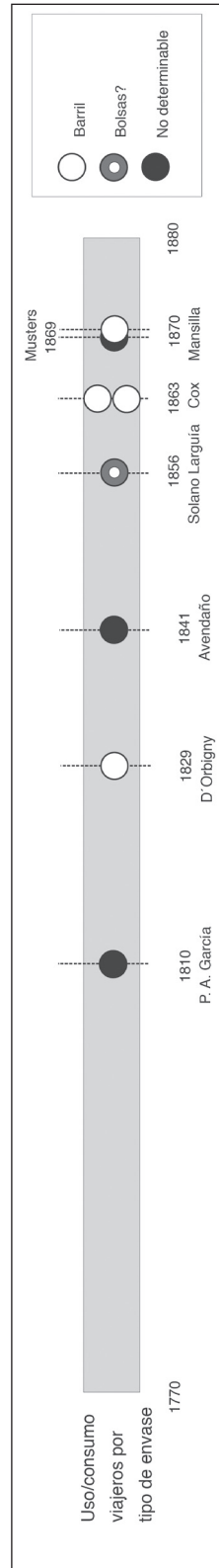


Figura 21. Cronología por tipo de bebida confeccionada a partir de los relatos de viajeros, científicos, funcionarios y/o militares

la fiesta para horadarle las orejas a un niño en los Toldos de Calfucurá en 1856, oportunidad en la cual sus parientes “destriparon tres bolsas de carneas llenas de aguardiente y las distribuyeron [...]” (Rojas Lagarde 2007: 83). Entendemos que se trata de envases realizados con vísceras de algún animal. Existe otro relato que hace referencia al uso de cueros para transporte o almacenamiento de bebidas alcohólicas que realiza Guinnard en 1856 cuando era cautivo entre los Patagones: “Para transportar los licores suelen emplear los cueros de carneros, que saben desollar con mucha maña por el pescuezo, para hacer con ellos odres de donde no puede salir una sóla gota. También se sirven de los pellejos de las piernas de avestruz” (Guinnard s/f: 58-59).

Las prácticas de consumo referidas por los viajeros, científicos y militares se dividieron en cuatro categorías analíticas: ceremoniales, de consuelo, recuerdos y redistribución.

En primer lugar, el consumo de bebidas alcohólicas está asociado al recuerdo de los muertos o de las ofensas recibidas. Pedro Andrés García, en su viaje a las Salinas Grandes, en la provincia de Buenos Aires en 1810, nos relata que “Los efectos de la bebida en el indio son los comunes, pero con una violencia y desafuero extraño: recuerdan los agravios hechos a sus mayores y deudos, y se empeñan en vengarlos en aquel acto [...]” (García 1969: 311).

Por otra parte, Santiago Avendaño (2000), quien estuvo cautivo entre los Ranqueles entre 1842 y 1849 describe que:

Bien, cuando los indios quieren tener un rato alegre es de suma necesidad que haya bebida. Y cuando quieren ver muy de cerca sus penas pasadas y recordar todas sus vicisitudes para llorarlas con lágrimas por tener un corazón muy sensible, precisan también embriagarse. [...] Sabe Dios cómo tuvieron éstos [los indios] deseos de comprar aguardiente, con el cual luego empezaban a acordarse de los muertos en el campo de batalla [...] (Avendaño 2000: 55).

Guillermo Cox observó en 1863, en una toltería sobre el río Limay: “los indios de las tolterías andaban en las cacerías al sur de Limay hacía ya tres meses, y el cacique se consolaba de su ausencia con la compañía de un barril de aguardiente [...]” (Cox 2005: 131).

Las bebidas alcohólicas no producidas por los grupos indígenas también fueron incorporadas en las prácticas de redistribución que realizaban los caciques (Villar y Jiménez 2003; Jiménez 2006). Se recopilaron tres menciones que dan cuenta de esta práctica. La primera de ellas, de 1863, corresponde al viajero Guillermo Cox, quien describe cómo el cacique Huinchahual distribuye en un plato el aguardiente de un barril entre los asistentes. Estos no sólo eran los indios de este cacique, sino que también había invitados de otros toldos vecinos (Cox 2005: 208).

La segunda referencia es del viajero George Chaworth Musters. En 1869, éste se encuentra en la toltería de Zurdo, en el noroeste de la provincia de Santa Cruz³⁴. Allí es testigo de cómo el cacique distribuye aguardiente con un vaso de hojalata entre los presentes (Musters [1871] 1964: 208).

Finalmente, Lucio V. Mansilla, en 1870, observa en las tolterías ranquelinas de Mariano Rosas el reparto de un barril de aguardiente que él le había obsequiado. Para la distribución se fraccionó en botellas, calderas, vasos, copas, etcétera (Mansilla 1948: 93).

En cuanto al uso ceremonial de las bebidas alcohólicas, Alcide d’Orbigny en 1829, en unas tolterías en la margen derecha del río Negro, cerca de Carmen de Patagones, observó al cacique Churlakin en una ceremonia de conjuro del gualicho: “El jefe vertió aguardiente en una conchilla, pero, antes de servirlo, tomó un poco con los dedos y los elevó arriba de la cabeza, sacudiéndolos para conjurar al espíritu del mal de no hacer daño [...]” (D’Orbigny 1999: 313).

La siguiente cita es del maestro Francisco Solano Largaía, quien observa en los toldos de Calfucurá en 1856 la ceremonia de horadación de las orejas de un niño: “el abuelo, padres y tíos del chico destriparon tres bolsas de carneas llenas de aguardiente y las distribuyeron entre los hombres sin excepción muchachos de seis a 8 años circulaban con frecuencia fuentes, platos y cuernos llenos de aguardiente y principió la gran borrachera” (Rojas Lagarde 2007: 83).

Las dos últimas referencias son de Guillermo Cox. Él observó dos ceremonias en las tolderías de Huincahual en 1863. La primera de ellas fue la apertura del barril de aguardiente que le llevó de regalo el viajero. En una exquisita descripción, Cox relata “Huincahual salpicó con aguardiente los mangos de las lanzas, y lanzó algunas gotas en la dirección del este hablando entre dientes. Cada uno de los asistentes hizo lo mismo, y enseguida, habiendo bebido lo que sobraba en los cachos, se volvieron a los toldos [...]” (Cox 2005: 207).

En la otra mención detalló una ceremonia anual en la que se sacrificaban un potrillo y un cordero al gualicho: “La ceremonia se celebra del modo siguiente: degüellan a los animales en las orillas del río, los rellenan con pasto nuevo de la pampa, hierba mate, azúcar, aguardiente si hay, en fin, con todo aquello que más le agrada [...]” (Cox 2005: 227).

Por otra parte, las maneras de descarte de los envases de bebidas alcohólicas no han sido descriptas por los viajeros en forma directa ni están presentes en los documentos históricos que se analizaron. Por lo tanto, se tienen en cuenta algunas referencias sobre los lugares de consumo de las bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas, como una forma indirecta de poder reconstruir el descarte de los envases. El lugar de consumo no implica necesariamente el lugar de descarte de los recipientes, pero permite aproximarnos a los posibles lugares de descarte. Habrían existido prácticas de reuso de los objetos de vidrio que escindirían el lugar de consumo primario del área de descarte. El total de menciones es de seis y abarca el rango temporal 1810-1870 (Tabla 3).

Tabla 3. Viajeros, científicos, funcionarios y/o militares que hacen referencia a los lugares de consumo de bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas

| Año | Viajero | Ruta | Cita |
|-----------|---------------------|----------------------------------|------------------------|
| 1810 | Pedro Andrés García | Buenos Aires - Salinas Grandes | García (1969) |
| 1842-1849 | Santiago Avendaño | | Avendaño (2000) |
| 1863 | Guillermo Cox | Valdivia-Nahuel Huapi (vuelta) | Cox (2005) |
| 1870 | Lucio V. Mansilla | Río Cuarto-tolderías ranquelinas | Mansilla [1870] (1948) |

Pedro Andrés García, en su viaje a las Salinas Grandes (provincia de Buenos Aires) en 1810 se encuentra con los caciques Antiman y Caluqueo a su arribo a la laguna de Salinas. Allí intercambian “tejidos y peleterías” por yerba, tabaco y bebida. Ésta fue consumida en el lugar hasta que se acabó (García 1969: 330).

Todas las otras menciones –diez referencias– señalan el consumo de bebidas alcohólicas en las tolderías.

CONCLUSIONES

Desde el registro arqueológico, se analizó la información proveniente de los sitios Arroyo Nieves 2 y Don Isidoro 2. En el primer sitio, en un trabajo publicado por Pedrotta y Bagaloni (2007) se analiza la presencia de prácticas de reuso de los recipientes de bebidas alcohólicas como

el ciclaje lateral, el uso secundario y el reciclaje (Schiffer 1987). A partir del análisis morfológico funcional de los fragmentos vítreos, las autoras encuentran que es posible que haya habido tanto ciclaje lateral como uso secundario, pero hasta el momento el reciclaje no es probable.

El material vítreo proveniente del sitio Don Isidoro 2 fue analizado en mi Tesis de Licenciatura (Pineau 2010). Con la información obtenida, se observó la presencia de prácticas de reuso, como el ciclaje lateral, y el posible uso secundario de algunos picos de botella. Sin embargo, la presencia de reciclaje de fragmentos vítreos es poco probable, a pesar de que algunos fragmentos presentan un lascado continuo (aunque no se ha determinado aún que éste fuera intencional).

Finalmente, no se observaron prácticas de descarte en el sitio Arroyo Nieves 2, dado que se formó por el transporte fluvial y la depositación en masa de sus materiales. En el sitio Don Isidoro 2 fue posible determinar prácticas de descarte. Se trata de un fogón que ha sido usado como basural en algunos de sus episodios de encendido y apagado. En cuatro de las dieciséis lentes, que se corresponden con tres episodios, fue recuperado material vítreo.

A lo largo del período abarcado en este trabajo se observa, desde el análisis de la información proveniente de los documentos escritos, que la obtención de bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas que habitaban la Frontera Sur fue constante, fluida y de forma regular.

Sin embargo, es necesario hacer algunas observaciones teniendo en cuenta los tipos de bebidas obtenidas. En primer lugar, con respecto a la información recuperada de los relatos de viajeros, científicos, funcionarios y/o militares, es notable que el aguardiente sea prácticamente el único tipo de bebida observado en la mayoría de los relatos (Figura 22). Al analizar esto a la luz de los documentos escritos, concluimos que durante todo el período cronológico estaban disponibles otros tipos de bebidas alcohólicas, como vino o ginebra. Un hecho que podría explicar la elección del aguardiente producido internamente es que para 1836 la Ley de Aduanas prohibió las importaciones que perjudicaban a la industria del país y aranceló fuertemente a los vinos y aguardientes importados, aumentando sus costos de obtención (Cicerchia 2006: 75).

En segundo lugar, los tipos de bebidas alcohólicas que obtenían a consecuencia del NPI y de los Tratados de Paz son, por el contrario, muy variados (Figura 6 y 10). En ambos casos hay presencia de aguardiente, pero también de vino y ginebra a lo largo del período 1826 y 1878.

La variabilidad en los tipos de bebidas que se entregó es significativa, porque solamente se observa en los documentos que se corresponden con políticas públicas llevadas a cabo con los indígenas, es decir, el Negocio Pacífico de Indios y los Tratados de Paz. Además, si bien el vino y el aguardiente también son de producción nacional (en las provincias de Mendoza y San Juan), la entrega de ginebra en forma regular implicó necesariamente la importación de esta bebida alcohólica para su distribución, ya que no era un producto nacional. Más aún si observamos que, según los datos relevados en el INDEC, la cantidad de ginebra importada desciende bruscamente luego de 1880. Esto podría deberse a que ya no era necesario importarla para cumplir con las obligaciones con las comunidades indígenas.

En síntesis, es destacable que los viajeros, científicos, funcionarios y/o militares, en su gran mayoría, sólo transportan aguardiente hacia el interior del área de frontera. Esto puede deberse a que, como era de producción interna, habría estado más accesible para la compra. Otro hecho interesante es que el tipo de envases no parece ser una variable determinante al momento de la elección. Es decir, se transportan las bebidas tanto en envases de vidrio (lo que implica cantidades más pequeñas) como en envases de madera.

Como destacamos previamente, la obtención de bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas fue usual y continua. Más aún si se incluye en el análisis la frecuencia de entrega propuesta en los Tratados de Paz, en los que se establece, para el 93% de los casos, una regularidad de abastecimiento de entre tres y seis meses (Figura 9).

Los tipos de bebidas entregadas son varios (aguardiente, vino, ginebra, cerveza), tanto para el NPI como para los Tratados de Paz, pero sólo se menciona la obtención de aguardiente en los relatos de viajeros, científicos, funcionarios y/o militares analizados.

Los tipos de envases que contienen esas bebidas tampoco presentan una distribución homogénea en los tres corpus documentales consultados. En el caso de los relatos de los viajeros, científicos, funcionarios y/o militares se observa que tanto los envases de vidrio (botellas, damajuanas y frasqueras) como los de madera (barriles en sus diferentes tipos y tamaños) están presentes a lo largo de todo el período de análisis. En el NPI, los tipos de envases son mayormente botellas, mientras que para los Tratados de Paz se observa un reemplazo de las botellas por los barriles a partir de 1870. Por lo tanto, con la información analizada aún no se pueden determinar indicadores cronológicos relativos sólo a través de los tipos de bebidas y los tipos de envases.

A fin de ampliar lo observado hasta el momento, se incluyeron las formas de consumo de las bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas. En el caso de los tipos de envases, al observar las prácticas de obtención y consumo, se puede concluir que existe una tendencia hacia el uso más habitual de barriles con respecto a los envases de vidrio, como las botellas o las damajuanas (Figura 23). En este sentido, es interesante destacar que los envases de madera raramente son recuperados en el registro arqueológico debido a la dificultad de su conservación, por ello se considera que la presencia de bebidas alcohólicas en los sitios arqueológicos de la Frontera del Sur para el siglo XIX se encuentra subestimada si sólo se tienen en cuenta los envases de vidrio.

Las prácticas de consumo (De Certeau 2000) fueron divididas de manera analítica en cuatro grupos: ceremonias, consuelo, recuerdos y redistribución. Esto no significa que éstas hayan sido las únicas prácticas en las que se vieron involucradas bebidas alcohólicas, sino que permite ampliar los contextos de uso de éstas.

El consumo de bebidas alcohólicas en un contexto ceremonial está registrado también para bebidas producidas por las comunidades indígenas como las chichas de maíz o de algarroba. Santiago Avendaño, quien permaneció cautivo entre los indios ranqueles entre 1842 y 1849, relata la fabricación y el consumo de estas bebidas en varias ceremonias (Avendaño 2000).

El consumo de bebidas producidas por los grupos indígenas en contextos de consuelo o de recuerdo no se ha encontrado aún en la documentación histórica analizada. Sin embargo, a modo de conjetura, se puede suponer que los contextos de consumo de las bebidas se ampliaron como consecuencia de la introducción de las bebidas alcohólicas no producidas por las comunidades indígenas. Esto se debería a que las nuevas bebidas podían ser almacenadas y consumidas en otro momento, ya que no se avinagraban (Villar y Jiménez 2003; Cox 2005).

El total de documentos históricos relevados en los archivos detallados previamente, así como los relatos de viajeros, científicos y militares no dan cuenta del descarte de los contenedores de bebidas alcohólicas, tanto de vidrio como de madera. Al respecto, se han analizado entonces los lugares de consumo, sin que ello implique necesariamente que estos sean los lugares de descarte. Más aún si se incluye en la discusión el ciclaje lateral que implica el rellenado de los envases. A modo de síntesis, se puede afirmar que el consumo se daba en las tolderías, con una excepción en el relato de García (1969), que observa el consumo de bebidas en el lugar en el que son obtenidas, en este caso, a la vera de una laguna en la provincia de Buenos Aires.

Finalmente, teniendo en cuenta todo el material analizado, tanto documental como arqueológico, no es posible afirmar que el tipo de bebidas alcohólicas presentes ni el tipo de envases que las contenían pueda ser tomado como única variable para determinar una cronología relativa de los sitios arqueológicos en los que se observa la presencia de bebidas alcohólicas.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo fue parte de la investigación realizada para mi Tesis de Doctorado, financiada con los proyectos Ubacyt F187 y F095 y con becas tipo I y tipo II del CONICET. La dirección de la tesis estuvo a cargo de la Dra. Alicia Tapia, a quien le agradezco su acompañamiento de

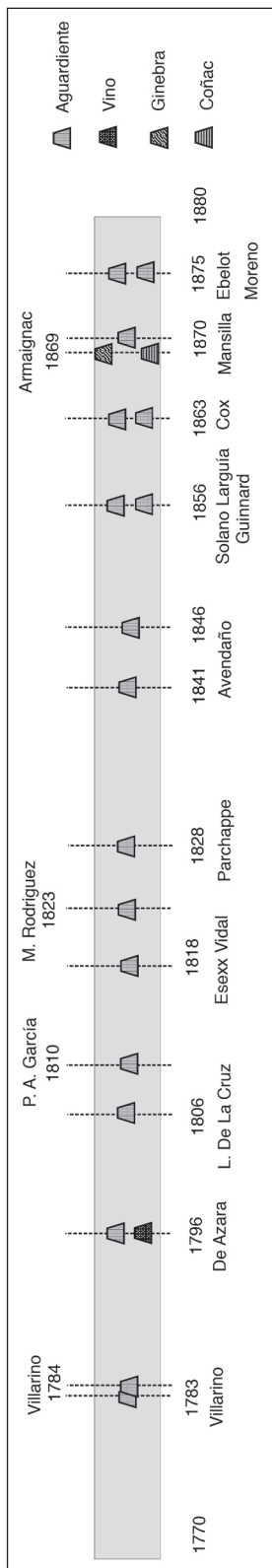


Figura 22. Cronología por tipo de bebida confeccionada a partir de los relatos de viajeros, científicos, funcionarios y/o militares que hacen referencia a la obtención y al consumo de bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas

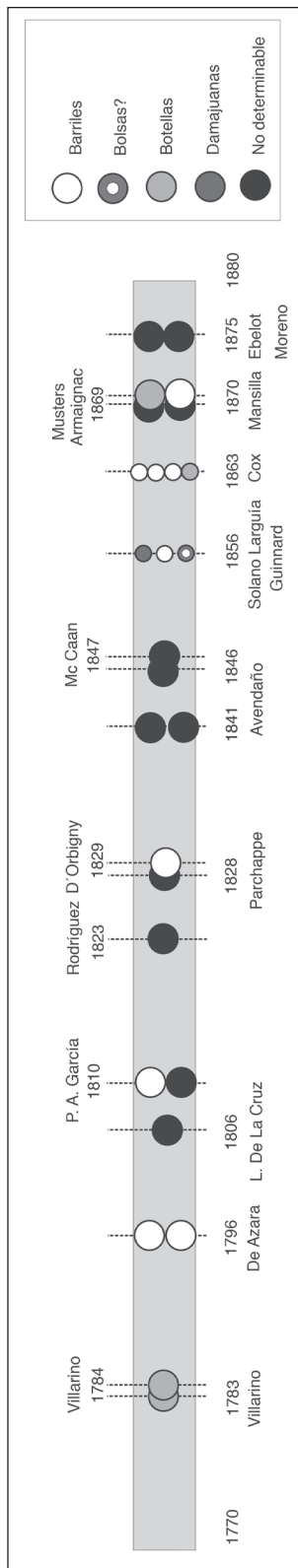


Figura 23. Cronología por tipo de envase confeccionada a partir de los relatos de viajeros, científicos, funcionarios y/o militares que hacen referencia a la obtención y al uso/consumo de bebidas alcohólicas por parte de las comunidades indígenas

estos años. También quiero agradecer a mis compañeros de equipo, Carlos Landa y Emanuel Montanari. A Damián Bozzuto y Mara Basile, que han leído versiones de este manuscrito. Todo lo vertido en él es de mi responsabilidad.

NOTAS

- ¹ El total de relatos o diarios de viajeros analizados para este trabajo es de 63. Sin embargo, sólo en 35 de ellos se observaron detalles de las prácticas estudiadas en este trabajo.
- ² Archivo General de la Nación: Sala III (Negocio Pacífico de Indios, Rendición de Cuentas, 1835-1839 y 1840-1859, Rendición de cuentas de fortines). Sala IX (Diario de José Santiago de Cerro y Zamudio, Diario de Justo Molina, Aduana, Guías). Sala X (Aduana Período Independiente, Capitanía del Puerto 1823-1861, Comandancia. Guerra-Almacenes, Guerra-Frontera Sur de Buenos Aires, Provisiones del ejército, Indios.
Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba: Gobierno 1829, Gobierno 1860, Gobierno 1861.
Archivo Histórico de la Provincia de Mendoza: Época Independiente, Sección Gobierno. Época Independiente, Sección Hacienda.
Archivo Histórico de la Provincia de San Luis: Expedientes civiles.
Instituto Nacional de Estadísticas y Censos: estadísticas de la Aduana de Buenos Aires. Período 1862-1885.
Archivo Histórico del Ejército: Colección Frontera contra el indio 1832-1884. Colección Frontera Costa Sud 1860-1884.
- ³ AGN Sala IX Aduana. Entradas y Salidas 1802-1805.
- ⁴ AGN Sala X Aduana. Entradas de mercaderías 1811-1853.
- ⁵ Estadísticas de la Aduana de Buenos Aires. Período 1862-1885 INDEC.
- ⁶ AGN Sala IX, Aduana, Guías 1806-1809.
- ⁷ AHM Época Independiente. Sección Hacienda.
- ⁸ AGN Sala III 17-8-5 y 17-8-6 Negocio Pacífico con los indios. Rendición de cuentas y Sala X 43-7-3 Indios.
- ⁹ AGN Sala III 17-8-5.
- ¹⁰ AGN Sala III 17-8-6 y 17-8-7. Negocio Pacífico de Indios. Rendición de cuentas.
- ¹¹ AGN Sala III 17-8-6 y 17-8-7. Negocio Pacífico de Indios. Rendición de cuentas.
- ¹² 56 conjuntos de documentos ubicados en Sala III 17-8-5 y 22 en Sala III 17-8-6.
- ¹³ AGN Sala X 43-7-3 Indios.
- ¹⁴ AGN Sala X 43-7-3 Indios.
- ¹⁵ AGN Sala X 43-7-3 Indios.
- ¹⁶ AGN Sala III 17-8-6.
- ¹⁷ La única excepción es el Tratado de Paz de 1782 firmado con Lorenzo Cayupulqui en el que se entrega como regalo aguardiente, entre otras mercaderías, por única vez (Levaggi 2000:127-128).
- ¹⁸ AHM Época Independiente, Solicitud de guía, Carpetas 331 a 342).
- ¹⁹ AHSL Expedientes civiles, Solicitud de guía, Expedientes civiles Carpetas 26, 28, 30, 33, 37, 41, 43, 48, 51, 59, 65, 69, 75, 79, 83, 85, 97, 101, 121 y 133.
- ²⁰ AGN Sala IX Guías 1806-1809 10-3-10.
- ²¹ AGN Sala IX 10-3-10, 10-4-7, 10-5-1 y 4-10-8.
- ²² Estadísticas de la Aduana de Buenos Aires. Período 1862-1885 INDEC.
- ²³ AGN Sala X. Aduana.
- ²⁴ AHM Época Independiente, Solicitud de guía, Carpetas 331 a 342; AHSL Expedientes civiles, Solicitud de guía, Expedientes civiles Carpetas 26, 28, 30, 33, 37, 41, 43, 48, 51, 59, 65, 69, 75, 79, 83, 85, 97, 101, 121 y 133 y AGN Sala IX Guías 1806-1809 10-3-10.
- ²⁵ AGN Sala IX 10-3-10, 10-4-7, 10-5-1 y 4-10-8. AGN Sala X Aduana.
- ²⁶ Estadísticas de la Aduana de Buenos Aires. Período 1862-1885.
- ²⁷ AHM Época Independiente, Solicitud de guía, Carpetas 331 a 342
- ²⁸ AHSL Expedientes civiles, Solicitud de guía, Expedientes civiles Carpetas 26, 28, 30, 33, 37, 41, 43, 48, 51, 59, 65, 69, 75, 79, 83, 85, 97, 101, 121 y 133.
- ²⁹ AGN Sala IX Guías 1806-1809 10-3-10.

- ³⁰ AGN Sala X. Aduana.
³¹ Estadísticas de la Aduana de Buenos Aires. Período 1862-1885 INDEC
³² AGN Sala X. Aduana
³³ Estadísticas de la Aduana de Buenos Aires. Período 1862-1885 INDEC
³⁴ Si bien se trata de una cita fuera del área de la Frontera Sur, es interesante como otro ejemplo de prácticas de redistribución entre los grupos indígenas.

BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai, A.
1991. *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México, Grijalbo.
- Armaignac, H.
1974. *Viajes por las pampas argentinas. Cacerías en el Quequén Grande y otras andanzas. 1869-1874*. Buenos Aires, Eudeba.
- Avendaño, S.
2000. *Usos y costumbres de los indios de La Pampa*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.
2004. *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño (1834-1874)*. Recopilación de P. Meinrado Hux. Buenos Aires, El Elefante Blanco.
- Boccara, G.
2002. Colonización, resistencia y etnogénesis en las fronteras americanas. En G. Boccara (ed.), *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (Siglos XVI-XX)*: 47-82. Lima-Quito, Abya-Yala. Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Casamiquela, R.
1978. Temas patagónicos de interés arqueológico. III La técnica de la talla del vidrio. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XII*: 213-223.
- Cicerchia, R.
2006. *Historia de la vida privada en la Argentina. Cuyo. Entre el Atlántico y el Pacífico*, vol. IV. Buenos Aires, Troquel.
- Corcuera de Mancera, S.
1994. *Del amor al temor. Borrachez, catequesis y control en la Nueva España (1555-1771)*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Cox, G.
2005. *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia 1862-1863*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.
- Curto, J.
2004. *Enslaving spirits. The Portuguese-Brazilian alcohol trade at Luanda and its hinterland, ca. 1550-1830*. Leiden, Brill.
- Curto, J. y P. Lovejoy (eds.)
2004. *Enslaving connections. Changing cultures of Africa and Brazil during the era of slavery*. Nueva York, Prometheus.
- De Ázara, F.
1969. Diario de un reconocimiento de las guardias y fortines que guarnecen la línea de frontera de Buenos Aires para ensancharla. En P. de Angelis, *Colección de Obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. Tomo 8° A: 101-169. Buenos Aires, Plus Ultra.

De Certeau, M.

2000. *La invención de lo cotidiano*. México, Universidad Iberoamericana.

De la Cruz, L.

1969. Viaje a su costa del alcalde provincial del muy ilustre Cabildo de la Concepción de Chile Don Luis de la Cruz. En P. De Angelis, *Colección de Obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. Buenos Aires, Tomo 2do.: 7-385. Buenos Aires, Plus Ultra.

D'Orbigny, A.

1999. *Viaje por América meridional II*. Buenos Aires, Emecé.

Ébélot, A.

2008. *Adolfo Alsina y la ocupación del desierto. Relatos de la frontera*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

Essex Vidal, E.

1999. *Buenos Aires y Montevideo*. Buenos Aires, Emecé.

Falkner, T.

1969. Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes, etcétera. En P. De Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, Tomo 2do.: 639-755. Buenos Aires, Plus Ultra.

García, P.

1969. Viaje a Salinas Grandes. En P. De Angelis, *Colección de Obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. Tomo 4to.: 239-391. Buenos Aires, Plus Ultra.

García Canclini, N.

1997. *Ideología, cultura y poder*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Serie Cursos y Conferencias.

Gómez Romero, F.

2007. *Se presume culpable. Una arqueología de gauchos, fortines y tecnologías de poder en las Pampas Argentinas del siglo XIX*, Buenos Aires, De los Cuatro Vientos.

Gómez Romero, F. y V. Pedrotta

1998. Consideraciones teórico-metodológicas acerca de una disciplina emergente en Argentina: la arqueología histórica. *Arqueología* 8: 29-56.

Grange, R.

1997. The Pawnee and the impact of euro-american cultures: three centuries of contact and change. *Revista de Arqueología Americana* 12: 87-111.

Guinnard, A. M.

(s/f). *Tres años de cautividad entre los patagones*. Buenos Aires, Eudeba.

Head, L. y R. Fullagar

1997. Hunter-gatherer archaeology and pastoral contact: perspectives from the Northwest Northern territory, Australia. *World archaeology Culture Contact and colonialism* 28 (3): 418-428.

Jackson Squella, D.

1991a. Raspadores de vidrio en Dinamarquero: reflejo de una encrucijada cultural. *Anales del Instituto de la Patagonia*. Serie Ciencias Sociales 20: 57-67.

- 1991b. Los instrumentos de vidrio de Cuarto Chorrillo, costa de Bahía Santiago, estrecho de Magallanes. *Anales del Instituto de la Patagonia*. Serie Ciencias Sociales 20: 69-74.
1999. Raspadores de vidrio en un asentamiento aonikenk en el Valle del Zurdo, zona central de Magallanes. *Anales del Instituto de la Patagonia*. Serie Ciencias Sociales 27:175-181.
- Jiménez, J.
2006. El sino de un “corsario”. LLanketruz. En R. Mandrini (ed.), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*: 75-93. Buenos Aires, Taurus.
- Johnson, M.
1996. *An archaeology of Capitalism*. Oxford, Blackwell Publish.
- Latour, B.
2008. *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires, Manantial.
- Levaggi, A.
2000. *Paz en la frontera. Historia de las relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (Siglos XVI-XIX)*. Buenos Aires, Universidad del Museo Social Argentino.
- Long, J. (coord.)
2003. *Conquista y comida. Consecuencias del encuentro de dos mundos*. México, Universidad Autónoma de México.
- Mac Cann, W.
2001. *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires, Taurus.
- Mandrini, R.
1997. Las fronteras y la sociedad indígena en el ámbito pampeano. *Anuario IEHS* 12: 23-34.
- Mandrini, R. y S. Ortelli
2006. Las fronteras del Sur. En R. Mandrini (ed), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*: 21-42. Buenos Aires, Taurus.
- Mansilla, L. V.
[1870] 1948. *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Tor.
- Martínez Perea, M. E.
1996. *Mendoza, siglos XVIII y XIX. Un modelo de regionalización en el Pacífico Sur*. Mendoza, Junta de Estudios Históricos de Mendoza.
- Mayo, C., J. Miranda y L. Cabrejas
1996. Anatomía de la pulpería porteña. En C. Mayo (dir.), *Pulperos y pulperías de Buenos Aires 1740-1830*: 43-75. Mar del Plata, Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Meskill, L.
2005. Introduction: object orientations. En L. Meskill (ed.) *Archaeologies of Materiality*: 1-17. Oxford, Blackwell.
- Miers, J.
1968. *Viaje al Plata 1819-1824*. Buenos Aires, Solar/ Hachette.
- Miller, D.
2005. Introduction. En D. Miller (ed.), *Materiality*: 1-50. Durham, Duke University Press.
- Mills, B. y W. Walker
2008. Introduction. Memory, Materiality, and Depositional Practice. En Mills B y W Walker (eds.),

Memory Work. Archaeologies of Material Practices: 3-23. Santa Fe, School for Advanced Research Press.

Moreno, E. (recop.)

2004. *Reminiscencias del Perito Moreno*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

Musters, G.

[1871] 1964. *Vida entre los patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el estrecho de Magallanes hasta el Río Negro*. Buenos Aires, Solar/Hachette.

Orser, C.

1996. *A historical archaeology of the Modern World*. Nueva York, Plenum Press.

2007. La promesa de una arqueología del mundo moderno en América del Sur, con especial referencia a Argentina. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 1: 11-28.

Pedrotta, V.

2005. Las sociedades indígenas del centro de la provincia de Buenos Aires entre los siglos XVI y XIX. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Pedrotta, V. y V. Bagaloni

2007. Bebidas, comidas, remedios y “vicios”. Las prácticas de uso y descarte de recipientes de vidrio por los “indios amigos” de la Frontera Sur (Siglo XIX). En C. Bayón, A. Pupio, M. González, N. Flegenheimer y M. Frère (eds.), *Arqueología en las pampas*, Tomo II: 815-834. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Pertulla, T.

1994. Material culture of the Koasati indians of Texas. *Historical Archaeology* 28 (1): 65-77.

Pineau, V.

2010. Esto no es soplar y hacer botellas. Precisando la cronología de un sitio ranquel a través de los fragmentos vítreos. En A. Tapia (ed.), *De ranqueles, militares y religiosos en el Mamül Mapu. Enfoque Arqueológico y Etnohistórico*: 5-109. Publicación digital. Ediciones de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. ISBN 978-987-1450-74-9

2011. *Las bebidas alcohólicas en las relaciones entre aborígenes y militares. Análisis arqueológico en la Frontera del Sur Argentina – Siglos XVIII-XIX*. Saarbrücken. Editorial Académica Española.

Pineau, V. y M. V. Lois

2005. Fragmentos vítreos en un fogón ranquel del siglo XIX. Una explicación posible a su uso y alteraciones. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo 4: 219-224. Córdoba, Brujas.

Ratto, S.

1994. El “negocio pacífico de los indios”: La frontera bonaerense durante el gobierno de Rosas. *Siglo XIX. Revista de Historia* 15: 25-47.

Rocchietti, A.

2007. Arqueología de la Frontera. En A. Rocchietti y M. Tamagnini (comps.), *Arqueología de la frontera. Estudios sobre los campos del sur cordobés*: 221-302. Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Rodríguez, M.

1969. *Diario de la expedición al desierto*. Buenos Aires, Sudestada.

Rojas Lagarde, J. L.

2007. “Viejito porteño”. *Un maestro en el Toldo de Calfucurá*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

Schiffer, M.

1987. *Formation processes of the archaeological record*. Albuquerque, New Mexico Press.

Tamagnini, M.

1995. *Cartas de frontera. Los documentos del conflicto interétnico*. Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto. Facultad de Ciencias Humanas.

Tapia, A.

2003. Relaciones interétnicas y cambio cultural en la frontera al sur del Río Cuarto. Perspectiva arqueológica. En M. Ramos y E. Néspolo (eds.), *Signos en el tiempo y rastros en la tierra. III Jornadas de Arqueología e Historia de las regiones pampeana y patagónica: 272-282*. Luján, Universidad Nacional de Luján.

Villar, D. y J. Jiménez

2003. Un ángel disimulado. Aucan y poder entre los corsarios de Mamil Mapu (segunda mitad del siglo XVIII). *Nouveau Monde, Mondes Nouveaux*. <http://nuevomundo.revues.org/656>

Villarino, B.

1969. Diario de la Navegación emprendida en 1781 desde el Río Negro para reconocer la Bahía de Todos los Santos, las Islas del Buen Suceso y el desagüe del Río Colorado. En P. De Angelis, *Colección de Obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, Tomo 8vo. B: 641-700. Buenos Aires, Plus Ultra.

Willis, J.

2002. *Potent Brews: a Social History of alcohol in East Africa, 1850-1999*. Ohio, Ohio University Press.

Zeballos, E.

2002. *Viaje al país de los araucanos*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

OCUPACIONES HUMANAS EN LA PLANICIE ÁRIDA NORESTE DE MENDOZA: ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS EN EL PALEOCAUCE CENTRAL (PC4)

Horacio Daniel Chiavazza*

Fecha de recepción: 05 de noviembre de 2011

Fecha de aceptación: 01 de agosto de 2012

RESUMEN

Investigaciones arqueológicas orientadas a partir del análisis de la variabilidad de escenarios dados por rasgos del árido paisaje de la llanura NE de Mendoza (cauces, paleocauces, lagunas, charcas y campos de médanos) permitieron comprobar un intenso proceso ocupacional. Mediante prospecciones sistemáticas, excavaciones y análisis de materiales arqueológicos se conoció la antigüedad del poblamiento de la inédita zona, como así también las características de la subsistencia, para proponer un posible patrón de asentamiento de sociedades que se definen como pescadoras, cazadoras y recolectoras durante los últimos 2000 a 3000 años AP. Los registros sugieren tempranas adaptaciones a ambientes de humedal en un entorno de cauce activo donde actualmente no existe disponibilidad de agua, sucedidas por ocupaciones discretas en campamentos, orientadas a la captura de fauna menor, recolección y caza respectivamente. Se presentan las tendencias generales comparadas de los registros materiales procedentes del sector denominado Paleocauce Central número 4 en la Llanura de la Travesía del NE de Mendoza.

Palabras clave: registro superficial – paleocauces – zonas áridas – adaptaciones – asentamiento.

HUMAN SETTLEMENT IN THE ARID NORTHEASTERN MENDOZA PLAIN: ARCHAEOLOGICAL STUDIES IN THE CENTRAL PALEOCHANNEL (PC4)

ABSTRACT

We have tested by archaeological research an intense process of human settlement in northeast of Mendoza. We worked on channels, paleo riverbed, lakes, ponds and fields of sand

* Profesor Titular Ambiente y Cultura en América Prehispánica, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina. E-mail: hchiavazza@gmail.com

dune. We have done systematic prospections, excavations and analysis of archaeological material and we have dated ancient settlement of untold region. As well the subsistence characteristics let us to propose an hypothetical patron of settlement of societies defined as fisher, hunter and collector during last 3000 years. The data suggest early adaptations to wetland environment on active channels where, where at the moment the water is not available. We define the presence of discreet occupations in campings, oriented to the capture of minor fauna, collectors and hunting respectively. We present the general tendencies of the material record recovered of the denominated sector Central Paleocauce number 4 in the "Llanura Oriental" (Mendoza-Argentina).

Keywords: superficial archaeological record – paleo riverbed – arid zones – adaptations – settlement.

INTRODUCCIÓN

El registro arqueológico del sector NE de la planicie árida de la provincia de Mendoza¹ (Argentina) se analiza con el fin de explicar procesos de ocupación y adaptación humana en zonas áridas, dando cuenta a su vez de contextos ambientales que variaron a lo largo del tiempo. Esto resulta de interés para explicar el mantenimiento o el reemplazo de ciertos modos de producción en el proceso o la variabilidad de dichos contextos, que coexistieron en diferentes áreas de la unidad geomorfológica de la llanura (González Díaz y Fauqué 1993).

El análisis del proceso prehispánico cazador-recolector hacia el agroalfarero y agrícola-ganadero es una constante en la arqueología local (Schobinger 1975; Durán y García 1989; García 1992; Bárcena 1998; Lagiglia 2002, por citar algunos ejemplos). Recientemente hemos puesto en consideración datos que evidencian un *continuum* de caza-recolección, que en las tierras bajas del NE enfatizó el trabajo en la pesca y captura de fauna menor dentro de un proceso de complejidad social emergente². Las posibles bases de una incipiente horticultura se manifiestan en el registro arqueobotánico muy tenue y acotadamente, unos *ca.* 1000 años AP en sectores específicos de valles y precordillera pero no en la planicie (Chiavazza 1999; Mafferra 2009). Estos se diluyen hacia los *ca.* 500 años AP, y se reimpulsan luego, al amparo de las dominaciones coloniales estatales incaica (*ca.* 1480, según documentación) e hispana (*ca.* 1540-1560) (Parisii 1994; Chiavazza 1999, 2007; Chiavazza y Mafferra 2007). Los registros arqueobotánicos (Chiavazza y Mafferra 2007; Mafferra 2009) y valores isotópicos en huesos humanos (Gil *et al.* 2008) dirigen la interpretación del proceso en esta línea, y llevan a atender un posible límite meridional del desarrollo de un modo de producción con base económica agrícola hacia el centro sur de la vecina provincia de San Juan (de acuerdo con evidencias presentadas para los valles de Iglesia y Zonda por Damiani [2002] y García *et al.* [2008] respectivamente). Bajo este enfoque se presentarán los resultados generales del estudio arqueológico del sector correspondiente al Paleocauce Central 4 (en adelante, PC4) de la planicie NE mendocina (Figura 1).

Características generales del área de estudio

La llanura o planicie NE de Mendoza se caracteriza por bajos índices de precipitación (promedio -100 mm), altas temperaturas (hasta +40° C), fuerte insolación y un consecuente déficit hídrico anual permanente (Bagnouls y Gausson 1957; Álvarez *et al.* 2006), lo que genera una fluctuante disponibilidad y localización de acuíferos. De acuerdo con una tipificación de unidades del paisaje y sus recursos, se postula que variaciones climáticas durante el Holoceno tardío habrían generado cauces, lagunas y encharcamientos en un territorio con extensos campos de médanos en la cuenca occidental de alimentación de los ríos (Abraham y Prieto 1981; Chiavazza 1999, 2001). El sector central del tramo N de la "Llanura Oriental" (Rodríguez y Barton 1993) se denominó

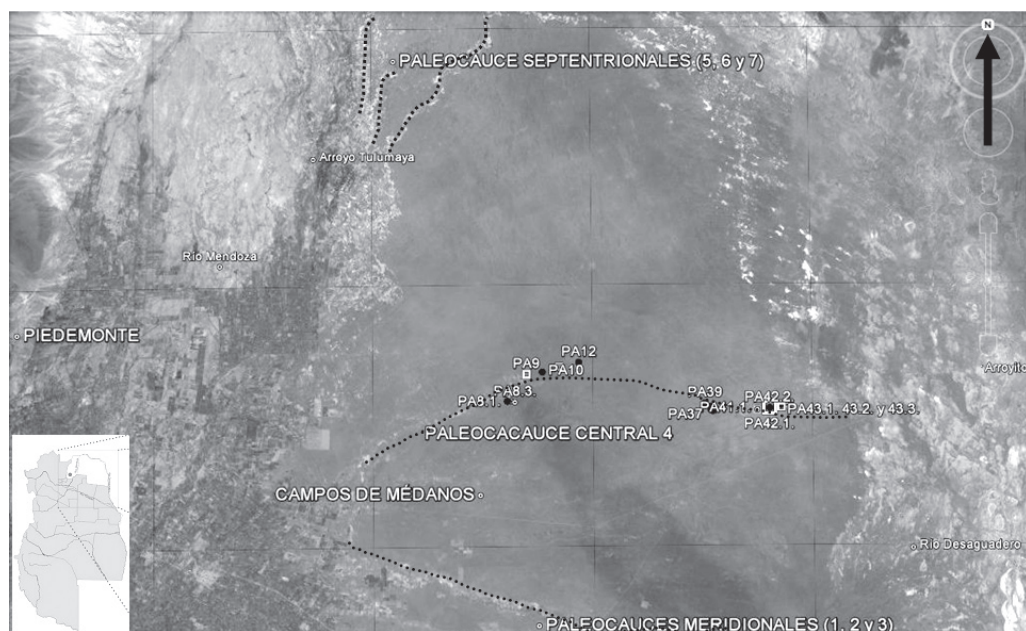


Figura 1. Localización del Paleocauce Central 4, los sitios detectados y el contexto de unidades regionales diferenciadas

Paleocauce central 4. Se ubica al N y de modo paralelo a tres paleocauces (Paleocauces Meridionales –PM–, en adelante PM1, PM2 y PM3). Estos se enmascaran por grandes extensiones de médanos que otorgan relativa homogeneidad a la región. PC4 es el paleocauce que se encuentra más alejado de las principales fuentes de agua de la región, como los actuales ríos Mendoza (en adelante, CA, hacia el O) y Tunuyán (hacia el S) y los complejos lacustres del N (Lagunas, en adelante, L) y NE (en San Miguel). Posee una orientación que, desprendiéndose del río Mendoza a unos $33^{\circ}4'19''\text{S}$ - $68^{\circ}13'47''\text{O}$, se dirige 90 km hacia el E-SE a través de la árida planicie. Análisis de imágenes de satélite y prospecciones permiten observar una desembocadura en varios brazos sobre el complejo lacustre generado por la confluencia con los desbordes del río Desaguadero en el sector de Arroyito (Figura 1). En general, PC4 presenta una extensa superficie de derrame, invadida en ciertos sectores por elevados cordones de médanos, todos con vegetación arbustiva propia del monte árido (Roig *et al.* 2000).

Hipótesis

Según evidencias geomorfológicas (paleocauces) (Vitali 1940; Abraham y Prieto 1981), la llanura NE dispuso de ríos con caudales que generaron la formación de ambientes de humedal que variaron en el tiempo y el espacio. Esto, junto con la existencia de flora y fauna abundante y disponible, favoreció los procesos exploratorios y de progresiva ocupación al ser utilizados a modo de corredores en sus entornos (Forman y Gordon 1981). Una pregunta es si durante tiempos prehispánicos estos paisajes de ríos de llanura eran relativamente constantes y, en ese caso, si eran sincrónicos con los médanos que se destacan actualmente en el paisaje (Chiavazza 2001, 2007, 2010; Chiavazza y Prieto Olavarría 2009). Hipotéticamente, si esto hubiera sucedido, los médanos o *altos* (como son denominados) habrían dando lugar a espacios favorables para el asentamiento, lo que se reflejaría en el registro arqueológico como explotaciones ribereñas. La extensa secuencia

temporal obtenida por dataciones en campos eólicos de San Rafael, S de San Juan y N de San Luis, desde el Pleistoceno tardío al Holoceno (Tripaldi *et al.* 2010: 118), permite considerar la posibilidad de que, cuando se produjeron las ocupaciones aquí, también esos medanales ya estuvieran formados. Datos documentales sobre la población nativa del sector y la cartografía de los siglos XVII a XVIII confirman que esas situaciones se producían:

ni cuidan tanto de hacer casas en que vivir, (como los indios de Chile) y las que hacen son unas chozas muy miserables, y los que viven en las lagunas hacen unos socavones en la arena, donde se entran como fieras (Canals Frau 1942: 62, nota 28).

habitan de una y otra banda del expresado río... sobre un médano alto... que... eligen estos... para vivir baxo de unas chozas bastante reducidas que por necesidad fabrican de paja y lo más sencillo que pueden para poder con felicidad mudarse cuando el agua se retira (Ximenez Inguanzo 1789, en Vignati 1953: 73).

Se advierte que los médanos ocupaban las márgenes de los ríos y que eran habitados por nativos durante la etapa colonial. En la actualidad, dichos médanos limitan con los paleocauces (amplias superficies llanas con depósitos limo-areno-arcillosos). A partir de esta información se ha orientado la formulación de las hipótesis y una integración interpretativa con el registro arqueológico y la reconstrucción de entornos. Según el modelo aplicado en el estudio arqueológico de las tierras áridas del N de Mendoza (Chiavazza 2001, 2007), se estima que la disponibilidad hídrica y la ubicación en el espacio de llanura de las fuentes de agua habrían incidido fuertemente en las estrategias de subsistencia y en los modos de localizar y organizar el asentamiento humano, lo que se expresaría en la variabilidad del registro arqueológico, según se tratase de sectores de lagunas, cauces de ríos y arroyos permanentes y/o cauces y charcas efímeras.

MÉTODOS

La prospección se realizó por medio de transectas en las áreas que denominamos: B. Las Catitas-El Tapón y C. La Dormida-Los Ponce. Los relevamientos sobre el PC4 comenzaron a detectar rasgos de planicies en el terreno luego de atravesar una superficie de altos cordones de médanos sin evidencias de antiguos cauces. El PC4 coincide parcialmente con el trazado de un camino que atraviesa los médanos en dirección al E. La prospección se inició desde el sector del Puesto “El Plumero”, donde se halló el sitio Punto Arqueológico 8 (en adelante, PA)³ hasta el sector del “Puesto El Tapón”, lugar en el que se descubrió el sitio PA12. En el área B, el relevamiento se inició unos kilómetros al S del Puesto La Josefa (en el PA37), y desde éste se siguió la ruta 143 hacia el E hasta llegar a las estribaciones del complejo Lacustre A, en Arroyito (ver Chiavazza y Prieto 2008 por resultados en área del río Desaguadero).

Las prospecciones consistieron en recorridos de transectas pedestres perpendiculares hacia el N y el S del paleocauce (cada transecta, de longitud variable, ascendía a los 4 metros de ancho). La vegetación y fauna observada es propia del ambiente de monte ampliamente tratado en estudios previos (Roig 1972; Roig *et al.* 2000). Una vez detectados los materiales se realizaron recolecciones sistemáticas y sondeos exploratorios. Los materiales hallados son líticos, cerámicos y zooarqueológicos. Los análisis zooarqueológicos discriminaron huesos y dientes identificables en algún nivel (clase, orden, género, especie), astillas y cáscaras de huevo. En los dos últimos casos se contabilizaron según tamaños y estados de termoalteración. Sobre los restos identificables se aplicaron estudios taxonómicos preliminares (Behrensmeyer 1978). El análisis lítico consideró el proceso de producción de instrumentos a partir del concepto de cadena operativa (Aschero 1983), que permite entender los sitios dentro de la región y las funciones que pudieron haber cumplido

en el patrón de asentamiento en distintos períodos. Este tipo de enfoque ha sido excepcionalmente considerado en registros del noreste de Mendoza. De acuerdo con los análisis para establecer procedencias de las materias primas líticas según la localización de fuentes primarias, secundarias y potencialmente primarias, se ha postulado una segregación en cuatro grandes sectores: Planicie (MPL), Precordillera (MPR), Sierras Centrales (MPS) y Cordillera (que se incluyen como exóticas, MPE, fundamentalmente obsidianas). Las materias primas se clasifican en tipos de rocas o minerales con un número y subtipos según color, tono, textura, translucidez, que sigue al número con una letra (Chiavazza 1995). Las cerámicas fueron catalogadas según su aspecto macroscópico, por color y tratamiento de superficies interna y externa, agrupándolas según espesores y definiendo luego tendencias compartidas en los patrones de pasta mediante análisis con lupa binocular. Definidos estos atributos, se integraron dentro de tipologías propuestas en estudios previamente desarrollados en otros sitios de la planicie y de la región (Cahiza 2003; Chiavazza 2001, 2007; Chiavazza y Prieto 2008; Prieto Olavarría 2005, 2010; Prieto Olavarría *et al.* 2008).

Para la definición temporal de las ocupaciones se realizaron dataciones absolutas de tiestos por medio del empleo de termoluminiscencia en dos sitios (PA8.3. y PA12.2.), de las que se obtuvieron resultados coherentes con la propuesta cronológica relativa estimada para los diferentes tipos alfareros de la provincia (Bárcena 1998; García 1992; Lagiglia 2002) y el área NE en particular (Michieli 1998; Cahiza 2003; Chiavazza 2001, 2010; Chiavazza y Prieto 2008; Cahiza y Ots 2010). Los análisis se realizaron en el laboratorio de Radioactividad y Termoluminiscencia de la Facultad de Física (Pontificia Universidad Católica de Chile, UCTL).

TENDENCIAS ESPACIALES

La superficie prospectada fue de 380.800 m². Se localizaron treinta PA (agrupables en dieciséis sitios en total), los que se distribuyen en una superficie discontinua de 2.696 m², que equivale al 0,7% de la superficie total prospectada (Tabla 1). En la prospección se observó que todos los sitios arqueológicos se localizaban en médanos aledaños a esos ramblones de inundación (Roig *et al.* 2000).

Se estableció que los materiales se dispersaban en la posición donde se habían producido las ocupaciones y que habrían experimentado desplazamientos y ritmos alternantes de sepultamiento y exposición⁴. La tendencia de localización es del 46,1% de los PA en laderas altas y medias de los médanos, del 30,7% en las cumbres y sólo del 23% en la base.

Del análisis de distribución de los PA, las mayores distancias se registran entre los sitios PA8 y PA47 (43 km), ubicados en los extremos del paleocauce; y las menores, entre los sitios PA42 y PA43 (0,3 km) (en este caso, en el sector medio de los relevamientos, al E del Puesto La Josefa). Los sitios se ubican sobre ambos márgenes del paleocauce. Se presentan dos agrupaciones derivadas de las estrategias de prospección (en dos áreas que corresponden al primer grupo de sitios, los PA8 a PA12 en el O y los PA37 al PA47 hacia el E) (gris oscuro y claro respectivamente en la Tabla 2).

Las correlaciones de distancias entre los sitios detectados en el PC4 varían y se distribuyen (siguiendo intervalos cada 1 km) dentro de un rango mínimo de 0,3 km y un máximo de 43 km. Aun si se tiene en cuenta que la orientación de las prospecciones en dos áreas influyó en las tendencias observadas, predominan distancias entre 1 y 2 km, y entre 2 y 3 km (con once casos de distanciamientos en ambas áreas), lo que supone una diferencia con respecto a las tendencias de separación predominantes entre los sitios de ambientes de L y PM (donde la dominante es de entre 3 y 4 km) (Chiavazza 2007)⁵.

En general, el sitio que se encuentra más cercano a los demás es el PA40, que se ubica a un promedio de 9,2 km, calculado a partir de la sumatoria de todas las distancias de éste con respecto a los otros PA (n= 120,5 km) y dividido por la cantidad total de PA (n= 15 PA). El PA40 se ubica

a 2,3 km hacia el E del más cercano (PA39), y a 27,4 km hacia el O del más alejado (PA8). A su vez, desde el PA40 hasta el sitio PA14.3. de L (que se estimó como el más cercano a todos los demás en su propio ambiente), es de 92,3 km hacia el N. Al sitio PA13 correspondiente al Cauce Actual en la localidad de San José (CA), la distancia desde el sitio PA40 es de 73 km en dirección al NE; a su vez, se ubica a 37,1 km del PA34 (el más cercano a todos los demás de PM).

Tabla.1 Detalle de transectas recorridas y PA localizados

| Id. Transectas | N transectas | m² relevados* | PA localizados | Georreferencia |
|-----------------------|---------------------|---------------------------------|---|---|
| 20.1. | 8 | 25.600 m ² | PA37 | 32° 57' 7" Latitud Sur 67° 40' 11" Longitud Oeste |
| 21.1. | 8 | 25.600 m ² | PA38 | 32° 51' 29" Latitud Sur 67° 40' 1" Longitud Oeste |
| 21.2. | 8 | 25.600 m ² | PA39 | 32° 51' 24" Latitud Sur 67° 40' 19" Longitud Oeste |
| 22.1. | 8 | 25.600 m ² | PA40.1.y PA40.2. | 32° 51' 48" Latitud Sur 67° 35' 17" Longitud Oeste |
| 23.1. | 8 | 25.600 m ² | PA 41.1. y 41.2. | 32° 51' 57" Latitud Sur 67° 34' 51" Longitud Oeste |
| 24.1. | 8 | 25.600 m ² | Ningún PA. | - |
| 25.1. | 8 | 25.600 m ² | PA42.1 y PA42.2. | 32° 51' 49" Latitud Sur 67° 34' 07" Longitud Oeste |
| 26.1. | 8 | 25.600 m ² | PA43.1.; PA43.2. y PA43.3. | 32° 51' 46,9" Latitud Sur 67° 33' 55,3" Longitud Oeste |
| 27.1. | 8 | 25.600 m ² | PA44.1. y 44.2. | 32° 51' 34" Latitud Sur 67° 33' 00" Longitud Oeste |
| 28.1. | 8 | 25.600 m ² | PA 45.1, PA45.2., PA45.3.,PA46.1., PA46.2.; PA46.3. y PA46.4. | 32° 51' 49" Latitud Sur 67° 32' 10" Longitud Oeste |
| 28.2. | 5 | 16.000 | PA47 | 32° 51' 26" Latitud Sur 67° 32' 20" Longitud Oeste |
| 36.1. | 6 | 19.200 m ² | PA8.1.; PA8.2. y PA8.3. | 32° 51' 9" Latitud Sur 67° 59' 16" Longitud Oeste |
| 37.1. | 2 | 6.400 m ² | PA9 | 32° 48' 59" Latitud Sur 67° 57' 26" Longitud Oeste |
| 37.2. | 2 | 6.400 m ² | Ningún PA | - |
| 38.1. | 6 | 19.200 m ² | PA10 | 32° 48' 49" Latitud Sur 67° 55' 54" Longitud Oeste |
| 39.1. | 6 | 19.200 m ² | PA11 | 32° 48' 24" Latitud Sur 67° 54' 18" Longitud Oeste |
| 40.1. | 6 | 19.200 m ² | Ningún PA | - |
| 41.1. | 6 | 19.200 m ² | PA12.1. y PA12.2. | 32° 48' 03" Latitud Sur 67° 52' 24" Longitud Oeste |
| Totales | 116 | 380.800 | 30 PA | - |

Referencias: -Id. Transectas: código de identificación del sector de transectas. -N transectas: cantidad de transectas recorridas. -m² relevados: las transectas son de 4 m de ancho y las longitudes varían entre 600 y 800 m de longitud, e incluyen sectores de ramblón y laderas bajas, medias y cumbre de los médanos. - PA localizados: indica los hallazgos independientemente de que sean concentraciones (continuas o discontinuas y hallazgos aislados).

Tabla 2. Distancias en kilómetros entre los sitios correspondientes al PC4. Los PA con un subíndice son sitios con relaciones de discontinuidad en sus concentraciones internas (por ej., PA8.1.), lo que significa que corresponden a áreas diferentes dentro de un posible mismo sitio, aunque las relaciones espaciales varían

| PA | 8.1. 8.2. 8.3. | 9 | 10 | 11 | 12.1. 12.2. | 37 | 38 | 39 | 40.1. 40.2. | 41.1. 41.2. | 42.1. 42.2. | 43.1. 43.2. 43.3.. | 44.1. 44.2. | 45.1. 45.2. 45.3. | 46.1. 46.2. 46.3. 46.4. | |
|----------------------------------|----------------------|------|------|------|----------------|------|------|------|----------------|----------------|----------------|--------------------------|----------------|-------------------------|----------------------------------|--|
| 9 | 4,9 | | | | | | | | | | | | | | | |
| 10 | 6,8 | 2,4 | | | | | | | | | | | | | | |
| 11 | 9,3 | 4,9 | 2,5 | | | | | | | | | | | | | |
| 12.1. 12.2. | 12,1 | 8 | 5,6 | 3 | | | | | | | | | | | | |
| 37 | 27,1 | 25,1 | 22,8 | 20,8 | 18,4 | | | | | | | | | | | |
| 38 | 30 | 27,5 | 25,1 | 23 | 20,3 | 3,7 | | | | | | | | | | |
| 39 | 29,5 | 27 | 24,7 | 22,4 | 19 | 3,5 | 0,5 | | | | | | | | | |
| 40.1. 40.2. | 27,4 | 25,1 | 22,8 | 20,6 | 18,1 | 1,6 | 2,6 | 2,3 | | | | | | | | |
| 41.1. 41.2. | 38,1 | 35,7 | 33,3 | 31 | 28,3 | 11,1 | 8,1 | 8,5 | 0,3 | | | | | | | |
| 42.1. 42.2. | 39,2 | 36,7 | 34,4 | 32,1 | 29,3 | 12,3 | 9,2 | 9,7 | 1,8 | 1,1 | | | | | | |
| 43.1. 43.2. 43.3. | 39,5 | 37,1 | 34,7 | 32,4 | 29,6 | 12,6 | 9,5 | 10 | 3,5 | 1,4 | 0,3 | | | | | |
| 44.1. 44.2. | 41 | 38 | 36,1 | 33,7 | 31 | 14,1 | 11 | 11,4 | 3,6 | 2,9 | 1,8 | 1,5 | | | | |
| 45.1. 45.2. 45.3. | 40,9 | 38,4 | 36 | 33,7 | 30 | 14 | 10,9 | 11,4 | 4,3 | 2,8 | 1,73 | 1,4 | 1,3 | | | |
| 46.1. 46.2. 46.3. 46.4. | 42,3 | 39,7 | 37,4 | 35,1 | 32,3 | 15,3 | 12,2 | 12,7 | 4,6 | 4,1 | 3 | 2,7 | 1,4 | 0,2 | | |
| 47 | 43 | 39,4 | 37,1 | 34,7 | 31,9 | 15,1 | 12 | 12,4 | 4,6 | 4 | 2,8 | 2,5 | 1 | 1,1 | 0,8 | |

TENDENCIAS TEMPORALES

Se dataron dos tuestos por termoluminiscencia, uno adscrito al tipo Agrelo (patrón AP39), que dio como resultado 1040 ± 100 años AP (UCTL1297) en el PA12.2., y otro definido como tipo Viluco (patrón VP10), que arrojó 570 ± 60 años AP (UCTL1296) en el PA8.2. Por lo tanto, los resultados son consistentes con un período dado entre los siglos X y XV respectivamente (Chiavazza 2001: 194). Sin embargo, los registros pueden agruparse en dos bloques (esto, si se acepta la ausencia de cerámica en ciertos contextos como un indicador temporal preliminar), uno que corresponde a ocupaciones de más de 2000 años AP y otro que es posterior a los 1600 y hasta los 600 años AP aproximadamente (en este caso, certificado por las dataciones absolutas). La presencia o ausencia de cerámica orientaría la definición temporal, pero sobre todo, son las diferencias de los contextos de los sitios de uno y otro bloque temporal las que orientan estas

adscripciones secuenciales. Por esta razón, se estima consistente definir las cronologías relativas de las ocupaciones de los sitios en estos lapsos.

Existe una diferencia temporal de las ocupaciones registradas en este paleocauce con respecto a las de sitios de L, CA, PS, Arroyo Tulumaya, Río Desaguadero, CM y PM (Chiavazza 2007, 2010: 45). Si bien algunas de las ocupaciones se interpretan dentro del mismo período que en aquellos ambientes, en el de PC4, en el caso de las del lapso alfarero existe un predominio de las correspondientes al período Medio (Agrelo). Sin embargo, el proceso ocupacional de la región sería más definido para el período precerámico, no registrado en los otros ambientes.

TENDENCIAS DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO ANALIZADO

Tendencias generales

Si se considera el 100% de los sitios trabajados (n= 30 PA), se comprueba que un 53,3% (n= 16) no posee restos de alfarería, y que el restante 46,6% (n= 14) se divide entre un 36,6% (n= 11) de casos en que la cerámica hallada es tan sólo del tipo Agrelo y un 10% (n= 3) de aquellos en que a la cerámica Agrelo se suma la de tipo Viluco. Esta tendencia sería contrastante con las evidencias ocupacionales de L, CA, Arroyo Tulumaya y algunos sitios de Río Desaguadero, donde prácticamente todos los sitios poseen restos cerámicos Agrelo, Viluco, Tardíos e Históricos, y que se asemejaría parcialmente a algunos sitios de PM y PS, donde se registran casos de sitios con cerámica Agrelo exclusivamente (en un 38% de los sitios trabajados en PM, por ej.; Chiavazza 2007).

En otra escala, los treinta PA del PC4 presentan características depositacionales semejantes a las de los sitios de L o sector de campos de médanos en la transición entre paleocauces y CA del río Mendoza, esto es: con baja resolución temporal, donde predominaron procesos de erosión y deflación en los médanos, y donde los materiales de diferentes etapas se mezclan entre la superficie y los primeros centímetros arenosos (de origen eólico). Se entiende que las ocupaciones estudiadas en el PC4 se registraron cuando los médanos estaban formados. Por lo tanto, aunque los registros presenten un fuerte palimpsesto, se localizan en los lugares donde se produjeron las ocupaciones, son conjuntos resultantes de la acción antrópica y, por lo tanto, unidades socialmente significativas.

En muchos de los sitios se reconocieron sectores separados por superficies sin materiales dispersos entre ellas, por eso, los dieciséis PA se incrementan a treinta si se considera esta sectorización, es decir, si se contabilizan como unidades o PA diferenciados y no como parte del mismo sitio. Estos contenían, además, conjuntos de cerámica correspondientes a lapsos específicos y algunos que no las tenían, lo que permite postular ocupaciones temporalmente diferenciadas. Por ello, se consideran con una resolución temporal relativamente más alta dentro del contexto general de los sitios de la planicie (sobre todo al compararse con los de L, CA o Arroyo Tulumaya, Chiavazza 2001, 2007, 2010). Esto sería un indicio de que los sitios no fueron intensamente ocupados y de que, a lo sumo, responden a un patrón de visitas no necesariamente vinculadas entre sí y temporalmente espaciadas; y que habrían estado orientados a actividades que no exigían el uso del mismo espacio en concreto (en general, no se hallaron restos de acondicionamiento del hábitat, como quincha, hallada en sitios de L, CA o Arroyo Tulumaya, por ejemplo). Esta situación fue analizada en varios casos de sitios de los PM, por lo tanto entendemos que estos fueron ocupados de modo repetitivo a lo largo de un lapso extenso de tiempo y que no se trató de reocupaciones recurrentes ni fueron necesariamente ocupados de modo permanente. Sin embargo, existen algunos casos específicos –sobre todo en los sitios en que no hay cerámica– que muestran registros abundantes, densos y diversos (PA45), incluso con evidencias de explotación de recursos acuáticos (PA46), que representarían bases residenciales dentro de un patrón logístico de asentamiento y vinculado con sitios de menores dimensiones, menos densos y diversos, pero con un registro

similar en cuanto a materias primas líticas explotadas (en los PA9, 11, 47 relativamente, y en los PA 40.1., 41.2., 42.1., 45.1., 45.2.,45.3., 46.1., 46.2., 46.3 y 46.4. más claramente). Respecto de los materiales recuperados en los sitios de PC4, son predominantemente óseos, seguidos por los líticos y, en tercer lugar, cerámicos. Estas tendencias se deben sobre todo a las características del sitio PA46, que posee un registro particularmente abundante, denso y diverso en el contexto, incluso a escala regional en la Planicie NE. En esto se asemeja mucho a los sitios de los ambiente de L, Arroyo Tulumaya, Río Desaguadero y CA, donde, dentro de la gran cantidad y densidad de materiales, predominan los elementos óseos, aunque se diferencia porque en PC4 le siguen en frecuencia los líticos, mientras que en aquellos van seguidos de los materiales cerámicos (que en este sitio no se registran). Por otro lado, se distingue de los PM tanto en cuanto a la cantidad como en cuanto a la densidad y diversidad de material. En PC4 predominan los materiales óseos; líticos y cerámicos no difieren de modo tan radical como en el caso de sitios de L o CA (donde sí predominan marcadamente los restos óseos).

Tendencias del registro alfarero

Las tipologías cerámicas definidas en el PC4, además de menor variedad respecto de lo analizado en L, CA y PM, sólo manifiestan la presencia de los tipos generales Agrelo y Viluco. A su vez, las cantidades son escasas y la diversidad de patrones de pasta no es tan alta como la analizada en el caso de los sitios de L o San José. Los patrones de pasta cerámica registrados en toda la planicie NE son 56 (100%) y están distribuidos con diferentes porcentajes entre aquellos definidos como Agrelo (n= 25, 44,6%), Viluco (n= 10, 17,9%). Los restantes son históricos o indeterminados. No se recuperaron restos cerámicos correspondientes a patrones históricos. Este aspecto fortalece la hipótesis de una derivación prehispánica del cauce, ya que contrasta con la presencia de cerámicas históricas en entornos del PS o del CA y Arroyo Tulumaya, por ejemplo.

Tabla 3. Porcentajes de cada tipo de patrón de pasta por PA (patrones elaborados según metodología propuesta en Prieto Olavarría 2005, 2010)

| Grupo tipol. | PA Patrones | 8.1. | 8.2. | 8.3. | 9 | 10 | 12.1. | 12.2. | 37 | 38 | 39 | 40.2. | 41.1. | 44.1. | 44.2. |
|--------------|-------------|--------|------|------|-----|------|-------|-------|------|----|------|-------|-------|-------|-------|
| | | Agrelo | AP1 | - | - | 13% | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| AP6 | - | | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 100% | - | - | - |
| AP7 | - | | - | 6% | 33% | - | - | - | - | - | - | - | 33% | - | - |
| AP8 | - | | 25% | 6% | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| AP14 | 17% | | - | - | 33% | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 100% |
| AP15 | - | | - | 69% | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| AP24 | 17% | | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| AP27 | - | | - | - | - | - | - | - | 50% | - | - | - | - | - | - |
| AP21 | - | | 25% | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| AP30 | 33% | | - | - | 17% | 50% | - | - | - | - | 100% | - | - | - | - |
| AP32 | 33% | | 50% | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| AP37 | - | | - | 6% | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| AP38 | - | | - | - | 35% | 50% | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| AP39 | - | | - | - | - | - | - | 100% | - | - | - | - | - | - | - |
| AP45 | - | - | - | - | - | - | - | 50% | - | - | - | - | 16% | 100% | |
| AP46 | - | - | - | - | - | 100% | - | - | 100% | - | - | - | - | - | |
| Viluco | VP1Vr | - | - | 50% | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| | VP10 | - | 100% | 50% | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| | VP47 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 100% | - | - |

De los veinticinco patrones de pasta de la cerámica Agrelo definidos en toda la planicie, dieciséis fueron hallados en los sitios de PC4 (el equivalente al 64%) (Tabla 3). A su vez, de estos, cinco patrones fueron registrados también en el sitio La Merced de la ciudad de Mendoza (Prieto Olavarría *et al.* 2006). De los diez patrones de pasta Viluco definidos para la planicie en general, en paleocauces se hallaron tres (equivalentes al 30%) y uno de estos tipos fue recuperado también en el sitio Ruinas de San Francisco, del sector urbano en el valle de Mendoza (Prieto Olavarría *et al.* 2006). Se detecta que, además de la escasa cantidad de fragmentos por superficie trabajada en los sitios, hay baja variabilidad en los patrones de pasta de cerámica. Sin embargo, los presentes se encuentran dentro de los registrados en otros ambientes de la planicie e incluso en el sector del valle de Mendoza (actual ciudad), aunque con mayor proporción los tipos Agrelo que los Viluco. De este modo, si bien puede sostenerse la dispersión de tipos cerámicos en el territorio durante lapsos correspondientes a ambos períodos (aunque mucho menos que la cuantificada en los sitios de L, por ejemplo), y algún tipo de vinculación en el asentamiento entre el sector del valle en las estribaciones del piedemonte y la llanura de la travesía; es claro que las ocupaciones serían más generalizadas en el PC4 durante el lapso Alfarero medio que durante el Tardío, pero que en ese mismo sentido, fueron menos intensas que en los otros ambientes analizados.

Si se apela, entre otros datos, a la medición de los espesores cerámicos para considerar la hipotética movilidad de los grupos que habitaron la región en diferentes etapas, se analizaron los promedios de espesores cerámicos (Simms 1997, en Gil 2000). Estos presentan algunas diferencias respecto de los analizados en los sitios de otros ambientes (Tabla 5). Si se promedian los espesores de cada conjunto tipológico cerámico en cada PA, se comprueba que los mayores espesores corresponden a las cerámicas de tipo Agrelo, con valores por encima de las Viluco (Tabla 4). El promedio de las cerámicas Agrelo de todos los PA asciende a 5,6 mm, esto es, un 0,3 mm más bajo que el promedio obtenido en PM. Por su parte, los espesores de los fragmentos Viluco son idénticos a los definidos para PM (lo que indicaría una tendencia a la mayor estandarización).

Al comparar los promedios de espesores por tipos cerámicos de PC4 con los de L y CA en San José, se detectan algunas diferencias. Los espesores de cerámica Agrelo y Viluco son relativamente constantes en los sitios de los tres ambientes. Se puede observar, sin embargo, que los tipos Agrelo son levemente más delgados que los de L y un poco más gruesos que los de San José (CA). Una tendencia similar se observa en los espesores de los fragmentos Viluco (más delgados que los Agrelo), que son menos espesos que los de L y más espesos que los de San José. A pesar de estas leves diferencias, la tendencia es la misma. La fragmentería Agrelo es más gruesa, lo que indicaría, de acuerdo con la propuesta de Simms corroborada por Gil en Payunia en el sur provincial (Simms 1997, en Gil 2000), que se trató de grupos más móviles, mientras que la cerámica Viluco, al ser más delgada, se puede interpretar como manufacturada por grupos más sedentarios. De todos modos, este índice debe ser evaluado en relación con los aspectos funcionales que pueden incidir en el espesor de las vasijas. En el caso de Viluco hay que considerar que los estudios etnohistóricos y la evidencia de una amplia distribución de patrones de pasta en el N de Mendoza indicarían situaciones de movilidad poblacional a la par de las poblaciones más establecidas en el valles de Mendoza y Uco y complejos lacustres del N.

Respecto de la conservación, los análisis del estado de los fragmentos de cerámica señalan que, aun dentro de un patrón del registro con integridad baja, ésta es mayor que en los sitios de L y CA. Éste es especialmente el caso si se tiene en cuenta el nivel de la fragmentación de cerámica ya que, como en el caso de los sitios de PM, en ninguno del PC4 se registraron esquirlas (que son abundantes en sitios de aquellos ambientes). Sin embargo, el porcentaje de fragmentos cerámicos erosionados (en una o ambas caras) en los sitios del PC4 es alto y alcanza un promedio del 68%; es decir, levemente superior al de los de sitios de L (promedio del 67,5%), igual que el de San José (promedio del 68%) y bastante más alto que los de PM (63%). En este caso, vuelve a registrarse un índice de fragmentos erosionados que supera el 50%, por lo cual se considera que la erosión

corresponde a un índice alto también en sitios de PC4. Ésta señalaría una abrasión generada por viento y arena durante lapsos extensos de exposición (Tabla 4).

Tabla 4. Porcentajes de tiestos erosionados y promedio general de espesores por tipo de cada PA

| PA \ Tipos | Porcentajes de tiestos erosionados por sitio | GRUPOS TIPOLÓGICOS SEGÚN ATRIBUTOS DE PASTA - Espesores en mm- | |
|-------------------------|--|--|-------------|
| | | AGRELO | VILUCO |
| 8.1. | 55% | 5,3 mm | - |
| 8.2. | 27% (N22) | 5,7 mm | 5,4 mm |
| 8.3. | 79% (N11) | 4,8 mm | 5,4 mm |
| 9 | 81% (N27) | 5,4 mm | - |
| 10 | 0% | 5,1 mm | - |
| 12.1. | 83% (N29) | 5,4 mm | - |
| 12.2. | 73% (N11) | 8,1 mm | - |
| 37 | 17% (N6) | 6,1 mm | - |
| 38 | 100% (N2) | 4,3 mm | - |
| 39 | 0% | 6,8 mm | - |
| 40.2. | 100% (N8) | 4,6 mm | - |
| 41.1. | 0% | 4,7 mm | - |
| 44.1. | 0% | 5,8 mm | 4,3 mm |
| 44.2. | 0% | 6,7 mm | - |
| Promedio general | 68% | 5,6 mm | 5 mm |

Tendencias del registro zooarqueológico

Se recuperaron 14.201 elementos óseos en 20 PA, que se distribuyen entre 12.368 astillas, dentales y cáscaras de huevo y 1.833 reconocibles (no todos los sitios poseían este tipo de materiales). De estos, sólo el 1,6% procede de 16 PA (el 80% de los PA) y el 98,3% corresponden a los cuatro del sitio PA46 (el 20% de los PA trabajados). Este es un aspecto relevante, ya que existe un fuerte contraste entre los registros zooarqueológicos de gran parte de los sitios y el sitio PA46, especialmente los PA46.3. y PA46.4.

Si se analiza el conjunto de todos los PA, excepto los PA46.3. y PA46.4., que se toman aparte, en términos cuantitativos se nota que, si bien en general predominan astillas y cáscaras de huevo de ñandú, existen variaciones cuando se analizan los sitios por separado, ya que en algunos predominan los restos reconocibles: PA8.3, PA9 y PA41.1.

En los PA46.3. y PA46.4., las tendencias de predominio de astillas y cáscaras es claramente marcada. Por otro lado, la cantidad de especímenes reconocibles aumenta de manera notable, con lo cual se diferencia totalmente de las tendencias del registro zooarqueológico de paleocauces y se equipara a las de los de sitios de ambientes de L y CA (por esta razón se presentan por separado en los gráficos que siguen –Tabla 5–).

Entre los huesos reconocibles hallados, en 14 PA se identificaron diferentes animales en algún nivel taxonómico, género y especie (sobre todo diferentes especies de armadillos a partir de placas –Vizcaíno 1995–), huesos de roedor, cánido, felino, camélido, reptil, aves (en gran parte indeterminadas, salvo por el caso de ñañarca identificada en el PA46.4.) y, sobre todo, peces (ver

clasificación en Tabla 6). Es importante aclarar que, de catorce animales identificados en algún nivel, el PA46 concentra el 100% y, en particular, el PA46.4., el 86% de ellos (éste no registró camélido ni cánido).

En gran parte de los sitios se detectó una baja variabilidad de especies, de modo similar a lo analizado en PM, lo que permite proponer que las ocupaciones de los sitios de los Paleocauces Centrales en general se basaron en la captura de fauna pequeña y la recolección de huevos de ñandú antes que en la caza. Estas tendencias son contrastantes con las definidas en los PA46.3. y PA46.4., donde la variabilidad de especies representadas aumenta notablemente, en coincidencia con la que fue definida como estructura básica de explotaciones faunísticas de L y CA en San José y Tulumaya (Chiavazza 2010). En estos se analizó una amplia variedad de fauna explotada, con énfasis en la pesca. Incluso en el sitio PA46 en general, se registra un aumento en la cantidad de cáscaras de huevo indiferenciadas en comparación con las de ñandú, que de todos modos son predominantes. Estos contrastes, además de presentar diferencias en el espacio (entre distintos PA), representarían diferencias temporales, más aún si se considera que justamente donde las tendencias del registro varían es en los PA que se catalogaron como precerámicos y ocupados previamente a los 2000 años AP.

Los índices de meteorización de los restos óseos reconocibles son predominantemente grados 2 y 3 y, en menor medida, 1 y 4 (sólo en PA45.3. y con un porcentaje muy alto en PA46.4.) (Figura 2).

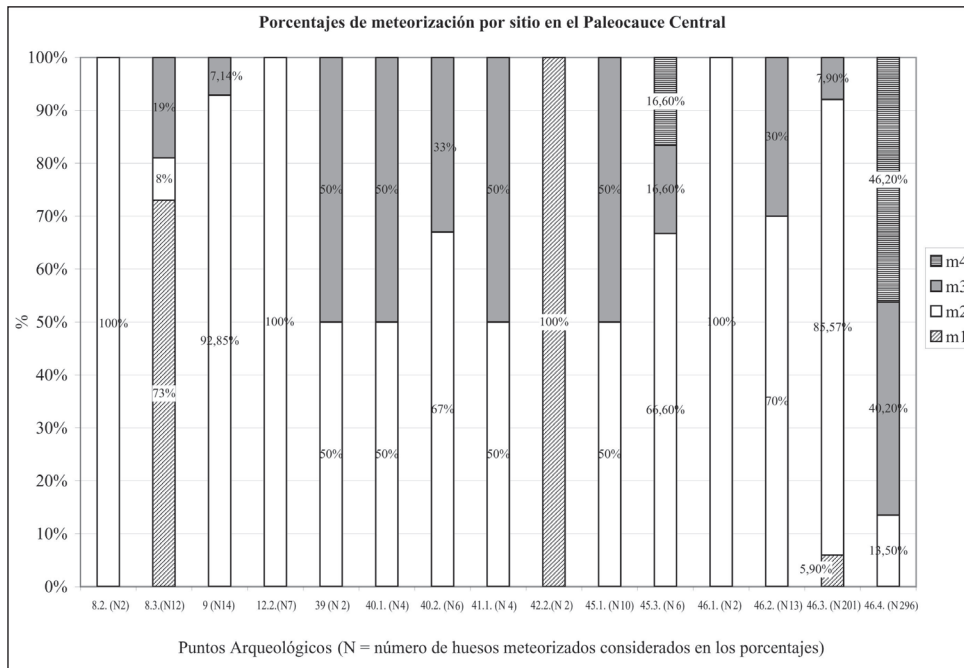


Figura 2. Porcentajes de meteorización de especímenes reconocibles en cada PA (n= 15) de PC4

En general, las tendencias de astillas y termoalteración entre PC4 y PM son similares, pero excluyendo los materiales del PA46 (que coinciden cuantitativa y cualitativamente con las tendencias de los PA de L), el conjunto restante de sitios presenta proporciones similares. Igualmente, hay que tener en cuenta que en un menor conjunto de sitios de PM, aparecen en proporción mayores cantidades que en los PA del PC4. Por otro lado, mientras que en PM predominan las cáscaras de huevo de ñandú, en estos sitios dominan las astillas menores a 0,5 cm de longitud (Figura 3).

Tabla 5. NISP de especímenes reconocibles en algún nivel taxonómico y cantidades de astillas y cáscaras de huevo por PA de PC4

| Animales | Sitios | | | | | | | | | | | | | | | | 46.4. | 46.3. | 46.2. | 46.1. | 45.3. | 45.2. | 45.1. | 44.2. | 44.1. | 42.2. | 42.1. | 41.1. | 40.2. | 40.1. | PA.39 | 12.2. | 9 | 8.3. | 8.2. | 8.1. | TOTALES |
|-------------------------------------|--------|------|------|----|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|--------|---------|
| | 8.1. | 8.2. | 8.3. | 9 | 12.2. | PA.39 | 40.1. | 40.2. | 41.1. | 42.1. | 42.2. | 44.1. | 44.2. | 45.1. | 45.2. | 45.3. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <i>Zaedius Pichyi</i> | - | 2 | 2 | - | 5 | - | 1 | 1 | - | - | 2 | - | - | 2 | - | 1 | 2 | - | 1 | 1 | 2 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | 510 | 529 |
| <i>Chaetophractus vellerosus</i> | - | - | - | 14 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 10 | 27 |
| <i>Chaetophractus villosus</i> | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 34 | 36 | |
| <i>Tolipeutes Matacus</i> | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | 10 | 11 | |
| <i>Dasyus hybridus</i> | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | 2 | | |
| Armadillo indiferenciado | - | - | 10 | - | 2 | - | 4 | 3 | 2 | - | - | - | - | 7 | - | 4 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 8 | 159 | 565 | 764 | |
| <i>Rodentia</i> | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 15 | 67 | 83 | | |
| Cui (<i>Microcavia Australis</i>) | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | 147 | 149 | | |
| Zorro(<i>Pseudalopex griseus</i>) | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | 1 | | |
| Felino indiferenciado | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | 1 | 1 | |
| <i>Lama sp</i> | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | 4 | | |
| <i>Reptilia indif.</i> | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | 26 | 27 | | |
| Pez (<i>Percichthys trucha</i>) | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 8 | 138 | 146 | | |
| Ave indiferenciada | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 9 | 35 | 44 | | |
| Astillas y cáscaras de huevo | 1 | 7 | 6 | 1 | 15 | 2 | 22 | 7 | 3 | 3 | 7 | 15 | 1 | 38 | 4 | 20 | 8 | 26 | 1.080 | 11.091 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | 12.357 | |
| TOTALES | 1 | 9 | 18 | 15 | 22 | 2 | 27 | 13 | 7 | 3 | 9 | 15 | 1 | 47 | 4 | 26 | 10 | 39 | 1.279 | 12.636 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | 14.183 | |

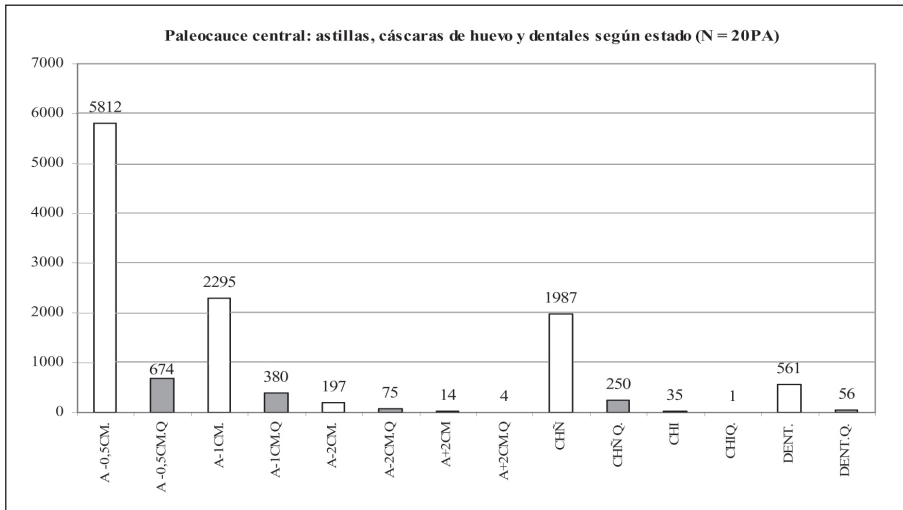


Figura 3. Cantidad de astillas, cáscaras de huevo y dentales según tamaños y estado (grises termoalterados)

En el caso de las astillas, los porcentajes de PC4 (siempre sobre mayor cantidad de PA que en L y PM) presentan tendencias a longitudes mayores que en los sitios de L, pero menores que en los sitios de PM. Por otra parte, en L, los mayores porcentajes de astillas corresponden a las de menos de 0,5 cm (con un 77%, quemadas o no) y en los PM predominan las astillas menores a 2 cm (con 34%); en el PC4 son mayoritarias las astillas menores a 0,5 cm pero con menor proporción que en L (Figura 4).

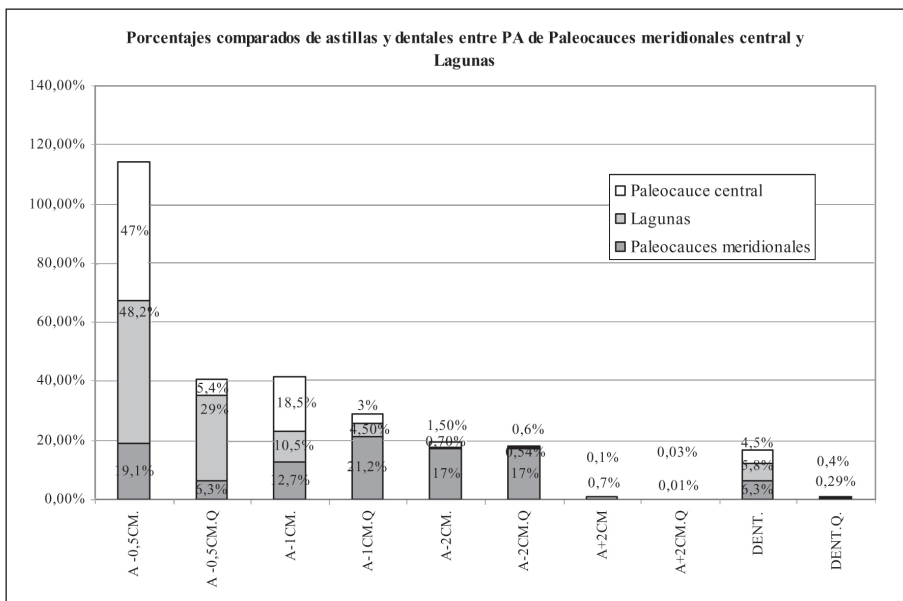


Figura 4. Porcentajes comparados de astillas y dentales indiferenciados de L y PM y PC4

En PC4 se registran diferentes tendencias de acumulación de astillas entre el conjunto de sitios en general y el PA46 en particular (aspecto también relevado en los estudios de otros materiales). En casi todos los sitios las tendencias son semejantes a las de PM, por lo que el menor porcentaje de astillamientos se interpreta como resultante de menores cantidades de huesos descartados en estos contextos (que estuvieron sometidos a similares condiciones de depositación), lo que se entiende como producto de una menor intensidad de consumo y/o uso en tales lugares. Esto varía sustancialmente sobre todo en los PA46.3. y PA46.4., que concentran el 98% de la muestra y, en consecuencia, se aproximan más a las tendencias analizadas en sitios de L, CA y Arroyo Tulumaya que de paleocauces.

Tendencias del registro lítico

Los materiales líticos del PC4 ascienden a los 2.724 elementos. Aun tratándose de una de las mayores cantidades registradas en el contexto de sitios de la planicie, ocupan un segundo lugar, detrás de los restos zooarqueológicos y por encima de las cantidades de cerámica recuperadas. El único sitio sin material lítico es el PA38 (en PM, los PA sin lítico fueron cuatro). Mientras que en L los productos de talla fueron 292, en CA 278 y en PM sumaron los 310, en el PC4 sumaron 2.724. Si bien esta es un cifra muy alta, debe tenerse en cuenta que sólo los restos del PA46 suman el 89,9% (n= 2.450) de la muestra, y que el conjunto de los restantes sitios suman 274 elementos (10,1%); es decir, se dan dentro de los parámetros de materiales líticos recuperados en los conjuntos de sitios de los otros ambientes.

Entre las materias primas más explotadas en los sitios del PC4 figuran las procedentes de Precordillera (52,6%), similar al caso de CA en San José, pero diferente a L y PM, donde aparecían en segundo lugar. Por otro lado, en este ambiente se explotaron recursos líticos de Sierras Centrales (26%), que en sitios del ambiente de CA y PM aparecían en tercer término y en L en cuarto lugar. Las materias primas procedentes de la propia Planicie aparecen explotadas en tercer lugar (19%), mientras que en ambientes de L y PM fueron las explotadas en primer término y en CA en segundo lugar. Por último, se presentan obsidianas que aparentemente fueron explotadas sólo en este ambiente y en el de PM, de acuerdo con los registros recuperados (Figura 5).

Dentro de este panorama general de la explotación de recursos líticos, en el PC4 se detectan diferencias en las tendencias de materias primas, ya que aquí domina la diversidad, con 60 variedades de rocas, respecto de las 47 variedades detectadas en L, las 45 variedades de CA (San José) y las 43 variedades de PM. En este último caso se detectan semejanzas, sobre todo en el predominio de las síliceas variante II, y en la amplitud del territorio de las procedencias, ya que en ambos ambientes se registran sitios con obsidiana.

De acuerdo con estos porcentajes, dentro de las materias primas de Precordillera (52% con 35 variedades) dominan ampliamente las rocas síliceas, sobre todo la variante II, con un 43%. Las materias primas de Sierras Centrales (25%) presentan menos variedades (n= 15), y entre ellas predomina, con un 16,1%, la variante cuarcita 4B. Las rocas de Planicie representan un 19%, pero distribuido en diecisiete variedades, de las cuales domina con el 10,1% dentro del todo el conjunto, el cuarzo 3B. Por último, con 0,3% y 0,07% se ubican las obsidianas de Cordillera y las indeterminadas respectivamente.

Por lo tanto, además de mayor cantidad, las materias primas de Precordillera presentan más variedad de tipos; pero entre éstas, a su vez, se destaca un predominio muy marcado de la variante II por encima de los demás tipos con bajos porcentajes de presencia (entre las 34 variedades restantes se reparten el 4,7% del total de materiales precordilleranos). Esto coincide con lo analizado en CA de San José, donde predomina la talla de materiales de precordillera pero con mayor variedad de tipos, mientras en este caso se destaca el énfasis en un tipo específico (sílicea II). Es decir que, si bien hay mayor variedad de materias primas, la tecnología se concentra en la explotación de variedades específicas (Figura 5).

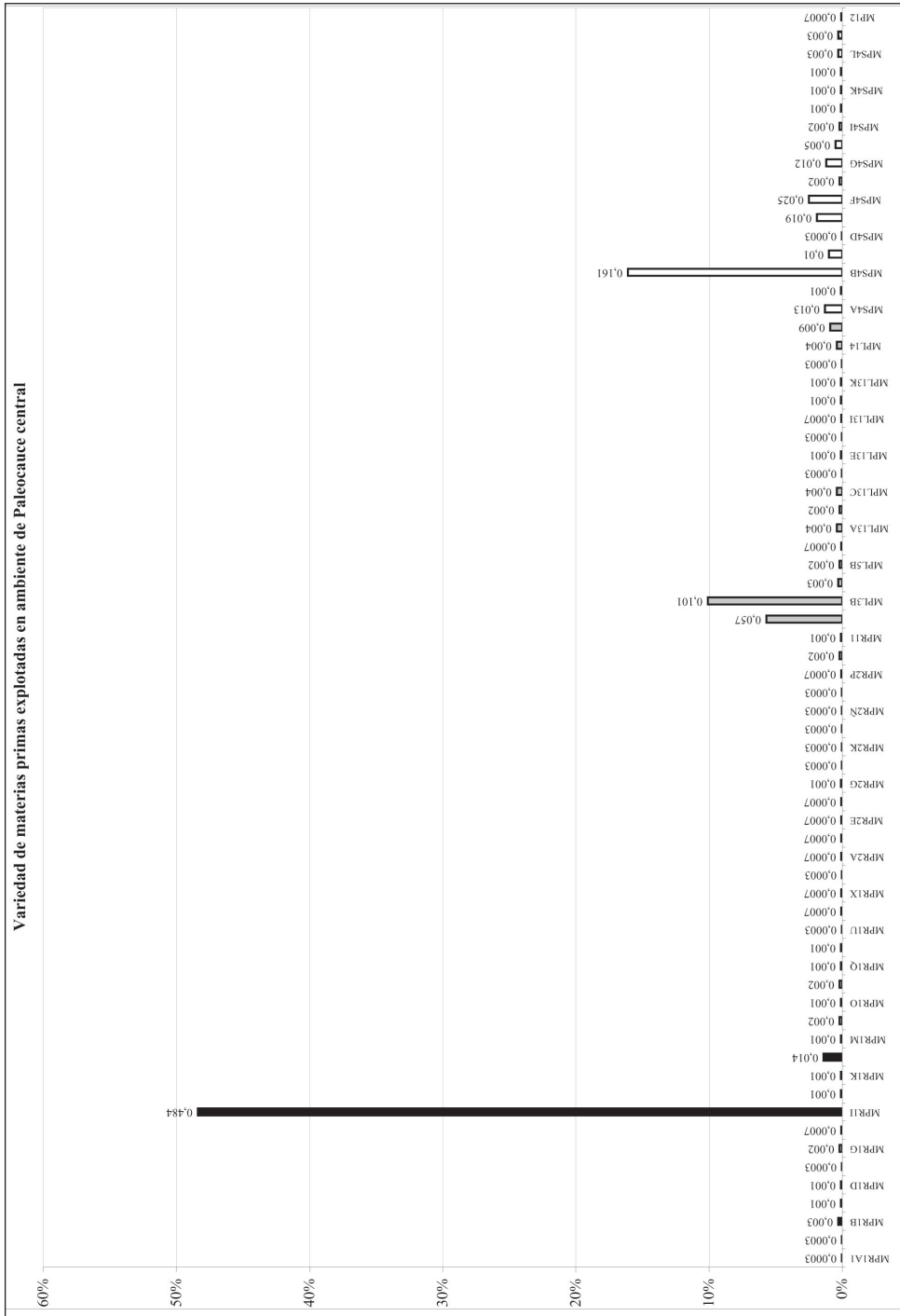


Figura 5. Variabilidad de materias primas presentes en los sitios del PC4 (cordillera señala posible procedencia de obsidianas)

Los instrumentos líticos recuperados en la totalidad de los sitios de PC4 ascienden a 73; es decir, constituyen el 2,6% de la muestra lítica recuperada y analizada. Predominan los instrumentos de materias primas cuyas fuentes están en precordillera (47%), seguidos por los de Planicie (25%), Sierras (23%) y Cordillera (4%). Esto difiere de las tendencias analizadas en los sitios de PM, donde predominaban los de Planicie; y se asemeja a los de L, donde dominaban instrumentos de material de Precordillera. Los elementos líticos del PA46 –en este caso, los instrumentos– indican una marcada diferencia con respecto a lo analizado en los instrumentos de otros ambientes, ya que en este sitio se concentra el 60,2% (n= 44) del total de instrumentos recuperados en el ambiente de PC4. Los diseños se distribuyen en porcentajes muy similares entre instrumentos formales (52%) e informales (48%) (según Andrefsky 1991) pero, de acuerdo con las materias primas usadas como soporte, estas tendencias varían (Figura 6). En materias primas de Sierras Centrales predominan instrumentos de diseño informal por encima de los de diseño formal. Esto se repite entre los de materias primas de Planicie, aunque en este caso, los de diseño formal son, en un 62%, obtenidos por pulido y/o piqueteado. En lo que respecta a materias primas de Precordillera, predominan claramente los instrumentos de diseño formal por sobre los de diseño informal, al igual que entre los de obsidiana. Entendemos que tales tendencias confirman un aprovechamiento al máximo de recursos más distantes y de mejor calidad (los de Precordillera y la obsidiana), por encima de los disponibles más cerca (Sierras Centrales) y en el mismo ambiente (de Planicie), que poseen menor calidad para tallar.

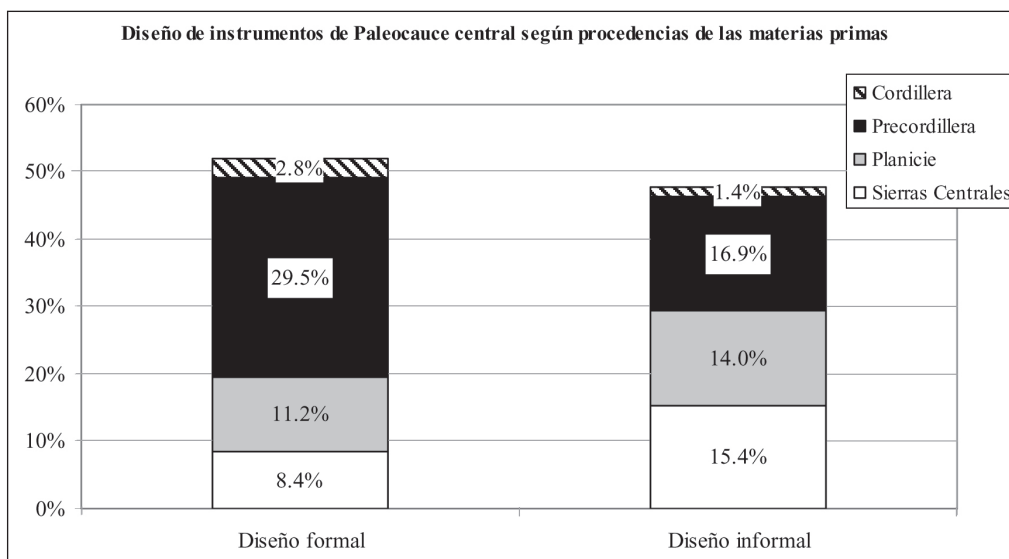


Figura 6. Tendencias de diseños de instrumentos según procedencias de materias primas (cordillera indica probable procedencia de obsidianas)

Respecto de los tipos generales de instrumentos (Tabla 6), de acuerdo con los diseños que sugieren diferentes usos⁶, de los 73 instrumentos, hay cinco de diseño indeterminado (6,8%). Entre los 68 restantes predominan los vinculados a trabajos de raspado (con un 43,8%), seguidos en igual proporción por los de corte, molienda y puntas de flecha (un 10,9% cada una de las categorías). Los percutores poseen un cercano 8,2% y luego vienen los perforantes (2,7%). La menor proporción se da para pulidor, desbastador, gancho de propulsor y adorno (con el 1,3% en cada caso).

Tabla 6. Cantidad de instrumentos líticos recuperados en los PA de PC4 según funciones posibles en sitios (* incluye raspadores, raederas y muescas)

| SITIO | Filos raspantes* | Filos cortantes | Puntas flecha | Pulidor | Percutor | Instrumentos de molienda | Perforante | Desbastador | Gancho propulsor | Adorno (tembetá) | Indiferenciado |
|--------------|----------------------|---------------------|---------------------|--------------------|--------------------|--------------------------|--------------------|--------------------|--------------------|--------------------|--------------------|
| PA8.1.. | - | 2 | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - |
| PA8.3. | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - |
| PA9. | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| PA12.2. | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| PA37 | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - |
| PA40.1. | 3 | 1 | - | 1 | 1 | 3 | 1 | - | - | - | - |
| PA40.2. | - | 1 | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - |
| PA42.2. | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| PA44.1. | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - |
| PA45.1. | 1 | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - |
| PA45.3. | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| PA46.1. | 3 | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - |
| PA46.2. | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - |
| PA46.3. | 10 | 2 | 2 | - | 3 | 1 | 1 | 1 | - | 1 | 1 |
| PA46.4. | 12 | - | 5 | - | - | - | - | - | 1 | - | 4 |
| TOTAL | 32 (43,8%) | 8 (10,9%) | 8 (10,9%) | 1 (1,3%) | 6 (8,2%) | 8 (10,9%) | 2 (2,7%) | 1 (1,3%) | 1 (1,3%) | 1 (1,3%) | 5 (6,8%) |

De acuerdo con estos resultados, se observa que los artefactos que predominan se vinculan con actividades de procesamiento ($n= 48$) y, sobre todo, con tareas de raspado (para lo que se utilizan filos de ángulos abruptos y con escaso trabajo de formatización), además de corte (con filos agudos) y molienda (para lo cual se utilizan rocas susceptibles de ser trabajadas por medio del pulido, disponibles en la Planicie). Los instrumentos vinculados con actividades tecnológicas (pulidor, percutor, perforante y desbastador: $n= 10$) se encuentran en segundo lugar, seguidos de cerca por artefactos vinculados con la obtención (puntas de flecha y gancho de propulsor: $n= 9$). En cuanto a elementos líticos de adorno personal, sólo se registra un tembetá (que se complementa con el hallazgo de varias cuentas de collar en los PA46.3. y PA46.4.). A partir del utillaje analizado se pueden inferir una gran cantidad de actividades. Éstas corresponden en gran parte al sitio PA46 en un contexto que estimamos anterior a los 2000 años AP, y también al PA40.1. (que pudo corresponder al mismo lapso ocupacional o al de 600-1600 años AP, si se considera en asociación al PA40.2.).

TENDENCIAS INTEGRADAS DE LOS CONTEXTOS

Tamaños de los sitios

Respecto de los tamaños de los sitios, en el PC4 predominan los PA pequeños, dentro de un margen con superficies inferiores a las de los ambientes de L y CA (allí son entre muy grandes –más de 4.000 m²– y medianos –entre 20 y 99 m²–). Al considerar los sectores como unidades

independientes, sus tamaños varían entre muy pequeños (n= 2, menos de 1 m²) y mediano-grandes (n= 11, entre 100 y 999 m²), pero se registran de modo mayoritario los pequeños (n= 12, entre más de 1 y 19 m²) y medianos (n= 5) (Tabla 7).

De acuerdo con estos datos, el margen de variabilidad de tamaños es más acotado que el de PM. Sin embargo, en general, las tendencias de tamaños son similares, y son los tamaños pequeños los predominantes.

Tabla 7. Superficies y cantidad de materiales recuperados por sitio (columnas 1 a 4). Índices de densidad de elementos arqueológicos por superficie trabajada (ea/m²) comparando tipos de materiales (l= lítico; c= cerámico y o= óseo; sc= sin cerámica; s/o= sin óseo) (columnas 5 a 9).

En la última columna se coloca el porcentaje de diversidad de clases de elementos presentes sobre la base de un listado de 24 ítems recuperados en todos los sitios de planicie NE.

| PA | m ² | N cerámica | N lítico | N óseo | e.a./m ² | e.l./m ² | e.c./m ² | e.o./m ² | ID. General ea./m ² | % de Diversidad de clases (100% = 24 clases) |
|---------|----------------|------------|-----------|-----------|---------------------|---------------------|---------------------|---------------------|--------------------------------|--|
| PA8.1. | 9 | 22 | 4 | 1 | 3 | 0.4 | 2.4 | 0.1 | 3 | 29% |
| PA8.2. | 9 | 11 | 1 | 9 | 2.3 | 0.1 | 1.2 | 1 | 2,3 | 20,8% |
| PA8.3. | 225 (16)* | 29 | 7 | 18 | 3.3 | 0.4 | 1.8 | 1.1 | 3,3 | 20,8% |
| PA9 | 50 | 27 | 7 | 15 | 0.9 | 0.1 | 0.9 | 0.3 | 0,9 | 16% |
| PA10 | 9 | 2 | 1 | - | 0.3 | 0.1 | 0.2 | s/o | 0,3 | 12,5% |
| PA11 | HA | - | 1 | - | 1 | 1 | s/c | s/o | 1 | 4,1% |
| PA12.1. | 4 | 29 | 1 | - | 7.5 | 0.2 | 7.2 | s/o | 7,5 | 8,3% |
| PA12.2. | 250 | 11 | 4 | 22 | 0.1 | 0.01 | 0.04 | 0.08 | 0,1 | 25% |
| PA37 | 2 | 6 | 1 | - | 3.5 | 0.5 | 3 | s/o | 3,5 | 8,3% |
| PA38 | HA | 2 | - | - | 2 | s/l | 2 | s/o | 2 | 4,1% |
| PA39 | 2 | 2 | 1 | 2 | 2.5 | 0.5 | 1 | 1 | 2,5 | 12,5% |
| PA40.1. | 259 | - | 56 | 26 | 0.3 | 0.2 | s/c | 0.1 | 0,3 | 45,8% |
| PA40.2. | 325 | 8 | 44 | 11 | 0.1 | 0.1 | 0.02 | 0.03 | 0,1 | 29,1% |
| PA41.1. | 2 | 6 | 1 | 7 | 7 | 0.5 | 3 | 3.5 | 7 | 16,3% |
| PA41.2. | 2 | - | 5 | - | 2.5 | 2.5 | s/c | s/o | 2,5 | 8,3% |
| PA42.1. | 200 | - | 33 | 5 | 0.1 | 0.1 | s/c | 0.02 | 0,1 | 12,5% |
| 42.2. | 20 | - | 22 | 14 | 1.8 | 1.1 | s/c | 0.7 | 1,8 | 20,8% |
| PA43.1. | 3 | - | 2 | - | 0.6 | 0.6 | s/c | s/o | 0,6 | 4,1% |
| PA43.2. | 1 | - | 2 | - | 2 | 2 | s/c | s/o | 2 | 4,1% |
| PA43.3. | 4 | - | 4 | - | 1 | 1 | s/c | s/o | 1 | 4,1% |
| PA44.1. | 32 | 3 | 5 | 15 | 0.7 | 0.1 | 0.09 | 0.4 | 0,7 | 25% |
| PA44.2. | 8 | 1 | 1 | 1 | 0.3 | 0.1 | 0.1 | 0.1 | 0,3 | 12,5% |
| PA45.1. | 175 | - | 51 | 53 | 0.5 | 0.2 | s/c | 0.3 | 0,5 | 20,8% |
| PA45.2. | 35 | - | 8 | 4 | 0.3 | 0.2 | s/c | 0.1 | 0,3 | 8,3% |
| PA45.3. | 100 | - | 11 | 27 | 0.3 | 0.1 | s/c | 0.2 | 0,3 | 20,8% |
| PA46.1. | 300 | - | 34 | 10 | 0.1 | 0.1 | s/c | 0.03 | 0,1 | 25% |
| PA46.2. | 195 | - | 29 | 39 | 0.5 | 0.1 | s/c | 0.2 | 0,5 | 20,8% |
| PA46.3. | 75 (16)* | - | 472 | 1279 | 109.4 | 29.5 | s/c | 79.9 | 109,4 | 58,3% |
| PA46.4. | 75 (22)* | - | 1915 | 12.643 | 522.7 | 87 | s/c | 513.6 | 522,7 | 54,1% |
| PA47 | HA | - | 1 | - | 1 | 1 | s/c | s/o | 4,1 | 4,1% |
| Totales | 30 | 159 ec. | 2.724 el. | 14.183eo. | - | - | - | - | - | - |

Índices de depositación (ID)

Respecto de la densidad de materiales por PA ($ID = N \text{ elementos} / N \text{ superficie de distribución}$), en el ambiente de PC4 es interesante notar que se registraron tres PA correspondientes a hallazgos aislados (HA, en PA11, PA38 y PA47). Los ID generales calculados en el conjunto de los PA varían entre los 522,7 ea./m² de máxima y los 0,1 ea./m² de mínima, lo que permite comprobar una gran amplitud en las tendencias de densidad de materiales en los diferentes PA. Si bien las densidades generales son bajas y concordantes con lo analizado en sitios de PM, existen excepciones en los PA40, PA45 y PA46, sin cerámica y atribuidos a ocupaciones registradas cuando se estima que el cauce disponía de agua (son casos con índices altos y muy altos de densidad de materiales, ver Tabla 7).

Al comparar a nivel regional gran parte de los ID de los PA del PC4 con los de L y CA (San José), se observa menor densidad en los primeros, pero existen excepciones, ya que los ID de los PA40, PA45 y PA46 llegan a ser incluso superiores a muchos de los PA de L y del CA. Esto contrasta con los ID bajos, que en ese caso corresponden a los más bajos de los registrados en el territorio NE de Mendoza (equiparables a los de PM).

Estos contrastes entre las cantidades y densidades de materiales registradas en los sitios del PC4 permiten proponer que no fueron intensa ni recurrentemente ocupados, aspecto que sí se confirmó en los PA de L y CA. Justamente, las características de densidad de los PA40, PA45 y PA46, semejantes a los de esos ambientes, permiten interpretarlos como resultado de ocupaciones más estables y vinculadas a la disponibilidad de agua en el cauce al que están asociados. Así, estos registros se asemejarían a los de L, Arroyo Tulumaya, Río Desaguadero y CA en cuanto a que se trata de ocupaciones de “actividades generalizadas” y estables (aspecto compatible con la elevada diversidad de clases registrada también en estos PA). Al resto de los PA se los postula, de modo similar a gran parte de los de PM, como resultantes de “actividades específicas”. En este sentido, por medio del análisis de las tendencias de diversidad de clases presentes en los sitios también se confirma tal definición para los sitios del PC4.

Diversidad de clases

Se entiende por diversidad de clases a los diferentes tipos de materiales existentes en un sitio. Estos se discriminan según diferentes criterios. La primera categorización se realiza según la materia prima soporte (por ej., líticos, cerámicos, óseos, etc.). A su vez, estos materiales se discriminan según las características funcionales que pueden inferirse (por ej., si se trata de restos líticos usados como instrumentos, con o sin diseños, si se trata de lascas derivadas de la talla, si son restos de vasijas cerámicas cerradas o abiertas, si se trata de artefactos de hueso, etcétera).

En el S de Mendoza, un estudio de la diversidad de clases o ítems en el registro arqueológico permitió caracterizar la movilidad de los grupos humanos y el uso de un espacio árido, de acuerdo con la definición de diferentes grados de *estabilidad ocupacional*, comparando las características del registro de las áreas del Nevado y el Payén (siguiendo propuestas de Whalen 1994 y observaciones de Grayson 1984 en Gil 2000: 306-308). La estabilidad de la ocupación implica definir el lapso temporal en el que un grupo/individuo permanece asentado en el mismo *locus*. Optamos por seguir la propuesta del autor para mensurar la *estabilidad ocupacional*, por medio de la diversidad de clases y tendencias en los “rasgos” de dicho *locus*, haciendo la salvedad de que la baja resolución temporal que caracteriza en general al registro con el que tratamos hace que los indicadores sean relativos. De todos modos, al medir las diferentes variables, estaríamos trabajando con posibles inferencias:

- “[...] a mayor estabilidad de la ocupación se espera un mayor rango de tareas y por lo tanto un registro arqueológico más diverso [...]” (Gil 2000: 307), además de mayores densidades

materiales y tamaños de los sitios. A esto se sumarían menores índices de resolución e integridad, como producto de procesos extensos de redundancia ocupacional o derivada de ocupaciones múltiples.

- Por otro lado, “la baja densidad de hallazgos, y la escasa diversidad de clases de ítems permitirán postular poca actividad en el lugar [...]” (Gil 2000: 186) y, en consecuencia, la posibilidad de menor permanencia ocupacional, además de menores densidades de materiales y tamaño de los sitios. En este caso, los índices esperables en cuanto a la resolución e integridad del registro serían más altos, como producto de ocupaciones simples vinculadas con eventos poco repetitivos y relacionados con actividades específicas. Los usos serían, así, más o menos estables. Al definir la *estabilidad* subyace la noción de movilidad. En ese caso, el estudio de los sistemas de producción líticos y las características de estacionalidad que permitan inferir los restos zooarqueológicos servirá para fundamentar las interpretaciones de movilidad/estabilidad señaladas en los contextos y contribuirá a definir el sistema de asentamiento. Bajo estas consideraciones, la diversidad de clases o ítems adquiere relevancia porque permite comparar las tendencias ocupacionales entre los contextos de diferentes ambientes, luego de promediar las tendencias en cada sitio.

Sin embargo, deben atenderse dos consideraciones que debilitan la aplicación directa de esta tendencia con la *estabilidad ocupacional*: por un lado, la relación tamaño de muestra/diversidad (Grayson 1984) y, por el otro, el valor relativo que cada clase tiene respecto de su implicancia sobre la estabilidad, como por ejemplo los componentes expeditivos o conservados de la tecnología lítica o la presencia de ciertos instrumentos, como aquellos vinculados con actividades de molienda.

La diversidad de clases general y por PA en el PC4 manifiesta porcentajes muy bajos si se comparan con los analizados en sitios de L y San José, y muestra de ese modo tendencias similares a las de los PA de PM. Sin embargo, los PA40 y PA46 muestran diferencias marcadas; incluso, uno de los mayores índices de diversidad de clases calculados en la Planicie en general. El promedio de los porcentajes de diversidad de clases en PC4 asciende al 18,5%, que es un 2% mayor que el promedio de PM (16,4%), pero se encuentra bastante por debajo de los promedios calculados para la diversidad de clases de L (36,2%) y San José (47,9%) (Tabla 7).

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

De acuerdo con las tendencias derivadas de los análisis tecnotipológicos líticos y cerámicos y zooarqueológicos, sumadas a las características depositacionales, los tamaños de los sitios, la densidad de elementos y la diversidad de clases, en el PC4 se identificaron diferencias y semejanzas respecto de los registros de sitios localizados en L, la costa actual del río Mendoza en San José, río Desaguadero, Arroyo Tulumaya y los PM.

A partir del análisis de los registros de los sitios de este paleocauce (PC4), se interpretó que en gran parte son resultado de ocupaciones simples, incluso correspondientes a estaciones de paso, donde apenas se registran desechos del acondicionamiento de instrumentos, semejantes a las de PM, es decir, no recurrentes. No obstante, también existen casos de ocupaciones múltiples⁷ o permanentes, asimilables a los analizados en sitios de L, CA en San José, río Desaguadero y Arroyo Tulumaya (Chiavazza y Prieto 2008; Chiavazza 2010). Esto significa que en el PC4, el registro de los sitios es resultado, en gran parte, de usos simples y, en menor medida, de ocupaciones sucesivas (no necesariamente vinculadas entre sí). En este ambiente, si bien se observan contextos mezclados en las superficies arenosas, son más bien excepcionales los que muestran restos que tipológicamente corresponden a diferentes períodos (sólo los PA8.2.; PA8.3. y PA44.1. poseen cerámicas Agrelo y Viluco) y, en tales casos, tampoco hay evidencias que permitan afirmar que las ocupaciones fueron sostenidas durante períodos continuos (ni siquiera que fueron extensas). Si bien, por tratarse de sitios superficiales, la resolución temporal y la integridad de los contextos son

bajas, son más altas que en los sitios de L, CA e incluso que muchas de las de PM, ya que existen abundantes PA en los que los restos cerámicos y líticos pueden ser atribuidos a lapsos definidos de ocupación (en algunos, se recuperaron exclusivamente fragmentos de tipo Agrelo), e incluso PA que se consideran resultantes de ocupaciones precerámicas de más de 2000 años AP.

Respecto de las condiciones del entorno ambiental durante dichas ocupaciones, sólo en los PA46.3. y PA46.4. existen evidencias que señalan vínculos del asentamiento con la disponibilidad de agua y la explotación de recursos derivados como peces (aspecto que es claramente visible en sitios de ambientes de L, como CA en San José, río Desaguadero y Arroyo Tulumaya). En estos PA, la diversidad zooarqueológica se equipara con la registrada en esos ambientes de humedal. Sin embargo, en el resto de los PA trabajados (veintiocho en total) no se recuperaron evidencias de este tipo, lo cual da cuenta de registros muy similares a los de PM. Justamente, en esos sitios se observan ocupaciones simples y mayoritariamente del período Alfarero medio. Tales evidencias de ocupaciones no relacionadas con la disponibilidad de agua indican que su escasez pudo gravitar en el carácter discontinuo de las ocupaciones, las que se habrían dado preferentemente en etapa estival (estación de lluvias). De acuerdo con el registro zooarqueológico, se puede inferir que desde estos sitios de PC4, como en los de PM, se realizaron actividades preferentemente vinculadas con la captura de fauna menor y recolección de recursos vegetales y huevos de ñandú. Esto último sería una evidencia de que las ocupaciones se registraron entre fines de primavera e inicios del verano, en coincidencia con el período de lluvias, cuando se producen encharcamientos localizados en ciertos puntos del territorio, sobre todo en los lechos de los paleocauces.

Los registros líticos analizados en PC4 indican una movilidad (de personas o recursos) entre los sitios de la planicie y otras geografías como la Precordillera, Sierras Centrales e incluso sectores más alejados (en dos de los treinta PA se recuperó obsidiana que podría proceder de la cordillera).

La cronología de las ocupaciones permite proponer que las fluctuaciones en la disponibilidad de agua en el cauce se habrían producido hace más de 2000 años AP y entre los 1600 y 400 años AP, como resultado de etapas más o menos frías en la cordillera; por ejemplo, se detectaron evidencias de tres avances neoglaciares durante el Holoceno en el sur de Mendoza, a los 35° S (Espizúa 2003: 87-92). El más antiguo tuvo lugar entre 5700-4400 años AP; el segundo entre 2500-2200 AP; y el tercero entre los años 1435 y 1660 AD (400 años AP), en coincidencia con la P.E.H. Las dataciones propuestas por Espizúa para los glaciares localizados a los 35° S son concordantes con los resultados obtenidos por Mercer (1976) e incluso con datos del *drift* Confluencia en el valle del río Mendoza (Espizúa 1989). Los datos correspondientes a la P.E.H. presentan correlación con los resultados obtenidos en trabajos de climatología histórica que analizan las condiciones ambientales en los Andes del noroeste argentino (NOA) (Prieto *et al.* 1998). En este caso, los datos referidos a las condiciones neoglaciales en el oeste cordillerano permiten inferir lapsos durante los que, en ambientes extraglaciares las condiciones debieron haber sido más secas y probablemente con temperaturas bajas. Algunos autores han propuesto que en lapsos de avance glaciar se producen sequías y descenso de temperatura en estos ambientes (Fairbridge 1972; Tricart 1973). Esta dinámica permitió comprender las correlaciones establecidas entre avances neoglaciares de norte de Patagonia (Villalba 1990, 1994) y situaciones de sequía intensa en el NOA dentro de un marco regional amplio para el lapso *ca.* 1520-1640 (Prieto *et al.* 1998: 51-52).

Por lo tanto, en el período Alfarero medio, las ocupaciones de la planicie en general presentan diferencias entre las ocurridas en territorios con disponibilidad de agua constante y predecible (como L, Arroyo Tulumaya, río Desaguadero y CA), donde los asentamientos fueron reocupados y/o permanentes, y aquellas en los que el recurso hídrico se dispuso de modo estacional (PM y muchos de los PA del PC4). Esto aceptando entonces que, durante el período en cuestión, los cauces no fueron activos, sino que se dispuso de encharcamientos generados en temporadas de verano que fueron aprovechados con objetivos orientados a actividades específicas de recolección y captura de fauna menor (el registro presentado puede interpretarse en esta dirección).

Esto habría sido diferente a lo sucedido en lapsos más antiguos, puesto que existen sitios donde las evidencias señalan que fueron ocupados cuando se disponía de recursos acuáticos (peces), y aparece una mayor cantidad de recursos animales procesados, lo cual señala mayor intensidad en las explotaciones del entorno (tanto por la cantidad y densidad de los registros como por la diversidad y tamaño de los sitios).

Hacia un hipotético modelo del proceso y modo de ocupación en el PC4 de la planicie NE

Los datos derivados del análisis de los tamaños de los PA, sumados a las cantidades y tipos de materiales, índices de meteorización ósea y fragmentación y erosión de cerámica, además de características temporales indicadas por las tipologías de artefactos y dataciones, confirman algunas diferencias diacrónicas en cuanto a la intensidad de uso de los sitios dentro del mismo PC4 (entre ocupaciones de más de 2000 años AP y menos de 1600 años AP). Existen también diferencias sincrónicas (sobre todo en sitios del lapso de 1600-600 años AP) respecto de los registros de sitios de L, río Desaguadero, Arroyo Tulumaya y CA, y semejanzas en el mismo período respecto de sitios de PM.

Estos datos permiten proponer tres lapsos de ocupaciones registrados en el ambiente del PC4:

1.) Lapso 1 (Figura 7): los registros de los PA40.1., PA41.2., PA42.1., PA42.2., PA43.1., PA43.2., PA43.3., PA45.1., PA45.2., PA45.3., PA46.1., PA46.2., PA46.3. y PA46.4, se atribuyen a ocupaciones con más de 2000 años AP sobre la base de los diseños de artefactos, tipos de materias primas líticas explotadas, correlaciones entre tamaño de sitios, densidad y diversidad de elementos, características del registro arqueofaunístico y sobre todo, ausencia de cerámica. Estas ocupaciones podrían haberse extendido hasta 4000 años AP, y se habrían producido:

1.A.) Lapso 1A. Cuando el cauce disponía de agua, lo que estaría evidenciado en restos de peces en el PA46.3. y PA46.4. Estos usos corresponderían a estaciones tanto frías como cálidas; es decir, a lo largo de todo el año, de acuerdo con el análisis de últimos anillos de crecimiento analizados en los otolitos (ver, en este sentido, Chiavazza 2007: 17).

1.B.) Lapso 1B. Parte de sistema de asentamiento de tipo *collector* (Binford 1980). El PA46 habría funcionado como base residencial poco estructurada espacialmente, con escasa segregación de áreas de actividades, como resultado de la distribución espacial de las tareas que tienden a superponerse en los mismos sectores del campamento. Los PA45 y PA40.1. habrían sido campamentos operativos, y los PA41.2., PA42.1., PA42.2., PA43.1., PA43.2. y PA43.3., estaciones de paso con evidencias de actividades específicas. Esto dentro de un área específica de la Planicie, pero con vínculos hacia otros ambientes ubicados a diferentes distancias, según la procedencia de materias primas líticas explotadas (de Precordillera, obsidianas y además las más cercanas de Sierras Centrales y del propio ambiente de la Planicie).

En una superficie lineal de aproximadamente 4.200.000 m² (14 km por 300 m de ancho), se registró una ocupación correspondiente a unidades de cazadores recolectores que localizaron su base residencial en un punto estratégico (PA46) recurrente e intensamente ocupado y aledaño al cauce cuando disponía de agua, y a unos 30 km del río Desaguadero en el E. Desde este PA se accedía a recursos animales muy diversos por medio de actividades de pesca, caza y captura, y se realizaba la recolección de vegetales, todos los cuales eran procesados en la base residencial y algunos, específicamente en campamentos operativos (PA45 y PA40.1.). En los movimientos se registraron ocupaciones en estaciones, donde se habrían descartado escasos restos líticos.

2.) Lapso 2: Corresponde a ocupaciones comprendidas entre los 1600 y 600 años AP. De este período se recuperaron evidencias en los PA8.1., PA9, PA10, PA11, PA12.1., PA12.2., PA37, PA38, PA39, PA40.2., PA44.1. y PA44.2., datadas por tipología cerámica Agrelo y termoluminiscencia en el PA12.2. En este caso se interpreta que se trata de ocupaciones simples, correspondientes

fundamentalmente a estaciones o excepcionalmente a campamentos estacionales destinados a la realización de actividades específicas, vinculados en ese sentido con los sitios de PM y con bases residenciales en sectores del CA (en San José), río Desaguadero y L.

2) Lapsos 2 y 3. Los contextos con baja resolución impiden adscribirlos a uno u otro lapso. Corresponden a ocupaciones comprendidas entre los 1600 y los 400 años AP (PA8.2.; PA8.3. y PA41.1.). Estos se definieron a partir de la combinación de dataciones por termoluminiscencia (PA8.2.) y tipologías cerámicas Agrelo y Viluco. En este caso, se trata de ocupaciones múltiples no recurrentes o sin vínculos necesariamente establecidos entre los posibles reusos registrados durante periodos Alfarero medio y el Tardío, aunque de acuerdo con los registros, el régimen de las ocupaciones correspondería a una continuidad de usos similares.

Se observa una tendencia, detectada en el análisis de los sitios de los PM, en la que los sitios con evidencias del Alfarero tardío siempre poseen también restos del Alfarero Medio. Las ocupaciones de estos dos últimos lapsos se habrían registrado cuando el cauce no disponía de agua (Chiavazza 2010: 43). No hay evidencias que permitan sostener esta correlación como en el caso del PA46. Por esta razón, se estima que el contexto ocupacional correspondería al aprovechamiento estacional de encharcamientos durante estaciones lluviosas y no de reactivación del cauce. Las cáscaras de huevo descartadas indican que las ocupaciones seguramente se produjeron en verano.



Figura 7. Hipotético patrón de asentamiento local correspondiente a ocupaciones de más de 2000 años AP. Los círculos indican los PA analizados y las distancias que los separan entre sí. Las flechas indican las procedencias de las materias primas líticas

De este modo, se confirman precisiones con respecto a los modelos regionales propuestos más populares respecto del patrón de asentamiento, y se sostiene la necesidad de atender características de diversidad registradas aun dentro de los mismos ambientes, tanto en situaciones sincrónicas como diacrónicas. La comparación entre ocupaciones ocurridas dentro de un mismo período en ambientes de PC4, PM, L, río Desaguadero, Arroyo Tulumaya y CA ofrece evidencias que, además de indicar una distribución heterogénea y con diferente grado de predictibilidad

de los recursos (sobre todo del más crítico, que es el agua), remarcan las variadas modalidades de ocupar el espacio en el tiempo, según se dispusiera de fuentes de agua constantes (lagunas y cauces de agua con escurrimiento superficial) o efímeras (charcas).

AGRADECIMIENTOS

A la memoria de mi amigo Julio Ferrari. Agradezco a Laura Fiori, Marcos Quiroga, Cintia Ortega, Jorge Anzorena, Cristina Prieto Olavarría, Lorena Puebla y Fernando Hernández por su colaboración en trabajos de campo y laboratorio. Las figuras 1 y 7 fueron modificadas a partir de Google Earth (Image Nasa Image.© 2012 Geoeye).

NOTAS

- ¹ La caracterización general del registro arqueológico del sector del Paleocauce central número 4 (PC4) se sustenta en análisis detallados sobre los contextos recuperados en cada sitio. Sin embargo, por obvias razones de espacio, remitiremos a Chiavazza 2007 para esas descripciones.
- ² Esto permite replantear modelos que en términos de sincronía colocaban a la planicie como el sector de actividades generalizadas con ocupaciones permanentes destinadas a la agricultura (Durán y García 1989) u otros que suponían un proceso diacrónico de cambios de caza y recolección a la agricultura y las actividades pecuarias (Bárcena 2002). También permite plantear que lo sugerido por Gil (1997-98) en la misma línea debe trasladar el límite agrícola más hacia el norte, en la provincia de San Juan.
- ³ En Chiavazza (2001), señalamos la referencia a Puntos Arqueológicos (PA) para indicar la existencia de elementos aislados, concentraciones, distribuciones discontinuas, etcétera.
- ⁴ En San José, sector de CA, se plantaron unidades de observación controlada durante tres años, que permitieron detectar alternancias de cubrimiento-descubrimiento, enterramiento y volteado de materiales, y prácticamente ninguna reptación (Chiavazza 2007).
- ⁵ La referencia comparativa a tendencias estudiadas en otros ambientes de la planicie puede consultarse en Chiavazza (2007, 2010), así como también los detalles analíticos que fundamentan las tendencias generales aquí planteadas.
- ⁶ La inferencia de funcionalidad basada en diseños sólo sugiere usos hipotéticos para comprobar luego, por medio de análisis funcionales microscópicos, huellas de uso.
- ⁷ Una ocupación múltiple se refiere al reuso de un área en general y no necesariamente a la reocupación del mismo sitio, lo que resulta en un patrón espacial de distribuciones solapadas de elementos generado durante diferentes ocupaciones (Camilli 1989: 19).

BIBLIOGRAFÍA

- Abraham, E. M. y M. R. Prieto
1981. Enfoque diacrónico de los cambios ecológicos y de las adaptaciones humanas en el NE árido mendocino. *Cuadernos del CEIFAR* 8: 109-139.
- Álvarez, J. A., P. Villagra, M. Cony, E. Cesca y J. Boninsegna
2006. Estructura y estado de conservación de los bosques de *Prosopis flexuosa* D.C. (*Fabaceae*, subfamilia: *Mimosoideae*) en el noreste de Mendoza (Argentina). *Revista Chilena de Historia Natural* 79: 75-87.
- Andrefsky, W.
1991. Inferring Trends in Prehistoric Settlement Behaviour from Lithic Production Technology in the Southern Plains. *North American Archaeology* 12 (2): 129-144.
- Aschero, C.
1983. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos. Informe presentado al CONICET. Ms.

Bagnouls, F. y H. Gaussen

1957. Les climats biologiques et leur classification. *Annales de Géographie* 355: 193-220.

Bárcena, J. R.

1998. *Arqueología de Mendoza. Las dataciones absolutas y sus alcances*. EDIUNC, Mendoza.

2002. Prehistoria del Centro-Oeste Argentino. En E. Berberían y A. Nielsen (comps. y eds.): *Historia Argentina Prehispánica*: 561-634. Córdoba, Brujas.

Behrensmeyer, A. K.

1978. Taphonomic and ecologic information from bone weathering. *Paleobiology* 4 (2): 150-162.

Binford, L.

1980. Willow Smoke and Dogs Tails: Hunter-gatherer Settlements Systems and Archaeological Site Formation. *American Antiquity* 45 (1): 4-20.

Cahiza, P. A.

2003. Paleogeografía de las *tierras bajas* de Mendoza y San Juan: un acercamiento arqueológico a la ocupación del espacio de las comunidades agroalfareras (siglos VI-XVIII d.C.). *Actas de las XV^o Jornadas de Geografía Cuyana*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. Editado en CD-ROM.

Cahiza, P. A. y M. J. Ots

2010. Prospección de la cuenca inferior del río Tunuyán: Sector Santa Rosa-La Central, Rivadavia (Mendoza). En J. R. Bárcena (ed.), *Arqueología del Centro Oeste Argentino: aportes desde las IV Jornadas Arqueológicas Cuyanas*: 57-74. Mendoza, Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, Centro Científico Tecnológico-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (INCIHUSA-CCT-CONICET).

Camilli, E.

1989. The occupational history of sites and the interpretation of prehistoric technological systems: an example from Cedar Mesa, Utah. En R. Torrence (ed.), *Time, Energy and Stone tools*: 17-26. New Directions in Archaeology. Cambridge, Cambridge University Press.

Canals Frau, S.

1942. Acotaciones etnológicas a un pleito sobre indios mendocinos del siglo XVI. *Anales del Instituto de Etnografía Americana* III: 61-81.

Chiavazza, H. D.

1995. Estudios Arqueológicos en el sitio "Rincón de Los Helados" ("RH"). Ocupación Multicomponente en Noreste de Pampa de Canota – Departamento de Las Heras, Provincia de Mendoza, República Argentina. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

1999. "Por las arenas bailan los remolinos": Arqueología en los cauces del río Mendoza. Subárea Arqueológica C.O. Argentino. *Acta de resúmenes del XIII^o Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 320-322. Córdoba.

2001. *Las antiguas poblaciones de las arenas*. *Arqueología en las tierras áridas del noreste mendocino*. Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, Serie Bienes Patrimoniales.

2007. Cambios ambientales y sistemas de asentamiento en el árido normendocino. Arqueología en los paleocauces del río Mendoza. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

2010. Ocupaciones en antiguos ambientes de humedal de las tierras bajas del N de Mendoza: sitio Tulumaya (PA70). *Intersecciones en Antropología* 11: 41-57.

Chiavazza, H. D. y L. E. Mafferra

2007. Estado de las investigaciones arqueobotánicas en Mendoza y sus implicancias en la arqueología histórica. *Revista de Arqueología Histórica Latinoamericana y Argentina* 1: 127-152.

- Chiavazza, H. D. y M. R. Prieto
2008. Estudios arqueológicos en el Río Desaguadero (Mendoza). *Runa* 29: 29-51.
- Chiavazza, H. D. y C. A. Prieto Olavarría
2002. Sistema de riego prehispánico en el valle de Iglesia, San Juan, Argentina. *Multequina* 11: 1-38.
- Chiavazza, H. D. y C. A. Prieto Olavarría
2009. Arqueología, ambiente y cultura en el noreste de Mendoza. *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea. Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología*, Mesa del Centro Oeste Argentino, Tomo III: 939-951. Río Cuarto.
- Damiani, O.
2002. Sistemas de riego prehispánico en el Valle de Iglesia, San Juan, Argentina. *Multequina* 11: 1-38. Mendoza.
- Durán, V. A. y C. García
1989. Ocupaciones agroalfareras en el sitio Agua de la Cueva Sector N (N.O. de Mza.). *Revista de Estudios Regionales CEIDER* 3: 29-64.
- Espizúa, L.
1989. Glaciaciones Pleistocénicas en la Quebrada de los Horcones y Río de las Cuevas. Tesis Doctoral inédita. Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Universidad Nacional de San Juan, San Juan.
2003. Holocene glacier fluctuations in the south of Mendoza Andes, Argentina. *Actas del II Congreso Argentino de Cuaternario y Geomorfología*: 87-92. Tucumán.
- Forman, R. T. y M. Gordon
1981. Patches and structural components and for a landscape archaeology. *Bioscience* 31 (10): 733-740.
- Fairbridge, R.
1972. Climatology of glacial cycle. *Quaternary Research* 2: 283-302.
- García, E. A.
1992. Hacia un ordenamiento preliminar de las ocupaciones prehistóricas agrícolas precerámicas y agroalfareras en el Noroeste de Mendoza. *Revista de Estudios Regionales CEIDER* 10: 7-34.
- García, E. A., O. Damiani, E. Martínez Carretero, C. López, P. Maza, M. Farías, M. Segovia, A. Eguaburo, N. Fernández, A. Rodríguez y M. López
2008. Estructuras hidráulicas prehispánicas en el valle del Zonda, San Juan. *Resúmenes de las VII Jornadas de Investigación de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Facultad de Filosofía y Letras*, s/n, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Gil, A.
2000. Arqueología de La Payunia. Sureste de Mendoza. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
1997-98. El significado de los cultígenos prehispánicos registrados en el Sur mendocino. Discusiones en torno al límite meridional de la agricultura andina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXII-XXIII*: 295-318.
- Gil, A., G. Neme, R. Tikot, P. Novellino, V. Cortegoso y V. Durán
2008. Stable isotopes and maize consumption in Central Western Argentina. *International Journal of Osteoarchaeology* 18: 1-22.
- González Díaz, E. y L. Fauqué
1993. Geomorfología. En V. A. Ramos (ed.), *Relatorio XIIIº Congreso Geológico Argentino y IIº*

Congreso de Exploración de Hidrocarburos. Geología y Recursos Naturales de Mendoza I (14): 217-234. Mendoza.

Grayson, D.

1984. *Quantitative Zooarchaeology. Topics in the analysis of archaeological faunas*. Londres, Academic Press.

Lagiglia, H.

2002. Arqueología del sur mendocino y sus relaciones con el Centro Oeste Argentino. En A. Gil y G. Neme (ed.), *Entre montañas y llanuras: arqueología del sur de Mendoza*: 43-64. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Mafferra, L. E.

2009. Arqueobotánica del Norte de Mendoza. Interpretaciones sobre el rol de los vegetales en la interacción indígena-hispana durante el siglo XVI. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Mercer, J.

1976. Glacial History of Southernmost South America. *Quaternary Research* 6 (2): 125-166.

Michieli, C. T.

1998. Aproximaciones a la identificación de una cerámica indígena posthispánica del sur de San Juan. *Publicaciones* 22: 55-76.

Parisii, M.

1994. Algunos datos de las poblaciones prehispánicas del Norte y Centro Oeste de Mendoza y su relación con la dominación Inca del área. *Xama* 4-5: 51-69.

Prieto, M. R., R. Herrera R. y P. Dussel

1998. Clima disponibilidad hídrica en el sur de Bolivia y noroeste de Argentina entre 1560 y 1570. Los datos españoles como fuente de datos ambientales. *Bamberg Geographische Schriften*, Bd 15, S, 35-56.

Prieto Olavarría, C. A.

2005. Alfarería Viluco en el Norte y Centro de la Provincia de Mendoza (Argentina): Nuevas Perspectivas Analíticas. Memoria inédita para optar al título de Arqueólogo Profesional, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

2010. La producción artesanal de la alfarería Viluco, norte y centro de la Provincia de Mendoza. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Prieto Olavarría, C., V. Tobar y L. Castillo

2006. Estudios de cerámica indígena hallada en el predio Mercedario del Área Fundacional de Mendoza. En H. Chiavazza y V. Zorrilla (ed.), *Arqueología en el predio mercedario de la ciudad de Mendoza*: 121-156. Centro de Investigaciones Ruinas de San Francisco, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Prieto Olavarría, C., L. Puebla y B. Castro

2008. Estudios petrográficos de cerámica arqueológica y fuentes de materias primas. El cambio tecnológico en el Período de contacto Hispano-Indígena, El caso Ruinas de San Francisco (Mendoza). *Continuidad y Cambio Cultural en Arqueología Histórica. Actas del Tercer Congreso Nacional de Arqueología Histórica Argentina*: 666-676. Rosario, M. T. Carrara.

Rodríguez, E. y M. Barton

1993. El Cuaternario en la Llanura. En V. A. Ramos (ed.), *Relatorio XIIº Congreso Geológico Argentino y IIº Congreso de Exploración de Hidrocarburos. Geología y Recursos Naturales de Mendoza I* (14): 173-194. Mendoza.

- Roig, F. A., E. Martínez Carretero y E. Méndez
2000. Vegetación de la Provincia de Mendoza. En E. Abraham y F. Rodríguez Martínez (eds.), *Argentina. Recursos y problemas ambientales de la zona árida. Primera Parte. Provincias de Mendoza, San Juan y La Rioja*. Caracterización Ambiental I: 59-62 y Atlas Básico, tomo II, mapa de cobertura vegetal.
- Roig, V. G.
1972. Esbozo general del poblamiento animal en la Provincia de Mendoza. *Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica (suplemento)* XIII (8): 81-88.
- Tricart, E.
1973. *Geomorfología de la pampa deprimida. Base para los estudios edafológicos y agronómicos*. Secretaría de Estado de Agricultura y Ganadería de la Nación. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, Buenos Aires.
- Tripaldi, A., M. Zárate, M. y G. Brook
2010. Sucesiones eólicas y fluviales del Pleistoceno tardío-Holoceno de la planicie Sanrafaelina: Paleoambientes y paleoclimas. En M. Zárate, A. Gil y G. Neme (eds.), *Condiciones paleoambientales y ocupaciones humanas durante la transición Pleistoceno-Holoceno y Holoceno de Mendoza*: 95-121. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Schobinger, J.
1975. *Prehistoria y protohistoria de la Región Cuyana*. Mendoza, Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas Juan C. Moyano.
- Vignati, M. A.
1953. Un diario del viaje por las lagunas de Guanacache en el año 1789. Aportes al conocimiento antropológico de la Provincia de Mendoza. *Notas del Museo Eva Perón XVI* (58-61): 51-109.
- Villalba, R.
1990. Latitude of the Surface High-Pressure Belt over Western South America during the last 500 years as inferred from tree-ring analysis. *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula* 7: 272-303.
1994. Tree-Rings and glacial evidence for the Medieval Warm Epoch and the Little Ice Age in Southern South America. *Climatic Change* 30: 1-15.
- Vitali, G.
1940. *Hidrología mendocina*. L.VI. Mendoza, D'Accurcio.
- Vizcaíno, S.
1995. Identificación específica de las mulitas, género *Dasypus* L. (*Mammalia, Dasypodidae*) del Noreste Argentino. Descripción de una nueva especie. *Mastozoología Neotropical* 2 (1): 5-13.

QUEBRADA DE LA CUEVA (HUMAHUACA, JUJUY): CRONOLOGÍA, ESPACIALIDAD Y CERÁMICA ARQUEOLÓGICA

Paola Silvia Ramundo*

Fecha de recepción: 27 de septiembre de 2011

Fecha de aceptación: 25 de septiembre de 2012

RESUMEN

El trabajo discute distintos aspectos de la quebrada de La Cueva: cronología, espacialidad y cerámica, puntualizando en la evidencia de sitios no trabajados previamente. Se presenta un panorama global de la quebrada para vincularla con el área Surandina e integrarla a la realidad de la Quebrada de Humahuaca en sus diferentes momentos de ocupación, dado que se considera que se trata de un sector septentrional de esta última. Los datos cronológicos pueden ser de utilidad para quienes estudian dicha quebrada, dado que complementan modelos del uso del espacio planteados previamente. Estos análisis muestran que, por lo menos, el Pukara de La Cueva estuvo ocupado desde los Desarrollos Regionales II hasta el período Incaico. Además los estudios sobre cerámica, arquitectura, agricultura, funebria e intercambio con otras zonas abren el panorama para la quebrada de La Cueva y su comparación con otras zonas.

Palabras clave: *quebrada de La Cueva -- cronología – espacio – cerámica – Noroeste Argentino.*

LA CUEVA GORGE (HUMAHUACA, JUJUY): CHRONOLOGY, SPACE AND ARCHAEOLOGICAL POTTERY

ABSTRACT

In this paper a number of diverse aspects (chronology, spatial record, pottery, etc.) will be discussed for the area of La Cueva gorge, particularly the unpublished sites, aiming at providing

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Museo Etnográfico de Buenos Aires “J. B. Ambrosetti”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
E-mail: paola_ramundo@yahoo.com.ar

a global view of the gorge and relate it to the larger context of the different occupational periods described for the Humahuaca gorge, as part of its northern section. Furthermore, the analysis will be later extended to the Southern Andes situation. Chronological data have been included in previous spatial models of the Humahuaca gorge and are readily available, depicting an occupation from at least Regional Developments II to the Inka period in La Cueva pukara. Additionally, analyses of pottery, architecture, agriculture, funerary practices and exchange with other areas enlarge the picture of La Cueva gorge and its comparison with other areas.

Keywords: *La Cueva gorge – chronology – space – pottery – Northwestern Argentina.*

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene por objetivo presentar un aporte al estudio de un sector poco trabajado del Noroeste argentino, la quebrada de La Cueva (Humahuaca, Jujuy), destacando sus particularidades y complementando con nuevos datos, modelos preexistentes acerca de la ocupación de su espacio y su inserción en la dinámica sociocultural de la Quebrada de Humahuaca. Se parte de la hipótesis principal de que en la quebrada de La Cueva, como extremo más septentrional de la Quebrada de Humahuaca, se han desarrollado formas de organización sociopolítica semejantes a las de otros sectores de dicha región de Humahuaca para momentos que van desde el período Formativo al Incaico.

Se describe la ubicación espacial de la mencionada quebrada, se discute acerca de los modelos de ocupación del espacio planteados por otros autores para ella (de manera indirecta), por medio del análisis de múltiple evidencia: antiguas y nuevas cronologías (absolutas y relativas), información sobre aspectos agrícolas, arquitectónicos, funerarios y evidencia cerámica de los sitios estudiados hasta el momento: Pueblo Viejo de La Cueva, Pukara de La Cueva y El Antiguito. Se considera que la comparación de nuestros datos con modelos preexistentes permitirá dar algo de luz sobre la dinámica regional en que la quebrada de La Cueva se inserta.

UBICACIÓN ESPACIO-TEMPORAL

La quebrada de La Cueva: su espacio y sus investigaciones

La quebrada de La Cueva se encuentra ubicada en el departamento de Humahuaca, provincia de Jujuy. Conformar una cuenca tributaria de la Quebrada de Humahuaca y nace en la sierra de Santa Victoria a S22°35'26.54" y O65°20'07.55", para desembocar en el río Grande a S22°57'55.90" y O65°21'44.42" (Hoja La Quiaca 2366-2166 IGM), cerca de la localidad de Iturbe. Recorre en dirección general norte-sur unos 46 km desde los 4.500 msnm en sus nacientes hasta los 3.300 msnm en su confluencia con el río Grande. Luego del Angosto de La Cueva (ubicado 4 km al norte de Iturbe), la quebrada se ensancha y allí convergen la mayoría de las quebradas tributarias que aportan más caudal al arroyo de La Cueva (colector principal), especialmente sobre la margen occidental. Este factor, en el pasado y en el presente, permitió y permite la instalación de poblaciones, así como el desarrollo de prácticas agrícolas.

Fitogeográficamente, el área se ubica dentro de la provincia Puneña (Cabrera 1958) y la vegetación predominante es la estepa de arbustos xerófilos (Ruthsatz y Movia 1975), entre los que predominan el checal o tolilla (*Fabiana densa*), la lejíja (*Baccharis tola*), la rica-rica (*Acantholippia hastulata*); mientras a orillas de las quebradas –donde el suelo es más húmedo–, se encuentran tolares (*Lepidophyllum tola*), palán-palán (*Nicotiana glauca*), cortadera (*Cortadeira rediuscula*) y el suelo está cubierto de gramíneas *sensu* Basílico (1992). Por lo tanto, en las zonas donde existen vegas, vertientes o cursos de agua permanente crecen otras comunidades vegetales diferentes a la

estepa arbustiva, como las gramíneas y juncáceas, las cuales constituyen un elemento favorable para la instalación humana. Por ello se destaca que en la actualidad, una de las actividades económicas principales es el pastoreo de cabras y ovejas, y los más importantes cultivos son hortalizas, habas, arvejas, papas, alfalfa, cebada, avena y maíz.

Entre las instalaciones o sitios más representativos (localizados hasta el presente) se encuentran de norte a sur (Figura 1): El Antiguito, Pueblo Viejo de La Cueva, Chayamayoc (sitio con manifestaciones rupestres), Pukara Morado, Pueblo Viejo del Morado, Pukara de La Cueva y el Angosto de La Cueva (sitio con manifestaciones rupestres), más una gran cantidad de terrazas y cuadros de cultivo arqueológicos que se encuentran localizados en sectores específicos de la quebrada, y sobre los que se hará referencia más adelante.

La quebrada de La Cueva fue mencionada a principios del siglo XX por Boman ([1908] 1997) y Von Rosen (1924). En los años treinta, Casanova (1933, 1934) realizó excavaciones en el Pukara de La Cueva, Pukara Morado, Pueblo Viejo del Morado y Pueblo Viejo de La Cueva. A finales del siglo XX, otros investigadores estudiaron las manifestaciones rupestres que se presentan en la quebrada de Chayamayoc y el Angosto de La Cueva (Fernández Distel 1978, 1983a; Gentile 1995). Luego Basílico retoma los estudios en el área mediante un relevamiento planimétrico en el Pukara de La Cueva (Basílico 1998) y excavación en Pueblo Viejo de La Cueva (Basílico 1992, 1994). En el presente siglo, bajo la dirección de Basílico, se realizaron sondeos y excavaciones en El Antiguito y el Pukara de La Cueva entre 2006 y 2007 (Basílico y Ramundo 2006, 2007; Ramundo y Basílico 2007). Y desde el año 2009, debido a la lamentable pérdida de Basílico, las investigaciones siguen bajo la dirección de quien escribe.

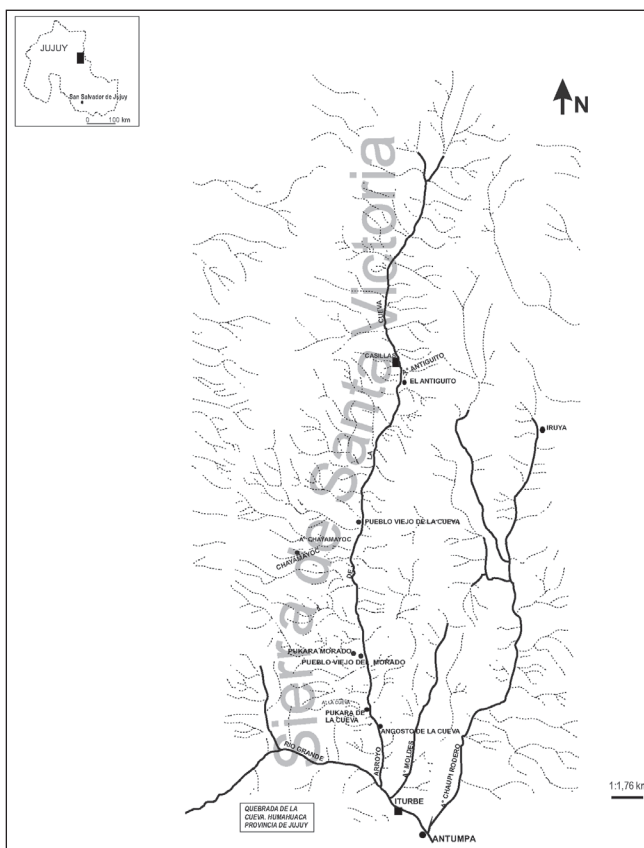


Figura 1. Mapa de la quebrada de La Cueva y sus principales sitios arqueológicos

La quebrada de La Cueva y sus momentos de ocupación

Hasta el momento, desde el punto de vista cronológico, los datos que se brindaron sobre la quebrada de La Cueva fueron escasos.

Algunos autores, con quienes se concuerda, destacaron que las ocupaciones en la quebrada se podrían encuadrar dentro del período de Desarrollos Regionales y posiblemente en el período Incaico (Basflico 1992, 1994; Nielsen 2001). Por ello, Nielsen (1999, 2001) ubica a Pueblo Viejo de La Cueva conjuntamente con Pueblo Viejo del Morado y el Pukara de La Cueva en el período de los Desarrollos Regionales I (entre AD 900 y 1200), mientras el Pukara Morado pertenecería al período Inka (entre AD 1430 y 1536). Nielsen (1999, 2001) además destaca que Pueblo Viejo de La Cueva estuvo habitado desde finales del Formativo final por la datación de Basflico (1992) en 1180 ± 50 AP (770 + 50 d.C. [LP-142]).

Por otra parte, durante los años setenta y ochenta se realizó el relevamiento del arte rupestre del Angosto de la Cueva y Chayamayoc (Fernández Distel 1978, 1983a); instancia en la cual el Angosto de la Cueva fue asignado temporalmente entre los “700 y 800 años D.C.” (Fernández Distel 1978: 52), mientras Chayamayoc fue considerado entre “el 700 y el 1.000 D.C.” (Fernández Distel 1983a: 46) dentro de lo que la autora llamó “Cultura Humahuaca”, posiblemente en un momento “medio” caracterizado por cerámica tricolor (o policroma) que vincula con la “influencia tiawanacota” (Fernández Distel 1983a: 46). En otro artículo adscribe estos sitios a la “Cultura Humahuaca”, y especifica que el Pukara de la Cueva, el Morado y Pueblo Viejo de la Cueva pertenecerían al período Medio o Tardío (Fernández Distel 1983b) (Figura 2).

Sin embargo, pese a la existencia de esta información, el único sitio fechado durante los años noventa había sido Pueblo Viejo de La Cueva, con lo cual el establecimiento de un marco cronológico para el estudio de la quebrada constituía y constituye uno de los desafíos más importantes y primordiales dentro de la presente investigación. Por este motivo, en las excavaciones que se realizaron en el sitio El Antiguito¹ (durante el año 2006) y en el Pukara de La Cueva² (entre 2006 y el presente), se intentó la localización de vestigios que permitieran fechar ambos sitios, siendo la búsqueda totalmente infructuosa para el primero de ellos, y para el segundo fructífera recién en el año 2010, cuando se logró fechar material óseo recuperado en el Recinto n° 45³ durante las excavaciones realizadas por Basflico en 2008 –procedente de uno de los sectores más altos del Pukara– (Figura 3).

Durante marzo de 2010 se encontró dentro del Recinto n° 116 (en uno de los sectores bajos del Pukara)⁴ la primera estructura de combustión (fogón) labrada en la roca madre que permitió obtener el segundo fechado radiocarbónico. En octubre del mismo año, en el Recinto n° 25 (perteneciente al sector alto del Pukara), se descubrió otro fogón de menor tamaño que el del Recinto n° 116, y una pequeña lente de ceniza, lo que permitió un fechado por AMS para la lente y otro convencional para el fogón. El panorama cronológico del Pukara de La Cueva, sitio ubicado en la cabecera sur de la quebrada, se amplía entonces y brinda nuevos horizontes en cuanto a la interpretación del sitio en particular, pero fundamentalmente en relación con la dinámica sociocultural de la quebrada como sector septentrional de la Quebrada de Humahuaca.

De este modo, la perspectiva para la quebrada de La Cueva se abre en varios sentidos (Tabla 1; Figura 4). En primer término, por la cantidad de nuevos fechados radiocarbónicos, luego porque se logran las primeras ubicaciones cronológicas del Pukara de La Cueva, y también debido a que el espectro a nivel ocupacional se amplifica con respecto a cronologías relativas presentadas previamente por otros investigadores.

Al considerar la información precedente se debe pensar que el Pukara de La Cueva había sido ubicado por Nielsen (1999, 2001) dentro de los Desarrollos Regionales I (entre AD 900 y 1200). Sin embargo, por el momento, dicha cronología se extiende hasta los Desarrollos Regionales II y la instancia de presencia incaica en el NOA (dado que no se descarta la existencia de una ocupación en otro sector del Pukara que pudiera ser más temprana y que aún no hemos descubierto).

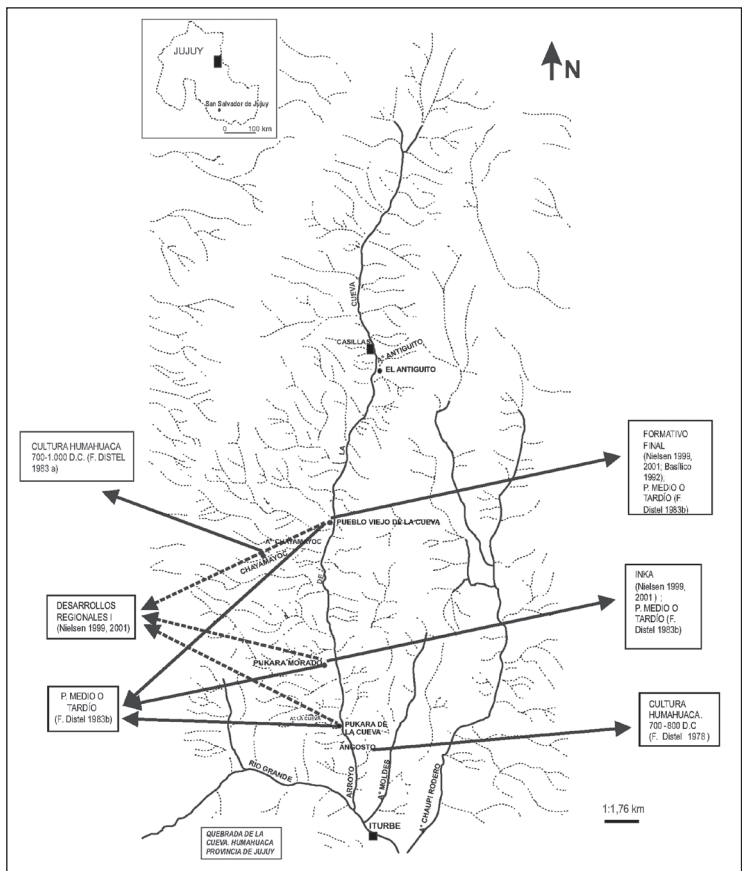


Figura 2. Ubicación cronológica de los sitios de quebrada de La Cueva *sensu* Nielsen (1998, 2001) y Basílico (1992) y Fernández Distel (1978, 1983 a y b)

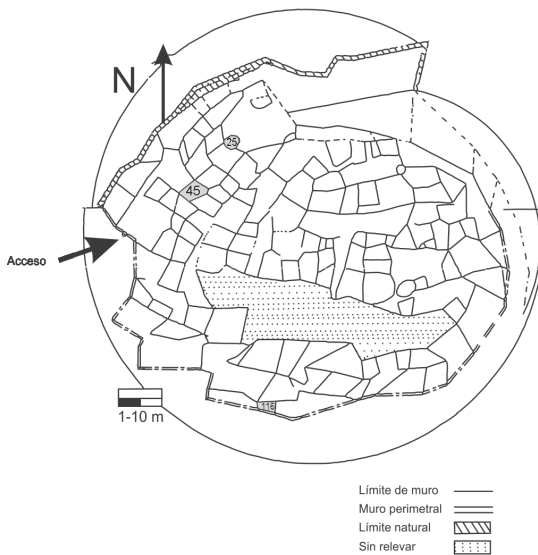


Figura 3. Plano del Pukara de La Cueva con ubicación de recintos excavados y mencionados en este texto (elaborado por Cabrera y Ramundo en base a Basílico 1998)

Tabla 1. Cuadro cronológico de la quebrada de La Cueva (fechados calibrados por gentileza de C. Greco)

| N° de Fechado | Período | Fechado | Calibración | Código | Sitio | Mat. |
|---------------|---------------------------|--------------|--|--------------|---|----------------|
| 1 | Formativo final | 1180 ± 50 AP | Años cal d.C.: 68,2% de probabilidad 874 (68,2%) 988 95,4% de probabilidad 778 (94,2%) 995 1007 (1,2%) 1015 | LP-142 | Pueblo Viejo de La Cueva (HUM. 08) Basílico (1992) | Carbón |
| 2 | Desarrollos Regionales II | 540 ± 60 AP | Años cal d.C.: 68,2% de probabilidad 1395 (68,2%) 1455 95,4% de probabilidad 1312 (11,3%) 1360 1379 (82,9%) 1500 1597 (1,2%) 1611 | LP-2268 | Pukara de La Cueva (HUM. 06) Recinto n° 45 | Óseo |
| 3 | Desarrollos Regionales II | 670 ± 25 AP | Años cal d.C.: 68,2% de probabilidad 1308 (24,2%) 1328 1338 (28,7%) 1361 1379 (15,4%) 1391 95,4% de probabilidad 1298 (95,4%) 1395 | UGAMS # 8561 | Pukara de La Cueva (HUM. 06) Recinto n° 25 | Carbón por AMS |
| 4 | Inka | 460 ± 40 AP | Años cal d.C.: 68,2% de probabilidad 1436 (68,2%) 1497 95,4% de probabilidad 1416 (79,5%) 1511 1552 (0,5%) 1557 1574 (15,4%) 1622 | LP- 2420 | Pukara de La Cueva (HUM. 06) Recinto n° 116 | Carbón |
| 5 | Inka | 450 ± 40 AP | Años cal d.C.: 68,2% de probabilidad 1441 (61,1%) 1499 1599 (7,1%) 1610 95,4% de probabilidad 1425 (72,5%) 1513 1547 (22,9%) 1623 | LP- 2531 | Pukara de La Cueva (HUM. 06) Recinto n° 25 | Carbón |

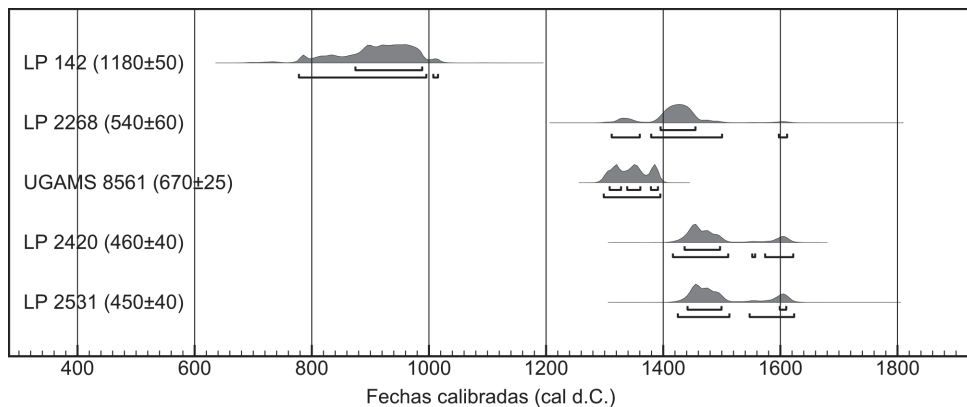


Figura 4. Todos los fechados de la quebrada de La Cueva (HUM.06 y HUM.08) calibrados ShCal04 (McCormac et al. 2004); Software utilizado OxCal v4.1.7 (Bronk Ramsey 2009) (por gentileza de C. Greco)

OCUPACIÓN DEL ESPACIO, CERÁMICA Y CRONOLOGÍA EN LA QUEBRADA DE LA CUEVA

Ocupación de espacio y cronología

En función de nuestro objetivo general para el estudio de la quebrada de La Cueva, que implica interpretar los diferentes procesos sociales acaecidos a lo largo de la ocupación prehispánica de la quebrada, y su integración en el panorama arqueológico Surandino y del NOA, se evalúa en primera instancia el tema cronológico arriba detallado. En este sentido, es necesario destacar que Pueblo Viejo de La Cueva ha brindado evidencia arqueológica que varios autores vincularon con la influencia Tiwanaku en el NOA: vasos con forma de keros (Tarragó 1977, 2010; Basílico 1992) y la presencia de piezas de aleación de oro-plata con formas que recuerdan a la mencionada cultura (González y Baldini 1992; Tarragó 2010). Por otra parte, con respecto a la ubicación cronológica del Pukara de La Cueva, los fechados radiocarbónicos marcan una clara ocupación –por el momento– dentro del PDR II e Incaico (ver Tabla 1).

Desde lo arquitectónico, durante el Formativo final, y tomado por ende el caso de Pueblo Viejo de La Cueva, Basílico mencionó que "Podemos deducir por lo que observamos que el asentamiento no fue muy denso pudiéndolo clasificar como semiconglomerado" (Basílico 1992: 111). Mientras tanto, para la instancia de los Desarrollos Regionales II, y considerando el Pukara de La Cueva –por ser el único estudiado, y cuyos fechados permiten adscribirlo al mencionado período–, se puede mencionar que: a) presenta por lo menos dos o tres murallas (que fueron consideradas defensivas por Casanova [1933: 263]); y se ubica sobre un cerro a más de 3.500 msnm, factor que le permite tanto la visualización del sitio más cercano hacia el norte (el Pukara Morado) y hacia el sur la entrada por el Angosto de La Cueva, como de los kilómetros de campos/cuadros/canchones de cultivo que rodean este espacio arqueológico hacia el norte, este y oeste; b) parte de las estructuras estudiadas hasta el momento (en este sitio con más de 150 recintos en la cúspide) presentan muros (simples y dobles) de piedra sin cantear, asentados con mortero de barro (Figura 5). Y si bien hasta el momento no hemos descubierto evidencias de los techos, debemos destacar que el primer nivel de todos los recintos excavados (siete en total) se trata de un nivel de derrumbe con mezcla de sedimento suelto, piedras de tamaño diverso (muchas de las cuales pertenecen a los muros que colapsaron) y abundantes restos vegetales, lo cual nos hace pensar hipotéticamente en la posible existencia de techos. Por otra parte, aunque por ahora no se han encontrado evidencias de postes internos en los recintos (muchos de los cuales son de tamaños que superan los 4 m por 5 m), su existencia no se puede descartar y en su búsqueda nos encontramos en este momento. En el interior de los espacios habitaciones del Pukara de La Cueva hemos reconocido áreas de actividad diferentes, como probables depósitos –ya que en el Recinto n° 50 se encontró una estructura semicircular (Figura 6) que contenía fragmentos cerámicos y de ocre– y posibles cocinas en forma de fogones. Por otra parte, en el mismo Pukara, las estructuras y/o viviendas se encuentran concentradas de acuerdo con la naturaleza del mismo cerro donde se emplaza el sitio y aparecen sólo separadas por vías de circulación bastante estrechas.

El último aspecto a tratar con respecto a la arquitectura y el espacio tiene que ver con la presencia de una posible senda incaica que atraviesa dicha área (Figura 7), y que ya había sido mencionada como parte del "Ramal Humahuaca Norte" (Raffino *et al.* 1986: 85). Esta evidencia se destaca como rasgo propio de la presencia incaica en la quebrada troncal, cuando se dice: "Uno de los componentes más notables de esta infraestructura fue la red caminera o *Qhapaqñan*" (Nielsen 2007a: 42). Por ello es necesario mencionar que el tramo comprendido entre Iturbe y el Pukara de La Cueva brindó evidencias para analizar micromorfológicamente el sistema vial a lo largo de la quebrada, y de este trayecto se obtuvieron sus características morfológicas y patrones de construcción (de tres a siete hiladas de piedras sin ningún tipo de adherente, así como la rectitud por tramos de más de 1 km). Aunque posiblemente dicho tramo haya sido reutilizado posteriormente

—durante el momento Colonial—, cuando se destaca la existencia de la posta de La Cueva en la localidad del mismo nombre (Carrió de La Vandera [1775] 1985: 88-89). El segundo trayecto, entre el Pukara de La Cueva y Pueblo Viejo de La Cueva, aunque con menor grado de visibilidad, muestra que las principales características de la construcción se mantienen, como también lo hace la adaptación geográfica, propia del camino en todo el Imperio (Cano Moreno 2010).



Figura 5. Muros sin cantear asentados con barro del Recinto N° 45 del Pukara de La Cueva (Foto: Cano Moreno)



Figura 6. Posible depósito semicircular dentro del Recinto N° 50 del Pukara de La Cueva



Figura 7. Senda incaica en la quebrada de La Cueva (Foto: Cano Moreno)

Además, es importante mencionar que al pie del Pukara de La Cueva se localizan tres corrales a los que, por sus semejanzas con los del Pukara de Tilcara, se los ha atribuido hipotéticamente al período Incaico. Sin embargo, aún falta un estudio detallado de dichos corrales que nos permita afirmarlo.

También en lo que respecta al uso del espacio, a nivel intrasitio, es importante señalar con respecto a la funebria que se observan sepulcros bajo el piso de los recintos en los tres enterratorios del Pukara de La Cueva y en dos enterratorios de Pueblo Viejo del Morado excavados por Casanova (1933); así como en el enterratorio secundario excavado por nosotros (Aranda y Ramundo 2010; Aranda *et al.* 2011). Sobre este último se destaca, en cuanto a las condiciones del hallazgo, que la totalidad de los restos estaban completamente mezclados, desarticulados y sin ningún tipo de asociación anatómica, y que habría constituido un entierro secundario múltiple (aunque estaban ubicados en sectores circunscriptos del recinto). Por otra parte, algunos elementos (huesos largos y coxales) fueron hallados formando ángulos de diferentes amplitudes respecto del plano horizontal de la excavación, lo que podría indicar que el conjunto habría sufrido algún tipo de remoción, mezclado con el sedimento, antes de la inhumación final. Además, la mayoría de los restos presenta un estado de preservación muy bueno, con bajas frecuencias de meteorización, por lo que podría afirmarse que no habrían estado expuestos a la intemperie por largos períodos de tiempo (Aranda y Ramundo 2010; Aranda *et al.* 2011). También se piensa que la redepositación de todos los restos en un único conjunto y en el interior del recinto y/o estructura contribuye a subrayar la intención social de mantener una relación de intimidad cotidiana entre vivos y muertos, para consolidar de esa manera los vínculos del pasado social con el presente (Aranda *et al.* 2011).

Asimismo se debe destacar, respecto del uso del espacio, que la quebrada de La Cueva comunica sectores distintos por diversa sendas. En este sentido, de acuerdo con lo que se ha visto en terreno, y con base en Basílico (1992), una de ellas toma hacia el oeste, pasa por el Abra de Cortaderas (4.300 m) y llega hasta Cangrejillos (departamento de Yavi) y de allí a La Quiaca. La otra parte hacia el norte pasa por el Abra de Casillas (4.700 m) luego se desvía hacia el oeste y se une a la senda anterior, unos 10 km antes de llegar a Cangrejillos. Hacia el este parten dos sendas

que se comunican con las localidades de Nazareno e Iruya [Departamento de Santa Victoria, Salta]. Y finalmente, hacia el sur se comunica con otros sectores de la Quebrada de Humahuaca.

Además, la quebrada de La Cueva presenta dos sitios con arte rupestre. El Angosto de La Cueva, al sur de la quebrada, y Chayamayoc, en su sector medio. El primero (actualmente bajo estudio dentro del proyecto de investigación en el que se enmarca este trabajo) había sido mencionado por Fernández Distel (1978). Sin embargo, por el relevamiento que la autora realiza, podría considerarse “un conjunto representativo con un fin propiciatorio para las actividades ganaderas; más precisamente para la ganadería de auquénidos” (Fernández Distel 1978: 50), debido a la alta presencia de representaciones de esta naturaleza (Figura 8).

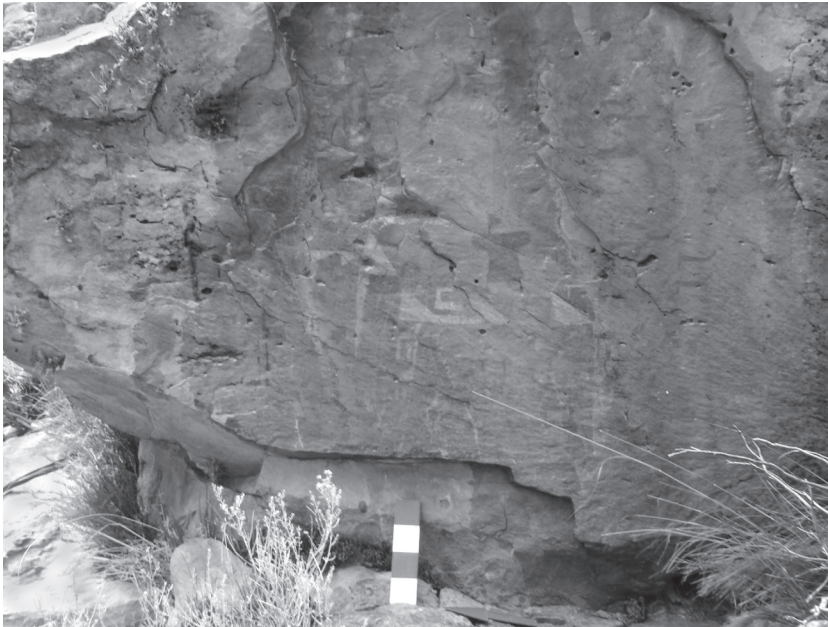


Figura 8. Panel del Angosto de La Cueva con camélidos y antropomorfos (gentileza de Cano Moreno)

Con respecto a Chayamayoc, durante los años noventa se publica una breve mención (Gentile 1995) donde se aclara que, por la presencia de hileras de llamas de dos colores típicas del período Inka, por los “dibujos de indígenas que visten coronas de plumas y armaduras de cuero”, por la traducción del nombre de este sitio del idioma quechua como “lugar de derecho”, y al ser este lugar un sitio ubicado en una ruta de acceso a la Quebrada de Humahuaca –*sensu* Gentile–, este espacio arqueológico señala un punto geográfico del cual los cuzqueños tomaron posesión luego de alguna batalla con los indígenas locales (ilustrada en las pinturas por dos grupos vestidos de manera diferente, con armas y enfrentados en acción bélica) que habrían ganado, dado que en sitios cercanos como Titiconte, Rodero y Coctaca, entre otros, los incas lograron finalmente instalarse (Gentile 1995: 49). Sin embargo, Chayamayoc ha sido considerado por Nielsen (1997b: 363 y 340) como posible jarana⁵ de ocupación prolongada dentro de los Desarrollos Regionales I (A.D. 900-1200), destacando también que allí se visualizan escenas de enfrentamiento entre individuos dotados de marcadores étnicos contrastantes (Nielsen 2001: 245) (Figura 9).

Otro aspecto de importancia, que atañe al uso del espacio de la quebrada, es la presencia de cuadros y campos de cultivo, los cuales ya fueron mencionados por Basílico y actualmente se están analizando en profundidad. Así por ejemplo, en el “sector inferior de la quebrada” (Basílico 2008) las áreas con estructuras agrícolas se ubican solamente sobre la vertiente oriental,



Figura 9. Escenas de enfrentamiento entre individuos en Chayamayoc (tomado de Fernández Distel 1983a: 50-51)

y remontan la quebrada de La Cueva desde el sector sur. Dichas estructuras se visualizan desde la confluencia del arroyo Moldes con el río Grande, antes de la desembocadura de la quebrada de La Cueva, para continuar sobre las laderas de la misma vertiente hasta ingresar al Angosto de La Cueva. Precisamente en este espacio de la quebrada, Basílico oportunamente detectó algunas estructuras agrícolas sobre ambas márgenes. En el “sector medio de la quebrada” (Basílico 2008), luego de atravesar el Angosto de La Cueva y sobre la margen oriental, las estructuras de cultivo continúan hasta llegar a Pueblo Viejo de La Cueva, y ocupan los faldeos de la quebrada de La Cueva misma, subsidiarias, y la ladera occidental. Mientras tanto, en los sectores bajos, cercanos a Pueblo Viejo de La Cueva se revelan terrazas y andenes de cultivo. Por último, en el “sector superior de la quebrada” (Basílico 2008) los sectores agrícolas son casi inexistentes. Con respecto al tema agrícola, también se han comparado nuestros resultados con los obtenidos por Leoni para Antumpa (en la quebrada de Chaupi Rodeo, Figura 1). Allí se encontraron diferencias desde lo cronológico –dado que en esta área de estudio se presentan ocupaciones Formativas–, y algunas semejanzas con respecto al tema agrario. Debido a que en la mencionada quebrada, al igual que en la de La Cueva, se describen espacios agrícolas rectangulares, trapezoidales y cuadrangulares de grandes dimensiones (entre 20 y 30 m de lado), con escaso material arqueológico en superficie, aunque los recintos circulares que se mencionan junto con otros rectangulares, Leoni *et al.* (2011) los encuentra dentro de los canchones (y con posible función residencial), y no adosados, como se han hallado en quebrada de La Cueva.

Otro aspecto económico a destacar dentro del Pukara de La Cueva durante el PDRII, es el alto consumo de llamas, dado que los primeros análisis demuestran un rol importante del agente humano en la formación y modificación de los conjuntos con claros indicadores de actividades vinculadas al consumo, especialmente de camélidos (*Lama Glama*) –absolutamente mayoritarios comparados con los roedores y las aves–. Asimismo, habría existido un procesamiento integral de los camélidos, teniendo en cuenta la representación de casi todas sus partes esqueléticas. Por otro lado, la alta presencia de falanges y huesos del tarso posiblemente se relacione con un bajo índice de fragmentación. La diversidad taxonómica es muy baja, y se piensa que los camélidos fueron los recursos faunísticos principales para esta población, usados con fines económicos (consumo, pastoreo y caza). En lo que respecta a las unidades anatómicas representadas en la muestra del sitio, la abundancia de costillas, falanges y carpianos llevó a Valladares (2010) a postular que el sitio podría evidenciar un posible lugar de descarte o procesamiento de unidades óseas.

3.2. Cerámica y cronología

3.2.1. El material cerámico asociado al fechado de Pueblo Viejo de La Cueva (HUM.08), 1180 ± 50 años AP (LP-142) [Período Formativo final]

De acuerdo con los trabajos realizados en HUM.08, se ha destacado que la cerámica, indudablemente, pertenece al estilo Isla. “Esto se da como consecuencia de los contactos intersitio que sin duda mantuvieron estos pueblos. Con la edad radiocarbónica de 770 ± 50 d.C, podemos asegurar la ubicación cronológica de esta sociedad en el Período Medio y como consecuencia también del estilo Isla” (Basílico 1992: 126).

Basílico analiza la cerámica del sitio desde un punto de vista “tecno-tipológico” y “tecno-morfológico”. Efectúa un protocolo de formas cerámicas, una descripción de bordes de recipientes abiertos y cerrados, una determinación de elementos de diseño, el análisis de distintas variables del conjunto cerámico decorado recuperado, tales como producción, morfología, elementos y estructura del diseño. Y compara con material de la colección “Isla” del Museo Etnográfico de Buenos Aires destacando la presencia de cerámica perteneciente al estilo “Isla” (Basílico 1992). También analiza macroscópicamente las pastas cerámicas (Basílico 1994) mediante el armado de estándares y grupos cerámicos, correlacionando composición de pastas con morfología y decoración, comparando con estándares de la Quebrada de Humahuaca y de Puna para tomarlo como posible evidencia de contactos entre regiones. Encuentra cerámica con puntos blancos semejantes a los de Quebrada de Humahuaca (como recuperara Debenedetti [1919]), Puna (Krapovickas *et al.* 1979) y en San Pedro de Atacama (Chile). Por lo tanto, al confrontar con la Quebrada de Humahuaca y Puna se afirma que “las de Pueblo Viejo de la Cueva corresponderían a la tradición tecnológica de pastas denominadas Yavi con indudables características locales” (Basílico 1994: 161). Se concluye que hay pastas que presentan similitudes con estándares de la Quebrada de Humahuaca estudiados por Cremonte (1991), lo que lleva a pensar que podrían pertenecer a la misma tradición tecnológica, y por eso se plantea la existencia de contactos entre estas áreas; aunque se destaca que los recipientes del sitio poseen características locales propias en cuanto a los componentes y a la manufactura de la pasta. También se menciona la semejanza en morfología y diseño pintado con piezas “Isla” y “Alfarcito”, pero se considera que los ceramistas del sitio realizan su propia recreación al combinar los elementos del diseño para decorar piezas. Otras pastas difieren de las de Quebrada de Humahuaca y conducen a pensar en la existencia de una industria de manufactura local (Basílico 1994) (Figura 10).

3.2.2. El material cerámico asociado al fechado del Pukara de La Cueva (HUM.06), 540 ± 60 años AP (LP-2268) [Período de los Desarrollos Regionales II]

Los materiales cerámicos recuperados del Nivel I del Recinto^o 45 que se encuentran asociados al fechado constan principalmente de tiestos decorados y sin decorar en baja densidad (corresponden al 13,5% de la población cerámica total de dicho recinto)⁶. Estos presentan variabilidad desde lo morfológico y en el tratamiento de la superficie. En este sentido, se recuperaron un asa (en correa), cuatro fragmentos de bases (plano-cóncavas), 111 fragmentos de cuerpos y trece fragmentos de bordes (evertidos, invertidos y rectos). Sobre los tratamientos de la superficie, la mayoría de los ejemplares se encuentran pintados, aunque también los hay pulidos, y en algunos pocos casos engobados o alisados; algunos tiestos presentan, sobre el tratamiento de superficie, evidencia de hollín. Varios fragmentos muestran decoración de momentos tardíos de tipo geométrica lineal en Negro y Blanco sobre Rojo, así como en Negro sobre Rojo, otros reticulados de mallas gruesas y finas Negro sobre fondos rojizos. También aparecen los llamados “maniformes” o “peines”, diseños presentes en estilos del PDR II (Nielsen 1997a; Runcio 2010, entre otros). Se recuperaron además tiestos con “brochadas/pinceladas”, tanto externas como internas, en morado sobre rojo (Ramundo 2011a) (Figura 11).



Figura 10. Piezas de Pueblo Viejo de La Cueva analizadas por Basílico (1992), vinculadas al estilo “Isla” y asociadas al Fechado n° 1



Figura 11. Cerámica asociada al Fechado n° 2, concordante con material de momentos Tardíos de la Quebrada de Humahuaca

Desde el punto de vista estilístico, este nivel y el subsiguiente presentan semejanzas con los estilos de momentos tardíos de la Quebrada de Humahuaca y sus quebradas aledañas, algo totalmente concordante con el fechado del Nivel I mencionado anteriormente, que permite vincular la quebrada de La Cueva con la Quebrada de Humahuaca (Ramundo 2011a y b).

3.2.3. El material cerámico asociado al fechado del Pukara de La Cueva (HUM.06), 670 ± 25 años AP (UGAMS # 8561) [Período de los Desarrollos Regionales II]

El material cerámico directamente asociado a este fechado (del Nivel II del Recinto n° 25) incluye cuatro tiestos de cuerpos chicos y muy chicos, lo cual habla de un alto nivel de fragmentación e impide hablar de las formas presentes (dado que por remontaje realizado nada se ha obtenido). La dureza de los fragmentos –todos carentes de decoración– es baja (dos en la escala de Mohs) y sus espesores varían entre 0,5 cm y 0,7 cm. Tres de ellos presentan pintura morada externa (Hue 10 R 3/3) e interior engobado (Hue 2,5 YR 6/6, 5/6 y 6/4) (y uno de ellos tiene hollín externo). El tiesto restante posee un tratamiento de la superficie externo pulido (Hue 7,5 YR 5/6) y el interior engobado (Hue 7,5 YR 7/4). Los otros materiales cerámicos del citado Nivel II corresponden a fragmentos de cuerpos pintados con morado (muchos de los cuales presentan hollín en superficie externa, al igual que los fragmentos ya descritos), bases plano-cóncavas, algunos fragmentos con reticulado Negro (Hue 2,5 YR 4/4) sobre Rojo (Hue 2,5 YR 4/8). Fragmentos con las mismas "brochadas/pinceladas" moradas sobre rojo antes detalladas en la cara interna. Dominan los bordes evertidos de labio redondeado y/o aplanado y las asas en cinta. Es destacable un fragmento de borde invertido de labio aplanado (diámetro 14 cm) que internamente se encuentra pintado y pulido (Hue 2,5 YR 5/6) y con pintura negra en labio (Hue 2,5 YR 4/4), y externamente pintado con negro (Hue 2,5 YR 2/4) sobre morado (Hue 2,5 YR 4/8) (Figura 12).

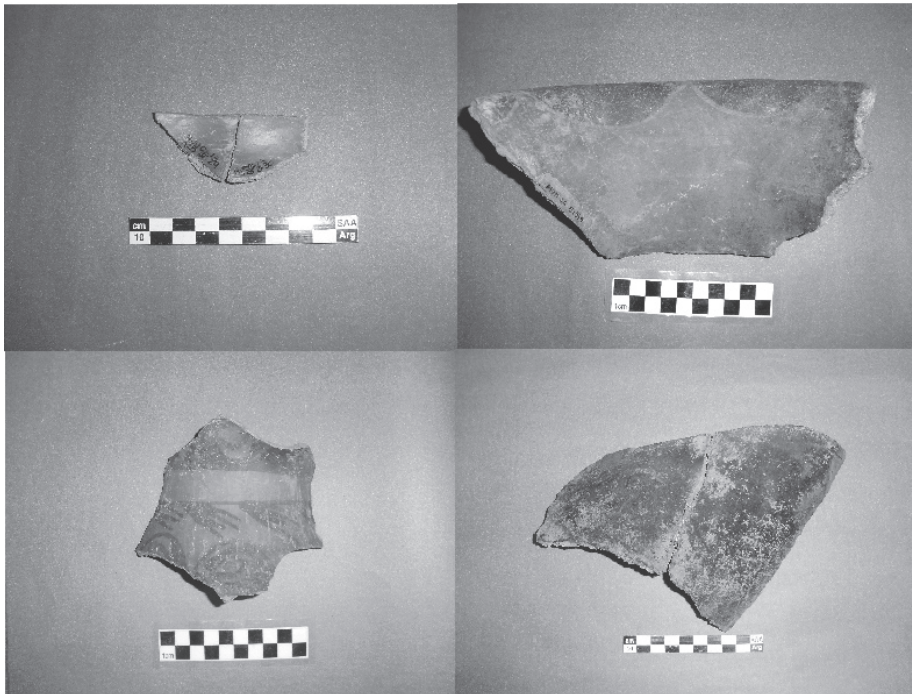


Figura 12. Borde invertido de labio aplanado internamente pintado y pulido; fragmento con semicírculos en Negro y Blanco sobre Rojo; fragmento con volutas y “maniformes”; posible borde de vasija vasijas conocidas como “Plainware asymmetric vessel”

3.2.4. Características del material cerámico asociado al fechado del Pukara de La Cueva (HUM.06), 460 ± 40 años AP (LP- 2420) [Período Incaico]

La cerámica directamente asociada al fogón del Recinto n° 116 (Nivel I) se compone de tres fragmentos de cuerpo, de los cuales dos presentan pintura morada externa (Hue 2,5 YR 5/4) con espesor de 0,6 cm y tamaño chico (menor de 5 cm por 4 cm). Uno posee tratamiento de la superficie con engobe externo anaranjado (Hue 2,5 YR 5/8) e interno alisado (Hue 2,5 YR 5/3), con espesor de 0,8 cm y tamaño mediano (menor de 9 cm por 6 cm). Y como único caso, dentro del mencionado fogón, se recuperó una vasija en miniatura (casi completa, porque sólo le falta el asa), la cual presenta con acabado de la superficie en rojo pulido (Hue 2,5 YR 6/8)⁷ y contenido que será analizado a posteriori (Figura 13).



Figura 13. Vasija miniatura que apareció dentro de fogón del Recinto n° 116 (Pukara de La Cueva)

El resto de los materiales del citado Nivel I corresponde a fragmentos de cuerpo (92 en total) con pintura morada externa, incluso algunos presentan la misma pintura en “brochadas/pinceladas” internas (Hue 2,5 YR 3/6) todos sobre tonos anaranjados. Alguno de estos presenta mica dorada visible en superficie (posiblemente var. Muscovita), a los que se suman tres bases plano-cóncavas de diámetros variados, pero no calculables por el tamaño tan pequeño. Bordes evertidos (seis) y rectos (tres) de labios aplanados y redondeados, la mayoría de los cuales tiene pintura morada (con el mismo color anteriormente descrito) como tratamiento de la superficie. Además, se recuperó un asa con pintura morada y morfológicamente en cinta.

De este mismo nivel se extrajeron algunos ejemplares con decoración Negro sobre Morado/Rojo, otros con “brochadas/pinceladas” moradas, y algunos con Interior Negro Pulido. Así como fragmentos con decoración Negro y Blanco sobre Rojo en semicírculos en borde interno (Figura 12), y reticulados Negro sobre Rojo de malla gruesa semejantes a los estilos tardíos “Hornillos Negro sobre Rojo” y “Tilcara Negro sobre Rojo” de Bennett *et al.* (1948), vistos también por Nielsen (1997a: 111) para la Fase Sarahuaico; así como aparece un fragmento con volutas y “maniformes” (Figura 12).

Además, se recuperó parte de una vasija con hollín externo, cuyo borde no responde a los criterios explicados en las convenciones usualmente empleadas (por ej. Convención Nacional de Antropología 1966), y que se asemeja a las vasijas conocidas como “calceiformes” o “*Plainware asymmetric vessel*” (Bennett *et al.* 1948: 27) (Figura 12). También se recuperó otro tiesto con interior y exterior rojo pulido (Hue 2,5 YR 5/8) de espesor 0,6 cm, y un fragmento de cuerpo reticulado

Negro (Hue 2,5 YR 2/4) sobre Rojo (Hue 2,5 YR 4/8) de malla amplia (línea promedio: 0,7 cm) con interior alisado.

3.2.5. Características del material cerámico asociado al fechado del Pukara de La Cueva (HUM.06), 450 ± 40 años AP (LP- 2531) [Período Incaico]

Los materiales cerámicos que se encontraban asociados a este fechado del Nivel II del Recinto n° 25, y que formaban parte de un Rasgo (n° 1), corresponden a tres tiestos de cuerpo muy chicos (menores a 2 cm por 2 cm, lo cual indica alto nivel de fragmentación, algo constante dentro del Recinto n° 25), cuyos espesores varían entre 0,6 y 1 cm. Uno de ellos tiene un acabado de superficie tosco, y los otros dos están pintados con morado (con los mismos colores externos que los tiestos descriptos para el Fechado n° 3). La particularidad es que uno de dichos fragmentos presenta abundante tiesto molido visible a ojo desnudo. El resto del material asociado al Nivel II del mencionado recinto ya fue descripto líneas arriba con la explicación del Fechado n° 3.

3.2.6. Características del material cerámico del sitio El Antiguito

Los trabajos preliminares en El Antiguito dan cuenta de un material cerámico con alto nivel de fragmentación, como posible consecuencia del saqueo que ha sufrido el sitio, en el que fueron reconocidos 65 pozos de huaqueo. La muestra asciende a 1.838 tiestos (1.669 cuerpos, 27 asas, 36 bases y 106 bordes), la mayoría de los cuales se presentan pintados; y son escasos los ejemplos con decoración. Se trata de bordes evertidos y pequeños fragmentos de cuerpo con decoración geométrica reticulada en Negro sobre Rojo (en la cara interna de bordes de tiestos) dentro de triángulos isósceles. Este tipo de decoración reticulada triangular en la parte interna de bordes ya ha sido descripta por Bregante (1926: 166) para el sitio La Isla. Del mismo modo Nielsen (1997a: 130) lo considera “Negro sobre Rojo reticulado fino de malla abierta en campos triangulares”, haciendo referencia a lo encontrado por Debenedetti también en el sitio La Isla de Tilcara. Sin embargo, dentro del conjunto, predomina una posible decoración en “brochadas/pinceladas” moradas, ubicada generalmente en la cara interna sobre una base engobada⁸. Este mismo tipo de decoración también se encuentra en el Pukara de La Cueva y en hallazgos aislados de Pueblo Viejo del Morado.

Desde el punto de vista de la manufactura, en El Antiguito, predomina la técnica del rodete, y se registran piezas con inclusiones de mica dorada (posiblemente var. Muscovita) visibles superficialmente (característica tecnológica probablemente semejante a piezas procedentes de la Puna). Morfológicamente, las bases son plano-planas o plano-convexas, las asas remachadas (en correa y acintadas), mientras los bordes predominan en la modalidad de evertidos y, en menor proporción, verticales. Además, casi la mitad de las bases se presentan quemadas o con abundante hollín, con lo cual podrían haber cumplido una función culinaria en algún momento. Con respecto a las reconstrucción de formas, se ha recuperado un borde evertido de una vasija mediana con decoración interna en borde reticulado Negro sobre Morado, y una olla pequeña sin decoración con un asa oblicua (por lo menos), sin presencia de hollín (semejante a las asas oblicuas presentes en piezas de las colecciones “André” del sitio Huacalera y “San José” del sitio Keta Kara –ambos sitios de la Quebrada de Humahuaca–; así como similar a las asas asimétricas presentes en el estilo Yavi (Ávila 2006, 2009) (Figura 14).

DISCUSIÓN

Sobre la ocupación del espacio

Los planteos sobre la ocupación del espacio en la quebrada de La Cueva fueron postulados por otros investigadores del NOA de manera indirecta (es decir, en tanto nuestra área de estudio



Figura 14. Posible olla pequeña con un asa oblicua (Sitio: El Antiguito)

es quebrada subsidiaria de la troncal). Y, a pesar de que la Quebrada de Humahuaca ha sido estudiada por varios investigadores (Palma 1998, 2000, entre otros), en el presente trabajo se opta por tomar como base, fundamentalmente, las investigaciones de Nielsen, por considerar que se trata de uno de los estudios más completos al respecto, y que aborda además la quebrada de La Cueva. En este sentido, en función de los trabajos de Nielsen (2007a y b) sobre la Quebrada, el autor propone (así como otros autores también lo plantean [Tarragó 2006 y 2010]) que:

A fines del primer milenio de nuestra era llegaron a la Quebrada ecos de la lejana civilización de Tiwanaku [...] Esta influencia se manifiesta en la presencia de algunos objetos que tal vez hayan sido importados de aquellas tierras -algunas piezas de cerámica- o que recuerden a aquella cultura por su forma, estilo o iconografía, por ejemplo, vasos libatorios (*keros*) y pequeños ornamentos de metal con forma de ave o llama (Nielsen 2007a: 26-27).

Considerando lo anterior, es necesario mencionar que Pueblo Viejo de La Cueva brindó evidencia –mencionada previamente– que se puede vincular con la influencia Tiwanaku en el NOA (vasos con forma de *keros*; piezas de aleación de oro-plata con formas que recuerdan a la mencionada cultura, etc.).

Para el PDR II, es decir en el siglo XIII (cuando el Pukara de La Cueva estaba efectivamente ocupado), *sensu* Nielsen (2007a), se produjeron una serie de cambios importantes en la distribución y localización de los sitios, los cuales marcarían el comienzo de la fase II o Tardía del PDR. El autor menciona que las porciones altas y medias de las quebradas tributarias del valle principal se abandonaron como lugares de residencia permanente, aunque continuaron ocupándose esporádicamente como zonas de tránsito o áreas de caza o pastoreo estacional. Con respecto a esta propuesta, considerando sólo la realidad conocida y estudiada por nosotros –es decir, el Pukara de La Cueva– se piensa que la situación pudo ser sutilmente un poco diferente a la del resto de los sitios de estas porciones altas de las quebradas tributarias de Humahuaca –que menciona Nielsen (2007a)–, dado que los fechados radiocarbónicos obtenidos muestran una clara ocupación del Pukara (de 1 ha de extensión) justamente en el PDR II. Y por el momento, no parecería ser simplemente una ocupación de carácter esporádico, a pesar de que la quebrada de La Cueva es en

sí misma una zona de tránsito y/o interacción⁹ (Ramundo y Damborenea 2011), lo que ayudaría a inclinar la balanza hacia una ocupación de esa naturaleza.

Además, si se considera el marco planteado por Nielsen, el autor destaca que los sitios que se desarrollaron durante el PDR II “se ubicaron estratégicamente, a juzgar por el dominio visual que ejercen sobre el entorno y sus dificultades de acceso, [...] reforzado por la construcción de murallas o parapetos” (Nielsen 2007a: 28); algo que también reafirma Palma (2000: 33) cuando presenta su modelo de urbanismo en Humahuaca. Y señala que durante el PDR aparece un tipo de instalación “Sobre Elevado Concentrado”, que consiste en grandes sitios ubicados en altura, de difícil acceso –entre los que destaca el Pukara de La Cueva–, con la única ventaja –para el autor– de la protección ofrecida ante posibles agresiones externas por la altura, la rispidez del terreno y la presencia de “muros defensivos”. Sobre estos destaca que, si bien varios de ellos fueron intencionalmente fortificados, mayormente estas defensas son aparejos de contención para prevenir derrumbes, como consecuencia de la constitución disgregable de los cerros (Palma 2000: 34). En este sentido, lo que se quiere destacar es que el Pukara de La Cueva presenta por lo menos dos o tres murallas, que ya fueron mencionadas, y se ubica a una altura considerable. Este factor le permite la visualización del sitio cercano (el Pukara Morado) y de los campos de cultivo que rodean el Pukara (y que aún no han podido ser fechados), y el control hacia el sur del Angosto de La Cueva.

Además se quiere destacar, del planteo de Nielsen, que la inseguridad, asociada a un estado de guerra endémica, fue la principal causa del cambio en los modos de asentamiento (Nielsen 2007a: 30), situación que remarca a través de varios factores, como la proliferación de armas y los cambios de diseño, así como las representaciones de guerreros o escenas de combate en el arte rupestre. Y sobre este punto, es necesario destacar para nuestra quebrada que, si bien no se considera que se haya producido un desdoblamiento del Pukara de La Cueva durante el PDR II, sí sería posible plantear que estando en una situación de guerra endémica o de inseguridad, justamente el Pukara, ubicado en la entrada septentrional de la Quebrada de Humahuaca (es decir, la quebrada de La Cueva), no podía dejarla desprotegida frente a posibles situaciones bélicas, y que por ello, en aquel momento, su población no abandonó el sitio. No hay que olvidar además que la quebrada de La Cueva vincula muchos sectores por diversa sendas –ya mencionadas–: con la Puna hacia el norte, con Selvas Occidentales hacia el este, y al sur con otros sectores (medio e inferior) de la Quebrada de Humahuaca.

Por otro lado, siguiendo esta línea de pensamiento con respecto a las representaciones rupestres, a pesar de que Chayamayoc no ha podido ser fechado de manera absoluta, se pone de manifiesto para algunos investigadores que este espacio muestra escenas de combate y presencia de guerreros, tal como Nielsen (2007a) planteaba para el PDR II. Este factor permitiría ubicar tentativa o relativamente el sitio arqueológico antes del período Incaico que mencionaba Gentile (1995). Además, es imperioso considerar que problemáticas tales como si las representaciones rupestres son realistas o si se trata de categorías aún no están resueltas, así como también se debe tener en cuenta que todavía falta investigar, para el caso de la quebrada de La Cueva, si sus habitantes formaban parte de un mismo grupo identitario y/o étnico con la Quebrada de Humahuaca (y en ese caso, preguntarnos de qué se estaban defendiendo dentro de la misma Quebrada, si entendemos que nuestra quebrada es su prolongación septentrional) o si se trataba de identidades/etnias diferentes respecto de la Quebrada de Humahuaca en sí y/o también diferentes grupos dentro de la misma quebrada de La Cueva; lo cual podría explicar el uso del Pukara como espacio defensivo. El estudio de los aspectos identitarios es un tema complejo del que posiblemente se obtendrá respuesta con el análisis de múltiples variables, tales como la cerámica, lítico, arquitectura, entre otras.

También, con respecto al uso del espacio para el PDR II, “Es común encontrar sepulcros bajo el piso de los recintos, lo que revela una estrecha convivencia entre vivos y muertos en el mundo doméstico” (Nielsen 2007a: 33). Con respecto a esta cuestión, se destaca que dicho fenómeno se puede encontrar en muchos sitios desde momentos más tempranos. Pero en nuestro lugar de

trabajo se observa tal aspecto en los tres enterratorios del Pukara de La Cueva y en dos de Pueblo Viejo del Morado, todos excavados por Casanova en los años treinta, así como en el enterratorio secundario excavado por nosotros, que ya fue mencionado.

Sumado a todos estos temas, se considera que la concentración de población en el PDRII habría llevado a extender las áreas agrícolas (Nielsen 2007a: 33), y esto se observa en la quebrada de La Cueva a través del análisis de los tres sectores en que Basílico (2008) dividió la quebrada. Y aunque aún se desconoce la cronología de estos múltiples espacios dedicados a la agricultura (aunque se está trabajando en este tema en base a las publicaciones de Albeck [2006], entre otros), no se puede dejar de mencionarlos.

Si además se considera otro aspecto económico destacado para el PDRII, el alto consumo de llamas (Nielsen 2007a: 34), esto se reafirma en los estudios del Pukara (Valladares 2010). Sin embargo, somos conscientes de que este tema del consumo de llamas es totalmente relativo y un indicador poco eficiente por el momento; dado que se comprende que mejor evidencia se podrá presentar cuando dos sitios dentro de la misma quebrada, y con cronologías distintas, puedan ser fechados para comparar el índice de consumo de dicha especie.

Por último, con respecto a la ocupación del espacio en la quebrada, se debe mencionar que, para el período Incaico, otros autores señalan un desdoblamiento de la Quebrada de Humahuaca, que habría implicado que parte de esa población fuera destinada a zonas dedicadas a la producción de excedentes agrícolas para uso del estado, como el sistema de terrazas al norte de la Quebrada (Coctaca-Rodero) y valles adyacentes hacia el norte y el este (Nielsen 2007a: 40). Al considerar estos postulados, es necesario señalar nuevamente que, en la quebrada de La Cueva, la presencia de cuadros y terrazas de cultivo se extienden a lo largo de casi 50 km, aunque la mayoría se concentran en el “sector medio de la quebrada” (Basílico 2008), que es el área que mayor cantidad de sitios habitacionales presenta (Pukara de La Cueva, Pueblo Viejo del Morado, Pukara Morado y Pueblo Viejo de La Cueva). Esto podría implicar que: a) el uso de dichos sitios es simplemente una continuidad de momentos precedentes y se intensifica durante el período Incaico; b) que la presencia de estos campos de cultivo es solamente producto de este período Incaico de intensificación agrícola. Sin embargo, para poder confirmar alguno de estos dos postulados debemos encontrar evidencias materiales que justifiquen la adscripción de dichos espacios agrícolas a uno de los dos momentos o a ambos (tarea sobre la que nos enfocaremos en los próximos trabajos de campo).

En lo que atañe a los aspectos arquitectónicos de los sitios que conforman la quebrada se destaca que, para el Formativo final, y en el caso de Pueblo Viejo de La Cueva, Nielsen menciona para la Quebrada de Humahuaca que “Edificaron con piedra, barro, cardón y paja. Las habitaciones, que en un comienzo eran circulares, fueron luego reemplazadas por formas rectangulares” (Nielsen 2007a: 25), tal como describe Basílico (1992: 111) para Pueblo Viejo, como ya se expresó líneas arriba. Para la instancia del PDRII, mientras tanto, se pueden destacar algunas similitudes con respecto al modelo planteado por Nielsen (2007a), aunque las comparaciones se limitarán al Pukara de La Cueva. En este sentido, se acuerda con el autor en que los asentamientos de esta época son muy homogéneos, dado que, según lo que el describe para Quebrada de Humahuaca, “Tenían muros de piedra sin cantear asentadas con barro y techos de madera de cardón con aislación de torta” (Nielsen 2007a: 33) y, como se ha explicado para el Pukara, parte de las estructuras estudiadas hasta el momento (en un sitio con más de 150 recintos en la cúspide) presentan muros (simples y dobles) de piedra sin cantear asentados de la manera descrita. Y si bien no se han descubierto aún evidencias de los techos, se debe mencionar que el primer estrato –ya descrito– hace pensar hipotéticamente en la posible existencia de techos como los arriba mencionados. Por otra parte, y como ya fue detallado, si bien no se han encontrado evidencias de postes internos en los recintos, su existencia no se puede descartar, y en su búsqueda nos encontramos en este momento; dado que, tal como se destaca, “Cuando las habitaciones eran muy grandes, se erigían columnas de mampostería en su interior de modo de apuntalar los techos” (Nielsen 2007a: 33).

De igual modo que se describe para este momento en otros sitios de la Quebrada de Humahuaca, en el Pukara de La Cueva ya se ha destacado la existencia de "casas" con varias habitaciones (dos o tres) "... intercomunicadas y reducidos espacios exteriores, ocasionalmente cercados a modos de patios..." (Nielsen 2007a: 33). Pero en el interior de los espacios habitaciones (al igual que en la Quebrada troncal [Nielsen 2007a: 33]) dentro de Pukara se han reconocido áreas de actividad diferentes, como probables depósitos y posibles cocinas en forma de fogones. Por otra parte, en el mismo sitio, al igual que en otros sitios del PDR II dentro de la Quebrada, "las viviendas se encontraban apiñadas según caprichos del terreno, separadas sólo por calles estrechas" (Nielsen 2007a: 33). Dado que los estudios arquitectónicos en el Pukara aún están en sus comienzos, no es posible adscribirlos todavía a ninguna de las categorías de Nielsen (2007a: 40): "sin núcleo" (pequeños, sin plaza), "mononucleares (medianos con área pública) y "polinucleares" (grandes, con varios espacios públicos).

Finalmente, al hablar de la presencia incaica en la Quebrada de Humahuaca se destaca que

Algunos de los principales asentamientos (...) parecen haber sido abandonados por completo (...). Es probable que parte de esta población haya sido destinada a zonas dedicadas a la producción de excedentes agrícolas para uso del estado, como los complejos de terrazas construidos en el extremo norte de la Quebrada (Nielsen 2001: 215, 2007a: 40).

En este sentido, si bien Nielsen no menciona la quebrada de La Cueva en dicho extremo norte, se piensa que podría ser considerada en este aspecto debido a la magnitud que representan kilómetros y kilómetros de espacios agrícolas dentro de nuestro sector de estudio. Por otra parte, además se destaca: a) la presencia de la posible senda incaica, y b) que el Pukara Morado pertenece al período Incaico (Nielsen 2001: 220), aunque para poder contrastar dicha idea es imperioso avanzar en los estudios de ese sitio en los sucesivos trabajos de campo.

Sobre el material cerámico

Con respecto al análisis de la variabilidad y circulación de la cerámica a lo largo del tiempo dentro de la quebrada de La Cueva, se destaca que por lo menos hay evidencia de ocupación de la quebrada de La Cueva desde el Formativo final hasta el período Incaico. Esto se pudo observar no sólo por los estudios preliminares de Basílico (1992, 1994) en Pueblo Viejo de La Cueva (donde menciona la presencia de cerámica estilo "Isla, Alfarcito y Yavi", y da a conocer el fechado LP-142: 1180 +/- 50 AP [770 +/- 50 d.C.]), sino también a través de los fechados radiocarbónicos obtenidos sobre muestras del Pukara de La Cueva, correspondientes al PDR II e Incaico.

Como se puede apreciar, la evidencia para los momentos atribuibles al Formativo final dentro de la quebrada de La Cueva se centra en el material recuperado en Pueblo Viejo de La Cueva, el cual presenta cerámica estilo "Isla" concordante con el fechado, así como también pastas semejantes con las "Yavi" (de la zona de Puna) pero con características locales, y con pastas de la Quebrada de Humahuaca también con características locales de La Cueva. Además, se destaca la semejanza con estilos como "Alfarcito", pero se aclara que los diseños de este estilo han sido resignificados a nivel local. Finalmente, se hace referencia a la existencia de tiestos de manufactura propiamente local. Por otra parte, El Antiguito ha brindado evidencia, a nivel estilístico, de material que podría asignarse al estilo "Isla" (Ramundo y Sanz 2012).

Para momentos posteriores, se debe mencionar al Pukara de La Cueva (con dataciones absolutas), dado que, por el momento, los estilos cerámicos de este sitio parecen vincularse a la tradicional cerámica pintada pulida con diseños negros sobre fondo rojo, asignados al PDR II (Nielsen 1997a y 2007a; Palma 1998; Runcio 2010, entre otros autores). Sin embargo, consideramos que el trabajo con los materiales de estilo "Isla" debe continuar, porque este sitio no se excavó

en su totalidad, y porque la realidad de otros yacimientos arqueológicos dentro de la quebrada de La Cueva presenta claras vinculaciones con dicho estilo. Por otra parte, el momento “Isla” se encuentra actualmente en discusión debido a lo controvertido de fechados que lo sitúan –en algunos casos– con posterioridad el período Formativo (Otero y Mercolli 2008).

En líneas generales, observamos que tanto para el PDRII como para el Incaico predominan las cerámicas pintadas en morado (algo que se está estudiando, pero que podría responder al uso de ciertos pigmentos –si se demuestra que son útiles a dicho fin– que dominan en el propio sustrato de la quebrada), así como las piezas que presentan “brochadas/pinceladas” en el mismo morado sobre fondos rojizos, y que se plantea a modo de hipótesis que responderían a alguna marca identitaria, aunque para contrastarlo se debe avanzar en las investigaciones. Por otra parte, es necesario destacar que la presencia de estos estilos pintados morados y con brochadas están presentes en el Pukara de La Cueva (para ambos momentos, PDRII e Incaico), así como en El Antiguito.

Consecuentemente, a partir de los estudios realizados en esta primera etapa se abren nuevas instancias en la investigación, las cuales nos marcan la necesidad de estudiar diferentes estilos presentes en colecciones de otros sitios de la Quebrada de Humahuaca, y de otros sectores cercanos al área de estudio.

Si consideramos además a la Quebrada de Humahuaca en general, debemos aclarar que, con respecto a la cerámica, se ha destacado que luego del 1200 d.C.

los diseños son propios de la Quebrada. Sin pretender otorgar a estos objetos el rango de insignias o emblemas identitarios, parecería que en la sencilla experiencia de comer y beber de estas vasijas, en el siglo XIII hay un cambio en la concepción que las personas tienen de sí mismas, en las fronteras que establecen entre ‘nosotros’ y ‘ellos’ (Nielsen 2007a: 34).

Por ello se destaca, además de lo dicho –con respecto a la manufactura posiblemente local de algunos estilos (pintados en morado y con “brochadas/pinceladas” moradas)–, que los estudios iniciales de las pastas cerámicas por medio de petrografía de materiales del Pukara de La Cueva y El Antiguito (a cargo de Cremonte), han dado una predominancia casi absoluta de las pastas locales, es decir, propias de la Formación Puncoviscana (Cremonte y Ramundo 2011). Con este resultado preliminar se comenzaría a contrastar en parte una de nuestras hipótesis del proyecto general, respecto de la existencia de una cerámica de manufactura local que expresa la identidad de los habitantes de la quebrada de La Cueva. En este caso, específicamente para el Pukara de La Cueva y El Antiguito.

A MODO DE REFLEXIÓN

A lo largo de este trabajo se han presentado y discutido diversas fuentes de información con respecto a la quebrada de La Cueva, sobre la cual se habían tenido hasta el momento datos fragmentarios con respecto a su cronología, ocupación y cerámica. Aquí se intentó presentar mayor información al respecto, especialmente en lo que atañe a los aspectos cronológicos y a los análisis cerámicos de sitios antes no trabajados. Se buscó brindar una mirada global y detallada de las particularidades encontradas hasta el momento en la quebrada de La Cueva, para bosquejar simplemente –en esta primera instancia–, una somera integración a la realidad de la Quebrada de Humahuaca en sus diferentes momentos de ocupación, en tanto ella es parte de su sector septentrional.

Los análisis cronológicos del Pukara de La Cueva han brindado una información que puede ser de utilidad para quienes estudian la Quebrada de Humahuaca y sus diversos sectores, puesto que los resultados presentados aquí podrían complementar modelos de uso del espacio planteados

desde hace tiempo, como por ejemplo el presentado en los trabajos de Nielsen. Dichos estudios nos muestran que, por lo menos, el mencionado sitio ha tenido ocupación desde los Desarrollos Regionales II hasta el período Incaico, algo que se consideraba esporádico para sitios de estas latitudes de la quebrada troncal.

Por otra parte, lo observado hasta aquí con respecto a la cerámica, la arquitectura, las prácticas agrícolas e incluso cuestiones funerarias y de intercambio y/o interacción con otras zonas abre un panorama mayor para la quebrada de La Cueva y su comparación con la Quebrada de Humahuaca y el NOA, y demuestra que la realidad, por lo menos hasta este momento, no difiere en muchos sentidos de los modelos previamente planteados.

Puntualmente, los estudios cerámicos han evidenciado para el Pukara de La Cueva, la presencia de material cerámico del PDR II, semejante estilísticamente al que aparece en la Quebrada de Humahuaca; aunque por los estudios petrográficos preliminares, dicho material sería de manufactura local. Posteriores análisis complementarios (como por ejemplo de fuentes de aprovisionamiento de materias primas cerámicas) ayudarán a resolver más profundamente esta problemática.

Los espacios agrícolas que abundan dentro de la quebrada de La Cueva (campos, cuadros, canchones, etc.) dan cuenta de un espacio de casi 50 km dedicado en gran parte a la agricultura. Sin embargo, sólo las investigaciones cronológicas de tales sitios –que se realizarán a la brevedad–, permitirán llegar a mayores y mejores resultados sobre el momento en que fueron trabajados dichos espacios, y qué función cumpliría tanta producción agrícola con respecto a la población local y eventualmente alóctona.

Los resultados con respecto al período Incaico, no sólo por los fechados absolutos, sino básicamente por la presencia de una posible senda o camino secundario incaico que atraviesa casi por completo nuestra quebrada, brindan nuevas perspectivas en el estudio de los incas en el NOA, y despierta otros interrogantes sobre el por qué y para qué de su presencia en este sector del Tawantinsuyo.

Este trabajo pretendió abrir el panorama de la quebrada de La Cueva a través de nuevos datos y, de este modo, plantear otras perspectivas sobre el estudio de un espacio que se comenzó a estudiar durante los años treinta del siglo XX y que en el primer decenio del siglo XXI presenta aún, y afortunadamente, múltiples desafíos intelectuales por resolver. Lo cual la hace mucho más interesante desde nuestra perspectiva.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a María A. Zaburlín por la lectura crítica de este artículo y sus valiosos aportes, a Catriel Greco por la calibración de los fechados, a Angelina Sanz por las ilustraciones cerámicas, a Fernando Cabrera por su aporte en la confección de mapas y planos. A los evaluadores por sus sugerencias. Al equipo de investigación que dirijo, y a mi familia por su apoyo incondicional. Sin embargo, todo lo escrito es responsabilidad de la autora. Parte de esta investigación fue subsidiada por el UBACyT F404 (2008-2010), el PICT-2007-01538 (2009-2011) y el PIP GI-1122010010060 (2011-2013), los dos últimos bajo la dirección de la Dra. Beatriz Cremonte.

NOTAS

- ¹ Sitio arqueológico ubicado sobre la margen oriental de la quebrada. En la unión de la quebrada homónima con la de La Cueva, sobre una terraza elevada, aproximadamente a 3 m del cauce del colector principal.
- ² Sitio arqueológico ubicado en la confluencia del Arroyo Pucara con el de La Cueva, aproximadamente a 8 km al norte de la localidad de Iturbe.
- ³ De acuerdo con la nomenclatura interna usada por el equipo para denominar a las estructuras/recintos en base al plano de Basílico (1998).

- ⁴ Para la determinación de sectores altos y bajos del Pukara se siguió el planteo de Basílico (1998).
- ⁵ “lugares donde pernoctaban las antiguas caravanas en tránsito” (Nielsen 1997b: 339).
- ⁶ Junto a dicha cerámica también se recuperó material lítico (fragmentos de instrumentos y de lascas –algunas de obsidiana–, una cuenta sin orificio y otras con orificio), fauna (básicamente camélidos), y ocre (fragmentos).
- ⁷ Altura total de la pieza: 4,3 cm; diámetro de boca: 2,9 cm; diámetro máximo: 3,6 cm; diámetro de base: 1,5 cm; diámetro mínimo: 2,2 cm; espesor de la pieza: 0,2 cm (tomado en el borde).
- ⁸ En estos momentos se está analizando la técnica de manufactura de las mismas, ya que se considera que podría ser producto de “pinceladas/brochadas” realizadas con tela o bien mediante la técnica de “pulido en línea” (en la que un engobe espeso fue alisado o pulido con algún instrumento precocción). Además, se plantea que esta clase de “decoración” y/o “marca”, tan presente en la quebrada de La Cueva, podría tener una connotación identitaria.
- ⁹ “Other authors already considered the interaction in the area through: a) the study of the communication channels between Quebrada de La Cueva and the Puna, Quebrada de Humahuaca and the Argentine West Forests zone; b) the presence of ceramics of a similar style to those of Humahuaca and Puna; c) the existence in Quebrada de La Cueva of indicators of the caravan traffic, such as the rock art in Chayamayoc and Angosto de La Cueva. Moreover, we discuss here a different element, found in the low levels of occupation of a building and/or dwelling structure in Pukara de La Cueva, which implies three important aspects: 1- The source of this fossil mollusc shell was far away from the studied area, but within the region always regarded as interactive with Quebrada de La Cueva. The possible source area is restricted to the Andes of Chile north of 26°S, or, less probably, to central Perú north of Cuzco. This species, its matrix type and mode of preservation are common in the Atacama region, and then we confirm through this new evidence the interaction between the two regions (Atacama - Quebrada de La Cueva) already suggested by other authors” (Ramundo y Damborenea 2011: 12-13).

BIBLIOGRAFÍA

- Albeck, M. E.
2006. Sitios agrícolas prehispánicos: la búsqueda de indicadores cronológicos y culturales. *Cuadernos del INAPL* 20: 13-26.
- Aranda, C. y P. Ramundo
2010. Conservación preventiva y protección patrimonial del material bioarqueológico del Pukara de La Cueva. Trabajo presentado en el Simposio N° 4: Aportes de la Bioarqueología para el conocimiento de la dinámica de las sociedades nativas. Estado actual y perspectivas. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Bárcena y Chiavazza (Eds.): 221-226. Mendoza, Argentina.
- Aranda, C., L. Luna y P. Ramundo
2011. Primeros análisis y conservación preventiva del registro bioarqueológico del Pukara de La Cueva (Humahuaca, Jujuy). *Revista de la Asociación Argentina de Antropología Biológica*. En prensa.
- Ávila, F.
2006. Un mundo morado sobre ante. Estudio del estilo cerámico yavi de la Puna Oriental de Jujuy. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
2009. Interactuando desde el estilo. Variaciones en la circulación espacial y temporal del estilo alfarero Yavi. *Estudios Atacameños* 37: 29-50.
- Basílico, S.
1992. Pueblo Viejo de La Cueva (Dpto. de Humahuaca, Jujuy). Resultado de las excavaciones en un sector del asentamiento. *Cuadernos* 3: 108-127.
1994. Análisis de las pastas de fragmentos de Pueblo Viejo de La Cueva y su correlación con la morfología y diseño pintado. Trabajo presentado en *Actas del Taller De Costa a Selva. Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*: 153-176. Jujuy, Argentina.
1998. Relevamiento planimétrico del Pucara de La Cueva (Humahuaca, Jujuy). En M.B. Cremonte (comp.), *Los desarrollos locales y sus territorios*: 245-255. Jujuy, UNJU.

2008. Las sociedades prehispanicas en la Quebrada de La Cueva (Humahuaca, Jujuy). Resultados preliminares sobre la ocupación del espacio. En *Sociedad Argentina de Americanistas, VIº Congreso Argentino de Americanistas*, T, II: 3-18. Buenos Aires, Dunken.
- Basflico, S. y P. Ramundo
2006. Identidad, Patrimonio y Arqueología. Las dificultades de su interrelación en la Quebrada de La Cueva, Provincia de Jujuy, NOA. *Revista Maguaré* 20: 153-176.
2007. Pasado y presente en la Quebrada de La Cueva, Departamento de Humahuaca, Provincia de Jujuy. Resultados arqueológico-antropológicos del trabajo de campo. *Pacarina* 6. En prensa.
- Bennett, W., E. Bleiler y F. Sommer
1948. *Northwest Argentine Archaeology*. Londres, Yale University Publications in Anthropology, N° 38.
- Boman, E.
[1908] 1997. *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama*, T. II, Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Bregante, O.
1926. *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino*. Buenos Aires, Estrada.
- Bronk Ramsey, Ch.
2009. Bayesian analysis of radiocarbon dates. *Radiocarbon* 51 (1): 337-360.
- Cabrera, A.
1958. *Fitogeografía de la Argentina*. Buenos Aires, Peuser.
- Cano Moreno, J.
2010. Análisis morfológico del camino incaico en la quebrada de La Cueva, Departamento de Humahuaca, Provincia de Jujuy. Avances y perspectivas. Trabajo presentado en *Jornadas de Jóvenes Investigadores de Historia Antigua y Precolombina*, Universidad de Buenos Aires, 29. Buenos Aires, Argentina.
- Carrió de la Vandra, A.
[1775] 1985. *El lazarrillo de ciegos caminantes*. Barcelona, Biblioteca Ayacucho.
- Casanova, E.
1933. Tres ruinas indígenas en la Quebrada de La Cueva. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural Bernardino Rivadavia* XXXVII: 255-319.
1934. Los "Pucarás" de la Quebrada de La Cueva. *Revista Geográfica Americana* I (5): 315-320.
- Cremonte, M. B.
1991. Análisis de muestras cerámicas de la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 1: 7-42.
- Cremonte, M. B. y P. Ramundo
2011. Producción local de alfarería en la quebrada de La Cueva (extremo norte de la Quebrada de Humahuaca, Jujuy). Petrografía de las pastas cerámicas del sitio Pukara de La Cueva (HUM. 06). Trabajo presentado en *IIIº Congreso Internacional de Arqueología*. Arica, Chile.
- Debenedetti, S.
1919. Las ruinas prehispanicas de El Alfarcito (Dpto. de Tilcara, Jujuy). *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras* 18.
- Fernández Distel, A.
1978. Un nuevo exponente del arte pictórico de la región Humahuaca: las pictografías del Angosto de La Cueva, provincia de Jujuy, Argentina. *Cuadernos Prehispanicos*: 41-53.

- 1983a. Continuación de las investigaciones en la Quebrada de La Cueva: Chayamayoc (Pcia. de Jujuy) República Argentina. *Scripta Ethnologica Suplementa* 2: 43-52.
- 1983b. Mapa arqueológico de Humahuaca. *Scripta Ethnologica Suplementa* 4: 1-70.
- Gentile, M.
1995. Análisis de algunos nombres de lugares del Noroeste Argentino a partir de la ubicación y de la historia regional prehispánica y colonial. *Tawantinsuyu* 1: 46-54.
- González, A. R. y M. Baldini
1992. La Aguada y el proceso cultural del NOA. Origen y relaciones con el Área Andina. *Boletín del Museo Regional de Atacama* 4: 6-24.
- Instituto Geográfico Militar Hoja La Quiaca 2366-2166.
- Krapovickas, P., A. Castro, M. Meroni y R. Crowder
1979. La instalación humana en Santa Ana de Abrolaite, Sector Oriental de la Puna: Jujuy; Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XIII: 27-48.
- Leoni, J., J. Sartori, G. Fabron, A. Hernández y G. Scarafia
2011. Aportes al conocimiento de las sociedades aldeanas del Período Temprano en la Quebrada de Humahuaca: una visión desde Antumpa. *Intersecciones en Antropología*. En prensa.
- Mc Cormac, F., A. Hogg, P. Blackwell, C. Buck, T. Higham y P. Reimer
2004. SHCal04 Southern Hemisphere calibration, 0-11.0 cal kyr BP. *Radiocarbon* 46 (3): 1087-1092.
- Nielsen, A. E.
1997a. *Tiempo y cultura material en la Quebrada de Humahuaca 700-1650 d.C.* Tilcara, Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
1997b. El tráfico caravanero visto desde La Jara. *Estudios Atacameños* 14: 339-371.
1999. Demografía y cambio social en Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) 700-1535 d.C. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXI: 336-339.
2001. Evolución Social en la Quebrada de Humahuaca (AD 700-1536). En E. Berberían y A. Nielsen (eds.), *Historia Argentina Prehispánica*, Tomo I: 190-197. Brujas, Córdoba.
2007a. *Celebrando con los antepasados. Arqueología del espacio público en Los Amarillos, Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina.* Buenos Aires, Mallku.
2007b. El Período de los Desarrollos Regionales en la Quebrada de Humahuaca: aspectos cronológicos. En V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio (eds.), *Sociedades Precolombinas Surandinas*: 235-250, Buenos Aires, Buschi.
- Otero, C. y P. H. Mercolli
2008. Consumo y circulación de objetos cerámicos de Tilcara. Tres ejemplos de distintos contextos funerarios. *Resumen presentado en IX Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales*: 227-228. Jujuy, Argentina.
- Palma, J.
1998. *Curacas y Señores. Una visión de la sociedad prehispánica en la Quebrada de Humahuaca.* Jujuy, Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
2000. Urbanismo y complejidad social en la región Humahuaca. *Estudios Sociales del NOA* 4 (2): 31-57.
- Primera Convención Nacional de Antropología
1966. Primera parte, 24-29 de Mayo de 1964. *Publicaciones*, Nueva Serie, Instituto de Antropología, Universidad de Córdoba (Villa Carlos Paz, Córdoba), XXVI (1).
- Raffino, R., R. Alvis, D. Olivera y J. Palma
1986. La instalación Inka en la sección andina meridional de Bolivia y extremo boreal de Argentina. *Comechingonia (Número Especial)* 4: 63-132.

Ramundo, P.

2011a. Primer Informe de P. S. Ramundo (Inv. Asistente). CONICET. Ms.

2011b. Aspectos religiosos prehispánicos en la Quebrada de La Cueva: una mirada arqueológica. *Temas de Historia Argentina y Americana* 19: 225-247.

Ramundo, P. y S. Basílico

2007. El camino hacia la protección, conservación y puesta en valor del Patrimonio Arqueológico del Pukara de La Cueva, Departamento de Humahuaca, Provincia de Jujuy. En *Patrimonio cultural: la gestión, el arte, la arqueología y las ciencias exactas aplicadas*: 211-219. Buenos Aires, CNEA.

Ramundo, P. y S. Damborenea

2011. Interaction and circulation of symbolic goods in Quebrada de La Cueva, Jujuy, Argentina: the fossil Weyla alata (von Buch). *Comptes rendus - Palevol* 10 (8): 679-689.

Ramundo, P. y D. Sanz

2012. Análisis de la cerámica del sitio Antiguito y su aporte al estudio de la manufactura e interacción en la quebrada de La Cueva, Humahuaca, Jujuy. *Comechingonia Virtual* I (VI): 59-85.

Runcio, A.

2010. Estilos e identidades: los pucos subhemisféricos negro/rojo de la Quebrada de Humahuaca durante el Período Tardío (900-1430 D.C.). *Comechingonia Virtual* VI (2): 163-210.

Ruthsatz, B. y C. Movia

1975. *Relevamiento de las estepas andinas del noroeste de la provincia de Jujuy República Argentina*. Buenos Aires, FECIC.

Tarragó, M.

1977. Relaciones prehispánicas entre San Pedro de Atacama (Norte de Chile) y regiones aledañas: la Quebrada de Humahuaca. *Estudios Atacameños* 5: 50-63.

2006. Espacios surandinos y la circulación de bienes en época de Tiwanaku. En H. Lechtman (ed.), *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur-centrales*: 331-374. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

2010. Símbolos, ofrendas y bienes metálicos en la Puna y Quebrada de Humahuaca, Noroeste Argentino. En W. Isbell y M. Uribe (eds.), *Religion and Representation in the Development of Southern Andean Civilization: Tiwanaku, Wari and Transcultural Art of the SAIS (Southern Andean Iconographic Series-800 BC to AD 1000)*. Los Ángeles, The Cotsen Institute of Archaeology, UCLA. En prensa.

Valladares, F.

2010. Primera aproximación al análisis del material arqueofaunístico del sitio Pukara de La Cueva, quebrada de La Cueva, Pcia. de Jujuy. *Boletín Ecos de la Historia* 2 (2): 2-3.

Von Rosen, E.

1924. *Popular Account of Archaeological Research During the Swedish Chaco-cordillera Expedition*. C. E. Fritze (Ed.). Stockholm.

LA TECNOLOGÍA LÍTICA COMO FENÓMENO MULTIDIMENSIONAL. EL CASO DE LAS SOCIEDADES PREESTATALES Y ESTATALES DEL VALLE CALCHAQUÍ MEDIO

*María Gabriela Chaparro**

Fecha de recepción: 31 de octubre de 2011

Fecha de aceptación: 16 de julio de 2012

RESUMEN

Este trabajo pretende ser una contribución al conocimiento de las sociedades prehispánicas del Noroeste argentino entre el 1000 d.C. y el 1536 d.C. El objetivo es caracterizar la tecnología lítica entendida como un fenómeno multidimensional sustentado en las relaciones sociales. Para ello no sólo se analizarán la variabilidad morfológica, las tendencias tecnológicas y el aprovechamiento de las materias primas, sino también los saberes y preferencias involucrados en ellas. De esta manera, el estudio de las materias primas, técnicas, trabajo, instrumentos y conocimiento permite comprender que las herramientas líticas son productos sociales y están inmersos en una densa trama de significados.

Palabras clave: tecnología lítica – materias primas – técnicas – trabajo – conocimiento – sociedades preestatales y estatales.

LITHIC TECHNOLOGY AS A MULTIDIMENSIONAL PHENOMENON: THE CASE STUDY OF THE PRE-STATE AND STATE SOCIETIES IN THE MIDDLE CALCHAQUÍ VALLEY

ABSTRACT

This work tries to be a contribution to the knowledge of the Prehispanic societies of the Argentine Northwest between the 1000 a.C. and the 1536 a.C. The aim is to characterize the lithic technology considered like a multidimensional phenomenon sustained in social relations.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano (Unidad Ejecutora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. E-mail: chaparro@soc.unicen.edu.ar

Not only it will be analyzed the morphologic variability, the technological tendencies and the use of raw materials but also, the expertise and preferences being involved. In this way, the study of the raw materials, techniques, labor, tools and know-how, allows understanding lithic tools as social products immersed in a dense plot of meanings.

Keywords: *lithic technology – raw materials – technical – labor – pre-state and state societies.*

INTRODUCCIÓN

Los objetos o las cosas producto de las tecnologías se encuentran entramados en las relaciones sociales, por lo que no deben ser considerados simples instrumentos prácticos. Los individuos activamente producen y reproducen el mundo en el cual viven, a través del empleo, en su trabajo diario, de herramientas y técnicas (Winner 1986) realizadas con determinadas materias primas. La tecnología es un fenómeno total, no sólo económico; es paralelamente social, político, simbólico, posee una historia y es atravesado por un conjunto de relaciones y de significados (Mauss 1936; Pfaffenberger 1988) y, como todo hecho social, es un conocimiento práctico replicable, que debe ser compartido y transmitido (Layton 1974).

En este trabajo se retoman una serie de conceptos teóricos desarrollados en el seno de las teorías sociales críticas (Giddens 1976; Bourdieu 1977; Schutz y Luckmann 1977), las cuales conciben a la vida social desde el punto de vista de las relaciones, las prácticas y las experiencias de los sujetos, y no como dimensiones escindidas y compartimentadas de la sociedad. Asimismo, esta visión amplia de la “tecnología en sociedad” es compatible con las posturas *émicas* en antropología que estudian la alteridad desde las cosmovisiones, conocimientos y prácticas locales o del nativo (Arnold *et al.* 1998). Aquí es donde cobra importancia tomar algunos elementos de las llamadas cosmovisiones andinas con el fin de acercarse a una forma de entender el mundo y la relación con las cosas (Bouysse Cassagne 1975, 1986; Haber 1997; Martínez Sarasola 2004).

En el Noroeste argentino, las sociedades preestatales y estatales se configuraron de una forma particular, y fueron conformando un paisaje donde se pueden individualizar, a partir de estudios arqueológicos, espacios residenciales, de defensa y protección, sagrados, de comunicación y enlace, de producción agrícola, entre otros. Las evidencias materiales de la tecnología lítica están presentes en cada uno de estos espacios; y cobra relevancia entonces estudiar la forma en que se vincularon, sobre todo teniendo en cuenta que es un tema poco abordado por las investigaciones arqueológicas del Noroeste argentino (en adelante, NOA). Dentro de este marco conceptual y temático, este trabajo tiene como propósito el estudio de la tecnología lítica de estas sociedades desde sus cinco componentes: materias primas, técnicas, trabajo, instrumentos o artefactos y conocimientos (Álvarez 2003). Los sitios arqueológicos seleccionados son nueve, ubicados cronológicamente entre el 1000 y el 1536 d.C. (fecha de entrada de los inkas) y localizados en el Valle Calchaquí medio, actual provincia de Salta, Argentina.

En los últimos años, el estudio de la tecnología lítica de sociedades agrícolas tardías fue abordado por un creciente número de investigaciones sistemáticas, principalmente en la Quebrada de Humahuaca (Ávalos 1998, 2002; Ávalos y Chaparro 2008), el Valle Calchaquí (Sprovieri y Baldini 2007; Chaparro 2008-09) y la quebrada del Toro (Ledesma 2003). Por otra parte, para la misma franja temporal se destacan los trabajos de Elías (2005, 2007, 2008, 2010) en la Puna meridional. Cada uno de estos trabajos, de forma independiente, ha estudiado sitios residenciales que permitieron caracterizar la producción lítica de sociedades tardías-inkas como ubicua y generalizada, sin una marcada división de las etapas de la reducción, asociada a contextos domésticos de procesamiento y de consumo. En estos trabajos también se destaca la presencia de herramientas líticas, muchas de las cuales no requieren manufactura y se encuentran asociadas a otras tecnologías, como las agrícolas, de recolección o de laboreo de la tierra, de molienda y metalúrgicas.

Paralelamente, estos estudios identifican el empleo de materias primas locales y de las mismas fuentes de obsidiana que se explotaban desde períodos previos, como el Formativo (Scattolin y Lazzari 1997; Yacobaccio *et al.* 2002; Moreno 2005; Escola y Hocsman 2007).

EL VALLE CALCHAQUÍ MEDIO

Varias autoras han mencionado que la dinámica poblacional este-oeste primó en el NOA por sobre los principales valles longitudinales a lo largo del tiempo. Este es el caso del Valle Calchaquí, donde hay una evidencia recurrente de circulación transversal por las quebradas laterales de acceso a la puna (Lorandi y De Hoyos 1996; Baldini 2003). Esta dinámica es clara para la especial configuración ambiental del sector medio de dicho valle, entre las poblaciones actuales de Molinos al norte y Angastaco al sur, distantes 30 km entre sí. Ambas localidades están asentadas en las desembocaduras de los dos únicos ríos permanentes, sobre la margen derecha del río Calchaquí. El valle principal, a esa altura, es más amplio que en sus nacientes y se caracteriza por poseer una mayor aridez, dada por los grandes mantos rocosos que afloran en la zona. Las investigaciones arqueológicas realizadas hasta la fecha dan cuenta de este particular condicionante, ya que no se han identificado grandes conglomerados prehispánicos como los que se encuentran al norte o al sur del río Calchaquí, con excepción de Molinos 1 (Baldini 2003) y el Tambo y Pucará de Angastaco (Williams 2002-05).

Pero así como este sector del valle troncal o principal no presenta evidencias de una intensa ocupación humana, las cuencas con cabeceras en los contrafuertes de la puna con regímenes permanentes y de importante caudal están cubiertas por arquitectura agrícola y asentamientos prehispánicos de distintos momentos y, además, constituyen rutas de comunicación con la puna (Raffino y Cigliano 1978; Raffino y Baldini 1983; Baldini y De Feo 2000; Baldini 2003; Williams y Cremonte 2004). En las cuencas de Angastaco y Molinos, con base en el análisis de fotografías aéreas, fue posible registrar sitios agrícolas y habitacionales (Villegas 2006). Los primeros son los de mayor extensión en el área, ya que superan en conjunto las 238 ha. En este caso, los seleccionados para su estudio fueron los complejos Corralito y La Campana. Los sitios habitacionales presentan menor superficie, siendo los más conspicuos los del tipo *pukara*, Fuerte de Gualfín, Fuerte de Tacuil y Pucará de Angastaco, y los tambos, Tambo de Angastaco y Tambo de Gualfín (Williams y Cremonte 2004) (Figura 1).

Los pukara

Para este trabajo se los ha definido como “todo asentamiento elevado naturalmente, protegido y de acceso dificultoso, con gran visibilidad de su entorno” (Ruiz y Albeck 1997: 85). Pero no hay que olvidar que el término *pukara* ha sido utilizado, en muchos casos exclusivamente, para aquellas instalaciones inkas con estructuras arquitectónicas de defensa (Raffino 1988), por lo que en las investigaciones de este equipo se tendrán en cuenta ambas definiciones (Williams 2002-05; Williams *et al.* 2005; Villegas 2006; Chaparro 2009).

Para el Valle Calchaquí medio los *pukara* se encuentran preferentemente emplazados sobre piedemontes, abanicos aluviales y paleoterrazas, pero también en mesetas altas de difícil acceso, invisibles desde el fondo de valle, que se destacan además por la desproporción entre las áreas residenciales y las áreas productivas. La logística de estos *pukara* permite visualizar y controlar los accesos a la puna mediante caminos señalizados por apachetas (Villegas 2006). En las fuentes históricas para la región se documentan los intentos de conquista impulsados por los españoles para el área y se destaca, repetidas veces, la importancia y la ventaja que poseía el emplazamiento nativo en la altura; además, se han documentado doce fortificaciones que participaron activamente en los alzamientos calchaquíes (Larrouy 1923).

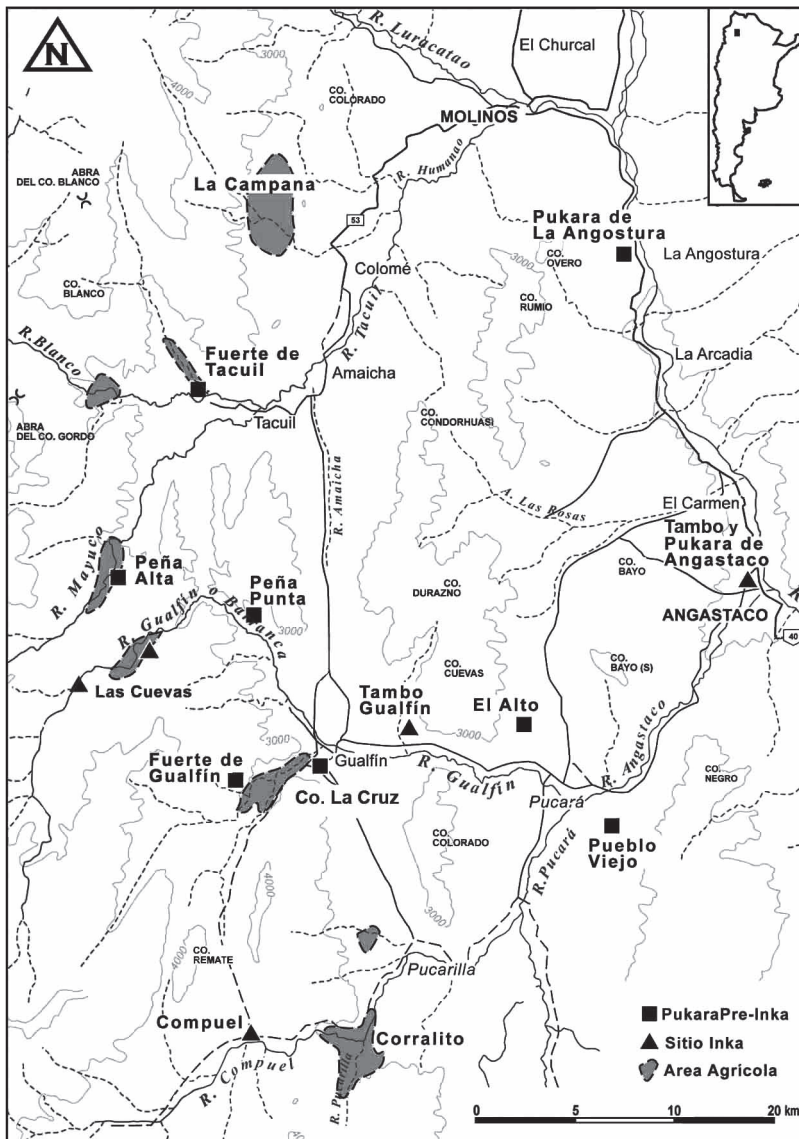


Figura 1. Ubicación de algunos de los sitios mencionados para el Valle Calchaquí medio y sus quebradas subsidiarias (Gentileza Villegas)

Las investigaciones por teledetección entre las cuencas de Luracatay y Angastaco dan cuenta de ocho *pukara* (Villegas 2006), siendo los seleccionados para su estudio los fuertes de Gualfín y Tacuil¹, los cuales presentan una mayor densidad artefactual lítica, así como el Pucará de Angastaco, de filiación inka.

Los tambos

Retomando la clasificación de sitios identificados en el Calchaquí medio, se ha discriminado un segundo grupo de sitios habitacionales, los tambos de filiación estatal (los primeros eran los

pukara). Los sitios Angastaco y Gualfín han sido definidos como tambos debido a su localización en sectores bajos y asociados a la red vial estatal. A esta clase de sitios Raffino (1981) los define como postas de enlace, los que estuvieron ligados a funciones logísticas de reaprovisionamiento y hospedaje de los viajeros estatales, administrados por grupos pequeños de personas, por lo general mitayos, pertenecientes a *ayllus* cercanos o vecinos (Murra 1978; Raffino 1981).

Sitios agrícolas

El tercer grupo de sitios que se destaca en el Valle Calchaquí medio está destinado a la producción agrícola. Como ya se ha mencionado, entre las cuencas permanentes de Molinos y Angastaco se encuentran doce ríos y arroyos que bajan desde el cordón montañoso que limita con la puna, y donde se concentran amplias superficies acondicionadas para el cultivo desde tiempos prehispánicos (Raffino y Baldini 1983; Baldini 2003; Williams y Cremonte 2004). Allí se pudieron distinguir canchones de cultivo, terrazas, andenes y despedres (*sensu* Albeck 1993) (Cremonte y Williams 2007; Korstanje *et al.* 2010).

Los complejos agrícolas Corralito y La Campana distan unos 43 km entre ellos y comparan una serie de características en relación con su emplazamiento, funcionalidad y cronología. Se encuentran en la cota de los 2.700 msnm, con una superficie cultivada de 76 ha y 65 ha respectivamente. Presentan sectores agrícolas propiamente dichos (Corralito II y La Campana Terrazas) donde se incluyen canchones, despedres, terrazas y sectores productivos asociados a áreas residenciales (Corralito IV y La Campana Recintos). Con respecto a la cronología, se han realizado fechados por AMS de ^{14}C de sedimentos recuperados de la base de dos despedres de los sectores agrícolas de Corralito, los cuales se corresponden al Período de Desarrollos Regionales (en adelante, PDR) y al Período Inka respectivamente (Korstanje *et al.* 2010). Por su parte, se estima que La Campana (Cremonte y Williams 2007) puede tener un origen, presumiblemente, en el PDR y una posterior ocupación estatal que incluye la extensión de las áreas cultivadas y, probablemente, la intensificación de la producción.

Los paisajes locales del Calchaquí medio y las reconfiguraciones inkas

Las investigaciones arqueológicas en el Área Circumtiticaca en los últimos años se han abocado al estudio del conflicto endémico antes y durante el proceso de consolidación del imperio inka. Los *pukara* que se encuentran en esta región pasaron de ser interpretados, en un primer momento, como lugares de refugio en tiempos de guerra a sitios habitacionales, de carácter más permanente y, en algunos casos, hasta se pone en duda su utilidad militar real (Topic y Topic 1997; Arkush 2006; Nielsen 2007, entre otros)².

Las investigaciones arqueológicas en el Valle Calchaquí medio muestran una ocupación de estos *pukara* con un acceso muy fácil a las sementeras, las cuales se distribuyen a lo largo de las quebradas transversales y presentan condiciones hídricas muy favorables para la agricultura de secano. Estas condiciones pudieron haber sido la principal motivación de conquista inka en este sector del valle, la cual se centró en la intensificación de la explotación agrícola por medio del dominio de su espacio productivo. La presencia de grabados sobre piedras entre los campos de cultivo, con motivos de líneas y horadaciones, a la manera de canales de riego, podría dar cuenta del manejo de tierras y el ciclo ritual-agrícola inka (Cremonte y Williams 2007). Una de las estrategias de apropiación de los nuevos paisajes conquistados fue la sacralización de lugares por medio del emplazamiento de estos grandes bloques grabados, *waqas*, con los cuales se constituía un paisaje estatal. No obstante, las estrategias de apropiación espacial fueron varias, como el trazado del *Qhapaq Ñan*, principal marcador territorial inka, el cual, probablemente en esta zona, se trazó sobre caminos previos.

Los campos agrícolas de La Campana y Corralito presentan algunas áreas residenciales en sus alrededores, pero la notable disparidad entre el área productiva y la habitacional ha permitido plantear que fue un espacio apropiado por los inkas con el fin de incrementar la producción agrícola. La mano de obra podría tratarse de *mitmakquna* trasladados con ese fin, dada la bajísima proporción de poblados en los alrededores (Williams *et al.* 2005).

La nueva apropiación del espacio productivo se completa con el emplazamiento de instalaciones estatales en sectores bajos y visibles, como son los sitios de Angastaco y Gualfín, segregados de los asentamientos locales (Villegas 2006). Esta reconfiguración del espacio construido no posee la monumentalidad ni el tamaño de los emplazamientos puramente inkas ubicados en norte del Valle Calchaquí o de los valles de Catamarca. A pesar de ello, se destaca frente a la ocupación inka ocurrida más al sur, como en Tolombón o Quilmes, o al norte del mismo valle, La Paya-Guitián, donde predominan las instalaciones estatales dentro de poblados locales. Por otro lado, se propone que el interés estatal en esta región fue sobre un determinado producto (agrícola) y que la modalidad de intervención no impactó del mismo modo en todos los aspectos de la vida social (Cremonte y Williams 2007).

EL ANÁLISIS LÍTICO

En este trabajo se enfatiza el carácter multidimensional de la tecnología (Gastaldi 2007) que busca, por un lado, ir más allá de la relación población-ambiente y, en forma paralela, visibilizar las relaciones sociales que se establecen entre ellos. Muchas aproximaciones permiten visualizar a la tecnología como un fenómeno cultural y dinámico (Pfaffenberger 1988; Dobres y Hoffman 1994; Edmonds 1995, entre otros). Son enfoques de acuerdo con los cuales “las cosas no están separadas de la capacidad de actuar de las personas y no poseen significados en sí mismas” (Appadurai 1991: 19), sin embargo, es necesario adoptar cierto “fetichismo metodológico” (*sensu* Appadurai 1991) que focalice sobre las cosas mismas. Por ello, en esta investigación se ha utilizado el concepto de secuencia de producción entendido como “las distintas etapas de manufactura que fueron seguidas para producir artefactos de un determinado tipo de diseño y una determinada clase de roca” (Aschero *et al.* 1995: 215). Ello incluye obtención, reducción primaria, formatización, mantenimiento del diseño, descarte y/o abandono de los artefactos³. La secuencia de producción articula las etapas de producción lítica, los rasgos observables de los artefactos y las condiciones contextuales del subconjunto lítico dentro del conjunto mayor de vestigios, para lo cual se utiliza la información de los artefactos formatizados, los desechos de talla, los filos naturales con rastros complementarios y los núcleos de una misma materia prima y sus asociaciones, que permiten plantear las actividades involucradas en su producción (Aschero 1988). De esta manera, el análisis lítico no queda estancado en una instancia meramente descriptiva, ya que se lo vincula con sus relaciones espaciales, lo que permite interpretarlo en función de situaciones específicas de espacio y tiempo, pero no como dimensiones que limitan o contienen la actividad social, sino entendiendo que los objetos cobran significado en las prácticas.

El análisis tecnomorfológico de base (Chaparro 2009) incluyó la totalidad de los materiales líticos recuperados en los nueve sitios (N=1046) mediante la identificación de atributos en forma macroscópica siguiendo las propuestas de Aschero (1975, 1983), Aschero y Hocsman (2004) y Bellelli *et al.* (1985-87). En este trabajo se presenta un resumen de los resultados obtenidos por sitios, sobre núcleos (Tabla 1), desechos de talla (Tabla 2), artefactos formatizados (Tabla 3), artefactos no formatizados (Tabla 4) y filos naturales con rastros complementarios (Tabla 5). Se realiza su caracterización tecnológica a través de las secuencias de producción y se evalúan los conjuntos en extractivos o de consumo/procesamiento. Finalmente, se discute acerca de las materias primas, el trabajo, las técnicas, los instrumentos y los conocimientos implicados en la producción lítica de tambos, *pukara* y sitios agrícolas.

Tabla 1. Caracterización general de núcleos

| NÚCLEOS | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|--|----------|---|----------|---|----------|---|----------|---|----------|---|----------|---|-----------|---|-----------|---|----------|---|-----------|
| | FG | | FT | | PA | | TA | | TG | | CII | | CIV | | LT | | LR | | N |
| SITIOS | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | |
| MATERIAS PRIMAS | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Obsidiana | 2 | 5 | - | 1 | - | - | 1 | 1 | - | 1 | - | - | - | 1 | - | - | 1 | - | 13 |
| Ortoquarcita | - | - | - | 1 | 2 | - | 2 | - | 3 | 1 | 4 | - | 3 | 1 | - | - | - | - | 17 |
| Pizarra | 1 | - | - | - | 3 | - | - | - | - | 1 | 2 | 1 | 2 | - | 6 | 6 | 1 | - | 23 |
| Silicificada ND | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| Cuarzo | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | 1 | - | 2 | - | - | - | - | - | 4 |
| Esquisto | - | - | - | - | - | 1 | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 |
| Sedimentaria ND | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | 1 |
| Total | 8 | | 3 | | 7 | | 5 | | 6 | | 8 | | 10 | | 12 | | 2 | | 61 |
| DESIGNACIÓN MORFOLÓGICA | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Bipolar | 3 | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | 5 |
| Lascados aislados | - | 3 | - | 1 | 4 | 1 | - | 1 | - | 2 | 1 | - | 3 | - | - | 2 | - | - | 18 |
| Poliédrico | - | - | - | 1 | 1 | - | 2 | - | 1 | - | 1 | - | - | - | 3 | - | - | - | 9 |
| Globuloso | - | - | - | 1 | - | - | 1 | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | 1 | - | 4 |
| Piramidal parcial | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | 2 |
| Discoidal parcial | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | 2 | - | 1 | - | 2 | - | - | - | 7 |
| Prismático bidir. | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | - | - | - | - | - | - | 2 |
| Prismático parcial | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | 1 | - | - | 2 |
| Nódulos testeados | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 3 | - | - | - | - | - | 3 |
| No diferenciado | - | 2 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | 3 | - | 3 | - | - | 9 |
| TAMAÑOS RELATIVOS (de núcleos enteros n=37) | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Muy pequeños | 1 | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 |
| Pequeños | 2 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | 2 | - | 5 |
| Medianos-pequeños | - | - | - | - | 2 | - | 1 | - | 1 | - | 4 | - | 2 | - | 1 | - | - | - | 11 |
| Medianos-grandes | - | - | - | - | 1 | - | 1 | - | 2 | - | 3 | - | 3 | - | 4 | - | - | - | 14 |
| Grande | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | - | - | - | - | 2 |
| Muy grande | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| Grandísimo | - | - | - | - | 2 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 |
| CORTEZA (N=61) | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Presencia | - | 2 | - | 1 | 6 | 1 | 2 | 1 | 3 | 2 | 4 | - | 7 | 1 | 2 | 5 | 1 | 0 | 39 |
| Ausencia | 3 | 3 | - | 2 | - | - | 1 | 1 | 0 | 1 | 3 | 1 | - | 2 | 3 | 1 | 1 | 0 | 22 |

Referencias: FG: Fuerte de Gualfín, FT: Fuerte de Tacuil, PA: Pucará de Angastaco, TA: Tambo de Angastaco, TG: Tambo de Gualfín, CII: Corralito II, CIV: Corralito IV; LT: La Campana Terrazas, LR: La Campana Recintos. E: entero; F: fracturado. ND: No diferenciado. Prismático Bidir.: bidireccional.

Tabla 2. Caracterización general de desechos de talla

| DESECHOS DE TALLA | | | | | | | | | | |
|--|------------|-----------|-----------|-----------|-----------|-----------|------------|-----------|-----------|------------|
| SITIOS | FG | FT | PA | TA | TG | CII | CIV | LT | LR | N |
| MATERIAS PRIMAS | | | | | | | | | | |
| Obsidiana | 64 | 20 | 3 | 21 | 1 | - | 26 | - | 29 | 164 |
| Ortocuarcita | 3 | 6 | 5 | 7 | 25 | 20 | 187 | 9 | 11 | 273 |
| Pizarra | 22 | 9 | 15 | 13 | 38 | 21 | 143 | 31 | 27 | 319 |
| Cuarzo | 4 | 6 | - | 6 | 4 | 1 | 11 | 3 | 17 | 52 |
| Silicificada ND | 3 | - | - | - | 1 | - | - | - | - | 4 |
| Esquisto | 2 | - | 5 | 2 | - | - | 5 | - | - | 14 |
| Sedimentaria ND | - | - | - | - | - | 1 | 22 | - | - | 23 |
| Calcedonia | 2 | - | - | - | - | - | 1 | - | - | 3 |
| Metacuarcita | - | - | - | - | 1 | - | 11 | - | - | 12 |
| <i>Total</i> | 100 | 41 | 28 | 49 | 70 | 43 | 406 | 43 | 84 | 864 |
| ESTADO | | | | | | | | | | |
| LENT | 43 | 16 | 14 | 18 | 19 | 17 | 99 | 32 | 46 | 304 |
| LFCT | 20 | 9 | 7 | 9 | 16 | 4 | 109 | 1 | 14 | 189 |
| LFST | 29 | 7 | 5 | 14 | 24 | 13 | 140 | 9 | 20 | 261 |
| INDI | 8 | 9 | 2 | 8 | 11 | 9 | 58 | 1 | 4 | 110 |
| TIPOS DE LASCAS (enteras n=304) | | | | | | | | | | |
| Externas | 19 | 7 | 5 | 7 | 10 | 7 | 28 | 20 | 17 | 120 |
| Internas | 24 | 5 | 8 | 10 | 9 | 10 | 66 | 12 | 25 | 169 |
| Adelgazamiento | - | 2 | - | - | - | - | - | - | - | 2 |
| Producto bipolar | - | 1 | - | - | - | - | - | - | 1 | 2 |
| Reactivación de núcleo | - | 1 | 1 | 1 | - | - | 4 | - | 3 | 10 |
| Indiferenciada | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | 1 |
| TAMAÑO (enteras n=304) | | | | | | | | | | |
| Muy pequeños | 15 | 10 | 1 | 8 | 2 | - | 41 | 2 | 14 | 93 |
| Pequeños | 23 | 6 | 5 | 5 | 11 | 11 | 52 | 20 | 18 | 151 |
| Mediano-pequeño | 4 | - | 4 | 4 | 6 | 4 | 5 | 9 | 11 | 47 |
| Mediano-grande | 1 | - | 3 | 1 | - | 2 | 1 | 1 | 3 | 12 |
| Grande | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | 1 |
| TALÓN (enteras y fracturadas con talón n=493) | | | | | | | | | | |
| Liso | 32 | 8 | - | 6 | 17 | 10 | 49 | 10 | 29 | 161 |
| Cortical | 11 | 8 | 21 | 12 | 11 | 11 | 111 | 17 | 24 | 226 |
| Facetado | 5 | - | - | 1 | 2 | - | 21 | - | 1 | 30 |
| Filiforme | 5 | 2 | - | 2 | 2 | - | 17 | 4 | 3 | 35 |
| Puntiforme | 7 | 4 | - | 3 | - | - | 5 | 1 | 2 | 22 |
| Diedro | 1 | 2 | - | 1 | 1 | - | 3 | 1 | - | 9 |
| Indiferenciado | 2 | 1 | - | - | 2 | - | 2 | - | - | 7 |
| Fracturado | - | - | - | 2 | - | - | - | - | 1 | 3 |

Referencias: FG: Fuerte de Gualfín, FT: Fuerte de Tacuil, PA: Pucará de Angastaco, TA: Tambo de Angastaco, TG: Tambo de Gualfín, CII: Corralito II, CIV: Corralito IV; LT: La Campana Terrazas, LR: La Campana Recintos. E: entero; F: fracturado. ND: No diferenciada. LENT: Lasca entera, LFCT: Lasca fracturada con talón, LFST: Lasca fracturada sin talón, INDI: indiferenciado.

Tabla 3. Caracterización general de artefactos formatizados.

| ARTEFACTOS FORMATIZADOS | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|--------------------------------------|-----------|---|----------|---|----------|---|----------|---|----------|---|----------|---|-----------|---|----------|---|----------|---|-----------|
| SITIOS | FG | | FT | | PA | | TA | | TG | | CII | | CIV | | LT | | LR | | N |
| ESTADO | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | |
| MATERIAS PRIMAS | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Obsidiana | 8 | 7 | 1 | - | 2 | 2 | - | 1 | 1 | - | - | - | 2 | 1 | - | - | 2 | - | 27 |
| Ortoquarcita | - | - | 1 | - | - | - | 1 | 1 | 1 | - | 2 | - | 2 | - | 1 | - | - | - | 9 |
| Pizarra | 5 | 2 | - | 1 | 1 | - | 1 | - | - | 2 | - | 4 | 3 | 4 | 1 | 1 | 1 | 2 | 28 |
| Silicificada ND | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 |
| Cuarzo | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | 2 |
| Metacuarcita | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | 1 |
| Sedimentaria ND | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | 1 | - | - | - | 1 | 3 |
| Metamórfica ND | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| <i>Total</i> | 24 | | 3 | | 5 | | 4 | | 6 | | 7 | | 15 | | 3 | | 6 | | 73 |
| VARIABILIDAD TIPOLOGICA | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Cuchillo filo retocado | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | 1 | - | - | - | 1 | 5 |
| Cuchillo FR + cortante ¹ | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | - | - | - | - | 2 |
| Cuchillo FR + raspador | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | 1 |
| Raspador | 2 | 2 | 1 | - | - | 1 | - | - | - | - | 2 | - | - | - | 1 | - | - | - | 9 |
| Raspador + punta e/muecas | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | 1 |
| Raspador + MRyLS | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | 1 |
| Filo BA con MU | 1 | 1 | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 3 |
| Filo BA con MU + Muesca RyLS | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| Muesca RyLS + Fnc/RC | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| Muesca RyLS | 1 | - | - | - | 1 | - | 1 | - | 1 | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | 5 |
| Raedera | 1 | 1 | 1 | - | - | - | 1 | 1 | - | - | 1 | - | 1 | - | - | - | - | - | 7 |
| Raedera + ANDF | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| Punta de proyectil | 5 | 3 | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | 10 |
| Punta e/ muescas + filo natural c/RC | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | 1 |
| Punta burilante | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | - | - | - | - | 2 |
| Artefacto burilante | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| Art. M-P RBO. | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | 1 | - | 2 |
| Denticulado B.A.S.A. | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | 1 | - | - | - | - | 3 |
| Artefacto f. sumaria | 1 | 1 | - | - | 1 | - | 1 | - | 2 | - | 2 | - | 1 | - | - | 1 | - | - | 10 |
| Artefacto laboreo tierra | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| Pieza foliácea | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| Esbozo pieza bifacial | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | 1 |
| Biface parcial | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | 1 |
| Fragmento ND. AF. | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | 2 |
| Fragmento apical | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |

Referencias: FG: Fuerte de Gualfín, FT: Fuerte de Tacuil, PA: Pucará de Angastaco, TA: Tambo de Angastaco, TG: Tambo de Gualfín, CII: Corralito II, CIV: Corralito IV; LT: La Campana Terrazas, LR: La Campana Recintos. E: entero, F: fracturado, ND: No diferenciado.

Cuchillo FR: filo retocado, Punta e/muecas: punta entre muescas, Muesca RyLS: retocada y de lascado simple, Filo bisel abrupto con MU: microrretoque ultramarginal, Fnc/RC: filo natural con rastros complementarios, RC: rastros complementarios, Art. M-P RBO: artefacto mediano-pequeño con retoque en bisel oblicuo, Denticulado B.A.S.A.: bisel oblicuo o abrupto de sección asimétrica, Artefacto F. sumaria: de formatización sumaria, Fragmento ND. AF.: fragmento no diferenciado de artefacto formatizado.

¹ (+) se trata de artefactos con filos compuestos.

Tabla 4. Caracterización general de artefactos no formatizados

| ARTEFACTOS NO FORMATIZADOS | | | | | | | |
|--------------------------------|----------|---|----------|---|----------|---|----------|
| SITIOS | FG | | FT | | PA | | N |
| | E | F | E | F | E | F | |
| MATERIAS PRIMAS | | | | | | | |
| Granito | 1 | - | 1 | - | 1 | - | 3 |
| Gneiss | - | - | - | - | 3 | - | 3 |
| Pizarra | - | - | - | - | - | 1 | 1 |
| <i>Total</i> | 1 | | 1 | | 5 | | 7 |
| DESIGNACIÓN MORFOLÓGICA | | | | | | | |
| Mano de molino | 1 | - | 1 | - | 1 | - | 3 |
| Yunque | - | - | - | - | - | 1 | 1 |
| Percutor | - | - | - | - | 1 | - | 1 |
| Lito modificado por uso | - | - | - | - | 2 | - | 2 |
| TAMAÑOS | | | | | | | |
| Mediano-pequeño | - | - | 1 | - | 1 | - | 2 |
| Mediano-grande | - | - | - | - | 1 | 1 | 2 |
| Grande | 1 | - | - | - | 1 | - | 2 |
| Muy grande | - | - | - | - | 1 | - | 1 |

Referencias: FG: Fuerte de Gualfín, FT: Fuerte de Tacuil, PA: Pucará de Angastaco, TA: Tambo de Angastaco, TG: Tambo de Gualfín, CII: Corralito II, CIV: Corralito IV; LT: La Campana Terrazas, LR: La Campana Recintos. E: entero; F: fracturado.

Tabla 5. Caracterización general de filos naturales con rastros complementarios

| FILOS NATURALES CON RASTROS COMPLEMENTARIOS | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|---|----------|---|----------|---|----------|---|----------|---|----------|---|----------|---|-----------|---|----------|---|----------|---|-----------|
| SITIOS | FG | | FT | | PA | | TA | | TG | | CII | | CIV | | LT | | LR | | N |
| | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | E | F | |
| MATERIAS PRIMAS | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Obsidiana | 5 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | 7 |
| Ortocuarcita | 1 | - | - | - | 5 | - | 1 | - | 4 | - | - | - | 4 | 4 | - | - | 1 | - | 20 |
| Pizarra | 2 | - | - | - | 2 | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | 3 | - | 9 |
| Metacuarcita | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | 1 |
| Cuarzo | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | 2 |
| Esquisto | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| Sedimentaria ND | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | 1 |
| <i>Total</i> | 8 | | - | | 8 | | 2 | | 4 | | - | | 10 | | 1 | | 8 | | 41 |
| FORMA-BASE | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Lasca externa | 3 | - | - | - | 8 | - | 1 | - | 4 | - | - | - | 1 | 4 | - | 1 | 6 | - | 28 |
| Lasca interna | 3 | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | 3 | - | - | - | 1 | - | 8 |
| No diferenciada | 2 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | - | 1 | - | 5 |
| TAMAÑO (sobre lascas enteras n=37) | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Muy pequeños | 1 | - | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 |
| Pequeños | 2 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 | - | 2 | - | 5 |
| Mediano-pequeños | - | - | - | - | 2 | - | 1 | - | 1 | - | 4 | - | 2 | - | 1 | - | - | - | 11 |
| Mediano-grandes | - | - | - | - | 1 | - | 1 | - | 2 | - | 3 | - | 3 | - | 4 | - | - | - | 14 |
| Grande | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 | - | - | - | - | - | 2 |
| Muy Grande | - | - | - | - | 1 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1 |
| Grandísimo | - | - | - | - | 2 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 2 |

Referencias: FG: Fuerte de Gualfín, FT: Fuerte de Tacuil, PA: Pucará de Angastaco, TA: Tambo de Angastaco, TG: Tambo de Gualfín, CII: Corralito II, CIV: Corralito IV; LT: La Campana Terrazas, LR: La Campana Recintos. E: entero, F: fracturado, ND: No diferenciado.

LOS FUERTES DE GUALFÍN Y TACUIL

Los fuertes de Gualfín y Tacuil fueron presentados en trabajos previos y comparten características de emplazamiento, arquitectura y estilos cerámicos (Cigliano y Raffino 1975; Raviña *et al.* 1983; Williams 2002-05, 2007; Villegas 2006; Cremonte y Williams 2007). Las estimaciones temporales indican que ambos sitios fueron ocupados hasta el período Hispano-Indígena, pero su construcción, probablemente, se remonte a épocas previas. Los estudios de emplazamiento de ambos parecen responder a conflictos locales previos de la incursión estatal. Debido a la ausencia de claros indicadores de ocupación inka y mientras no se posean fechados absolutos, los fuertes de Gualfín y Tacuil son considerados asentamientos locales (Williams 2002-05, 2007; Cremonte y Williams 2007).

Aprovechamiento de materias primas y características generales del conjunto lítico

Los fuertes de Gualfín y Tacuil están emplazados sobre mesetas de ignimbritas, resultado de uno de los eventos volcánicos producidos por la erupción del cercano Volcán Galán (Hongn y Seggiano 2001). Sin embargo, en las quebradas y arroyos que circundan los afloramientos donde se emplazaron los sitios, se observan fuentes secundarias de bloques y nódulos de ortocuarcitas, esquistos, pizarras, guijarros de cuarzos y granitos. También se identificaron algunas rocas silicificadas, que conforman canteras potenciales de explotación.

Los materiales líticos recolectados en superficie en el Fuerte de Gualfín son N=141 y, en el Fuerte de Tacuil, N=48. En cuanto al uso de las materias primas locales, como se puede observar en las Tablas 1 a 5, se emplearon mayormente pizarras, las que alcanzan el 22,7% en el primero de los fuertes y el 20,9% para el segundo. Las restantes rocas identificadas son las ortocuarcitas (2,8% y 16,7%), los cuarzos (3,5% y 12,5%) y otras rocas metamórficas, ígneas y silicificadas (6,5% y 4,1%), todas disponibles localmente. También se observa una fuerte presencia de la obsidiana, para el Fuerte de Gualfín el 64,5% y para el de Tacuil, el 45,8%. Sobre seis lascas recuperadas en ambos fuertes se realizaron análisis de fluorescencia de rayos X (en adelante FRX). Los resultados indican el empleo de, por lo menos, dos fuentes, ubicadas en la puna catamarqueña. Para el Fuerte de Gualfín, dos proceden de la fuente Ona (Escola 2003), ubicada a más de 140 km, y las dos restantes, de la fuente Salar del Hombre Muerto, distante 70 km del sitio (Chaparro 2009). Por su parte, una de las lascas de obsidiana del Fuerte de Tacuil se corresponde con la fuente Ona y la segunda, con la fuente ubicada en el Salar del Hombre Muerto (Glascok 2007).

Caracterización tecnológica

Entre los materiales líticos recuperados en ambos sitios prevalecen los desechos de talla, seguidos por los artefactos formatizados y, en menor medida, núcleos, artefactos no formatizados y filos naturales con rastros complementarios.

En el Fuerte de Gualfín se manifiesta una mayor explotación de obsidiana. La secuencia de producción de esta roca presenta indicios de reducción inicial, formatización de formas-base y presencia de mantenimiento y reclamación de núcleos. Las evidencias de reclamación de núcleos abandonados y vueltos a aprovechar indican un interés especial en el empleo de esa roca durante la ocupación del sitio. Se observa además, que los artefactos preferentemente confeccionados con esta materia prima son las puntas de proyectil (33,3% sobre n= 24 artefactos formatizados, Tabla 3), algunas de las cuales se encuentran enteras, pero también hay defectuosas o sin terminar, lo que podría indicar un proceso de formatización *in situ*. Estas puntas son de tamaño pequeño y muy pequeño, apedunculadas, y están formatizadas mediante reducción bifacial; por

otra parte, pudieron estar asociadas a la defensa/ataque interpersonal, ya que estos sitios tuvieron protagonismo durante los períodos de conflicto, aunque tampoco se descarta la caza, a pesar de la inexistencia de evidencia arqueofaunística que lo sustente. El resto de las materias primas, pizarras, ortocuarcitas, etc., presentan secuencias cortas; por lo general, sus núcleos no fueron reducidos en el sitio. La presencia de talones preparados, lascas internas, artefactos formatizados y filos naturales con rastros indican algunas actividades de confección de artefactos y de uso directo. No hay evidencias de extensión de su vida útil. Por último, el conjunto artefactual puede asociarse tanto a procesamiento y consumo como a prácticas extractivas y de defensa (Figura 2).

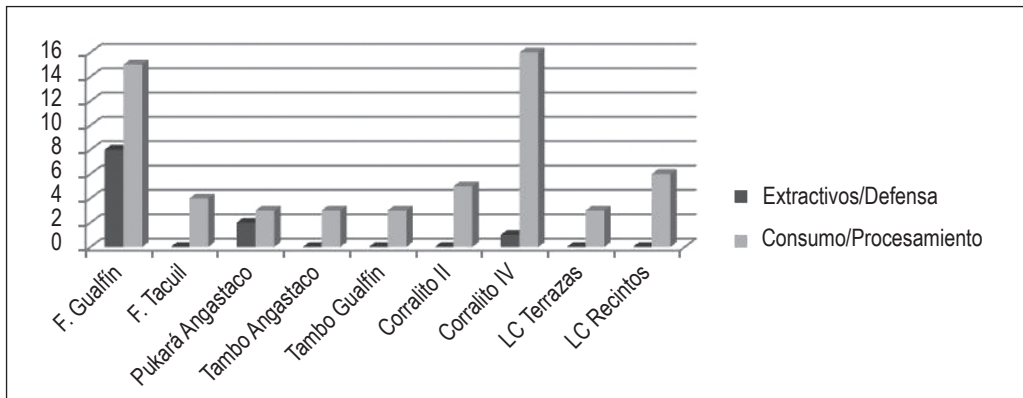


Figura 2. Frecuencia de conjuntos artefactuales extractivos/defensa (n=11) y procesamiento/consumo (N=58) por sitios. Se consideraron los artefactos formatizados por filos (con excepción de los artefactos no diferenciados de formatización sumaria, los fragmentos no diferenciados de artefactos formatizados y el fragmento apical) y los artefactos no formatizados. Fuerte de Tacuile N=23, Fuerte de Gualfín N=4, Pucará de Angastaco N=5, Tambo de Angastaco N=3, Tambo de Gualfín N=3, Corralito II N=5, Corralito IV N=17, La Campana Terrazas N=3, La Campana Recintos N=6. Total N=69

En el Fuerte de Tacuile, a pesar del escaso material hallado, se pudieron comparar las secuencias de producción de las materias primas empleadas. Nuevamente se destaca una trayectoria completa y algo más larga para la obsidiana, diferente a la de las rocas restantes. Para la obsidiana hay indicadores de extracción de forma-base, formatización de artefactos y cierto mantenimiento de núcleos. Además, la presencia de productos bipolares y de adelgazamiento bifacial podría indicar la existencia de diversas técnicas de talla para esta clase de roca. En el caso de la ortocuarcita, la presencia de núcleos, lascas externas y talones corticales indican un procesamiento inicial en el sitio, tanto por técnica de percusión simple como bipolar; asimismo, se formatizaron artefactos. En cambio, la pizarra pudo haber sido reducida por fuera del sitio, ya que sólo se identificaron lascas internas, fracturadas y muy pequeñas, sobre algunas de las cuales se confeccionaron artefactos. Las restantes rocas presentan mínimos restos.

PUCARÁ DE ANGASTACO

Características generales del sitio y del conjunto lítico

El Pucará de Angastaco⁴ se encuentra emplazado en la cima del cerro de mayor altitud ubicado en la margen occidental de la confluencia de los ríos Angastaco y Calchaquí. La localización

de Angastaco podría interpretarse como un asentamiento estatal con funciones administrativas, a la vera del *Qhapaq Ñan*. Asimismo, esta fortaleza no se encuentra emplazada a gran altura y, a pesar de su estado de destrucción, su muralla es fácilmente observable desde el fondo del valle. Esta particular configuración poseería claras intenciones de demostrar presencia por parte de los inkas (Williams *et al.* 2005; Villegas 2006).

La baja densidad artefactual recuperada en las excavaciones confirma el estado de deterioro que presenta el sitio. Con respecto al material lítico, éste solo proviene de tres de los seis sectores excavados (recinto 1 y las estructuras 1 y 2). Debido a ello, se le ha sumado el material de superficie, lo que en total alcanza N=53. Entre ellos se destaca la presencia de los desechos de talla por sobre los núcleos, artefactos formatizados y no formatizados y los filos naturales con rastros complementarios (Tablas 1 a 5).

Caracterización tecnológica

Dentro de las secuencias tecnológicas del Pucará de Angastaco se distingue la de la pizarra, ya que presenta una secuencia completa y más extensa que el resto. Se deduce aprovisionamiento en el mismo cerro donde se encuentra el sitio y la reducción primaria para la obtención de formas-base. Por su parte, en los sectores intramuros, la presencia de lascas internas y fracturadas señala la formatización artefactual. Un único artefacto se confeccionó sobre una lasca primaria de tamaño grandísimo y módulo laminar-normal, cuyo extremo distal presenta retallas parcialmente extendidas, y cuyo perímetro muestra retoques marginales uni y bifaciales. La pieza es asociable a las *tacllas*, herramienta de laboreo de la tierra utilizada en el sur de Bolivia que presenta hojas de similar morfología (Chaparro 2007, 2009). La pizarra también se la ha empleado de forma directa, como filo natural o como yunque, y hay evidencias del mantenimiento de los núcleos. La mayoría de las rocas restantes han sido adquiridas en el mismo sitio y algunas, como la ortocuarcita, fueron reducidas para la obtención de formas-base para su utilización directa como filos naturales. Otras rocas, como el gneiss, fueron usadas como artefactos de molienda; finalmente, la obsidiana presenta una secuencia corta que sólo incluye manufactura de artefactos. En ellos se incluyen artefactos de retoque unifacial y una punta de proyectil con mayor formatización. Por su parte, la evaluación del equipo instrumental indica una mayor proporción de artefactos de consumo/procesamiento y una presencia menor de extracción/defensa (Figura 2).

TAMBO DE ANGASTACO

Características generales del sitio y del conjunto lítico

Hacia el este del Pucará de Angastaco y sobre una terraza baja del río Calchaquí se encuentra una serie de estructuras a las que se ha definido como parte de un tambo inka, las cuales están asociadas a la red vial inka que actualmente se superpone a la Ruta Nacional N° 40⁵. En las recolecciones superficiales y las excavaciones se destaca la alfarería (N=1878), con un 53,1% decorada y de estilos locales pertenecientes a la Fase Inca y también Inca Provincial, con formas asociadas al consumo y el almacenamiento (Williams *et al.* 2005). En las recolecciones superficiales y las excavaciones de dos recintos completos (recintos 1 y 2) y una cuadrícula, se recuperaron numerosos restos arqueológicos de diversos materiales como cerámica, hueso, carbón y metal. Dentro del material lítico, que es escaso, prevalecen los desechos de talla por sobre el resto de las clases tipológicas (Tablas 1 a 5).

Caracterización tecnológica

Dentro de las secuencias de producción de las rocas empleadas en el Tambo de Angastaco se destaca la de la ortocuarcita con una secuencia más larga que el resto. Ella incluye reducción de algunos núcleos y extracción de formas-base en superficie, formatización de artefactos y uso directo de algunas lascas externas. Por su parte, en la pizarra hay evidencias de manufactura de artefactos y uso directo. En cambio, la secuencia de la obsidiana se encuentra más restringida a los espacios dentro de los recintos, con extracción primaria de lascas, formatización de artefactos de forma sumaria y algunos indicios de reactivación de núcleos. Por último, el instrumental puede asociarse al consumo y al procesamiento (Figura 2).

Aprovechamiento de materias primas de Angastaco (Tambo y Pucará)

El análisis de la procedencia de las materias primas de los dos sitios se realizó en conjunto, debido a que ambos se encuentran localizados de forma contigua en la margen derecha del río Calchaquí y sobre depósitos aluviales desarrollados por un sistema de cauces menores que drenan desde sus frentes montañosos. Estos depósitos presentan conglomerados con intercalaciones de areniscas cuarzosas (ortocuarcitas) y, adyacentes a ellos, afloran rocas de un metamorfismo de mediano a bajo grado, con una amplia variedad litológica (filitas, esquistos, pizarras, gneiss, migmatitas y metacuarcitas) perteneciente a la Formación La Paya (Hongn y Seggiano 2001).

La variabilidad de materias primas halladas en el registro arqueológico (Pucará de Angastaco N=53, Tambo de Angastaco N=60) indica la explotación de pizarras en un 41,6% y 25% respectivamente; ortocuarcitas con el 22,6% y el 20%, y otras rocas (esquistos, cuarzo, gneiss y granito) con el 22,6% y el 15% respectivamente. Toda esta variedad de rocas se distribuye naturalmente en forma de nódulos y bochones de diversos tamaños en la superficie donde se asientan, tanto en el Pucará como en el Tambo. Proviene especialmente de la cima y se encuentran rodadas en las cárcavas del cerro, por lo que pueden ser consideradas de origen local. Con excepción del cuarzo, las restantes presentan buenas calidades para la talla debido a sus escasas inclusiones, pocos planos de fisura y un bajo metamorfismo (Villalba 2004). Con respecto a la obsidiana (13,2% - 40%), los análisis químicos de procedencia (FRX) (Glascock 2007) indican que, por lo menos, tres desechos procedentes del tambo provienen de la fuente Ona ubicada a 190 km en línea recta. No existen análisis para las obsidianas del Pucará.

TAMBO DE GUALFÍN

Aprovechamiento de materias primas y características generales del conjunto lítico

Se trata de un conjunto arquitectónico emplazado en el fondo de valle del río Gualfín, en su margen izquierda, aunque en la actualidad algunos de los recintos se encuentran reutilizados como corrales de ganado vacuno. Se puede observar que las plantas de dichos recintos son del tipo rectángulo perimetral compuesto y que se encuentran vinculadas a un tramo del camino inka con dirección norte-sur (Williams y Cremona 2004; Villegas 2006). Dicho conjunto no pudo ser excavado y el material lítico se circunscribe a la superficie del sitio.

El Tambo de Gualfín fue construido sobre sedimentos fluviales medianos del río homónimo, principal colector de aguas procedentes de los ríos Las Cuevas, Atacama y Barrancas, que bajan desde las formaciones linderas con la puna. En los alrededores de las quebradas de Las Cuevas y Pucará-Gualfín, donde se ubica el sitio, afloran distintos componentes: clastos metamórficos, venas de cuarzo, ortocuarcitas y pizarras (Hongn y Seggiano 2001). Estas dos últimas

rocas están representadas en el conjunto arqueológico con el 39,5% y 47,6% respectivamente (N=86). Asimismo, en una escala menor, cercanas al sitio, están expuestas distintas variedades de ortocuarcitas, similares a las de los artefactos líticos recuperados, lo cual fue corroborado por los análisis petrográficos (Villalba 2004).

Por otro lado, la obsidiana (3,5%) es la única roca de origen no local para la zona. Según los resultados de FRX (Glascok 2007), dos artefactos (núcleo y desecho de talla) hallados en este sitio proceden de la fuente Ona, ubicada a unos 170 km aproximadamente, en la actual puna catamarqueña. En cuanto a la variabilidad artefactual, se observa un predominio de los desechos de talla y, en menor medida, artefactos formatizados, núcleos y filos naturales con rastros complementarios (Tablas 1 a 5).

Caracterización tecnológica

Al reconstruir las secuencias de producción, se observa que la de la ortocuarcita es la más larga. En el sitio se identificaron núcleos y lascas externas, extracción de formas-base y formatización de artefactos. También existen evidencias de uso directo de formas-base. En el caso de la pizarra, la secuencia es menos extensa e incluye la formatización de algún artefacto. Por último, la presencia de obsidiana es mínima, lo cual impide hacer inferencias sobre su secuencia de producción; sin embargo, presenta ciertas características interesantes que la diferencian del resto. Un núcleo y un desecho, ambos muy pequeños y fracturados, y un artefacto de formatización sumaria sobre artefacto retomado estarían indicando una mayor intensidad de aprovechamiento de esta roca. Por su parte, se observa que el instrumental es básicamente de consumo/procesamiento (Figura 2).

COMPLEJO AGRÍCOLA CORRALITO: CORRALITO II Y CORRALITO IV

Características generales del conjunto lítico y aprovechamiento de materias primas

Este complejo se encuentra en la margen occidental del río Pucarilla y alcanza una superficie de 76 ha (Villegas 2006). Se han podido delimitar cinco sectores, pero sólo en dos se han recuperado materiales líticos de superficie, en Corralito II y en Corralito IV.

El sitio Corralito II presenta canchones de gran tamaño, separados por despedres, y está rodeado por un muro perimetral con vanos de entrada. Los sectores centrales de estos canchones se encuentran libres de rocas, las cuales fueron descartadas en los grandes despedres ubicados atravesando dichas superficies. Es decir que estas grandes acumulaciones de piedras, que llegan a alcanzar los 2 m de altura y casi 2 m de ancho, son el resultado de la limpieza y la nivelación del terreno. Con respecto a la variabilidad artefactual del conjunto lítico recuperado (N=58) prevalecen los desechos de talla y, en menor medida, los núcleos y artefactos formatizados (Tablas 1 a 3).

Por su parte, Corralito IV se caracteriza por sus aterrazados, y además presenta unidades residenciales, conformadas por muros dobles a ambos lados de las terrazas. También hay recintos circulares de pirca simple, adosados a canchones. La totalidad de los materiales líticos fueron recolectados en superficie (N=441), donde se destacan los desechos de talla por sobre los artefactos formatizados, los núcleos y los filos naturales con rastros complementarios (Tablas 1 a 5).

Al analizar la disponibilidad y el aprovechamiento de materias primas hay que mencionar que en las laderas de escasa pendiente, donde se emplaza el complejo Corralito, se encuentran ortocuarcitas y cuarzos en forma de bloques y nódulos de pizarras. Dichas materias primas fueron aprovechadas para la confección de artefactos en los sitios Corralito II (N=58) y Corralito IV

(N=441). La ortocuarcita, con el 44,8% y 45,5% respectivamente, y la pizarra (variedades 1, 2 y 3), con el 48,3% - 34,5%, son las rocas más empleadas, seguidas por otras que alcanzan el 6,9% - 13,2% (sedimentarias y cuarzos). Por su parte, la única no originaria de la zona es la obsidiana, que alcanza el 6,8%. Los análisis de FRX (Glascok 2007) sobre tres desechos de Corralito IV indican que dos proceden de Ona y el tercero de la fuente Laguna Cavi (Escola y Hocsman 2007). En Corralito II no se encontraron restos de obsidiana.

Caracterización tecnológica

Al evaluar en conjunto las secuencias de producción de las materias primas empleadas en Corralito II se observan secuencias completas pero cortas para la mayoría de ellas, las cuales incluyen aprovisionamiento, extracción de formas-base y formatización de artefactos. Los bloques, guijarros y nódulos de las distintas variedades de pizarra y ortocuarcitas, entre otras, fueron acumuladas en los despedres, producto de la nivelación de las terrazas y andenes de cultivo. En los despedres se probaron y seleccionaron algunos de ellos para reducción por percusión directa. La formatización de algunos de los subproductos obtenidos fue mínima. En el caso del cuarzo, sólo puede inferirse manufactura de artefactos. No hay evidencias de mantenimiento ni de reclamación en ninguna materia prima. Finalmente, el conjunto artefactual puede ser asociado al consumo/procesamiento (Figura 2).

Por otro lado, Corralito IV se distingue por la cantidad de materias primas explotadas. Se identificó un grupo de rocas en el que la secuencia comienza con la selección y la primera etapa de reducción de los núcleos en el mismo sitio. Ellas son la ortocuarcita, las pizarras, la roca sedimentaria y el cuarzo. En el caso de la ortocuarcita, que presenta una secuencia más larga, luego de la obtención de formas-base se continúa con la formatización de artefactos varios, algunos con filos compuestos, y también el uso directo de filos naturales. Por su parte, la secuencia para la pizarra continúa con la confección final de artefactos de una variada diversidad tipológica, a diferencia de la roca sedimentaria, que presenta sólo un artefacto formatizado. En cambio, en el cuarzo únicamente hay formas-base. Por otro lado, en la metacuarcita se identificaron formas-base, algunos filos con rastros y artefactos. Finalmente, para la obsidiana se deduce formatización de artefactos y algún caso de reclamación de desechos abandonados y reactivación de núcleos. Al evaluar el instrumental sobresalen la diversidad tipológica y los filos compuestos, la mayoría asociados al consumo y procesamiento por sobre el extractivo/defensa. Esta tendencia está en concordancia con lo propuesto inicialmente, que Corralito IV es un ámbito residencial.

COMPLEJO AGRÍCOLA LA CAMPANA: LA CAMPANA TERRAZAS Y LA CAMPANA RECINTOS

Características generales del conjunto lítico y aprovechamiento de materias primas

Se trata de un conjunto de construcciones agrícolas que inicialmente fue prospectado por Raffino y Cigliano (1978), Baldini y De Feo (2000) y Baldini (2003). Con posterioridad se localizaron sectores de aterrazados, de despedres, algunos recintos circulares dispersos y una represa. La sectorización del sitio por fotografía aérea también permitió delimitar otros dos sectores, denominados La Campana Terrazas y La Campana Recintos (Villegas 2006; Cremonte y Williams 2007). El primero, La Campana Terrazas, como su nombre lo indica, está compuesto principalmente por terrazas de cultivo que no presentan sistemas de despedre entre ellas. La totalidad del material recuperado alcanza las N=59 piezas; se recolectaron principalmente desechos de talla y núcleos, en los sectores centrales de las terrazas, sobre el sedimento y, en menor medida, sobre

los muros (Tablas 1 a 5). Por su parte, La Campana Recintos presenta también un sector de terrazas y canchones con recintos adosados. En la recolección de los materiales se destaca también la presencia mayoritaria de desechos de talla y se observa el empleo de obsidiana, la cual no se registra en La Campana Terrazas (Tablas 1 a 5).

Con respecto a la disponibilidad y aprovechamiento de materias primas, ambos conjuntos arqueológicos están emplazados sobre depósitos aterrazados, aluviales y coluviales con presencia de conglomerados e intercalaciones de areniscas cuarzosas (ortocuarcitas) y pelitas (Hongn y Seggiano 2001). En el campo se identificaron, además, algunas rocas metamórficas, principalmente pizarras y esquistos. En ambos sitios, La Campana Terrazas (N=59) y La Campana Recintos (N=100), las rocas sobre las que se confeccionaron los artefactos son, en su mayoría, pizarras de bajo grado metamórfico de distintos tamaños de granos, con el 76,3% y 34% respectivamente y, en menor medida, ortocuarcitas (18,7% - 18%), otras rocas sedimentarias, metacuarcitas y cuarzos (11%), las cuales forman parte del manto rocoso y con las que, además, se confeccionaron los muros de las terrazas. La única roca no local que se encontró sólo en el sitio La Campana Recintos es la obsidiana (34%, n=34). Los análisis de FRX (Glascock 2007) sobre dos de los desechos recuperados han indicado que su procedencia es la fuente Ona, ubicada a unos 135 km de distancia aproximada.

Caracterización tecnológica

Para La Campana Terrazas hay secuencias completas de pizarra y ortocuarcita. Los restos pueden asociarse a la selección de rocas, reducción de núcleos, extracción de formas-base y reducida confección de artefactos. En el caso de la pizarra, además, hay probable uso directo de filos naturales. En el caso del cuarzo sólo hay formas-base. En suma, este sitio agrícola refleja actividades tecnológicas asociadas a la adquisición y reducción primaria de rocas (y, en menor medida, a la confección de algunos artefactos), lo cual fortalece la idea de una complementariedad entre ambas actividades.

Por su parte, al evaluar todas las secuencias de La Campana Recintos, se observa un grupo de materias primas que fueron más explotadas que otras. Se trata de las pizarras y la obsidiana, ya que hay reducción de núcleos por percusión simple y bipolar, obtención de formas-base y confección de artefactos; y también, uso complementario de filos naturales y reactivación de núcleos. En cambio, para la ortocuarcita y el cuarzo solamente hay presencia de lascas internas y externas, algunas de las cuales presentan filos naturales con rastros complementarios. Por otro lado, el bajo porcentaje de instrumental no permite plantear claramente qué tipo de actividades predominaron. Sin embargo, la ausencia de material artefactual asociado a prácticas extractivas y de defensa es relevante, mientras que la presencia de instrumental de consumo/procesamiento, aunque escasa, permitiría asociarlo a un ámbito residencial (Figura 2).

LA PRODUCCIÓN LÍTICA EN PUKARA, TAMBOS Y SITIOS AGRÍCOLAS

Disponibilidad, procedencia, aprovisionamiento y preferencias de uso en relación con las materias primas líticas

Al evaluar el conjunto de las materias primas empleadas por las sociedades preestatales y estatales asentadas en el Valle Calchaquí medio (N=1046), se observa una utilización de variadas rocas con énfasis en la pizarra (36,3%, n=380), la ortocuarcita (30,5%, n=319) y la obsidiana (20,1%, n=211), seguidas de otras rocas como cuarzo, esquisto, rocas metamórficas, silicificadas, etc. (13%, n=136), las cuales presentan diversas características macroscópicas y propiedades fí-

sicas-mecánicas (Ratto 1991). La pizarra es de origen local, se trata de una roca de buena calidad para la talla en todas sus variedades, ya que en este caso presenta un bajo grado de metamorfismo (Villalba 2004). Es de color negro y fácilmente confundible con el basalto⁶. La ortocuarcita también proveniente de este sector del valle es de grano fino, de dureza elevada y tenacidad (resistencia al impacto) media-alta, apta para el corte y el raspado de superficies lisas y blandas. Por último, la única roca de procedencia no local es la obsidiana, de dureza alta pero de resistencia media-baja, es decir, de excelente calidad para la talla y útil para el corte y la punción.

Los dieciséis estudios de procedencia realizados indican que las obsidianas más empleadas (75%) provienen de la fuente Ona, que se localiza entre 135 km y 200 km de estos sitios. Las restantes obsidianas provienen de fuentes más cercanas a la región, ubicadas a 60 km aproximadamente, ellas son Laguna Cavi y Salar del Hombre Muerto. Según Escola (2000, 2003, 2004, 2007), en la fuente Ona predomina una variedad de obsidiana traslúcida (entre gris y negro con bandeamiento) y algo quebradiza, características que la hacen diferente de la de Laguna Cavi (Escola y Hocsman 2007) y de Salar de Hombre Muerto. En esta última predominan los nódulos pequeños, de color negro, más opaco (Chaparro 2009).

La procedencia del 79,8% de las materias primas es local (Tabla 6), principalmente inmediatas (hasta 2 km de distancia), es decir, provienen del mismo cerro donde se emplazan los asentamientos, o de sus alrededores. Esta tendencia es contundente en sitios exclusivamente agrícolas como Corralito II y La Campana Terrazas, donde el predominio de estas rocas inmediatas es casi absoluto y donde hay principalmente actividades de producción lítica asociadas a las primeras etapas de reducción (Figura 3).

Tabla 6. Procedencia de materias primas por sitios y por clases tipológicas

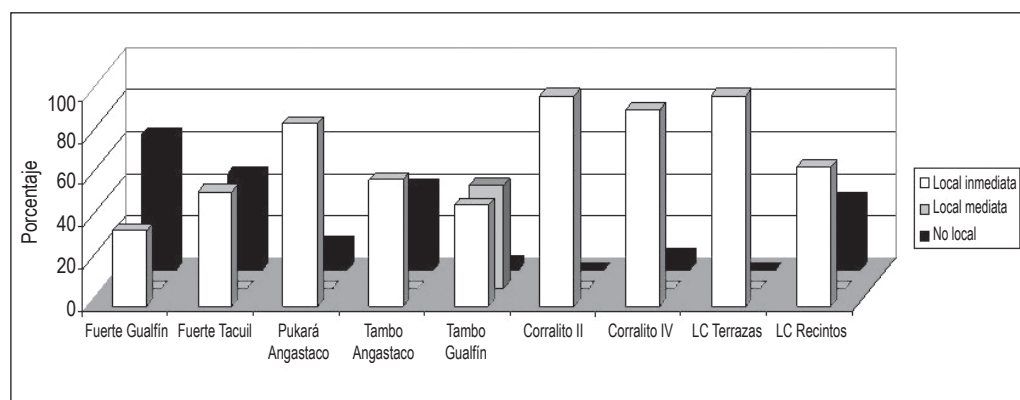
| SITIOS | FG | | FT | | PA | | TA | | TG | | CII | | CIV | | LT | | LR | | N | |
|-----------------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-----------|-----------|-------------|------------|------------|----------|-------------|------------|------------|----------|------------|-----------|-------------|-------------|
| | Lo | NL | Lo | NL | Lo | NL | Lo | NL | Lo | NL | Lo | NL | Lo | NL | Lo | NL | Lo | NL | Lo | NL |
| Núcleos | 1 | 7 | 2 | 1 | 7 | - | 3 | 2 | 5 | 1 | 8 | - | 9 | 1 | 12 | - | 1 | 1 | 48 | 13 |
| Desechos de talla | 36 | 64 | 21 | 20 | 25 | 3 | 28 | 21 | 69 | 1 | 43 | - | 380 | 26 | 43 | - | 55 | 29 | 700 | 164 |
| Arts. formatizados | 9 | 15 | 2 | 1 | 1 | 4 | 3 | 1 | 5 | 1 | 7 | - | 12 | 3 | 3 | - | 4 | 2 | 46 | 27 |
| Arts. no formatizados | 1 | - | 1 | - | 5 | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 7 | 0 |
| Filos N. c/RC. | 3 | 5 | - | - | 8 | - | 2 | - | 4 | - | - | - | 10 | - | 1 | - | 6 | 2 | 34 | 7 |
| Subtotal | 50 | 91 | 26 | 22 | 46 | 7 | 36 | 24 | 83 | 3 | 58 | - | 411 | 30 | 59 | - | 66 | 34 | 835 | 211 |
| Porcentaje | 35,5 | 64,5 | 54,2 | 45,8 | 86,8 | 13,2 | 60 | 40 | 96,5 | 3,5 | 100 | - | 93,2 | 6,8 | 100 | - | 66 | 34 | 79,8 | 20,2 |
| | 141 | | 48 | | 53 | | 60 | | 86 | | 58 | | 441 | | 59 | | 100 | | 1046 | |

Referencias: FG: Fuerte de Gualfín, FT: Fuerte de Tacuil, PA: Pucará de Angastaco, TA: Tambo de Angastaco, TG: Tambo de Gualfín, CII: Corralito II, CIV: Corralito IV; LT: La Campana Terrazas, LR: La Campana Recintos. Lo: local, NL: no local.

Arts. formatizados: artefactos formatizados, Arts. no formatizados: artefactos no formatizados, Filos N. c/RC: filos naturales con rastros complementarios.

En los restantes sitios asociados a actividades residenciales-agrícolas y de mayor circulación social se observa una combinación de rocas locales y de obsidianas, en diferentes proporciones. Por un lado, en los sitios residenciales asociados a los campos de cultivo (Corralito IV y La Cam-

pana Recintos) y donde las actividades de producción lítica fueron más amplias, la presencia de obsidiana es mayor que en los puramente agrícolas. Por otro lado, los sitios Fuerte de Gualfín y Tacuil presentan marcadas diferencias respecto del resto: en primer lugar, por las frecuencias altas de obsidianas: Gualfín, con el 64,5%, y Tacuil, con el 45,8%. En segundo lugar, las obsidianas presentan secuencias de producción más largas e incluyen la reclamación de núcleos y desechos abandonados; y en tercer término, por la existencia de un grupo tipológico particular, las puntas de proyectil. Cabe remarcar que ambos fuertes están asociados a la residencia y la posible defensa de territorios, sin presencia inka.



Referencias: LC Terrazas: La Campana

Figura 3. Procedencias de las materias primas de los sitios bajo estudio

En el caso del conjunto Pukará (13,2%) y Tambo de Angastaco (40%) los porcentajes de obsidianas son menores, y es mínimo en el Tambo de Gualfín (3,5%). Hay que destacar que ambos tambos, a pesar de tratarse de sitios de enlace, poseen ubicaciones y conjuntos muy dispares. El Tambo de Angastaco presenta una composición artefactual general muy rica y diversa que lo equipara a otros enclaves estatales de envergadura del NOA. En él se destaca la alfarería asociada al almacenaje, pero también al consumo y servicio, además de distintas etapas de producción lítica (Williams *et al.* 2005; Chaparro *et al.* 2007). Sin embargo, este tambo, a pesar de tratarse de un punto de abastecimiento y circulación de importancia, no presenta la gran diversidad tecnológica ni de fuentes de obsidiana que podría esperarse.

Por otro lado, el Tambo de Gualfín es diferente al de Angastaco, tanto respecto de las proporciones de materias primas como de las características generales del sitio. Como ya se ha mencionado, se trata de una posta de enlace que se encuentra en un fondo de valle en el interior de las quebradas laterales y presenta una baja diversidad en los conjuntos cerámicos (en cuanto a formas y estilos) en relación con Angastaco. Por su parte, en el material lítico la frecuencia de obsidianas es baja, pero la diferencia con respecto al resto de los sitios es que en Tambo de Gualfín, dentro del conjunto de las rocas locales se destaca el empleo de las de origen mediato (áreas de aprovisionamiento entre 2 km y 25 km de distancia) (Figura 3). Una pregunta para seguir explorando es si el empleo de estas rocas de disponibilidad mediata estaría relacionado con estrategias de abastecimiento diferentes a las supuestas para el Tambo de Angastaco y los otros sitios.

Las variables “objetivas” hasta aquí descritas podrían haber sido motivo de la elección de estas materias primas (disponibilidad, accesibilidad, forma de presentación, propiedades físicas-mecánicas). Pero hay que resaltar también que fueron atravesadas por saberes compartidos, por ejemplo, el de la localización y accesibilidad a ellas, y el de sus propiedades físicas-mecánicas, asociadas a una determinada funcionalidad. En el caso de la elección de la obsidiana proveniente

de fuentes muy distantes geográficamente a los sitios, se podría indicar que habría estado relacionada con sus propiedades cortantes, sin embargo, en la puna hay numerosas materias primas con similares propiedades (basalto y sílices); a pesar de ello, en el conjunto total de sitios analizados en este trabajo se eligieron las obsidias (N=211), y preferentemente las translúcidas (78%) por sobre las opacas (22%), que son más quebradizas (*sensu* Escola 2007).

La preferencia en la elección de obsidias de Ona fue recurrente desde hace miles de años (Scattolin y Lazzari 1997; Yacobaccio *et al.* 2002; Escola 2004, 2007) y principalmente en su variedad translúcida (Lazzari 2005; Moreno 2005), lo que no significa que todos los que la hayan utilizado conocieran su procedencia. Su lógica de consumo, seguramente, estuvo relacionada con ciertos conocimientos, valores, percepciones y acciones de los agentes que existieron en ciertas condiciones económicas y sociales bien definidas. En este sentido, la obsidiana estaba disponible, por lo menos para los tiempos preinkas, es decir que la distancia social entre las obsidias y los consumidores era mucho menor que la distancia espacial de procedencia de esta roca.

Pero ¿a qué se debe esta preferencia y mantenimiento en el tiempo? Investigaciones previas indican que en los Andes, las rocas transparentes eran concebidas como mediadoras entre diferentes mundos cosmológicos. Esto ha sido registrado en el siglo XVI, momento en que la transparencia estaba asociada simbólicamente con el agua y los ancestros (MacCormack 1991). Giesso (2003) realiza esta propuesta con base en sus estudios de fuentes documentales y plantea que la preferencia en el uso de obsidias translúcidas seguramente se remontaría a tiempos previos, trasladándolas hasta Tiwanaku. Por otro lado, como ya se ha mencionado, otros autores para el primer milenio en el NOA proponen que la transparencia de las obsidias es un atributo de importancia a la hora de su elección (Lazzari 2005; Moreno 2005).

Con respecto al aprovisionamiento de materias primas, para las sociedades preestatales y estatales del Valle Calchaquí medio se proponen dos formas. La principal es la adquisición directa (Meltzer 1989), mediante la cual se obtienen rocas de fuentes primarias ubicadas en el mismo cerro donde se encuentran los sitios. De esta manera, en la totalidad de los asentamientos bajo estudio hubo abastecimiento, sin mediar casi traslado, de distintas variedades de pizarras, ortocuarcitas, cuarzos y esquistos, lo que incluyó también rocas provenientes de fuentes secundarias ubicadas en los alrededores (menos de 5 km) y de mayor distancia (hasta 25 km). Asimismo, en los sitios agrícolas Corralito II y La Campana Terrazas se ha realizado el emparejamiento y la limpieza del terreno para el cultivo, lo cual permitió el abastecimiento ocasional de rocas provenientes del basamento madre, algunas de las cuales fueron seleccionadas y reducidas *in situ*. Es decir que los despedres, construidos mediante una inversión de mano de obra comunal, también se constituyeron en canteras de aprovisionamiento de materias primas y facilitaron la explotación de algunas rocas. Esta estrategia de complementación de dos actividades –desde un punto de vista ecofuncional– puede ser entendida como una forma inclusiva, la cual permitiría reducir el costo del aprovisionamiento (*embedded sensu* Binford 1979). Sin embargo, un aprovisionamiento incluido en otras prácticas no necesariamente significa menor costo, ya que puede implicar que para su obtención se realicen negociaciones en la cantera misma, entre diferentes miembros de un grupo (Lazzari 1999; Yacobaccio *et al.* 2002). También puede incluir intercambios y permisos entre el/los interesados y los diversos seres sobrenaturales que conviven en la geografía viva de los Andes, los *apus* (cerros), los *punku* y las *qaqas*⁷ u otros a los que se les deben favores mutuos.

La segunda forma de aprovisionamiento es la que se infiere para aquellas rocas cuyas fuentes se encuentran a grandes distancias y en las que debió mediar el transporte entre la fuente y el lugar de consumo. Se trata principalmente de la obsidiana, ya que de ella se conoce puntualmente su procedencia, en distintos afloramientos de la puna. Según el análisis tecnológico, para su reducción en los lugares de consumo, los nódulos y/o núcleos de obsidiana se trasladaron desde las fuentes que se encuentran entre 60 y 200 km, por lo que es probable que haya coexistido más de una forma de obtención de estas rocas (Chaparro *et al.* 2011). En sus itinerarios, los pastores caravaneros transportaban bienes de diversa importancia cultural (Nielsen 2001), entre los que seguramente se

incluía esta clase de rocas, mientras que los pobladores locales realizaban viajes periódicos para distintas actividades y, por lo tanto, pueden haber transportado los núcleos de obsidiana, lo que no excluye el intercambio mano a mano entre vecinos (Yacobaccio *et al.* 2002). Además, durante el período Inka seguramente se sumaron otros agentes al movimiento preexistente de personas y bienes. En este sentido, se observa una continuidad de explotación de obsidianas para el NOA y para los sitios preinkas e inkas (con excepción de los sitios exclusivamente agrícolas), pero en menores proporciones para estos últimos. Esto podría estar relacionado con cierta ruptura de esta preferencia de uso de obsidianas recurrente desde el Formativo, no por una estrategia impulsada por el estado, sino más bien por las nuevas condiciones que podrían alterar, indirectamente, las redes de distribución previas (Chaparro 2009). Este tema se deberá continuar estudiando, analizando cada contexto en particular.

Técnicas de talla: reducción de núcleos y formas-base

Mediante el estudio tecnomorfológico de los núcleos (Tabla 1) y de los desechos (Tabla 2) se pueden inferir las diferentes técnicas de talla empleadas para obtener soportes o formas-base para la confección de artefactos. En todos los casos bajo estudio se ha identificado el predominio casi absoluto de la técnica de percusión simple, aunque hay unos mínimos indicios de técnica bipolar y de adelgazamiento bifacial.

En el caso de la percusión simple, se han reducido núcleos a mano alzada (*free hand*) en la mayoría de las materias primas utilizadas. Estos núcleos poseen restos de corteza y varias plataformas de las cuales se han extraído lascas de diversos tamaños. La presencia de distintos frentes de extracción indica su rotación (Tabla 1), lo que repercute en la conformación de núcleos de gran variabilidad morfológica, conocidos como núcleos amorfos (Johnson 1987; Patterson 1987).

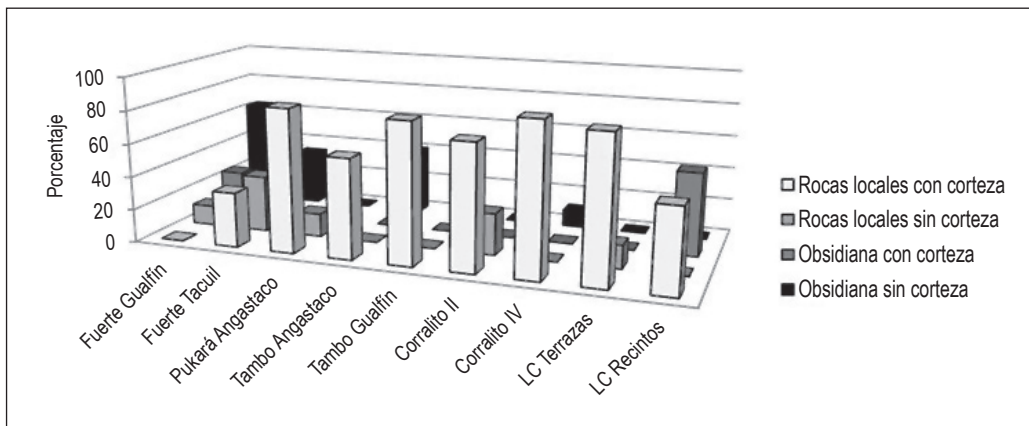
Por otro lado, el estudio de los tipos de lascas y talones en los desechos de talla (Tabla 2) permitió afirmar la presencia de actividades de regularización de filos por medio de la talla por presión. Asimismo, la ausencia de determinados tipos de lascas y de ciertos atributos en la cara ventral de éstas permitió descartar la reducción por adelgazamiento bifacial, técnica que requiere operaciones y movimientos particulares con mayor entrenamiento y destreza manual (con excepción de dos casos).

Trabajo invertido en la reducción y en la confección de artefactos

Una serie de indicadores en conjunto pueden brindar información acerca del grado de intensidad en la reducción de una materia prima. En este caso, se evaluó la presencia de corteza en núcleos, teniendo como supuesto que, a mayor reducción de núcleos, menor es la proporción de corteza en ellos y en sus productos (Sullivan y Rozen 1985). Pero la presencia de corteza en sí misma no es indicativa de intensidad, ya que es esperable identificarla en aquellos lugares donde se reduzcan inicialmente los núcleos. Además, en muchos casos, en forma previa al traslado desde las fuentes, las materias primas poseen algún tipo de preparación, como el descortezamiento, que las reduce. A partir del análisis tecnológico intrasitio realizado en la primera parte de este trabajo se pudieron identificar dos cuestiones: en primer lugar, que en la mayoría de los sitios hay evidencia de reducción inicial de núcleos, principalmente sobre rocas locales, aunque en diferentes proporciones (con excepción de los fuertes de Gualfín y de Tacuil). Por otro lado, los mismos estudios indican que la obsidiana pudo circular de dos formas: como núcleos previamente descortezados y en algunos casos como formas-base, pero también como nódulos. Un dato interesante es que en algunas de las fuentes de obsidiana, como en el Salar del Hombre Muerto, el tamaño relativo de los nódulos es mediano-pequeño (Chaparro 2009), lo que implica que la

misma presentación de la roca restringe las técnicas de reducción y los tamaños de los productos obtenidos. En el caso de Ona, Escola (2000, 2003, 2004) ha realizado estudios específicos sobre la fuente y menciona que los tamaños en bruto son mayores, hasta 30 cm de diámetro. Propone, además, debido a la presencia de grandes talleres de reducción inicial y búsqueda de formas-base, el traslado de la materia prima como núcleos preparados y/o formas-base. Teniendo todo esto en cuenta, se deben evaluar en conjunto, no sólo la existencia de corteza, sino también los tamaños y los tipos de núcleos.

De esta manera, al evaluar los conjuntos líticos de los sitios en general, se observa una fuerte presencia de corteza en los núcleos locales, a la inversa de lo que sucede con los núcleos de obsidiana. Los casos que se diferencian son los fuertes de Gualfín y de Tacuil, donde los núcleos locales con corteza son escasos y predominan núcleos de obsidiana sin corteza, lo que demuestra un mayor interés en su aprovechamiento (Figura 4).



Referencias: LC Terrazas: La Campana

Figura 4. Presencia de corteza en núcleos de rocas locales y no locales (obsidiana)

Con respecto a los tamaños relativos, se observa el predominio de un 90% de núcleos locales enteros (n=33) de mayor tamaño, en los que se incluye el grupo de los medianos y grandes. En cambio, los núcleos enteros de obsidiana son cuatro (n=4), de los cuales tres son muy pequeños y el restante, pequeño. Asimismo, en relación con los tipos de núcleos (N=61) existe un predominio de los llamados amorfos en los locales (n=48), entre los que se pueden incluir los de lascados aislados (31%), poliédricos (19%), nódulos testeados (7%), mientras que los restantes son piramidales, bipiramidales y prismáticos pero de reducción parcial e irregular (27%) y, en menor medida, no determinados (12%), globulosos (2%) y bipolares (2%). En cambio, en los núcleos de obsidiana (n=13) dominan los bipolares (31%), globulosos (23%) y no determinados (porque están fracturados) (23%) por sobre los de lascados aislados (23%). Por otro lado, el porcentaje de lascas de reactivación de núcleos también es bajo, un 3% del total de lascas enteras (N=304), de las cuales la mitad es de obsidiana. Por lo tanto, la presencia de núcleos de obsidiana pequeños, agotados, fracturados, reducidos al máximo con técnica bipolar y con escasa presencia de corteza indicaría una mayor intensidad de reducción. En cambio, en la mayoría de las rocas locales, los núcleos son amorfos y de tamaños mayores, aún disponibles para más extracciones. Cabe destacar que se identificaron ciertas variedades de pizarra con mayor intensidad de explotación, pero este tema no será tratado en este trabajo.

Por otro lado, la categoría clase técnica (*sensu* Aschero y Hocsmán 2004; Hocsmán 2006) implica la diferenciación del grado de rebaje en el espesor de la pieza según sus caras, que distin-

que grados de trabajo invertido en la producción de artefactos, por lo que se mide a través de la superposición de lascados que cubren, en forma parcial o total, las caras de las piezas (Hocsman 2006). Los artefactos con mayor inversión de trabajo son las puntas de proyectil, representado en la mayoría de los casos por la reducción bifacial y, en menor medida, por el trabajo no invasivo bifacial. En cambio, en el resto de los artefactos prevalece el trabajo no invasivo y la reducción unifacial, con bajos porcentajes de tratamiento bifacial en ambas clases. Asimismo, es inexistente el adelgazamiento bifacial (Figura 5).

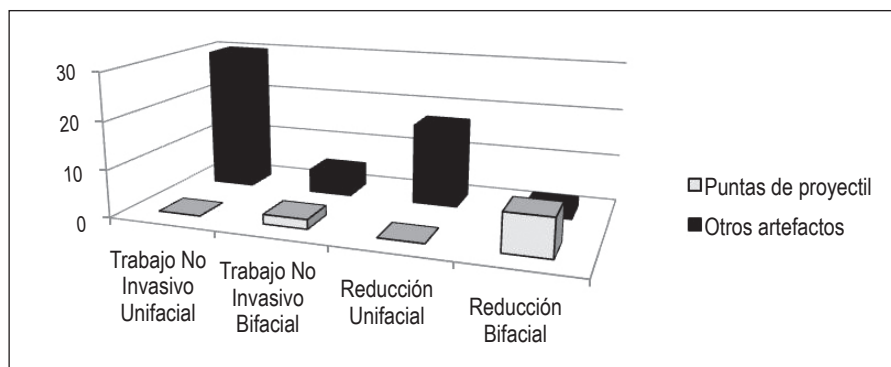


Figura 5. Frecuencia de clases técnicas sobre puntas de proyectil y otros artefactos

Finalmente, si se evalúan los artefactos formatizados en informales y formales, siguiendo el criterio propuesto por Escola (2000)⁸, se puede remarcar que en los nueve sitios prevalecen los artefactos de baja inversión de trabajo (n=52), entre los que se incluyen doce raspadores, ocho cuchillos de filo retocado, dos puntas entre muescas, ocho muescas retocadas y de lascado simple, ocho raederas, cuatro filos de bisel abrupto de microrretoque ultramarginal, dos cortantes, tres denticulados, tres puntas y artefactos burilantes y dos artefactos medianos-pequeños de retoque de bisel oblicuo de sección asimétrica. En cambio, los artefactos de mayor inversión de trabajo, formales, alcanzan a n=14, son las diez puntas de proyectil, un biface parcial, un esbozo de pieza bifacial, una pieza foliácea y una posible *taclla* o herramienta de laboreo de la tierra.

Instrumentos: variabilidad, vinculación funcional e importancia en la reproducción social

Los estudios arqueológicos y etnoarqueológicos han permitido reconocer dos cuestiones relacionadas con el vínculo forma-función⁹ (Hayden 1979; Shott 1989; Andresfky 1998, entre otros). Por un lado, han identificado la frecuente utilización de piezas de morfologías similares con el fin de realizar acciones diferentes, y ello se debe al modo de uso del filo, el ángulo utilizado o la presión ejercida, etc. No obstante, diferentes formas son más efectivas para realizar una u otra acción, por ejemplo, para golpear o para cortar y, por lo tanto, determinados tipos de artefactos representan la diversidad de actividades desarrolladas en un sitio.

Bajo estos supuestos, los conjuntos pueden ser evaluados en dos grandes grupos, por un lado, los asociados al consumo y procesamiento, y por otro, los extractivos (Escola *et al.* 2006; Hocsman 2006). En los nueve sitios bajo estudio (N=69)¹⁰ predominan los de consumo y procesamiento con el 84% (n=58); por su parte, el conjunto extractivo alcanza solo el 16% (n=11) (ver Figura 2).

Los sitios Corralito IV, Fuerte de Gualfín y Tambo de Angastaco presentan mayor variabilidad de grupos tipológicos asociados al consumo y procesamiento de comida y de otras prácticas sociales, en las que se debe incluir la producción lítica, ya que existe una mayor diversidad de materias primas y las secuencias de producción son más largas. Asimismo, el único sitio que pre-

senta mayoría de puntas de proyectil es el Fuerte de Gualfín (con la presencia mínima en Corralito IV y el Pucará de Angastaco). Éstas pueden asociarse tanto a la defensa y el ataque como a las prácticas de caza, que no se descarta a pesar de la inexistencia de restos arqueofaunísticos.

Las puntas de proyectil presentan ciertas regularidades en relación con las materias primas empleadas, en cuanto a las dimensiones, los soportes, la técnica de confección y el trabajo invertido. Básicamente, se trata de puntas triangulares apedunculadas de obsidiana, base cóncava, de tamaño pequeño, cortas y muy delgadas, y las formas-base empleadas son lascas internas o no determinadas. Varios autores han identificado que ya desde el Formativo las puntas de proyectil comparten estas características (Escola 2007; Hocsmán y Escola 2006-07), situación que continúa en el PDR (Ávalos 2002; Ledesma 2003; Elías 2010). Escola (2007) propuso la existencia de un vínculo “obsidiana-punta de proyectil”, más allá del rol utilitario, y que estaría relacionado con la transmisión de información y la legitimación de nuevas distinciones sociales. A partir de las investigaciones realizadas para este trabajo, se acuerda con la presencia y continuidad de este vínculo “obsidiana-punta de proyectil”, aunque no se considera que los artefactos transportan pasivamente mensajes sociales, sino más bien que encarnan las prácticas que los hicieron surgir (Ingold 2000). Más allá de eso, el estudio de las puntas de proyectil de obsidiana dentro de cada contexto aquí trabajado permite visibilizar conocimientos comunes acerca de los procedimientos y el saber-hacer de esta clase de instrumentos (Chaparro 2008-09, 2009).

En suma, la tecnología lítica, tanto en sus facetas productivas como en la funcional, atraviesa todo el espectro de las prácticas cotidianas de distintos sitios de momentos del PDR e Inka. Pero además, a partir de su análisis como fenómeno multidimensional, se pueden comprender los saberes y preferencias que involucra y que la hacen agente partícipe en la reproducción social.

COMENTARIOS FINALES

Diversas investigaciones en el NOA indican que desde el Formativo hay una tendencia a la informalidad de los conjuntos artefactuales sobre rocas locales (Pintar 1996; Escola 2000), con excepción de las puntas de proyectil, las cuales están confeccionadas sobre obsidiana y presentan mayor inversión de trabajo (Lazzari 2005; Moreno 2005; Hocsmán y Escola 2006-07). En ese sentido, Hocsmán (2006) observa un incremento significativo del trabajo no invasivo y la ausencia del adelgazamiento bifacial que lo diferencian de los períodos anteriores. Esta situación se repite también para el PDR e Inka en la Quebrada de Humahuaca, sitios Los Amarillos y Esquina de Huajra (Ávalos 2002; Ávalos y Chaparro 2008), en el Valle Calchaquí para los sitios Molinos 1 (Sprovieri y Baldini 2007) y Tolombón (Chaparro 2008-09) y en la Puna meridional (Elías 2007, 2010). Se puede plantear que esto responde a tres cuestiones relacionadas: en primer lugar, al alto grado de sedentarismo de estos grupos, que promueve el empleo de las rocas de los alrededores. En segundo lugar, a la reducida demanda de efectividad de la mayoría de los artefactos, lo cual deriva en que cualquier tipo de materia prima responda a los requerimientos básicos (Bamforth 1986; Koldehoff 1987; Parry y Kelly 1987; Andrefsky 1998). Por último, puede ser explicado por la necesidad de un equipo particular, las puntas de proyectil, que implica una mayor inversión de trabajo (incluido su enmangue), y que requiere efectividad, no sólo por sus diseños, sino también por la materia prima, ideal para la punción y el corte (Hocsmán y Escola 2006-07). Sin embargo, ello no significa que no hubiera una elección de materias primas. Entre estas decisiones podrían haber influido las propiedades físicas-mecánicas, la disponibilidad (en muchos casos, dada socialmente), las preferencias sociales acerca de su transparencia y las recurrencias de uso a lo largo del tiempo. En ese sentido, el grado de trabajo invertido puede ser entendido en el marco de prácticas de manufacturas compartidas generacionalmente por los talladores, componentes esenciales si se consideraba a la tecnología como un conocimiento replicable y transmitido (Layton 1974; Pfaffenberger 1988).

Para finalizar, en este trabajo se ha resumido la investigación realizada sobre la tecnología lítica de sitios preestatales y estatales del Valle Calchaquí medio, un tema y una región escasamente estudiados. Se trata de tambos, *pukara* y complejos agrícolas, es decir, espacios residenciales asociados a la comunicación, a la defensa/protección y a la producción de alimentos. Estos nueve sitios fueron analizados en función del aprovechamiento de materias primas, las tendencias tecnológicas y la funcionalidad potencial para sus conjuntos líticos. Asimismo, con el objetivo de caracterizar la producción lítica general, se analizaron la disponibilidad, procedencia y preferencias de uso de materias primas, las técnicas de talla, el trabajo invertido, los conocimientos, la variabilidad y la vinculación funcional instrumental. Finalmente, estos resultados se discutieron a la luz de otros trabajos actuales, en relación con la informalidad y formalidad lítica de sociedades tardías. En suma, estos estudios que conciben a la tecnología como un fenómeno multidimensional contribuyen a visibilizar su rol, en el marco de las relaciones sociales en las que se encuentra inmersa.

AGRADECIMIENTOS

Parte de los resultados presentados en este trabajo pertenecen a la tesis doctoral de mi autoría realizada en el marco de una Beca de Posgrado Interna otorgada por el CONICET (2003-2008) bajo la dirección de Verónica Williams y de los proyectos PICT que ella ha dirigido. Estas investigaciones se llevaron adelante en el INCUAPA, Unidad Ejecutora CONICET (dirigido por G. Politis), Facultad de Ciencias Sociales, UNICEN.

Quiero agradecer la colaboración de María Paula Villegas y Mariángeles Borgo en la preparación del manuscrito y destacar las valiosas recomendaciones de Roxana Cattaneo y Patricia Escola, que contribuyeron a su mejoramiento. Todo lo aquí expresado es de mi entera responsabilidad.

NOTAS

- ¹ Aunque los sitios Gualfín y Tacuil entrarían dentro de la definición arqueológica de *pukara*, debido a que localmente se conocen como fuertes, se respetará esa terminología.
- ² Propuesta relacionada con la lógica andina de habitar en los cerros como metáfora de ancestralidad, de origen de la vida y de protección (Bouysson-Bey Cassagne y Harris 1987; Tarragó 2000, entre otros).
- ³ Excluye del análisis el uso de los artefactos, lo cual requiere una vía independiente de contrastación.
- ⁴ Los estudios previos mencionan a este sitio como “el pukará del inga” (citado por Uhle en 1912 en Raffino *et al.* 1976; Raffino y Baldini 1983). Este sitio también ha sido objeto de estudios etnohistóricos (Lorandi y Boixadós 1987-88).
- ⁵ El Tambo, al igual que el Pucará, en los últimos años ha sido producto de sustanciales modificaciones que han llegado hasta la destrucción de un 80% del sitio.
- ⁶ La determinación de cortes petrográficos fue eficaz para identificar esta pizarra, que es de origen local. La duda se había presentado ya que algunos trabajos previos de la región mencionan la presencia de basalto en sus conjuntos y puede que se trate de esta variedad de pizarra, lo que cambiaría totalmente la interpretación.
- ⁷ Se trata de afloramientos rocosos considerados “especiales” por presentar diferentes características morfológicas, dificultad de acceso, coloración, etcétera.
- ⁸ Escola (2000) ha propuesto que la forma de evaluación de la formalidad y la informalidad se puede realizar mediante tres indicadores: a) las técnicas de reducción involucradas para la obtención de determinadas formas-base, b) la estandarización de las formas-base, y c) las técnicas de formatización de los artefactos.
- ⁹ Los análisis de desgaste son necesarios para inferir con mayor precisión la función de un instrumento.
- ¹⁰ De los 73 artefactos formatizados se descontaron: nueve artefactos no diferenciados de formatización

sumaria, dos fragmentos no diferenciados de artefactos formatizados, un fragmento apical, un artefacto de laboreo de la tierra y diez puntas de proyectil. Es decir, 50 piezas que, al contabilizarse por filos, resultan en un total de 55. A ello se agregan tres artefactos no formatizados (manos de molino). Total de artefactos asociados a consumo y procesamiento n=58. Los artefactos asociados a las prácticas extractivas y/o defensa son once, e incluyen un artefacto de laboreo de la tierra y diez puntas de proyectil. Total N=69.

BIBLIOGRAFÍA

Albeck, M. E.

1993. Áreas agrícolas y densidad de ocupación prehispánica en la quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 2: 56-77.

Álvarez, M.

2003. Organización tecnológica en el Canal Beagle. El caso de túnel I (Tierra del Fuego, Argentina). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Andrefsky, W.

1998. *Lithics. Macroscopic approaches to analysis*. Cambridge, Cambridge University Press.

Appadurai, A.

1991. Introducción: las mercancías y la política del valor. En A. Appadurai (ed.), *La vida social de las cosas*: 17-87. México, Grijalbo.

Arkush, E.

2006. Collapse, conflict, conquest: the transformation of warfare in the Late Prehispanic Andean Highlands. En E. Arkush. y M. Allen (eds.), *The archaeology of warfare. Prehistories of raiding and conquest*: 286- 335. Florida, University Press of Florida.

Arnold, D., D. Jiménez y J. Yapita

1998. *Hacia un orden andino de las cosas. Tres pistas de los Andes meridionales*. La Paz, Hisbol.

Aschero, C.

1975. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos. Informe al CONICET. Buenos Aires. Ms.

1983. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos. Apéndice A y B. Cátedra de Ergología y Tecnología. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires. Ms.

1988. De punta a punta: producción, mantenimiento y diseño en puntas de proyectil precerámicas de la Puna argentina. Trabajo presentado en *Precirculados del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 177-229. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.

Aschero, C. y S. Hocsman

2004. Revisando cuestiones tipológicas en torno a la clasificación de artefactos bifaciales. En A. Acosta, D. Loponte y M. Ramos (comps.), *Temas de arqueología. Análisis lítico*: 7-25, Luján, Universidad Nacional de Luján.

Aschero, C., L. Moya , C. Sotelos y J. Martínez

1995. Producción lítica en los límites del bosque cordillerano: el sitio Campo Río Roble. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XX: 205-238.

Ávalos, J. C.

1998. Modos de uso de implementos agrícolas de la Quebrada de Humahuaca y Puna a través del análisis de huellas de desgaste. En B. Cremonte (comp.), *Los desarrollos locales y sus territorios. Arqueología del NOA y sur de Bolivia*: 285-303. San Salvador de Jujuy, Universidad de Jujuy.

2002. Sistema de producción lítica de una comunidad tardía de la quebrada de Humahuaca. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Humanidades, Universidad de Jujuy, Jujuy.

- Ávalos, J. y M. G. Chaparro
2008. Los artefactos líticos durante la ocupación inka en la quebrada de Humahuaca: producción y circulación. En A. Austral y M. Tamagnini (comps.), *Problemáticas de la arqueología contemporánea, Tomo II, Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 473-474. Córdoba, Publicaciones de la Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Baldini, L.
2003. Proyecto Arqueología del valle Calchaquí central, (Salta, Argentina). Síntesis y Perspectivas. *Anales Nueva Época "Local, regional, global: prehistoria, protohistoria e historia de los valles Calchaquíes"* 6: 219-239.
- Baldini, L. y C. de Feo
2000. Hacia un modelo de ocupación del Valle Calchaquí Central (Salta) durante los Desarrollos Regionales. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXV*: 75-98.
- Bamforth, D.
1986. Technological efficiency and tool curation. *American Antiquity* 51: 38-50.
- Bellelli, C., A. Guraieb y J. García
1985-87. Propuesta para el análisis y procesamiento por computadora de desechos de talla lítica (DELCO- Desechos Líticos Computarizados). *Arqueología Contemporánea* 2 (1): 36-53.
- Binford, L.
1979. Organization and formation processes: looking at curated technologies. *Journal of Anthropological Research* 35: 255-273.
- Bourdieu, P.
1977. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Bouysse-Cassagne, T.
1975. *La identidad aymara: aproximación histórica (siglo XV, siglo XVI)*. La Paz, Hisbol.
1986. Urco y Uma: Aymara concepts of space. En J. V. Murra, N. Wachtel y J. Revel (eds.), *Anthropological History of Andean Politics*: 201-227. Cambridge, Cambridge University Press.
- Bouysse-Cassagne, T. y O. Harris
1987. Pacha: en torno del pensamiento aymara. En T. Bouysse-Cassagne, O. Harris, T. Platts y V. Cereceda (eds.), *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*: 11-60. La Paz, Hisbol.
- Chaparro, M. G.
2007. Preferencias en el manejo cotidiano de rocas. Los artefactos líticos de los asentamientos estatales del sur de la quebrada de Humahuaca y el valle Calchaquí medio (Argentina). En V. Williams y B. Cremonte (eds.), *Al borde del imperio. Paisajes sociales en áreas periféricas del Qollasuyu*. En prensa.
2008-09. La tecnología en Tolombón: nuevas contribuciones al estudio de las sociedades tardías del NOA. *Anales de Arqueología y Etnología* 63-64: 107-136.
2009. El manejo de los recursos líticos en el pasado. Sociedades pre-estatales y estatales en el Área Valliserrana del Noroeste argentino (1000-1536 DC). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Chaparro, M. G., M. P. Villegas, S. Gheggi y L. Arechaga
2007. Obtención y consumo de alimentos: Ingredientes básicos en las relaciones de poder en valles y quebradas del NOA. *Actas de resúmenes extendidos del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina Tomo 3*:105-110. San Salvador de Jujuy.
- Chaparro, M. G., V. Williams y M. Glascock
2011. La obsidiana en movimiento. Nuevos aportes en relación a su circulación en el Noroeste argentino (1000-400 a.p.). Ms.

Cigliano, E. y R. Raffino

1975. Arqueología en la vertiente occidental del valle Calchaquí Medio. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* IX: 47-56.

Cremonte, B. y V. Williams

2007. La construcción social del paisaje durante la dominación inka en el NOA. En A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (eds.), *Procesos sociales prehispánicos en el Sur Andino*: 207-236. Córdoba, Brujas.

Dobres, M. y C. Hoffman

1994. Social agency and the dynamics of prehistoric technology. *Journal of Archaeological Method and Theory* 1 (3): 211-258.

Edmonds, M.

1995. *Stone tools and society. Working stone in Neolithic and Bronze Age Britain*. Londres, Batsford.

Elías, A.

2005. Informalidad: un acercamiento inicial a la tecnología lítica de momentos tardíos a partir de las características de diseño de los instrumentos relevados en dos sitios de Antofagasta de la Sierra (Prov. de Catamarca, Argentina): La Alumbra y Campo Cortaderas. *Hombre y Desierto* 12: 47-71.

2007. Tecnología lítica en las sociedades tardías de Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). *Estudios Atacameños* 33: 59-85.

2008. Estrategias tecnológicas y variabilidad de los conjuntos líticos de las sociedades de los Períodos Tardío y Tardío-Inka en Antofagasta de la Sierra (Prov. de Catamarca, Puna Meridional argentina) y Doncellas (Prov. de Jujuy, Puna Septentrional argentina). *Comechingonia virtual* 1: 43 -72.

<http://www.comechingonia.com/Virtual%20II%20I%20I/Elias%202008.pdf>

2010. Estrategias tecnológicas y variabilidad de los conjuntos líticos de las sociedades tardías en Antofagasta de la sierra (provincia de Catamarca, puna meridional argentina). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Escola, P.

2000. Tecnología Lítica y Sociedades Agropastoriles Tempranas. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

2003. Disponibilidad de recursos líticos y fuentes de aprovisionamiento en un sector de la Puna Meridional. *Mundo de Antes* 3: 65-84.

2004. Tecnología lítica y sociedades agro-pastoriles tempranas. En D. Loponte, A. Acosta y M. Ramos (eds.), *Temas de arqueología. Análisis lítico*: 59-100. Luján, Universidad Nacional de Luján.

2007. Obsidiana en contexto: tráfico de bienes, lazos sociales y algo más. En V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio (eds.), *Procesos sociales prehispánicos en los Andes meridionales*: 73-87. Buenos Aires, Artes Gráficas Buschi SA.

Escola, P. y S. Hocsman

2007. Procedencias de artefactos de obsidiana de contextos arqueológicos de Antofagasta de la Sierra (ca. 4500-3500 AP). *Comechingonia* 10: 49-58.

Escola, P., S. Hocsman y S. López Campeny

2006. Artefactos líticos y variabilidad de asentamientos en contextos agro-pastoriles de Antofagasta de la Sierra (Catamarca, Argentina). En P. Escola y S. Hocsman (eds.), *Artefactos líticos, movilidad y funcionalidad de Sitios en Sudamérica. Problemas y perspectivas*. BAR International Series. En prensa.

Gastaldi, M.

2007. Tecnología y Sociedad: Biografía e Historia Social de las Palas del Oasis de Tebenquiche Chico, Puna de Atacama, primer milenio d.C. *BAR Internacional Series* 1670. Archaeopress, Inglaterra.

- Giddens, A.
1976. *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*, 1ª ed. España, Amorrortu.
- Giesso, M.
2003. Stone Tool Production in the Tiwanaku Heartland. En A. Kolata (ed.), *Tiwanaku and Its Hinterland: Archaeological and Paleoecological Investigations in the Lake Titicaca Basin of Bolivia*, vol. 2: 363-383, Washington, Smithsonian Series in Archaeological Inquiry.
- Glascock, M.
2007. Informe de los estudios de procedencia de obsidianas NOA por Fluorescencia de Rayos X. Missouri University Research Reactor (MURR). Ms.
- Haber, A.
1997. La casa, el sendero y el mundo. Significados culturales de la arqueología, la cultura material y el paisaje en la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 14: 373-392.
- Hayden, B.
1979. *Lithic Use-Wear Analysis*. Nueva York, Academic Press.
- Hocsman, S.
2006. Producción lítica, variabilidad y cambio en Antofagasta de la Sierra –ca. 5500-1500 AP–. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Hocsman, S. y P. Escola
2006-2007. Inversión de trabajo y diseño en contextos líticos agropastoriles (Antofagasta de la Sierra, Catamarca). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 21: 75-90.
- Hongn, F. y R. Seggiano
2001. Hoja Geológica 2566-III Cachi. Provincias de Salta y Catamarca. *Boletín* 248. Instituto de Geología y Recursos Minerales. SEGEMAR (Servicio Geológico Minero Argentino).
- Ingold, T.
2000. The perception of the environment. En *Essays in livelihood, dwelling and skill*. Routledge, Nueva York.
- Johnson, J.
1987. Cahokia core technologies in Mississippi: the view from the South. En J. Johnson y C. Morrow (eds.), *The Organization of Core Technology*: 187-205. Boulder, Westview Press.
- Koldehoff, B.
1987. The Cahokia Flake Tool Industry: Socioeconomic Implications for Late Prehistory en the Central Mississippi Valley. En J. Johnson y C. Morrow (eds.), *The organization of core technology*: 151-185. Boulder, Westview Press.
- Korstanje, A., P. Cuenya y V. Williams
2010. Taming the control of chronology in ancient agricultural structures. Non-traditional data sets. *Journal of Archaeological Science* 37: 343-349.
- Larrouy, A.
1923. *Documentos del Archivo de Indias para la historia del Tucumán*. Tomo Primero (1591-1770). Santuario de Nuestra Señora del Valle, vol. III. Buenos Aires, L. Rosso.

Layton, E.

1974. Technology as knowledge. *Technology and Culture* 15: 31-41.

Lazzari, M.

1999. Distancia, espacio y negociaciones tensas: el intercambio de objetos en Arqueología. En A. Zarankin y F. Acuto (eds.), *Sed Non Satiata. Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*: 117-151. Buenos Aires, Del Tridente.

2005. Objects, people and landscape in Northwest Argentina. En L. Meskell (ed.), *Archaeologies of Materiality*: 126-161. Oxford, Blackwell Publishing.

Ledesma, R.

2003. Diseño de puntas de proyectil. Una vía de análisis alternativo para el estudio de identidad en la Quebrada del Toro, provincia de Salta, Argentina. *Cuadernos* 20: 241-269.

Lorandi, A. M. y R. Boixadós

1987-88. Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa* 17-18: 263-420.

Lorandi, A. M. y M. De Hoyos

1996. Complementariedad económica en los valles Calchaquíes y del Cajón, siglos XV- XVII. En L. Escobari de Querejazu (coord.), *Colonización agrícola y ganadera en América*: 385-414. Quito, Abya-Yala.

MacCormack, S.

1991. *Religion in the Andes. Vision and imagination in early colonial Peru*. Princeton, Princeton University Press.

Martínez Sarasola, C.

2004. El círculo de la conciencia. Una introducción a la cosmovisión indígena americana. En A. M. Llamazares y C. Martínez Sarasola (comps.), *El lenguaje de los dioses. Arte, chamanismo y cosmovisión indígena en Sudamérica*: 21-29. Buenos Aires, Biblos.

Mauss, M.

1936. Les techniques du corps (version *on line*). Disponible en http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/classiques/mauss_marcel/socio_et_anthropo/6_Techniques_corps/techniques_corps.html (consultada 24 de septiembre 2009).

Meltzer, D.

1989. Was stone exchanged among eastern North American paleoindians? En C. Ellis y J. Lothrop (eds.), *Eastern paleoindians lithic resources use*: 11-39. Boulder, Westview Press.

Moreno, E.

2005. Artefactos y prácticas: análisis tecno-funcional de los materiales líticos de Tebenquiche Chico 1. Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Murra, J.

1978. *La organización económica del Estado Inka*. Instituto de Estudios Peruanos. México, Siglo Veintiuno.

Nielsen, A.

2001. Evolución social de la quebrada de Humahuaca (AD 700-1536). En E. Berberían y A. Nielsen (eds.), *Historia argentina prehispánica*, Tomo 1: 171-264. Córdoba, Brujas.

2007. Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el Sur Andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1): 9-41.

- Parry, W. y R. Kelly
1987. Expedient core technology and sedentism. En J. Johnson y C. Morrow (eds.), *The organization of core technology*: 285-304. Boulder, Westview Press.
- Patterson, L.
1987. Amorphous cores and utilized flakes: a commentary. *Lithic Technology* 16 (2-3): 51-53.
- Pfaffenberger, B.
1988. Fetishised objects and humanised nature: towards an anthropology of technology. *Man* 23: 236-252.
- Pintar, E.
1996. Movilidad, artefactos y materias primas: la organización tecnológica en la Puna desértica. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 25 (1/4): 17-21.
- Raffino, R.
1981. *Los Incas del Kollasuyu*. Buenos Aires, Ramos Americana.
1988. *Poblaciones indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*. Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina.
- Raffino, R. y E. Cigliano
1978. Nota sobre una nueva instalación agrícola en el N.O. Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 6: 93-104.
- Raffino, R. y L. Baldini
1983. Sitios arqueológicos del valle Calchaquí medio (Dep. Molinos y San Carlos). *Estudios de Arqueología* 3-4: 26-36.
- Raffino, R., E. Cigliano y M. E. Mansur
1976. El Churcal: un modelo de urbanización tardía en el Valle Calchaquí. *Actas y Memorias IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (Primera Parte), Tomo III (1/4): 33-43. San Rafael, Mendoza.
- Ratto, N.
1991. Elección de rocas y diseño de artefactos: propiedades físico-mecánicas de las materias primas líticas del sitio Inca Cueva c-4 (Jujuy, Argentina). *Actas del XI Congreso de Arqueología chilena*: 121-137. Santiago de Chile, Sociedad Chilena de Arqueología.
- Raviña, M. G., L. Iácona y A. Albornoz
1983. Nota preliminar sobre una nueva fortaleza en el Valle Calchaquí: el Pucará de Gualfín. *Presencia hispánica en la arqueología argentina* (2): 863-874. Museo Regional de Antropología e Instituto de Historia. Facultad de Humanidades. Universidad del Nordeste, Entre Ríos.
- Ruiz, M. y M. E. Albeck
1997. El fenómeno *pukara* visto desde la puna jujeña. *Estudios Atacameños* 12: 83-95.
- Scattolin, C. y M. Lazzari
1997. Tramando redes: obsidias al oeste del Aconquija. *Estudios Atacameños* 14: 189-209.
- Schutz, A. y T. Luckmann
1977. *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Shott, M.
1989. Bipolar industries: ethnographic evidence and archaeological implication. *North American Archaeologist* 10 (1) 1-24.
- Sprovieri, M. y L. Baldini
2007. Aproximación a la producción lítica en sociedades tardías. El caso de Molinos 1, Valle Calchaquí Central (Salta). *Intersecciones en Antropología* 8: 135-147.

Sullivan, A. y K. Rozen

1985. Debitage analysis and archaeological interpretation. *American Antiquity* 50 (4): 755-779.

Tarragó, M.

2000. Chacras y Pukará. Desarrollos sociales tardíos. En M. Tarragó (ed.), *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*: 257-300. Buenos Aires, Sudamericana.

Topic, J. y T. Topic

1997. Hacia una comprensión conceptual de la guerra andina. En R. Varón y J. Flores (eds.), *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes. Homenaje a María Rostworowski*: 567-590. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

Villalba, H.

2004. Informe de análisis sobre materiales arqueológicos. Estudios petrográficos. Ms.

Villegas, M. P.

2006. Teledetección arqueológica en el valle Calchaquí medio (Salta, Argentina). Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Williams, V.

2002-05. Provincias y capitales. Una visita a Tolombón, Salta, Argentina. *Xama* 15-18: 177-198.

2007. Gualfines y otros. Arqueología y etnohistoria del Sector Medio del Valle Calchaquí. Trabajo presentado en las *IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Tucumán. Ms.

Williams, V. y M. B. Cremonte

2004. Al borde del Imperio. Paisajes sociales en áreas periféricas del Kollasuyu. *XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Universidad de Río Cuarto, publicado en CD-ROM ISBN 950-665-272-4, 1. Arqueología: M. Tamagnini coordinadora, Río Cuarto.

Williams, V., M. P. Villegas, M. S. Gheggi y M. G. Chaparro

2005. Hospitalidad e intercambio en los valles mesotermiales del Noroeste argentino. *Boletín de Arqueología PUCP* 9: 335-373.

Winner, L.

1986. Myth information. En L. Winner, *The whale and the reactor: A search for limits in an age of high technology*: 98-121. Chicago, University of Chicago.

Yacobaccio, H., P. Escola, M. Lazzari y F. Pereyra

2002. Long distance obsidian traffic in Northwestern Argentina. En M. Glascock (ed.), *Geochemical evidence for long distance exchange*: 167-203. Westport, Bergin and Garvey.

MANUFACTURAS ALFARERAS AL SUR DE LOS VALLES CALCHAQUÍES ENTRE EL SIGLO PRIMERO AL QUINTO DC

Lucas Pereyra Domingorena*

Fecha de recepción: 28 de octubre de 2011

Fecha de aceptación: 26 de agosto de 2012

RESUMEN

En este trabajo se presentan los datos que demuestran la existencia de estilos técnicos en la producción alfarera de las sociedades aldeanas que habitaron, entre el siglo I al V d.C., el sur de los valles Calchaquíes (Noroeste argentino). Para tal fin se utilizaron los materiales cerámicos de las excavaciones realizadas en los sitios arqueológicos de Cardonal, ubicado al sur del valle del Cajón; Ingenio del Arenal-Faldas del Cerro y Antigal de Tesoro, localizados en la Falda occidental del Aconquija; y finalmente, del Componente Chimpa del sitio Bañado Viejo, emplazado en la llanura aluvional del río Santa María. En la caracterización tecnológica se emplearon técnicas de análisis petrográficos para la identificación de los patrones de manufactura. De esta manera se detectaron regularidades que permiten postular la presencia de un savoir faire de confección cerámica en la muestra analizada.

Palabras clave: *arqueología – Noroeste argentino – período Formativo – tecnología cerámica – análisis petrográfico.*

CERAMIC PRODUCTION IN THE SOUTHERN CALCHAQUÍ VALLEYS DURING THE FIRST TO FIFTH CENTURY AD

ABSTRACT

This paper presents data demonstrating the existence of technical styles of pottery production among the village societies that inhabited the Southern Calchaquíes valleys (Northwestern

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
E-Mail: lucasdomingorena@gmail.com

Argentina) from the first to the fifth century AD. The ceramic materials under discussion were obtained in excavations at the archaeological sites of Cardonal (southern Cajón Valley); Ingenio del Arenal-Faldas del Cerro and Antigal de Tesoro (western slope of the Aconquija Sierra); and the Chimpa component of the site Bañado Viejo (Santa Maria river alluvial plain). Ceramics were characterized through petrographic analytical techniques in order to identify manufacturing patterns. The identified regularities reveal the presence of a regional savoir faire in the crafting of the analyzed pottery.

Keywords: *archaeology – Northwestern Argentina – Formative period – ceramic technology – petrographic analysis.*

INTRODUCCIÓN

En los últimos treinta años se vienen desarrollando investigaciones arqueológicas en el sector geográfico ubicado al sur de los valles Calchaquíes, área que forma parte del Noroeste argentino (Figura 1). Estos estudios se orientan a dilucidar las actividades sociales que dieron forma a las sociedades aldeanas allí asentadas durante el primer milenio d.C. (Scattolin 1990, 2007a; Scattolin *et al.* 2001, 2009; Lazzari 2006; Izeta 2007; Bugliani 2008; Calo 2010; Pereyra Domingorena 2010; Cortés 2011). Se han investigado labores como la cocción de alimentos, las tareas agrícolas y la molienda de granos; la caza, el pastoreo y el consumo de animales; la producción y el uso tanto de instrumentos líticos como de vasijas cerámicas; el descarte y la reutilización de objetos; la obtención e intercambio de materiales y bienes; el comportamiento mortuorio; entre otras prácticas humanas.

Dentro de este marco general se desarrolló una línea de investigación que procuró establecer los estilos técnicos¹ con los cuales las antiguas alfareras y alfareros manufacturaban sus vasijas, y que se focalizó en el empleo de métodos petrográficos para la caracterización de las pastas cerámicas. Estos son utilizados en la actualidad en muchas investigaciones que tienen como propósito comprender la producción alfarera prehispánica del Noroeste argentino (Cremonte 1996; De La Fuente *et al.* 2005; Palamarczuk 2009; Feely 2010; Puente 2011; entre otros autores). El estudio petrográfico de la cerámica permitió registrar las regularidades y singularidades observadas a escala microscópica. Los patrones observados se presentan como evidencia de la existencia de un *savoir faire* alfarero que se mantuvo en uso, por lo menos, entre el siglo I al V d.C. al sur de los valles Calchaquíes (Pereyra Domingorena 2010). Entendemos que esta práctica social implicó además del empleo de materias primas, fuentes de energía y planificación, la presencia de habilidades incorporadas y conocimiento práctico (Mauss 1979 [1935]; Lemonnier 1989, 1992) para la realización de tales manufacturas. En este sentido, los estilos deben ser entendidos como un capital cultural (Bourdieu 2000) que habría sido empleado para la elaboración cerámica, pero además y fundamentalmente, como todo hecho cultural, para la producción y reproducción de la vida social. La tradición alfarera resultante, registrada en la cultura material, es entendida como la sedimentación histórica de patrones no cuestionables (Ingold 2000). Además, la enseñanza-aprendizaje de los estilos técnicos habría facilitado la transmisión del conocimiento cultural (Ong 2006 [1982]). Por tales motivos, se postula la existencia de complejas relaciones sociales en el mero acto de elaboración de un objeto.

Entonces, se propuso poner de manifiesto los antiguos modos de hacer vasijas a partir de la variabilidad observada. Puesto que las técnicas están incorporadas en las relaciones sociales y sólo podemos entenderlas dentro de la matriz cultural (Ingold 2000), los estilos técnicos recuperados nos permitirán acceder no sólo a estos en sí mismos sino a las relaciones entre técnicas y sociedad (Chilton 1998). El estudio de la tecnología cerámica puede contribuir así a la comprensión de la economía doméstica y al conocimiento general de las sociedades aldeanas bajo estudio.

Para esta investigación se utilizaron los materiales cerámicos disponibles de los sitios arqueológicos de Cardonal, ubicado al sur del valle del Cajón; Faldas del Cerro y Antigal de Tesoro, localizados en diferentes puntos de la falda occidental del Aconquija; y finalmente, la parte inferior de la secuencia estratigráfica del sitio Bañado Viejo, emplazado en el fondo de valle de río Santa María en la provincia de Tucumán (Figura 1).



Figura 1. Mapa del área de estudio con la ubicación de los sitios arqueológicos mencionados en el texto

PROBLEMÁTICA Y METODOLOGÍA

La manufactura alfarera de las sociedades prehispánicas del primer milenio d.C. en el Noroeste argentino habitualmente está caracterizada como una producción doméstica (Scattolin 1986, 1990; 2007a; Cremonte 1996; De La Fuente *et al.* 2005; Espiro Elsesser 2006; Scattolin *et al.* 2009; entre otros autores). En tal sentido, la primera hipótesis de trabajo afirma que las vasijas analizadas se confeccionaron a escala doméstica, es decir que las regularidades de manufactura observadas obedecieron a modos particulares y, a la vez, locales. Una vía para comprobarlo fue determinar la procedencia de los materiales no plásticos, particularmente las arenas. En tal caso, el agregado de arenas locales pondría en evidencia el carácter doméstico de la producción. Esta cadena de inferencias se basa en la premisa de la necesaria similitud entre la petrografía de las inclusiones y la litología circundante. La segunda hipótesis predice que ciertos bienes cerámicos consumidos correspondieron a producciones no locales. Las sociedades aldeanas estudiadas han sido caracterizadas por estar insertas en redes de intercambio interregional (Scattolin y Lazzari 1997; Lazzari 2006). En este sentido, y como vía de contrastación, una eventual correlación entre la petrografía cerámica y la litología local permitiría resaltar las discrepancias petrográficas de las alfarerías provenientes de otras regiones, por lo cual se postuló la presencia de estilos técnicos alóctonos. Finalmente, la última hipótesis sostiene que las regularidades técnicas tuvieron un uso prolongado durante el primer milenio d.C. Este enunciado se formuló a partir de las conclusiones alcanzadas por Cremonte (1996) en sus investigaciones en la quebrada de La Ciénega, cercana al valle de Tafí (Tucumán, Argentina). Para contrastar este enunciado deberíamos hallar en el registro arqueológico patrones de manufactura que se repitieran a lo largo del período estudiado.

Por estas razones, la investigación requirió un programa metodológico que, en primer lugar, se dirigiera a comprender la variabilidad de la cerámica. La clasificación del material se realizó a partir de los lineamientos tipológicos establecidos para el área de estudio, referidos a observaciones macroscópicas de la pasta, color, tratamiento de superficie y representaciones visuales (Scattolin 1986, 1990, 2007a; Scattolin *et al.* 2001, 2009; Bugliani y Pereyra Domingorena 2002; Bugliani 2008; Pereyra Domingorena 2010).

La segunda fase consistió en la reconstrucción de las vasijas para identificar el repertorio morfológico presente en cada contexto excavado. Esto permitió considerar a los recipientes como las unidades mínimas de análisis dado que estos fueron los objetos reales que coexistieron en el habitar cotidiano de las sociedades prehispánicas estudiadas. A su vez, la reconstrucción de recipientes permitió correlacionar variables morfológicas, estilísticas y tecnológicas en un mismo objeto.

La clasificación morfológica de las vasijas reconstruidas y las categorías de formas se basaron en criterios morfométricos generales como ser la profundidad, el diámetro máximo y el diámetro de la boca (Balfet *et al.* 1983, 1988). Esta tipología clasificatoria se adaptó a las características propias de la muestra y variantes al interior del tipo morfológico producto de “consideraciones en relación al tamaño, simetría, presencia de asas y otras características que permitían marcar una diferenciación” (Bugliani 2008: 26). Finalmente, se incorporaron otras muestras de fragmentos pertenecientes a categorías estilísticas que no fueron registradas en las reconstrucciones de forma y que resultaban significativas para la investigación.

Luego de la conformación de la muestra se realizaron cortes delgados a cada uno los especímenes que la componen para realizar el análisis petrográfico de las pastas cerámicas. Se tenía como premisa que las regularidades observadas de forma microscópica podrían ser interpretadas como patrones o modos técnicos implicados en la manufactura alfarera, de forma tal que la caracterización petrográfica resultó fundamental para resaltar la existencia de esos gestos técnicos prehispánicos en el registro arqueológico cerámico estudiado.

Las secciones delgadas fueron examinadas a través de un microscopio de luz polarizada Leica modelo DME-P. Para la obtención de las fotomicrografías se utilizó una cámara digital CANON Power Shot S80, capturadas con el objetivo de 5x/0.12, lo que permite una imagen óp-

tima del corte. Para cada corte delgado se obtuvo una caracterización cuantitativa, composicional y textural de las pastas cerámicas.

El procedimiento instrumentado para el estudio de las pastas incluyó cuatro fases. En primer lugar se describió el fondo de pasta. Con este término se alude a la matriz arcillosa y los elementos no plásticos menores a 15 μm (Courtois 1976; Cremonte 1996). Éste fue descrito según la coloración, su estructura y los microelementos observados. La coloración se registró en el microscopio con luz transmitida. Se detectaron tres tipos de estructuras de fondo de pasta. La primera, denominada *seudolepidoblástica*, presenta abundantes microlaminillas de micas (biotita y/o muscovita) con orientación que envuelven las inclusiones no plásticas formando una masa detrítica. La segunda es llamada *microgranosa*, dado que se observan grandes cantidades de microcristales que dificultan la visualización de la fracción arcillosa. Por último, la estructura *criptofilitosa* es aquella en la cual no se observan claramente las microlaminillas de micas (biotita y/o muscovita) y la matriz arcillosa resulta bastante compacta con extinciones ondulantes difusas (Courtois 1976). Se estableció el tamaño mínimo de las inclusiones no plásticas en 15 μm debido que las inclusiones menores a este límite no pueden ser identificadas petrográficamente de forma precisa. En consecuencia, se determinaron los elementos propios de la materia prima arcillosa y los elementos no plásticos.

La segunda fase consistió en la determinación mineralógica² de las inclusiones mayores a 15 μm (Figura 2). Éstas se clasificaron en cristaloclastos, es decir, fragmentos de cristales o cristales de minerales individuales como cuarzo, feldespato potásico, biotita, turmalina, entre otros. También se detectaron litoclastos, o sea, fragmentos de rocas, los cuales pueden tener un origen ígneo (volcánico o plutónico), sedimentario o metamórfico. Además, se observaron otros elementos como minerales opacos, vidrio volcánico, gránulos de arcilla y tiesto molido.

Según sus hábitos y formas, los cristaloclastos y litoclastos fueron clasificados en tabulares, laminares, angulares, subangulares, subredondeados y redondeados (Cremonte 1996). Para los tamaños de las inclusiones se utilizó la escala de clasificación granulométrica de Wentworth (Tabla 1).

En la tercera fase se observaron y clasificaron las cavidades (poros y oquedades) presentes en las pastas cerámicas. Se registró su abundancia, tamaños y formas. La importancia de las cavidades se relaciona con el proceso de amasado, composición química de las arcillas y uso del recipiente (Linné 1925; Cremonte 1996). Las formas fueron clasificadas en redondeadas, alargadas o irregulares.

La cuarta y última fase consistió en obtener la distribución modal de la matriz, inclusiones y cavidades. Para ello se efectuó un conteo mínimo de 300 puntos (*point counter*) por corte delgado. Los resultados obtenidos fueron posteriormente pasados a una medida porcentual. Durante esta etapa, además, se registraron las formas y tamaños de las inclusiones no plásticas, para lo cual se utilizó la escala micrométrica del microscopio.

En suma, el procedimiento implementado permitió caracterizar la pasta cerámica a partir de la descripción de las estructuras de fondo de pasta y la cuantificación e identificación tanto de los materiales no plásticos como de las cavidades. Se consiguió de esta manera una clasificación petrográfica independiente de otras catalogaciones de la cerámica, ya sea por morfología o por decoración (Culbert y Rands 2007).

El examen de las pastas permitió inferir algunos comportamientos técnicos. En primer lugar, el agregado intencional de atemperante se manifestó en la distribución bimodal, tipo y cantidad de material no plástico; la comparación textural de gránulos de arcilla y el fondo de pasta; y también en la comparación con cerámicas coetáneas sin inclusiones mayores de 15 μm y patrones cerámicos experimentales. En segundo lugar, se pudo estimar la calidad del amasado a través de las formas y densidad de cavidades; la orientación de éstas y de las inclusiones no plásticas. Finalmente, se monitorearon las atmósferas y temperaturas de cocción, tanto por las texturas y colores de las pastas como por la comparación con patrones experimentales (Cremonte 1996; Pereyra Domingorena 2010).

Tabla 1. Escala de clasificación granulométrica de Wentworth
(tomada de Adams *et al.* 1997 [1984])

| Diámetro límite de la clase (en milímetros) | Denominación de la clase |
|---|--------------------------|
| 256 | Bloque |
| 64 | Bloque pequeño |
| 4 | Canto |
| 2 | Canto pequeño |
| 1 | Arena muy gruesa |
| 0,5 | Arena gruesa |
| 0,25 | Arena |
| 0,125 | Arena fina |
| 0,0625 | Arena muy fina |
| 0,0312 | Limo grueso |
| 0,0156 | Limo medio |
| 0,0078 | Limo fino |
| 0,0039 | Limo muy fino |
| > 0,0039 | Arcilla |

Por medio de un análisis comparativo de los registros de las pastas cerámicas y del empleo del método de conglomerados (*cluster analysis*)³ se elaboró una tipología basada en las características petrográficas cualitativas y cuantitativas. Posteriormente, los tipos cerámicos fueron correlacionados con otros atributos de la cerámica –morfología, tipo de cocción, diseños decorativos– para evaluar las tendencias productivas del período estudiado y para plantear hipótesis sobre procedencia a partir de comparaciones entre la mineralogía observada y la litología de la zona donde se emplazan los sitios arqueológicos.

LOS MATERIALES CERÁMICOS Y SUS CONTEXTOS ARQUEOLÓGICOS

La investigación se basó en el análisis de los materiales cerámicos hallados en cuatro sitios arqueológicos ubicados en distintos sectores del área de estudio y adscriptos temporalmente a los primeros siglos d.C. (Tabla 2), es decir, las ocupaciones humanas correspondientes a la denominada Fase Chimpa (Scattolin 2007b).

El primero corresponde a la aldea arqueológica de Cardonal, que se ubica al sur del valle del Cajón, en un paso natural que une la puna catamarqueña y los valles mesotermiales. Las excavaciones se centraron en una vivienda compuesta por cinco estructuras circulares y subcirculares de piedra. Éstas revelaron una buena conservación del contexto arqueológico, así como una gama variable de hallazgos entre los que se destacan materiales arqueofaunísticos; impronta de cestería; instrumental lítico (puntas de proyectil, instrumentos de molienda, raederas, raspadores, etc.), elaborado con variadas materias primas, como rocas volcánicas, cuarzo y obsidiana (Scattolin *et al.* 2009). Este trabajo se focalizó en la alfarería de los recintos E1, E2 y E3. La excavación parcial de la habitación E1 contabiliza 2.733 tiestos; en la Estructura 2 se hallaron 2.027 fragmentos; y finalmente, en la habitación E3 se recuperaron 1.589 tiestos. En total se encontraron 6.349 fragmentos. Hasta el momento, con la cerámica recuperada se han podido reconstruir parcialmente dos cántaros ordinarios (C65-T32 y C44-T35, Figura 3a y 3b); un cántaro fino (C10-T70, Figura

3c); una olla ordinaria de boca oblicua (C139-T21, Figura 3d); una vasija modelada con diseño zoomorfo “quirquincho” (C70-T4, Figura 3e), una vasija pulida (C54-T21, Figura 3f) y un cuenco pulido (C70-T10, Figura 3g). Terminan de conformar la muestra un fragmento de olla ordinaria delgada (C46-T6, Figura 3h), un tiesto gris inciso grueso (C242-HE 8-1, Figura 3i), un fragmento de cuello y borde con modelado zoomorfo (C128-T12, Figura 3j) y tres fragmentos del estilo cerámico Vaquerías (C250-3, C26-T45 y C84-T3, Figura 3k, 3l y 3m).

Tabla 2. Fechados radiocarbónicos de los sitios analizados (Scattolin 2007b; Scattolin *et al.* 2009; Pereyra Domingorena 2010)

| Sitio | Procedencia | Código laboratorio | Fechado AP | Material |
|-------------------|----------------|--------------------|------------|----------------|
| Cardonal | E 2 – Nivel 6 | AA 67778 | 1878 ± 57 | Carbón vegetal |
| Bordo Marcial | R 18 – Nivel 5 | AA87294 | 1869 ± 38 | Carbón vegetal |
| Faldas del Carro | R 20 – Nivel 7 | AA57319 | 1795 ± 36 | Carbón vegetal |
| Antigal de Tesoro | R 19 – Nivel 7 | A-12774 | 1680 ± 80 | Carbón vegetal |
| Antigal de Tesoro | R 16 – Nivel 7 | AA60784 | 1615 ± 38 | Carbón vegetal |
| Antigal de Tesoro | R 16 – Nivel 6 | AA53821 | 1536 ± 25 | Carbón vegetal |
| Bañado Viejo | C 1 – Nivel 24 | LP962 | 1760 ± 100 | Carbón vegetal |

El sitio Ingenio Arenal-Faldas del Cerro se localiza en la parte superior del conoide de deyección de la quebrada del río Arenal, al sur del faldeo occidental de la sierra del Aconquija. Este sitio está dividido en dos sectores denominados A y B. El primero está asentado sobre una pequeña mesada donde finaliza la sierra, en tanto que el segundo se ubica en una pequeña planicie ubicada entre dos cauces del río Ingenio. Los trabajos de campo consistieron en la confección de la planimetría del sitio y la realización de excavaciones para conocer tanto la estructura estratigráfica del sitio como obtener contextos arqueológicos claros y material para fechar. En la estructura R20 se efectuaron dos sondeos de 1 m² cada uno. Se trata de un recinto pequeño que, junto con otras seis estructuras, conforman el Núcleo A. Se recuperaron restos óseos, fragmentos líticos, una mano con pigmento, pigmentos y mineral de cobre, y se detectó además una cubeta excavada en la roca base (Lazzari 2006). El material cerámico recuperado consta de 104 fragmentos, con los cuales se reconstruyeron parcialmente una olla ordinaria delgada (837-T1, Figura 4a) y una pequeña ollita gris pulida (839-2, Figura 4b). La muestra analizada se definió además con dos fragmentos cerámicos estilo Condorhuasi (832-T4 y 824-2, Figura 4c y 4d) y un fragmento del tipo Intermedio Alisado (827-T1, Figura 4e).

También se realizó un sondeo de 2,50 m² en la estructura R22. Se trata de una estructura de gran tamaño, de aproximadamente 25 m de diámetro, con un posible deflector de piedras que parecía definir áreas dentro de la estructura (Lazzari 2006). De la excavación efectuada se extrajeron 79 fragmentos, con los cuales se reconstruyó parte de una olla ordinaria (820-1, Figura 4f).

El sitio Antigal de Tesoro se encuentra en una meseta a 3.310 msnm, en la parte superior de la quebrada del río Chiflón, y está conformado por unas 65 estructuras, de las cuales se distinguen núcleos habitaciones y estructuras más grandes. Se realizaron, en el Núcleo A, excavaciones en los recintos R16 y R19 y en dos espacios externos a estos últimos, de donde se extrajo gran cantidad de fragmentos de recipientes ordinarios y de *vajilla de servicio*. Además, se recolectaron restos faunísticos y materiales líticos muy variados (Lazzari 2006).

La superficie excavada del R16 fue de 13 m² y se recuperaron 1.635 fragmentos. De estos fragmentos se pudieron reconstruir dos cuencos (656-22 y 696-1, Figura 5a y 5b), un jarro (655-T1, Figura 5c) y una jarra (656-5, Figura 5d). Además, se detectaron tres conjuntos cerámicos: Ordinario de paredes delgadas (658-84, Figura 5e), Ordinario Alisado (660-12, Figura 5f) e Intermedio Rojizo (699-13, Figura 5g), los cuales fueron considerados en la muestra para su análisis. También se estudió un fragmento gris pulido con modelado antropomorfo (657-T1, Figura 5h), un gris pulido con diseño de clepsidra (660-2, Figura 5i) y un fragmento estilo Condorhuasi (711-T1, Figura 5j).

La superficie excavada del R19 fue de 5 m² y se recuperaron 635 fragmentos. Se reconstruyeron parcialmente dos cuencos (542-4 y 638-5, Figura 5k y 5l) y una jarra (541-9, Figura 5m). Además, se incorporó a la muestra un fragmento de un recipiente abierto gris pulido (540-2, Figura 5n), una base de olla estilo Baño Blanco (530-T3, Figura 5ñ) y un fragmento del conjunto cerámico Ordinario Pulido (531-4, Figura 5o).

El sitio Bañado Viejo se ubica aproximadamente a 3,5 km al norte de la actual localidad de El Bañado, provincia de Tucumán, y a 1.500 m aproximadamente al oeste del curso del río Santa María, sobre la llanura aluvional de dicho río. Se decidió trabajar en este sector particular porque se había “determinado un área restringida que ofrecía *exclusivamente* materiales cerámicos pre-tardíos” (Scattolin *et al.* 2001: 168). Las excavaciones consistieron en dos cuadrículas (Cuadrícula 1 y Cuadrícula 2) de 2 m x 1 m cada una. En ellas se realizaron extracciones de unidades artificiales de 10 cm. La Cuadrícula 2 no ha sido totalmente excavada, y alcanza hasta la actualidad una profundidad de 0,70 m. En cambio, la Cuadrícula 1 ha sido excavada en su totalidad, y presenta material arqueológico hasta 3,20 m de profundidad. Se determinaron seis depósitos o estratos naturales por las características sedimentarias. Se constató asimismo la coherencia cronológica de los materiales arqueológicos contenidos en dichos estratos por el orden de los fechados radiocarbónicos y el análisis tafonómico de los restos óseos (Scattolin *et al.* 2001).

El material estudiado en este trabajo proviene del Componente Chimpa que corresponde a la parte inferior de la secuencia estratigráfica del sitio Bañado Viejo. En éste se contabilizó un total de 680 fragmentos. Previamente, se habían establecido conjuntos analíticos combinando tratamientos de superficie, repertorios estilísticos y estándares de pastas (Bugliani y Pereyra Domingorena 2002). En esta oportunidad, se analizaron muestras correspondientes al tipo cerámico Ordinario Alisado (480-R1, Figura 6a), al Ordinario de paredes delgadas (473-R1, Figura 6b), al Intermedio Rojizo (472-M7, Figura 6c) y al Intermedio Baño Blanco o Estándar F (471-1, Figura 6d). Además, se agregaron fragmentos de otros estándares a la muestra analizada. Del Estándar A se agregaron una escudilla (478-3, Figura 6e) y un recipiente abierto profundo (481-2, Figura 6f). Para el Estándar J se añadieron un cuenco pequeño (472-b2-26, Figura 6g) y una jarra (473-1, Figura 6h). También se sumaron dos fragmentos pintados pertenecientes al Estándar H (473-18 y 475-1, Figura 6i y 6j). Finalmente, se incorporó a la muestra estudiada el fragmento de cántaro con representación de rostro antropomorfo en el cuello (419-R1, Figura 6k). Este recurso estilístico ha sido identificado en el sitio Yutopían [elemento decorativo M6 (Bugliani 2008)] y temporalmente ha sido ubicado dentro de la Fase Chimpa (100-450 d.C., Scattolin 2007b).

El análisis cerámico se basó en la clasificación y estudio de 9.482 fragmentos provenientes de los cuatro sitios arqueológicos investigados. Asimismo, fueron analizados siete tiestos correspondientes a los estilos Vaquerías y Condorhuasi. Cuatro de las muestras Vaquerías provienen del sitio Bordo Marcial (C206-T2, C161-1, C217-1 y C217-5, Figura 7a, 7b, 7c y 7d), próximo al sitio Cardonal (sur del valle del Cajón); y la quinta se halló en las cercanías del sitio Tolombón y fue recolectado por Lafón y Krapovicas en 1944; actualmente es parte del acervo del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires (56-45 [2], Figura 7e). Fueron estudiados también dos fragmentos de Condorhuasi, hallados en la superficie de Ingenio del Arenal-Faldas del Cerro (805-3 y 805-9, Figura 7f y 7g).

La muestra seleccionada, que permitió comprender la variabilidad estilística-morfológica registrada, está compuesta de 53 ejemplares: 21 vasijas reconstruidas parcialmente y 32 fragmentos individuales o integrantes de tipos cerámicos no contemplados en las reconstrucciones de forma y significativos para este estudio (Tabla 3). A cada uno de ellos se le realizó un corte delgado para su análisis petrográfico.

Tabla 3. Cantidad de vasijas reconstruidas y muestras fragmentarias analizadas petrográficamente

| Sitio | Unidad | Fragmentos | Vasijas | Muestra | TOTAL |
|-------------------|-------------------|--------------|-----------|-----------|-----------|
| Cardonal | Núcleo 1 | 6.349 | 7 | 6 | 13 |
| Faldas del Cerro | R 20 | 104 | 2 | 3 | 5 |
| Faldas del Cerro | R 22 | 79 | 1 | 0 | 1 |
| Antigal de Tesoro | R16 | 1.635 | 4 | 6 | 10 |
| Antigal de Tesoro | R19 | 635 | 3 | 3 | 6 |
| Bañado Viejo | Componente Chimpa | 680 | 4 | 7 | 11 |
| Faldas del Cerro | Superficie | - | - | 2 | 2 |
| Bordo Marcial | E 18 | - | - | 1 | 1 |
| Bordo Marcial | Superficie | - | - | 3 | 3 |
| Tolombón | Superficie | - | - | 1 | 1 |
| | TOTAL | 9.482 | 21 | 32 | 53 |

UNA TIPOLOGÍA DE PASTAS

Las regularidades observadas y registradas en el análisis petrográfico de cada uno de los cortes delgados permitieron establecer tipos de pasta en cada uno de los sitios estudiados. Éstas están basadas en las similitudes y diferencias en las estructuras de fondo de pasta, los tipos, forma, tamaño y porcentaje de los atemperantes, y las dimensiones y morfología de las cavidades y quequedades observadas⁴.

Pastas del sitio Cardonal

Para el sitio Cardonal se establecieron cinco tipos de pastas cerámicas:

- 1. Cardonal Tipo I** (Figura 8a): se refiere a pastas gruesas con agregado de 35% de material no plástico cuya granulometría oscila entre limo grueso y arena muy gruesa (30 μm a 2.000 μm), aunque predomina la granulometría entre arena gruesa y arena muy gruesa (500 μm a 2.000 μm). Se destaca la presencia de cristaloclastos de cuarzo ondulante y litoclastos graníticos migmatíticos. Con Cardonal Tipo I se confeccionaron el Cántaro C65-T32, el Cántaro C44-T35 y la Olla C139-T21 (n= 3).
- 2. Cardonal Tipo II** (Figura 8b): es una pasta intermedia con agregado de 28% de material no plástico cuya granulometría oscila entre limo grueso y arena muy gruesa (30 μm a 2.000 μm), aunque predomina la granulometría entre arena y arena muy gruesa (250 μm a 2.000 μm). Se registraron mayoritariamente cristaloclastos de cuarzo, litoclastos graníticos alterados y seudomorfo de muscovita. Esta pasta sólo se registró en el fragmento C128-T12 (n= 1).
- 3. Cardonal Tipo III** (Figura 8c): reúne pastas intermedias con agregado de 25% a 26% de material no plástico de granulometría arena (250 μm a 500 μm), y se destaca la presencia

de cristaloclastos de cuarzo ondulantes y litoclastos graníticos migmatíticos. Se elaboraron el Cántaro C10-T70, el recipiente de paredes delgadas (C46-T6) y el fragmento Río Diablo (C242-HE 8-1) (n= 3).

4. **Cardonal Tipo IV** (Figura 8d): es un conjunto de pastas finas que presenta hasta un 4% de inclusiones naturales de la arcilla. Con este tipo de pasta se elaboraron la Vasija C54-T21 y el Cuenco C70-T10. Se detectó un Subtipo A con un 8% de inclusiones naturales de granulometría limo grueso y arena fina (30 μm a 250 μm). Con este subtipo se confeccionó la Vasija efigie C70-T4 (n= 3).
5. **Tipo Vaquerías** (Figura 8e): son pastas intermedias criptofilitosa con agregado de 20% a 25% de material no plástico de granulometría arena a arena gruesa (250 μm a 1.000 μm), entre las que se destaca la presencia de litoclastos metamórficos (pizarra-filita), arenisca, litoclastos de cuarzo y tiesto molido. Se confeccionaron los fragmentos cerámicos C250-3, C26-T45 y C84-T3 hallados en Cardonal; los fragmentos C206-T2, C161-1, C217-1 y C217-5 encontrados en el sitio Bordo Marcial; y el fragmento 56-45 [2] descubierto en Tolombón (n= 8).

Pastas del sitio Ingenio del Arenal-Faldas del Cerro

Los escasos materiales provenientes de excavaciones del sitio Ingenio del Arenal-Faldas del Cerro permitieron hasta el momento detectar sólo tres tipos de pasta:

1. **Faldas Tipo I** (Figura 9a): se refiere a pastas cerámicas con agregado de 35% a 36% de material no plástico cuya granulometría oscila entre limo grueso y arena muy gruesa (30 μm a 2.000 μm), aunque predomina la granulometría entre arena gruesa y arena muy gruesa (500 μm a 2.000 μm). Se registraron de manera mayoritaria cristaloclastos de cuarzo y litoclastos graníticos. Con Faldas Tipo I se confeccionaron la vasija ordinaria pulida (820-1) y un recipiente estilo Condorhuasi (805-3) (n= 2).
2. **Faldas Tipo II** (Figura 9b): es un conjunto de pastas cerámicas intermedias con agregado de 25% a 31% de material no plástico cuya granulometría oscila entre limo grueso y canto pequeño (30 μm a 4000 μm), aunque predomina la granulometría entre arena gruesa y arena muy gruesa (500 μm a 2.000 μm). Se registraron principalmente cristaloclastos de cuarzo y litoclastos graníticos. Con Faldas Tipo II se confeccionaron la Olla 837-T1, el recipiente asignado al conjunto cerámico Intermedio Alisado (fragmento 827-T1) y algunos materiales cerámicos estilo Condorhuasi (fragmento 832-T4, 824-2 y 805-9) (n= 5).
3. **Faldas Tipo III** (Figura 9c): se refiere a una pasta cerámica fina con estructura de fondo de pasta pseudolepidoblástica que presenta un 2% de material no plástico como inclusiones naturales de la arcilla. Con Faldas Tipo III se confeccionó la Olla 839-2 gris pulida lisa (n= 1).

Pastas del sitio Antigal de Tesoro

Los materiales de Antigal de Tesoro, por su parte, permitieron conformar seis tipos de pastas:

1. **Antigal Tipo I** (Figura 10a): se refiere a un conjunto de pastas gruesas con agregado de 33% a 43% de material no plástico cuya granulometría oscila entre limo grueso y canto pequeño (30 μm a 4.000 μm), aunque predomina la granulometría entre arena gruesa a canto pequeño (500 μm a 4.000 μm). Predominan los cristaloclastos de cuarzo y litoclastos graníticos. Con este tipo se confeccionaron las piezas pertenecientes a los conjuntos cerámicos Ordinario de paredes delgadas (fragmento 658-84), Ordinario Alisado (fragmento 660-12) y Ordinario Pulido (fragmento 531-4) y el recipiente estilo Condorhuasi (711-T1) (n= 4).

2. **Antigal Tipo II** (Figura 10b): es una pasta cerámica intermedia con agregado de 27% de material no plástico cuya granulometría oscila entre limo grueso a arena muy gruesa (30 μm a 2.000 μm), aunque predomina la granulometría entre arena y arena muy gruesa (250 μm a 2.000 μm). Se destaca la presencia de cristaloclastos de cuarzo y litoclastos graníticos y la ausencia de turmalina. Con Antigal Tipo II se confeccionó la pieza perteneciente al conjunto cerámico Intermedio Rojizo (fragmento 699-13) (n= 1).
3. **Antigal Tipo III** (Figura 10c): es una pasta intermedia con agregado de 17% de inclusiones no plásticas de granulometría arena gruesa a arena muy gruesa (500 μm a 2.000 μm), en la que se destaca la presencia de cuarzo y litoclastos graníticos. Se confeccionó la pieza asignada al Intermedio Baño Blanco (fragmento 530-T3) (n= 1).
4. **Antigal Tipo IV** (Figura 10d): son pastas intermedias con agregado de 17% a 23% de inclusiones no plásticas de granulometría arena gruesa (500 μm a 1.000 μm), en las que se destaca la presencia de cristaloclastos de cuarzo y litoclastos graníticos, así como la ausencia de material volcánico. Con este tipo se confeccionaron la Jarra 656-5 y el fragmento gris inciso con motivo de clepsidra (660-2). Se asignó la Jarra 541-9 Rojo sobre Ante al Subtipo A por presentar estructura de fondo de pastas criptofilitosa. Se detectó un Subtipo B por tener un 15% de elementos no plásticos principalmente de origen volcánico (Jarro 655-T1) (n= 4).
5. **Antigal Tipo V** (Figura 10e): reúne pastas cerámicas finas con 12% a 15% de inclusiones no plásticas de granulometría arena muy fina a arena (60 μm a 500 μm), en las que se destaca la presencia de cristaloclastos de cuarzo y elementos volcánicos. Con ellas se confeccionaron el Cuenco 656-22, el Cuenco 638-5 y la jarrita con rostro antropomorfo (657-1). Además, se detectó un Subtipo A con el 20% de inclusiones (Cuenco 542-4) (n= 4).
6. **Antigal Tipo VI** (Figura 10f): es una pasta fina que presenta un 3% de inclusiones naturales de la arcilla. Con ella se confeccionó el Tipo Gris Negro Pulido (fragmento 540-2). Además, se detectó un Subtipo A, con el 10% de inclusiones naturales (Cuenco 696-1) (n= 2).

Pastas del Componente Chimpa del sitio Bañado Viejo

Finalmente, en el Componente Chimpa del sitio Bañado Viejo se registraron cuatro tipos de pastas:

1. **Chimpa Tipo I** (Figura 11a): es un conjunto de pastas cerámicas que presentan entre 35% y 37% de material no plástico. La granulometría oscila entre limo grueso a canto pequeño (30 μm a 4.000 μm), aunque predomina la granulometría entre arena gruesa a arena muy gruesa (500 μm a 2.000 μm). Se registraron principalmente cristaloclastos cuarzo, litoclastos graníticos, esquisto y arenisca. Con Chimpa Tipo I se elaboraron los materiales asignados a los conjuntos cerámicos Ordinario Alisado (fragmento 480-R1) y Ordinario de paredes delgadas (fragmento 473-R1) (n= 2).
2. **Chimpa Tipo II** (Figura 11b): reúne pastas intermedias que presentan entre 26% y 30% de material no plástico. La granulometría oscila entre limo grueso y arena muy gruesa (30 μm a 2.000 μm), y se destaca la presencia de cristaloclastos de cuarzo, litoclastos graníticos y esquisto. Se confeccionaron las piezas del conjunto cerámico Intermedio Rojizo (fragmento 472-M7), del conjunto cerámico clasificado como Estándar A (Escudilla 478-3) y el recipiente abierto 481-2. Además, se detectó un Subtipo A que presenta elementos no plásticos (20%) bien seleccionados de granulometría entre arena gruesa y arena muy gruesa (500 μm a 2.000 μm), con el cual se hicieron las piezas del conjunto cerámico asignado al Estándar F (fragmento 471-1) (n= 4).
3. **Chimpa Tipo III** (Figura 11c): es una pasta cerámica intermedia con 22% de material no plástico con granulometría que oscila entre limo grueso a arena gruesa (30 μm a 1.000 μm),

en la que se destaca la presencia de cuarzo y abundante vidrio volcánico (fragmento 475-1) (n= 1).

4. **Chimpa Tipo IV** (Figura 11d): se refiere a una pasta fina que presenta entre 16% y 20% de material no plástico, cuya granulometría en general oscila entre limo grueso y arena fina (30 μm a 250 μm). Se registraron pequeños cristaloclastos de cuarzo y elementos de origen volcánico. Se elaboraron el Cuenco 472-b2-26, la Jarra 473-1, el fragmento pintado marrón sobre beige (473-18) y el Cántaro antropomorfo 419-R1 (n= 4).

TENDENCIAS TÉCNICAS DE LA CERÁMICA DE LA FASE CHIMPA

A partir de estas regularidades observadas en el análisis petrográfico y la conformación de los tipos cerámicos se pudieron establecer algunas consideraciones técnicas de las cerámicas de la Fase Chimpa. Al sur de los valles Calchaquíes durante los primeros siglos d.C., las alfareras y alfareros disponían de una serie de estilos técnicos o *capital cultural* (Bourdieu 2000) para elaborar vasijas usadas para cocinar, almacenar el agua o servir los alimentos; desplegadas en momentos festivos o inhumadas como parte de los ajuares funerarios.

En general, en la alfarería estudiada se observan vestigios de rollos superpuestos o chorizos *-coiled-*, lo que permite suponer que fue la técnica utilizada para la construcción de los recipientes cerámicos. Pero también se usó el modelado como técnica de confección, ejemplificado en el caso de la vasija efigie C70-T4 (Figura 3e).

Dentro del material cerámico analizado se han detectado siete estilos técnicos. Uno de los estilos técnicos registrados agrupa a las pastas gruesas (Tabla 4). Con éstas se elaboraron grandes ollas y cántaros. El análisis petrográfico reveló la presencia de 33% a 43% de elementos no plásticos, cuya granulometría oscila en general entre el limo grueso y el canto pequeño (30 μm a 4.000 μm), aunque predomina la arena gruesa a muy gruesa (500 μm a 2.000 μm). Estas características sugieren que las alfareras y alfareros habrían agregado de forma intencional arenas poco seleccionadas como atemperante en la preparación de las masas arcillosas. Las pastas que conforman este estilo han sido denominadas: Cardonal Tipo I, Faldas Tipo I, Antigal Tipo I y Chimpa Tipo I. Este último tipo presenta una mayor proporción de litoclastos de esquisto, mientras que en los otros tipos hay una mayor abundancia de litoclastos graníticos y cristaloclastos de cuarzo.

Tabla 4. Tipos de pasta y características generales del estilo técnico de las pastas gruesas de la Fase Chimpa

| Tipos de pasta | Características generales: porcentaje, granulometría y tipo de inclusiones predominantes | Estilo técnico |
|-----------------|--|-----------------------|
| Cardonal Tipo I | 35%, 500 μm a 2000 μm , Qz ond y LG mig. | Pastas gruesas |
| Faldas Tipo I | 35% - 36%, 500 μm a 2000 μm , Qz y LG. | |
| Antigal Tipo I | 33% - 43%, 500 μm a 4000 μm , Qz y LG. | |
| Chimpa Tipo I | 35% - 37%, 500 μm a 2000 μm , Qz, LG, Esq y A. | |

Qz ond= cuarzo con extinción ondulante; LG mig= litoclasto granítico migmatítico; Qz= cuarzo; LG= litoclasto granítico; Esq= esquisto; A= arenisca.

Por otra parte, existe una serie de pastas intermedias con las cuales las alfareras y alfareros elaboraron una amplia variedad de recipientes: ollas, cántaros, jarras y jarros. En ellas se pueden observar tres estilos técnicos (Tabla 5).

El primero reúne un conjunto de cerámicas que presentan en general un agregado intencional de 25% a 31% de inclusiones no plásticas. La granulometría registrada oscila entre limo grueso

y arena muy gruesa (30 μm a 2.000 μm), aunque predomina la granulometría entre arena y arena muy gruesa (250 μm a 2.000 μm). Pertenecen a esta modalidad Cardonal Tipo II, Faldas Tipo II, Antigal Tipo II y Chimpa Tipo II. En relación con la petrografía de los elementos no plásticos cabe distinguir a Faldas Tipo II y Antigal Tipo II, ya que presentan principalmente inclusiones de cristaloclastos de cuarzo y litoclastos graníticos; mientras que las pastas Chimpa Tipo II se confeccionaron con cristaloclastos de cuarzo, litoclastos graníticos y esquisto. Por último, Cardonal Tipo II tiene como componentes litoclastos graníticos muy alterados y pseudomorfos de muscovita. Este tipo de pasta no ha sido registrado hasta el momento en otra parte del área de estudio.

El segundo estilo técnico está constituido por alfarería con un agregado intencional de 17% a 26% de inclusiones no plásticas. La granulometría registrada oscila entre arena gruesa y arena muy gruesa (500 μm a 2.000 μm). Este rango acotado permite inferir el empleo de una arena seleccionada como atemperante. Otra característica de este conjunto es la presencia de texturas criptofilitosas como estructura de fondo de la matriz arcillosa. Pertenecen a esta modalidad las pastas Antigal Tipo III cuyos elementos no plásticos corresponden a cristaloclastos de cuarzo y litoclastos graníticos, y el Subtipo A de Chimpa Tipo II constituida principalmente por cristaloclastos de cuarzo, litoclastos graníticos y esquisto.

Por último, el tercer estilo está constituido por un conjunto de pastas intermedias que presentan un agregado intencional de 17% a 26% de inclusiones no plásticas. La granulometría registrada oscila entre arena y arena gruesa (250 μm a 1.000 μm), por lo cual se postuló el uso de una arena seleccionada como material no plástico. Pertenecen a esta modalidad las pastas cerámicas Cardonal Tipo III y Antigal Tipo IV, en las cuales se determinó la presencia de cristaloclastos de cuarzo y litoclastos graníticos, y el Subtipo B de Antigal Tipo IV que tiene elementos volcánicos. También se incluye en esta modalidad al tipo Chimpa III, constituido principalmente por cuarzo y vidrio volcánico.

Tabla 5. Tipos de pasta y características generales de los estilos técnicos de las pastas intermedias de la Fase Chimpa

| Tipos de pasta | Características generales: porcentaje, granulometría y tipo de inclusiones predominantes | Estilo técnico |
|-----------------------------|--|---|
| Cardonal Tipo II | 28%, 250 μm a 2000 μm , Qz, LG alt y pseudo M. | Pastas intermedias con atemperantes poco seleccionados |
| Faldas Tipo II | 25% - 31%, 500 μm a 2000 μm , Qz y LG. | |
| Antigal Tipo II | 27%, 250 μm a 2000 μm , Qz y LG. | |
| Chimpa Tipo II | 26% - 30%, 30 μm a 2000 μm , Qz, LG y Esq. | |
| Antigal Tipo III | 17%, 500 μm a 2000 μm , Qz y LG. | Pastas intermedias con atemperantes seleccionados grandes |
| Subtipo A de Chimpa Tipo II | 20%, 500 μm a 2000 μm , Qz, LG y Esq. | |
| Cardonal Tipo III | 25% - 26%, 250 μm a 500 μm , Qz ond y LG mig. | Pastas intermedias con atemperantes seleccionados medianos |
| Antigal Tipo IV | 15% - 23%, 500 μm a 1000 μm , Qz y LG. | |
| Chimpa Tipo III | 22%, 30 μm a 1000 μm , Qz y VV. | |
| Tipo Vaquerías | 20% - 25%, 250 μm a 1000 μm , LM, A, Qz y TM. | Pasta intermedia no local |

LG alt= litoclasto granítico alterado; Seudo M= pseudomorfos de muscovita; Qz= cuarzo; LG= litoclasto granítico; Esq= esquisto; Qz ond= cuarzo con extinción ondulante; LG mig= litoclasto granítico migmatítico; VV= vidrio volcánico; LM= litoclasto metamórfico (pizarra-filita); A= arenisca; TM= tiesto molido.

La mayoría de los recipientes elaborados con pastas gruesas e intermedias pueden ser catalogados como producciones locales dadas las similitudes petrográficas entre los atemperantes hallados y la litología circundante a los lugares de hallazgo. Los tipos de pasta de Cardonal presentan inclusiones de litoclastos graníticos migmatíticos y cristaloclastos con extinción ondulantes. En los recipientes hallados en la falda occidental del Aconquija –sitios de Ingenio del Arenal-Faldas del Cerro y Antigal de Tesoro– se registraron cristaloclastos de cuarzo y litoclastos graníticos. En cambio, en el Componente Chimpa del sitio Bañado Viejo se constata la presencia de atemperantes de cuarzo, litoclastos graníticos, esquisto y arenisca. Las mismas características petrográficas registradas en la alfarería de cada sitio se observan en las arenas recuperadas en las cercanías de estos. El postulado de la producción local también se contrastó con evidencia procedente de las cerámicas arqueológicas de la Fase Bañado y la Fase Colalao (450-650 d.C. y 650-900 d.C. respectivamente, Scattolin 2007b). Asimismo, las briquetas cerámicas experimentales de arcillas con agregado de atemperantes al 40% resultaron similares con las pastas gruesas, lo cual ha permitido afirmar la existencia de este estilo técnico (Pereyra Domingorena 2010). Además, los resultados parciales del programa de análisis de activación neutrónica instrumental han configurado grupos químicos que son interpretados como resultado del uso de arcillas locales por parte de los ceramistas prehispánicos (Lazzari *et al.* 2009).

Finalmente, los cuencos, las pequeñas ollas pulidas, los jarros y las jarras, es decir, las piezas vinculadas al servicio de comidas y bebidas (Bugliani 2008), fueron confeccionadas con dos estilos técnicos que agrupan a las pastas finas (Tabla 6).

El primero está constituido por un conjunto de pastas con 12% a 20% de material no plástico. La granulometría registrada oscila entre limo grueso y arena muy fina (30 μm a 125 μm). Se infiere que se trata del agregado intencional de un limo o arena muy fina como parte de la elaboración de la masa arcillosa. Esta inferencia se basa en la clara diferenciación con las pastas elaboradas con arcillas sin inclusiones y la homogeneidad tanto de la distribución como de la granulometría del atemperante registrado. Las pastas de esta modalidad fueron denominadas Antigal Tipo V y Chimpa Tipo IV, las cuales presentan pequeñas inclusiones de cristaloclastos de cuarzo y elementos volcánicos.

El segundo estilo técnico se distingue por el uso de arcillas a las cuales no se les incorporaron atemperantes. Los elementos no plásticos registrados corresponden a inclusiones naturales de la arcilla. Pertenecen a esta modalidad las pastas cerámicas Cardonal Tipo IV, Faldas Tipo III y Antigal Tipo VI. Series cerámicas experimentales elaboradas solamente con arcillas –sin el agregado intencional de atemperantes– ofrecen registros de pastas semejantes a las arqueológicas, lo cual ha permitido sostener la existencia de este estilo técnico en el pasado prehispánico del área de estudio (Pereyra Domingorena 2010).

Tabla 6. Tipos de pasta y características generales de los estilos técnicos de las pastas finas de la Fase Chimpa

| Tipos de pasta | Características generales: porcentaje, granulometría y tipo de inclusiones predominantes | Estilo técnico |
|------------------|--|---|
| Antigal Tipo V | 12% - 20%, 60 μm a 500 μm , Qz. | Pastas finas con atemperantes pequeños |
| Chimpa Tipo IV | 16% - 20%, 30 μm a 250 μm , Qz. | |
| Cardonal Tipo IV | 4% - 8% | Pastas finas sin atemperantes |
| Faldas Tipo III | 2% | |
| Antigal Tipo VI | 3% - 10% | |

Qz= cuarzo.

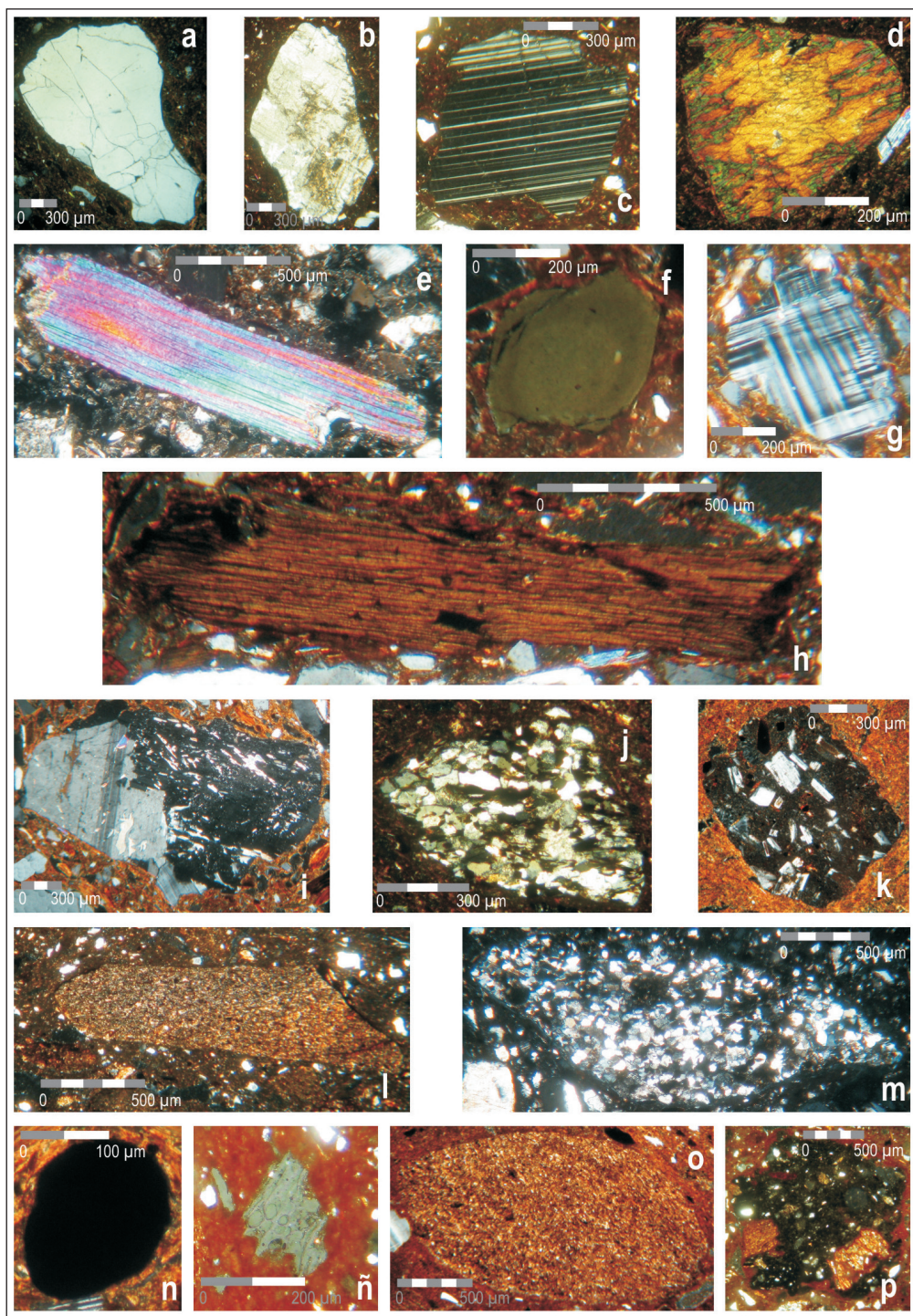


Figura 2. Ejemplos de cristaloclastos, litoclastos y otros elementos no plásticos. (a) cuarzo; (b) feldespato potásico; (c) plagioclasas; (d) anfíboles-piroxenos; (e) muscovita; (f) turmalina; (g) microclino; (h) biotita; (i) litoclasto granítico; (j) litoclasto de esquistó; (k) litoclasto volcánico; (l) litoclasto de pizarra-filita; (m) litoclasto de arenisca; (n) mineral opaco; (ñ) vidrio volcánico; (o) gránulo de arcilla; (p) tiesto molido



Figura 3. Cerámicas de Cardonal. (a) Cántaro C65-T32; (b) Cántaro C44-T35; (c) Cántaro C10-T70; (d) Olla de boca oblicua C139-T21; (e) Vasija efigie C70-T4; (f) Vasija pulida C54-T21; (g) Cuenco pulido C70-T10; (h) Fragmentos de olla de paredes delgadas C46- T6; (i) Tiesto gris incisión gruesa C242-HE 8-1 (j) Fragmento de vasija zoomorfa C128-T12; (k - l - y m) Tiestos Vaquerías, C250-3, C26-T45 y C84-T3 respectivamente

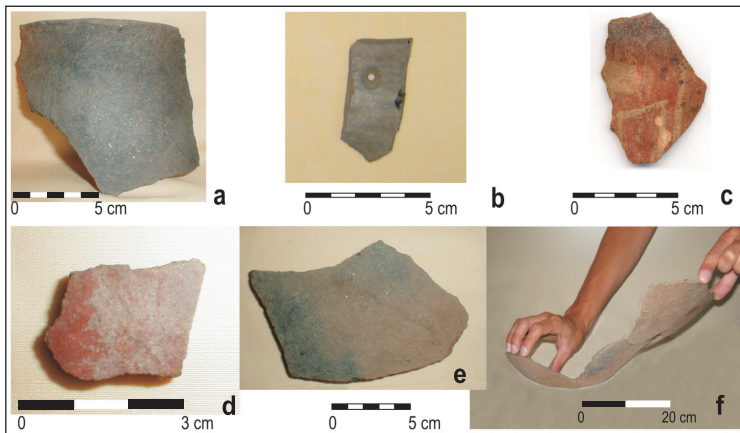


Figura 4. Cerámicas de Faldas del Cerro. (a) Olla paredes delgadas 837-T1; (b) Ollita gris pulida 839-2; (c y d) Fragmentos Condorhuasi, 832-T4 y 824-2 respectivamente; (e) Fragmento Intermedio alisado 827-T1; (f) Olla ordinaria 820-1

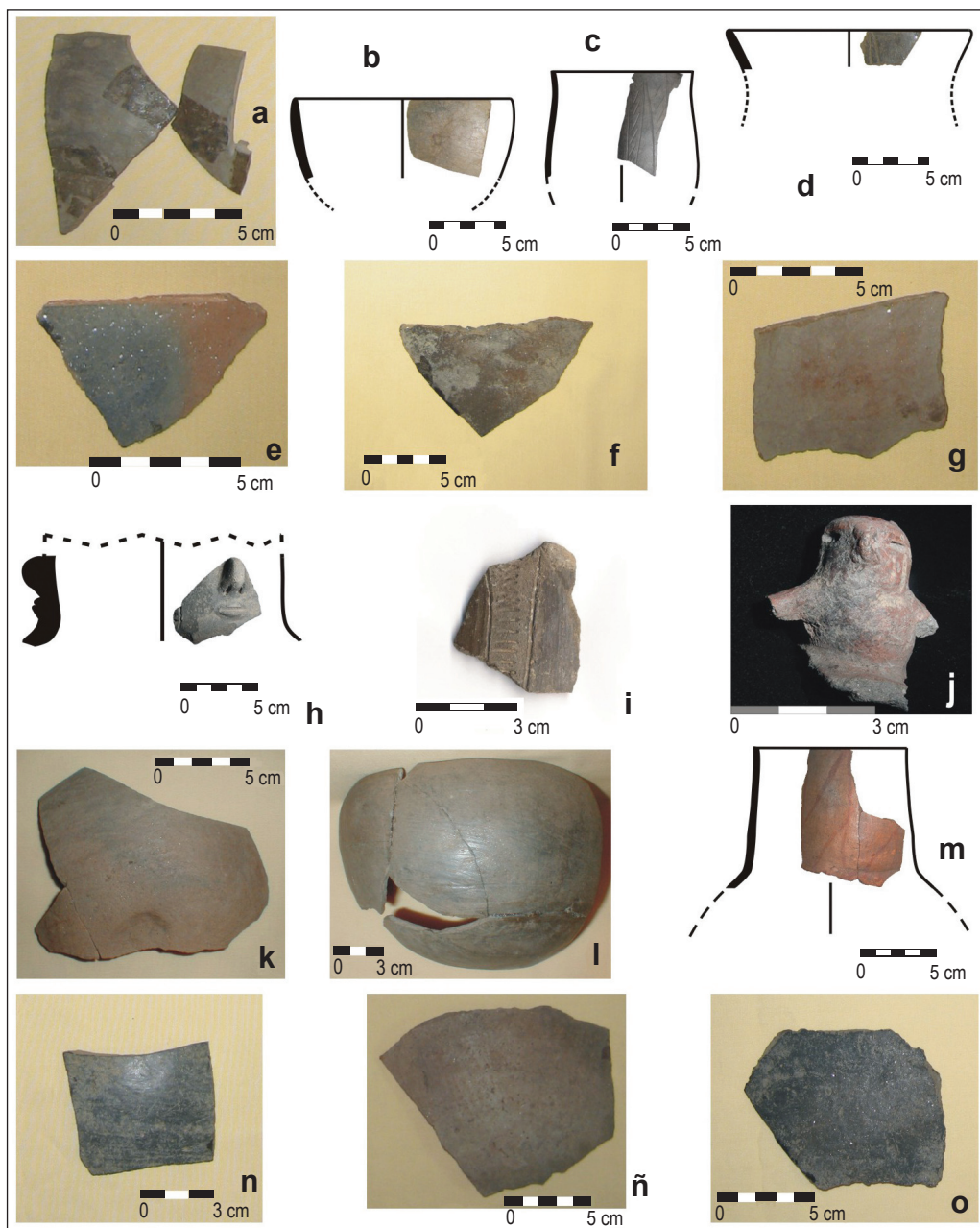


Figura 5. Cerámicas de Antigal de Tesoro. (a) Cuenco 656-22; (b) Cuenco 696-1; (c) Jarro 655-T1; (d) Jarra 656-5; (e) Fragmento Ordinario paredes delgadas 658-84; (f) Fragmento Ordinario alisado 660-12; (g) Fragmento Intermedio rojizo 699-13; (h) Fragmento modelado gris pulido 657-T1; (i) Fragmento gris pulido inciso 660-2; (j) Fragmento Condorhuasi 711-T1; (k) Cuenco 542-4; (l) Cuenco 638-5; (m) Jarra 541-9; (n) Fragmento gris pulido 540-2; (ñ) Base de olla Baño Blanco 530-T3; (o) Fragmento Ordinario pulido 531-4

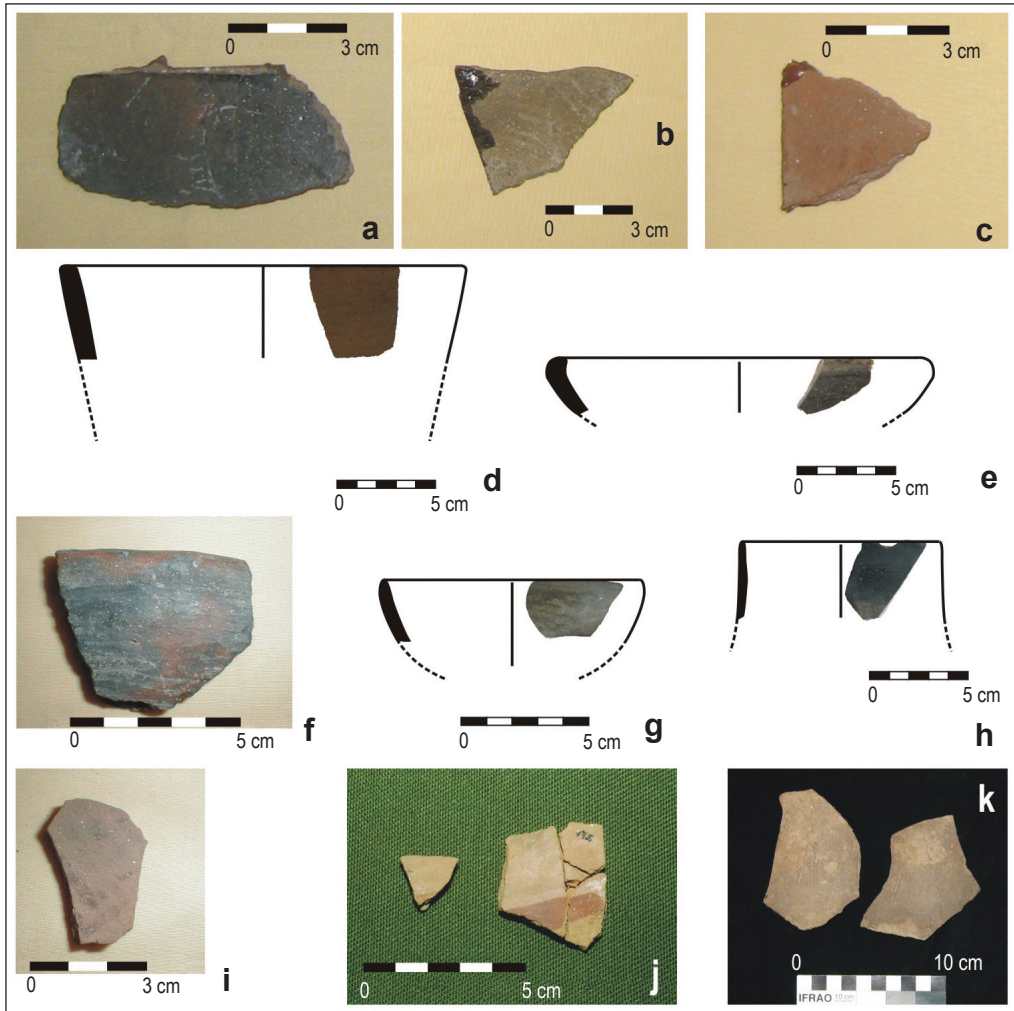


Figura 6. Cerámicas de Componente Chimpa del sitio Bañado Viejo. (a) Fragmento Ordinario alisado 480-R1; (b) Fragmento Ordinario paredes delgadas 473-R1; (c) Fragmento Intermedio rojizo 472-M7; (d) Fragmento Intermedio baño blanco 471-1; (e) Escudilla 478-3; (f) Fragmento 481-2; (g) Cuenco 472-b2-26; (h) Jarra 473-1; (i y j) Fragmentos pintados, 473-18 y 475-1 respectivamente; (k) Fragmento cántaro con representación antropomorfa 419-R1

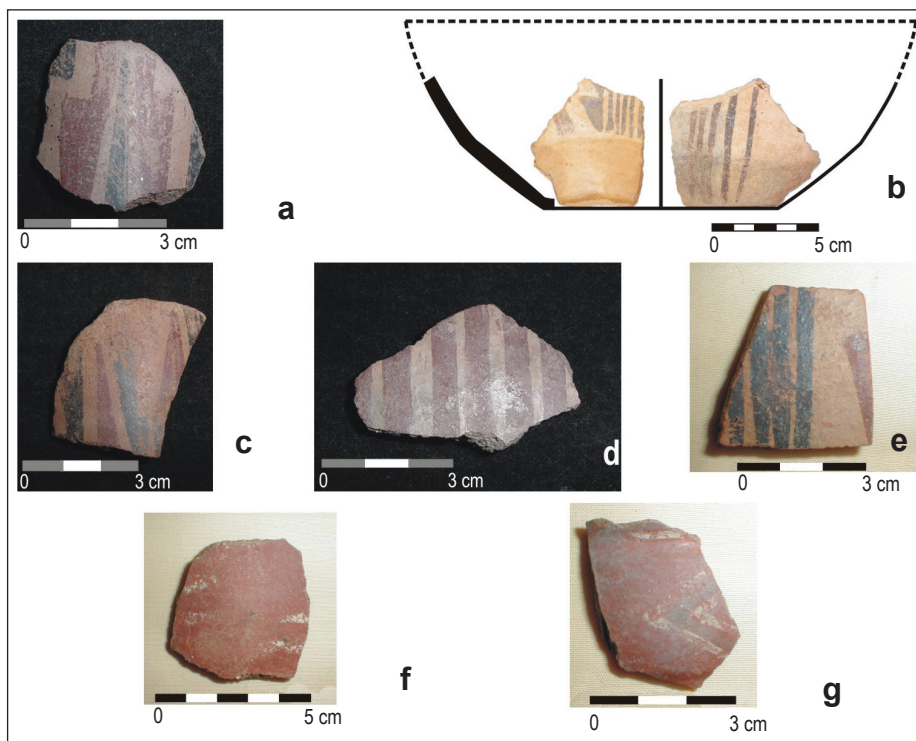


Figura 7. Cerámicas estilo Vaquerías y Condorhuasi. (a – b – c – d y e) Fragmentos Vaquerías, C206-T2, C161-1, C217-1, C217-5 y 56-45 [2] respectivamente; (f y g) Tiestos Condorhuasi, 805-3 y 805-9 respectivamente

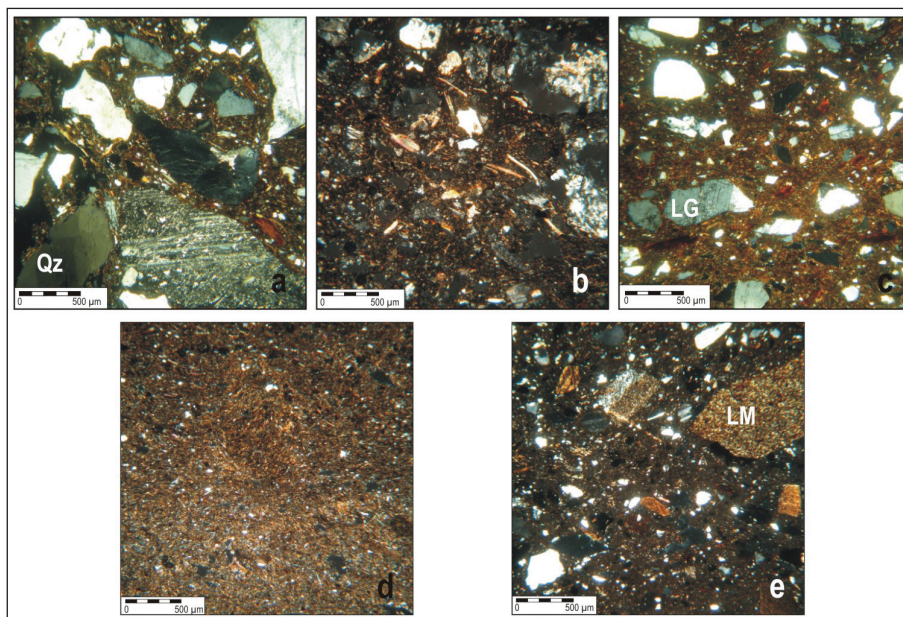


Figura 8. Fotomicrografías de los tipos de pasta de Cardonal. (a) Cardonal Tipo I; (b) Cardonal Tipo II; (c) Cardonal Tipo III; (d) Cardonal Tipo IV; (e) Pasta Vaquerías. Qz= cuarzo; LG= litoclasto granítico; LM= litoclasto metamórfico

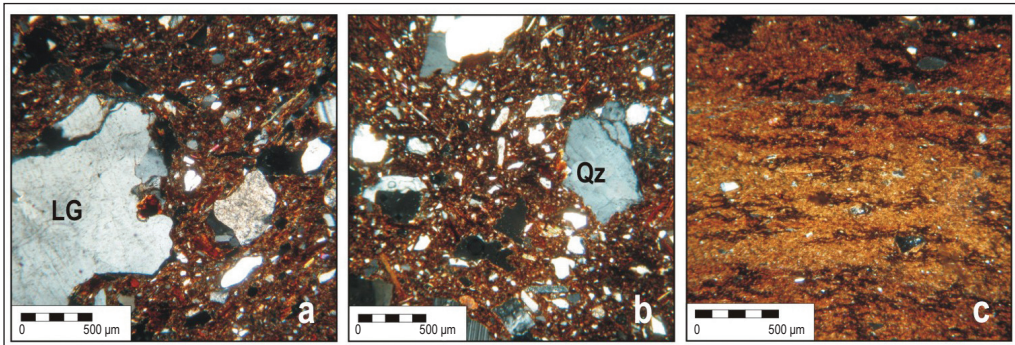


Figura 9. Fotomicrografías de los tipos de pasta de Ingenio del Arenal-Faldas del Cerro. (a) Faldas Tipo I; (b) Faldas Tipo II; (c) Faldas Tipo III. LG= litoclasto granítico; Qz= cuarzo

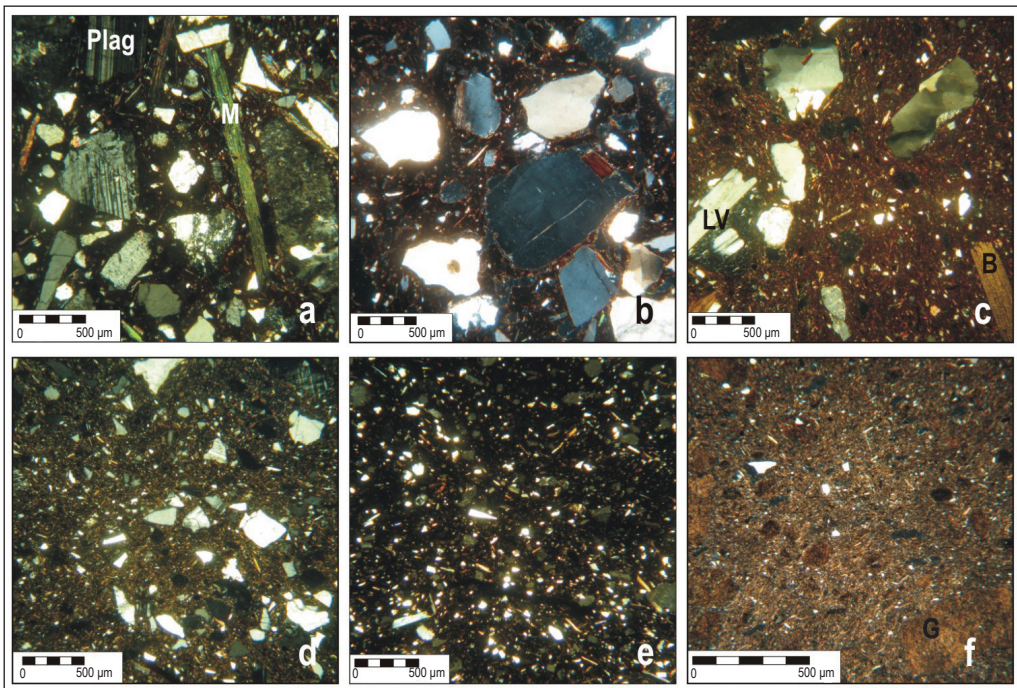


Figura 10. Fotomicrografías de los tipos de pasta de Antigal de Tesoro. (a) Antigal Tipo I; (b) Antigal Tipo II; (c) Antigal Tipo III; (d) Antigal Tipo IV; (e) Antigal Tipo V; (f) Antigal Tipo VI. Plag= plagioclasas; M= muscovita; LV= litoclasto volcánico; B= biotita; G= gránulo de arcilla

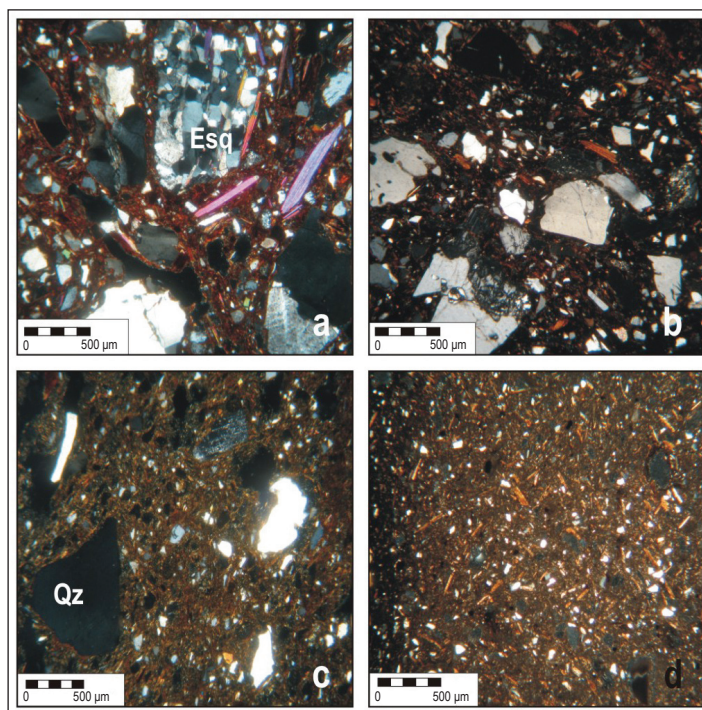


Figura 11. Fotomicrografías de las pastas cerámicas del Componente Chimpa de Bañado Viejo. (a) Chimpa Tipo I; (b) Chimpa Tipo II; (c) Chimpa Tipo III, (d) Chimpa Tipo IV. Esq= esquistos; Qz= cuarzo

Hay que destacar que durante la Fase Chimpa (Scattolin 2007b) se halló un estilo técnico que se asoció exclusivamente con el material cerámico estilo Vaquerías (Heredia *et al.* 1974). Estas cerámicas se distinguen por desplegar en sus superficies líneas y diseños geométricos sólidos confeccionados con pintura negra/marrón y roja sobre fondo color crema/amarillento.

Estas pastas estudiadas se comportan como una unidad composicional y textural que, estadísticamente, se separan con claridad de las restantes (Pereyra Domingorena 2010). El análisis petrográfico reveló el agregado intencional de 20% a 25% de material no plástico de granulometría gruesa (250 μm a 1.000 μm), lo cual configura una pasta intermedia (Tabla 5). Las inclusiones no plásticas están representadas principalmente por litoclastos metamórficos (pizarras-filitas) de formas tabulares, litoclastos de areniscas, cristaloclastos de cuarzo y tiesto molido, con similitudes texturales y composicionales a la pasta que los contiene. Las cavidades representan hasta un 6% de la pasta y tienen tamaños que varían de 250 μm y 1.000 μm y formas alargadas e irregulares.

Estudios semejantes se realizaron a materiales Vaquerías hallados en el sitio Río Las Piedras de la quebrada de La Ciénega –Tucumán– y en sitios de la quebrada del Toro –Salta– (Cremonte 1996: 128-131 y 269-270). Estos resultados composicionales y texturales son semejantes a los obtenidos para la muestra analizada en esta investigación.

Por otra parte, se infirieron algunos comportamientos técnicos comunes entre los elementos de la muestra Vaquerías del sur Calchaquí. En primer lugar, la buena cementación de los atemperantes en la matriz arcillosa y la escasez de cavidades darían la pauta de un buen trabajo de amasado en la preparación de la masa arcillosa. En segundo lugar, la homogeneidad del color y la textura general de las pastas permite postular una cocción controlada en atmosfera oxidante. Por último, la estructura del fondo de pasta criptofilitosa podría relacionarse con temperaturas de cocción cercanas a los 800° C (Cremonte 1996: 202).

En suma, los materiales Vaquerías de la quebrada del Toro, la quebrada de La Ciénega (Tafí) y del sur de valle del Cajón guardan similitudes técnicas que podrían estar refiriendo a una tradición alfarera diferente a la desarrollada en el sur Calchaquí.

CONSIDERACIONES FINALES

El estudio petrográfico de las pastas cerámicas logró determinar regularidades en la manufactura alfarera de las sociedades aldeanas que habitaron el sur de los valles Calchaquíes durante los primeros siglos d.C. Éstas son interpretadas como estilos técnicos (Lemonnier 1989, 1992) que las alfareras y alfareros utilizaron para la confección artesanal.

Se pudieron establecer seis estilos técnicos a partir de las distintas formas en que se combinaron las arcillas y las arenas usadas como atemperantes. A su vez, las semejanzas entre la petrografía de las inclusiones y la litología circundante a los lugares de hallazgo permitieron interpretar que la mayoría del material estudiado fue producido de manera local. Esta hipótesis se sustentaría también por los datos experimentales y los resultados preliminares de los análisis de activación neutrónica realizados sobre una parte de la muestra estudiada. La experimentación permitió observar que las proporciones y tipo de arenas recolectadas en diferentes sectores del área de estudio se asemejan a los atemperantes registrados en distintas cerámicas arqueológicas (Pereyra Domingorena 2010). Asimismo, los análisis de activación neutrónica han permitido postular el uso de arcillas locales para la mayoría de las muestras examinadas (Lazzari *et al.* 2009).

Además, se comprobó que el conjunto cerámico Vaquerías estudiado conformaría un estilo técnico alóctono, ya que los atemperantes utilizados en sus pastas se encuentran exclusivamente en esta alfarería y se disocian del resto del material analizado. Estas cerámicas habrían entrado al sur de los valles Calchaquíes a través de las redes de circulación en las que se insertaron estas sociedades aldeanas prehispánicas (Pereyra Domingorena 2010).

Finalmente, los estilos técnicos estuvieron activos durante los primeros siglos d.C., pero además, los resultados obtenidos a partir de los materiales analizados de la Fase Bañado y Fase Colalao (450-650 d.C. y 650-900 d.C. respectivamente, Scattolin 2007b) corroboran que estos estilos continuaron en uso, por lo menos, hasta finales del primer milenio d.C. (Pereyra Domingorena 2010). La persistencia de estos modos de hacer técnicos estaría reflejando un conocimiento práctico y unas habilidades incorporadas (Mauss 1979 [1935]; Lemonnier 1989, 1992) que conformaría parte de la tradición alfarera registrada en la cultura material. A su vez, la continuidad en el uso de estas pautas técnicas habría favorecido la transmisión de otros saberes sociales, como mitos, lenguaje, conocimientos del paisaje, etc. (Ong 2006 [1982]; Lemonnier 1989, 1992), de estas sociedades aldeanas prehispánicas que habitaron el sur Calchaquí.

Buenos Aires, 28 octubre de 2011

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se financió con fondos de los subsidios ANPCyT PICT 2004 N° 20194 y CONICET-PIP 2006-2008 N° 6553. Quiero agradecer especialmente a la Lic. M. Cristina Scattolin y la Dra. M. Beatriz Cremona por haber dirigido mis investigaciones de doctorado, cuyos resultados en parte son publicados en este artículo. Además, mi reconocimiento a las geólogas Alba Díaz y Teresita Montenegro por haberme guiado y ayudado en distintas etapas del análisis petrográfico. También agradezco a las autoridades del Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires por prestar material cerámico para realizar estudios petrográficos comparativos. Mi agradecimiento a la Dra. Eugenia De Feo

por la lectura del manuscrito y los comentarios sugeridos. No obstante, el contenido del presente trabajo es de mi responsabilidad.

NOTAS

- ¹ El concepto de estilo técnico se relaciona íntimamente con la idea de estilo tecnológico, el cual supone la integración formal del comportamiento realizado durante la manufactura y uso de los objetos. En el campo de la filosofía de la técnica, autores como Vega Encabo postulan que con el adjetivo “tecnológico” se debe aludir a las técnicas “que vincula[n] sus modos de conocimiento a la ciencia y que se incorpora[n] a las instituciones industriales” (Vega Encabo 2010: 47) y cuya transmisión del *saber como* se realiza a partir de la enseñanza formal. En cambio, el adjetivo “técnico” expresaría correctamente la transmisión de conocimiento, la adquisición de destrezas y el tipo de comportamiento práctico que habrían poseído las alfareras y alfareros prehispánicos que vivieron, confeccionaron y usaron las vasijas estudiadas en el presente artículo.
- ² Para la identificación mineralógica se utilizó el libro *Mineralogía Óptica* de Paul F. Kerr de 1965.
- ³ Para el análisis de conglomerados se utilizó el programa PAST versión 1.90 (Hammer *et al.* 2001).
- ⁴ Los resultados porcentuales de los elementos que constituyen las pastas cerámicas de cada uno de los cortes delgados analizados están registrados en el Apéndice II (Pereyra Domingorena 2010: 406-412 y 424-425).

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, A. E., W. S. Mackenzie y C. Guilford
1997 [1984]. *Atlas de rocas sedimentarias*. Barcelona, Masson.
- Balfet, H., M. F. Fauvet-Berthelot y S. Monzón
1983. *Pour la normalisation de la description des poteries*. París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
1988. *Lexique plurilingue pour la description des poteries*. París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
- Bourdieu, P.
2000. Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social. En *Poder, derecho y clases sociales*: 131-164. Bilbao, Desclée de Brouwer.
- Bugliani, M. F.
2008. *Consumo y representación en el sur de los valles Calchaquíes (Noroeste argentino). Los conjuntos cerámicos de las aldeas del primer milenio A.D.* BAR International Series 1774, Oxford, John and Erica Hedges.
- Bugliani, M. F. y L. Pereyra Domingorena
2002. Conjuntos cerámicos en el sitio formativo “Bañado Viejo” (Tucumán). En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina Tomo II*: 347-358. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Calo, C. M.
2010. Plantas útiles y prácticas cotidianas entre los aldeanos al sur de los Valles Calchaquíes. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Chilton, E. S.
1998. The culture origins of technical choice: unraveling Algonquian and Iroquoian ceramic traditions in the Northeast. En M. Stark (ed.), *The archaeology of social boundaries*: 132-160. Washington, Smithsonian Institution Press.

Cortés, L. I.

2011. Paisaje funerario al sur del valle del Cajón: cuerpos, contextos y trayectorias históricas. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Courtois, L.

1976. *Examen au microscope pétrographique des céramiques archéologiques*. Notes et monographies techniques N° 8. París, CNRS.

Cremonte, M. B.

1996. Investigaciones arqueológicas en la quebrada de La Ciénega. (Dpto. de Tafí, Tucumán). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Culbert, P. y R. L. Rands

2007. Multiple classifications: an alternative approach to the investigation of Maya ceramics. *Latin American Antiquity* 18 (2): 181-190.

De la Fuente, G. A., N. Kriscautzky y G. Toselli

2005. Petrología cerámica comparativa del tipo Aguada Portezuelo: aportes preliminares para su estudio en el valle de Catamarca. En S. E. Martín y M. E. Gonaldi (eds.), *La Cultura de la Aguada y sus expresiones regionales*: 107-128. La Rioja, EUDELAR.

Espiro Elsesser, V. E.

2006. Aportes para una clasificación tecnológica de las cerámicas pertenecientes al primer milenio de nuestra era de la aldea Piedra Negra, Laguna Blanca, Dpto. Belén, Provincia de Catamarca. Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Feely, A.

2010. Estilos tecnológicos y tradiciones cerámicas del bolsón de Fiambalá (Dto. Tinogasta, Catamarca). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Hammer, Ø., D. A. T. Harper y P. D. Ryan

2001. PAST: Palaeontological statistics software package for education and data analysis. *Palaeontologia Electronica* 4 (1): 9.

Heredia, O. R., J. A. Pérez y A. R. González

1974. Antigüedad de la cerámica policroma en el Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* V: 133-151.

Ingold, T.

2000. *The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill*. Londres, Routledge.

Izeta, A. D.

2007. *Zoarqueología del sur de los valles Calchaqués. Estudio de conjuntos faunísticos del Período Formativo*. BAR International Series S1612. Oxford, John and Erica Hedges.

Kerr, P. F.

1965. *Mineralogía Óptica*. Nueva York, McGraw-Hill.

Lazzari, M.

2006. Traveling things and the production of social spaces: an archaeological study of circulation and value in NW Argentina. Tesis Doctoral inédita, Departamento de Antropología, Universidad de Columbia.

- Lazzari, M., L. Pereyra Domingorena, M. C. Scattolin, L. Cecil, M. Glascock y R. J. Speakman
2009. Ancient social landscapes of northwestern Argentina: preliminary results of an integrated approach to obsidian and ceramic provenance. *Journal of Archaeological Science* 36: 1955-1964.
- Lemonnier, P.
1989. Bark Capes, arrowheads and Concorde: on social representations of technology. En I. Hodder (ed.), *The meanings of things. Material culture and symbolic expression* One World Archaeology 6: 156-171. Londres, Unwin Hyman.
1992. *Elements for anthropology of technology* Anthropological Papers 88. Ann Arbor, Museum of Anthropology.
- Linné, S.
1925. *The technique of south american ceramics*. Fjärde Följden Band 29. N° 5. Gotemburgo, Elanders Boktryckeri Aktieboi AG.
- Mauss, M.
1979 [1935]. Técnicas y movimientos corporales. En *Sociología y antropología*: 337-356 Madrid, Tecnos.
- Ong, W.
2006 [1982]. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- Palamarczuk, V.
2009. Un estilo y su época. El caso de la cerámica Famabalasto Negro Grabado del Noroeste argentino. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Pereyra Domingorena, L.
2010. Manufacturas alfareras de las sociedades aldeanas del primer milenio d.C. al sur de los valles Calchaquíes. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Puente, V.
2011. Prácticas de producción alfarera en el valle del Bolsón (Belén, Catamarca). Materias primas y modos de hacer ca. 900-1600 d.C. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Scattolin, M. C.
1986. Informe a CONICET. Ms.
1990. Dos asentamientos formativos al pie del Aconquija. El sitio Loma Alta. (Catamarca, Argentina). *Gaceta Arqueológica Andina* V (17): 85-100.
2007a. Estilos como recursos en el Noroeste argentino. En A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. Mercolli (comps.), *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino: La vivienda, la comunidad y el territorio*: 291-321. Córdoba, Brujas.
2007b. Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio (eds.), *Sociedades precolombinas surandinas: Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*: 203-219. Buenos Aires, Instituto de Arqueología Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Scattolin, M. C. y M. Lazzari
1997. Tramando redes: obsidias al oeste del Aconquija. *Estudios Atacameños* 14: 189-209.
- Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. I. Cortés, C. M. Calo, L. Pereyra Domingorena y A. D. Izeta
2009. Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIV: 251-274.

Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, A. D. Izeta, L. Pereyra Domingorena, M. Lazzari y L. A. Martínez
2001. Conjuntos materiales en dimensión temporal. El sitio Formativo “Bañado Viejo” (Valle de Santa
María, Tucumán). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXVI*: 167-192.

Vega Encabo, J.

2010. *Los saberes de Odiseo. Una filosofía de la técnica*. Buenos Aires, Eudeba.

IMÁGENES, RECURSOS VISUALES Y SOPORTES: UN RECORRIDO POR LAS MANIFESTACIONES RUPESTRES DE LA REGIÓN DE FIAMBALÁ (CATAMARCA)

Mara Basile*

Fecha de recepción: 27 de octubre de 2011

Fecha de aceptación: 06 de agosto de 2012

RESUMEN

En este trabajo se presenta la diversidad y variabilidad de los repertorios temáticos, los recursos visuales y los soportes expresivos seleccionados para el despliegue de las manifestaciones rupestres de la región de Fiambalá (Catamarca). Con ello buscamos delinear los lenguajes plásticos que circularon, perduraron o se transformaron entre los 400 y 1550 A.D. En total se analiza una muestra compuesta por 420 grabados rupestres, resultado del relevamiento de cinco emplazamientos diferentes que se encuentran asociados a sendas naturales que conectan distintos pisos altitudinales dentro de la región y disociados de los lugares de residencia tanto de los vivos como de los muertos (aldeas, puestos o entierros). En esta dirección: (i) se consideran las particularidades de los soportes expresivos, para evaluar sus dimensiones y las diferentes condiciones de visualización, (ii) se definen los repertorios temáticos desplegados en ellos; y (iii) se analizan los recursos visuales utilizados para su realización a través de métodos estadísticos multivariados.

Palabras clave: manifestaciones rupestres – soportes de representación – repertorios temáticos – recursos visuales.

IMAGES, VISUAL RESOURCES AND SUPPORTS: A JOURNEY THROUGH THE ROCK ART OF THE FIAMBALÁ REGION (CATAMARCA)

ABSTRACT

In this paper we present the diversity and variability of thematic repertoire, visual resources and expressive media selected for the deployment of rock manifestations in the region of Fiambalá

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Museo Etnográfico, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: mara_basile@yahoo.com.ar

(Catamarca). We begin to delineate the plastic languages that circulated, have endured or changed between the 400 and 1550 A.D. We analyze a sample composed of 420 rock engravings resulting of the survey of five different locations associated with natural paths connecting different altitudes within the region and dissociated from the places of residence, both of the living and of the dead (villages, posts or burials). In this direction we: (i) consider the characteristics of expressive media, evaluating their dimensions and different visualization conditions, (ii) define thematic repertoire deployed on them and (iii) analyze the visual resources used on its production through statistical multivariate methods.

Keywords: rock manifestations – media of representation – thematic repertoire – visual resources.

INTRODUCCIÓN

Por medio de la realización de las manifestaciones plásticas las personas desplegaron y fijaron en las rocas sus preferencias visuales, y configuraron a través de ellas una parte significativa de sus modos de ver, imaginar, pensar, experimentar y construir el mundo en que vivían (Gallardo 2005). Desde esta perspectiva, los conjuntos de imágenes ligados a los soportes expresivos escogidos definen un lenguaje visual anclado en un espacio y tiempo particulares, tienen ciertas características distintivas en función de la red de relaciones, las selecciones y los códigos de diseño compartidos por quienes participan de un mismo entramado social. Pero no son estáticos, sino dinámicos. Se transforman en el tiempo y sólo pueden ser interpretados considerando los contextos prácticos en los que fueron elaborados, experimentados, reproducidos, reinterpretados y utilizados. Consideramos que en una región como la que analizamos, caracterizada por una dinámica de ocupación, desocupación y repoblamiento a lo largo del tiempo, la forma en que se incorporan los paisajes y las imágenes previamente constituidos dentro los nuevos escenarios juega un papel sustancial. Tal como veremos más adelante, los trabajos realizados (Ratto 2011; Ratto y Boixadós 2012, entre otros) indican que en la región de Fiambalá los valles fueron desocupados hacia el año 1000 de la era debido a los condicionamientos impuestos por los momentos de inestabilidad ambiental; las poblaciones se desplazaron a las tierras altas precordilleranas y recién volvieron a ocuparlas hacia el 1250 A.D., cuando las condiciones se recompusieron (ver *infra*). En esta dirección nos proponemos analizar la diversidad y la variabilidad de los repertorios temáticos y de los recursos visuales registrados en las manifestaciones plásticas de una muestra de bloques y aleros rupestres relevados en la región de Fiambalá (provincia de Catamarca, noroeste, Argentina). A partir de ello, se discuten e interpretan las continuidades y discontinuidades registradas, a la luz de las prácticas sociales involucradas en la construcción y el uso de esos lenguajes a lo largo del tiempo.

LAS MANIFESTACIONES RUPESTRES ANALIZADAS

Hasta hace unos años atrás, era notable la ausencia de registro de manifestaciones rupestres en los valles altos, la precordillera, la puna y la cordillera del oeste tinogasteño (Catamarca). Recién a comienzos de la década del año 2000 empezaron a documentarse, en el marco del Proyecto Arqueológico Chaschuil Abaucán (PACH-A)¹, una cantidad de representaciones resueltas con diferentes técnicas sobre soportes rupestres diversos (Ratto *et al.* 2000-02; Ratto y Basile 2009; Basile y Ratto 2010, 2011a, entre otros). Las 420 manifestaciones rupestres analizadas en este trabajo son el resultado del relevamiento de cinco sitios con grabados emplazados en las diferentes cotas altitudinales que definen la región de Fiambalá desde la precordillera (3.000 msnm) hasta los valles bajos (1.300 msnm) (Figura 1).

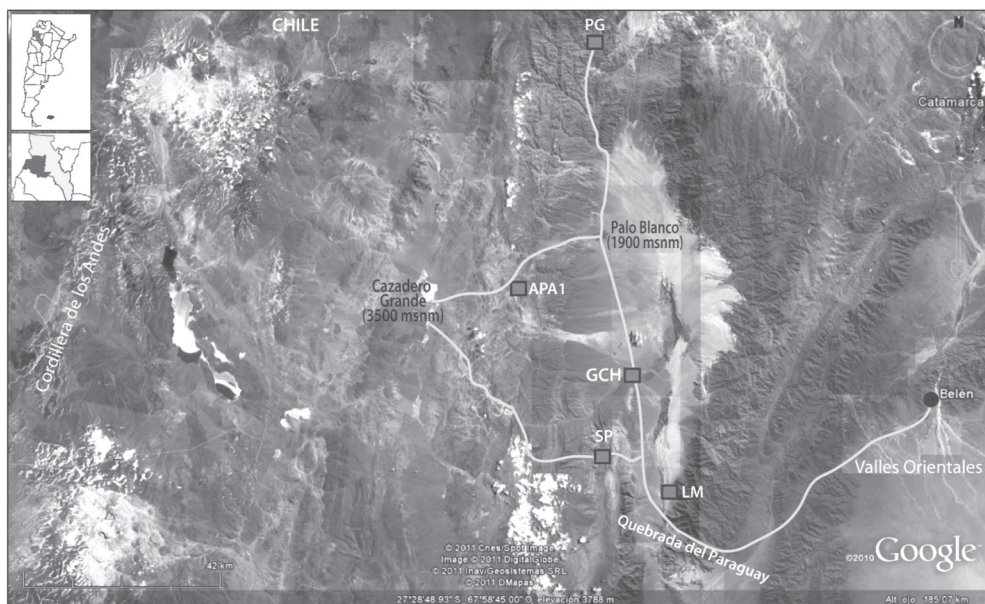


Figura 1. Localización de los sitios con representaciones rupestres respecto de los conectores que integran los distintos pisos altitudinales dentro de la región de Fiambalá. Referencias: Piedra Grande (PG), Alero Peña Abajo 1 (APA1), Guanchincito (GCH), Suri Potrero (SP), Los Morteros (LM)

Cada uno de ellos presenta características particulares en función de los lugares de emplazamiento, las dimensiones y materia prima de los soportes y la cantidad y el tipo de imágenes registradas. A saber:

- Piedra Grande (PG) (2.826 msnm): localizado en el área precordillerana de la Cordillera de San Buenaventura, en una quebrada subsidiaria del río Las Gramíneas. Su emplazamiento coincide con un punto de intersección entre quebradas que convergen en este tributario del río que desemboca en el río Las Papas (Ratto y Basile 2010; Ratto 2011). Las veinticuatro manifestaciones documentadas fueron grabadas sobre piedra pómez de baja dureza, color blanquecino, forma plana y grandes dimensiones. La roca soporte sufrió procesos de alteración que resultaron en una serie de fracturas, que conformaron a su alrededor cinco bloques caídos en asociación a la unidad mayor. Entre los diseños relevados se destacan los no-figurativos –trazos y ziz-zags–, mientras que los figurativos son aquí minoritarios –tridígitos, serpiente y cánido (Figura 2)–.
- Alero Peña Abajo 1 (APA1) (2.975 msnm): este alero de arenisca color terracota se ubica en la precordillera de las Sierras de Las Planchadas y Narváez, al oeste de la región de Fiambalá. No presenta sedimentación y se localiza en la ladera NE de la quebrada del río Abajo, elevado 16 m con respecto al cauce actual (Basile y Ratto 2011a). Entre las 34 manifestaciones grabadas predominan los diseños no figurativos (cruziformes, trazos lineales, almenados, entre otros), siendo los diseños figurativos (rastros y figuras zoomorfas) minoritarios (4:34) (Figura 2).
- Suri Potrero (SP) (1.900 msnm): este sitio está conformado por un bloque caído de arenisca naranja que presenta una pátina de tonalidad negruzca, brillo satinado y textura uniforme en la superficie seleccionada para la realización de los 40 grabados registrados (Ratto y Basile 2009; Basile y Ratto 2010, 2011a). Entre los diseños figurativos se destacan los camélidos felinizados, los tridígitos, los antropomorfos y los ofidios; mientras que entre los no figurativos se distinguen los almenados, los trazos sinuosos y las figuras rectangulares (Figura 2).
- Guanchincito (GCH) (1.755 msnm): está conformado por veintidós bloques de arenisca roja grabados. Los bloques se emplazan en una antigua planicie de inundación del río Guanchín, en el sector bajo



Figura 2. Ejemplos de las representaciones rupestres registradas en los sitios analizados

del valle de Chaschuil, y están distribuidos en un área de 36 ha. Este sitio se encuentra asociado a una amplia extensión de cuadros de cultivo, entre los que se documentaron cámaras funerarias en cista. Aquí se registraron 256 manifestaciones grabadas, de las que se destacan las espirales, los ganchos, los círculos, los trazos rectilíneos, ondulados, los rastros, los camélidos y las figuras humanas (Ratto 1996; Ratto *et al.* 2000-02; Orgaz y Ratto 2011; Basile 2010, 2011) (Figura 2).

- Los Morteros I y II (1.446 msnm): este conjunto se emplaza en el valle bajo, próximo al ingreso de la Quebrada del Paraguay, que constituye el acceso natural a los valles del oriente (Basile y Ratto 2010). Las rocas soporte son graníticas y se disponen en forma aislada (Los Morteros I) o agrupada (Los Morteros IIa, IIb y IIc). Los Morteros I es un único bloque que presenta sólo

dos diseños figurativos antropomorfos, los quince restantes son no figurativos, entre los que se destacan los trazos, espirales y ganchos. Por su parte, Los Morteros II, ubicado a una distancia lineal de 560 m, es un conjunto de tres bloques: (i) Los Morteros IIa es una gran roca trapezoidal con 44 diseños distribuidos en su cara boreal. Entre los diseños figurativos predominan los camélidos, las armas y los antropomorfos; mientras que entre los no figurativos se destacan los zig-zag, los trazos sinuosos y los círculos; (ii) Los Morteros IIb presenta sólo dos diseños, uno figurativo y otro no figurativo, en su cara Sur; y (iii) Los Morteros IIIc se encuentra en muy mal estado de conservación, por lo que sólo fue posible identificar tres diseños no figurativos en su cara NNE (Figura 2).

Todos los sitios mencionados se encuentran asociados a vías de circulación conformadas por conectores naturales (Figura 1). La mayoría de ellos están disociados de los lugares de residencia, tanto de los vivos como de los muertos (aldeas, puestos o entierros). La única excepción está constituida por los bloques grabados del sitio Guanchincito que, tal como se mencionó previamente, están asociados a campos de cultivo de varias hectáreas de extensión con presencia de tumbas en cista en su interior. Los relevamientos realizados por Ratto (2000, 2003, 2004, entre otros) permitieron determinar la existencia de cantidad de conectores naturales que integraron los fondos de valles bajos (1.500 msnm) y altos (1.900 msnm) con la puna transicional (3.400-4.000 msnm) y la cordillera andina de Chaschuil (5.000-6.730 msnm). Las vías de circulación relevadas se insertan dentro de la topografía natural de la región, recorriendo espacios llanos y quebradas y cruzando las formaciones montañosas por portezuelos o abras. Las travesías documentadas convergen en un punto puneño, localizado unos kilómetros al sur del puesto de Cazadero Grande (3.500 a 3.400 msnm), que tiene una singularidad especial debido al testimonio del registro material de las cacerías comunales que se vienen desarrollando en la región desde el Arcaico (Ratto 2003). Durante los relevamientos se han localizado: (i) estructuras de señalización (apachetas o acumulaciones irregulares de rocas) en puntos estratégicos dentro de estas vías de circulación que marcan la transición de un ambiente a otro, tanto en la precordillera-puna como en la puna-cordillera; y (ii) diversas manifestaciones rupestres en asociación directa o indirecta con estas sendas que, sin embargo, están ausentes en los pisos altitudinales más altos (3.500-5.000 msnm). Esto se afirma con base en los intensos relevamientos arqueológicos realizados en los últimos quince años, tanto en la puna transicional de Chaschuil como en la colindante cordillera de Los Andes que se emplaza hacia el occidente (Ratto 2003; Hershey 2008).

HERRAMIENTAS METODOLÓGICAS Y NIVELES DE ANÁLISIS

Consideramos que abordar el tipo de análisis que proponemos demanda, por un lado, la definición explícita, no ambigua y replicable de los criterios metodológicos y, por el otro, la conducción de un tratamiento estadístico multivariado que permita un análisis exploratorio fundamental para el ordenamiento inicial de la variabilidad registrada. El enfoque propuesto demanda la implementación de múltiples niveles de análisis.

El nivel de los soportes. La definición de los espacios plásticos disponibles

Este primer nivel de análisis consiste en la definición de las dimensiones y la forma en que se utilizan los espacios plásticos disponibles para la intervención visual en cada uno de los sitios analizados, para lo cual se necesita calcular la superficie de cada uno de ellos. En el caso de los soportes “planos” (aleros y paneles), se consideraron la altura y el ancho máximos para la definición de la superficie total, mientras que su cálculo en los bloques tridimensionales exigió que en terreno se determinara la forma geométrica de la roca (poliedros o cuerpos redondos) para tomar

las medidas necesarias y calcular, con un grado de aproximación confiable, el área disponible para su intervención visual (fórmulas del cálculo de áreas de cuerpos considerando la superficie de apoyo de la roca para corregir el valor obtenido).

Por último, las dimensiones de los soportes, sus características estructurales (tipo de roca, color, textura), los lugares de emplazamiento, la presencia de obstáculos para su visibilización, la intensidad de la intervención y el grado de contraste existente entre las representaciones y el soporte definen distintas condiciones de visualización (Criado Boado 1993). Al respecto, existen ciertos elementos naturales, por ejemplo, formaciones rocosas de color o textura contrastantes, que tienen una alta visibilización y permiten su identificación a muchos kilómetros de distancia. Sin embargo, no siempre las representaciones desplegadas pueden singularizarse a la distancia, debido a su menor tamaño relativo o porque fueron dispuestas de manera tal que su visibilización puntual no restringiese la del lugar en que se localizan. Para dar cuenta de esto nos basamos en la propuesta de Criado Boado (1993, entre otros) y distinguimos entre lo que denomina *percepción zonal*, que justamente ilustra los ejemplos dados, donde lo que se percibe es el entorno en el que están emplazadas las representaciones, y *percepción puntual*, que define los casos en los que son el soporte y sus representaciones las que se individualizan a la distancia.

El nivel de las imágenes

El segundo nivel de análisis se orientó a la caracterización de los repertorios temáticos de cada sitio. En esta dirección, el primer paso fue la identificación y clasificación de las manifestaciones. Para la organización de las imágenes se usó como base la clasificación elaborada por Aschero (2000, 2006, 2012, entre otros) para el estudio del arte rupestre de Antofagasta de la Sierra (ANS). Aunque fue necesario ajustarla a la realidad visual de la región de Fiambalá, esta clasificación nos facilitó trabajar en forma flexible. Sus categorías de subclases, clases y conjuntos de clases de representaciones presentan niveles de inclusión progresivos² y permiten articular diferentes grados de resolución durante el análisis.

El nivel de los recursos visuales

El tercer nivel de análisis apuntó a delinear los recursos visuales (Basile 2011) utilizados para la realización de las imágenes, y demandó la construcción de dos unidades analíticas que comprendieron a su vez la definición de variables con estados específicos: la caja de herramientas y los modos de resolución (Basile y Ratto 2011b).

La caja de herramientas

El primer paso de este nivel de la propuesta metodológica es definir la *caja de herramientas* utilizada en la configuración de las imágenes que conforman el repertorio temático de la muestra. Se considera que ésta tiene una dimensión doble, dado que involucra una intención gestual particular y una selección de elementos visuales que manifiestan la existencia de preferencias estéticas y conocimientos compartidos acerca de cómo las cosas deben hacerse en el marco del entramado social particular en que son enseñadas, reforzadas, modificadas, reemplazadas y/u ocultadas. Para delinear la *caja de herramientas* utilizada en la configuración de cada una de las representaciones se determinaron la combinación de las unidades morfológicas (UM), las formas de articulación y el contorno de la representación. A saber:

a) Combinación de unidades morfológicas (UM):

Aquí consideramos que todas las representaciones analizadas –figurativas y no-figurativas– están compuestas por un número determinado de elementos mínimos, que denominamos unidades morfológicas (*sensu* Aschero 1975). Hemos definido ocho tipos de unidades morfológicas básicas sobre la base de los trabajos de Kandinsky ([1926] 2007), Scott ([1951] 1962) y Aschero (1975, 2012). Éstas pueden presentarse en forma aislada pero, en general, las representaciones resultan de la combinación de una única unidad en sí misma o de más de una de ellas (Basile y Ratto 2011b). Se registraron 35 de las 255 combinaciones posibles y se verificó la presencia desde una única UM hasta asociaciones de seis. Sin embargo, las representaciones tienden a resolverse por medio de combinaciones de una o dos UM, siendo los casos que involucran mayores cantidades los menos recurrentes en todos los sitios de la muestra (Figura 3).

b) Tipos de articulaciones:

Cada una de las representaciones definidas y clasificadas puede ser resultado de: (i) una única UM que se presenta aislada; (ii) la combinación de una única UM en sí misma; o (iii) la combinación de más de una de ellas. A fin de analizar la forma en que estas unidades se articulan para configurar las imágenes registradas se definieron diferentes tipos de articulaciones sobre la base de los trabajos de Gardin (1978) y Aschero (2012). Se registraron siete de los ocho tipos de articulaciones básicas y combinadas definidas, incluida su ausencia (Figura 3).

c) Contorno de la representación:

Se consideró la forma en que se resolvieron las imágenes tomando en cuenta su contenido, ya que una misma figura puede recortarse del fondo de maneras diversas: (i) a partir del delineado de su contorno, presentando su interior “vacío”; (ii) a partir del llenado de su interior de forma plena; o (iii) presentando otros diseños como contenido interno a modo de relleno. Los tres estados de esta variable fueron registrados en la muestra de representaciones analizada (Figura 3).

| (a) Tipo de Unidad Morfológica | | (b) Tipo de Articulación | | Características distintivas | |
|--------------------------------------|--|--------------------------|------------------------|--|--|
| U.M 1 Puntos | | 1 | No Articulada | Las U.M. se presentan aisladas, no combinadas | |
| U.M 2 Trazos Rectilíneos | | | | | |
| U.M 3 Trazos Angulares | | 2 | Aditiva y/o Intersecta | Incluye los casos en los que las UM se combinan en sí mismas o con otras a través de la yuxtaposición de trazos por adición o intersección. Esta combinación puede ser lineal o generar estructuras poligonales. | |
| U.M 4 Trazos Libremente Ondulados | | | | | |
| U.M 5 Trazos Curvilíneos Simples | | 3 | Radial y/o Simétrica | Incluye los casos en los que las UM se disponen en forma Radial o Simétrica. | |
| U.M 6 Trazos en Gancho | | | | | |
| U.M 7 Trazos Espiralados | | 4 | Inscripta y/o Solapada | Incluye tanto los casos en los que las UM definen un espacio delimitado en cuyo interior se inscriben otras UM, como los casos en que éstas se suceden parcialmente superpuestas | |
| UM 8 Elementos Plásticos | | | | | |
| (c) Contorno de la representación | | | | | |
| 1. Lineal | | 2. Pleno | | 3. Relleno | |
| | | | | | |
| | | | | | |

Figura 3. Variables consideradas en la definición de la unidad analítica denominada *Caja de Herramientas*

Los modos de resolución

La segunda unidad analítica demandó, tal como explicamos a continuación, el análisis del tamaño en que se realizaron las imágenes y las técnicas implementadas en cada caso.

d) Técnicas de ejecución:

Las técnicas utilizadas en la modificación de los soportes se clasificaron considerando que todas implican el uso de instrumentos o elementos particulares en momentos de ejecución específicos. Estas técnicas difieren respecto de la cantidad de operaciones e inversión de trabajo (*sensu* Fiore 2007) que involucran, ya que ponen en juego un conocimiento y una habilidad particulares que permiten conjugar los tiempos de ejecución de cada una. Las representaciones que analizamos fueron realizadas por medio de dos técnicas de ejecución básicas: raspado y piqueteado (Álvarez y Fiore 1995), o mediante la combinación entre ambas.

e) Tamaño de la representación:

El cálculo de la superficie de cada una de las imágenes se realizó considerando su alto y ancho máximo definiendo el área de la representación (Martel 2010). Las superficies definidas fueron clasificadas en rangos de tamaño que definen una escala ordinal: (i) 0-250 cm²; (ii) 250-500 cm²; (iii) 500-750 cm²; (iv) mayor a 750 cm².

La definición de los Grupos de Recursos Visuales

Las cinco variables que definen las unidades analíticas *caja de herramientas y modos de resolución* (combinación de UM, tipo de articulación, contorno de la representación, técnica de ejecución y tamaño de representación) presentan un ordenamiento jerárquico que da cuenta del incremento progresivo en la inversión de trabajo (*sensu* Fiore 2007). Esto permitió integrar las variables a través de un tratamiento estadístico multivariado, realizado con los programas estadísticos PAST (Hammer *et al.* 2001) y SPSS 15.0, combinando métodos factoriales (Análisis de Correspondencia Múltiple –ACM–) y Análisis de Conglomerados Jerárquicos (ACJ). Sobre los valores de los ejes factoriales obtenidos al aplicar ACM se realizó un ACJ (Método Ward y distancia Euclideana) y a través del análisis del dendrograma correspondiente se determinó la cantidad de Grupos de Recursos Visuales (GRV) que define la muestra, caracterizados por una combinación particular de las cinco variables interrelacionadas.

Por último, con el fin de evaluar la forma en que varía la cantidad de clases de representaciones y la de recursos visuales utilizados para su resolución a lo largo del tiempo se realizó un análisis de diversidad. Este concepto tiene dos dimensiones. Por un lado, la *riqueza* (H), que remite al número de categorías diferentes –en este caso, cantidad de clases de representaciones o de grupos de recursos visuales– que componen la muestra, midiendo el grado de diferenciación entre muestras considerando sus tamaños respectivos (Basile y Ratto 2011a). Por otro lado, la *homogeneidad* (J), que da cuenta de la forma en que las representaciones se distribuyen en las diferentes clases, lo cual permite evaluar la proporcionalidad entre las clases consideradas. Los valores de los índices se clasificaron en: (a) muy bajo –de 0 a 0,200–; (b) bajo –de 0,201 a 0,400–; (c) medio –de 0,401 a 0,600–; (d) alto –de 0,601 a 0,800–; y (e) muy alto –de 0,801 a 1– (ver *infra*).

EL PROBLEMA DEL TIEMPO

La adscripción cronológica de las manifestaciones rupestres analizadas demanda la implementación de estrategias particulares, ya que ninguno de los sitios presenta suficiente sedimen-

tación como para permitir la reconstrucción y datación de los contextos en los que estuvieron involucrados. Tampoco se registraron evidencias de superposiciones, mantenimiento o reciclado entre las representaciones ni diferencias en las tonalidades de sus pátnas. En consecuencia, la asignación temporal de las manifestaciones rupestres se realizó sobre la base de la comparación con la secuencia extrarregional construida por Aschero (2000, 2006, 2012, entre otros) para la vecina región de Antofagasta de la Sierra (ANS). Allí se observa una continua producción de manifestaciones rupestres desde momentos arcaicos hasta tiempos históricos y una intensa reutilización de los soportes a lo largo de este amplio lapso. La ajustada calibración cronológica de cada una de sus modalidades a lo largo de esos 10.000 años convierte esa secuencia en una base de referencia fundamental para correlacionar el análisis de las manifestaciones plásticas que aquí proponemos. Además, y a pesar de que las restricciones de espacio nos impiden presentar sus resultados en detalle aquí, la correspondencia entre el repertorio temático y los recursos visuales utilizados (ver *supra*) en los materiales cerámicos procedentes de contextos arqueológicos datados de la región de Fiambalá permitió comenzar a ajustar con mayor precisión la asignación cronológica de las representaciones rupestres en sintonía con la realidad visual propia de la región. Sin embargo, las limitaciones impuestas para el establecimiento de cronologías que detallamos sólo nos permiten postular una adscripción relativa a amplios rangos temporales. De esta manera, sólo es posible trabajar con cortes temporales de “grano grueso” definidos a partir de los fechados disponibles para la región, que permitieron distinguir dos momentos, uno temprano, que se extiende hasta el año 1000, y otro tardío, posterior al año 1200 A.D. (Basile 2011).

En esta dirección, algunas de las imágenes relevadas brindan elementos diagnósticos que nos permitieron postular su asignación cronológica relativa (Figura 4). Al respecto, hay atributos de las representaciones rupestres de los sitios Suri Potrero (SP), Piedra Grande (PG), Los Morteros (LM) y Alero Peña Abajo 1 (APA1) que han permitido adscribirlos en forma conjunta y relativa a momentos tempranos, anteriores al año 1000 A.D.: (i) el registro de “cartuchos” (Aschero *et al.* 2006); (ii) la alta frecuencia de animales felinizados; (iii) las figuras de “armas” que fueron recurrentemente registradas en los soportes cerámicos de los estilos decorativos tempranos de las regiones vecinas de los valles del oriente (Balesta y Zagorodny 2002; Gordillo 2009, entre otros); (iv) el tratamiento diferencial de las figuras humanas; y (v) los camélidos de lomos rectos, cuerpo cuadrangular y cuatro patas rígidas (Basile 2011). En contraste, hay otros elementos diagnósticos registrados dentro del repertorio del sitio Guanchincito (GCH) que permiten asignar algunas de sus representaciones a momentos más tardíos: (i) los camélidos de perfil, tendencia a la síntesis formal, notable estatismo, dos patas y una sola oreja, similares al patrón H3 de ANS; y (ii) la alta frecuencia de ganchos, espirales y huellas felínicas registradas en cerámicas locales procedentes de contextos posteriores al año 1200 de la era (Basile 2011). Además, la datación realizada sobre los huesos humanos asociados a tumbas registradas entre los campos de cultivo y vinculados a los bloques grabados los ubica entre los años 1303-1330 de la era (Orgaz y Ratto 2011).

Sin embargo, las manifestaciones rupestres tienen la particularidad de estar potencialmente disponibles para la intervención visual reiterada en el tiempo (Aschero 1996) y, por lo tanto, las representaciones analizadas bien podrían no ser el resultado de un sólo evento, sino de un proceso de grabado sucesivo y paulatino por medio de visitas recurrentes a lo largo de un lapso difícil de precisar. En este marco, cobra relevancia la existencia de imágenes diagnósticas de momentos contrastantes respecto de la adscripción general de los soportes. Específicamente, en SP se documenta una vizcacha felinizada, similar estructural y compositivamente a los diseños del interior de piezas abiertas del estilo decorativo Belén correspondiente a momentos tardíos dentro de la secuencia cronológica del NOA catamarqueño (Figura 4 i-j). Del mismo modo, en GCH se destaca una figura felínica que es recurrente en soportes cerámicos que en la región de Fiambalá no se registran con posterioridad al año 1000 A.D. (Figura 4 e-f). Así, mientras los grabados de Guanchincito parecen ser el resultado de una serie de eventos reiterados de intervención visual a lo largo del tiempo y si bien en su mayoría podrían corresponder a momentos tardíos (después

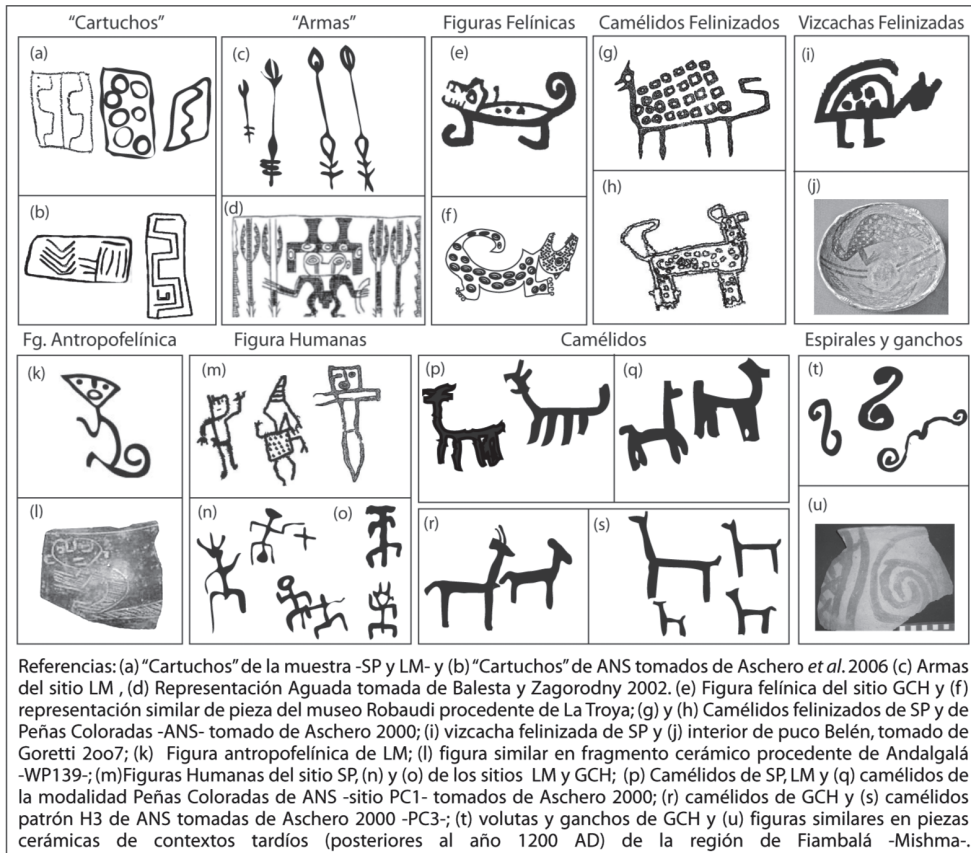


Figura 4. Ejemplos de representaciones rupestres consideradas diagnósticas temporales

del 1200 A.D.), hay imágenes que presentan elementos que indican que ellas o los bloques en que se ubican podrían haber sido grabadas en momentos previos, o en tiempos "tardíos" pero reproduciendo formas de resolución e historias de momentos previos. En contraste, los casos de SP, APA1 y PG parecen responder a eventos de grabado más acotados en el tiempo. Y si bien hay una única figura que, por su correlación con el repertorio cerámico podría ser adscrita a un lapso posterior (vizcacha felinizada), el resto de los diseños fueron adscritos a momentos previos al año 1000 A.D. El caso de LM, como veremos, es particular, ya que presenta muchos puntos de contacto con lo registrado en el sitio GCH (ver *infra*).

ANÁLISIS Y RESULTADOS

En las superficies de los veintinueve soportes rupestres que conforman los cinco sitios relevados, se documentaron 420 representaciones, entre las que predominan las no figurativas (307:420) sobre las figurativas (113:420). Todas ellas fueron clasificadas en 6 conjuntos de clases, 18 clases y 43 subclases definidas en base a la propuesta de Aschero (2000, 2006, 2012, entre otros) para ANS (ver *supra*). En términos generales, las representaciones tienden a distribuirse de forma y con frecuencias diferenciales en cada uno de ellos. De esta manera, observamos que (Figura 5):

- en APA1 y PG es muy baja la frecuencia de representaciones figurativas (tridígitos y figuras zoomorfas), entre las que se destacan los puntos, los hoyuelos y los trazos lineales.

- en SP, la frecuencia de representaciones figurativas aumenta considerablemente; entre ellas se destacan los camélidos felinizados y las figuras humanas.
- en LM se destacan los trazos lineales, las figuras circulares y escalonadas, pero es alta la frecuencia de figuras humanas, armas y animales felinizados.
- en GCH predominan, entre las representaciones no figurativas, los trazos lineales y las figuras circulares; y entre las figurativas, los rastros, los camélidos y las figuras humanas.

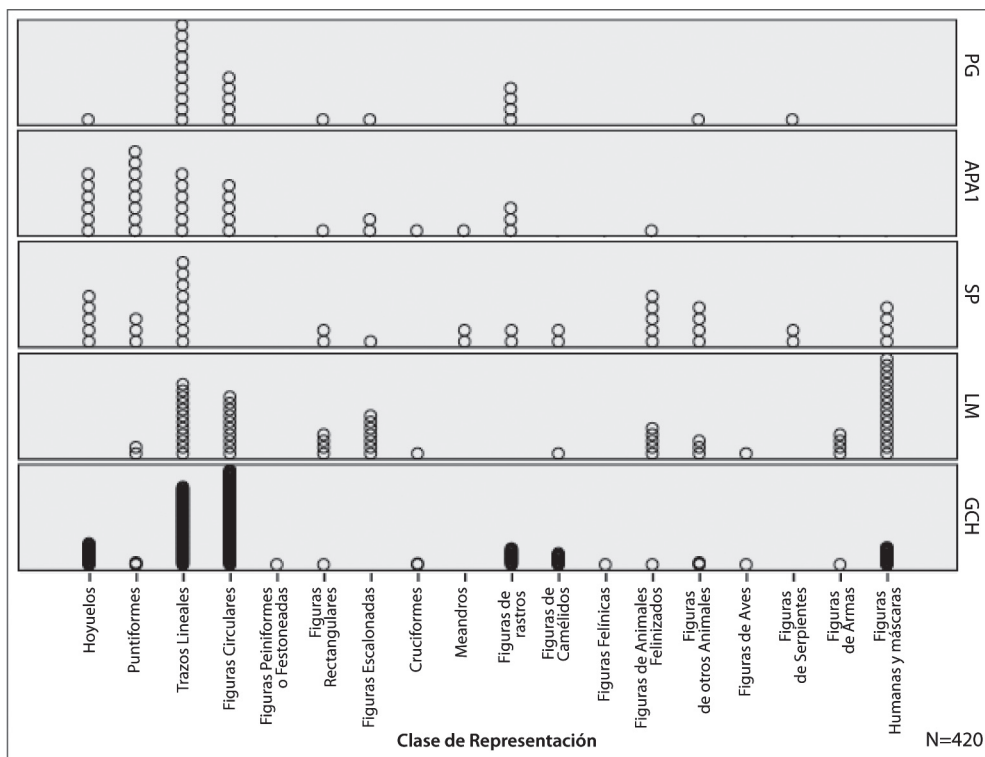


Figura 5. Distribución de las clases de representaciones según el sitio de procedencia

Estas representaciones definen el repertorio temático de la muestra. A continuación, el análisis las incorpora, integra y articula con los tipos de soportes en que se despliegan y con los recursos visuales empleados en su realización.

Los soportes de representación

Los trabajos realizados hasta el momento (Ratto y Basile 2009; Basile 2010, 2011; Basile y Ratto 2010, 2011a; Ratto *et al.* 2011a, entre otros) permiten sostener que las representaciones rupestres consideradas se ubican en lugares específicos de la precordillera y el valle mesotérmico, y que habrían funcionado como marcadores espaciales de las vías de circulación utilizadas en el pasado (Figura 2). Sin embargo, sus particularidades estructurales (ver *supra*) definen las distintas condiciones de visualización de los soportes seleccionados (*sensu* Criado Boado 1993).

El sitio Piedra Grande (PG) presenta el soporte de mayores dimensiones de la muestra (675.500 cm²), pero una muy baja intensidad de intervención visual (menos del 1% de su superficie

fue *marcada*), siendo además muy bajo el grado de contraste entre representaciones y soporte. Esto determina que la visibilidad de las imágenes sea muy baja; no obstante, la roca soporte es una pomez de color blanquecino tan contrastante con el entorno que su ubicación se distingue claramente a una distancia considerable, y define así una alta *percepción puntal* (*sensu* Criado Boado 1993), pues es el soporte de realización el que se distingue a la distancia. Actualmente, esta roca es una de las marcas de señalización que los pobladores utilizan para descender de las zonas de mayor altitud hacia la localidad de Las Papas (Ratto y Basile 2010) (Figura 6a).

El sitio Peña Abajo 1 (APA1), en contraste, se emplaza en uno de los conectores que nace en la localidad de Palo Blanco y sale a la altura de las vegas de altura de Cazadero Grande en la puna transicional (Basile y Ratto 2011a). Es un alero de grandes dimensiones (180.000 cm²) en el que el grado de contraste entre soporte y representaciones es relativamente bajo. En este caso, sólo el 2% de su superficie fue intervenida visualmente. Sin embargo, el color terracota del alero se destaca definiendo un tipo de *percepción zonal* (*sensu* Criado Boado 1993), pues es la formación rocosa general, y no el soporte de representación específico, la que se divisa. De esta forma, resulta distinguible a una distancia de 3 km o más, cuando el caminante o la tropilla deja las vegas de Pie de la Cuesta en precordillera y comienza a descender por la quebrada del río de Abajo al encuentro de pisos altitudinales menores (Figura 6b).

El sitio Suri Potrero (SP) se localiza en la ladera norte de la quebrada que conecta el sector sur del bolsón de Fiambalá con las vegas de altura de Cazadero Grande. El 25% de la superficie de este bloque de grandes dimensiones (148.400 cm²) fue marcado visualmente estableciendo un juego de alto contraste entre los grabados en el naranja del soporte y la pátina negruzca del fondo. Si bien el trayecto inicial presenta laderas de alta pendiente, el bloque caído se ubica en una zona sensiblemente más abierta, donde la planicie de inundación se amplía y las laderas de los cerros se presentan menos pronunciadas. La apertura del lugar de localización, dentro de la quebrada, su elevada ubicación respecto del nivel de circulación y la ausencia de obstáculos visuales conducen a que tanto las condiciones de visibilización como las de visibilidad sean altas. Si bien sólo las representaciones de mayor tamaño resultan distinguibles a cierta distancia, la percepción del bloque es de *tipo puntual*, al igual que el caso del sitio PG, y resulta individualizado desde una distancia de 2 km dentro del conector (Figura 6c).

El conjunto de Los Morteros (LM) se localiza en uno de los recorridos que, en sentido sur-norte-sur, permiten conectar diferentes cotas altitudinales y parajes dentro del bolsón de Fiambalá, así como también con los valles del oriente catamarqueño. Este conjunto se compone de cuatro bloques de dimensiones e intensidad de intervención variables; la media indica que entre el 15% y el 20% de la superficie de los bloques (62.700 cm²) fue intervenida visualmente. El grado de contraste entre las representaciones y la roca soporte se ubica en un lugar intermedio respecto de la escala definida por los sitios PG y APA1, por un lado, y SP, por el otro. Sin embargo, sus condiciones de visualización son similares a las de APA1. No son las imágenes ni el soporte expresivo los que se distinguen, sino el lugar seleccionado para localizarlas. En este caso, es la formación rocosa en que se emplazan los bloques la que se distingue desde el conector principal a una distancia de 50 km, lo cual define una percepción, al igual que en el caso de APA1, de tipo *zonal* (Figura 6d-e).

Por último, el caso de Guanchincito (GCH) es diferente a todos los sitios hasta aquí presentados. Recordemos que se compone de veintidós bloques distribuidos en una amplia y antigua planicie de inundación. El lugar de emplazamiento es abierto y uniforme; sin embargo, junto con las areniscas rojas grabadas, presenta cantidad de rocas similares y de diferente litología y tamaño que funcionan como obstáculos para la percepción y dificultan la buena visualización de los bloques bajo análisis. El observador hipotético circula al mismo nivel sobre el que se apoyan los bloques, cuyas alturas oscilan entre los 40 y los 110 cm. Las dimensiones de los bloques y la intensidad de intervención visual son muy variables. La media indica que entre el 5% y 10% de la superficie de estos bloques (15.300 cm²) fue intervenida visualmente. Por lo tanto, a pesar de

estar ubicados en una zona abierta, el emplazamiento a nivel de la superficie actual del terreno, la cantidad de rocas no grabadas en los alrededores y la relativa falta de agregación de los bloques son todos aspectos que restringen la percepción, lo cual define unas comparativamente bajas visibilidad y visibilización, que dificultan incluso la intervisibilización entre ellos (Figura 6f). Actualmente no es posible divisar cada uno de los bloques grabados, que sólo se van detectando a medida que uno va transitando por la planicie, acercándose considerablemente a cada uno de ellos; de hecho, los pobladores locales, una vez que “ubican” alguno de estos bloques, lo señalizan colocando acumulaciones de rocas para poder volver a verlos en otro momento.

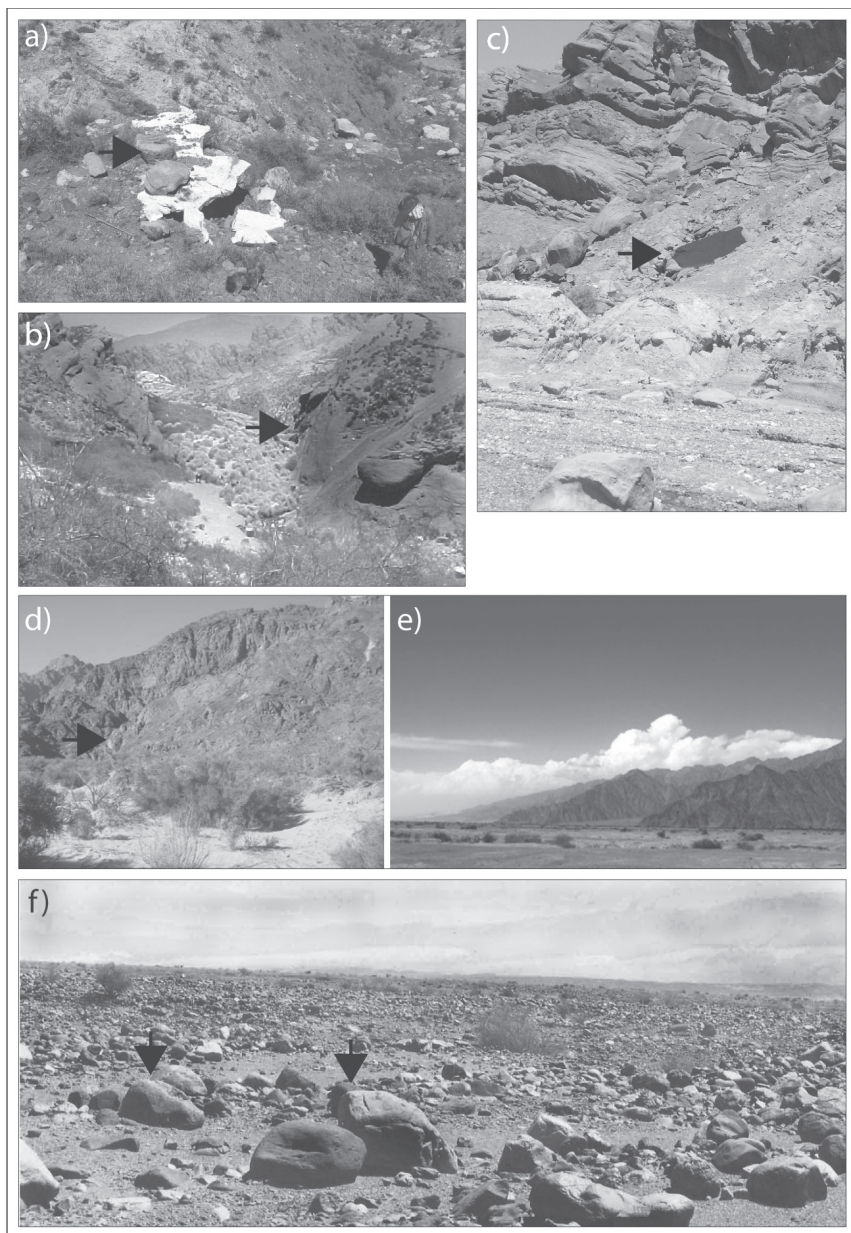


Figura 6. Vista del lugar de emplazamiento de los sitios: (a) Piedra Grande, (b) Alero Peña Abajo 1, (c) Suri Potrero, (d-e) Los Morteros, (f) Guanchincito

En síntesis, en función de lo presentado hasta aquí y de los trabajos realizados previamente (Ratto y Basile 2009; Ratto *et al.* 2011a; Basile y Ratto 2011a, entre otros), continuamos sosteniendo que los soportes seleccionados para desplegar las representaciones tienden a funcionar como estructuras de señalización en el marco de las diversas sendas que han sido utilizadas a lo largo del tiempo y que enlazan los distintos pisos altitudinales de la región de Fiambalá. En algunos casos, son las formas destacadas de la geografía las que se seleccionan: (i) una roca pómez plana de grandes dimensiones en PG y un bloque de arenisca naranja con pátina negra satinada en SP que tienen alta visibilización puntual; o (ii) un alero color terracota que enmarca una quebrada estrecha en APA1 y una formación rocosa distinguible a más de 50 km de distancia en LM, ambos presentando una alta visibilización zonal. En otros, como en GCH, la estrategia parece haber sido la de la virtual invisibilidad, ya que los bloques grabados se mezclan con los que no lo están, entre los cuadros de cultivo, con lo cual resulta imposible su localización a una distancia superior a los 5 m.

Los recursos visuales utilizados en la realización de las representaciones

La integración de las cinco variables presentadas (combinación de UM, tipos de articulación, contorno, técnicas de ejecución y tamaño de la representación), siguiendo los criterios explicitados en la metodología, permite definir los *recursos visuales* utilizados para la realización de cada una de las representaciones analizadas. De esta manera observamos que el Análisis de Correspondencia Múltiple (ACM) generó cuatro ejes factoriales, de los cuales, los dos primeros explican el 81,3% de la varianza total de la muestra de representaciones. Sin embargo, el peso de las variables integradas se descompone diferencialmente en los ejes presentados. Al respecto, el primer eje se define por la carga positiva de la variable *combinación de UM*, y por la carga negativa de las variables *contorno de la representación* y *técnicas de ejecución*, mientras que en el segundo y el tercero prevalecen, respectivamente, las cargas positivas del *tipo de articulación* y el *tamaño de la representación*. El ACJ permite determinar que los valores de los ejes que definen cada caso se agrupan por semejanza en diez *Grupos de Recursos Visuales* dentro del espacio factorial (Figura 7), que presentan las tendencias que se explicitan a continuación:

- a) GRV 1 (64:420): incluye representaciones realizadas con combinaciones de una única UM, trazos curvilíneos simples o ganchos, articuladas en forma simétrica, contorno lineal, realizadas por piqueteado en tamaño pequeño.
- b) GRV 2 (53:420): incluye representaciones resueltas con la combinación de dos UM:
 - i. trazos rectilíneos y angulares, articulación simétrica e inscripta, contorno lineal, realizadas por raspado o piqueteado, de tamaño pequeño.
 - ii. trazos curvilíneos y puntos, con articulación simétrica e inscripta, contorno relleno, realizadas por piqueteado, de tamaño pequeño.
- c) GRV 3 (50:420): incluye representaciones resueltas con una UM, puntos, sin articular, contorno pleno, realizadas por raspado o piqueteado, de tamaño pequeño.
- d) GRV 4 (30:420): incluye representaciones resueltas con trazos rectilíneos, sin articular, contorno lineal, resueltas por piqueteado o piqueteado y raspado, de tamaño pequeño.
- e) GRV 5 (47:420): incluye representaciones resueltas con combinaciones de dos a cuatro UM, articulación aditiva y simétrica, contorno lineal, realizadas por piqueteado o por piqueteado y raspado, de tamaños pequeños a muy grandes.
- f) GRV 6 (37:420): representaciones resueltas con combinaciones de dos a cuatro UM, la articulación más compleja (aditiva-simétrica-inscripta), contorno relleno, realizadas por piqueteado o piqueteado y raspado, de tamaños medianos a muy grandes.
- g) GRV 7 (30:420): incluye representaciones resueltas con combinaciones de dos UM, trazos rectilíneos y angulares o rectilíneos y libremente ondulados, articulación aditiva, contorno

- lineal o pleno, realizadas por piqueteado o piqueteado y raspado, de tamaño pequeño.
- h) GRV 8 (78:420): incluye representaciones resueltas por la combinación de una única UM, trazos curvilíneos simples, libremente ondulados o ganchos, sin articular, contorno lineal, resueltas por piqueteado, de tamaño pequeño o mediano.
- i) GRV 9 (8:420): incluye representaciones resueltas con trazos curvilíneos libremente ondulados, sin articular, contorno lineal, resueltas por piqueteado, de tamaños grandes o muy grandes.
- j) GRV 10 (23:420): incluye representaciones resueltas por medio de:
 - i. trazos rectilíneos y angulares, articulación aditiva y simétrica, contorno lineal, resueltas por piqueteado, de tamaños medianos a muy grandes.
 - ii. trazos rectilíneos y curvilíneos simples, articulación aditiva y simétrica, contorno pleno, resueltas por piqueteado y raspado, de tamaño grande y muy grande.

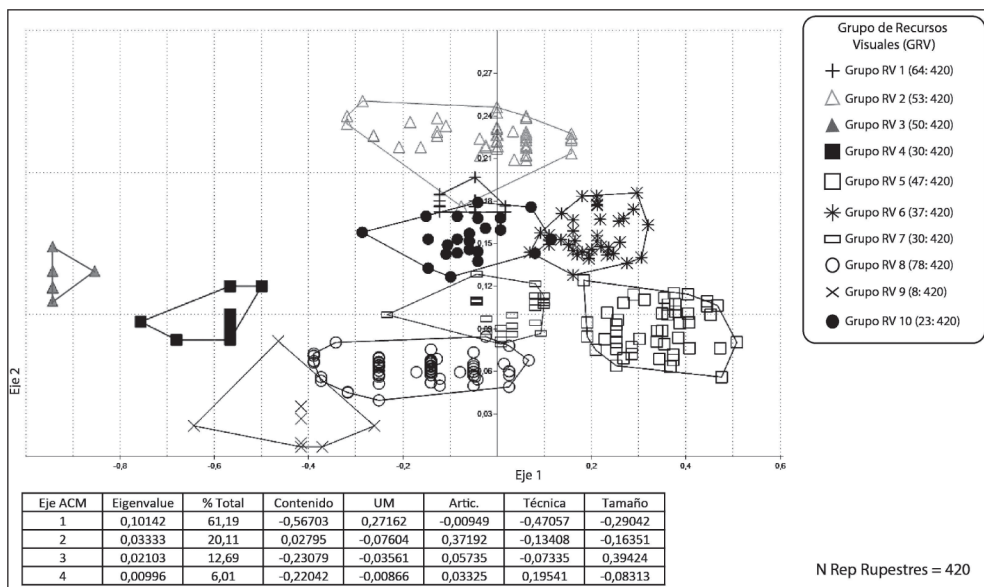


Figura 7. Relación de los ejes factoriales 1 y 2 del Análisis de Correspondencia Múltiple. Ploteo en función de los diez grupos definidos luego de la aplicación del Análisis de Conglomerados Jerárquicos. Se aclara que cada uno de los puntos del gráfico se corresponde con más de una representación que, dada su homogeneidad en función de las variables que definen los GRV, ocupan el mismo espacio factorial

Cabe destacar que lo que define a las agrupaciones es fundamentalmente el juego que se establece entre las variables que caracterizan lo que denominamos *caja de herramientas* y, en menor medida, el tamaño de la representación. Dado que el tipo de técnica utilizada es bastante homogéneo, esta variable no es determinante en la segregación de los grupos. Este análisis permite obtener un perfil de los recursos visuales utilizados en la realización de las manifestaciones rupestres relevadas en los sitios de la muestra.

Representaciones rupestres y recursos visuales

La definición de los Grupos de Recursos Visuales (GRV) posibilita analizar la relación existente entre los recursos visuales seleccionados y los repertorios temáticos desplegados en los

distintos soportes. De esta manera vemos que, dentro de esta muestra, no existe ningún GRV que se utilice únicamente para la resolución de una única categoría de manifestaciones rupestres. En general se observa, por un lado, que una misma clase o subclase de representaciones se resuelve por medio de GRV diferentes y se plasma en soportes que presentan características distintas (ver *supra*). Por otro lado, que un mismo GRV interviene en la resolución de distintas categorías de imágenes, sean éstas figurativas o no figurativas. Sin embargo, se registran ciertas tendencias que presentamos a nivel de conjuntos de clase para facilitar la expresión visual, que indican que algunas imágenes suelen ser más frecuentemente realizadas con alguno de los GRV definidos (Figura 8). A saber:

- Entre las representaciones no figurativas primarias (NFP): (i) los círculos simples y los trazos rectilíneos o curvilíneos tienden a realizarse con los mismos recursos visuales en todos los sitios en que se registran; (ii) los puntiformes y hoyuelos se resuelven en todos los sitios con el mismo recurso visual, que no se utiliza para la resolución de ninguna otra clase de imágenes.
- Entre las representaciones no figurativas compuestas (NFC): (i) los círculos concéntricos y los rectangulares tienden a resolverse con los mismos recursos visuales; estos presentan una alta frecuencia en GCH y LM y están ausentes en APA1; mientras que (ii) los espirales y ganchos se registran en todos los sitios resueltos con los mismos recursos visuales.
- Entre las figuras de rastros (RP): (i) los tridígitos se resuelven con el mismo GRV en todos los sitios en que se registran, estando ausentes en LM; mientras que (ii) los rastros felínicos se resuelven con recursos visuales diferentes y sólo se documentaron en GCH.
- Las figuras zoomorfas (camélidos, animales felinizados y aves, entre otros) tienden a resolverse con diversos recursos visuales en los diferentes sitios de la muestra.
- Las armas sólo se registran en LM y en GCH; sin embargo, se resuelven con recursos visuales diferentes en cada uno.
- Las figuras humanas sólo se registran en dos de los sitios adscritos a momentos tempranos (SP y LM) y en el único en el que predominan las imágenes adscriptas a momentos tardíos (GCH). Resulta sugestivo que tiendan a realizarse en los tres sitios con el mismo GRV, lo cual marca cierta continuidad en sus modos de resolución. Sin embargo, hay otra modalidad de figuras humanas, que en GCH y LM se resuelven con GRV diferentes a los utilizados para estas imágenes en SP.

Por último, con el fin de evaluar la forma en que varía la cantidad de clases de representaciones y de recursos visuales utilizados a lo largo del tiempo, se realizó un análisis de diversidad mediante el cálculo de los índices de riqueza y homogeneidad (ver *supra*). De esta manera se observa que APA1, PG y SP presentan niveles de riqueza y homogeneidad similares (alta y muy alta en todos los casos) respecto de la cantidad de clases de representaciones desplegadas en ellos. En contraste, si bien en función de los elementos diagnósticos considerados fue adscrito al mismo lapso, el sitio LM presenta gran diversidad y exhibe baja riqueza y alta homogeneidad, características más cercanas a las del sitio GCH (Figura 9a). Por otro lado, en relación con los grupos de recursos visuales utilizados en la realización de esas representaciones, se observa que también en este nivel de análisis los índices de riqueza y homogeneidad en los sitios PG, SP y APA1 de momentos tempranos presentan valores altos y muy altos, respectivamente. En contraste, los sitios LM y GCH continúan presentando niveles de riqueza y homogeneidad semejantes: muy alta homogeneidad en ambos casos, riqueza media (LM) y baja (GCH) (Figura 9b). Además, es muy sugestivo que GCH y LM sean los dos sitios de la muestra que comparten la mayor cantidad de GRV similares utilizados en la realización de las mismas representaciones. Esta combinación de factores fue lo que nos permitió plantear como posibilidad que LM haya sido intervenido visualmente en un tiempo indeterminado pero posterior al de los sitios más tempranos (SP, APA1 y PG), y anterior o simultáneo al de los más tardíos de la muestra (GCH) (Basile 2011).

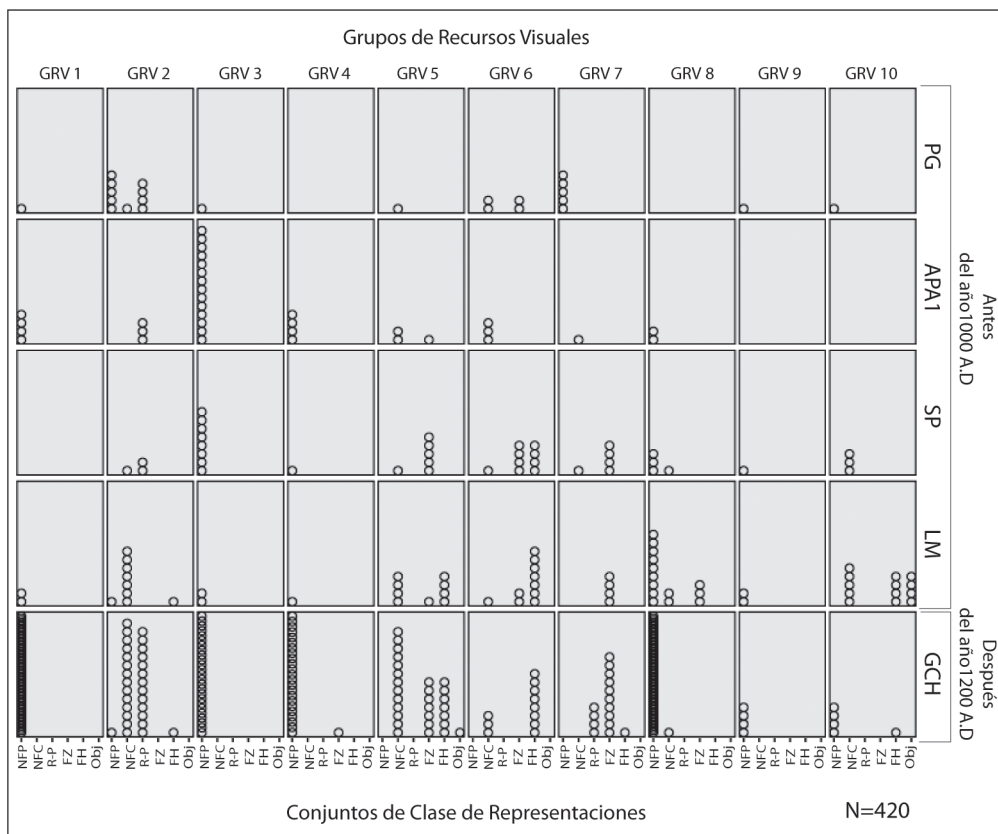


Figura 8. Conjuntos de clase de representaciones según los GRV utilizados en cada uno de los sitios de la muestra

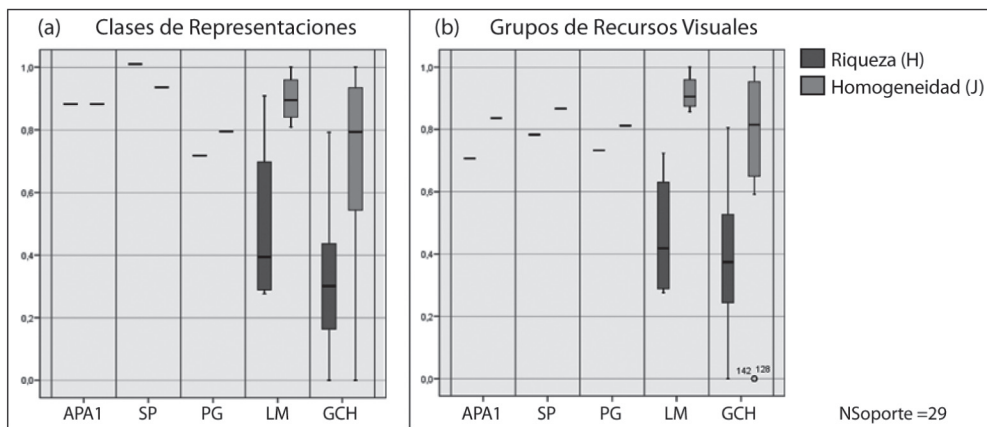


Figura 9. Diversidad de (a) clases de representaciones y (b) grupos de recursos visuales en función de los sitios adscritos a los distintos momentos temporales considerados

HILVANANDO RECORRIDOS

Cada una de las etapas de este trabajo estuvo dirigida a analizar la diversidad y la variabilidad espacio-temporal de los repertorios temáticos y los recursos visuales utilizados en las imágenes grabadas en distintos soportes rupestres de la región de Fiambalá, para definir sus particularidades, sus continuidades y sus cambios en el tiempo. Es importante destacar que el problema aquí abordado no es autónomo, sino que está inserto dentro de los lineamientos, hipótesis y resultados del Proyecto Arqueológico Chaschuil Abaucán (PACH-A). Esto es de vital importancia porque contextualiza e integra las manifestaciones plásticas dentro de la dinámica del proceso regional. En este sentido, las diferentes líneas de trabajo conducidas durante años por los integrantes del PACH-A permiten sostener que la región de Fiambalá se caracteriza por la dispersión de sus asentamientos, la baja densidad poblacional y los períodos de desequilibrio ambiental resultado de la acción directa o indirecta de eventos volcánicos y sísmicos (Ratto *et al.* 2011b). Ratto y Boixadós (2012) proponen que el proceso social transcurre en gran parte al ritmo y condicionamientos impuestos por los momentos de inestabilidad ambiental que generaron despoblamiento y repoblamiento de la región. Al respecto, sostienen: (a) que entre los años 1000 y 1250 A.D. se produce el despoblamiento de los espacios bajos del fondo del valle junto con el desplazamiento de los pueblos hacia las tierras altas de la región por la ocurrencia de intensos acarreos de material pumíceo de características catastróficas (Ratto *et al.* 2011b); y (b) que el repoblamiento de estas áreas coincide con la recomposición de las condiciones ambientales luego del año 1250 A.D., que es coetáneo con los momentos de ocupación incaica de la región; lo que produce como consecuencia el ingreso de nuevas poblaciones en el marco de las estrategias de dominación implementadas por ese estado. En este escenario, los grupos locales que se desplazaron a las tierras altas en momentos en que las bajas se tornaron inhabitables fueron contemporáneos con los pueblos movilizados por el Inca, interactuando en un proceso que seguramente promovió la diversidad y la configuración de una “entidad” local con características propias.

Es dentro de este marco expuesto brevemente en que consideramos que los resultados de este trabajo tienen su mayor alcance, dado que en este proceso dinámico de poblamiento, despoblamiento y repoblamiento los lenguajes visuales tienen un papel sustancial, que expresan las combinaciones que se dan a lo largo del tiempo entre los códigos de diseño, las preferencias estéticas y los modos de ver de sus realizadores.

En este contexto, analizamos las manifestaciones desplegadas en soportes rupestres que se encuentran asociados a vías de circulación y disociados de los lugares de residencia tanto de los vivos como de los muertos (aldeas, puestos o entierros). La única excepción está constituida por los bloques del sitio Guanchincito que, además de emplazarse en uno de los conectores relevados, están asociados a grandes extensiones de campos de cultivo y tumbas en cista (ver *supra*). Hemos señalado que la mayoría de las manifestaciones rupestres se localizaban en bloques o paneles con ciertas condiciones de visualización (Criado Boado 1993). Esto indicaba una intención de búsqueda de visibilidad, ya sea porque el bloque seleccionado para la intervención visual o porque la formación rocosa en la que éste se ubica se recortan del entorno y se destacan a la distancia. De esta manera, funcionaban como estructuras de señalización en ciertos puntos particulares del paisaje a lo largo de las sendas conectoras que atraviesan la región integrando sus pisos altitudinales. Ahora bien, ¿cuáles son esos puntos particulares del paisaje en que se emplazan las manifestaciones rupestres? Algunas de ellas parecen *marcar* los recorridos de ascenso a la puna transicional de Chaschuil, un área de caza de camélidos de uso reiterado a lo largo del tiempo (SP o APA1). Otras marcan el descenso de los pisos precordilleranos más altos hacia la actual localidad de Las Papas (PG). Finalmente, otras quizás estén marcando, protegiendo o custodiando la boca de la quebrada del Paraguay que constituye la puerta de ingreso a la región de Fiambalá desde los valles del oriente (LM); si bien en el caso del sitio GCH la intención parece haber sido la de la búsqueda de una virtual invisibilidad, pues los campos y los grabados asociados aquí de forma única se encuentran

también emplazados dentro de un conector que integra en sentido N-S-N la región de Fiambalá. Todos estos conectores constituyen rutas de fácil acceso que debieron ser conocidas y transitadas por los habitantes de la región que circulaban y ascendían regularmente al territorio puneño definido como un espacio de caza utilizado a lo largo del tiempo (Ratto 2003, 2006).

Además, sostenemos que es la gente que habita, transita y experimenta un paisaje específico la que lo construye apropiándose de él de formas diversas y que, en ese contexto, a través del plasmado de ciertas imágenes se configuran y *marcan* lugares particulares para audiencias específicas, con lo cual se definen formas de mirar, interpretar e incorporar esos paisajes (Bradley 2000). Pero destacamos que esas formas de mirar no son estáticas sino dinámicas y van cambiando en el tiempo. Hemos visto que a lo largo del proceso analizado se integran nuevas imágenes que se resuelven de las formas que se utilizaban para realizar representaciones diferentes en los momentos previos, pero también se mantienen o “re-crean” otras, que se integran a los nuevos modos de configurar los objetos y los lugares. Estas nuevas imágenes (espirales, ganchos, vizcachas felinizadas, camélidos de dos patas y huellas felínicas) se incorporan en los mismos espacios rupestres utilizados previamente, pero lo hacen de manera sutil, casi invisiblemente. Si bien estos resultados abren nuevas preguntas –que serán abordadas en trabajos futuros– permiten observar que, mientras hay imágenes que tienden a perderse (las figuras felínicas) o a entrar a escena de forma novedosa (ganchos, espirales, huellas felínicas), en simultáneo hay otras que perduran (los animales felinizados), realizadas con recursos visuales que ya se estaban utilizando aunque se despliegan en soportes configurados de manera diferente.

El análisis conducido hasta aquí sobre la muestra de imágenes rupestres seleccionada permite delinear, por un lado, un lenguaje visual para los momentos tempranos (antes del año 1000 A.D.) caracterizado por cierto repertorio temático, recursos visuales y soportes de alta visibilización; por el otro, un lenguaje visual para momentos tardíos (posteriores al año 1200 A.D.), al que se incorporan imágenes nuevas y se seleccionan soportes de baja visibilidad³. Sin embargo, hay ciertos elementos (imágenes y uso de los mismos recursos visuales a lo largo del tiempo) que trascienden las fronteras temporales. Estos elementos definen la unidad de estos lenguajes visuales de la región de Fiambalá y les dan un perfil propio a lo largo de un proceso en el que se van sumando nuevas imágenes, nuevas marcas en sitios ya marcados, recursos visuales que se aplican de forma novedosa a las imágenes nuevas y nuevas formas de hacer las mismas imágenes. Un proceso en el que hay elementos visuales que se mantienen en el tiempo, cuya recurrencia se incrementa hacia los momentos más tardíos, mientras otros se van perdiendo. El enfoque aquí presentado se orienta a pensar este proceso en términos de relaciones dinámicas entre la gente que vive en la región, que va cambiando sus formas de establecerse, de interpretarse, de construir su entorno y de transitar por él; personas que interactúan con otras que ingresan y repueblan paulatinamente las tierras bajas del fondo de valle en momentos tardíos, en el marco de la conquista incaica.

Seguir recorriendo este camino nos conduce a profundizarlo para poder consolidar o discutir las tendencias e interpretaciones desplegadas hasta aquí, además de generar nuevas preguntas y proponer formas particulares de empezar a explorarlas y responderlas.

AGRADECIMIENTOS

A Norma Ratto por su apoyo incondicional, su inagotable compromiso y su confianza. A Inés Gordillo por cada una de sus sugerencias. A Carlos Aschero por su tremenda generosidad y por contagiarme su entusiasmo. A todos mis compañeros del PACH-A, particularmente a Dolores Carniglia, por su ayuda permanente con las traducciones. A la gente de Palo Blanco, Fiambalá y Las Papas, especialmente a la familia Quintar y Albeana Viltes por el cariño de siempre; a Ruth, Johnson Reynoso y Néstor Quiroga por su ayuda en Los Morteros y Suri Potrero; y a Ricardo y Feliciano González por su ayuda en el relevamiento de grabados de Piedra Grande. Este trabajo es

parte de mi investigación doctoral, realizada en el marco de una beca otorgada por el CONICET y de los proyectos Ubacyt F139 y Pict 2007-01539, ambos dirigidos por Norma Ratto. Agradezco también a los evaluadores anónimos de este trabajo por sus valiosas sugerencias y comentarios.

NOTAS

- ¹ Éste es el nombre genérico dado a distintos proyectos que a lo largo de la historia han sido financiados por organismos científicos-académicos (Universidad Nacional de Catamarca, Universidad de Buenos Aires, Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, entre otros) bajo la dirección de la Dra. N. Ratto.
- ² A modo de ejemplo, la subclase “camélido felinizado” se incluye dentro de la clase “animales felinizados” y dentro del conjunto de clases “figuras zoomorfas”. Por lo tanto, las subclases presentan mayor grado de resolución y menor inclusión que los conjuntos de clases.
- ³ Cabe aclarar que la definición de estos lenguajes visuales no se realizó únicamente a partir del análisis de las manifestaciones rupestres, sino que es producto de un abordaje integral conducido durante una investigación de mayor alcance, en el que también se incluyeron las imágenes desplegadas en la cerámica regional (Basile 2011).

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, M. y D. Fiore
1995. Recreando imágenes: diseño de experimentación acerca de las técnicas y los artefactos para realizar grabados de arte rupestre. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 16: 215-240.
- Aschero, C.
1975. Motivos y objetos decorados del sitio precerámico Inca Cueva 7 (provincia de Jujuy). *Antiquitas* 20-21: 2-7.
1996. Arte y arqueología: una visión desde la Puna argentina. *Chungara* 28 (1-2): 175-197.
2000. Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En M. Podestá, y M. de Hoyos (eds.), *Arte en las rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en la Argentina*: 17-44. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL).
2006. De cazadores y pastores. El arte rupestre de la modalidad río Punilla en Antofagasta de la Sierra y la cuestión de la complejidad en la Puna Meridional argentina. En D. Fiore y M. M. Podestá (eds.), *Tramas en la piedra. Producción y usos del arte rupestre*: 103-140. Buenos Aires, Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología (AINA), World Archaeological Congress (WAC) y Sociedad Argentina de Antropología (SAA).
2012. Arte rupestre, contexto y sociedad en el desierto puneño. Tesis Doctoral en preparación. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Ms.
- Aschero, C., A. Martel y S. López Campeny
2006. Tramas en la piedra: rectángulos con diseños geométricos en Antofagasta de la Sierra (puna meridional, Argentina). En D. Fiore y M. M. Podestá (eds.), *Tramas en la piedra. Producción y usos del arte rupestre*: 141-156. Buenos Aires, AINA, WAC y SAA.
- Balesta, B. y N. Zagorodny
2002. Los frisos antropomorfos en la cerámica funeraria de La Aguada de la Colección Muñiz Barreto. *Estudios Atacameños* 24: 39-50.
- Basile, M.
2010. Lugares grabados en la roca. Contrastes y contactos entre los bloques de Guanchincito y Suri Potrero (Fiambalá, Catamarca). En J. R. Bárcena y H. Chiavazza (eds.), *Arqueología Argentina en el*

Bicentenario de la Revolución de Mayo, Tomo II: 863-868, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

2011. Continuidades y rupturas en las representaciones plásticas del Formativo (ca. 200 AD) a la ocupación incaica (ca. 1480 AD) en la región de Fiambalá (pcia. de Catamarca). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Basile, M. y N. Ratto

2010. Conectores marcados en el oeste tinogasteño. Los grabados de Suri potrero y los morteros (Catamarca, ca 2500-1000 AP). *Actas del VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre (SIAR)*: 177-180. San Miguel de Tucumán, Tucumán.

2011a. Imágenes sobre rocas del sudoeste tinogasteño (Catamarca, ca. 2500 y el 1300 AP). *Arqueología* 17: 13-34.

2011b. Colores y surcos. Una propuesta metodológica para el análisis de las representaciones plásticas de la región de Fiambalá (Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 16 (2): 75-88.

Bradley, R.

2000. *An Archaeology of Natural Places*. Londres, Routledge.

Criado Boado, F.

1993. Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.

Fiore, D.

2007. The economic side of rock art. Concepts on the production of visual images. *Rock Art Research* 24 (2): 149-160.

Gallardo, F.

2005. Arte rupestre, contenido cultural de la forma e ideología durante el Formativo temprano en el Río Salado (Desierto de Atacama, Chile). *TAPA* 33: 37-52.

Gardin, J. C.

1978. *Code pour l'analyse des ornements*. París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.

Gordillo, I.

2009. Dominios y recursos de la imagen. Iconografía cerámica del valle de Ambato. *Revista Estudios Atacameños Arqueología y Antropología Surandinas* 37: 99-121.

Goretti, M.

2007. *Antes de América: símbolos de culto y poder en las culturas prehispánicas*. Buenos Aires, Fundación Centro de Estudios para Políticas Públicas Aplicadas (CEPPA).

Hammer, O., D. Harper y P. Ryan

2001. PAST: Palaeontological statistics software package for education and data analysis. *Palaeontologia Electronica* 4 (1): 9.

Hershey, D.

2008. Nevado de Incahuasi: The archaeological anatomy of a sacred mountain in the Andes. PhD of Philosophy. Dissertation presented to the Southern Methodist University. Ms.

Kandinsky, V.

[1926] 2007. *Punto y línea sobre el plano. Contribución al análisis de los elementos pictóricos*. La Plata, Terramar.

Martel, A.

2010. Arte rupestre de pastores y caravaneros. Estudio contextual de las representaciones rupestres durante

el período Agroalfarero Tardío (900 d.C. - 1480 d.C.) en el noroeste argentino. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Orgaz, M. y N. Ratto

2011. Memoria y apropiación en paisajes agrícolas del oeste Tinogasteño, Catamarca, Argentina. En I. Gordillo y J. Vaquer (eds.), *Arqueología y espacialidad: tendencias teórico-metodológicas y su aplicación a la cultura material*. Quito, Abya Yala. Enviado para su publicación.

Ratto, N.

1996. Relevamiento arqueológico del Campo de petroglifos de Guanchincito (Fiambalá, Tinogasta, Catamarca), Informe presentado a la Municipalidad de Fiambalá, Catamarca. Ms.

2000. La estructura del Registro Arqueológico en la Cuenca Superior del valle de Chaschuil (Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Arqueología* 10: 39-78.

2003. Estrategias de caza y propiedades del registro arqueológico en la Puna de Chaschuil (Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

2004. Informe Final. Producción y distribución de bienes cerámicos por parte de sociedades productoras desde el alfar de la Troya (Bolsón de Fiambalá, Dpto. Tinogasta, Catamarca), pp. 35. Presentado a la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires (F-624).

2006. Paisajes y rutas prehispánicas, históricas y tradicionales que integraron el valle de Fiambalá y la puna meridional catamarqueña (Tinogasta, Catamarca). Informe Final. Proyecto 6123 CFI y Secretaría de Turismo de la Provincia de Catamarca, Buenos Aires. Ms.

2011. Arqueología de la región de Fiambalá. Áreas de La Herradura, Medanito y Saujil: cambios y continuidades en la interacción social (siglos I al XVII). Proyecto PICT-2011-0302. Ms.

Ratto, N y M. Basile

2009. Un recorrido marcado: Los grabados de Suri Potrero (Fiambalá, Dpto. Tinogasta, Catamarca). En N. Ratto (comp.), *Entrelazando ciencias: sociedad y ambiente antes de la conquista*: 31-66. Buenos Aires, Eudeba.

2010. Las Papas y Piedra Grande. Los grabados más septentrionales del oeste tinogasteño (Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Póster presentado en el VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre (SIAR)*, 8 al 12 de noviembre, San Miguel de Tucumán, Tucumán.

Ratto, N. y R. Boixadós

2012. Arqueología y Etnohistoria. La construcción de un problema de investigación (Abaucán, Tinogasta, Catamarca). *Memoria* 20. En prensa.

Ratto, N. M. Basile y A. Feely

2011a. Rutas y espacios conectados: las tierras altas y bajas del oeste tinogasteño de Catamarca (CA. 2.000-1.000 A.P.). *Revista Chilena de Antropología*. En prensa.

Ratto, N., N. Bonomo, M. de La Vega y A. Osella

2011b. Arqueogeofísica y paleoambiente en el oeste tinogasteño (Dpto. Tinogasta, Catamarca): resultados preliminares. *Libro de Resúmenes del III Congreso Latinoamericano de Arqueometría*. Arica. En prensa.

Ratto, N., M. Orgaz y S. Caletti

2000-02. Relevamiento arqueológico del campo de grabados de Guanchincito (Fiambalá, depto. Tinogasta, Catamarca) en *Cuadernos* 19: 551-572.

Scott, R.

[1951] 1962. *Fundamentos del diseño*. Buenos Aires, Lerú.

CONSTRUCCIÓN DE PERIFERIAS Y PRODUCCIÓN DE LO LOCAL EN LAS CUMBRES DE EL ALTO-ANCASTI

*Marcos N. Quesada**, *Marcos R. Gastaldi*** y *M. Gabriela Granizo****

Fecha de recepción: 27 de octubre de 2011

Fecha de aceptación: 03 de agosto de 2012

RESUMEN

En este trabajo, analizamos la estructuración del paisaje arqueológico de la segunda mitad del primer milenio en las tierras altas de la serranía de El Alto-Ancasti. La caracterización de un paisaje aldeano agro-pastoril en términos de los componentes que lo conforman, la manera en que se relacionan y, sobre todo, el modo en que constituyeron tecnologías de interacción mediante las cuales se establecían relaciones de vecindad, nos permiten revisar el lugar marginal ocupado por el mismo en las narrativas arqueológicas. A su vez, este reposicionamiento del margen nos permite, al final del texto, interrogarnos sobre la validez de la utilización del modelo centro-periferia para la arqueología de esta zona.

Palabras clave: producción de lo local – modelos centro-periferia – paisaje arqueológico – sierras de El Alto-Ancasti.

THE CONSTRUCTION OF PERIPHERIES AND THE PRODUCTION OF THE LOCAL IN THE ALTO-ANCASTI HIGHLANDS

ABSTRACT

In this paper, we analyze how the archaeological landscape of the second half of the first millennium in the highlands of the El Alto-Ancasti range was structured. The characterization of

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina. E-Mail: mkesada@yahoo.com.ar

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Museo de Antropología, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina. E-Mail: mrgastaldi@gmail.com

*** Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina. E-Mail: gabigranizo@yahoo.com.ar

an agro-pastoral village landscape, in terms of the components that constituted it, how they were related, and, specially, the way in which they all constituted technologies of interaction by which neighborhood relations were formed, allow us to review the marginal place it occupied in the archaeological narratives. In turn, this repositioning of the margin, allows us, at the end of the text, to ask about the validity of the use of center-periphery model in the archeology of this area.

Keywords: *production of locality – center-periphery models – archaeological landscape – El alto-Ancasti range.*

INTRODUCCIÓN

Periferia, margen e interacción son algunos de los tópicos con los que normalmente se ha referido a la vertiente oriental de los Andes. La definición geográfica mencionada presupone y define a este espacio como parte y límite de un área no sólo geográfica sino cultural. En el caso del área de la Sierra de El Alto-Ancasti (Catamarca, Argentina), donde centramos nuestra investigación, desde los primeros trabajos interesados en su arqueología (Ardissone 1945) fue definida como límite de lo andino. Las terrazas de cultivo, tan representadas en el paisaje de la zona, se utilizaron como indicadores de la frontera de la cultura andina –que se suponía homogénea. Más allá de esta frontera, la llanura chaco santiagueña albergaba poblaciones caracterizadas, en la mayoría de los casos –de acuerdo con la topografía cultural del evolucionismo–, como pueblos o culturas menos elevadas. Más recientemente funcionó, según algunos autores, como zona de interacción y margen de los señoríos que ocupaban los valles intermontanos del noroeste argentino (Pérez Gollán y Heredia 1987; Pérez Gollán 1991; Kriscautzky 1995, 1996-97a, 1999; Nazar 2003). En general, desde estas perspectivas, las serranías de El Alto-Ancasti aparecen como zona de pastoreo, de caza y lugar de obtención de productos exóticos –como el cebil– que permitían alimentar las redes de interacción entre las distintas vertientes de los Andes. De esta forma este espacio no fue tomado como punto de referencia o pensado localmente. Las investigaciones que venimos desarrollando desde hace unos años en las tierras altas de El Alto-Ancasti nos han permitido reconstruir un paisaje que podría introducir marcados matices a aquellas interpretaciones. A diferencia de lo que se esperaba, en éste se observa una fuerte inversión de trabajo en infraestructura agrícola, construcción de viviendas y conjuntos aldeanos constituidos y estables. En este trabajo nos centraremos en la caracterización de este paisaje y la producción del espacio local, en términos de establecimiento de relaciones de vecindad, lo que nos permitirá discutir los matices que estas relaciones introducen a las formas en que fue históricamente definido desde la arqueología.

LAS TIERRAS ALTAS DEL ALTO-ANCASTI: SU LUGAR EN LAS NARRATIVAS ARQUEOLÓGICAS

La región de las tierras altas de El Alto-Ancasti, y podríamos decir las tierras altas del Valle Central de Catamarca, han aparecido en las interpretaciones arqueológicas bajo dos tópicos generales: como espacio de pastoreo dentro de un sistema de complementariedad ecológica o como espacio de obtención de recursos con alto valor simbólico para el intercambio a larga distancia.

Respecto del primero, la variabilidad ambiental de la región de estudio, caracterizada por la alternancia de cerros y bolsones, ha inspirado modelos de complementariedad económica entre diferentes microambientes, en los cuales se propone que las tierras altas pudieron estar especializadas en el pastoreo de camélidos (Pérez Gollán y Heredia 1987; Kriscautzky 1995, 1996-97a, 1999; Nazar 2003), en tanto que las quebradas y piedemonte pudieron haber sido espacios más orientados a la agricultura (Pérez Gollán y Heredia 1987; Pérez Gollán 1991; Kriscautzky 1995, 1996-97 a y b, 1999; Álvarez 2001; Puentes 2003; Álvarez *et al.* 2005); y los fondos de valle, a la colecta

de especies silvestres y caza de animales (Haber *et al.* 1996-97; Kriscautzky 1996-97a, 1999) (Figura 1). Para el caso de la zona de la quebrada de El Tala, en la ladera oriental de la sierra del Ambato, Kriscautzky (1996-97: 33) señaló:

Suponemos que los poblados fueron construidos por individuos de una línea de parentesco que tenían una estrecha vinculación en lo económico, participando de un mismo sistema de explotación del ambiente, basado en agricultura del maíz en las zonas regables por el río principal y en las innumerables terrazas de cultivo, la complementación de ésta con caza de especies silvestres en la parte baja del valle, y la recolección de productos del monte del espinal, en la misma zona, el pastoreo de camélidos en los pastizales de altura” (Kriscautzky 1996-97: 33).

Esta idea involucra también un modelo de geografía política por cuanto supone que la articulación económica entre las diferentes zonas debió requerir de un control político con cierta centralización responsable de coordinar las actividades en las distintas zonas y de mantener la paz interna. De igual modo, se propuso que también las tierras altas de El Alto-Ancasti, especialmente la zona de la cuenca superior del río Albigasta, formó parte de un espacio que, al menos, incluiría sectores del valle de Catamarca y los niveles inferiores y medios de dicha cuenca, y se sugirió que –si bien se pudieron haber realizado allí actividades agrícolas de baja escala– el principal componente económico sería el pastoril (Nazar 2003: 170). Así las tierras altas –incluida la zona en que focaliza esta investigación, las tierras altas de la serranía de El Alto-Ancasti– conformarían una suerte de “anillo externo” que actuaría como límite del sistema de articulación económico-político gestionado desde las cabeceras que se supone se ubicaban en las áreas pedemontanas.

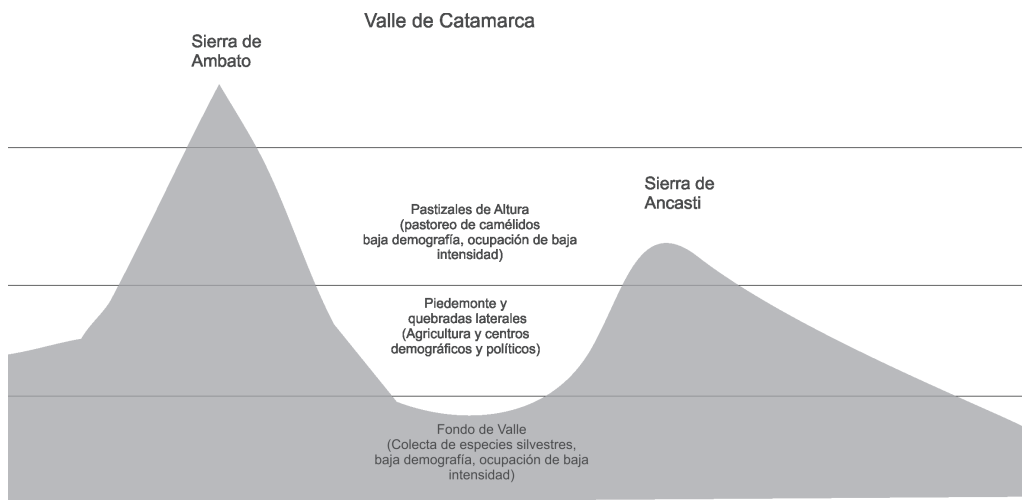


Figura 1. Representación esquemática del modelo de ecología política para el valle central de Catamarca

El segundo tópico bajo el cual se consideró esta zona fue como fuente de recursos de alto valor simbólico que, como el cebil, permitían mediante su intercambio y circulación articular un espacio regional integrado al sur de los Andes (Pérez Gollán 1991, 1994). Se planteó que la falda oriental de la serranía de El Alto-Ancasti con sus bosques de cebil habría jugado un importante rol social en tanto que allí habrían concurrido distintos grupos étnicos, entre los cuales se habrían establecido contactos e intercambio de información (Pérez Gollán 1994: 36; Gudemos 2003).

Dentro de este esquema, las serranías de El Alto-Ancasti aparecen en el contexto del NOA, en primer término, como un área importante en el empleo ritual de distintas plantas alucinógenas y todo el conocimiento vinculado a ello; y en segundo lugar, por su posición geográfica, como eje articulador del tráfico de estos vegetales psicoactivos (Pérez Gollán 1994: 36). En este contexto, las tierras altas conforman, entonces, lugares de paso que permiten unir estas redes de intercambio de objetos y conocimientos exóticos, que a su vez alimentarían el poder de las elites que controlaban los señoríos.

Hay, al menos, dos supuestos que actúan en la base de estos tópicos. Por un lado, la idea de que la naturaleza realmente se ordena según franjas altitudinales y no que esta manera de concebir el ambiente es una construcción cultural con orígenes históricos concretos y sentidos políticos claramente identificables. El otro supuesto, particularmente poderoso en la arqueología del noroeste argentino, es que la espacialidad de los procesos históricos se organiza en geografías políticas caracterizadas por la existencia de centros y periferias.

Brevemente: es posible rastrear el modelo de zonas altitudinales hasta al menos el incario, cuando la reproducción de la estructura estatal se vio acompañada con la generación de formas conceptuales y prácticas de simplificación del ambiente y maximización de las formas productivas (Earls 1991). Un número importante de arqueólogos se sintieron muy cómodos con esta forma de conceptualizar la variabilidad ambiental, principalmente por medio de la incorporación de la valiosa investigación de Murra (1975) sobre la geografía y ecología política de los señoríos aimaras del Titicaca. Murra consideraba que ciertas formas políticas de control de la producción daban lugar a la conceptualización del ambiente como formado por “pisos ecológicos” especializados en determinadas formas productivas. Es decir, en su pensamiento, la estructura del ambiente era una variable dependiente de la forma en que su explotación era organizada y controlada. Sin embargo, en la arqueología del NOA muchas veces se invirtió la relación entre estas variables de modo que frecuentemente se buscó derivar procesos económicos y políticos mediante la mera observación de las características ambientales¹. En ese marco, las tierras altas de pastizales fueron frecuentemente vinculadas a economías especializadas en el pastoreo. Existen, en cambio, modos alternativos de comprender la variabilidad ambiental. Por ejemplo, Zimmerer (1999) caracterizó una lógica distinta al definir lo que llamó modelo de “solapamiento en parches”, que muestra lógicas campesinas que organizan el ambiente de maneras muy diferentes a como lo conciben los modelos de zonificación altitudinal, al crear espacios productivos muy diversificados donde aquellos predicen economías especializadas. Resulta claro también que estas formas de ordenamiento de la diversidad ambiental suelen relacionarse con condiciones sociales de producción en las cuales los grupos campesinos gozan de mayor autonomía.

El otro supuesto es aquel que asume que el desarrollo cultural del área valliserrana puede ser concebido en términos de centros y periferias. Según Núñez Regueiro y Tartusi (1993), la historia prehispánica de la región valliserrana del NOA puede ser conceptualizada como una sucesión de procesos sociales que se articulaban en torno a “polos de desarrollo”. En este esquema, los polos de desarrollo estaban fuertemente vinculados a la administración del culto, pues se trataba de centros ceremoniales. Pero si bien este fue el esquema de organización centro-periferia más explícito, en general, los modelos de desarrollo cultural de la región imaginaron estas formas de espacialidad para las relaciones sociales. De ese modo, resultó usual que diversos investigadores propusieran distintos centros de desarrollo cultural. Hubo diferentes nociones sobre el carácter religioso o secular de tales centros, los cuales pudieron haber sido lugares de culto o residencia de elites. También se discutió sobre la centralidad de cada centro para un espacio o período particular, pero definitivamente hubo acuerdo respecto de que tales centros debieron existir (Pérez Gollán y Heredia 1987; Gordillo 1990, 1995; Pérez Gollán 1991; González 1998). Ahora bien, en la medida en que se trata de términos relacionales, para la postulación de cualquier centro resulta indispensable el establecimiento de una periferia; es decir, de un área marginal y subordinada a aquel. Al respecto, los modelos de zonificación altitudinal resultaron del todo útiles,

pues ya establecían para ciertos espacios una marginalidad ambiental de la cual la marginalidad económica y política de los modelos centro-periferia no era más que una consecuencia natural. En esta estructura de pensamiento, las tierras altas de pastizales resultan directamente asociadas a economías pastoriles, al tiempo que los bosques serranos lo son principalmente a economías de caza y recolección apareciendo ambas áreas subordinadas políticamente a otros ambientes que suelen vincularse, en estos esquemas de geografía económica, a la producción agrícola.

Nuestro relevamiento del paisaje arqueológico en las serranías de El Alto-Ancasti comienza a mostrar una forma de construcción del espacio social un tanto alejada de lo esperado para una periferia, al menos del modo en que se piensa que ésta debería ser en la zona que nos ocupa. Hay allí áreas de mayor densidad de viviendas y espacios agrícolas, que lo hacen más semejante a comunidades campesinas autosuficientes que a enclaves productivos dependientes de centros políticos más o menos distantes. De ello hablaremos en el siguiente apartado, pero antes vamos a proponer que no se trata sólo de prestar atención a áreas de investigación antes no consideradas para integrarlas a los modelos de geografía o ecología política que venimos reconstruyendo críticamente, sino de cambiar la perspectiva para interrogar esos modelos desde los contextos locales. Con local aquí no hacemos referencia a una mera cuestión de escala espacial sino, de acuerdo con la formulación de Appadurai, como algo primariamente relacional y contextual: “Una cualidad fenomenológica compleja constituida por una serie de relaciones entre un sentido de la inmediatez social, las tecnologías de interacción social y la relatividad de los contextos” (Appadurai 2001: 187). El mismo autor proponía que gran parte del registro etnográfico (vamos a extender lo dicho también al registro arqueológico) podría ser reescrito y releído pensando en términos de cómo las sociedades se encuentran en procesos continuos y nunca acabados de producción de lo local. Según Appadurai, lo local es un logro social inherentemente frágil (Latour [2008] amplía esta condición a toda relación social, sea ésta local o no local), y por lo tanto debe ser cuidadosamente cultivado y protegido de fuerzas y probabilidades en su contra. Por ello, gran parte de la producción de sujetos locales, y lo que el autor denomina la materialidad de lo local, está abocado a esa tarea. De especial interés para nuestro planteo es el uso que hace Appadurai (2001) de la noción de *vecindario* para referir a la forma concreta en que se constituye lo local en cuanto dimensión o valor. Nuestra caracterización del paisaje de las tierras altas de El Alto-Ancasti, entonces, estará orientada en esa dirección, es decir, a la identificación de las formas concretas de construcción de las relaciones de vecindad. Siguiendo esta línea de reflexión, la reconstrucción arqueológica de los vecindarios podría ser conceptualizada en términos de la reconstrucción de los paisajes de la vida cotidiana a escala doméstica y comunitaria, entendiéndolos como mediadores en la constitución de instancias de interacción, de encuentro, de disponibilidad. Nuestra perspectiva, inspirada en parte en la visión fenomenológica de Ingold (1993) y Thomas (2001), buscará explorar una dimensión experiencial de habitar el paisaje de El Taco durante el primer milenio reconociendo el modo en que ciertas prácticas habituales –como las tareas agrícolas, recorrer las sendas o el mero mirar el entorno desde las viviendas– eran medios para generar condiciones de inmediatez social.

LA PERIFERIA VISTA DESDE LA PERIFERIA

A pesar de la importancia que revisten las tierras altas aledañas al valle central de Catamarca en la caracterización de la economía política del pasado prehispánico regional, han recibido, relativamente, poca atención expresada en trabajos sistemáticos. En las prospecciones y en las investigaciones arqueológicas realizadas en la región, en general, se han priorizado las áreas de piedemontes y quebradas y luego los deprimidos fondos de valle (Herrero y Ávila 1993; Kriscautzky y Togo 1994; Assandri y Juez 1996-97; Haber *et al.* 1996-97; Assandri y Laguens 2003; Assandri 2005, entre otros).

Antes que nosotros, otros investigadores mencionaron algunos elementos constitutivos del paisaje arqueológico de la zona cumbre de las serranías de El Alto-Ancasti. Entre ellos Ardissonne (1945) describe algunos conjuntos de terrazas agrícolas, mientras que Difrieri (1945) hace lo propio en relación con los morteros que encontró allí. Barrionuevo (1972) excavó una vivienda prehispánica en la localidad de Nanahuasi. No es casual que este interés por describir tales contextos locales se produjera antes de que los modelos de centro-periferia y de complementariedad ecológica restaran importancia a las investigaciones en las tierras altas. Recién en 2003, Nazar llevó adelante su investigación de tesis de grado, que es el antecedente más importante en el área, a la cual haremos referencia en repetidas oportunidades en este trabajo. Más recientemente, algunos investigadores se han volcado a realizar estudios sistemáticos en esta zona, como Inés Gordillo y José Dlugosz (Dlugosz 2005; Gordillo *et al.* 2011).

Nuestra investigación se desarrolla en un área próxima a la localidad de El Taco, en la cuenca superior del río Albigasta, más precisamente en las cabeceras del arroyo de Anquincila (Figura 2). Allí, dos pequeños cursos de agua permanente actúan como colectores y definen una cuenca imbrífera de unas 1.500 ha. El terreno dista de ser uniforme, por el contrario, está caracterizado por innumerables pequeñas quebradas separadas por lomadas no muy elevadas cuyos flancos están recorridos por suaves cañadas que desembocan en los arroyos colectores. De tal modo, la superficie está conformada por la alternancia de relieves positivos y negativos. Los suelos suelen ser rocosos, excepto en las cañadas y fondos de las quebradas, donde se acumularon potentes depósitos aluviales. En algunos sectores positivos en la cumbre de las lomadas existen explanadas de suelos loésicos que son relictos de una extensa peneplanicie que en otros tiempos geológicos cubría gran parte de la cumbre de las serranías (Sayago 1983). Es importante destacar la existencia de estas explanadas elevadas, pues ellas, junto con las cañadas, son los ámbitos que han sido más transformados por la ocupación humana. El área fue prospectada intensivamente mediante un método de transectas paralelas² separadas una de otra por 50 m. De los sitios detectados hay dos categorías principales: a) conjuntos habitacionales y b) áreas agrícolas³.

Conjuntos habitacionales

De este tipo de sitio detectamos un número de diecinueve (Figura 3). Los conjuntos habitacionales muestran una cierta variabilidad en cuanto a su tamaño, cantidad de recintos y en la manera en que estos se articulan entre sí. Entre los conjuntos más grandes se cuentan ET 10, ET 11 y ET 19. Estos conjuntos mayores pueden tener más de veintiocho recintos, como en el caso del último de los mencionados. Suelen mostrar un sector de mayor densidad arquitectónica, que consiste en una serie de recintos amplios (que pueden superar los 30 m de lado) que pudieron haber actuado a modo de patios. Alrededor de estos se disponen otros recintos más pequeños (de hasta 4 m de lado), que pudieron haber sido de habitación o, al menos, haber estado completamente techados. Algo más alejados, pero definitivamente integrando el conjunto habitacional, pueden aparecer otros recintos amplios y también muros bajos paralelos que conforman niveles aterrizados de probable uso agrícola.

La Figura 4 muestra la planta de ET 19, que es el más extenso de los conjuntos de habitación detectados. Consiste en una serie de cinco recintos de grandes dimensiones (R11, R14, R18, R23 y R28) alrededor de los cuales se dispone un conjunto de al menos veintitrés recintos más pequeños. En algunos casos, estos aparecen adosados entre sí conformando, quizá, unidades menores dentro de este sitio. Al norte de este conjunto concentrado se dispone un recinto relativamente amplio (R5) que aprovecha los afloramientos de rocas para lograr el cerramiento. Al este se disponen unos muros bajos en dirección norte-sur, que debieron ser aterrazamientos agrícolas.

Otro ejemplo, ET 11 (Figura 5), consta de un sector más concentrado en el cual, vinculados a los recintos mayores R3, R5, R8 y R10, se dispone un conjunto de recintos menores (R1, R2,

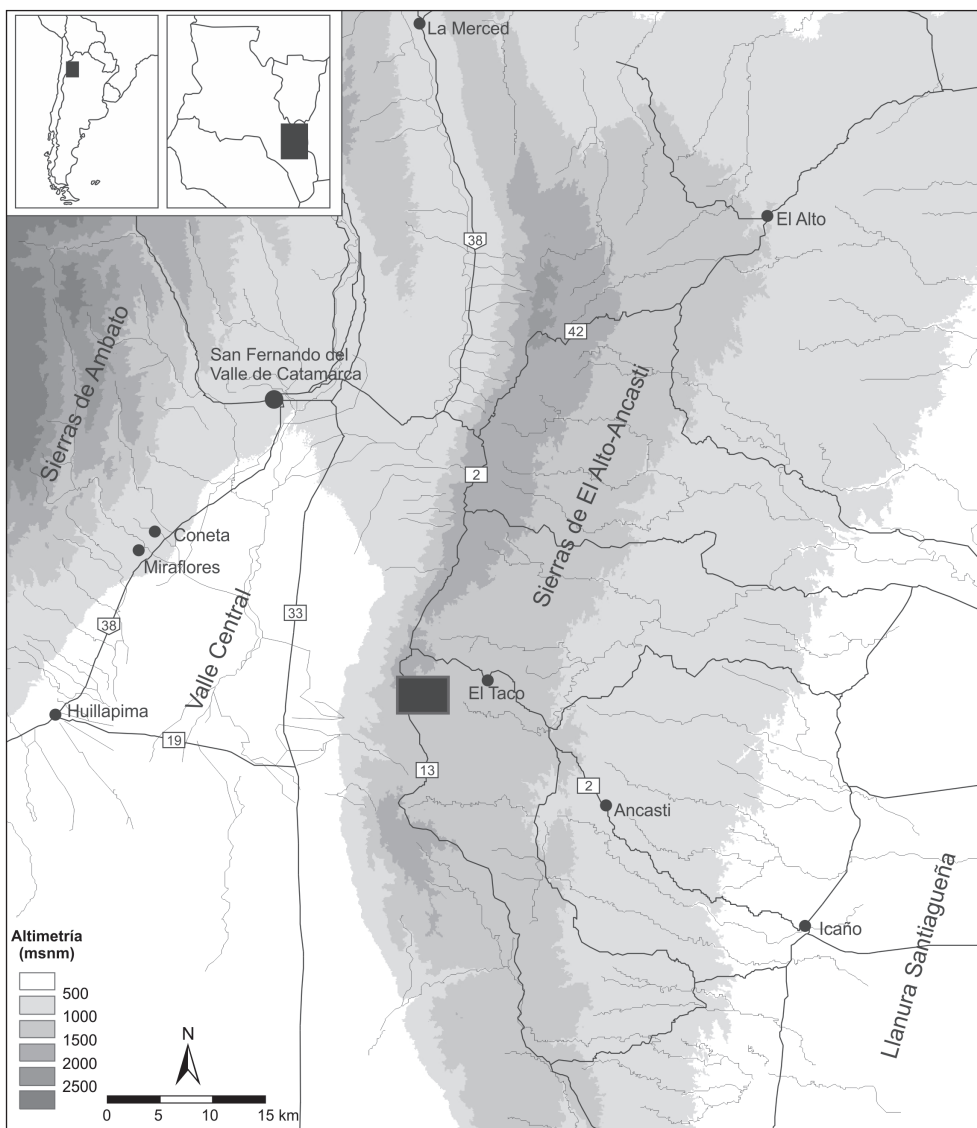


Figura 2. Cartografía de la serranía de El Alto-Ancasti. El rectángulo negro próximo a la localidad de El Taco corresponde al área representada en la Figura 3

R4, R6, R7 y R9). Cerca de este conjunto, R11 aparece separado arquitectónicamente. A unos 55 m al norte se disponen un par de pequeños recintos apareados (R13 y R14). Al noroeste, el recinto R12 se ubica sobre un espacio aterrazado por un largo muro curvo. Finalmente, a unos 80 m hacia el este se ubica el recinto R15, de grandes dimensiones y, cerca de éste, los restos mal conservados de lo que podría haber sido un recinto de menores dimensiones (R16).

Los conjuntos habitacionales más pequeños están constituidos ya sea por un único recinto de gran dimensión, dos recintos pequeños próximos pero no adosados, un recinto pequeño aislado, un recinto grande con uno pequeño adosado y dos recintos grandes próximos pero no adosados. Algunos ejemplos de estos sitios más pequeños aparecen en las Figuras 6 y 7. Vale aclarar que



Figura 3. Mapa de distribución de los conjuntos de habitación detectados. El rectángulo en la esquina superior izquierda corresponde al sector detallado en la Figura 8

esta caracterización no supone la definición de tipos arquitectónicos, sino más bien una primera sistematización de las observaciones de campo. En algunos casos pueden verse, en proximidad de los recintos descritos, algunas lajas dispuestas de canto que apenas asoman en la superficie, o cortas sucesiones de rocas que pueden ser evidencia de otros recintos casi sepultados o mal conservados. De confirmarse la existencia de tales eventuales estructuras, la caracterización de esos conjuntos deberá entonces modificarse. Una segunda advertencia va en relación con los sitios conformados por un único recinto amplio aislado, que a primera vista se asemejan más a corrales que a unidades habitacionales (por ejemplo, ET 21 en la Figura 7). Su inclusión en la categoría de conjuntos habitacionales se debe a que en algunos de ellos hemos hallado en superficie restos tales como cerámica tiznada, huesos calcinados y fragmentos de carbón, que podrían corresponder más a desechos domésticos que a aquellos esperados para un corral. Por otro lado, estos recintos están contruidos con las mismas técnicas de albañilería empleadas en los recintos de los conjuntos que sí parecen casas y también comparten la misma lógica de localización, como se verá. En resumen, no está clara la funcionalidad de estos recintos grandes aislados, los cuales deberán ser objeto de estudios más detallados, aunque ciertos indicios nos hacen pensar en una función residencial, al menos durante parte de su vida útil.

Como muestran las cartografías, las formas en planta son principalmente cuadrangulares. Las excavaciones recientemente iniciadas en ET19 (recintos R1 y R2 en la Figura 4) revelan ciertos detalles de las técnicas constructivas. Los muros tienen dos cuerpos. El inferior consiste en una doble hilera de lajas de esquisto dispuestas de canto dejando entre ellas un espacio que fue relleno con tierra (que al parecer contenía materiales arqueológicos). La altura de este cuerpo es variable en función de la altura de las lajas, que en algunos casos alcanzan a superar 1 m de longitud. El cuerpo superior está conformado por una mampostería de rocas de tamaños variables, aunque ya

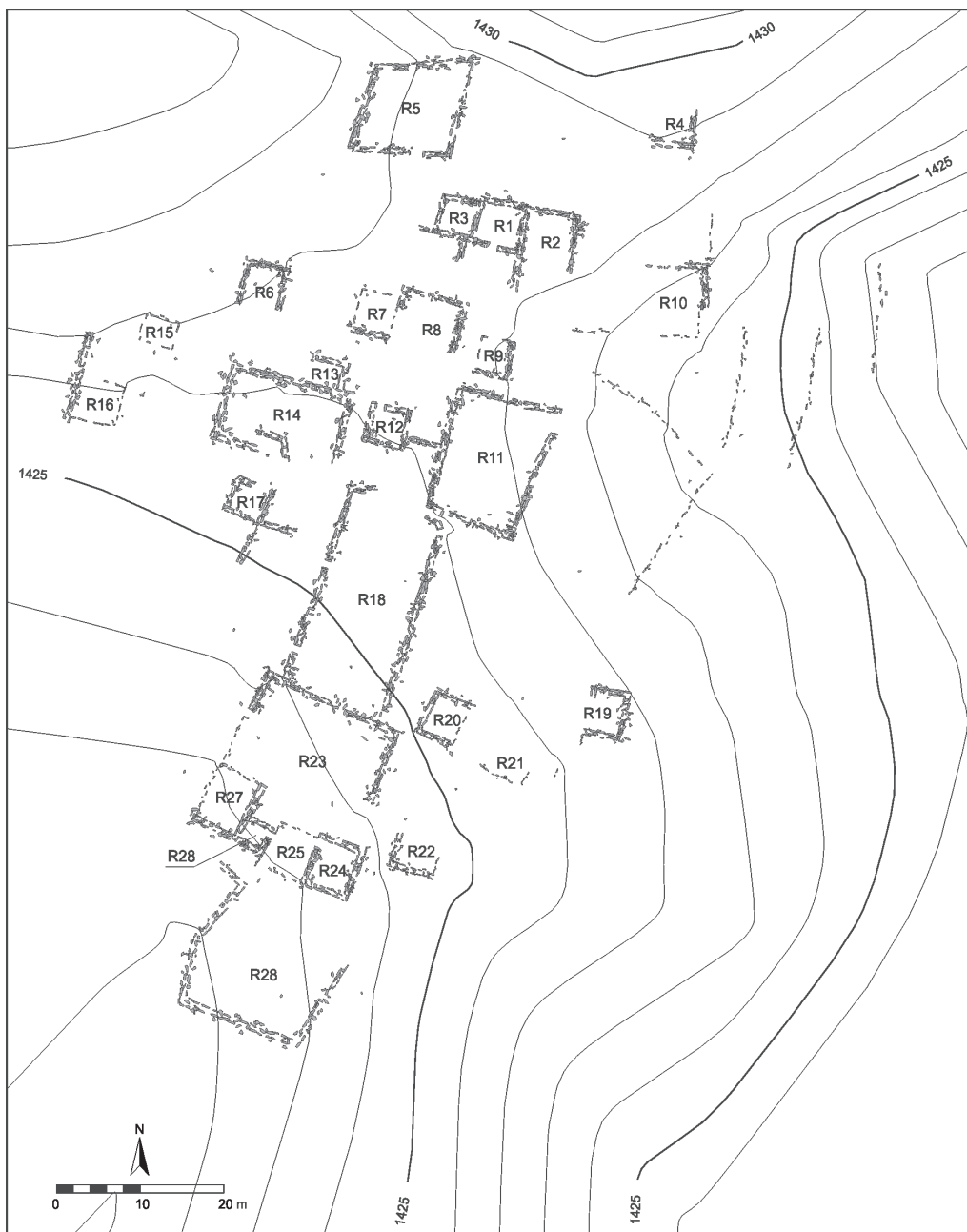


Figura 4. Planta del sitio ET 19

no lajas, dispuestas horizontalmente, dejando una cara más regular de la roca hacia el exterior del muro. Desconocemos la altura que alcanzaba este componente superior porque aparece muy derrumbado, pero podemos presumir, por la gran cantidad de rocas derrumbadas extraídas en la excavación, que pudieron haber alcanzado una altura considerable.

De acuerdo con las observaciones en el terreno, esta técnica de construcción parece haber sido usada indistintamente, tanto para la construcción de los recintos pequeños como para la de

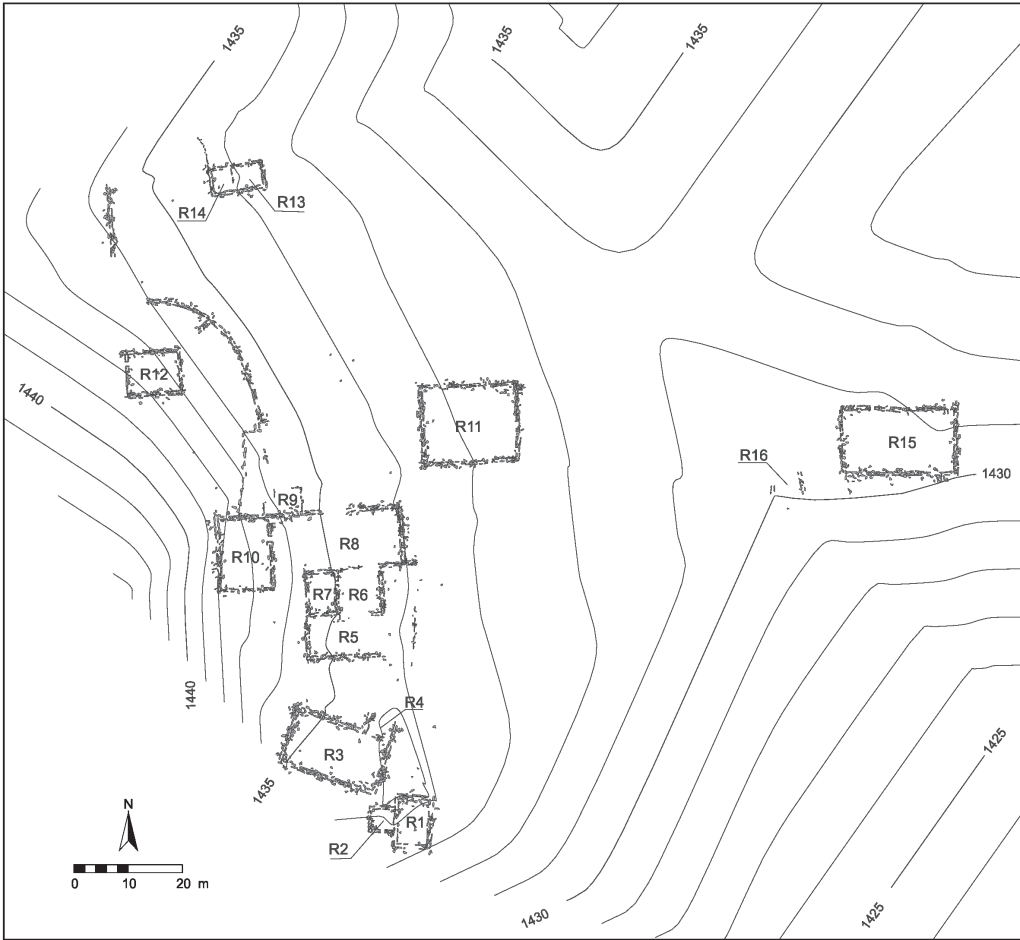


Figura 5. Planta del sitio ET 11

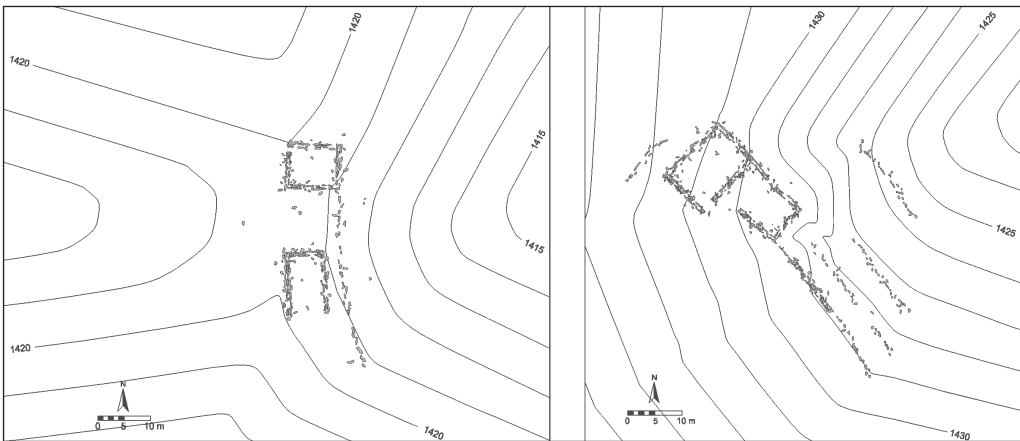


Figura 6. Plantas de los sitios ET 14, a la izquierda, y ET 18, a la derecha



Figura 7. ET 21 visto desde el sur

los más amplios, pues son las lajas verticales que sobresalen del sedimento las que nos permiten reconocer las formas de las plantas en la superficie. Es posible, sin embargo, que algunos cerramientos pudieran haber sido realizados con otras técnicas y materiales, como se ha identificado en otros sitios contemporáneos del valle central de Catamarca y de Ambato. De hecho, en términos generales, la arquitectura de los sitios de El Taco muestra marcadas similitudes con aquellos tanto en las técnicas constructivas, en particular con los sitios de la quebrada de El Tala, como en la preponderancia de las plantas cuadrangulares y la importancia de los patios en la estructuración de los conjuntos habitacionales (Gordillo y Ares 2005; Ares 2006; López *et al.* 2006).

Espacios agrícolas

Las prospecciones han puesto en evidencia que un gran número de las cañadas que descienden hacia los colectores principales han sido materialmente acondicionadas para la práctica del cultivo (Figura 8). Esto sucedió específicamente mediante la construcción de muros que, atravesando las cañadas, formaban sucesivos niveles aterrizados (Figura 9). La cantidad de terrazas agrícolas es importante, sólo en el área representada en la cartografía de la Figura 8 detectamos un número de 308 casos. Las características de estos muros dependen de la fisonomía del terreno donde están emplazados. Así, el largo está en relación con el ancho del fondo de la cañada, en tanto que la altura está en función de la pendiente; es decir, cuanto más empinada sea ésta, mayor será la altura del muro. Frecuentemente adoptan en planta una forma de arco con la abertura en sentido de la pendiente, aunque también los hay rectos, e incluso es posible hallar ocasionalmente algunos casos en los cuales la forma de arco se dispone en sentido inverso, es decir, con la curvatura en sentido de la pendiente. En general, se trata de muros simples, aunque hemos registrado casos de muros de doble paño. Al parecer, esta última forma de construcción está presente en los muros de mayor longitud. Por otro lado, resulta muy común encontrar que se aprovecharon afloramientos naturales para la construcción de las terrazas. De tal modo, además de economizar trabajo se lograba una mayor estabilidad de la estructura, que quedaba entonces “anclada” en la roca viva. Algunas cañadas han sido aterrizadas por más de una docena de niveles de muros, pero también se dan casos en los que pequeños huaicos han sido acondicionados por sólo un par e, incluso, por un único nivel de terraza. Si bien la mayor cantidad de terrazas agrícolas fueron registradas en el interior de las cañadas, también aparecen en las explanadas altas junto a las casas, como mencionamos al describir los conjuntos residenciales.

Hay, además de las terrazas, otro tipo de estructura vinculada a la práctica agrícola. En algunas cañadas se activaron procesos de erosión retrocedente que dieron lugar a la formación de cárcavas que pusieron en peligro la integridad de algunos de los espacios agrícolas aterrizados. En

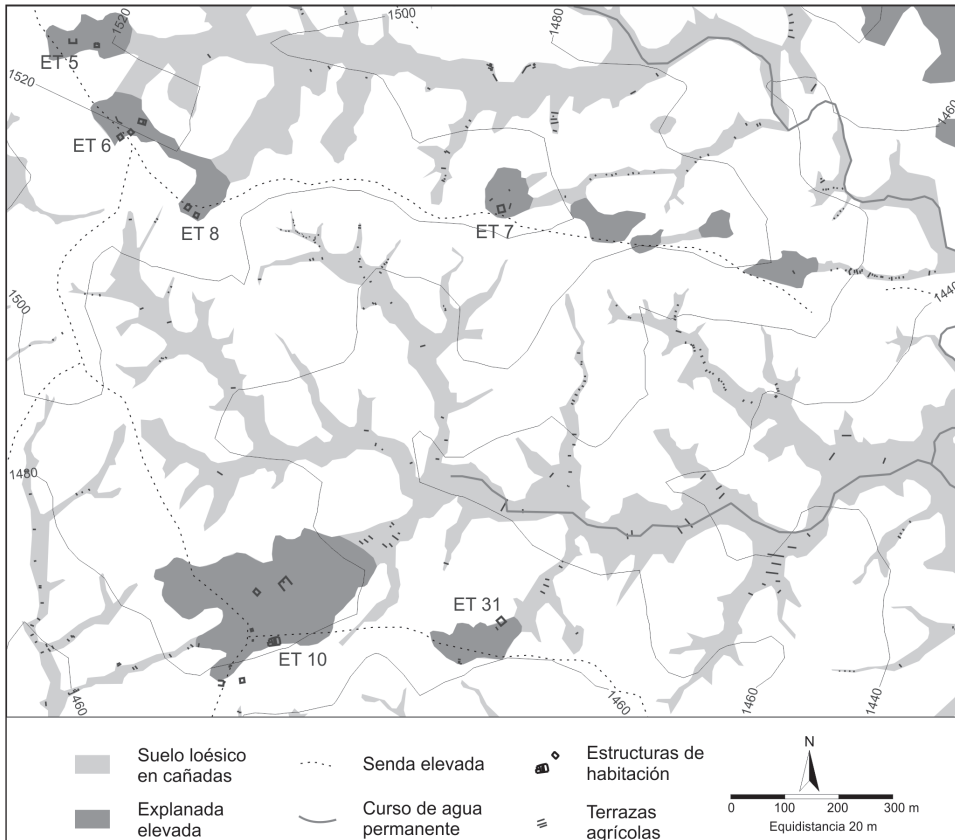


Figura 8. Detalle de un sector prospectado donde se muestra la ubicación de las terrazas agrícolas. El área en cuestión está indicada en la Figura 3



Figura 9. Ejemplos de terrazas agrícolas

algunos casos hallamos –en el interior de estas cárcavas, y en particular en el frente de erosión– muros de hasta dos metros de altura que parecen haber estado destinados a detener, o al menos demorar, el avance del proceso erosivo. En la actualidad, la mayoría de estas estructuras aparecen derrumbadas, pues la misma erosión provocó el colapso de los muros, pero en algunos casos, en lugar de derrumbar el muro, avanzó por un costado de modo tal que podemos observar casos de muros colgados a los lados de las cárcavas. Este tipo de evidencias resulta de suma importancia en tanto muestran el diálogo permanente de los campesinos con la tierra y el agua en un proceso cuya duración exacta aún desconocemos.

Ahora bien, ¿cómo se articulan estos tipos de estructuras en la construcción concreta de los paisajes campesinos? Existe una clara relación entre los conjuntos habitacionales y las explanadas elevadas: las viviendas se ubican sólo en estas geoformas. No hemos podido detectar ningún caso de conjunto habitacional en, por ejemplo, las cañadas o las terrazas aluviales de los colectores principales. Nazar (2003) encontró, mediante una metodología de prospección orientada principalmente a medir densidades artefactuales en un área próxima a la que nos interesa aquí, que los relieves positivos proporcionaban mayor cantidad de artefactos por unidad de superficie. Sobre esta base propuso que, al menos, parte de la explicación de tal fenómeno podría deberse al hecho de que en los relieves negativos predomina la acumulación sedimentaria y, por lo tanto, la visibilidad de restos arqueológicos en superficie sería menor allí. Sin embargo, no parece ser este factor el que podría explicar la ausencia de conjuntos de habitación en los relieves negativos, ya que sí hemos podido detectar, en estos, otro tipo de estructuras, como las agrícolas, y en cantidad. Parece factible entonces que, al menos en este caso, la ausencia de evidencia sea realmente evidencia de ausencia. Por el contrario, como ya indicamos, las terrazas aparecen tanto en las explanadas elevadas como en las cañadas que descienden desde éstas a los colectores principales. Es decir, parecen vincularse a los suelos loésicos profundos antes que a una geoforma en particular. La cartografía de la Figura 8 muestra la distribución de sitios en un sector del área prospectada donde pueden observarse los numerosos casos de terrazas agrícolas detectados. Obsérvese también que hay una tendencia a habilitar para el cultivo los colectores de orden inferior antes que los principales. Una posible explicación de tal elección sería que, en caso de lluvias –que en esta zona pueden ser torrenciales y/o persistentes–, los cursos menores difícilmente logran reunir y canalizar un volumen de agua tal que pudiera poner en riesgo los plantíos, en tanto que los arroyos principales pueden ya reunir caudales de importancia. Pero además, se debe considerar que, dado que estos colectores de orden inferior son los que descienden desde las dorsales topográficas y las explanadas elevadas, también resultan generalmente sectores próximos a los conjuntos de habitación. Quizá esta proximidad relativa haya sido también un aspecto que intervino en la decisión de emplazamiento de las terrazas agrícolas. Se trata de un factor que deberá ser analizado con mayor detalle en el futuro.

La ausencia de canales asociados a las numerosas terrazas reforzaría la idea de que la agricultura en El Taco parece haber sido practicada a secano. Ya Ardissonne (1945) se había ocupado de mostrar que la cumbre de la serranía de El Alto-Ancasti posee un gradiente de humedad marcadamente más elevado que los fondos de valle adyacentes, principalmente durante los meses de verano, lo cual permitiría prescindir del riego artificial. Ya hemos mencionado la poca estandarización de la configuración de las parcelas (diferencias en las formas que adoptan los muros vistos en planta), la variabilidad de las técnicas de construcción y el oportunismo manifiesto en el aprovechamiento de los afloramientos naturales. Podría pensarse, entonces –a nuestro juicio, erróneamente– que esta aparente simplicidad de la infraestructura de cultivo, a lo que se sumaría la ausencia de riego artificial, serían elementos indicativos de una tecnología rudimentaria y/o expeditiva. Sin embargo, visto desde otro ángulo, se presenta como una tecnología sumamente flexible, pasible de ser adaptada con apenas algunos cambios a las diversas configuraciones que adopta el accidentado terreno donde está emplazada. De hecho, es básicamente la misma tecnología de aterramiento la que permitió habilitar para el cultivo vastas extensiones de terreno tanto en las cañadas más

amplias como en algunos pequeños huaiicos. Se trata, por otro lado, de una tecnología sumamente estable, que permanece hasta el día de hoy, aún en un ambiente de alta energía como el que nos ocupa, y sin mantenimiento desde hace siglos.

Debemos reconocer que aún no tenemos un panorama claro de la cronología de cada sitio que nos proporcione elementos más certeros sobre una posible simultaneidad de ocupación de algunos de estos. Las excavaciones en ET19 han proporcionado muestras cuya datación ubica la ocupación del sitio entre los siglos VII y VIII d.C. (1240 ± 50 [LP-2735; hueso]; 1390 ± 70 años AP [LP-2583; hueso])⁴. Tenemos previsto realizar excavaciones en otros conjuntos habitacionales que eventualmente serán también datados. Como fuera, los métodos de datación disponibles tampoco son lo bastante precisos como para corroborar fehacientemente que las ocupaciones fueran simultáneas, por lo que toda argumentación a favor o en contra tendrá invariablemente un grado de incertidumbre. Ya se sabe que la ampliación de la escala espacial de análisis conlleva el costo de perder resolución temporal. Por el momento podemos indicar que las cerámicas recuperadas en la excavación de ET19, cuyas características las vinculan al Periodo de Integración Regional, son comparables a las recolectadas en la superficie de los demás sitios, lo cual se suma a las similitudes ya explicadas en la elección del emplazamiento y las técnicas de construcción. Otro problema similar radica en la asignación cronológica de las estructuras agrícolas. Al respecto, podemos indicar que, sobre la base de las prospecciones realizadas, el área de El Taco registra dos momentos de ocupación. Uno es el que estamos describiendo, y el otro es el conformado por la ocupación actual y reciente, representada por viviendas que no parecen ser anteriores a la segunda mitad del siglo XIX. No hemos hallado indicios de ocupación que pudieran ser ubicados cronológicamente en el lapso temporal que en otros sectores del NOA está representado por el período Tardío o de Desarrollos Regionales, ni del periodo Colonial. Es lógico pensar que la gran inversión en infraestructura agrícola que hemos relevado deba corresponderse con un periodo de ocupación relativamente intensa y no con uno de ocupación imperceptible. Los paisajes actuales y recientes están marcadamente volcados a la práctica de la ganadería y caracterizados por puestos aún más dispersos que los conjuntos habitacionales del primer milenio d.C., y por pircas muy prolongadas que delimitan enormes potreros de varias hectáreas de extensión. La agricultura está limitada a pequeñas huertas cerradas adyacentes a los puestos. No hay registros actuales, ni en la memoria oral, de la práctica de cultivo en terrazas en espacios abiertos. La alternativa más viable, entonces, es que la formación del paisaje agrícola y los conjuntos de habitación que venimos describiendo hayan sido parte del mismo proceso.

Retomando la discusión que nos trajo hasta aquí, si bien algunos sitios parecen corrales, como aquellos recintos grandes aislados, en tanto que otros semejan un corral con un pequeño puesto adosado, la existencia de los conjuntos habitacionales mayores (ET10, ET11 y ET19), que exceden lo esperado para una ocupación pastoril temporaria, pondría en cuestión el modelo de la especialización ganadera de las tierras altas de El Alto-Ancasti. De hecho, tal como está planteada, esta supuesta especialización pastoril parece estar pensada en términos de ocupaciones dispersas, poco intensas, con una tecnología orientada principalmente al manejo de los rebaños, que da espacio a una agricultura de importancia marginal y oportunista. Por el contrario, nos encontramos con sitios de arquitectura compleja y técnicas de construcción elaboradas. Pero además de ello, y fundamentalmente, es la existencia de los numerosos sitios agrícolas y la manera estrecha en que se articulan con los espacios residenciales lo que más contradice dicho modelo. El hecho de acondicionar el paisaje agrícola con estructuras duraderas como las terrazas de cultivo implica un grado de inversión que no parece corresponderse con una forma de agricultura oportunista. Pero además, la intención de proteger esta infraestructura de la acción erosiva con potentes muros de piedra en el interior de las cárcavas refuerza la idea de la existencia de un compromiso a largo plazo con ese paisaje productivo.

VECINDAD Y PRODUCCIÓN DE LO LOCAL

Ya vimos la relación existente entre los conjuntos de habitación y los campos agrícolas, que pudieron ser extremos de un rutinario circuito cotidiano de los pobladores de las viviendas que caracterizamos. Pero si cambiamos la escala de observación, podemos encontrar la expresión espacial de otro nivel de articulación social. Al observar la distribución de los conjuntos habitacionales (Figura 3), se puede notar fácilmente que su distribución no es homogénea. Ello puede ser explicado por la vinculación entre esta categoría de sitio y las explanadas elevadas de suelo loésico que acabamos de mostrar. Esta lógica de instalación supuso una relativa separación entre los sitios de vivienda. Un análisis de estadística espacial⁵ informa que la distancia promedio entre vecinos más cercanos es de 418,7 m siendo la distancia media esperada de 333,8 m. El índice de vecino más cercano es de 1,25, lo cual indica una tendencia a la dispersión. En tal circunstancia, vale preguntarse sobre la manera en que esta comunidad que estamos analizando establecía relaciones de vecindad sin la conformación de núcleos aldeanos más compactos como los que suelen ser hallados en otros sectores del noroeste. Pero siempre debemos tener en cuenta que estas relaciones no implican necesariamente cortas distancias entre los sitios, sino la posibilidad de sus habitantes de establecer instancias cotidianas de interacción que podrían caracterizar la inmediatez de la vida aldeana. Visto de este modo, la noción de aldea deja de estar directamente vinculada a un agrupamiento de más de cierta cantidad de viviendas con un determinado grado de proximidad, y pasa a hacer referencia a formas de vecindario que generan una alta frecuencia de interacciones sociales entre vecinos. La proximidad no sería entonces más que uno de estos recursos que, al parecer, fue usado en el área de El Taco de manera bastante limitada a los conjuntos de habitación más extensos, como ET19, ET11 y ET10. En cambio, parece que otros medios fueron los que posibilitaron las relaciones de vecindad entre viviendas más distantes.

En primer lugar, como hemos venido señalando, entre las unidades de vivienda suelen ubicarse las cañadas con estructuras agrícolas. Podemos imaginar, entonces, que estos espacios de producción, antes que meras áreas intersticiales entre los conjuntos de habitación, debieron ser lugares de concurrencia habitual y que, por lo tanto, pudieron haber conformado ámbitos de interacción en los cuales se producían y reproducían las escalas sociales a nivel aldeano. Sin embargo, es relevante destacar dos aspectos en relación con los recursos materiales, vinculados a la lógica de emplazamiento, que pudieron haber actuado en la creación de vínculos de vecindad.

Nazar (2003) propuso que la preferencia por las explanadas elevadas para la ubicación de los sitios de vivienda podía ser explicada por la seguridad que éstas brindan contra las avenidas de agua durante las lluvias, que tienden a vehiculizarse por las cañadas. Se trata de un argumento atendible, pero que debe ser complejizado por una serie de motivos. Uno es que los campesinos actuales eligen, en cambio, los sectores más deprimidos para la construcción de sus viviendas, sin que ello implique que sufran de inundaciones periódicas. Es decir, está probado que otras lógicas de localización pueden proporcionar el mismo efecto de protección. Pero hay un segundo efecto que resulta de mayor importancia para nuestra discusión, y es que la ubicación sobre las explanadas elevadas, además de evitar el ingreso de agua, motiva que los conjuntos habitacionales resulten perfectamente visibles desde varios otros. Este fenómeno de intervisibilidad que resulta evidente cuando uno se ubica en los diferentes sitios y observa el entorno fue objeto de un análisis más detallado que nos permitió reconocer la intensidad de la relación. La Figura 10 muestra las relaciones de intervisibilidad entre conjuntos de habitación que resultan de la determinación de las cuencas visuales correspondientes a cada uno de ellos⁶. El que posee mayor número de relaciones de intervisibilidad es ET 27, que presenta un alto grado de exposición y posibilidades visuales, dado que desde éste es posible observar otros once sitios. En el extremo opuesto se ubican ET 15 y ET 31, que poseen relaciones de intervisibilidad con sólo un conjunto de habitación en cada caso⁷. Considerando globalmente el fenómeno indicaremos que, en promedio, desde cada conjunto de habitación podrían verse otros 4,83 sitios de la misma categoría. Debemos también indicar que el

análisis implementado supone localizaciones fijas, pero si consideramos desplazamientos –incluso de corta distancia– en esa desigual topografía, las posibilidades visuales podrían incrementarse, ya que es frecuente –particularmente en los sitios más extensos– que desde un extremo sean visibles conjuntos que no lo son desde el otro. Podemos imaginar entonces que ver a los vecinos, aun a la distancia, formaba parte de la experiencia cotidiana de los habitantes de estos conjuntos de habitación, y también que esta experiencia debió ser más intensa mientras las casas estaban habitadas, ya que los muros –que sabemos que eran bastante elevados– las techumbres y el humo de los hogares pudieron haber hecho de estas viviendas elementos más destacados del paisaje.

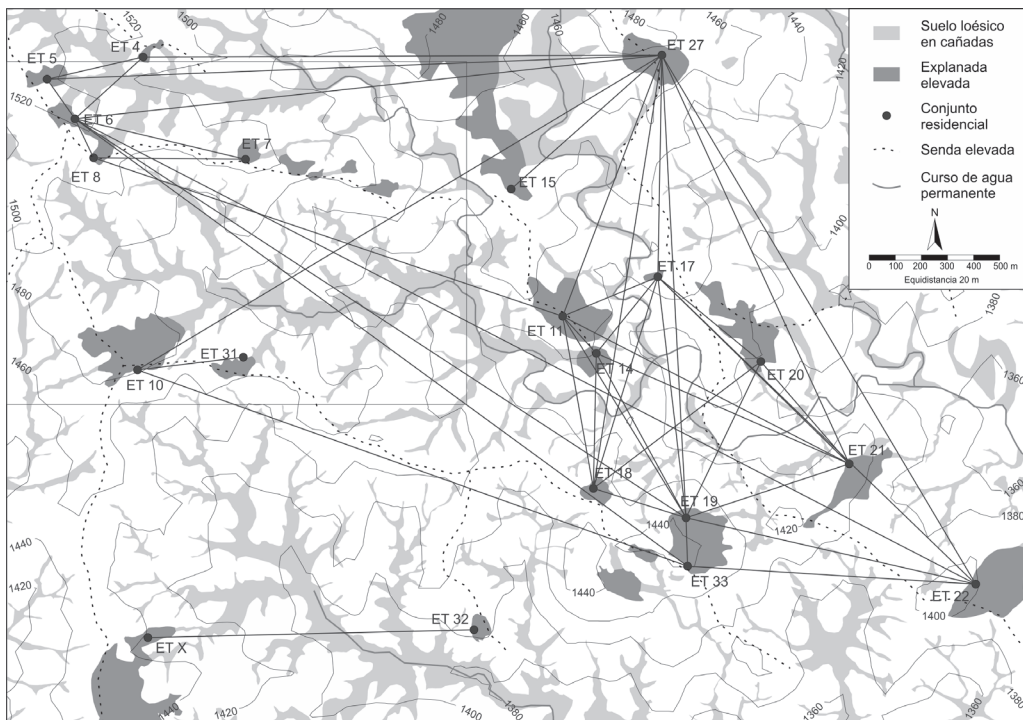


Figura 10. Cartografía que muestra las relaciones de intervisibilidad entre conjuntos de habitación

El otro aspecto a considerar en este sentido es que hay una marcada relación entre las líneas de circulación y la localización de los conjuntos de habitación. Las sendas principales que atraviesan el paisaje de El Taco se ubican, en los sectores más deprimidos, flanqueando los arroyos o, en los más elevados, recorriendo los “filos” de las lomadas. Son perfectamente visibles en las imágenes satelitales de alta resolución⁸, y las hemos recorrido a pie por gran parte de su extensión. Nos interesan aquí las sendas elevadas ya que, al recorrer las dorsales topográficas, van conectando las explanadas elevadas y al hacerlo también van comunicando los conjuntos de habitación dispuestos sobre ellas (Figura 3). Son las que transitan los pobladores actuales “para visitarse”; y algunas de ellas, originalmente caminos de herradura y/o de circulación pedestre, han sido ampliadas para uso vehicular. Tal es el caso de la actual Ruta Provincial N° 13. Es probable que también hayan sido utilizadas en la antigüedad, ya que son las líneas de tránsito que permiten atravesar con mayor facilidad la quebrada geografía del área con menor costo y evitando obstáculos como zanjas y terrenos anegados⁹. La relación espacial de los sitios de vivienda con estas sendas es clara: 16 de los 19 conjuntos de habitación considerados se ubican a una distancia menor a 100 m de alguna de las sendas¹⁰, lo cual supone un 84,2% de los casos. Si comparamos la relación de los sitios

a las sendas con la de un número igual de puntos distribuidos al azar sobre la misma superficie podemos mensurar la intensidad de la relación. Así, mientras que la distancia promedio a las sendas en la distribución aleatoria es de 224,22 m, la de los conjuntos de habitación detectados es de sólo 69,89 m, es decir 3,21 veces menor¹¹. Claramente, las casas se disponen en cercanías de las sendas, entonces, es posible que desplazarse por ese territorio haya implicado también una ocasión de interacción con las familias que habitaban las demás casas conectadas por las sendas.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

En este trabajo caracterizamos el paisaje arqueológico de las tierras altas de las sierras de El Alto-Ancasti dando cuenta de los elementos que lo integran y cómo éstos se vinculan, pero también, y principalmente, indagando en los recursos materiales mediante los cuales se conformaban las relaciones sociales de vecindad. Así, mostramos un paisaje campesino cuyos principales componentes eran las viviendas, las cuales mantenían un alto grado de proximidad con espacios agrícolas aterrizados y sendas que permitían atravesar la quebrada geográfica local. Mencionadas así se tratan éstas de tecnologías de producción y de circulación. Sin embargo, hemos querido aquí caracterizarlas además como tecnologías de interacción, ya que eran las que posibilitaban también instancias de encuentro, de inmediatez social o de contextos de copresencia mediante los cuales lo local, en los términos en que lo hemos definido antes, devenía en esa forma particular de vecindario donde verse y visitarse parecen haber sido situaciones propiciadas por la misma estructuración del paisaje. No obstante estos apuntes, las prácticas que intervenían en la construcción de relaciones de vecindad están comenzando a ser exploradas, por lo que lo planteado aquí debe ser considerado como aproximaciones a un problema más complejo.

Vamos a llamar la atención sobre el hecho de que este paisaje que acabamos de caracterizar no es muy distinto a otros espacios campesinos que se desarrollaron contemporáneamente en los valles de Catamarca y de Ambato, por ejemplo. Llamativamente, también aquellos parecen estar caracterizados por un patrón aldeano disperso con similitudes al que describimos para El Taco. En Ambato, el agrupamiento de las viviendas es también un recurso de excepción para lograr esas interacciones cotidianas que definen la vida aldeana. Los sitios concentrados, si bien parecen ser más frecuentes que lo considerado anteriormente (Cruz 2007), siguen siendo de todos modos muy minoritarios entre una miríada de pequeñas unidades de vivienda dispersas. Al igual que en El Taco, también allí las relaciones de intervisibilidad parecen haber sido un recurso muy común para la concreción de relaciones de vecindad (Assandri 2010). Lógicas similares parecen operar en la quebrada de El Tala, en el valle central de Catamarca, donde los sitios de viviendas agrupadas, como Pueblo Perdido de la Quebrada, resultan excepcionales en un paisaje poblado por pequeñas unidades constituidas por una vivienda y sus parcelas asociadas (Álvarez 2001; Puentes 2003). No sabemos si la intervisibilidad entre viviendas jugó un rol en este caso, pero a juzgar por la existencia de un camino calzado con piedras que pasa por varios de los sitios detectados en la lineal geografía de la estrecha quebrada (Kriscautzky 1996-97), parece que el hecho de visitarse pudo haber sido bastante difícil de evitar para quien quisiera recorrerla. Realmente resulta tentador pensar que sea este modo aldeano disperso el que caracteriza los paisajes campesinos del primer milenio d.C. en este sector del sur del área valliserrana.

Volviendo a nuestra discusión, ¿qué implicancias tiene que este paisaje exista en las tierras altas de Ancasti? Como dijimos al principio, esta área fue conceptualizada como marginal, una zona relativamente despoblada, subordinada, límite de la “sociedad” centrada en el valle; un espacio donde las relaciones sociales se disipan y pierden relevancia histórica al punto que pueden establecerse allí los límites de las áreas de investigación y postergar su estudio a etapas ulteriores que frecuentemente nunca llegan. Sin embargo, si la “periferia” se parece tanto a los “centros”, y en la medida en que ambos términos de la relación se definen mutuamente, podemos interrogarnos

sobre si se trata de esquemas válidos para comprender los procesos históricos regionales durante el primer milenio d.C. Es difícil encontrar en tales esquemas conceptuales lugar para pensar en paisajes campesinos y vidas aldeanas bien establecidas en estos supuestos espacios periféricos como los que nos muestra la serranía de El Alto-Ancasti, y sin embargo, allí están. Esto implica que debemos ser capaces de pensar formas distintas en las cuales las comunidades establecían articulaciones entre ellas que no implicaran nociones de periferia (y por lo tanto, tampoco de centros) en los términos en que fueron definidas, es decir, como áreas marginales. Quizá sea oportuno confrontar aquellos modelos generales que ordenan y jerarquizan los espacios a priori con las formas históricamente particulares en las que estos son construidos localmente.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a los alumnos de la Escuela de Arqueología de la Universidad Nacional de Catamarca que han participado en los trabajos de campo. También participaron en las prospecciones alumnos de la Carrera de Arqueología de la Universidad Nacional de Tucumán en el marco de la cursada de Práctica de Campo II a cargo de la Dra. Alejandra Korstanje. Mario Pisani en La Flor Morada y Norma y Luchito Barrionuevo en Pantanillo nos brindaron su afectuosa hospitalidad durante las campañas. César Parcero Oubiña realizó valiosas sugerencias para analizar la distribución de los sitios arqueológicos. Los trabajos de campo fueron financiados por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Catamarca y el FONCYT. Oportunas sugerencias de los/las evaluadores/as permitieron mejorar significativamente este trabajo. Todas estas personas e instituciones aportaron con su trabajo y apoyo a la elaboración de este artículo, sin embargo, la responsabilidad de lo dicho sigue siendo de los autores.

NOTAS

- ¹ Por ejemplo, Raffino (1975), pero más en general, muchos de los modelos geopolíticos que se basan en los modelos de zonificación altitudinal.
- ² La distancia entre transectas fue establecida con base en el conocimiento preliminar de los tamaños de los sitios, obtenido por la lectura de los antecedentes y también mediante teledetección de imágenes satelitales.
- ³ Son principales en términos cuantitativos y de escala de modificación del paisaje. También se registraron otros tipos de sitios, como canteras de cuarzo, cuevas y aleros, entre otras categorías de sitios prehispánicos.
- ⁴ Se trata de las primeras dataciones radiocarbónicas correspondientes a contextos de vivienda en las serranías de El Alto-Ancasti publicadas. Otras dataciones fueron realizadas sobre muestras de mezclas pigmentarias del arte rupestre de La Candelaria, y ubican los eventos de pintado entre el 700 y el 1300 d.C. (Llamazares 1999-00).
- ⁵ Aplicamos el análisis de Distancia Promedio al Vecino más Cercano (*Average Nearest Neighbor Distance*) mediante el *software* ArcGis™. Este proceso mide la distancia entre objetos ubicados en un área determinada (en este caso, un rectángulo definido por los sitios más externos) y promedia las distancias entre vecinos más cercanos. Si esta distancia promedio es menor que la correspondiente a una hipotética distribución al azar del mismo número de objetos en un área equivalente (Distancia Media Esperada), se considera que la distribución de los objetos tiende al agrupamiento, en tanto que si es mayor tiende a la dispersión. El Índice de Vecino más Cercano cuantifica esta relación.
- ⁶ El análisis de Cuencas Visuales (*Viewshed*) identifica las superficies del terreno que, en función de la topografía, pueden ser visibles desde una o más localizaciones. En este caso, el procedimiento fue realizado mediante el *software* ArcGis™ con base en un Modelo Digital del Terreno de 30 m de resolución espacial de libre acceso generado a partir de imágenes ASTER.
- ⁷ Una excepción sólo aparente es ET 32, que no posee relaciones de intervisibilidad con los otros sitios de habitación considerados en este trabajo pero que, sin embargo, sí las posee con otros ubicados más al

- sur pero fuera de nuestra área de investigación, como por ejemplo, ET X, que incluimos en la cartografía para ilustrar esta cuestión.
- ⁸ Nos referimos a las publicadas por Google Earth™.
- ⁹ Un desarrollo metodológico para la determinación e interpretación de las líneas de circulación puede ser hallado en Criado Boado (1999).
- ¹⁰ Se midió la distancia a las sendas desde un punto central de cada conjunto de habitación. Considerando que algunos de los sitios son de grandes dimensiones, los extremos más cercanos a las sendas se encuentran inclusive a menor distancia.
- ¹¹ La distribución aleatoria de puntos fue generada mediante la aplicación gratuita *on line Random Point Generator* de Geomidpoint.com™ (<http://www.geomidpoint.com/random>). La distancia a las sendas fue calculada mediante el comando *Near* de ArcGis™.

BIBLIOGRAFIA

Álvarez, S.

2001. Uso del espacio para la producción agrícola y vida rural de grupos de filiación aguada en la quebrada de El Tala. Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Álvarez, S., M. López y E. Valverdi

2005. Estructuras compuestas para producción agrícola y puestos agrícolas de permanencia temporaria. Sitio Mogote del Carrizal: un caso de estudio. (Dpto. Capital, Catamarca - República Argentina). Trabajo presentado en el *I Congreso Nacional de Humanidades*. Catamarca, Argentina.

Appadurai, A.

2001. *La modernidad desbordada. Dimensiones Culturales de la Globalización*. Buenos Aires, Fondo Económico de Cultura, Ediciones TRILCE.

Ardissone, R.

1945. Las Pircas de Ancasti. Contribución al conocimiento de los restos de andenes en el noroeste de la Argentina. *GAEA Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* 2 (7): 383-416.

Ares, L.

2006. De patio en patio: una mirada a los patios del noroeste argentino prehispánico, desde La Rinconada de Ambato. Tesis de Licenciatura inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Assandri, S.

2005. Desigualdad y heterogeneidad en el uso del espacio en sociedades aguada del valle de Ambato -Catamarca- Argentina. En S. E. Martín y M. E. Gonaldi (eds.), *La cultura de La Aguada y sus expresiones regionales*: 15-22. La Rioja, EUDELAR.

2010. Espacio de asentamiento y campos visuales en la arqueología del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina. *Revista del Museo de Antropología* 3: 61-76.

Assandri, S. y S. Juez

1996-97. Organización espacial de los asentamientos en el valle de Ambato, período de integración regional. *Shincal* 6: 71-81.

Assandri, S. y A. Laguens

2003. Asentamientos aldeanos Aguada en el valle de Ambato. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 3: 31-40. Córdoba.

Barrionuevo, O.

1972. Investigaciones arqueológicas en Nana Huasi, Ancasti. *Cuadernos de Antropología Catamarqueña* 4: 3-17.

Criado Boado, F.

1999. Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje. *CAPA* 6.

Cruz, P.

2007. Hombres complejos y señores simples. Reflexiones en torno a los modelos de organización social desde la arqueología del valle de Ambato (Catamarca). En A. E. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. H. Mercolli (eds.), *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*: 99-122. Córdoba, Brujas.

Difrieri, H.

1945. Morteros indígenas en Ancasti. *GAEA Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* 2 (7): 383-416.

Dlugosz, J. C.

2005. Prospecciones arqueológicas en los sitios Los Pedraza y Los Corpitos, Dpto. El Alto, Pcia. de Catamarca. Tesis de licenciatura inédita, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Earls, J.

1991. *Ecología y agronomía en los Andes*. La Paz, Hisbol.

González, A. R.

1998. *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.

Gordillo, I. E.

1990. Ambato: entre pirámides y jaguares. *Ciencia Hoy* 2: 19-24.

1995. Arquitectura y religión en Ambato. Organización socio-espacial del ceremonialismo. *Publicaciones del CIFFyH* 47: 55-110.

Gordillo, I; E. Calomino y V. Zuccarelli

2011. En el cercano oriente: el borde como centro. Arqueología en el Dto. El Alto, Catamarca. Trabajo presentado en el *XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Mendoza, Argentina.

Gordillo, I. y L. Ares

2005. Ingresando a los patios de La Rinconada, Ambato, Catamarca. En S. E. Martín y M. E. Gonaldi (eds.), *La cultura de La Aguada y sus expresiones regionales*: 211-225. La Rioja, EUDELAR.

Gudemos, M.

2003. ¿Una danza de integración regional en las pinturas rupestres de La Salamanca? *Revista Española de Antropología Americana* 33: 83-119.

Haber, A; J. Ferreira, G. Granizo, M. Quesada y F. Videla

1996-97. Construcción de categorías de paisaje en Capayán. *Shincal* 6: 83-100

Herrero, R. y A. Ávila

1993. Aproximación al estudio de los patrones de asentamiento en el valle de Ambato (Prov. de Catamarca, Argentina). *Publicaciones* 6 (4): 1-30.

Ingold, T.

1993. The Temporality of the Landscape. *World Archaeology* 25: 152-174.

Kriscautzky, N.

1995. Avances en la arqueología del formativo inferior en el valle de Catamarca. *Revista de Ciencia y Técnica* 2: 65-82.

1996-97a. Nuevos aportes en la arqueología del valle de Catamarca. *Shincal* 6: 27-34.

- 1996-97b. Sistemas productivos y estructuras arqueológicas relacionadas con la producción agropecuaria en el valle de Catamarca. *Shincal* 6: 65-69.
1999. Sociedades agropastoriles en la cadena del Ambato-Manchao, el caso de la quebrada de la Tala. En C. D. Marín (ed.), *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 89-91. La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Kriscautzky N. y J. Togo
1994. Prospección arqueológica en el valle central de Catamarca, departamentos Valle Viejo, Capital, Fray Mamerto Esquiú, Capayán, Paclín y Ambato. *Trabajo presentado al XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. San Rafael, Mendoza.
- Latour, B.
2008. *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires, Manantial.
- Llamazares, A. M.
- 1999-00. El arte rupestre de la cueva La Candelaria, provincia de Catamarca, Argentina. *Publicaciones del CIFYH* 50: 1-26.
- López, M., N. Kriscautzky y S. Álvarez
2006. Observando Semejanzas y Diferencias a partir del estudio planialtimétrico de dos sitios arqueológicos aguadas: Pueblo perdido de la quebrada I y Pueblo Perdido de la Quebrada II (Dpto. Capital, Provincia de Catamarca). Un Caso de Estudio. *Aportes Científicos desde Humanidades* 6: 209-218.
- Murra, J.
1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Nazar, D.
2003. *Relevamiento arqueológico de la zona austral de la sierra de Ancasti (Provincia de Catamarca)*. Catamarca, CENEDIT.
- Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi
1993. Los Centros Ceremoniales del NOA. *Publicaciones* 5: 1-49.
- Pérez Gollán, J. A.
1991. La cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. *Publicaciones del CIFYH* 6: 157-173.
1994. El proceso de integración en el valle de Ambato: Complejidad Social y Sistemas Simbólicos. *Rumitacana* 1: 33-44.
- Pérez Gollán, J. A. y O. Heredia
1987. Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12: 161-178.
- Puentes, H.
2003. *Los primeros tiempos del formativo en el Valle de Catamarca, control de cuenca, manejo hidráulico y uso del espacio, un caso de estudio: Sitio el Tala. (Departamento Capital - Catamarca)*. Catamarca, CENEDIT.
- Raffino, R.
1975. Potencial ecológico y modelos económicos en el NOA. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* IX: 21-45.
- Sayago, J.
1983. Los Suelos de la Sierra de Ancasti. En F. Aceñolaza, H. Miller y A. Toselli, *Geología de la Sierra de Ancasti*: 13-22. Münster, Münstersche Forschungen Zur Geologie und Palaeontologie 59.

Thomas, J.

2001. Archaeology of Place and Landscape. En I. Hodder (ed.) *Archaeological Theory Today*: 165-186. Cambridge, Polity.

Zimmerer, K.

1999. Overlapping patchworks of mountain agriculture in Peru and Bolivia: Toward a regionalglobal landscape model. *Human Ecology* 27 (1): 135-165.

NOTAS

MOVILIZACIÓN INDÍGENA EN EL NORESTE FORMOSANO. NOTAS A PROPÓSITO DE UN CASO

*INDIGENOUS MOVILIZATION IN NORTHEASTERN FORMOSA:
NOTES ON A CASE STUDY*

*Valeria Iñigo Carrera**

Fecha recepción: 28 de octubre de 2011

Fecha aceptación: 15 de septiembre de 2012

INTRODUCCIÓN: EL CONFLICTO

En julio de 2010, miembros de la Comunidad Qom Potae Napocna Navogoh (La Primavera), en el noreste de la provincia de Formosa, iniciaban el corte de la ruta nacional n° 86, a unos cinco kilómetros de la localidad de Laguna Blanca, en reclamo del fin del avance sobre sus tierras por parte de capitales privados y el Estado. Por cierto, las alrededor de 5.100 ha de tierra cuya propiedad poseen bajo la forma de un título comunitario, a la vez de no reflejar el territorio de ocupación tradicional de la comunidad, son objeto del referido avance, personificado por terratenientes criollos, el Parque Nacional Río Pilcomayo y la Universidad Nacional de Formosa. Cuatro meses después de su inicio, en noviembre de 2010, de forma violenta, la policía provincial ponía fin al corte que los qom habían mantenido sobre la mencionada ruta. Tras irrumpir el conflicto en la ciudad de Buenos Aires, se daba inicio a una mesa de diálogo entre autoridades de los gobiernos nacional y provincial y representantes de los qom. La agenda sobre la que se acordaba avanzar comprendía: la elección de los representantes de la comunidad, la realización por parte de la Administración de Parques Nacionales de una evaluación técnica a los fines de solucionar la superposición de mensuras entre el referido parque nacional y la comunidad, y la efectiva aplicación en la provincia de Formosa de la ley N° 26.160 de emergencia en materia de posesión y propiedad de las tierras que tradicionalmente ocupan las comunidades indígenas y la realización del relevamiento técnico jurídico catastral de la situación dominial de las tierras comunitarias en ella contemplado.

El conflicto, de alta visibilidad a nivel provincial y nacional, revela una multiplicidad de aristas interesantes a la hora de pensar el actual momento de emergencia y reemergencia de pueblos

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: v.inigocarrera@conicet.gov.ar

indígenas que, en Argentina en particular y América Latina en general, reclaman una identidad étnica y demandan reconocimiento (Bartolomé 2003; Bengoa 2009; Gordillo y Hirsch 2010). El objetivo de este trabajo es presentar, de manera sintética, algunas de esas aristas; aquellas que se evidencian significativas por cuanto hacen a la construcción de un abordaje que contemple la complejidad de los procesos de movilización indígena. Para ello me detengo, primero, en el proceso de expansión de la frontera agropecuaria en la porción oriental del Chaco central; luego, en la trayectoria reciente de la lucha por la tierra en Formosa y, por último, en el carácter que adoptan en la actualidad las formas de acción y conciencia políticas de los qom de la Comunidad Potae Napocna Navogoh. En el apartado final refiero las líneas de análisis que brotan de lo aquí desplegado e invitan a continuar el estudio de los procesos de movilización indígena desde un pensamiento antropológico situado en su materialidad e historicidad.

EL PROCESO DE EXPANSIÓN DE LA FRONTERA AGROPECUARIA

El Chaco argentino, región históricamente considerada marginal, es hoy escenario de un renovado proceso de expansión de la frontera agropecuaria. Esta expansión encuentra su motor en la captación de altas inversiones de capital para la producción agropecuaria intensiva, el despliegue de intervenciones para el desarrollo que comprenden políticas de manejo de los recursos naturales, la introducción de cambios en el ordenamiento territorial, y su contracara en la expulsión de fuerza de trabajo, el éxodo de la población rural, el avance de la deforestación, la amenaza de desalojos para indígenas y campesinos (De la Cruz 2004; Slutzky 2009).

La provincia de Formosa, en la porción centro-oriental de la región chaqueña, no es ajena a esta expansión capitalista en el agro. Resulta paradigmática a este respecto la franja de tierras que se extiende al sur del río Pilcomayo y al oeste del río Paraguay, tempranamente objeto de la apropiación privada para su puesta en producción capitalista. Con buenas condiciones agroecológicas para la ganadería extensiva y la agricultura de secano, esta zona ha ofrecido históricamente la paradoja de la coexistencia de una pequeña cantidad de grandes unidades de propiedad privada vinculadas a la explotación pecuaria y forestal y un alto porcentaje de explotaciones agrícolas de pequeña dimensión asentadas sobre tierras fiscales.

Es en esta franja de tierras que se encuentra asentada la Comunidad Qom Potae Napocna Navogoh. Decía que las alrededor de 800 familias que componen esta comunidad poseen, desde mediados de los años sesenta, la propiedad de las tierras que ocupan –a diferencia de la situación general entre los pequeños productores del campo formoseño (adjudicatarios en venta en su mayoría)–. Sin embargo, las posibilidades de ponerlas en producción son pocas. En un contexto de concentración y centralización del capital agropecuario en general –expresado en la evolución seguida por el tamaño y la cantidad de las explotaciones o capitales individuales puestos a producir–, los testimonios de los qom dan cuenta de la salida progresiva de la producción en tanto productores de algodón en bruto (principal, sino único, cultivo comercial de medianos y pequeños productores). Esta acentuación de la impotencia relativa de los agentes de menor tamaño para mantenerse en producción, al perder su capacidad para competir con la creciente productividad alcanzada –mediante la incorporación de la maquinaria y el incremento de su escala– por los capitales más concentrados se corresponde con el arrendamiento de tierras a agentes externos de la producción (algodonera y sojera). Por otra parte, en un contexto de contracción de la producción algodonera en particular, la expulsión es también en tanto trabajadores asalariados estacionales en las labores culturales y de cosecha. Como contrapartida al deterioro creciente de las condiciones de vida, trabajo y producción de los qom de la Comunidad Potae Napocna Navogoh se produce la progresiva consolidación de grandes explotaciones agropecuarias, verdadero eje de la modalidad del desarrollo formoseño.

LA TRAYECTORIA RECIENTE DE LA LUCHA POR LA TIERRA

En el marco del proceso de estructuración reciente del agro, el escenario político provincial es testigo de una notable presencia pública de los pueblos indígenas. El eje acaso primordial sobre el que se fundan sus procesos de movilización es el acceso, uso, posesión y propiedad de los recursos naturales comprendidos en el territorio ocupado o reclamado.

Claro está que la lucha por la propiedad sobre la tierra –en tanto condición material de producción– se extiende a la generalidad de las colonias rurales indígenas del noreste formoseño. El crecimiento poblacional en ellas verificado resulta en que sean corrientes los conflictos en el interior de los propios grupos familiares por el uso del espacio, así como las demandas de una mayor extensión de tierra para la producción agrícola. El hecho de que aún hoy aquella lucha galvanice gran parte de las formas de acción política indígena no hace sino poner sobre el tapete los límites de la política provincial de regularización de la situación dominial de las tierras que ocupan. Por cierto, con la asunción del gobierno democrático en 1983 y de la mano de su creciente visibilidad, materializada en la lucha por la tierra y el ejercicio de una identidad diferenciada, Formosa inició de manera temprana la producción legislativa que delimita al sujeto indígena como objeto especial de la política de Estado. No obstante, “se ha limitado la transferencia de derechos a áreas reducidas [...]. Las superficies son mínimas al comparárselas con las extensiones ocupadas para el desarrollo de las prácticas económicas, sociales y simbólicas tradicionales” (De la Cruz 2000: 35).

Ahora bien, lejos está el corte de ruta iniciado a mediados de 2010 de ser la primera acción de reivindicación y demanda colectiva desplegada por los qom de la Comunidad Potae Napocna Navogoh. Antes bien, aquella se inscribe en una trayectoria de lucha. Refiero a continuación algunos de sus hitos sobresalientes y otros de carácter ordinario. El período comprendido entre los años 2004 y 2006 encontró a los qom implicados en un proceso de lucha protagonizado por pequeños productores agrarios criollos nucleados en el Movimiento Campesino de Formosa. Su participación era en las asambleas, concentraciones, movilizaciones y cortes de ruta organizados por el MOCAFOR con vistas a hacer públicamente visibles una serie de demandas a la administración provincial del justicialista Gildo Insfrán: el cumplimiento de derechos básicos (vivienda, educación, salud y trabajo); la asistencia en la producción, comercialización e industrialización de mercancías agrarias; el acceso a los programas sociales de asistencia; y el acceso, la devolución, titularización y no concentración ni extranjerización de la tierra. Las reivindicaciones eran las de una población trabajadora (indígena y criolla) que se evidenciaba desplazada de la producción agropecuaria.

Pero en esos mismos años, los qom de la Comunidad Potae Napocna Navogoh también se movilizaban en torno a reclamos que anclaban más inmediatamente en su condición étnica particular. Unos meses antes de la movilización por Tierra, Trabajo y Democracia protagonizada por el MOCAFOR a mediados de 2005, en los primeros días del mes de febrero de ese año, los qom cortaron la ruta nacional N° 86 en su intersección con uno de los caminos de tierra que atraviesa la colonia. Sus demandas comprendían no sólo el mejoramiento de las condiciones materiales de vida y la recomposición de las condiciones de producción, sino también, y haciéndose eco de la legislación vigente, el reconocimiento del derecho a la tierra ocupada de manera ancestral por la comunidad y la demarcación de su territorio, y la participación de la comunidad en los asuntos de su incumbencia por medio de la elección de autoridades administrativas y políticas.

Tal mencioné, la trayectoria reciente de lucha en que se inscriben las actuales formas de acción y conciencia políticas de los qom comprende otros hechos de carácter más bien ordinario: la realización, en el transcurso de 2007, de reuniones y asambleas comunitarias con funcionarios de la Administración Nacional de Parques Nacionales motivadas por denuncias de abuso de autoridad por parte de los empleados del parque hacia los qom y de conflictos jurisdiccionales entre las tierras de la comunidad y las tierras del lindero parque nacional; también, los intentos

—cuestionados en su legitimidad y desconocidos por las autoridades competentes— por elegir al representante de la comunidad, a través de la renovación de los miembros de la comisión directiva de la asociación civil La Primavera en 2008 y 2009; por último, la resistencia cotidiana —a través de la presentación de notas y solicitudes en agencias estatales, la realización de exposiciones policiales y denuncias penales, el levantamiento de ranchos en tierras en conflicto, la instalación de postes para delimitar el territorio— a la sistemática violación de su derecho al territorio ocupado ancestralmente.

El reconocimiento de este derecho ha sido entonces una demanda en torno a la que han girado, no una, sino múltiples acciones de reivindicación y demanda protagonizadas —ya sea de manera aislada o conjunta con otros pequeños productores agrarios y trabajadores rurales— por la Comunidad Qom Potae Napocna Navogoh en los últimos años.

LAS FORMAS ACTUALES DE ACCIÓN Y CONCIENCIA POLÍTICAS

Decía que en los hechos acaecidos desde mediados de 2010 la Comunidad Qom Potae Napocna Navogoh reclamaba al gobierno de Gildo Insfrán el fin del avance sobre sus tierras, en tanto su derecho a ellas ha sido consagrado en una serie de declaraciones y convenios de carácter internacional de los que nuestro país se ha constituido en suscriptor, así como en la misma legislación argentina. Por cierto que la sanción de derechos especiales ha dado nuevos y renovados bríos a las formas de acción y conciencia políticas indígenas.

Primero: aquellos hechos se han fundado en un repliegue de la acción política de los qom sobre la comunidad en tanto nivel de lo colectivo —y ya no, o al menos no de manera visible y preponderante, sobre una organización o sobre el pueblo mismo—. Esto, en un contexto en que: a) el reconocimiento de derechos especiales sobre el que se funda la entrega de tierras para los pueblos indígenas en Formosa prescribe como forma de organización a la comunidad —concibiéndola, en su carácter de forma jurídica, en términos de asociación civil—; y b) el MOCAFOR ha protagonizado fracturas internas y un retraimiento de su presencia pública y los qom no han logrado consolidar un colectivo político que los nucleee a nivel provincial, a diferencia de lo que sucede con los pueblos pilagá (y su Federación Pilagá) y wichí (y su Organización Interwichí) y a pesar de la incipiente conformación del Consejo de Comunidades Originarias que pretende aglutinarlos.

Segundo: aquellos mismos hechos se han fundado en un repliegue de la conciencia política de los qom sobre la particularidad de su condición étnica. En este sentido, el reclamo es por el territorio, antes que por la tierra, aludiendo aquél no sólo a aspectos materiales de la apropiación del espacio sino también a aspectos simbólicos. Así, la demanda en el marco del conflicto de límites entre la Comunidad Qom Potae Napocna Navogoh y el Parque Nacional Río Pilcomayo tiene por ejes: a) el acceso a la laguna y a los recursos en ella contenidos —esto es, la posibilidad de la continuidad de una práctica que, sin ser central, es una de aquellas en las que los qom pueden descansar a la hora de la producción social de su vida—; y b) el carácter de sitio sagrado de la laguna —esto es, la posibilidad de la recreación de la creencia en “una continuidad culturalmente establecida [...] entre los mundos naturales, humanos y sobrenaturales” (Escobar 2003: 78).

A este respecto, una aproximación dominante en la literatura que analiza luchas indígenas por derechos es la que concibe a la identidad como construida de manera esencial y estratégica como parte de acciones de reivindicación y demanda (Hale 1996; Conklin 1997). Se trata de la (re)presentación pública de la etnicidad en términos de características biológicas y/o culturales asumidas como rasgos evidentes y naturales de esa condición; (re)presentación que legitima su específica intervención política con vistas a demandar derechos derivados de esa condición étnica (Restrepo 2004). Sin dejar de entender a la etnicidad como una construcción —esto es, sin dejar de problematizar su concepción desde el esencialismo—, es necesario repensar los términos de esa construcción en el sentido explicitado a continuación.

CONCLUSIÓN: LAS LÍNEAS DE ANÁLISIS

En este trabajo me interesó presentar el conflicto en algunas de sus aristas más significativas a la hora de entender, en su complejidad, el carácter que adoptan las formas de acción y conciencia políticas de los qom de la Comunidad Potae Napocna Navogoh, y los procesos de movilización indígena en general. Tales son: a) las condiciones materiales de existencia impuestas por el proceso de acumulación del capital respecto de las que aquellas formas constituyen una respuesta; y b) las condiciones históricas concretas –i.e., la temporalidad– en que esas mismas formas se inscriben, con sus continuidades y rupturas.

Reconstruidos entonces el proceso de expansión de la frontera agropecuaria en la porción oriental del Chaco central y la trayectoria reciente de la lucha por la tierra en Formosa, la pregunta que necesariamente asoma es por el porqué del repliegue de la acción política sobre la comunidad en tanto nivel de lo colectivo y de la conciencia política sobre la particularidad de la condición étnica en este particular momento histórico. Y también por sus implicancias en los procesos de movilización indígena.

Mucho se ha escrito sobre los riesgos implicados en la construcción de esencialismos en tanto sustento de las luchas políticas indígenas, por cuanto enfatizaría formas naturalizadas de diferencia en detrimento de procesos históricos de desigualdad (Gordillo y Leguizamón 2002). Asimismo, sobre aquellos encerrados en el análisis de esa construcción, en tanto portaría la potencialidad de romper la ilusión de autenticidad inherente a todo esencialismo exitoso y así deslegitimar la existencia de los movimientos étnicos en torno a ella conformados (Briones 2007). No obstante, resulta evidente la necesidad de avanzar en ese análisis, atendiendo especialmente a la concepción de subjetividad (social) puesta en juego.

AGRADECIMIENTOS

La investigación ha sido posible gracias al financiamiento otorgado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

BIBLIOGRAFÍA

Bartolomé, M.

2003. Los pobladores del “Desierto”: genocidio, etnocidio y etnogénesis en la Argentina. *Cuadernos de Antropología Social* 17: 162-189.

Bengoa, J.

2009. ¿Una segunda etapa de la Emergencia Indígena en América Latina? *Cuadernos de Antropología Social* 29: 7-22.

Briones, C.

2007. Teorías performativas de la identidad y performatividad de las teorías. *Tabula Rasa* 6: 55-83.

Conklin, B.

1997. Body Paints, Feathers, and VCRs: Aesthetics and Authenticity in Amazonian Activism. *American Ethnologist* 24 (4): 711-737.

De la Cruz, L. M.

2000. Asuntos de indígenas, agencias y organizaciones de ayuda. Bases de discusión para definir pautas de cooperación con los pueblos indígenas del chaco argentino. Ms.

2004. El Estado y la cuestión de la tierra tras la frontera agropecuaria en Formosa: ¿geopolítica del

desarrollo o del subdesarrollo? En E. Belli, R. Slavutsky y H. H. Trincherro (comps.), *La cuenca del río Bermejo. Una formación social de fronteras*: 221-267. Buenos Aires, Reunir.

Escobar, A.

2003. "Mundos y conocimientos de otro modo". El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano. *Tabula Rasa* 1: 51-86.

Gordillo, G. y S. Hirsch (comps.)

2010. *Movilizaciones indígenas e identidades en disputa en la Argentina*. Buenos Aires, La Crujía.

Gordillo, G. y J. M. Leguizamón

2002. *El río y la frontera: aborígenes, obras públicas y Mercosur en el Pilcomayo Medio*. Buenos Aires, Biblos.

Hale, C.

1996. Mestizaje, Hybridity and the Cultural Politics of Difference in Post-Revolutionary Central America. *Journal of Latin American Anthropology* 2 (1): 34-61.

Restrepo, E.

2004. Esencialismo étnico y movilización política: tensiones en las relaciones entre saber y poder. En O. Barbary y F. Urrea (eds.), *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*: 227-244. Medellín, Lealón.

Slutzky, D.

2009. Los conflictos por la tierra en el área de expansión agropecuaria del NOA con referencia especial a la situación de los pequeños productores y a los pueblos originarios. Ms.

PRIMEROS RESULTADOS DE LAS INVESTIGACIONES EN EL SITIO LAGUNA DE LOS PAMPAS (PARTIDO DE LINCOLN, PROVINCIA DE BUENOS AIRES)

*PRELIMINARY RESULTS OF STUDIES AT THE LAGUNA DE LOS PAMPAS SITE
(LINCOLN CANTON, BUENOS AIRES PROVINCE)*

Gustavo G. Politis^{}, Pablo G. Messineo^{**}, Mariela E. González^{***}
María C. Álvarez^{****} y Cristian Favier Dubois^{*****}*

Fecha de recepción: 31 de octubre de 2011

Fecha de aceptación: 11 de mayo de 2012

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se presentan los primeros resultados de las investigaciones efectuadas durante tareas de rescate arqueológico en la Laguna de los Pampas (Figura 1a), localizada en el sudeste del partido de Lincoln (provincia de Buenos Aires). Los restos fueron descubiertos en febrero de 2008 por el Sr. Ramón Coria, vecino de la localidad cercana de Coronel Martínez de Hoz, cuando visitó la laguna y en diciembre del mismo año, dos de los autores (GP y PM) constataron la importancia

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires – Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina. E-mail: gpolitis@fcnym.unlp.edu.ar

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. E-mail: pmessine@soc.unicen.edu.ar

*** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. E-mail: mgonzalez@soc.unicen.edu.ar

**** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. E-mail: malvarez@soc.unicen.edu.ar

***** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. E-mail: cfavier3@gmail.com

de los hallazgos y rescataron aquellos que estaban más comprometidos (*e.g.*, los restos humanos). Posteriormente, entre febrero y marzo de 2009, se realizó una recolección superficial, se sondearon varios sectores próximos a la barranca de la laguna y se excavó un esqueleto, que fue denominado Entierro 1. La mayoría de los restos se encontraban en superficie, debido a la dinámica lagunar que provocó la erosión de las barrancas durante la crecida y la posterior reexposición cuando se redujo el cuerpo de agua.

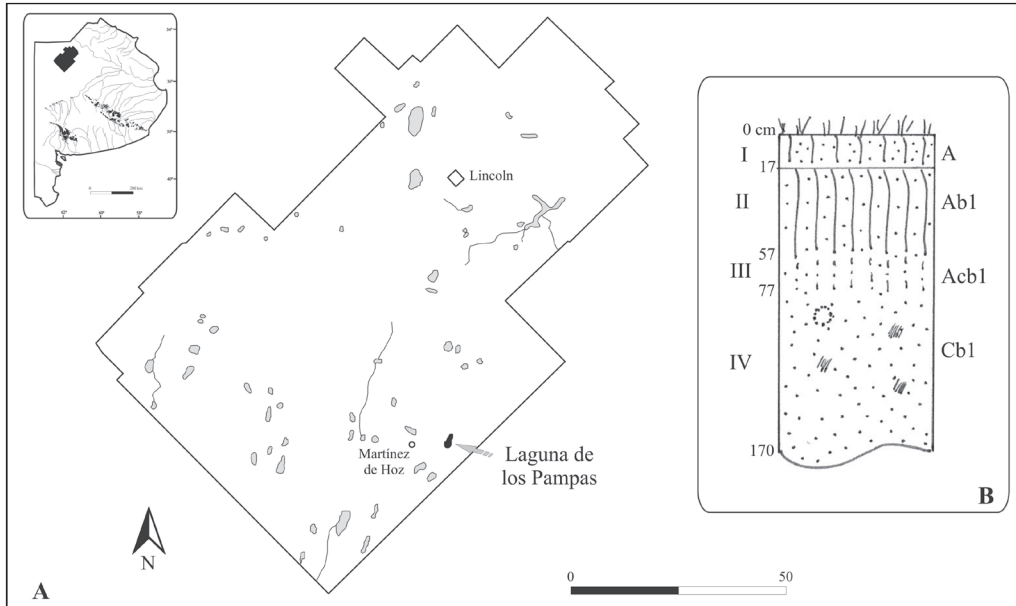


Figura 1. Ubicación y estratigrafía de la Laguna de los Pampas. A- Localización de la laguna en el partido de Lincoln; B- Unidades estratigráficas identificadas en los perfiles de la laguna

Teniendo en cuenta las características del sitio y las limitaciones del trabajo llevado a cabo, los objetivos de esta contribución son: presentar una síntesis de los hallazgos y de las características geoarqueológicas de la laguna, dar a conocer los fechados radiocarbónicos obtenidos, evaluar la explotación de la fauna y los aspectos tafonómicos del conjunto óseo, determinar las materias primas y la tendencia tecnológica del material lítico, cuantificar y realizar la determinación sexo-etaria de los restos humanos y, por último, discutir preliminarmente los eventos de ocupación del sitio.

METODOLOGÍA Y ANÁLISIS DE LOS MATERIALES DEL SITIO LAGUNA DE LOS PAMPAS

Sobre la margen este de la Laguna de los Pampas se reconocieron dos sectores con altas concentraciones de materiales arqueológicos en superficie, separados entre sí por una distancia de aproximadamente 500 metros. En el Sector 1 (S35°19'42'' y O61°31'50'') se trazaron catorce transectas de 10 metros de ancho cada una y de longitud variable, desde el espejo de agua hasta las barrancas. En el Sector 2 (S35°19'56'' y O61°31'53''), los materiales estaban dispersos en la superficie de la playa en mucha menor densidad y fueron recolectados en su totalidad. En ambos sectores, sobre la barranca de la laguna, se realizaron cinco sondeos con el objetivo de determinar

la procedencia estratigráfica de los restos superficiales y efectuar estudios geoarqueológicos y sedimentológicos. Hasta el momento, la presencia de materiales en estratigrafía fue muy escasa. Los resultados obtenidos de las diversas líneas de análisis desarrolladas son los siguientes:

Estudios geoarqueológicos

En las barrancas de la laguna se observa un depósito loésico, oscuro y edafizado en su parte superior y de color castaño amarillento en su parte inferior, que correspondería a sedimentos eólicos asignables a la Formación La Postrera (*sensu* Fidalgo *et al.* 1973). En las márgenes de la playa aflora un nivel concrecionado de tosca, bajo el cual los sedimentos castaños se hacen más compactos. Estos sedimentos son más antiguos y probablemente correspondan a la Formación Pampeano, aunque deben realizarse estudios más detallados para corroborar esta estimación.

En los perfiles expuestos en ambos sectores se reconocieron cuatro unidades estratigráficas que se describen a continuación (Figura 1b). La Unidad I (0-17 cm) se interpreta como un horizonte A de suelo de formación incipiente; la Unidad II (17-57 cm) corresponde a un horizonte A de suelo enterrado (Ab1), de tipo cumúlico; la Unidad III (57-77 cm) se asigna a un horizonte transicional AC del suelo enterrado (Ac1) y, por último, la Unidad IV (77-170 cm) se interpreta como el horizonte C del suelo enterrado (Cb1), correspondiente a sedimentos eólicos referibles a la Formación La Postrera. Entre las unidades II y IV existe una transición (Unidad III); no obstante, en otros sectores de la barranca se registra una discontinuidad marcada, lo cual indica una posible discordancia de erosión.

Cinco muestras de sedimento de las distintas unidades del Sector 1 fueron extraídas para realizar análisis granulométricos y geoquímicos (Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa). Los resultados obtenidos indican una gran homogeneidad en la textura a lo largo de la secuencia, la cual es areno-limosa, con buena selección granulométrica y moda en arena fina a muy fina. Asimismo, persisten las condiciones alcalinas en todas las unidades, favorables a la preservación ósea, particularmente de la matriz inorgánica. Los porcentajes de materia orgánica son bajos (menores al 1%), aunque resultan mayores en las Unidades I y II, que muestran rasgos edáficos. Los valores de carbonato de calcio también son relativamente bajos (entre *ca.* 0,20 y 0,50%).

Restos arqueofaunísticos

Se analizó la totalidad del registro arqueofaunístico (NISP= 1356) proveniente de las catorce transectas realizadas en el Sector 1 (Tabla 1). En el conjunto predominan ampliamente los especímenes de guanaco (87,1%; NMI= 37) y, en una proporción menor, los de venado de las pampas (NMI= 6), ñandú (NMI= 4) y peludo, así como escasos restos de roedores y carnívoros. Es destacable la presencia de restos fragmentados de megamamíferos, como *Scelidotherium* sp., aunque no es posible estimar su asociación con los restos culturales. Del total de taxones determinados, las únicas especies con evidencias claras de procesamiento antrópico son guanaco, venado de las pampas y ñandú. Tan sólo un 2,4% (n= 31) de las especies explotadas presenta huellas de corte, pero se registró una alta frecuencia de fracturas antrópicas (22,8%; n= 289), tanto helicoidales como transversales. En el caso de estas últimas, los rasgos diagnósticos que permitieron su identificación fueron la presencia de puntos de impacto, frentes de fractura que se expanden en un patrón radial, puntos de rebote, cicatrices de lascado alrededor del impacto y superficies de fracturas lisas (Johnson 1985).

Tabla 1. Representación taxonómica del conjunto faunístico del sitio Laguna de los Pampas (Sector 1)

| Taxón | NISP |
|--------------------------------|-------|
| Vertebrados | 2 |
| Megamamíferos | 16 |
| Xenartro | 1 |
| <i>Scelidoterium</i> sp. | 2 |
| Mesomamífero | 1 |
| Artiodáctilos | 9 |
| <i>Lama guanicoe</i> | 1.181 |
| <i>Ozotoceros bezoarticus</i> | 64 |
| <i>Rhea americana</i> | 23 |
| Rheidae (cáscara de huevo) | 17 |
| <i>Didelphis albiventris</i> | 1 |
| <i>Chaetophractus villosus</i> | 26 |
| <i>Lagostomus maximus</i> | 3 |
| Carnívoros pequeños | 2 |
| Canidae | 1 |
| <i>Puma concolor</i> | 1 |
| <i>Conepatus</i> sp. | 2 |
| Rodentia | 1 |
| <i>Galea</i> sp. | 1 |
| <i>Ctenomys</i> sp. | 2 |
| Total | 1.356 |

En el caso del guanaco, en líneas generales se observa que las partes esqueléticas recuperadas son coincidentes con los elementos que presentan una mayor densidad mineral ósea (Elkin 1995; González *et al.* 2012). Sin embargo, considerando las propuestas recientes acerca de la variabilidad de esta propiedad, no se efectuaron correlaciones estadísticas entre el perfil de partes de guanaco y la densidad (ver discusión en González *et al.* 2012). Es probable que el alto porcentaje de fracturas antrópicas registrado esté vinculado a la mayor supervivencia de fragmentos de diáfisis en relación con las epífisis, siendo la densidad uno de los posibles factores que podrían explicar la representación de las distintas porciones del hueso. También se ha observado una muy baja representación de especímenes correspondientes a individuos subadultos (*ca.* 2%; n= 24), aspecto que podría estar mediado por la densidad, y que genera un sesgo en favor de los elementos correspondientes a individuos adultos (González *et al.* 2012).

Las variables tafonómicas relevadas del conjunto total fueron calculadas excluyendo los especímenes correspondientes a cáscaras de huevo y dientes (n= 1.280). En este sentido, el 49,6% de los especímenes (n= 635) presenta pérdida ósea, vinculada a la acción de roedores (74%; n= 947) o de raíces (36,2%; n= 463), aunque en muchos de los restos óseos no es claro el agente causante, el cual estaría asociado con algún proceso de destrucción mecánica no identificado. A su vez, la muestra también presenta un alto porcentaje de depositación de carbonato de calcio (48,9%; n= 626). La incidencia de abrasión sedimentaria (20,1%; n= 257) muestra que el agua pudo haber tenido un rol en la historia tafonómica del conjunto. Es probable que la acción hídrica haya

operado en momentos de reexposición de los restos, cuando estos ya se encontraban depositados sobre la playa de la laguna. Los elementos presentes coinciden con los resistentes al transporte hídrico (Gutiérrez y Kaufmann 2007), los cuales son los que poseen densidad mineral alta; en este sentido, la ausencia de los elementos de más baja densidad puede deberse tanto a su transporte diferencial como a procesos destructivos mediados por esta propiedad ósea.

Uno de los aspectos destacados de la muestra lo constituye la identificación de un importante conjunto de restos óseos (n= 29) vinculados a la producción de instrumentos (Figura 2). Entre estos especímenes, dieciséis corresponden a desechos de manufactura, siete a fragmentos de diáfisis que presentan surcos y en algunos casos pulido, que podrían corresponder a formas base obtenidas para la confección de instrumentos o a fragmentos de los mismos; mientras que los seis restantes son instrumentos óseos terminados. Con respecto a los huesos soporte, veinticinco de ellos corresponden a guanaco (veintiuna tibias, un metatarso, un metacarpo, un radiocúbito y un fémur), uno a ñandú (tarsometatarso) y tres a huesos largos indeterminados asignables a artiodáctilo. Es destacable la alta estandarización en el uso de las tibias de guanaco como materia prima para la tecnología ósea.

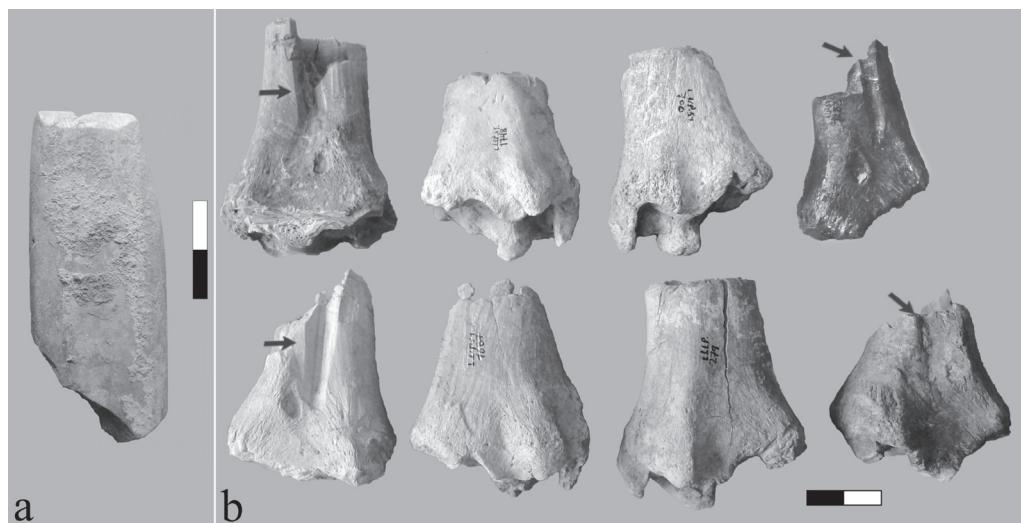


Figura 2. Huesos de guanaco vinculados con la manufactura de instrumentos. A- Instrumento fracturado con borde en bisel formatizado sobre tibia; B- Epífisis distales de tibias con marcado perimetral correspondientes a desechos de manufactura. Las flechas negras señalan surcos asociados a la obtención de la forma base

Materiales líticos

De los materiales líticos recuperados en superficie en el Sector 1, se han analizado seis de las catorce transectas, que representan una muestra de 1.242 piezas compuesta por lascas (68,8%), desechos indiferenciados (14,6%), artefactos formatizados (13,8%), núcleos (2,6%) y nódulos (0,2%). Para el análisis tecnomorfológico se siguió la clasificación propuesta por Aschero (1975), en tanto que las materias primas líticas fueron identificadas macroscópicamente. La ortocuarcita del Grupo Sierras Bayas es la roca con mayor frecuencia en el conjunto (70,3%; n= 873), seguida en menor porcentaje por la ftanita (19,3%; n= 240), mientras que el resto de las materias primas están presentes con frecuencias menores al *ca.* 3%. Entre estas se encuentran dolomía silicificada (n= 16), chert silíceo (n= 10), esquistó micáceo (n= 38), granito (n= 24), ortocuarcita de la Formación Balcarce (n= 2), cuarzo (n= 1), basalto (n= 1), riolita (n= 1) y metacuarcita (n= 4).

Con respecto a los tamaños de las lascas enteras de ortocuarcita (n= 187), se observa un predominio de los tamaños pequeños (72,7%), seguido por los medianos pequeños (14,4%) y los muy pequeños (11,2%); mientras que para la ftanita (n= 56), el 91,1% de las lascas enteras son pequeñas y muy pequeñas y el 8,9% restante corresponde al tamaño mediano pequeño. En relación con el tipo de lasca, se registra un amplio predominio en el conjunto de las internas (ca. 96%). Para la ortocuarcita predominan las lascas angulares (43,9%), de arista (19%), bipolares (7,4%), de adelgazamiento bifacial (1,7%), de reducción directa (1,9%) y plana (1,1%). Para la ftanita se observa una tendencia similar con las lascas internas, aunque sobre esta roca el 10% corresponde a lascas externas (principalmente de dorso natural). Los tipos de talones más frecuentes en el conjunto son los lisos (60,2%), seguidos por los filiformes (15,4%), fracturados (6,9%), facetados y diedros (5,7% cada uno), corticales (3,2%), puntiformes (2,3%) e indiferenciados (0,6%).

Entre los artefactos formatizados se destaca una amplia variedad de grupos tipológicos confeccionados sobre diez clases de materias primas. Por un lado, los artefactos modificados por uso (n= 3), los de molienda (n= 11) y los percutores (n= 1) fueron realizados sobre arenisca, esquisto micáceo, granito, cuarcitas y rocas no identificadas. Por otro lado, en los artefactos de ortocuarcita manufacturados por talla (n= 116), predominan las raederas (31,1%), los filos en bisel asimétrico (15,1%) y las *raclettes* (9,2%); mientras que sobre ftanita (n= 32) se confeccionaron preferentemente raspadores (46,9%) y dos preformas de puntas de proyectil triangulares pequeñas. Otros grupos tipológicos, como los cuchillos, las muescas, las puntas destacadas, los buriles y los artefactos con retoques sumarios están presentes en bajas frecuencias. Con respecto a los núcleos, se reconocieron sólo en dos de las materias primas identificadas en la laguna: ortocuarcita (n= 23) y ftanita (n= 9). En relación con los tipos, se determinó una alta proporción de núcleos bipolares (78,1%; n= 25) y, en menor frecuencia, de piramidales, amorfos y fragmentos. En la mayoría de los casos los núcleos se encontraban agotados (90,6%; n= 29), representando casi todos a masas centrales bipolares.

Restos óseos humanos

En los dos sectores de la laguna se identificó la presencia de restos óseos humanos aislados y dispersos en la superficie de la playa, pero en el Sector 2 se identificaron unidades anatómicas articuladas correspondientes a un individuo (Entierro 1), que se encontraban parcialmente expuestas. En los primeros centímetros de excavación del Entierro 1, se registró un sedimento castaño friable con manchas oscuras irregulares, el cual posiblemente haya sido removido por la dinámica ambiental. No obstante, por debajo de los 10 cm, el depósito castaño se hace más homogéneo y compacto, y representa a aquellos sedimentos no alterados, referibles a la Unidad IV de la estratigrafía local.

Se analizó la totalidad de los restos óseos humanos recuperados en la laguna (Tabla 2). En el Sector 1 se registraron elementos correspondientes a individuos adultos y subadultos. El número mínimo de individuos se calculó considerando el tamaño y las categorías etarias (Buikstra y Ubelaker 1994), en los casos en que fue posible determinarlas. De este modo, se determinó un NMI de cuatro sobre la base de los fémures y cráneos representados. Sin embargo, uno de los fémures pertenece a un individuo subadulto (categoría etaria adolescente), por lo cual el NMI total para el Sector 1 es de cinco. En cuanto a la asignación del sexo, ninguna de las unidades óseas recuperadas presenta los rasgos diagnósticos para su determinación.

Tabla 2. Restos óseos humanos recuperados en superficie en los dos sectores

| Unidad anatómica | Sector 1 | | | | Sector 2* | | | |
|-------------------|-------------|---|-----|-----|-------------|---|-----|-----|
| | Lateralidad | | NME | NMI | Lateralidad | | NME | NMI |
| | D | I | | | D | I | | |
| Cráneo | - | - | 4 | 4 | - | - | 1 | 1 |
| Mandíbula | - | - | 3 | 3 | - | - | 1 | 1 |
| Esternón | - | - | 1 | 1 | - | - | - | - |
| Vértebra lumbar | - | - | 1 | 1 | - | - | - | - |
| Vértebra torácica | - | - | - | - | - | - | 1 | 1 |
| Clavícula | - | - | - | - | 1 | - | 1 | 1 |
| Húmero | 1 | 1 | 2 | 1 | 2 | 1 | 3 | 2 |
| Cúbito | 2 | - | 2 | 2 | - | 1 | 1 | 1 |
| Radio | - | - | - | - | 1 | 1 | 1 | 1 |
| Falange px mano | - | - | 1 | 1 | - | - | - | - |
| Coxal | 2 | - | 2 | 2 | 1 | - | 1 | 1 |
| Fémur | 2 | 2 | 4 | 2 | 3 | 2 | 5 | 3 |
| Tibia | 1 | 2 | 3 | 2 | 3 | 1 | 4 | 3 |
| Astrágalo | - | - | - | - | - | 1 | 1 | 1 |
| Navicular | - | - | - | - | - | 1 | 1 | 1 |
| Total | 8 | 5 | 23 | - | 11 | 8 | 21 | - |

* No se encuentra incluido el Entierro 1 recuperado en el Sector 2. Referencias: D: derecho; I: izquierdo; px: proximal.

En el Sector 2, los restos óseos hallados sobre la superficie de la playa corresponden, principalmente, a huesos largos (Tabla 2). En este caso, los tres fémures izquierdos presentes en la muestra dan cuenta de un NMI de tres adultos. No obstante, el hallazgo de una tibia y una mandíbula correspondientes a un individuo subadulto (rango etario de entre 2-4 años) incrementa el NMI a cuatro para los hallazgos superficiales de este sector. Debido a la acción de factores posdepositacionales, ninguna de las unidades anatómicas presenta rasgos diagnósticos para la determinación del sexo.

Los análisis llevados a cabo sobre los restos extraídos del Entierro 1 permitieron determinar la presencia de un individuo adulto incompleto (MNE= 26). Las unidades óseas corresponden a huesos largos de los miembros superiores e inferiores, cráneo, escápulas y algunas unidades del esqueleto axial (*e.g.*, vértebras cervicales). Las unidades anatómicas más diagnósticas para determinar el sexo (*e.g.*, coxales) están ausentes; sin embargo, sobre la base de ciertos rasgos craneales (*e.g.*, borde superior de la órbita muy fino, apófisis mastoideas pequeñas y crestas poco desarrolladas) y de las dimensiones de las piezas esqueléticas, pudo determinarse como posiblemente femenino. Es destacable la presencia de un caracol marino completo en posición superficial, el cual se hallaba a 10 metros del Entierro 1, por lo cual es posible que haya estado asociado a éste como acompañamiento mortuario.

Si bien los análisis tafonómicos están en desarrollo, las observaciones preliminares sobre el estado de preservación de estos restos indican claras diferencias entre los elementos que componen el Entierro 1 y aquellos que se encontraban dispersos en la superficie. Estos últimos presentan mayor grado de alteración en su integridad y una marcada presencia de grietas, líneas de desecación y exfoliación. Por su parte, en el Entierro 1, estos rasgos resultantes de la exposición

a factores atmosféricos se manifiestan escasamente y de modo menos intenso. Por último, aún no se han realizado análisis que permitan la asignación de los elementos aislados recuperados en el Sector 2 al Entierro 1.

Cronología

Tres muestras óseas fueron enviadas a datar al NSF Arizona AMS Facility (Tucson, Arizona, EEUU) (Tabla 3). Una era un segundo molar izquierdo de la mandíbula del individuo del Entierro 1, que arrojó una edad de 8971 ± 77 años AP (AA-90127). La segunda datación se obtuvo sobre un diente de la mandíbula del individuo juvenil hallada en posición superficial próxima al Entierro 1 (20 m al sur) y dio una edad de 8835 ± 83 años AP (AA-93221), la cual ubica en términos de sincronía a ambos individuos en el Holoceno temprano. Por último, un fragmento de tibia de guanaco correspondiente a un desecho vinculado a la confección de instrumentos óseos procedente del Sector 1 dio una edad de 5684 ± 61 años AP (AA-93220), la cual lo ubica en el Holoceno medio.

Tabla 3. Fechados radiocarbónicos obtenidos en la Laguna de los Pampas

| Nº Inventario | Especie | Material | Nº de laboratorio | Edad C14 | $\delta C13$ | Edad cal. AP (1 sigma)* | Edad cal. AP (2 sigmas)* |
|---------------|----------------------|----------|-------------------|---------------|--------------|-------------------------|--------------------------|
| L.LLP.S2.2 | <i>Homo sapiens</i> | Diente | AA-90127 | 8971 ± 77 | -15.3 | 9914 - 10.099 | 9760 - 10.227 |
| L.LLP.S2.43 | <i>Homo sapiens</i> | Diente | AA-93221 | 8835 ± 83 | -16.0 | 9622 - 9918 | 9554 - 9963 |
| L.LLP.S1.1507 | <i>Lama guanicoe</i> | Tibia | AA-93220 | 5684 ± 61 | -18.1 | 6387 - 6469 | 6291 - 6559 |

* Calibrado con Calib 6, Curva SHCal04 (McCormac *et al.* 2004).

DISCUSIÓN

El análisis de las distintas líneas de evidencia presentadas permite plantear algunas tendencias, que son difíciles de ubicar contextual y cronológicamente. Es importante considerar que la muestra proviene casi exclusivamente de superficie y que corresponde a distintos momentos de ocupación en un rango temporal amplio, lo que limita las inferencias que puedan hacerse de ella. Si bien los perfiles de meteorización en los restos faunísticos y el contexto de hallazgo sugieren que el tiempo transcurrido entre la reexposición y la recuperación de los restos no fue prolongado, se observa la mezcla de materiales arqueológicos con otros modernos. Es posible también que parte de los especímenes analizados hayan sido incorporados al registro por agentes no humanos. En consecuencia, no se ha profundizado en análisis vinculados a la subsistencia, ya que los perfiles de partes esqueléticas de guanaco y de otras especies podrían no representar la selección y transporte de los elementos óseos por los grupos humanos. En este sentido, las evidencias analizadas permiten proponer solamente la explotación de tres especies: *Lama guanicoe*, *Ozotoceros bezoarticus* y *Rhea americana*. Los elementos óseos de las dos primeras especies también fueron utilizados como materia prima para la confección de instrumentos en momentos correspondientes al Holoceno medio, fundamentalmente las tibias de guanaco. En la Laguna El Doce, en el sector sureste de la provincia de Santa Fe (Avila 2011), en un contexto similar y relativamente cercano (165 km al noroeste), también se recuperó un número significativo de instrumentos y desechos óseos. No obstante, allí se ha propuesto la selección de los metapodios de guanaco como hueso soporte, principalmente para la confección de instrumentos en bisel (Cornaglia Fernández y Buc 2011).

En el caso del conjunto lítico, la tendencia indica que están presentes las últimas etapas de la cadena operativa. Los tamaños pequeños de los desechos, instrumentos y núcleos, así como la utilización de la técnica bipolar en la reducción de los materiales líticos sugieren una estrategia de maximización de las materias primas vinculada a las grandes distancias existentes (más de 250 km) entre este ambiente lagunar y las zonas de procedencia de los recursos líticos. Otro aspecto importante es la amplia variedad de rocas que podrían proceder de diversas áreas de la región pampeana, como los sistemas serranos de Tandilia (ortocuarcita, ftanita y dolomía silicificada) y Ventania (metacuarcita y riolita), el oeste de la provincia de La Pampa (chert silíceo) y, posiblemente, la costa atlántica (basalto). Por último, la alta frecuencia de artefactos de molienda en la laguna estaría en relación con el procesamiento de especies vegetales de la provincia del Monte, que en momentos de mayor aridez podrían haber estado presentes en este sector de la subregión Pampa Húmeda. Como ha sido señalado para la fauna, se registra una gran similitud en la tecnología lítica y en las materias primas utilizadas con el conjunto de la Laguna El Doce (Avila 2011) y probablemente con el de la Laguna Salalé (Oliva *et al.* 2004), 80 km al noroeste.

Con respecto a los restos humanos, el NMI de los dos sectores es igual a 10, aunque en concordancia con el resto del material recuperado, se reconoce una integridad anatómica predominantemente baja. La excepción la constituye el Entierro 1, que permite plantear que se trataría de una inhumación primaria simple. Para el resto de los elementos óseos humanos recuperados en superficie no puede establecerse aún su contemporaneidad (con excepción de los huesos del individuo subadulto del Sector 2 y el Entierro 1), su correspondencia a uno o varios eventos de inhumación, ni su asignación esquelética. Las observaciones generales sobre la condición macroestructural de los huesos humanos permiten suponer que este conjunto óseo es una muestra integrada por inhumaciones diacrónicas que, como consecuencia de la dinámica lagunar, han sufrido desplazamientos, desentierro y exposición.

En lo que respecta a la cronología, se pueden estimar al menos tres momentos diferentes de ocupación de este ambiente lagunar; uno de ellos correspondiente al Holoceno temprano en *ca.* 8900 años AP. El Entierro 1 y los huesos del individuo juvenil, ambos del Sector 2, podrían corresponder a un único evento de inhumación. Las dataciones sobre estos restos están entre las más antiguas para la región pampeana (Politis y Bonomo 2011) y la Argentina. El otro momento corresponde al Holoceno medio en *ca.* 5650 años AP, en que se observa una estandarizada tecnología ósea sobre tibias y, en menor medida, metapodios de guanaco. El último período sería asignable al Holoceno tardío y se evidencia principalmente por la presencia de puntas triangulares pequeñas y tiestos cerámicos hallados en superficie.

El registro de Laguna de Los Pampas, junto con el de Laguna del Doce (fechado entre *ca.* 8274 y 1555 años AP., ver Avila 2011:Tabla 1), señala la ocupación, por lo menos desde el Holoceno temprano, del sector noroeste de la subregión Pampa Húmeda y la reocupación de los ambientes lagunares a lo largo del Holoceno. La tendencia en la explotación recurrente del guanaco como recurso principal, el potencial uso de los productos vegetales de la provincia del Monte, el uso de un amplio rango de materias primas –entre las que predomina la ortocuarcita superior del Grupo Sierras Bayas y, en segundo término, la ftanita de la Formación Cerro Largo, ambas procedentes del sector serrano de Tandilia–, una estandarizada tecnología ósea (por lo menos durante el Holoceno medio) y el uso de estos espacios como lugares de inhumación parecen ser los rasgos más destacados de estas ocupaciones humanas.

AGRADECIMIENTOS

Al Sr. Ramón Coria, descubridor del sitio y permanente colaborador de las investigaciones. A la municipalidad de Lincoln, especialmente a su intendente, Dr. Jorge Abel Fernández, y a la directora de Cultura y Educación, Prof. Marina Monti. A los delegados municipales de Martínez de Hoz (Sr.

José P. Cunningham) y de Las Toscas (Sr. Rogelio R. Coria). A los dueños y encargados de los establecimientos, Sres. Sergio Leguizamón, Juan Rodríguez, Nicolás Giaccone y Luis Musso.

BIBLIOGRAFÍA

Aschero, C.

1975. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos. Informe al CONICET. Ms.

Avila, J. D.

2011. Resultados de los fechados radiocarbónicos del sitio Laguna El Doce, departamento de General López, provincia de Santa Fe. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVI*: 337-343.

Buikstra, J. y D. Ubelaker

1994. *Standards for data collection from human skeletal remains*. Arkansas Archaeological Survey Research Series No. 44, Fayetteville, Arkansas.

Cornaglia Fernández, J. y N. Buc

2011. Evidence of bone technology on the Santa Fe's Pampa Lagoons. The Laguna El Doce site (Santa Fe Province, Argentina). Trabajo presentado en el *11th International Conference of Archaeozoology*. París, Francia.

Elkin, D.

1995. Volume density of South American Camelid skeletal parts. *International Journal of Osteoarchaeology* 5: 29-37.

Fidalgo, F., F. O. De Francesco y U. R. Colado

1973. Geología superficial en las hojas Castelli, J. M. Cobo y Monasterio (Provincia de Buenos Aires). *Actas V Congreso Geológico Argentino* 4: 27-39. Buenos Aires.

González, M. E., M. C. Álvarez, A. Massigoge, M. A. Gutiérrez y C. A. Kaufmann

2012. Bone differential survivorship and ontogenetic development in guanaco (*Lama guanicoe*). *International Journal of Osteoarchaeology* 22: 523-536.

Gutiérrez, M. A. y C. A. Kaufmann

2007. Criteria for the identification of formation processes in Guanaco (*Lama guanicoe*) bone assemblages in fluvial-lacustrine environments. *Journal of Taphonomy* 5 (4): 151-176.

Johnson, E.

1985. Current developments in bone technology. En M. B. Schiffer (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol. 8: 157-235. Nueva York, Academic Press.

McCormac, F. C., A. G. Hogg, P. G. Blackwell, C. E. Buck, T. F. G. Higham y P. J. Reimer

2004. SHCal04 Southern Hemisphere Calibration 0-11.0 cal kyr BP. *Radiocarbon* 46: 1087-1092.

Oliva, F., J. D. Avila, M. Gallego y M. Algrain

2004. Investigaciones arqueológicas en la laguna Salalé (partido Florentino Ameghino, provincia de Buenos Aires). Una aproximación al uso de los recursos líticos. En C. Gradín y F. Oliva (eds.), *La Región Pampeana -Su Pasado Arqueológico-*: 377-387. Rosario, Laborde.

Politis, G. G. y M. Bonomo

2011. Nuevos datos sobre el "Hombre Fósil" de Ameghino. En J. Fernicola, A. Prieto y D. Lazo (eds.), *Vida y Obra de Florentino Ameghino*: 101-119. *Asociación Paleontológica Argentina, Publicación Especial* 12. Buenos Aires.

OPINIONES, POSICIONES Y EXPERIENCIAS DE LOS MIEMBROS DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA EN TORNO AL IMPACTO DE LA MEGAMINERÍA SOBRE LA SOCIEDAD Y EL PATRIMONIO

OPINIONS, POSITIONS AND EXPERIENCES OF MEMBERS OF THE ARGENTINE ANTHROPOLOGY SOCIETY CONCERNING THE IMPACT OF MEGA-MINING ON SOCIETY AND HERITAGE

*Comisión Directiva SAA 2012-2013**

Entre el 23 de febrero y el 20 de abril de 2012, la Sociedad Argentina de Antropología abrió una convocatoria a sus 700 socios para conocer sus opiniones, posiciones y experiencias acerca de los megaproyectos de minería. La iniciativa surgió como producto de la solicitud de uno de los miembros de la SAA, preocupado por los conflictos ocurridos en las provincias cordilleranas de La Rioja, Catamarca y Tucumán a raíz de la instalación de grandes emprendimientos mineros. Las discusiones en torno a este tema tienen larga data en la ciudadanía, pero en esta última década y, en especial, en estos últimos meses, habían cobrado un lugar destacado tanto por la magnitud e implicancia de aquellos eventos como por el alcance mediático que tuvo la problemática a escala nacional. En ese marco, quienes conformamos la Comisión Directiva expresamos públicamente nuestro repudio a los hechos de violencia y represión acaecidos ante las manifestaciones de protesta ocurridas sobre poblaciones del Noroeste argentino y reconocimos las transformaciones que sobre la vida social, económica, cultural, ecológica y política generan estos emprendimientos. Pero además, consideramos oportuna aquella solicitud y decidimos invitar a todos los socios a manifestar sus opiniones al respecto.

La propuesta fue bien recibida por los socios aunque, como veremos, las respuestas específicas a la convocatoria fueron sólo cinco¹, algunas de único autor y otras en coautoría. A fin de ilustrar las temáticas abordadas, y teniendo en cuenta el disímil formato elegido por cada uno de los colegas, presentamos aquí una síntesis de las respuestas recibidas. Únicamente en un caso se señaló que, a pesar de los efectos negativos de este tipo de emprendimientos –consecuencia principalmente de la falta de controles estatales– estos resultan relevantes como fuente de trabajo en poblaciones rurales pequeñas, donde de otro modo habría escasas alternativas laborales

* Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Antropología: Verónica I. Williams (Presidenta), Sonia L. Lanzelotti (Secretaria), Cristina T. Bellelli (Tesorera), Mónica A. Berón (Primera Vocal Titular), Laura L. Miotti (Segunda Vocal Titular), Patricia E. Madrid (Primera Vocal Suplente), Carolina F. Crespo (Segunda Vocal Suplente), Valeria Bernal (Revisora de Cuentas) y Lorena B. Rodríguez (Revisora de Cuentas). E-mail: saantropologia@saantropologia.org.ar

y deficientes condiciones generales de vida². El resto de las respuestas tendieron a destacar los impactos perjudiciales no sólo para el medio ambiente y el patrimonio natural, sino también para el desarrollo de la vida social y económica, el relevamiento y producción de conocimiento sobre el patrimonio cultural y los estudios arqueológicos. En esta línea, algunos socios enviaron varias notas periodísticas referidas a distintos aspectos de la problemática. En un caso, se adjuntó un artículo en el que se difundían las dificultades atravesadas durante campañas de investigación arqueológica con empresas de prospección y actividad minera en la cordillera andina de la provincia de La Rioja. Allí se denunciaba cómo el personal de la empresa dificultó las tareas arqueológicas esgrimiendo potestades particulares en la zona de estudio frente a la inexistencia de intervención de algún tipo de autoridad gubernamental. En otro, fueron compiladas una serie de noticias sobre las explotaciones megaminerías, publicadas fundamentalmente durante el mes de febrero de 2012 en diferentes diarios de la provincia de Río Negro. La preocupación de muchos pobladores que viven en las cercanías de estos emprendimientos y sus constantes manifestaciones en contra, los intereses políticos en juego, la necesidad de controlar estas actividades a partir del cumplimiento de la legislación, entre otros, son algunos de los tópicos más reflejados en los artículos seleccionados.

Las dos contribuciones restantes retoman muchos de los aspectos ya señalados resaltando las consecuencias negativas de la megaminería a cielo abierto. Con el foco puesto en el caso de Famatina (provincia de La Rioja), estos colegas coincidieron en destacar la compleja y contradictoria relación que existe en dicha localidad entre la minería y el patrimonio, pues mientras se avanza en la “explotación” del cerro de Famatina, se proyecta postular a la UNESCO un tramo del camino del Inca muy cercano a esta región como Patrimonio de la Humanidad. Más allá de estas tensiones específicas referidas a la cuestión patrimonial, y de los debates acerca de cuán contaminantes pueden resultar estos emprendimientos, estas dos respuestas relacionaron el problema de la megaminería con los diferentes conflictos que se producen a escala de la comunidad local: desde la transformación visual del paisaje y el impacto que esto genera en las identidades, las prácticas culturales locales y las dificultades económicas que la depredación de recursos naturales —en especial el agua— provoca en términos de desarrollo para futuras generaciones, hasta los hechos de violencia física y la criminalización de quienes se manifiestan en contra de tales megaproyectos. Para sumar herramientas al debate, y marcando una nueva tensión en este escenario, una de las contribuciones reseñó la amplia (aunque no siempre cumplida) legislación existente en La Rioja para proteger los recursos naturales y el patrimonio cultural. En el otro caso, se adjuntaron al texto algunos documentos de sumo interés. Por un lado, el informe elaborado por el Instituto Superior de Estudios Ambientales (ISEA) de la Universidad Nacional de Córdoba respecto de las “Condiciones y consecuencias de la explotación minera en distintos yacimientos en Argentina”, que sirviera de fundamento para que dicha Universidad rechazara los fondos provenientes de Minera La Alumbra (un debate que aún no está saldado). Por otro, una serie de documentos relativos a las denuncias e investigaciones realizadas por el fiscal general de Tucumán, el Dr. Antonio Gómez, contra Minera La Alumbra por estafa al Estado nacional y por contaminación ambiental.

Estas cinco respuestas condensan sólo una porción de la variabilidad de opiniones que seguramente tendrán cada uno de los 700 miembros de la SAA. Creemos que el relativamente escaso número de respuestas recibidas no se debe a una falta de interés de los socios sino que, por el contrario, podría ser indicativo de los variados intereses que están en juego en este terreno. Entendemos que es importante la generación de un debate social amplio en torno a este tema tan controvertido.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a quienes se preocuparon y destinaron su tiempo para enviar sus opiniones y experiencias.

NOTAS

- ¹ Una sexta respuesta recibida en el marco de nuestra convocatoria no versaba sobre minería, sino sobre la preocupación de una socia sobre la pérdida del patrimonio arqueológico como resultado de un denominado “goteo de piezas” constante tomando como ejemplo dos museos puntuales del NOA.
- ² Si bien no hemos recibido una comunicación formal, no desconocemos que también hay socios que consideran que los proyectos de megaminería, en la medida en que deben ser precedidos de estudios de impacto sobre los recursos arqueológicos, generan mucha y valiosa información arqueológica.

MEMORIA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

1 DE JULIO DE 2011 AL 30 DE JUNIO DE 2012

Durante la Asamblea General Ordinaria celebrada el día 15 de diciembre de 2011 fue elegida la Comisión Directiva y el órgano de Fiscalización, titulares y suplentes para el período 1° de enero de 2012 al 31 de diciembre de 2013.

La Comisión Directiva saliente, integrada por:

| | |
|-------------------------|----------------------|
| Presidenta: | Verónica I. Williams |
| Secretaria: | Mónica A. Berón |
| Tesorera: | Cristina Bellelli |
| Vocal Titular Primero: | Luciano Prates |
| Vocal Titular Segunda: | Laura Miotti |
| Vocal Suplente Primero: | Ramiro Barberena |
| Vocal Suplente Segunda: | Roxana Boixadós |
| Revisor de Cuentas: | S. Iván Pérez |
| Revisora de Cuentas: | Sonia L. Lanzelotti |

Fue reemplazada por la única lista presentada, integrada por:

| | |
|-------------------------|----------------------|
| Presidenta: | Verónica I. Williams |
| Secretaria: | Sonia L. Lanzelotti |
| Tesorera: | Cristina Bellelli |
| Vocal Titular Primero: | Mónica A. Berón |
| Vocal Titular Segunda: | Laura Miotti |
| Vocal Suplente Primera: | Patricia Madrid |
| Vocal Suplente Segunda: | Carolina Crespo |
| Revisora de Cuentas: | Valeria Bernal |
| Revisora de Cuentas: | Lorena Rodríguez |

SOCIA HONORARIA DE LA SAA

En el marco de la Asamblea General Ordinaria se nombró Socia Honoraria de la SAA a la Dra. Myriam N. Tarragó. El discurso de homenaje estuvo a cargo de la Lic. Cristina Scattolin.

TRABAJO EDITORIAL

RELACIONES de la SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

Se continuó trabajando en la actualización de la revista *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, más específicamente con la adecuación a los nuevos estándares académicos internacionales. En este sentido, se decidió aumentar la frecuencia de la publicación que, a partir de este año, deja de ser anual y pasa a ser semestral. Este cambio viene acompañado por la distribución digital *on-line* y de acceso libre que se suma a la versión impresa. Para el mes de julio de 2012 se finalizó con el escaneo de los volúmenes de *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*

que no contaban con versión digital (actividad iniciada en años anteriores) y se colgaron a la página web –con acceso gratuito para todo el público interesado– desde el volumen I (1937) hasta el XXVII (2002). Entre julio y diciembre de 2012, además, se subieron los volúmenes XXVIII (2003) a XXXVI (2011), de modo que hemos logrado la disponibilidad *on-line* de la colección completa de la revista, que puede hallarse en www.saantropologia.org.ar/relaciones.htm.

Además, se trabajó en la indización. Al finalizar este año, la revista se halla en el catálogo de Latindex (Folio 7380), en Dialnet (Grupo C), en Hollis (Catalog Number 000178697), en el Handbook of Latin American Studies, en el Catálogo Colectivo de REBIUN, en Naturalis (FCNyM-UNLP) y SeDiCi (UNLP) y estamos gestionando la inclusión en nuevos índices.

Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVII (2012)

En el mes de agosto de 2011 se envió a los socios la convocatoria para presentar artículos inéditos para este volumen. La convocatoria finalizó el 31 de octubre de 2011. El Comité Editorial estuvo conformado por Verónica I. Williams (Directora), Analía Canale, Valeria Cortegoso, Nora Franco, Paula González, Cecilia Hidalgo, Leandro Luna, Valeria Palamarczuk y Florencia Tola. Además, se incrementó el número de integrantes del Comité Científico Asesor: a los Dres. Carlos Aschero, Ana María Lorandi, José Antonio Perez Gollán y Alejandra Siffredi, se sumaron Francisco Carnese, Isabelle Combès, Jean-Pierre Chaumeil Tom Dillehay, Adriana Piscitelli, Felipe Criado Boado, Manuel Francisco Mena Larrain, Tristan Platt y Alexandre Surrallés. En el mes de noviembre de 2012 culminaron las tareas de edición del volumen y se entró en la etapa de impresión de 600 ejemplares.

Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVI (2011)

En el mes de diciembre de 2011 se publicó el volumen XXXVI, que fue presentado por la Dra. Verónica I. Williams en el marco de la Asamblea General Ordinaria. En el transcurso de 2012 se completó la distribución de ejemplares a todos los socios con cuota al día.

CANJE INTERBIBLIOTECARIO NACIONAL E INTERNACIONAL

Se completó el envío de ejemplares por el canje nacional e internacional del tomo XXXVI (2011). La SAA continúa realizando el canje interinstitucional con 60 entidades nacionales, así como con 55 instituciones de diferentes países: Alemania, Australia, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, España, Francia, Honduras, Italia, Inglaterra, Japón, México, Perú, Paraguay, Portugal, Suecia, Uruguay y Venezuela. Se respondió a la solicitud de bibliotecas nacionales y extranjeras enviando números faltantes de *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, así como tomos anteriores, a los representantes del interior. Se realizó la venta a librerías y distribuidores y también durante la celebración de congresos o jornadas científicas (VI Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina, VIII Jornadas de Arqueología de la Patagonia, Jornadas de Estudios Andinos).

COLECCIÓN TESIS Y SERIE PUBLICACIONES

Continuó el trabajo editorial de la Sociedad relacionado con las colecciones Tesis Doctorales

y Tesis de Licenciatura y de la Serie Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología que se inició bajo la dirección de la Dra. Lidia Nacuzzi (1998-2005), siguió dirigido por la Dra. Victoria Horwitz (2006-2010) y que actualmente está a cargo del Dr. Leandro Luna.

En el período comprendido en esta Memoria se finalizó con la edición de los siguientes títulos:

Colección Tesis de Licenciatura

- 2011. *Temporalidad y rítmicas culturales en grupos mocovés*, Gonzalo Iparraguirre. Fecha de publicación: octubre de 2011. ISBN 978-987-1280-20-9.

Colección Tesis de Doctorado

- 2011: *Abipones en las fronteras del Chaco. Una etnografía histórica sobre el siglo XVIII*, Carina Lucaioli. Fecha de publicación: julio de 2011. ISBN 978-987-1280-19-3.

Serie Publicaciones de la SAA

- 2011. *Los cazadores-recolectores del extremo oriental fueguino. Arqueología de Península Mitre e Isla de los Estados*, de A. Zangrando; M. Vázquez y A. Tessone (comps.). Fecha de publicación: noviembre de 2011. ISBN 978-987-1280-21-6.
- 2012. *Paleoecología humana en el sur de Mendoza: perspectivas arqueológicas*, de Gustavo A. Neme y Adolfo F. Gil (compiladores). En octubre de 2012 comenzó la diagramación del texto, y será publicado a fines de este mismo año.
- 2012. *Memorias para las historias de El Manso*, de María Soledad Caracotche, Laura Margutti, Sebastián Cabrera y Demián Belmonte. Coeditado con la Administración de Parques Nacionales, el Equipo de Arqueología de la Comarca Andina del Paralelo 42° y la Reserva de la Biósfera Andino-Norpatagónica.

OTRAS EDICIONES

La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología

En el mes de diciembre de 2011 se terminó de imprimir *La Zaranda* N° 7. En esta tirada se imprimieron 100 ejemplares en papel para distribuir entre autores, bibliotecas y otras instituciones; pero también se publicó en soporte digital.

Durante este período el comité editorial ha abocado su trabajo al ingreso de la revista a la plataforma SciELO (Scientific Electronic Library Online-CAYCIT), lo cual implicó el perfeccionamiento de algunos miembros mediante la asistencia a cursos y la modificación de las normas editoriales para ajustarlas a los requisitos de SciELO. Luego de la capacitación del comité, hasta junio de 2012 se realizó el procesamiento de los cuatro últimos volúmenes: 2010, 2011 (vol. 1 y 2) y 2012 (vol. 1), requisito para ingresar a la plataforma en el segundo semestre de 2012.

Con respecto a otras indizaciones, *La Zaranda* ha ingresado al Directorio de Revistas de Acceso Abierto (DOAJ) (<http://www.doaj.org>), luego de una rigurosa evaluación (<http://www.doaj.org/openurl?genre=journal&issn=16697456>). Asimismo, la publicación aplicó a los índices de REDALYC (en evaluación) y EBSCO (se realizó la firma del convenio y aún se aguarda la confirmación final). Para mejorar la visibilidad en la web se continúa con la actualización de la página de la revista (www.lazarandadeideas.com.ar) y la promoción y difusión en distintos medios (e.g., Facebook).

Durante este período se han incorporado al Comité Editorial: Celeste Samec (Licenciada, FFyL, UBA), Mariana Ocampo (estudiante, FFyL, UBA), Ana Guarido (estudiante, FFyL, UBA) y Miranda Rivas (estudiante, FFyL, UBA).

Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana

Durante este período, el Comité Editorial de la Revista trabajó en la edición de los textos aceptados para el número 5, que consta de siete trabajos y la publicación de un documento histórico. El número salió publicado en el mes de diciembre de 2011 y consta 178 páginas.

Durante el mes de noviembre de 2011, se realizó el seminario “De objetos y documentos: pasado y presente de la arqueología histórica en Argentina” en el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. El seminario contó con tres conferencias magistrales dictadas por los doctores Gustavo Politis, Facundo Gómez Romero y Marcelo Weissel.

En el mes de junio de 2012 se firmó el nuevo convenio entre la SAA y el Comité Editorial de la Revista para la edición de los números 6 (2012) y 7 (2013).

PRESENTACIÓN DE LIBROS Y REVISTAS

- El día 20 de abril de 2012, en nuestra sede del Museo Etnográfico, se presentó el libro *Los cazadores-recolectores del extremo oriental fueguino. Arqueología de Península Mitre e Isla de los Estados*, de Atilio Francisco Zangrando, Martín Vázquez y Augusto Tessone (comps.), editado por la Sociedad Argentina de Antropología. Los comentarios estuvieron a cargo de Leandro Luna (Director de la Serie Publicaciones de la SAA) y de Luis Abel Orquera.

- El día 28 de abril de 2012, en el marco de la 38° de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, se presentó el Número 7 de *La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología*, editada por la Sociedad Argentina de Antropología.

- El día 28 de abril de 2012, en el marco de la 38° de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, se presentó el Número 5 de la *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, editada por la Sociedad Argentina de Antropología. Los comentarios estuvieron a cargo de Carlos Landa, Ezequiel Montanari y Nicolás Ciarlo.

CURSOS, CONFERENCIAS Y OTRAS ACTIVIDADES

- *Jornada de Homenaje al Dr. Alberto Rex González*, coorganizada junto con el Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Realizada el día 30 de mayo de 2012 con la participación de investigadores, familiares y amigos.

- Convocatoria a los socios para conocer sus opiniones y experiencias en torno a la relación entre megaminería y patrimonio, que permaneció abierta entre el 24 de febrero y el 20 de abril de 2012. Los resultados se publican en el presente volumen bajo el formato de Notas.

- *Ciclo de conferencias sobre “Temas de Arqueología del Nordeste”*, organizadas por nuestra representante en la ciudad de Rosario, Dra. Carolina Barboza, en forma conjunta con la Dirección de Patrimonio Cultural, dependiente de la Secretaría de Cultura de la Universidad Nacional de Rosario y el Centro de Estudios Interdisciplinarios en Antropología de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR, en conmemoración del 75° Aniversario de la creación de la Sociedad Argentina de Antropología. Las conferencias se dictaron entre los meses de septiembre y octubre de 2011, y en ellas se abordaron las siguientes temáticas:

- “Arqueología del Fuerte Sancti Spiritu: Descubrimiento y Estudio del primer asentamiento español en Argentina”, a cargo de los Lic. Gabriel Cocco (Museo Etnográfico y Colonial “Juan de Garay” de la ciudad de Santa Fe), Fabián Lettieri (Museo Histórico Provincial “Dr. Julio Marc” de la ciudad de Rosario) y Guillermo Friteggotto (Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe).
 - “Cerritos, jerarquía social y horticultura en el delta Superior del Paraná” a cargo del Dr. Mariano Bonomo (UNLP- CONICET).
 - “Poblamiento temprano en la Provincia de Santa Fe. Investigaciones arqueológicas en la Laguna El Doce, Distrito San Eduardo, Departamento General López”, de los Lic. Juan David Ávila, Jimena Fernández Cornaglia y Carolina Gabrielloni (CEIA – FHUMyAR - UNR).
- Cursos organizados por *La Zaranda de Ideas* con el auspicio de la SAA:
- “Introducción a la microarqueología: definiciones, técnicas de recuperación y análisis y aplicaciones”, dictado por Débora Kligmann (agosto 2011).
 - “Las múltiples caras de una cerámica arqueológica”, dictado por Patricia Solá, Rita Plá e Irene Lantos (junio 2012).

MENCIONES ESPECIALES

Por el fallecimiento del Dr. Rex González, el día 28 de marzo de 2012; y de la Dra. Betty Meggers el día 2 de julio de 2012.

AUSPICIOS, ADHESIONES Y DECLARACIONES

- Declaración de repudio a los hechos de violencia y represión acaecidos durante las manifestaciones de protesta en varias localidades del Noroeste argentino en oposición a la instalación de emprendimientos de megaminería transnacional. Día 24 de febrero de 2012.
- Nota de adhesión a la Jornada de Homenaje al Profesor Emérito Dr. Alberto Rex González, organizada por las autoridades de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la UNPL, desarrollada el día 15 de agosto de 2012.
- Adhesión a la reunión “Arqueología del Período Formativo en Argentina: un encuentro para integrar áreas y subdisciplinas, revisar significados y potenciar el impacto de las investigaciones en curso”, realizada en el mes de abril de 2012 en Tafí del Valle y organizada por el Instituto de Arqueología y Museo de la Facultad de Ciencias Naturales e IML de la Universidad Nacional de Tucumán.
- Auspicio institucional a las Jornadas en Conmemoración de los 100 años del fallecimiento de Florentino Ameghino, organizadas por el Museo Municipal de Ciencias Naturales “Carlos Ameghino” de la ciudad de Mercedes, realizadas los días 26 y 27 de octubre de 2011.
- Auspicio institucional a las VIII Jornadas de Arqueología de la Patagonia, desarrolladas entre el 3 y el 7 de octubre de 2011 en la localidad de Malargüe, provincia de Mendoza.
- Auspicio institucional a las X Jornadas Nacionales de Antropología Biológica, desarrolladas en la ciudad de La Plata durante los días 25 al 28 de octubre de 2011 y a cuya inauguración asistió la presidenta de la SAA, Dra. V. Williams.

- Auspicio institucional al VI Congreso de Arqueología de la Región Pampeana, desarrollado entre el 20 y el 23 de septiembre de 2011 en la ciudad de La Plata.
- Apoyo institucional para la organización de las IX Jornadas de Arqueología de la Patagonia, a realizarse en la ciudad de Coyhaique (Chile) en el año 2014.

GESTIONES

- Se estableció comunicación con la Comisión Organizadora del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina a realizarse en el mes de abril de 2013 en la ciudad de La Rioja. La SAA ofreció su colaboración para la realización del evento y propuso que se les otorgara un descuento en la inscripción a los miembros de la SAA. Si bien la comisión agradeció el ofrecimiento, lo rechazó sin fundamentación.
- Se redactó el “Reglamento para la solicitud y otorgamiento de apoyo institucional de la Sociedad Argentina de Antropología para la realización de eventos”, que entró en vigencia a partir del 1 de noviembre de 2012, tras su aprobación por la Comisión Directiva.
- Se elaboró un documento que sintetiza los resultados de la convocatoria interna, dirigida a conocer las opiniones, posiciones y experiencias de los miembros de la Sociedad Argentina de Antropología en torno al impacto de la megaminería sobre la sociedad y el patrimonio.
- Se designó a la Dra. Mónica Berón como representante de la SAA ante la Comisión de Redacción del Protocolo de Consentimiento Previo, Libre e Informado, organizado por la Secretaría de Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable. Se participó de dos reuniones de esta Comisión.
- Se tramitó ante del Fondo Nacional de las Artes la solicitud de un subsidio para la impresión de la revista *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVII, Números 1 y 2 (2012).

TAREAS ADMINISTRATIVAS

- Se cumplió con la entrega de documentación requerida por la Inspección General de Justicia, para mantener la vigencia de la personaría jurídica.
- Se actualizaron los datos de la SAA ante el CENOC (Centro de Organizaciones de la Comunidad) dependiente del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.
- Se actualizó y completó el listado de contactos de socios por correo electrónico y se continuó con la distribución de la información de interés entre ellos.
- En relación con la presentación cursada al CAICYT en julio de 2010 para el ingreso de *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* al Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas, en febrero de 2012 recibimos, por correo electrónico, la notificación de que ésta había sido denegada, y que en el corto plazo recibiríamos la Resolución del CONICET junto con el dictamen de la Comisión Asesora con las recomendaciones del caso. A la fecha no hemos recibido la documentación, por lo que se comenzó con los reclamos pertinentes.

- Se renovó la cuota anual de la Cámara Argentina del Libro, que facilitó el envío de diversas publicaciones con un costo inferior al de la tarifa del Correo Argentino.
- Se continuó con el inventario de la biblioteca de la SAA, y se incluyeron publicaciones recibidas por canje, donaciones de libros y revistas de edición propia.
- Se designó a la Lic. María Florencia Becerra como representante de la SAA en la provincia de Tucumán (en reemplazo de Salomón Hocsman), y a Violeta Di Prado en la ciudad de La Plata (en reemplazo de Clara Scabuzzo).
- Cobro de cuotas sociales: se mantiene la cuenta corriente en el Banco Río, sucursal 203 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, para facilitar el cobro de las cuotas, que además pueden ser abonadas en:
 - **Ciudad Autónoma de Buenos Aires:**
 - Museo Etnográfico: Mónica Berón o Sonia Lanzelotti
 - Instituto de Arqueología (FFyL): Isabel González o Magdalena Frere
 - INAPL: Cristina Bellelli o Gabriela Guraieb
 - FFyL: Ingrid De Jong
 - **Provincia de Buenos Aires:**
 - Ciudad de La Plata: Clara Scabuzzo / Violeta Di Prado
 - Ciudad de Olavarría: María Clara Álvarez
 - **Provincia de Catamarca:** Patricia Escola
 - **Provincia de Córdoba:** Bernarda Marconetto
 - **Provincia de Jujuy:** Beatriz Cremonte
 - **Provincia de Mendoza:** Miguel Giardina
 - **Provincia de Santa Fe:**
 - Ciudad de Santa Fe: Gabriel Cocco
 - Ciudad de Rosario: Carolina Barboza
 - **Provincia de Tierra del Fuego:** Mónica Salemme
 - **Provincia de Tucumán:** María Florencia Becerra
- Continuamos actualizando la página web de la Sociedad (www.saanropologia.org.ar), con la colaboración de Catriel Greco.
- Se llevaron a cabo los estados contables y el informe del Revisor de Cuentas del ejercicio 2011-2012. El balance estuvo a cargo del contador Javier Guerra del Estudio Chicote.
- Fue necesario realizar reparaciones a la puerta y al techo de nuestra oficina en el Museo Etnográfico.
- Se inició la actualización del padrón de asociados. Con dicho objetivo nos comunicamos en forma individual con cada uno de los socios que registraban más de tres años de cuotas impagas, a fin de conocer su interés en continuar perteneciendo a la SAA y para indicar, en cada caso, el monto adeudado en concepto de cuota social. Se señaló al día 31 de octubre de 2012 como plazo máximo para la cancelación de las deudas, condición ésta para mantener la membresía.
- Se aceptaron las solicitudes de asociación de 23 nuevos socios, con lo cual el total de asociados alcanza a más de 725 al momento de cerrar esta Memoria.

Recursos

Los recursos de la Sociedad Argentina de Antropología están constituidos exclusivamente por el aporte de los socios y, eventualmente, por alguna donación y obtención de subsidios. Con estos ingresos se abonan las erogaciones inherentes al funcionamiento administrativo, a la publicación de *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* y a los gastos de correo para el envío de publicaciones a los socios y para mantener el canje nacional e internacional.

Sonia L. Lanzelotti
Secretaria

Verónica I. Williams
Presidenta

NORMAS EDITORIALES E INFORMACION PARA LOS AUTORES

RELACIONES es una publicación semestral de la Sociedad Argentina de Antropología dedicada a publicar artículos, notas y comentarios inéditos basados en investigaciones que brinden información original acerca de las diversas especialidades de la Antropología (Arqueología, Antropología socio-cultural, Bioantropología, Etnohistoria, Lingüística y disciplinas afines), que proporcionen conclusiones relevantes y útiles para la comunidad científica. Se recomienda enviar **ARTÍCULOS** de síntesis, resultados de varios años de investigación en temas teóricos y/o metodológicos con un alto grado de avance en las principales áreas temáticas de la antropología, arqueología, etnohistoria, folklore y antropología biológica. Las **NOTAS** deben orientarse a la breve presentación de problemas o hallazgos de relevancia para la discusión de temas generales. Con ello se busca que *Relaciones* presente panoramas completos de los temas de investigación actuales en el país que sean de utilidad al público local e internacional. Las **NOTAS** sobre temas específicos serán consideradas de la misma jerarquía que los artículos y enviadas a evaluar como los anteriores. Los **COMENTARIOS** corrigen errores sobre publicaciones anteriores o bien proveen nuevos datos considerados de importancia en relación con otros trabajos previamente aparecidos en esta revista. Asimismo, pueden incluirse secciones temáticas (que no ocupen más de un tercio de la revista), reseñas de libros y/o simposios y obituarios que serán solicitados oportunamente por el Comité Editorial.

Política Editorial: La revista publica preferentemente artículos de los miembros de la Sociedad Argentina de Antropología **CON CUOTA AL DIA**, aunque el Comité Editorial puede solicitar artículos a especialistas que no sean socios. Los manuscritos enviados para su publicación por no-socios deben ser acompañados por un derecho de edición no reembolsable cuyo valor se determinará en el momento de realizarse la convocatoria correspondiente. La evaluación del manuscrito no comenzará hasta que este requisito no haya sido cumplimentado. En caso de que los trabajos presentados para un volumen excedan el espacio disponible, el Comité Editorial *ad referendum* de la Comisión Directiva se reserva el derecho de seleccionar aquellos que se publicarán, con el criterio de que los temas referidos a las diversas especialidades de la Antropología, estén equitativamente representados. Sólo se podrá presentar un artículo por persona (como primer autor/a o coautor/a). Una vez publicado, los/as autores/as sólo podrán presentar un nuevo trabajo luego de transcurridos dos números (un año) sin envíos.

Proceso de revisión: El Comité Editorial controlará que los trabajos recibidos se ajusten las normas generales de la convocatoria (incluida su adecuación estricta a las normas editoriales). Los trabajos que no cumplan este requisito serán rechazados antes de su evaluación y los que sí lo hagan serán enviados a dos revisores de reconocida capacidad en el tema tratado por el artículo. El rechazo de un manuscrito por parte de uno de los evaluadores será causa suficiente para su rechazo definitivo salvo en casos particulares que, frente a dictámenes divergentes, el Comité Editorial considere conveniente una reconsideración con el concomitante envío a un tercer evaluador, el cual puede ser un miembro del mismo Comité Editorial. Aquellas contribuciones que hayan sido aceptadas serán remitidas a los autores a fin de efectuar, si las hubiera, las correcciones sugeridas. Una vez realizadas y remitidas las correcciones sólo se enviará a los autores la prueba de edición del correspondiente número de la revista, con el único objeto de chequear errores tipográficos. No se admitirá reescritura del texto en esta instancia. Todo cambio o adición representa tan sólo una sugerencia, que puede no ser tenida en cuenta por los editores.

Derechos y obligaciones: Una vez enviado un trabajo a *Relaciones*, los/as autores/as se comprometen a no presentar el mismo a otra publicación. Los autores son responsables del contenido

de sus contribuciones, de la exactitud de las citas y referencias bibliográficas y del derecho legal de publicar el material propuesto, por lo que deben obtener el permiso para reproducir figuras y datos protegidos por *copyright*. La Sociedad Argentina de Antropología no ofrece retribución monetaria por los manuscritos, ni servicios tales como tipeado, impresión, fotocopiado, diseño, cartografía, montaje de ilustraciones y traducción, los que quedan a cargo de los/as autores/as. Los/as autores/as podrán presentar figuras en color asumiendo los costos extras que ello implique.

Las contribuciones no deben exceder el límite de páginas estipulado: cuarenta (40) páginas para los **Artículos**, diez (10) para las **Notas** y cinco (5) para los **Comentarios**, escritas a interlineado doble con letras *Times New Roman* en cuerpo 11 en todas sus secciones (incluyendo tablas), en hojas numeradas, tamaño A4. El total de páginas incluye Título en castellano y en inglés, Resumen y *Abstract* (sólo para los artículos), texto, bibliografía, figuras y tablas. Los márgenes superior e izquierdo deben ser de 4 cm y los márgenes inferior y derecho de 2 cm. El Comité Editor se reserva el derecho de rechazar, o devolver para su corrección, aquellos trabajos excesivamente largos.

Presentación: Los trabajos deben ser presentados en programa Word para Windows y enviar una copia papel y una copia electrónica al Comité Editorial. La copia deberá ser acompañada por una carta con nombres, direcciones, correo electrónico de los/as autores/as y, en caso de trabajos en co-autoría, se especificará cual de ellos actuará como mediador con el Comité Editorial.

Envíos: la presentación completa debe enviarse a:
Comité Editor de Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología
Moreno 350
(CP 1091) Ciudad de Buenos Aires.

GUÍA DE ESTILO

1. Orden de las secciones

Los manuscritos deben contar con las siguientes secciones:

1) **Título** en mayúsculas, en negrita, centralizado, sin subrayar, en **español e inglés**.

2) **Autor/es** (en mayúscula sólo las iniciales), en el margen derecho, separados por una línea de espacio del título y del resumen. Cada autor con llamada a pie de página indicando lugar de trabajo y/o pertenencia institucional y académica sin abreviaturas y dirección de correo electrónico. La filiación institucional debe respetar el siguiente orden sin usar abreviaciones:

- Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Instituto de Arqueología, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-mail: usuario@gmail.com

-Universidad Nacional de Jujuy, Facultad de Humanidades y ciencias sociales, Centro Regional de Estudios Arqueológicos, E- mail: usuario@yahoo.com.ar

3) **Resumen y Abstract** de 150 palabras como máximo y cinco **palabras clave** en español e inglés. El resumen de un trabajo representa una pieza muy importante del mismo, ya que puede alentar o desalentar la decisión de leerlo. Sugerimos efectuar una síntesis de los contenidos y conclusiones del escrito, referir datos novedosos allí presentados y aludir especialmente a la relevancia del manuscrito. El resumen no debe repetir textualmente contenidos del trabajo, no ser una introducción al trabajo, ni restringirse a enumerar las secciones que este último contiene,

sino que debe presentar un panorama de los puntos temáticos sobre los que versa, invitando al lector a interesarse por el material. Las palabras clave (no claves) van sin mayúsculas, a menos que la palabra lo amerite, y separadas entre guiones cortos.

4) **Texto** con subtítulos primarios colocados en el margen izquierdo, en mayúsculas sin subrayar; subtítulos secundarios en el margen izquierdo, en minúsculas, cursiva; subtítulos terciarios se colocarán sobre el margen izquierdo, sin cursiva. Cada subtítulo estará separado del texto anterior y posterior por doble espacio. Los párrafos comenzarán con sangría de un tabulado y no se dejará doble espacio entre ellos. El margen derecho debe estar justificado y no deben separarse las palabras en sílabas.

5) **Agradecimientos.** Todo tipo de apoyo recibido para efectuar el trabajo debe ser citado: financiero, institucional, intelectual y técnico (por ej. diseño gráfico, traducción del resumen, entidades financiadoras, etc.).

6) Las **Notas** deben ser usadas con moderación, para proveer información adicional absolutamente necesaria o para aclaraciones sólo cuando la inclusión de dicha información en el texto interrumpa su fluidez por agregar demasiado detalle o un punto particular o por agregar material tangencial a la argumentación en curso. Las notas deben agregarse en una nueva página después de los Agradecimientos, bajo el encabezado primario de NOTAS.

7) **Bibliografía.** Todas las referencias citadas en el texto y en las notas deben aparecer en la lista bibliográfica y viceversa. Debe ser alfabética, ordenada de acuerdo con el apellido del primer autor. Dos o más trabajos del mismo autor, ordenados cronológicamente. Varios trabajos del mismo autor y año, con el agregado de una letra minúscula luego del año (sin espacio). Se recomienda no asignar más del 10% del total de páginas del artículo a la bibliografía.

8) **Títulos de las figuras y tablas**

2. Elementos del texto

2.1 Números, valores y cantidades

Cuando se utilizan números cardinales en medio de una oración, todos los números por encima del 30 (treinta) deben expresarse en números arábigos. Los números cero a treinta se expresan con palabras (31 en adelante con números). Cuando en una oración u oraciones estrechamente vinculadas aparecieran conjuntamente números mayores y menores a 30, deberán expresarse todos en números arábigos (por ej.: se detectaron 45 puntas de proyectil, 31 pedunculadas y 14 apedunculadas). Los decimales se expresan con comas y no con puntos: 5,99. No hay que usar espacios entre los números y los signos como el % o \$, por ej.: 63%, \$40, 20°C, ¹⁴C, etc. Utilice punto y coma para separar cantidades, por ejemplo: 5.000; 10.000; 75.000. Los números que encabezan una oración deben expresarse con palabras, por ejemplo: “Diez mil años de historia...”, “Tres de los sitios analizados...”. Los números ordinales siempre se expresan con palabras, por ejemplo: “Durante la tercera rueda de entrevistas...”, “La primera excavación...”.

Todas las medidas de distancia, área, volumen y peso deben ser expresadas en el sistema métrico decimal. Se deben utilizar entonces, centímetros, metros, kilómetros, litros, gramos y hectáreas y no pulgadas, pies, millas, etc. Las unidades métricas deben ser abreviadas sin puntos y sin pluralizar. Ejemplos: 18 cm, 3 m, 12 km², 28 ha, 2 l (por litro) kg, g (por gramo) (NO: cms.,

mts. Kms², has, etc., ni m., cm., etc.). Todas las medidas deben ser expresadas acompañando a números arábigos y abreviados, excepto cuando son usados de modo no específico o aparecen al comienzo de la oración. Ejemplos: “Varios metros cúbicos de relleno...”. “Tres kilómetros desde el sitio...”. Los puntos cardinales se pondrán con la palabra completa en minúscula (norte, sur, este, oeste) o bien con inicial mayúscula sin punto (N, S, E, O). La ubicación por coordenadas se expresará sin dejar espacios (S22°8’20” y O65°35’28”).

Las cantidades expresadas en números llevan punto a partir de los millares. Ejemplos: 2.000.000 de personas o 1.700 ha. En el caso de los millones, tratar de evitar su uso y escribir “un millón”, “31 millones”. Los años exactos como 1520, 1748 o 26 de febrero de 2008, no llevan punto (incluidas las cantidades de años tipo 3000 AP). Tampoco llevan punto los códigos postales y las direcciones. Para referirse a décadas, no usar “la década del 90”, sino “la década de 1990”. Es recomendable utilizar “en los años cuarenta” y no “en los años ‘40”.

2.2 Edades y datos radiométricos

En todas las categorías de publicación (artículos, notas, comentarios, etc.) en las cuales los datos son informados por primera vez, las siguientes convenciones deben ser empleadas. Si los datos fueron publicados en otro lugar por primera vez sólo es necesario citar esa referencia (con número de página/s).

Las edades radiocarbónicas no calibradas deben:

1. estar expresada en “años AP” (nótese que no se utiliza punto en AP);
2. estar seguida por 1-sigma desvío estándar tal cual es informado por el laboratorio;
3. incluir el número de identificación dado por el laboratorio;
4. determinar qué material fue datado (por ej., madera carbonizada, marlo de maíz, hueso);
Ejemplo: 3680 + 60 años AP (Pta-3964; hueso).
5. citar carbono catorce con superíndice y mayúscula: ¹⁴C

Los fechados calibrados deben ser siempre identificados como tales, usando las convenciones cal d.C. o cal a.C. (nótese el lugar que ocupa y la puntuación de cal, a.C., d.C. o A.D.). Los autores deben identificar la calibración particular utilizada, deben indicar si la calibración está hecha con 1 sigma o con 2 sigma (2 sigma es preferido), y presentar la edad calibrada como un rango de la edad calendario (o rangos cuando más de uno es posible).

2.3 Citas textuales

Las citas textuales de más de tres líneas deben escribirse en párrafos con una sangría en el margen izquierdo y estarán separadas del resto del texto por doble espacio antes y después. No se escribe en itálica y no llevarán comillas, ni puntos suspensivos iniciales en las oraciones ya iniciadas. El cuerpo tipográfico en estas citas se reduce a 10. Las citas textuales de tres líneas o menos se incorporan al texto entrecomilladas y no se escriben en itálica. En este caso, el cuerpo tipográfico es el mismo que el del resto del texto y se escribe a continuación entre paréntesis el autor o la fuente y la/s página/s o folio/s (por ej. Rodríguez 1970:15). Utilice comillas sencillas (‘’) sólo cuando es necesario utilizarlas dentro de una cita textual.

En el caso de citas de fuentes documentales, desplegar las abreviaturas, modernizar la ortografía, pero respetar la grafía de topónimos y gentilicios. Citar, en la primera vez, el nombre del archivo o

repositorio en forma completa seguido por la sigla entre paréntesis. Por ejemplo: Archivo General de la Nación (AGN). Luego seguir utilizando sólo la sigla.

2.4 Ortografía y gramática

Se debe utilizar como autoridad para las reglas de ortografía y gramática la última edición de la *Ortografía de la Lengua Española* y del *Diccionario de la Real Academia Española*.

2.5 Abreviaturas y siglas

Se ruega evitar el uso de abreviaturas: doctor (no Dr.), señor (no Sr.), fray (no Fr.), figura (no fig.). Constituyen excepciones las unidades métricas (véase sección 2.1) y otras que se detallan a continuación: etc. (lleva punto), por ej. (abreviado para decir “por ejemplo” en el interior de un paréntesis), f. (para folio y folios con una sola f y con punto), p. (para página/s (con una sola p y con punto), nº (para número va con minúscula), *cfr.* (para compárese o véase), *s/f* (para sin fecha).

Otras excepciones las constituyen los acrónimos (siglas) de largos títulos de agencias, instituciones, etc., los cuales serán mencionados frecuentemente en el texto. La primera vez que se nombra a una institución debe escribirse el nombre completo seguida entre paréntesis la sigla sin punto. Ejemplo: Universidad de Buenos Aires (UBA), Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). La segunda vez que se nombra se incluye directamente la sigla en mayúscula, sin paréntesis y sin punto: AGN, AGI, ONU, UNESCO, OMS. Cuando son en plural llevan punto (tratar de evitarlas): EE.UU., FF.AA. Es recomendable evitar el uso de abreviaturas en otros idiomas cuando existan equivalentes en español.

2.6 Itálica, comillas y negrita

No exagerar en el uso de entrecorillados y, en el caso de hacerlo, utilizar comillas inglesas (“”). Evitar en la medida de lo posible las referencias “*op. cit.*” o “*ibidem.*”, así como el uso de **negrita** o **bold** en el texto. Se escribirán en *itálica/bastardilla* las palabras o frases que el autor crea necesario destacar y las palabras en latín (por ej. *et al.*, *latu sensu*, *a priori*, *in situ*, *corpus*, *ad hoc*, *ca.* etc.) y en lenguas extranjeras (por ej. *forager*). Deben italicizarse además: los nombres científicos (*Homo sapiens sapiens*; *Spondylus* sp.), los títulos de libros, revistas, poemas y otros trabajos literarios cuando se incluyen dentro del texto y las letras que representan variables matemáticas.

2.7 Mayúsculas y minúsculas

Deberán ir en minúscula: tabla, figura, días de la semana, meses, puntos cardinales, accidentes geográficos (sierra, monte, bahía, valle, río), cargos (ministro/s, presidente/s, gobernador/es, general/es), provincia, partido y sustantivos gentilicios (argentino, afgano, catalán, tehuelche, diaguita, yámana, tucumano, inca/inka). No se aconseja el uso de mayúsculas para las regiones, por ej.: región pampeana, sí para “Pampa”, “Mesopotamia” o “Patagonia”. Se debe utilizar mayúscula para nombres de áreas arqueológicas y geográficas (por ej. América, Pilcomayo, Salta, Argentina), estilos cerámicos (por ej. cerámica Belén) y nombres taxonómicos con el nivel de género y de mayor jerarquía taxonómica. En la bibliografía no deben ponerse en mayúscula los términos principales del título de los libros.

3. Tablas y figuras

Además del texto, los trabajos sólo contarán con figuras y tablas (no se permite el uso de rótulos como lámina, mapa, foto, gráfico, cuadro, etc.). Las figuras y tablas no se incluirán en el texto, pero se indicará en cada caso su ubicación en el mismo, utilizando “Ubicación figura 4” o “Ubicación tabla 2”. Deben entregarse numeradas secuencialmente con números arábigos según el orden en que deban aparecer en el texto, con sus títulos y/o epígrafes tipeados en hoja aparte. Las tablas y figuras no deben exceder las medidas de caja de la publicación (13 x 20 cm) y deben estar citados en el texto. Para los epígrafes, se creará un archivo diferente: Epígrafes figuras y tablas.

Todas las tablas y figuras deben estar citadas en el texto, comenzando con tabla 1/figura 1 y continuando secuencialmente. No abrevie las palabras tabla y figura. Ejemplos: (tabla 1) (figura 4), (figuras 1 y 2), (tablas 1-3), (figuras 2, 3, y 7), “Como se ilustra en la tabla 1...”. Se recomienda no poner “(véase figura 3)”, ya que el véase es redundante.

3.1 Tablas

Las tablas consumen tiempo y cuestan mucho trabajo formatearlas en el texto y constituye la única porción del manuscrito que no es procesada electrónicamente por el Comité Editorial. En consecuencia, la presentación de los datos en forma de tablas debe ser utilizada moderadamente. Los datos en una tabla pequeña, por ejemplo, pueden ser a menudo incluidos en el texto sin pérdida de claridad. Sólo cuando los datos que se quiere mostrar son numerosos, se aconseja su presentación en forma de tablas.

Proporcione un título corto para cada tabla, centrado en la parte superior de la página. El título no deberá dar información o describir los resultados ilustrados por la tabla. Ejemplo de un título correcto: Tabla 2. Sumario de las partes esqueléticas de un cementerio familiar. Si una columna de encabezamiento no se aplica a uno de los datos la celda debe ser dejada en blanco. No use “N.A.” para lo que no sea aplicable. Si no hay datos para una celda en particular inserte una guión (-).

Hay tres tipos de notas al pie para tablas. El título de la tabla nunca debería ir al pie. Ubique la información pertinente de una tabla completa en una “nota general” (véase abajo). La información concerniente a la fuente de los datos debe ir tanto en una nota general (si toda la información proviene de una sola fuente) o en una nota al pie específica para una entrada particular, sección, o encabezado.

1. Nota general pertinente a la tabla completa. Ejemplo: Nota: Dato de Kent (1991); todas las dimensiones en mm.

2. Nota específica para entrada, sección, o encabezamiento. Ejemplos:
C = chicos; A = adultos.

Contiene elementos de latón decorativos idénticos a los encontrados en los entierros 2 y 6.
Los datos vienen de Owsley *et al.* (1987).

3. Notas indicando un nivel de significado estadístico. Ejemplo: * $p < .05$.

Nota: Ordene las notas, cada una comenzando en su propia línea, estilo párrafo cortado, en el siguiente orden: nota general, nota específica indicada por letras, y notas de significado indicado por asteriscos.

3.2 Figuras

Todo material ilustrativo debe ser referido como figura. Los originales deben ser profesionalmente dibujados en papel de dibujo de buena calidad o en programas de diseño gráfico (Corel Draw, Illustrator, PhotoShop). Deben tener una muy buena resolución para permitir una impresión de alta calidad, mínimo 300 dpi. Las versiones electrónicas deben ser enviadas en formato gráfico (TIFF preferentemente). La mayoría de las figuras son reducidas antes de la publicación. Las ilustraciones extremadamente complejas con detalles considerables y letras pequeñas podrían no reducirse adecuadamente. Evite ilustraciones con demasiada densidad de figuras o letras. Procure que los caracteres incluidos dentro de las figuras sean los mismos (es altamente recomendable el uso de fuente de tipo Arial Narrow).

El encabezamiento no debe estar escrito dentro de la figura. Cada figura original debe estar numerada al dorso en lápiz, con una referencia en la lista de encabezamientos de figuras. Todos los símbolos de los mapas o caracteres convencionales deben aparecer en la figura, no en el encabezado. Los mapas deben tener flechas de orientación (norte). Use una escala visual cuando incluya en la figura objetos, planos, secciones, etc. No use la leyenda: “un cm equivale a 450 cm”; porque casi todas las figuras son reducidas antes de la publicación, de modo que tales escalas no serán exactas después de la reducción. Use una escala dibujada en la figura, que luego va a ser reducida en la misma proporción que la figura y permanecerá exacta. Las palabras en las figuras deben seguir el estilo de la revista, por ej. cm y no “cm.,” “A.D.” y no “AD” y los acentos deben ser agregados cuando sean necesarios.

Ejemplos de títulos:

Figura 1. Taxones presentes en los sitios: (a) *Lama guanicoe* (guanaco) rótula; (b) *Lama* sp. (camélido) fragmento de húmero.

Nota: sólo letras minúsculas son usadas para identificar secciones de una figura.

Figura 4. Dos vistas de los esqueletos humanos hallados en Arroyo Seco 2: *izquierda*, niño con ajuar; *derecha*, entierro primario de un individuo adulto de sexo masculino. Museo Municipal José Mulazzi, Tres Arroyos. Cortesía J. Domínguez, fotógrafo.

4. Bibliografía

4.1 Citas en el texto

Las referencias bibliográficas irán en el texto siguiendo el sistema autor-año. Ejemplos:

* (Rodríguez 1980) o Rodríguez (1980), (Rodríguez 1980, 1983), (Rodríguez 1980a, 1980b), etc. Nótese que no se usa coma entre el nombre del autor y el año.

* Se citan hasta dos autores; si son más de dos se nombra al primer autor y se agrega *et al.* (con itálica).

* Citas con páginas, figuras o tablas: (Rodríguez 1980:13), (Rodríguez 1980:13-17, 21), (Rodríguez 1980:figura 3), (Rodríguez 1980:tabla 2), etc. Nótese que no se deja espacio entre el año y el número de página.

* Autores diferentes citados dentro de un mismo paréntesis o comentario, deben ir separados por punto y coma (;) y ordenados cronológicamente en primera instancia y alfabéticamente en segunda instancia. Ejemplos:

(Torres 1911; Rodríguez 1980, 1983; Álvarez 2004; García 2004).

*Las comunicaciones personales van sin fecha y sin abreviar, por ej.: (Silvia Rodríguez, comunicación personal).

4.2 Citas en la Bibliografía

Se contemplará el siguiente orden:

Autor/es. Fecha. Título. Publicación, número: páginas. Lugar, Editorial (excepto Revistas periódicas).

Deben ir en cursiva los títulos de los libros o los nombres de las publicaciones. Los nombres de los autores citados deben ir con iniciales y los apellidos deben estar completos.

Si el autor lo considera importante puede citar entre corchetes la fecha de la edición original de la obra en cuestión (tanto en el texto como en la bibliografía, sobre todo en el caso de viajes y/o memorias, por ejemplo: Lista [1878] 1975).

- En el caso de referencias bibliográficas con doble año, citadas en el texto, se colocará 1994-95 y no 1994-1995.

- En el caso de referencias bibliográficas en inglés, se respetarán las mayúsculas de las principales palabras del título sólo si así están consignadas en el original.

- En la bibliografía final, en el caso de manuscritos inéditos, se colocará Ms. al final de la referencia y no se pondrá en itálica el título del trabajo.

Ejemplo de lista bibliográfica:

Libros

Waters, M. R.

1992. *Principles of geoarchaeology: an North American perspective*. Tucson, University of Arizona Press.

Ingold, T., D. Riches y J. Woodburn (eds.)

1988. *Hunters and gatherers. History, evolution and social change*, 1. Berg, Oxford.

D'Orbigny, A.

[1839] 1944. *El hombre americano: considerando sus aspectos fisiológicos y morales*. Buenos Aires, Futuro.

Buikstra, J. y D. Ubelaker

1994. *Standards for data collection from human skeletal remains*. Arkansas Archaeological Survey Research Series No. 44, Fayetteville, Arkansas.

Revistas

Presta, A. M.

1988. Una hacienda tarijeña en el siglo XVII: La Viña de "La Angostura". *Historia y Cultura* 14: 35-50.

1990. Hacienda y comunidad. Un estudio en la provincia de Pilaya y Paspaya, siglos XVI-XVII. *Andes* 1: 31-45.

Ambrossetti, J. B.

1902. Hachas votivas de piedras (pillan toki) y datos sobre rostros de la influencia araucana prehistórica en la Argentina. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural* 2(4): 93-107.

Del Papa, M.

2008. Estructuración espacial de la variación biológica humana en la República Argentina durante el Holoceno tardío final a través de los rasgos epigenéticos craneofaciales. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 10 (2): 21-41.

Capítulos de libros

Borrero, L. A., J. L. Lanata y B. N. Ventura

1992. Distribuciones de hallazgos aislados en Piedra del Águila. En L. A. Borrero y J. L. Lanata (eds.), *Análisis espacial en la arqueología patagónica*: 9-20. Buenos Aires, Ayllu.

Mays, S. y M. Cox

2000. Sex determination in skeletal remains. En M. Cox y S. Mays (eds.), *Human osteology in archaeology and forensic sciences*: 117-130. Londres, Greenwich Medical Media.

Tesis de Licenciatura y Doctorales

Blasi, A. M.

1986. Sedimentología del río Colorado. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata.

Trabajos presentados en reuniones científicas

Shott, M. J.

2006. Core reduction and refitting: lessons from WHS623x, an Upper Paleolithic site in Jordan. Trabajo presentado en el 71° *Annual Meeting of SAA*. San Juan, Puerto Rico.

Trabajos en Prensa

No es recomendable la cita de trabajos enviados y sin resolución de aceptación; estos deberán referirse como ms. En los casos de trabajos en prensa, deberán ser citados como cualquier otro trabajo publicado y con la aclaración: "En prensa". Como todos los trabajos de la lista bibliográfica, deberá consignarse en ellos la fecha, para lo cual debe considerarse el momento de aceptación del mismo.

Galley, T. S.

1999. First evidences of Homo Sapiens in South Africa. *Nature*. En prensa.

Trabajos en páginas web

Barreto, M.

1998. Paradigmas actuales de la Museología. <http://www.naya.org.ar/articulo/museologia01/htm> (1 de abril de 1999).

Cita de documentos electrónicos

Debe citarse de acuerdo a la norma ISO 690-2 de 1997 que dice "se debe establecer una ubicación dentro de los documentos electrónicos que no tienen referencias de páginas a través de líneas, párrafos o pantallas". Se puede consultar el link <http://alhim.revues.org/index447.htm> para ver ejemplos.

Nota: Se controlará estrictamente el cumplimiento de estas normas editoriales, aunque seguramente cada autor se habrá cerciorado previamente de la calidad del manuscrito que presenta. La elaboración y publicación de estas normas busca unificar la calidad gráfica de *Relaciones* y acortar tiempos de edición, simplificando el trabajo de los responsables de la publicación. Se solicita a los autores que acepten el principio de autorizar correcciones estilísticas que faciliten la lectura de los artículos sin alterar su contenido.

PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

RELACIONES de la Sociedad Argentina de Antropología. Desde 1936 se han publicado 37 tomos.

Colección Tesis Doctorales (dirigida entre 1998 y 2006 por la Dra. Lidia Nacuzzi, hasta diciembre de 2010 por la Dra. Victoria Horwitz y en adelante por el Dr. Leandro Luna)

- *Identidades Impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia.* Lidia R. Nacuzzi. Buenos Aires, 1998.
- *Cazadores de guanacos de la estepa patagónica.* Guillermo L. Mengoni Goñalons. Buenos Aires, 1999.
- *Arqueología de la educación. Textos, indicios, monumentos.* Irina Podgorny. Buenos Aires, 1999.
- *La fundación de villas en San Juan (siglo XVIII).* Catalina T. Michieli. (incluye CDrom). Buenos Aires, 2004.
- *El consumo en grupos cazadores recolectores. Un ejemplo zooarqueológico de patagonia meridional.* Mariana E. De Nigris. Buenos Aires, 2004.
- *Tierra, encomienda e identidad: Omaguaca (1540-1638).* Carlos E. Zanolli. Buenos Aires, 2005.
- *Arqueología de alfareros, cazadores y pescadores pampeanos.* María Isabel González. Buenos Aires, 2005.
- *Costeando las llanuras. Arqueología del litoral marítimo pampeano.* Mariano Bonomo. Buenos Aires, 2005.
- 2º edición *Identidades Impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia.* Lidia R. Nacuzzi. Buenos Aires, 2005.
- *Arqueología y biogeografía humana en Patagonia Meridional.* Ramiro Barberena. Buenos Aires, 2008.
- *Los indígenas del río Negro. Un enfoque arqueológico.* Luciano Prates. Buenos Aires, 2008.
- *Imágenes a través del tiempo. Arte rupestre y construcción social del paisaje en la Meseta Central de Santa Cruz.* Natalia Carden. Buenos Aires, 2009.
- *Estructura de sexo y edad en guanaco. Estudios actualísticos y arqueológicos en Pampa y Patagonia.* Cristian A. Kaufmann. Buenos Aires, 2009.
- *Historia evolutiva y subsistencia de cazadores-recolectores marítimos de Tierra del Fuego.* Atilio Francisco Zangrando. Buenos Aires, 2009.
- *La Loma de los Antiguos de Azampay. Un sitio defensivo del Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina).* Federico Wynveldt. Buenos Aires, 2009.
- *Abipones en las fronteras del Chaco. Una etnografía histórica sobre el siglo XVIII.* Carina Lucaioli. Buenos Aires, 2011.

Colección Tesis de Licenciatura (dirigida entre 1998 y 2006 por la Dra. Lidia Nacuzzi, hasta diciembre de 2010 por la Dra. Victoria Horwitz y en adelante por el Dr. Leandro Luna)

- *Los Límites del Mar. Isótopos estables en Patagonia Meridional.* Ramiro Barberena. Buenos Aires, 2002.

- *La comunidad nuclear. Una mirada antropológica sobre el desarrollo nuclear argentino.* Naymé Natalia Gaggioli. Buenos Aires, 2003.
- *Hermeneútica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966.* Pablo Perazzi. Buenos Aires, 2003.
- *Ictioarqueología del canal Beagle. Explotación de peces y su implicación en la subsistencia humana.* Atilio F. Zangrando. Buenos Aires, 2003.
- *Conjugando el presente. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires.* Griselda Palleres. Buenos Aires, 2004.
- *Los grupos mocoví en el siglo XVIII.* Florencia Sol Nesis. Buenos Aires, 2005.
- *Los grupos abipones hacia mediados del siglo XVIII.* Carina Paula Lucaioli. Buenos Aires, 2005.
- *Carnívoros y huesos humanos de Fuego-Patagonia. Aportes desde la tafonomía forense.* Fabiana María Martín. Buenos Aires, 2006.
- *La etnohistoria andina antes de su consolidación. Confluencias disciplinares y propuestas teórico- metodológicas.* Alejandra Ramos, 2011.
- *Temporalidad y rítmicas culturales en grupos mocovíes.* Gonzalo Iparraguirre, 2011.

Publicaciones de la SAA (dirigida entre 1998 y 2006 por la Dra. Lidia Nacuzzi, hasta diciembre de 2010 por la Dra. Victoria Horwitz y en adelante por el Dr. Leandro Luna)

- *Arqueología de la región del canal Beagle (Tierra del Fuego, República Argentina).* Luis A. Orquera y Ernesto L. Piana. Buenos Aires, 1999.
- *Las piedras con marcas de la cordillera del Viento. Arte rupestre en el departamento Minas, Neuquén, Argentina.* Jorge Fernández C. Buenos Aires, 2000.
- *Estrategias y recursos para jóvenes profesionales. Tesis, propuestas, CVs, entrevistas y presentaciones en general.* Victoria Diana Horwitz y María José Figuerero Torres. Buenos Aires, 2001.
- *Entre montañas y desiertos: Arqueología del sur de Mendoza.* Adolfo Gil y Gustavo Neme (eds). Buenos Aires, 2002.
- *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (siglos XVIII y XIX).* Lidia R. Nacuzzi (comp.). Buenos Aires, 2002.
- *Etnografías globalizadas.* V. Hernández, C. Hidalgo y A. Stagnaro (comps.). Buenos Aires, 2005.
- *Clásicos de Teoría Arqueológica Contemporánea,* Luis A. Orquera (trad.) y Victoria D. Horwitz (comp.). Buenos Aires, 2007.
- *Condiciones paleoambientales y ocupaciones humanas durante la transición Pleistoceno-Holoceno y Holoceno de Mendoza,* Marcelo Zárate, Adolfo Gil y Gustavo Neme (comps.). Buenos Aires, 2010.
- *Fronteras. Espacios de interacción en las tierras bajas del sur de América,* Carina P. Lucaioli y Lidia R. Nacuzzi (comps.). Buenos Aires, 2010.
- *Piezas de Etnohistoria y de antropología histórica,* Martha A. Bechis. Buenos Aires, 2010.
- *Roedores cricétidos de la provincia de Mendoza,* Fernando J. Fernández, Fernando Ballejo, Germán J. Moreira, Eduardo P. Tonni y Luciano J. M. De Santis. Córdoba, 2011.
- *Los cazadores-recolectores del extremo oriental fueguino. Arqueología de Península Mitre e Isla de los Estados,* A. Zangrando; M. Vázquez y A. Tessone (Comps.). Buenos Aires, 2011.

Coediciones

- *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina.* Editado por M. Mercedes Podestá y María de Hoyos. Buenos Aires, 2000. Coeditado con la Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.
- *Contra viento y marea. Arqueología de Patagonia,* compilado por M.T.Civalero, P.M.Fernández y A.G.Guráieb, 2004. Coeditado con el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL).
- *Tramas en la piedra. Producción y usos del arte rupestre.* Editado por Dánae Fiore y M. Mercedes Podestá. Buenos Aires, 2006. Coeditado con World Archaeological Congress y Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.

Otros

- *Junta de hermanos de sangre. Un ensayo de análisis del Nguillatun a través de tiempo y espacio desde una visión Huinca.* Isabel Pereda - Elena Perrotta. Buenos Aires, 1994